EL COLEGIO DE MÉXICO A. C.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

CIENCIA, HISTORIA Y RAZÓN POLÍTICA,

EL POSITIVISMO EN CHILE

1860-1900

TESIS

QUE EN CONFORMIDAD CON LOS REQUISITOS ESTABLECIDOS PARA OPTAR AL GRADO DE

DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA

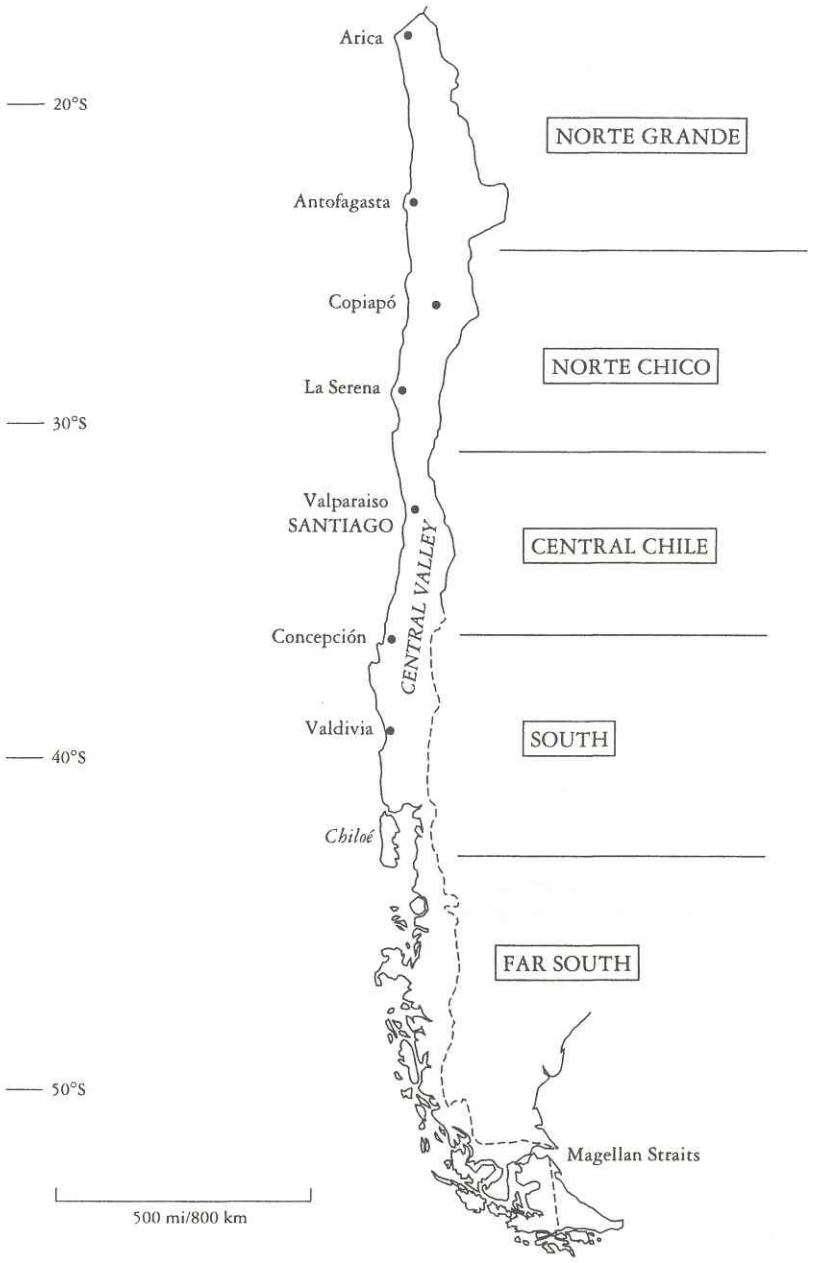
FABIO ABERALDO MORAGA VALLE

DIRECTOR:

Dr. GUILLERMO DE JESÚS PALACIOS Y OLIVARES

2006

MAPA N° 1: PRINCIPALES ZONAS GEOGRÁFICAS DE CHILE[1]



[1] Fuente: Simond Collier y William Sater, *A History of Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL 3
I.- Presentación 10
II.- Elementos generales del positivismo 15
III.- Teoría positivista y método científico 20
IV.- La clasificación comteana de las ciencias 33
V.- El positivismo de Europa a América Latina, (1860-1900) 36
VI.- Los estudios acerca del positivismo 43
VII.- Dos posiciones para el estudio de las ideas en América Latina 48
VIII.- La historia intelectual: una perspectiva para estudiar el positivismo en Chile 54
IX.- Hipótesis 73
1.1- Chile: un país aislado 76
1.2.– Ciencia, ilustración, absolutismo: la formación de la cultura en Chile 81
1.2.1.- La red educacional colonial 99
1.2.2.- La cultura y la estructura educacional nacional 1813-1840 103
1.2.3.- Las reformas centralizadoras republicanas: la creación de la Biblioteca y el Instituto Nacional 110
1.3.- La Independencia y el desarrollo cultural y educacional 113
1.3.1.- La formación de la política: ideas, partidos y "ensayos" constitucionales 116
1.4.- Desarrollo educacional durante los gobiernos pipiolos: intelectuales extranjeros e ideas liberales 121
1.4.1.- El Instituto Nacional durante la era pipiola 126
1.5.- La derrota política y militar del liberalismo 128
CAPÍTULO SEGUNDO ESTADO DESPÓTICO-REPUBLICANO, LUCHA POLÍTICA Y CULTURAL DEL LIBERALISMO, 1830-1860 134
2.1- La formación del Estado despótico republicano y la Constitución de 1833 134
2.2.- Andrés Bello y el nuevo orden conservador 140
2.3.- El conflicto político 146
2.4.- Científicos e intelectuales emigrados y expediciones científicas 150
2.5.- El decenio de Manuel Bulnes (1841-1851) 152

2.6.- El liderazgo cultural de Lastarria y la Sociedad Literaria de 1842 155
2.6.1.- EL SEMANARIO DE SANTIAGO Y EL DEBATE SOBRE EL ROMANTICISMO 165
2.6.2.- EL PROCESO A BILBAO: LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO UTÓPICO 174
2.7.- LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE 183
2.7.1.- HISTORIA NARRATIVA VERSUS HISTORIA FILOSÓFICA: EL DEBATE LASTARRIA-BELLO 197
2.8.- ESCUELAS, ACADEMIAS Y "SABIOS" EXTRANJEROS EN EL DESARROLLO CIENTÍFICO 212
2.8.1.- LA ESCUELA DE MEDICINA 212
2.8.2.- LA EXPEDICIÓN DE CLAUDIO GAY 214
2.8.3.- IGNACIO DOMEYKO Y LA FUNDACIÓN DE LA ESCUELA DE MINAS 217
2.8.4.- EL INICIO DE LOS ESTUDIOS ASTRONÓMICOS 220
2.8.5.- EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA EN CHILE 225
2.8.6.- LA GRAMÁTICA DE BELLO 228
2.8.7.- LA DIVULGACIÓN DE LAS DISCIPLINAS CIENTÍFICAS Y LAS PROFESIONES 242
2.9.- LOS CAMBIOS POLÍTICOS E IDEOLÓGICOS EN LA DÉCADA DE 1840 245
2.9.1.- LA FORMACIÓN DE UN LIDERAZGO POLÍTICO 245
2.9.2.- LA REACCIÓN CATÓLICA 249
2.9.3.- LA FORMACIÓN DEL SOCIALISMO UTÓPICO 251
2.10.- EL GOBIERNO DE MANUEL MONTT 254
2.10.1.- DOCTRINARISMO CATÓLICO VERSUS REGALISMO PELUCÓN 255
2.10.2.- LA REORGANIZACIÓN LIBERAL: LA REVISTA DE SANTIAGO 257
2.10.3.- EL CIERRE DE UN PERÍODO 260
CAPÍTULO TERCERO EL FIN DE LA ILUSTRACIÓN Y EL ADVENIMIENTO DEL POSITIVISMO 1860-1874 262
3.- CHILE A MEDIADOS DE SIGLO XIX 262
3.1.- EL LIBERALISMO ACCEDE AL "ESTADO PORTALIANO" 264
3.2.- NUEVAS IDEAS CIENTÍFICAS: EL DARWINISMO 266

3.3.- NUEVAS SOCIEDADES LITERARIAS Y ORGANIZACIONES PROFESIONALES INDEPENDIENTES 269
3.3.1.- LAS SOCIEDADES DE FARMACIA Y MEDICINA 269
3.3.2.- LASTARRIA Y EL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS 272
3.3.3.- LA SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA 279
3.3.4.- EL RENACIMIENTO DEL CÍRCULO 285
3.3.5.- EL CLUB DE LA REFORMA 293
3.4.- LA CONFORMACIÓN EN CHILE DE UN POSITIVISMO LATINOAMERICANO 296
3.4.1.- EL CÍRCULO POSITIVISTA 297
3.5.- CONSERVADORES Y LIBERALES EN UNA NUEVA OFENSIVA CULTURAL 300
3.5.1.- LA NUEVA REVISTA DE SANTIAGO 304
3.5.2.- LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE LASTARRIA: DEL LIBERALISMO AL POSITIVISMO HETERODOXO 307
3.5.3.- LA ACADEMIA DE LAS BELLAS LETRAS 309
3.6.- LA VICTORIA LIBERAL 316
3.6.1.- LA SOCIEDAD DE LA ILUSTRACIÓN 317
3.6.2.- LAS LECCIONES DE POLÍTICA POSITIVA 318
CAPÍTULO CUARTO CATOLICISMO Y RELIGIOSIDAD, POLÍTICA Y POSITIVISMO 1874-1890 321
4.- LA ESTRUCTURACIÓN DE UN SISTEMA POLÍTICO “DOCTRINARIO” 321
4.1.- EL RETROCESO DEL CATOLICISMO: DESRRITUALIZACIÓN POPULAR Y DESCREIMIENTO DE LA ELITE 322
4.2.- DOMEYKO Y LA PERMANENCIA DEL PENSAMIENTO ILUSTRADO EN LA UNIVERSIDAD 329
4.2.1.- ILUSTRACIÓN Y FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: LOS AMUNÁTEGUI Y BARROS ARANA 341
4.2.2.- LASTARRIA Y LA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA 356
4.3.- UN NUEVO VALENTÍN LETELIER Y EL POSITIVISMO INDUCTIVO LIDERAZGO INTELECTUAL: 360
4.3.1.- LETELIER EN COPIAPÓ: AÑOS DE CONSAGRACIÓN PROFESIONAL E INTELECTUAL 362
4.3.2.- EL LICEO DE COPIAPÓ Y LA ACADEMIA LITERARIA 370

4.3.3.- LETELIER EN SANTIAGO Y EL CLUB DEL PROGRESO 373
4.3.4.- LA PRIMERA OBRA POSITIVISTA DE LETELIER 377
4.4.- LOS DEBATES INTELECTUALES EN LA DÉCADA DE 1870..... 379
4.4.1.- LASTARRIA Y SUS RECUERDOS LITERARIOS 379
4.4.2.- LETELIER Y EL CENTENARIO DE VOLTAIRE Y EL DEBATE LIBERAL 383
4.4.3.- LA DIVULGACIÓN DE LA CIENCIA EN SANTIAGO: LA REVISTA CHILENA..... 396
4.4.4.- LA VICTORIA LIBERAL EN EDUCACIÓN: LA SUPRESIÓN DEL LATÍN 399
4.5.- UN NUEVO MARCO POLÍTICO: EL NACIMIENTO DE LA ALIANZA LIBERAL 409
4.5.1.- LA LEY DE INSTRUCCIÓN DE 1879 Y EL ESTADO DOCENTE 411
4.5.2.- EL POSITIVISMO ANTE LA LEY DE 1879 414
CAPÍTULO QUINTO LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD EN CHILE 420
5.- POSTULADOS PRINCIPALES DE LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD . 420
5.1.- LOS POSITIVISTAS ORTODOXOS CHILENOS Y LA “RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD” 424
5.1.2.- EL APOSTOLADO POSITIVISTA EN CHILE 428
5.1.3.- PRÁCTICAS RELIGIOSAS DEL POSITIVISMO ORTODOXO 441
5.2.- EL POSITIVISMO RELIGIOSO EN COPIAPÓ: LA SOCIEDAD ESCUELA AUGUSTO COMTE 443
5.2.1.- EL PERIÓDICO EL POSITIVISTA 447
5.2.2.- LA SOCIEDAD POSITIVISTA DE SANTIAGO 452
5.3.1.- PROSELITISMO Y PROPAGANDA RELIGIOSA 458
5.3.2.- POSITIVISMO Y PACIFISMO: LA GUERRA DEL PACÍFICO 461
CAPÍTULO SEXTO LA CONSOLIDACIÓN DEL POSITIVISMO 1880-1900 467
6.- LOS CAMBIOS ECONÓMICOS Y SOCIALES A FINES DEL SIGLO XIX . 467
6.1.- POLÍTICA Y CULTURA EN EL FIN DE SIGLO 470
6.1.1.- LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA EDUCACIONAL: EL ÚLTIMO RECTORADO DE DOMEYKO Y EL FIN DE UNA ÉPOCA..... 474
6.1.2.- LA AUTONOMIZACIÓN DE LA LITERATURA 478
6.1.3.- LA POLÍTICA COMO CIENCIA Y LA CIENCIA COMO POLÍTICA 480

6.1.4-. EL GOBIERNO DE BALMACEDA, LA GUERRA CIVIL DE 1891 Y LOS POSITIVISTAS 491
6.2.-EL ESARROLLO INTELECTUAL Y EDUCACIONAL: EL POSITIVISMO EN LA UNIVERSIDAD DEL ESTADO..... 496
6.2.1.- LA CIENCIA DEL DERECHO ADMINISTRATIVO..... 503
6.3.- DEBATES DE FIN DE SIGLO: CONSERVADORES, CATÓLICOS, LIBERALES, POSITIVISTA Y SOCIALISTAS..... 508
6.3.1.- SOCIALISMO Y POSITIVISMO 508
6.3.2.- EL DEBATE SOBRE LA IRRELIGIOSIDAD Y LA CUESTIÓN OBRERA: CATÓLICOS, POSITIVISTAS Y SOCIALISTAS 512
6.3.3.- EL DEBATE SOBRE LA COMUNA AUTÓNOMA..... 520
CAPÍTULO SÉPTIMO LETELIER Y EL CIERRE POSITIVISTADEL DEBATE HISTORIOGRÁFICO..... 527
7.- LA CULMINACIÓN DEL PROYECTO POSITIVISTA..... 528
7.1.- *LETELIER Y EL POSITIVISMO CIENTÍFICO*: LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA 529
7.2.- LA CONSTITUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA..... 549

Introducción

I.- Presentación

Este trabajo está dividido en dos partes. En la primera, un capítulo introductorio servirá para presentar, de manera muy general, los principales elementos del positivismo, desde su nacimiento en el contexto cultural y político de la Francia de principios del siglo XIX, hasta su llegada a América Latina, a través de una serie de intelectuales locales que leyeron sus textos o que viajaron a Europa y conocieron las ideas de Augusto Comte directamente de su persona o, cuando éste ya había desaparecido, por medio de sus discípulos.

Para hacernos una idea de la importancia que adquirió el positivismo en Chile y América Latina, revisaremos someramente la biografía intelectual de Comte, y algunos de los principales elementos teóricos del positivismo, su intento de lograr una "ciencia unificada" por medio de una clasificación de todas las disciplinas del conocimiento; su "Ley de la sucesión de los tres estados generales del espíritu humano y de la sociedad" y sus intentos de lograr una reforma social sin los traumas que había implicado la Revolución Francesa. También veremos algunos aspectos de la segunda parte de su obra intelectual respecto de organizar una nueva religión acorde con los propósitos anteriores. También examinaremos los planteamientos fundamentales de Emill Littré, John Stuart Mill y Herbert Spencer, tres de los principales discípulos de Comte, resaltando tanto sus coincidencias como las diferencias, que arrancan de tradiciones intelectuales distintas y que influyeron a los intelectuales latinoamericanos.

Enseguida analizaremos la bibliografía con dos propósitos: por una parte, vamos a revisar las ideas de los principales trabajos acerca del positivismo en América Latina, desde el estudio pionero de Alejandro Korn de 1936, pasando por los de Leopoldo Zea, a mediados del siglo XX, y otros investigadores en la década de 1980. También analizaremos algunas propuestas acerca de la historia intelectual, la historia de las ideasy la historia de la cultura que hoy están en el debate latinoamericano con el fin de fijar nuestra visión y propósitos en este trabajo; finalizaremos revisando algunos estudios parciales acerca del positivismo en Chile que demuestran la poca importancia que se le ha puesto a su estudio y que justifican plenamente esta investigación.

Terminado el capítulo introductorio, entraremos de lleno en nuestro trabajo aunque para ello tengamos que hacer un largo rodeo que abarcará dos capítulos. Ello porque, como el positivismo fue una serie de teorías aplicadas no solamente a la ciencia misma, sino también a la sociedad y a la interpretación de la historia de la humanidad,

es necesario comprender cómo estaba constituida la ciencia y el conocimiento en Chile durante el siglo XIX para después entender las vías de llegada y la forma en que se instaló el positivismo en Chile. Así, el primer capítulo analiza los distintos cauces por los que llegó las ideas acerca de la ciencia que trajo la ilustración a Chile entre 1760 y 1830 y cómo estás impulsaron cambios en la sociedad chilena y en espacial en la formación del Estado, la cultura y el conocimiento. Abarcará lo que hemos llamado la "ilustración laica", su articulación con el catolicismo y la fórmula política impulsada por la corona: el despotismo ilustrado. También veremos cómo se crea un incipiente espacio cultural, a través la formación de una elite ilustrada que impulsó la creación de una serie de instituciones educacionales modernas con el fin de lograr una mejor desarrollo de las potencialidades del país. Este intento se topó con el fin del imperio español, pero esta elite, liberada de la tutela regia e inspirada en los mismos propósitos, siguió impulsando esos cambios para lo cual mantuvo la herencia intelectual y educativa en el plano cultural y político, adaptando el despotismo ilustrado al nuevo contexto republicano. Analizaremos cómo la estructura educacional para la formación profesional, organizada bajo la influencia de los borbones (especialmente bajo Carlos III) fue, en líneas generales, mantenida por la elite política independentista, desde Bernardo O'Higgins hasta los gobiernos conservadores, hasta que, paulatinamente pudieron cambiarla por nuevas instituciones organizadas bajo principios republicanos. Veremos, después, las continuidades y los quiebres de la cultura de la ilustración y del despotismo ilustrado en la formación de la política entre 1810 y 1818 y cómo, durante los siete años de predominio "pipiolo" o liberal (1823-1830), se fomentó el cultivo de la ciencia, la cultura y las artes y se reforzaron las instituciones creadas por los gobiernos independentistas.

El segundo capítulo, que abarca desde 1830 a 1860, se inicia con la derrota militar de los gobiernos liberales y el triunfo conservador; analizará la instalación definitiva de esta red institucional por los gobiernos "pelucones" durante la "república conservadora" (1830-1871); veremos cómo, junto a la estructuración política e institucional de un Estado despótico-republicano (que guardaba los principales elementos del despotismo ilustrado bajo una forma republicana), personajes como Juan y Mariano Egaña y Andrés Bello, tres prohombres del conservadurismo latinoamericano, jugaron un papel central en el desarrollo político, intelectual y cultural chileno bajo un signo autoritario. Junto a esto, analizaremos los intentos de los sectores liberales derrotados por ampliar este estrecho marco de relaciones políticas y de desarrollo cultural y la formación de una cultura civil, paralela a la estatal y a la eclesiástica, por

la cual esas mismas ideas circularon, se expandieron y crearon un conocimiento que fue, para la cultura de esa época, un aliciente para que los sectores más progresistas y radicales intentaran cambiar el marco de relaciones autoritarias tanto en la política como en la cultura. Finalizaremos haciendo un análisis de los cambios políticos e ideológicos que ocurrieron a medida que los derrotados en 1830 lograron acceder al Estado formado por los gobiernos conservadores para desde ahí impulsar las reformas liberales.

La segunda parte comprende cuatro capítulos que abarcan desde 1860 a 1900. El capítulo tercero trata acerca del ambiente intelectual y político en la etapa previa a la llegada de las ideas de Comte y sus seguidores a Chile, entre 1860 y 1874, es decir, el período en el que el marco de relaciones políticas cambió a favor de las fuerzas liberales y de los sectores intelectuales más progresistas. Abarcaremos los cambios en el sistema político cuando el dominio de los pelucones decayó y los liberales accedieron al Estado. Veremos cómo se conformaron partidos que se definieron en torno a la disputa contra la influencia de la Iglesia Católica y cómo el viejo sistema político fue reemplazado por uno nuevo de carácter "doctrinario" o ideológico. Paralelamente analizaremos la organización de nuevas instituciones culturales, profesionales y científicas, independientes del Estado y que tenían un marcado carácter liberal. Junto con éstas, aparecieron los primeros círculos que cultivaron el positivismo a través de las lecturas de Littré y Comte; analizaremos la evolución del intelectual radical José Victorino Lastarria hacia las doctrinas comteanas a través de su biografía intelectual y el cambio que se operó en sus reflexiones desde las lecturas que había hecho en su juventud hasta las hechas sobre los maestros galos.

El capítulo cuarto se abocará al estudio del positivismo en Chile, desde su emergencia hasta su consolidación en el saber universitario y social. Analizaremos la corriente del positivismo científico o heterodoxo que se estructuró a partir de 1874. Abordaremos las *Lecciones de política positiva*, que Lastarria pronunciara en la Academia de las Bellas Letras y que, transformadas en libro, constituyeron la primera obra que se escribió en Chile bajo la influencia de Comte, Mill y Littré. Paralelamente veremos alzarse como la segunda figura del positivismo científico a Valentín Letelier, un egresado del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile que hizo sus primeras armas intelectuales en la región de Copiapó.

El capítulo quinto tratará sobre los positivistas ortodoxos y la religión de la humanidad en Chile. Veremos cómo se estructuró la parte dogmática de los postulados de Comte, a partir de 1883 y de una familia de intelectuales, compuesta por los hermanos Lagarrigue; analizaremos la gama de ideas, ritos y prácticas del "culto positivista"; la aplicación del calendario especial y las intervenciones públicas y los distintos debates que éstos positivistas enfrentaron intentando captar adeptos a esta religión cívica, científica y sin Dios.

El capítulo sexto cierra con el análisis de la consolidación del positivismo científico en las instituciones oficiales, como la Universidad, y en la reflexión de otros grupos políticos e intelectuales: los cercanos al socialismo, la masonería y el Partido Radical. Veremos cómo, una vez desaparecida la extensa capa intelectual de principios de siglo, se levanta otra que hace del positivismo su principal herramienta de análisis y de transformación social, así como de desarrollo de la ciencia. Además veremos cómo se levantó la figura de Valentín Letelier como el intelectual positivista que seguiría desarrollándolo hasta articularlo con otras propuestas teóricas y a plantear un serie de transformaciones en el aparato universitario y educacional.

Cierran esta entrega varios anexos. El primero de ellos es el cuadro de la clasificación de las ciencias de Augusto Comte. Las dos últimas son tablas prosopográficas; en ambos casos hemos reconstruido listas de miembros de organizaciones positivistas o que tuvieron relaciones con éstas o donde el positivismo se difundió; el primero contiene la membresía masónica de la Gran Logia de Chile, ubicada en Santiago; el segundo la membresía positivista de la localidad de Copiapó.

La historiografía chilena, por lo menos la comúnmente cultivada, se fijó exclusivamente en los fenómenos políticos e institucionales explicando la historia de Chile, ya como el (necesario) triunfo de la libertad y la democracia que se imponen en una nación contra todos los designios adversos y pese a los retrocesos; ya como la "crisis" y la "decadencia" producto de los avances de ese proceso de conquista de la libertad que negaba una cierta "esencia", una "naturaleza" inmanente y a-histórica de la sociedad chilena[2]. Los revisionistas –inspirados en Habermas- han relevado otros procesos, planteado, por ejemplo y no muy originalmente, que fue más importante la creación de un "espacio público" donde se reproducían los discursos políticos y se creaba una ciudadanía incipiente[3]. Una cuarta vertiente trabaja la historia de las ideas y de la cultura donde el contexto político aparece como un aditamento casi decorativo o anecdótico y se inscriben subordinadamente ya en una u otra escuela política[4]. Finalmente una última, preocupada de la historia de la educación, ha investigado las instituciones

---

[2] Por citar sólo a los principales, que analizaremos más detalladamente luego, en la primera perspectiva se sitúan los trabajos de Donoso, . en la segunda los aportes de EDWARDS, GÓNGORA y VIAL.

[3] Fundamentalmente la lectura de Jocelyn-Holt sobre la Independencia, JOCELYN-HOLT, 1992.

[4] Véase: SUBERCASEAUX, 1997;

educacionales[5]. Si bien todas estas escuelas y sus enfoques y metodologías nos merecen respeto, y en el desarrollo de este trabajo haremos profuso uso de la información que entregan, intentaremos fijar la mirada en el proceso de construcción del conocimiento, en particular en quiénes participan de él, cómo lo hacen, y qué relación tienen con el resto de la sociedad, las instituciones, sus luchas por el poder y la hegemonía en esa sociedad y cómo conciben su entorno, y el momento histórico del que participan.

Por la naturaleza de este trabajo, estableceremos un diálogo y nos nutriremos de distintos campos del conocimiento histórico que nos son útiles o con los que nos enfrentaremos en el plano de la eficacia explicativa y comprensiva: las primeras y más obvias son la historia política y la historia de las ideas y de la cultura, pero también de una historia de la ciencia (que casi no tiene cultivadores en Chile), pero de la que debemos dar cuenta en estas páginas. Resumiendo, trataremos de ver cómo se ve la historia de Chile desde el campo del conocimiento y de la ciencia.

5 SERRANO, 199.

II.- Elementos generales del positivismo

El positivismo es un sistema filosófico heredero de la ilustración que surgió en Europa a principios del siglo XIX y que tuvo su primera formulación con Augusto Comte. Comte nació en Montpellier el 19 de enero de 1798, era hijo de un burócrata y de una madre muy católica. Desde pequeño el joven se interesó por las matemáticas; en 1814 ingresó a la Ecole Polytecnique, sin embargo, dos años después fue expulsado por indisciplina. Regresó a su ciudad natal donde estudió medicina, pero al poco tiempo regresó a París donde, abandonado económicamente por su padre, sobrevivió dando clases particulares. Para completar sus conocimientos a partir de 1821 asistió al curso de astronomía de Delambre, de quien se convirtió en su discípulo predilecto y gran amigo; también siguió el curso de zoología que Blainville daba en la Sorbona[6].

En este contexto conoció al conde de Saint Simon (uno de los fundadores de lo que se llamó "socialismo utópico"), y se transformó en su secretario particular; por ello colaboró en *Le producteur*, el periódico del "saint-simonismo". Pese a esta colaboración, la influencia más fuerte de un enciclopedista sobre Comte fue la que ejerció Condorcet y su libro *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*[7]. Durante 1822 Comte colaboró con Saint Simon en el *Catecismo de los industriales*, y en obras como *La Industria*, *La política* y *El Organizador*. Pero la amistad entre estos intelectuales duró poco, al parecer porque Saint-Simon tomaba ideas de su discípulo como propias y se llevaba todo el crédito por ellas, por lo que Comte se alejó en 1824, para dictar libremente su curso de "filosofía positiva"[8]. De este mismo año datan los trabajos que constituyen su primera etapa filosófica[9].

---

6 LITTRE,

7 CONDORCET, Jean Antoine Nicolas de Caritat Marquis de, (1743-1794). *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, (Los progresos realizados), la traducción al español, hecha por Domingo Barnés, fue publicada en Madrid, Calpe, c1921, 2 v. en 1 t.

8 Comte rechazó posteriormente la influencia que Saint-Simon tuvo en su etapa intelectual formativa como una "fase profundamente negativa que debió preceder a mi desarrollo sistemático. El entusiasmo fue lo que me preservó de una desmoralización

Comte dio un énfasis especial a la difusión de su obra a través de la exposición de sus "Cursos de filosofía positiva" en su propio domicilio en abril de 1826; a ellos asistía un público selecto, compuesto, entre otros, por Alexander von Humboldt, José Fourier, Broussais, Blandville, Poinsot, más sus compañeros de la Ecôle Politecnique, médicos y público en general. Pero a los pocos días, el 18 de abril de 1826, le sobrevino un ataque de locura por la vida de su esposa, una ex prostituta; desesperado, intentó suicidarse pero buscó mejoría en Montpellier. De esta ciudad regresó en 1829 ya totalmente restablecido y reinició la exposición de sus cursos. Durante los meses de la revolución de 1830 fundó junto a varios amigos la Asociación Politécnica, destinada a fomentar la instrucción científica y a propagar sus ideas filosóficas; en su propaganda no dejaban de notarse la influencia del Nuevo cristianismo, una de las obras de su antiguo amigo y maestro Saint-Simon, lo cual no le impedía decir que su amistad había sido una "desgracia sin compensación"[10]. Su *Curso de filosofía positiva* se publicó en

---

sofística, aunque me expuso particularmente a las seducciones pasajeras de un juglar superficial y depravado" dijo refiriéndose a éste. COMTE, [1852] s/a, pág. 34.

[9] De esta etapa son *Separación general sobre las opiniones y los deseos* (1819), que trata la necesidad de fundar la política como una ciencia y adhiere a un ideal de sofocracia; *Apreciación sumaria del pasado moderno,* cuya hipótesis comprende cómo la acción científica e industrial suceden a poder teológico y militar del pasado; *Sistema de política positiva* (1824), que apareció originalmente en 1822, en el tercer cuaderno del catecismo de Saint-Simon con el título de *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad,* y cuyo tema es la necesidad de la reorganización social la creación de un sistema de opinión general y la formación de un programa de acción humana sobre el universo; *Consideraciones filosóficas sobre los sabios* (1825), donde esboza una filosofía de la ciencia; y *Consideraciones sobre el poder espiritual* (1826), en que reserva el poder espiritual a los sabios y establece las funciones para la organización y el control de la vida pública y privada.

[10] ESTÉVANEZ, en: COMTE, s/a, pág. 3.

tomos sucesivos entre 1830 y 1842[11]. En los años siguientes, aunque luchó desesperadamente contra una recaída, nuevas crisis nerviosas estallaron en 1838, 1842 y en mayo de 1845.

La biografía intelectual de Comte se divide en dos etapas muy claras; la primera, cuando desarrolló su sistema filosófico bajo el rótulo de "positivo" y cuya obra principal es el *Curso* constituido por una clasificación general de las ciencias conocidas hasta el momento y la segunda, a partir de la elaboración del *Sistema de política positiva*, su propuesta de reforma social basado en una nueva religión civil, que escribió después de conocer a Clotilde de Vaux, de quien se enamoró y que le inspiró la doctrina que pronto fue concebida como la "religión de la humanidad" y que plasmó en su *Sistema de política positiva*.

Producto de esto surgió la polémica respecto a su obra. Su discípulo, Emill Littré, sostuvo después que la crisis de 1842 hizo nacer en Comte un misticismo que explica toda su filosofía posterior, su "síntesis subjetiva"; algo similar sostiene John Stuart Mill. Ambos se alejaron de su maestro y sus seguidores se redujeron al estrecho círculo reunido en torno a Pierre Lafitte. Para otros exegetas, desde los inicios en su obra hay un desarrollo progresivo de ideas que estaban presentes en sus primeros escritos, influidos por el sainsimonismo, de manera que a la misión social a la que estaban enfocados los primeros trabajos, le seguían naturalmente el desarrollo filosófico y científico para culminar en el religioso.

Pero es innegable que la transformación del proyecto intelectual de Comte en una religión se aceleró cuando éste conoció a Clotilde de Vaux en 1845. Pero en Comte esta pasión tomó un carácter místico y, retornando al sainsimonismo, creó un culto a la memoria de su amada. De ahí en adelante se dedicó a cimentar los aspectos utópicos de su pensamiento que llevaron muchos a desconfiar de su cordura.

En el transcurso de 1848, durante la segunda oleada revolucionario europea, reconciliado de su polémica con Aragó y en compañía de Emill Littré, fundó la Sociedad Positivista formada por médicos, astrónomos, obreros y estudiantes; en ella leyó ese mismo año un discurso sobre el conjunto del positivismo. Este constituye un resumen de su *Sistema* o *Tratado* y era para Comte la parte esencial de su proyecto intelectual. Es en el seno de esta sociedad, formada por "patricios" y "teóricos", donde se constituiría el "culto a la humanidad", en el que oficiaba como "gran sacerdote", dirigía las prácticas rituales y confería "sacramentos

---

[11] El prefacio del volumen sexto de esta edición contiene una famosa declaración de guerra a las celebridades académicas de la época que se agrupaban en torno a Aragó, lo que le valió un proceso judicial. ESTÉVANEZ, en: COMTE, s/a, pág. 3.

sociales" personalmente o por "delegación solemne". Esta fue la época en que sus ideas lograron una mayor aceptación, pues una gran cantidad de público asistía a sus conferencias. Pero los sucesos de 1851, en especial el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, cambiaron bruscamente esta aceptación, pues Comte alabó al autócrata aunque desaprobó el plebiscito de 1852 y el restablecimiento del imperio.

Comte siempre expuso sus ideas oralmente y ante los más diversos auditorios, jamás aceptó una retribución económica por ello; además de fundar la Asociación Politécnica dio clases de astronomía hasta 1842. Entre 1849 y 1851 publicó las conferencias en las que expuso su *Sistema de política positiva* que publicó entre ese último año y 1854. La pobreza siempre lo persiguió, por esta razón dio clases en la institución Laville hasta 1848, pero su carácter difícil le granjeó enemistades y fue expulsado. En la Ecôle Polytechnique, donde trabajó entre 1852 y 1854 le ocurrió otro tanto por lo que fue despedido, pero al parecer injustificadamente. Por esta razón varios admiradores ingleses ricos que Mill se encargó de organizar, se pusieron de acuerdo para mantenerlo. Comte aceptó esta ayuda, el "subsidio positivista", pues pensaba que era un tributo a la labor intelectual que desarrollaba en función de la reforma social para lograr la felicidad humana[12].

Cuando sus trabajos y reflexiones entraron en la fase más fuertemente mística organizó el culto positivista y la religión de la humanidad; se declaró "jefe del poder espiritual" y "gran sacerdote de la humanidad". Por esto creyó que los "agentes materiales", es decir, los industriales que colaboraban con el subsidio, estaban en la obligación de mantenerlo, pero estos interrumpieron definitivamente las remesas. Comte protestó airadamente ante Mill en sucesivas cartas entre el 13 de enero y el 6 de mayo de 1856 exponiendo "los deberes de los ricos hacia los pensadores" y el derecho que tenía de ser beneficiario para recibir una "protección sistemática" que cimentara la solidaridad entre la fortuna y el pensamiento. Los discípulos franceses, después de una campaña entre los "amigos de la ciencia", retomaron la idea y lograron mantener el subsidio hasta la muerte de Comte. Cada año el filósofo daba cuenta de sus gastos y del progreso de sus trabajos a sus mantenedores.

---

[12] La creación del subsidio positivista no era ocurrencia de Comte sino de Saint-Simon que en sus *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains* de 1802 o 1803, propuso que ante la tumba de Newton, una subscripción anual destinada a sustraer de toda dependencia material a 21 "elegidos de la humanidad", que formarían un "Consejo de Newton", que contarían con sub-consejos regionales jerarquizados. BENICHOU, 1984, 233.

A esta etapa de su producción corresponden el *Sistema de política positiva o tratado de sociología instituyendo la religión de la humanidad* (1851-1854), y otras derivadas[13]. Además, en este período se alejó de los aspectos revolucionarios del socialismo utópico y se acercó al pensamiento conservador toda vez que éste le daba garantía del orden social que tanto deseaba restablecer[14]. Esta última parte de su proyectada obra no la pudo completar ya que murió el 5 de septiembre de 1857.

Más allá de la vigencia o la validez actual de los planteamientos de Comte, su biografía es el ejemplo de una pasión intelectual desarrollada hasta límite de las fuerzas humanas, que lo llevó a reflexionar profundamente, pese a la marginalidad institucional, la pobreza material e incluso la locura, hasta llegar a formular una doctrina filosófica que influiría a un número importante de científicos, intelectuales e incluso políticos en Europa pero especialmente en América Latina.

---

[13] Además del *Sistema* de esta etapa datan trabajos como el *Calendario positivista* (1849), el *Catecismo Positivista* (1852), todas tendientes a vulgarizar los planteamientos expuestos en el *Tratado*. Pero además anteriormente había escrito un *Tratado de geometría analítica* (1843) y un *Tratado filosófico de astronomía popular* precedido de un *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844).

[14] De esta etapa es su *Llamado a los conservadores* (1855) y el *Tratado de lógica positiva* (1856), el primer volumen de *Síntesis subjetiva* o *Enciclopedia concreta*, que debía contener todo el dogma positivista. De esta etapa es su *Llamado a los conservadores* (1855) y el *Tratado de lógica positiva* (1856), el primer volumen de *Síntesis subjetiva* o *Enciclopedia concreta*, que debía contener todo el dogma positivista.

III.- Teoría positivista y método científico

La obra de Comte se desarrolló en un contexto exclusivamente europeo y, más aún, francés, caracterizado por los avances de la ciencia del siglo XVII, el desarrollo de la ilustración en el siglo XVIII, la Revolución Industrial, la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Todos estos procesos se articularon con la caída del Antiguo Régimen; sin embargo, provocaron una prolongada crisis social por lo que las "ciencias morales" fueron interpeladas, tanto para explicarlos, como para "ordenar" nuevamente a las sociedades y superar las consecuentes crisis que generaron.

En la teoría positivista, el "método científico" es la única forma que el hombre tiene para adquirir conocimientos. Los elementos de este método son, primero, la primacía de la observación y la experimentación y segundo, la búsqueda de leyes que rigen los fenómenos o las relaciones entre ellos. Así, el positivismo plantea que sólo podemos conocer los fenómenos y las leyes de su funcionamiento, pero no su naturaleza esencial ni sus causas últimas. Estos planteamientos estaban sustentados por los avances de las ciencias naturales en el siglo XIX; éstos permitieron que surgiera la convicción de que era posible lograr una percepción "racional" de toda la realidad, libre de la metafísica y del azar individual.

El intento de Comte fue elaborar un "método universal" a partir del cual se podía, y debía, llegar a resultados que construyeran una verdad válida para todas las ciencias; lo que no entraba dentro de este método quedaba fuera de la ciencia y era "arte". En el fondo de este movimiento había un traslado automático y mecánico de la búsqueda de regularidades o "leyes" que operaban en la naturaleza, para comprender los fenómenos sociales. Así las mismas leyes de la naturaleza fueron aplicadas a la historia y a la explicación del funcionamiento de la sociedad con lo que surgió su estudio científico.

Pero este método no fue exclusivo del positivismo, si no de toda la filosofía y las ciencias modernas, por ejemplo, el pensamiento de Marx, o más bien el marxismo, tampoco escapó a esta tendencia intelectual cuando desarrolló la aplicación de las leyes de la dialéctica en la naturaleza y en las sociedades[15]. En el trasfondo de estas operaciones intelectuales estaba

---

[15] COMTE. [1838] 1869. Para A. Giddens el marxista George Lukács ha planteado: "la relación dialéctica del sujeto y el objeto en el proceso histórico". Esta afirmación prueba la fuerza que tenía la idea de trasladar las "leyes" de la naturaleza para transformarlas en "leyes" que interpretaban los procesos sociales. GIDDENS. 1997, pág. 88 y en especial notas N° 74 y 75.

inserta una idea de causalidad directa entre la ciencia y la filosofía de la historia, ambas marchaban indefectiblemente unidas y "una de ellas era la prolongación necesaria de la otra"[16]. Esta coincidencia se debe a que ambas propuestas teóricas y científicas surgieron en ese mismo contexto histórico que señalábamos y porque, en lo sustancial, ambas son filosofías modernas que intentan dar respuesta al mismo problema. Este último aspecto fue uno de los secretos del éxito interpretativo del positivismo en América Latina durante el siglo XIX y lo sería del marxismo en la siguiente centuria.

El positivismo comteano intentó una operación en extremo difícil y compleja. En el transcurso de los siglos XVII al XVIII el nacimiento del pensamiento racional y científico había dividido a las disciplinas del conocimiento en "ciencias exactas y naturales" (aquellas que se preocupaban del mundo físico y natural) y en "ciencias morales", o "ciencias del espíritu" (como se las llamaría después), para denotar a aquellas disciplinas que se preocupaban del hombre y su entorno social, cultural, ético o espiritual (dentro de las cuales se agrupó a las humanidades). Pero esta taxonomía inicial dejó desdibujadas a estas últimas en su carácter estrictamente disciplinario y en sus propios límites, con lo cual quedaron catalogadas como "no ciencias".

Así, Comte, por un lado intentó dar un carácter "científico" a esas disciplinas del "universo moral" o humano, otorgando una relevancia especial a los estudios acerca de la sociedad; y, a su vez, enfocar el conjunto de las ciencias desde la filosofía. Según su discípulo Emile Littré, el maestro pretendió: "dar a la filosofía el método positivo de las ciencias, a las ciencias la idea de conjunto de la filosofía"[17].

Comte escribió su primera gran obra, *Sistema de filosofía positiva*, en 1822, a los 24 años de edad[18]. Littré defendió el proyecto comteano desde la epistemología, ya que, según él,

---

16 FREUND. 1985, pág. 14.

17 LITTRÉ. "prefacio", en: COMTE, 1869.

18 El título "primitivo y especial" de este trabajo era *Plan de trabajos científicos necesarios para organizar la sociedad*, pero la reimpresión, hecha tres años después llevó otro, "definitivo y más general", de *Consideraciones filosóficas sobre las ciencias y los saberes* y salió a fines de 1825 en los números 7, 8 y 10 de *Producteur* y sus *Consideraciones sobre el poder espiritual* en los números 13, 20 y 21. COMTE, [1838] 1869, "Advertisement de l'auteur", vol. IV, págs. 5 y 6.

la filosofía positiva tenía un mérito que no había logrado tener todo el conocimiento humano occidental desde sus orígenes, es decir, hacer una correcta separación de las disciplinas o ciencias ya que sólo habían formado "una masa confusa en que no se distinguen las relaciones entre la filosofía, ni con la naturaleza, ni con la historia, ni con la enseñanza". Esta confusión se debía, según el discípulo, a la "fuente subjetiva de la que emanan. Dominadas esas especulaciones por concepciones a priori, su orden no es el de la concepción cósmica, ni el desenvolvimiento histórico, ni el de la gradación didáctica"[19].

En 1869 Littré realizó una tercera edición del *Curso de filosofía positiva* en seis tomos, ocasión en que agregó un prefacio y una tabla alfabética de materias. El primero de éstos trataba de los "Principios generales de filosofía matemática"; el segundo, la "Filosofía astronómica y la filosofía de la física"; el tercero, la "Filosofía química y la filosofía biológica"; el cuarto, la "Parte dogmática de la filosofía social"; el quinto, la "Parte histórica de la filosofía social"; y el último, "El complemento de la filosofía social". En resumen los dos primeros volúmenes están dedicados a las ciencias exactas; el tercero a las ciencias naturales (biología y química) y los tres restantes constituyen el esfuerzo por "cientifizar" la realidad social.

Como dijimos, el volumen cuarto trata la "parte dogmática de la filosofía social", en el que Comte introduce –en sus propias palabras-, la "entera renovación de las teorías sociales" para la cual escribió una introducción que explicara sus propósitos subsiguientes; el resto de su obra trata sobre los:

[...] principios esenciales de filosofía política [que] salen naturalmente de su íntima conexión con los indispensables antecedentes científicos que he preparado gradualmente para los tres primeros volúmenes de este Tratado. Esto porque yo me felicitaría siempre de tener, desde el origen, claramente descartado el consejo irracional que, en su benévola solicitud, muchos hombres distinguidos habían creído un deber darme, de publicar primero la partida de esta obra relativa a la ciencia social[20].

De esta manera, el volumen trata la "física social" elaborada para el análisis de la sociedad actual y la constitución de la ciencia social, el "método positivo" para el estudio racional de los fenómenos sociales, la "estática social", o la teoría general del "orden

---

19 LITTRE. "prefacio", en: COMTE, 1875.

20 COMTE, [1838] 1869, IV, "Advertisement de l'auteur", pág. 7. (la traducción es nuestra).

espontáneo de las sociedades humanas", la "dinámica social", o la teoría del "progreso natural" de la humanidad.

El quinto volumen subtitulado "la parte histórica de lo filosofía social", es una filosofía de la historia que expone la "teoría de los tres estados", es decir, una sucesión progresiva por la cual ha pasado la historia de la humanidad desde la aparición del hombre hasta el presente; en este volumen trata en específico las dos primeras etapas o los "estados" teológico y metafísico. En seguida se sucede otra edad, característica de las sociedades modernas, que es la "metafísica" en que trata la "época crítica" o las "transiciones revolucionarias" caracterizada por la coexistencia del régimen teológico y el militar[21].

El sexto es el más voluminoso de todos los volúmenes que componen el *Curso* y trata los aspectos centrales para que la humanidad llegue al "estado positivo". Contiene cinco lecciones que tratan diversas "apreciaciones" acerca de los elementos propensos al estado positivo, como "principios de evolución espontánea" para llegar a una organización final de "un régimen [social] racional y pacífico"; efectúa una apreciación de los legados de las revoluciones francesa y europeas y trata de establecer por medio de una "determinación racional" que lleve a "armonizar" las sociedades modernas con el pasado de la humanidad y llegar así al estado positivo. Para esto establece un "metodo", una "doctrina" y, finalmente, una "filosofía", positivas.

El primero de estos estados se caracteriza por ser una etapa de la historia en que la pretensión del ser humano de querer comprender y explicar lo "absoluto" utilizando la imaginación:

En el estado teológico, el espíritu humano, al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, las causas primeras y finales de todos los efectos que percibe, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales, más o menos numerosos, cuya intervención arbitraria explica todas las aparentes anomalías del universo[22].

Ese estado fue superado históricamente y surgió el "metafísico", que en el fondo –dice Comte- es una variación del anterior porque la "explicación trascendente" fue reemplazada por otra inmanencia:

---

21 COMTE. [1838] 1869, vol. V, págs. 346 y ss.

22 COMTE, 1968, I, págs. 4 y 5.

En el estado metafísico, que no es en el fondo sino una simple modificación general del primero, se sustituyen los agentes sobrenaturales por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas) inherentes a los diversos seres del mundo y concebidas como capaces de engendrar por ellas mismas todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste en asignar a cada uno de ellos la entidad correspondiente[23].

Pero a estos dos estados primigenios les sucedería, por la naturaleza del desarrollo evolutivo del intelecto humano, que va unido al desarrollo de la ciencia y las sociedades, el estado positivo. Éste se caracteriza por el abandono de la búsqueda de lo absoluto para centrarse en lo que proviene de la experiencia y las relaciones que existen entre los hechos:

En fin, en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para aplicarse únicamente a descubrir, mediante el empleo bien combinado del razonamiento y la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones variables de sucesión y semejanza. La explicación de los hechos, reducida entonces a sus términos reales, no es ahora ya más que la unión establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales que los progresos de la ciencia tiende cada vez más a disminuir en número[24].

A cada una de estas etapas del desarrollo del conocimiento humano –establece el fundador- le corresponde una etapa de la evolución de la historia de la humanidad (occidental). Así, el "estado teológico" alcanzó su máximo desarrollo con el monoteísmo cristiano: "cuando sustituyó el juego vario de las numerosas divinidades independientes, que habían sido ideadas primitivamente, por la acción providencial de un ser único". A su vez, la forma "metafísica" de conocimiento llegó a su plenitud con el panteísmo[25]: "el último término del sistema metafísico

---

23 COMTE, 1968, pág. 6.

24 Ibid.

25 El panteísmo es la doctrina que cree que Dios y el mundo son la misma cosa, es decir identifica uno con lo otro. Tiene dos vertientes fundamentales: el panteísmo acomista que concibe a Dios como la única realidad verdadera, a la cual se reduce el mundo, el cual es concebido entonces como una manifestación desarrollo, emanación o proceso de Dios (una teofanía); y el panteísmo ateo que concibe al mundo como única realidad verdadera a la cual se reduce Dios, el cual es concebido como una unidad del mundo o como principio (orgánico) de la naturaleza, como el fin de la naturaleza, como

consiste en concebir, en vez de entidades particulares diversas, una entidad general grande y única, la naturaleza, considerada como fuente única de todos los fenómenos". De la misma manera, la "filosofía positiva" llegará a su punto culminante cuando pueda establecer una sola ley general que represente todos los fenómenos:

Análogamente, la perfección del sistema positivo hacia la que tiende sin cesar, aun cuando sea muy probable que no o logre nunca, será el poder representar todos los fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general: por ejemplo, el de la gravitación[26].

Comte había concebido la "ley de los tres estados" por la observación de la evolución histórica de la humanidad y de la historia de las ciencias[27]. Esta ley tenía su correspondencia en el plano individual. Según Comte, las personas pasan sucesivamente por las mismas etapas, durante la niñez viven su etapa teológica, que se transforma en metafísica durante la juventud y positiva en la adultez: "esta constatación es fácil hoy día para todos los hombres en cualquier altura de su vida" –concluía el filósofo.

Como señalábamos, la segunda etapa de la producción de Comte, está marcada por un giro hacia la religión que plasmó en su *Catecismo positivista* destinado a vulgarizar las ideas desarrolladas en el *Sistema de política positiva*. En éste detallaba la organización que consideraba adecuada para las sociedades industriales caracterizada por el liderazgo ejercido por los filósofos e intelectuales y donde la guerra resultaba anacrónica por la nula función social que

---

la autoconsciencia del mundo. En ambas interpretaciones el panteísmo sostiene que el principio del mundo no es una persona, sino algo de naturaleza impersonal. Se ha considerado la filosofía de Spinoza como panteísta lo que dio lugar a varias querellas intelectuales, la principal de ellas protagonizada por Leibniz y Bayle que resurgió a fines del siglo XVIII con Fichte y Hegel, entre otros. FERRATER MORA, 1994, III, pág. 2688-2689.

[26] COMTE, 1875, pág. 6.

[27] Acerca del estado contemporáneo de las ciencias Comte sostenía: "...no hay ninguna de ellas, en efecto, que no se halle hoy día en el estado positivo, y que no podamos representarnos en el pasado, compuesta esencialmente de abstracciones metafísicas, y remontándonos aún más, completamente dominadas por concepciones teológicas. Ibid.

tenía. La "religión de la humanidad" reemplaza a la de Dios –propia de los estados anteriores- por un agnosticismo teológico que es el correspondiente a la etapa positiva donde "la gran concepción de la humanidad elimina irrevocablemente a la de Dios"[28].

Todas las acciones humanas e incluso la vida del hombre deben orientarse al servicio de un hombre genérico que se reflejaba en la Humanidad, así:

[...] a este verdadero gran Ser, del que somos miembros conscientes, se ordenarán en adelante todos los aspectos esenciales de nuestra existencia. La humanidad exaltará nuestros sentimientos, esclarecerá nuestros pensamientos, ennoblecerá nuestros actos[29].

La religión positivista cumplía la misión que tanto desvelaba a su creador: el de ser el principio de unidad social bajo la cual se podían mantener los vínculos sociales pues:

[...] esta sola doctrina verdaderamente universal puede ser indiferentemente caracterizada como la religión del amor, la religión del orden, o la religión del progreso, según se aprecie su aptitud moral, su naturaleza intelectual, o su destino activo[30].

Así se cumplía la fórmula sagrada de los positivistas: "el amor por principio, el orden por base, el progreso como fin".

En resumen, la religión de la humanidad trata de organizar la sociedad con independencia de Dios, puesto que su única finalidad es el progreso al que se llega por la aplicación de la ciencia positiva. Así, el positivismo tiene en su esencia una finalidad política al que se aboca todo su trabajo especulativo aunque también tenga una orientación religiosa. Como ha sostenido José María Petit –uno de los comentaristas de Comte- "la religión comtiana es

---

28 COMTE, 1875, VI, pág. 46.

29 COMTE, 1875, COMTE, 1875, pág. 6.

29 [...] no hay ninguna de ellas, –de las ciencias- en efecto, que no se halle hoy día en el estado positivo, y que no podamos representarnos en el pasado, compuesta esencialmente de abstracciones metafísicas, y remontándonos aún más, completamente dominadas por concepciones teológicas. Ibid.

29 CI, pág. 330.

30 COMTE, 1875, VI, pág. 321.

esencialmente una religión política, o dicho de otra manera, que la política deviene su dimensión característica". Este mismo autor destaca el papel del filósofo francés, más que en la disciplina específica, en la historia de las ideas políticas y en la comprensión de nuestro forma actual de concebir la sociedad[31]. En este último aspecto, la propagación del sistema positivista fue importante tanto en países europeos como Francia, España, Italia e Inglaterra como en América Latina.

Comte murió en 1857 y dejó apenas un puñado de seguidores que pronto se dividieron entre quienes interpretaron heterodoxamente sus postulados y se dedicaron fundamentalmente al cultivo de la nueva ciencia social, guiándose sólo por la primera parte de su obra, y quienes pretendieron predicar la "buena nueva" de la religión de la humanidad. Entre los primeros se ubicaron el francés Herbert Spencer y el inglés John Stuart Mill y entre los segundos destacaron los franceses Pierre Laffitte y Emile Littré.

John Stuart Mill conoció la obra de Comte en 1828[32]. Su lectura le provocó una impresión tal, que abandonó el utilitarismo benthamita y se abocó a la lectura de los volúmenes del *Curso de filosofía positiva*[33]. El ascendiente del francés sobre el joven británico se extendió

---

31 PETIT, 1980. pág. 11.

32 John Stuart Mill era hijo del filósofo escocés James Mill, quien a su vez desarrolló gran parte de su trabajo en torno a los círculos de seguidores de Bentham en Londres. El joven John Stuart se crió en un ambiente de gran estímulo intelectual, el de la tradición filosófica escocesa (de gran trascendencia para nuestro trabajo posterior) quien desde niño manejaba con fluidez el griego y el latín. John R. Dinwiddy, "Liberal and benthamite Circles in London, 1810-1829", en: LYNCH, 1982, págs. 119-136.

33 Jeremy Bentham. (1748-1832) a los 12 años entró a Oxford a leyes, estudios que realizó pese al desagrado que le causaban las lecturas de Blackstone. Pronto abandonó la práctica de la abogacía por el estudio del sistema científico de las leyes. En 1776 publicó *A fragment on goberment*, en oposición precisamente a Blackstone. En 1789 publicó *An introduction to the principles of morals and legislation* que se convirtió en uno de los textos básicos del utilitarismo, en 1802 Etiennen Dumnont tradujo al francés y publicó en el continente sus obras completas lo que significó su consagración intelectual. La coincidencia con James Mill, a partir de 1808, implicó la formación de una poderosa corriente democrática en Inglaterra que culminó en 1832 con la "Great

entre 1837 y 1844. Pero, a partir de este último año las relaciones entre ambos comenzaron a enfriarse, fundamentalmente por la influencia de otro galo, Alexis de Tocqueville, cuyos postulados eran cercanos a Comte pero con diferencias importantes que determinaron el alejamiento de Mill[34].

El elemento que más unió a Mill y Comte fue el interés, heredado del siglo XVIII, en organizar científicamente la sociedad y su creencia en el progreso. Respecto de lo primero, ambos se interesaron de manera particular en el método, pensando que la investigación no debería ir más allá de los fenómenos, pues (evitando caer en la metafísica) no se planteaban una ontología de los mismos. El punto central en esta discusión de las ciencias de la primera mitad del siglo XIX, fue la distinción, introducida por Comte, entre ciencias "abstractas" aquellas que se elaboraban como fruto de, análisis y las deducciones lógicas (matemáticas, geometría, física) y ciencias "concretas", aquellas cuyas deducciones provenían de la experimentación y la observación (química, biología, sociología).

Finalmente, el progresismo comteano se apoyaba en la experiencia histórica a la que le otorgó un valor probatorio absoluto resultando así un historicismo radical. Mill, en cambio, sostenía una teoría del progreso mezclada con los *Principios de economía política* de David Ricardo y con las ideas de Tocqueville acerca del porvenir de la democracia. Todo esto puso, según los exégetas, a Mill en una posición más cauta y realmente más positiva que Comte.

Lo que más unió a ambos pensadores fue que pretendían reformar la filosofía motivados por la acción. Se preocupaban aparentemente por las ciencias más alejadas de los problemas políticos para así, fundamentar firmemente las teorías que les permitieran sentar las bases de un estado social sólido para resolver la crisis social dejada por la caída del Antiguo Régimen. Tanto Comte como Mill habían sido discípulos de Saint-Simon y habían heredado la noción de que en la historia se sucedían rítmicamente épocas "orgánicas" y épocas "críticas"; la presente (mediados del siglo XIX), correspondía a este segundo tipo; por lo tanto, sólo una reforma profunda de la ideas imperantes podía dar con la solución requerida[35]. Una preocupación

---

Reform Bill" de 1832, precisamente el año que Bentham murió. BENTHAM y MILL, 1961.

[34] Pero antes de alejarse y aún bajo la influencia comtena, el británico escribió algunas obras como el *Sistema de lógica* (1844?), realizado bajo el "clima mental" del *Curso* NEGRO PAVÓN, pág. 16, en: MILL, [1844] 1977.

[35] NEGRO PAVÓN, pág. 19, en: MILL, [1844] 1977.

similar, basada en un balance parecido, llevaría a los intelectuales latinoamericanos a hacer suyas las tesis positivistas de ambos pensadores.

Pero Mill no sólo se oponía a la noción utópica de Comte, heredada del siglo XVIII, que concebía los procesos sociales dirigidos como superiores a los espontáneos; también rechazaba la idea de que una dirección centralizada por un "poder espiritual" fuera más eficaz y, en un determinado plazo, no terminara con todo proceso creador. El inglés, hereditario del individualismo y del liberalismo que hemos señalado, sólo aceptaba que la educación generalizada y la centralización de la información colaborarían a un cierto dirigismo social, pero negaba rotundamente la centralización rígida de las pautas de acción social desde un centro pues sospechaba de su eficacia. Lo anterior porque Mill era partidario de la espontaneidad de la naturaleza humana a la que creía que había que dejarle espacio para su desarrollo y por su adscripción al método de la libre discusión en la búsqueda de la verdad. A este último problema esto dedicó su ensayo *On Liberty*, escrito en 1859 y difundido prontamente en Chile.

La tensión se centró en los fundamentos de la dinámica social. Mill creía que éstos ya estaban sólidamente construidos, fundamentalmente sobre la base de la experiencia histórica. Pero en este aspecto la historia sólo ocupaba un lugar secundario pues, según él, no hay cómo comprobar que en cuanto a la estática social, el "orden fundamental" (lo sustancial de la sociedad), tenga relación con la naturaleza humana[36]. Ante la interrogante acerca de cómo, a partir de un orden estático, se puede llegar al progreso, Mill no logró estructurar una teoría de la acción humana. Basado en su tradición filosófica británica (espontaneísta, de un cierto democratismo y de una ética utilitaria), planteó esta teoría como una ciencia de la praxis lo que le permitió salvar esta aporía. De esta manera, su concepción de orden y progreso resultó más dinámica que la de Comte. Negro Pavón concluye así su comentario acerca de las relaciones entre Comte y Mill:

---

[36] Esta relación entre dinámicas sociales y la naturaleza humana, que remitía, en últimas consecuencias, a la necesidad de reforma social que desvelaba a los positivistas en América Latina tuvo dos vertientes o "salidas"; algunos positivistas locales privilegiaron los aspectos sociológicos e históricos de la discusión, y del cultivo de la doctrina; otros, en cambio, resaltaron los aspectos psicológicos y hasta psiquiátricos y se dedicaron al desarrollo de esas disciplinas. En el primero de estos casos estuvieron los positivistas chilenos y mexicanos, en el segundo fundamentalmente los positivistas argentinos como Juan B. Justo y José Ingenieros. Abundaremos en este debate en los capítulos cuarto y quinto.

Al reducir la función de la historia a la dinámica, evitó también Mill internarse por las selvas del historicismo radical, aunque, menos imaginativo que Comte, no fue capaz de desarrollar los supuestos necesarios para trazar unas líneas definidas de las ciencias sociales. […] En todo caso, es verdad que de hecho, como afirma Saenger, trató más sistemáticamente y con más amplitud que el francés, las bases lógicas de las ciencias del espíritu; intentó ver claro, con independencia de Comte, lo que es un hecho histórico, y quería comprender, de manera precisa y rigurosa –inspirado seguramente por Tocqueville-, el concepto de causalidad histórica[37].

El positivismo de Herbert Spencer, independiente del comteano, tuvo gran repercusión en América Latina[38]. Une varias tradiciones filosóficas inglesas: un fuerte empirismo y el evolucionismo darwiniano (cuyos planteamientos no fueron asumidos por los positivistas comteanos). La primera de ellas fue la base del problema del conocimiento, en la que los principios tienen un carácter universal y necesario y encuentran su origen en la experiencia de la especie, más que en la del individuo[39]. Así, para Spencer, la experiencia de la Humanidad es la

---

37 NEGRO PAVÓN, pág. 22, en: MILL, [1844] 1977.

38 Herbert Spencer (1820-1903) Nacido en Inglaterra y educado en el ambiente de gran tolerancia religiosa de una familia de metodistas y cuáqueros, no recibió una educación universitaria formal, pero fue instruido por su hermano un pastor anglicano liberal, en ciencias naturales, matemáticas y "cuestiones sociales y políticas" modernas. En 1848 entró a colaborar a *The economist,* y fue en esa época que elaboró el esquema de su *Social static, or the condition esssencial to the human hapinerss speciefied and the firts of them developped* (1850); tres años después comenzó su obra de *Filosofía sintética* y en 1862 sus *Primeros principios*. BENTHAM and MILL, 1961.

39 "La idea o imagen que suscita 'evolución' –dice Ferrater Mora- es la del despliegue, desarrollo o desenvolvimiento de algo que se hallaba plegado (o replegado), arrollado o envuelto. [...] Junto a la citada idea o imagen de desenvolvimiento de los envuelto, encontramos en 'evolución' la idea de un proceso a la vez gradual y ordenado, a diferencia de la revolución, que es un proceso de despliegue súbito y posiblemente violento. El concepto tiene distintos significados (teológico, metafísico, histórico, biológico, etc.) El evolucionismo como doctrina plantea que la realidad, o al menos ciertas realidades no son estáticas o no siguen patrones inmutables y eternos. Su origen, para el "pensamiento occidental", está en algunos filósofos presocráticos que como

suma de las experiencias individuales: “El empirismo no explica lo que realmente interesa saber, esto es, la facultad de organizar las experiencias” pero la hipótesis de Spencer tampoco la explica. De esta manera, tanto su concepción teológica (que por pertinencia y razones de espacio no podemos explicar) como su teoría del conocimiento, adolecen de contradicciones puesto que como es agnóstico en lo referente al mundo suprasensible (lo que está más allá de la experiencia) coincide con los planteamientos generales del positivismo y continúa con el derrotero de los sistemas empíricos. De esto se deriva que su evolucionismo es una interpretación biológica del problema del universo que no explica las cuestiones del origen y el fin del mundo. Como en su reflexión la naturaleza y la historia están sometidas a una misma ley, ni la inteligencia creadora, ni la voluntad humana libre (ambos temas de fuerte debate en el momento que elabora sus tesis), están presentes en sus planteamientos. De esta manera, su evolucionismo carece de las condiciones que el esquema científico decimonónico exigía para explicar “el fenomenismo complejo de la vida consciente, moral y social”, el mismo planteó los límites de éste:

La evolución es una hipótesis, la más aceptable, pero no una teoría de valor absoluto, pues no explica la esencia íntima ni el origen de las cosas en sí, sino su génesis en cuanto se manifiesta en el entendimiento humano. Sería, sin embargo, injusto el crítico que negara el valor de la hipótesis evolucionista. Como otras teoría modernas, ha servido en ciertos sectores científicos, y en la misma filosofía, para aclarar la naturaleza y significación de muchos fenómenos y procesos[40].

En el plano político Spencer profesó un liberalismo políticamente radical, que se desarrolla sólo en el nivel intelectual; uno de los textos que mejor representa esta corriente es *El*

Anaxímides y Anaximandro plantearon que las plantas, los animales y los seres humanos se han originado “a partir de principios y fuerzas vitales básicas”. Así una parte de la filosofía presocrática concibe al mundo de un modo distinto y más dinámico que Platón y aun, Aristóteles, los cuales influyeron enormemente sobre la concepción “estática” y “fijista” del mundo y de las especies orgánicas. El evolucionismo resurgió durante los siglos XVI, al XVIII en particular referente a teorías acerca del desarrollo del universo y del sistema solar; así, la astronomía, la geología y la paleontología, contribuyeron a la difusión de las ideas evolucionistas. FERRATER MORA, 1994, págs. 1158-1164.

40 SPENCER,

individuo contra el Estado, una serie de artículos donde se propuso "defender la libertad individual contra la intervención cada vez más abusiva y absoluta del Estado". En el plano filosófico y científico los planteamientos lógicos y morales de Mill y el evolucionismo biológico de Darwin, representan mejor la dirección empírica y el "espíritu positivo" inglés[41].

Así, la cercanía de estos tres pensadores, pero también sus diferencias, que arrancan de tradiciones intelectuales distintas, marcarían las diferencias en el desarrollo del positivismo. El "positivismo" de Spencer, pero sobre todo su liberalismo, influirían fuertemente a las elites políticas liberales latinoamericanas, pero también sus planteamientos contra el Estado alimentarían intelectualmente a muchos anarquistas. Por otra parte, las objeciones de Mill a la doctrina de Comte, que tenían como punto central la preocupación por la coherencia lógica de los postulados del positivismo, terminarían sentando las bases del "positivismo lógico" del siglo XX, que se adentró en esa discusión del desarrollo de las ciencias y de sus reglas de funcionamiento interno.

41 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ESPASA CALPE. Vol LVII, págs. 787-792.

IV.- La clasificación comteana de las ciencias

Comte intentó erigir una filosofía que lo llevara a establecer la ciencia sobre nuevas bases. Para esto, organizó una clasificación general de las ciencias modernas enfocándolas desde la "filosofía positiva" que presupone una nueva filosofía de la historia basada en la "teoría de los tres estados", a la que intentó separar de la metafísica con el fin de supeditarlas sólo a los parámetros racionalistas que aseguraban su carácter científico.

La idea de la clasificación general de las ciencias tiene larga data. Por la misma naturaleza del conocimiento científico, cada cierto tiempo surgen nuevas ciencias y por lo tanto se ensayan nuevas clasificaciones. En la historia de la ciencia moderna la primera clasificación corresponde a Spinoza que en su *Novum Organum*. Él mismo inició en la época moderna la aplicación de los métodos para estudiar la naturaleza al estudio de la sociedad cuando se propuso "interpretar *La Biblia* con un método semejante al que sirve para estudiar la naturaleza"[42].

Posteriormente la división de las ciencias de Francis Bacon que planteada en *Advancement of learnig* (*El Progreso de la ciencia*)[43]. La clasificación baconiana fue adaptada

---

[42] Esta perspectiva fue asumida también por el sacerdote francés de la Orden del Oratorio, Richard Simon, que en 1678 publicó una *Historia crítica del Antiguo Testamento*, que después de su expulsión de la Iglesia, continuó con la edición crítica del *Nuevo Testamento* en francés.

[43] La clasificación baconiana contemplaba la división general de las ciencias humanas en: Historia, Poesía y Filosofía según las "tres facultades del entendimiento, memoria imaginación y razón"; la historia estaba dividida en "natural y civil"; la segunda de éstas se dividía en eclesiástica, literaria y civil "propiamente dicha". La "ciencia de los abstractos" se dividía en "ciencia de las propiedades particulares de los diferentes cuerpos, como densidad, ligereza, peso, elasticidad, blandura, etcétera" y "ciencia de los movimientos" en la que hacía una larga enumeración siguiendo el escolastismo. La filosofía especulativa tenía dos ramas: la de los "problemas naturales" y la de los "sentimientos de los antiguos filósofos"; la metafísica se dividía en "ciencia de las formas" y "ciencia de las causas finales"; la "ciencia práctica de la Naturaleza" se dividía en la "enumeración de las riquezas humanas, naturales o artificiales" y el "catálogo de los policrestos". Una de las ramas de la filosofía natural eran las matemáticas, que se dividían en "puras" y "mixtas", de las primeras se desprendía la geometría y la aritmética y de las mixtas salían la "perspectiva, música, astronomía, cosmografía, arquitectura, ciencia de las máquinas" y otras. La poesía

por Diderot y D'Alambert a la *Enciclopedia* (1751), pero en el *Discurso preliminar* a dicha publicación éste señalaba que, sin embargo, "esto no impide que haya una gran cantidad de cosas, sobre todo en la rama filosófica, que de ninguna manera debemos a Bacon" y que diferenciaba a ambos árboles no sólo sobre las mismas materias sino también en el orden que estaban expuestas: "Todos los árboles enciclopédicos se parecen necesariamente por la materia; sólo el orden y la distribución de las ramas pueden distinguirlos"[44].

Comte planteó que, esta nueva organización del conocimiento, tenía entre sus finalidades lograr la estabilidad de la sociedad a través de una nueva disciplina científica que podía reformala: a esta disciplina la llamó primero "física social" y luego "sociología". Aunque estos fueron los deseos manifiestos de Comte, no todos los especialistas están de acuerdo y hay una polémica abierta respecto de sus intenciones y *a prioris* éticos, políticos o científicos[45].

Comte dictó en forma oral su *Curso de filosofía positiva* desde 1822. Dividido en 72 lecciones, en las que expuso su clasificación destinada a establecer una "jerarquía de las ciencias positivas" siguiendo un criterio por medio del cual el conocimiento había evolucionado desde la antigüedad griega hasta el presente y desde lo abstracto a lo concreto hasta constituirse positivamente, es decir, haber completado una larga evolución hasta tener tanto sus principios teóricos, su objeto, y sus métodos, totalmente articulados. Cada una de las ciencias que entraron en su jerarquización estaban precedidas de un capítulo que trataba "consideraciones filosóficas" previas de manera tal que sólo las que abarcaban la "física social" no tenían este prefacio.

Así la primera de las ciencias en constituirse eran las matemáticas y sus derivadas: el cálculo, la geometría y la mecánica racional. Le seguían las ciencias de los "cuerpos brutos", es

---

se dividía en narrativa, dramática y parabólica. La división general de la ciencia se bifurcaba en "teología sagrada" y "filosofía".

44 D'ALEMBERT, 1985, pág. 181.

45 Algunos exégetas como Ferrater Mora, han señalado como fundamental que el propósito central del intelectual francés era lograr una reforma de la sociedad, noción a partir de la cual, habría organizado después su sistema de pensamiento. Por el contrario, otros, como Dalmacio Negro Pavón, han hecho abstracción de esta característica, que podría significar una limitación, y han destacado el "valor de su concepción filosófica general". NEGRO PAVÓN, pág. , en: MILL, [1844] 1977; Cfr. FERRATER MORA, 1994, I, pág. 551.

decir, la astronomía, la física y la química. La primera se dividía en astronomía geométrica y mecánica; la física en: barología, termología, acústica, óptica y eléctrica y la química en orgánica e inorgánica. Luego le seguían las ciencias de "cuerpos organizados", éstas eran, la fisiología y la física social, que abarcaban "consideraciones generales sobre: la estructura y composición de los cuerpos vivos; su clasificación, la fisiología vegetal y animal y la fisiología "intelectual y afectiva".

Terminaba con la "física social". Esta parte estaba precedida de una "introducción" (que reemplazaba a las "consideraciones filosóficas" anteriores) que comprendía una exposición sobre la "necesidad y la oportunidad" de esta disciplina y un examen de las tentativas previas a su fundación como disciplina. En seguida trataba el método y la ciencia positivos. El primero aplicaba el método positivo al estudio de los fenómenos sociales y las relaciones de la física social con las otras ramas de la filosofía natural. En el capítulo de la ciencia hacía un "estudio histórico de la marcha de la civilización" que comprendía su "teoría de los tres estados" de desarrollo del entendimiento humano. Finalizaba esta jerarquización haciendo un resumen general del método, la doctrina y el futuro de la filosofía positivos.

V.- El positivismo de Europa a América Latina, (1860-1900)

La llegada del positivismo a América Latina, si bien es un fenómeno estudiado, lo ha sido en forma aislada y tiene perspectivas que permanecen inexploradas. Hay países para los cuales aún no se ha efectuado un estudio serio, entre ellos, Chile. La mayoría muestran una serie de estudios parciales y aislados que reclaman una síntesis del conjunto que permita tener una visión panorámica y detallada a la vez.

Vamos a denominar "positivismo latinoamericano" al conjunto de ideas que elaboraron Augusto Comte y sus discípulos y que fueron aprendidas, leídas y recepcionadas en este continente a partir de 1860. Esta recepción no fue pasiva, es decir, los intelectuales latinoamericanos adaptaron este pensamiento a las realidades locales para comprender el desarrollo particular de sus sociedades, por lo tanto aportaron, en mayor o menor grado, sus hipótesis, interrogantes y planteamientos al edificio del general del positivismo. Por lo tanto, es un positivismo latinoamericano en tanto está conformado por las particularidades que adquirió en nuestro continente y las formas en que nuestros intelectuales leyeron o se apropiaron de ideas y teorías provenientes originalmente de Comte y sus seguidores, Mill, Spencer, Littré y Laffitte y, supuestamente, las alteraron o modificaron.

En el ámbito continental, Leopoldo Zea inició en la década de 1940, un estudio acerca del caso mexicano que ha sido destacado como pionero en su país y en la región; sin embargo, fue profundamente debatido y combatido por Charles Hale a fines de la década de 1980 quien contrapuso una perspectiva "liberal". El mismo Zea continuó el trabajo en 1949 con la obra de síntesis *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo* (1949), donde nos entrega una visión continental y comparativa del proceso de difusión del positivismo, trabajo que cerró en 1980 cuando compiló y prologó *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, dos volúmenes que reúnen una gran serie de documentos de los positivistas latinoamericanos escritos entre 1850 y 1950[46].

[46] Hemos tenido a la mano la edición de 1968 de *El positivismo en México, nacimiento apogeo y decadencia*; sus otros trabajos son *Pensamiento positivista latinoamericano* (1980) y *El pensamiento latinoamericano* (c1976). Cfr. HALE, 1991.

Este estudio inicial fue continuado por el español José María Romero Baró en *El positivismo y su valoración en América*, que vio la luz en 1989. Sin embargo, este mismo autor, aclara que su trabajo no pasa de ser introductorio y de un intento de "reseguir algunas de las líneas consagradas como representantes de la corriente del pensamiento positivista en aquel continente, e intentar su valoración"[47]. De esta manera, dedica un primer capítulo al positivismo en Argentina, estudiando autores como Florentino Ameguino, Mario Bunge y José Ingenieros. Un segundo apartado lo dedica al "positivismo educativo" en México y el siguiente al positivismo religioso en Brasil. Continúa con escasas notas que consideran los casos de Chile, Cuba y Uruguay. Finalmente, la parte más sustantiva del trabajo está dedicada a la obra de negación sistemática del positivismo que efectuó Antonio Caso, basado en los elementos religiosos permanentes en la cultura mexicana, y a la herencia del filósofo ateneísta en discípulos como Samuel Ramos y el mismo Leopoldo Zea.

Resumiendo, de los trabajos a escala continental no se han abordado sistemáticamente las razones del éxito del positivismo en América Latina, ni las de su agotamiento como explicación de estas sociedades; tampoco se ha explicado su reemplazo por otros sistemas de pensamiento en el siglo XX. Falta sobre todo una visión global del proceso, o al menos una que incluya el análisis comparativo de un proceso de cambio intelectual.

La ilustración o "iluminismo", que llegó a América a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, difundió el pensamiento científico y su necesidad de cultivarlo; pero junto al "ilumninismo" llegaron otras vertientes como la "ilustración católica" y el "despotismo ilustrado", impulsado por los reyes borbones, que también valoraban el cultivo de la ciencia para impulsar reformas políticas o religiosas. Pero esa primera vertiente se reforzó con los procesos independentistas, entre 1908 y 1830, cuando se articuló con el liberalismo político, que había nacido con la Revolución Francesa, básicamente por la idea de progreso que ambos tenían en común. A mediados del siglo XIX los intelectuales latinoamericanos comenzaron a conocer las ideas de Comte, Mill y Spencer e iniciaron su divulgación en el continente. La irrupción del positivismo produjo un doble efecto en el desarrollo intelectual latinoamericano: por un lado, contribuyó a cortar los lazos que quedaron con el antiguo "pensamiento ilustrado" y del despotismo ilustrado borbónico; por el otro, coadyudó a separar al pensamiento liberal de sus tendencias jacobinas, inspirados en los planteamientos de Rousseau y en los logros y utopías iniciados en 1789. De esta manera, se fundamentó una teoría política que tenía el elemento novedoso de plantearse como "científica", con la que las elites intelectuales y sociales intentaron otorgar estabilidad a la consolidación de los Estados-nación latinoamericanos y

---

47 ROMERO BARÓ, 1989.

modernizar sus sociedades. Finalmente, los elementos teóricos otorgados por el positivismo jurídico ayudaron a ordenar la discusión acerca de la organización de la sociedad y jugaron un papel fundamental en el desplazamiento de las doctrinas jurídicas suministradas por el derecho canónico dominante durante toda la colonia y la casuística del derecho civil presente hasta principios del siglo XIX en los programas universitarios latinoamericanos.

Los estudios generales acerca del positivismo en cada país arrojan resultados más sólidos. En esta perspectiva, el positivismo brasileño ha sido el único estudiado con más dedicación y con un intento analítico de conjunto. El positivismo entró en Brasil a partir de 1860, vinculándose al proceso político de fundación de la República, que culminó en 1889. En este país destacaron los nombres de los intelectuales republicanos cultivadores de un positivismo heterodoxo, como Luis Pereira Barreto, Benjamin Constant Botelho de Magalhaes y Rui Barbosa, y los que adscribieron a la versión más ortodoxa como los fundadores de la Iglesia Positivista Brasileña, R. Teixera Mendes y Miguel Lemos. Este fenómeno ha sido recogido en varias obras, en particular destaca por su extensión y acuciosidad, la de Ivan Lins *História do positivismo no Brasil*, cuya segunda edición vio la luz en 1967[48]. Antes, el fenómeno había recibido la atención pionera de Oliveira Torres en *O positivismo no Brasil* (1943), quien en un estudio dividido en dos partes, analizó la "evolución" y la "influencia" de éste, tratando la extensión geográfica que alcanzó, su amplitud biográfica, así como sus vinculaciones con el proceso republicano.

En Argentina estas ideas se afirmaron en el substrato dejado por intelectuales como Alberdi, Sarmiento y Mitre en la reforma de la educación y en la formación de Estado a partir de 1870. El filósofo argentino Alejandro Korn en su texto *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (que fue editado en forma póstuma) dedica al positivismo el capítulo que cierra su libro donde además analizó la difusión de la escolástica, el "pensamiento moderno" y el romanticismo[49]. Pese a la temprana aparición, este ensayo sigue siendo la interpretación más

---

48 LINS, 1967.

49 Alejandro Korn. Filósofo argentino (1860-1936). Hijo de inmigrantes alemanes, estudió medicina en Buenos Aires y se graduó con una tesis titulada *Locura y crimen*, hizo una exitosa carrera como director de hospitales hasta que, en 1916, se retiró definitivamente. Paralelamente a su ejercicio profesional, practicó la docencia en medicina y en filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue un protagonista importante del movimiento de reforma universitaria de 1918, a tal punto, que fue elegido decano de su facultad oportunidad en la que contendió

acabada de la influencia del positivismo en la nación ríoplatense en tanto relaciona su difusión con un cierto consenso oligárquico que se habría establecido a partir de 1880 al que denomina "época positivista". Sin embargo -según nuestro filósofo-, el pensamiento del fundador del positivismo fue desconocido en la Argentina, lugar que ocuparon mejor los socialistas utópicos Fourier y Leuroux; el mismo Alberdi, de basta experiencia intelectual en Chile, conoció más a los románticos franceses[50].

En general, el positivismo tuvo en ese país un especial cultivo en científicos como Florentino Ameguino, y Carlos Octavio Bunge y en intelectuales más heterodoxos o proteicos como José Ingenieros y Juan Bautista Justo. Estos dos últimos personajes, en el aspecto político (por el que ambos son más conocidos), contribuyeron a articular esta tradición filosófica con el socialismo de la Segunda Internacional. En el ámbito más disciplinario articularon el positivismo con la sicología, la psiquiatría y la criminalística. Contemporáneamente, la recepción y expansión del positivismo en ese país ha sido parcialmente estudiada en trabajos como el de Soler, *El positivismo argentino: pensamiento filosófico y sociológico*, al parecer escrito como tesis de grado en Francia y publicado en Panamá en 1959 y, más recientemente, el ya citado Romero Baró que abarcó el tema enmarcado en un contexto latinoamericano[51].

Conocemos la exitosa y profunda recepción del positivismo en Venezuela gracias a tres trabajos que hemos consultado. Alicia de Nuño estudió estas ideas en José Gil Fortoul, Laureano Ballenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya, tres intelectuales venezolanos, quienes –según la autora- intentaron explicar la historia de su país bajo conceptos positivistas que se avenían mucho con el desarrollo histórico y cultural de Venezuela y que ella identificó como

---

contra José Ingenieros. En 1930 ingresó al Partido Socialista completando una relación interrumpida y efímera con la política ya que había pertenecido al Partido Radical y, cuando ascendió al poder Irigoyen, al Conservador, sin embargo en esta nueva tienda se consagró como educador y filósofo militante. Su obra intelectual y su sólida contribución filosófica tienen poco parangón en su país, destacan entre otras, *Influencias filosóficas*, *Concepto de ciencia* y *Filosofía argentina*, entre muchos otros. Sus principales influencias intelectuales son Kant, Dilthey y el historicismo alemán, la metafísica y, consecuentemente, un trabajo de oposición permanente al positivismo y sus versiones más vulgares. AZNAR. Págs. 5-20, en: KORN. 1936.

50 KORN. 1936, págs. 177 y 183.

51 SOLER, 1959. ROMERO BARÓ, 1989.

"evolucionismo" y "determinismo"[52]. Elena Plaza estudió al mismo Gil Fortoul, desde una óptica tradicional de historia de las ideas, y analizó las influencias teóricas en su obra histórica, donde estudió elementos como la "razón" y el papel de la "historia como ciencia" que este intelectual desarrolló. Esta investigadora concluye que la concepción historiográfica de ese personaje demostraba, más que la adhesión ortodoxa a las ideas de Comte, un "sincretismo intelectual" que lo llevó a unir positivismo y romanticismo[53]. Finalmente, Elías Pino Iturrieta estudió someramente las relaciones entre intelectuales positivistas y el autócrata Juan Vicente Gómez quien gobernó esa nación entre 1908 y 1935. El trabajo de Pino prologa un epistolario entre los intelectuales y el caudillo, a quienes sumó, aparte de los tres ya nombrados, a César Zumeta; éstos desarrollaron su labor, en un contexto de fuerte recepción del positivismo, y se dedicaron a justificar la dictadura echando mano del instrumental intelectual existente en la Venezuela de esa época[54].

En Ecuador el positivismo ha sido objeto de un estudio introductorio de Carlos Paladines y Samuel Guerra quienes compilaron textos de cuatro intelectuales de ese país dedicados a aplicar ese pensamiento en la realidad ecuatoriana o a divulgar sus principales ideas. En este aspecto confrontan la tesis de Arturo Andrés Roig quien aventuró la hipótesis de que el positivismo en Ecuador se desarrolló por tres cauces. Por el contrario, Palacios y Guerra plantean que la amplitud de la producción intelectual de los positivistas locales se resiste a ser esquematizada tan simplistamente y agregan que fue la "burguesía comercial-bancaria" guayaquileña la que encabezó el proceso de difusión motivada por intereses de clase[55]. De todos modos, ambos trabajos nos permiten comprobar que fue en ese país donde esta doctrina entró más tardíamente ya que sólo hay producción de positivistas locales entrado el siglo XX.

Quizá Uruguay fue el país donde el positivismo penetró más efímeramente debido a la presencia de otras tradiciones intelectuales más arraigadas como el espiritualismo. Romero Baró sostiene que la ilustración y el enciclopedismo tuvieron vigencia hasta 1850 cuando penetró el "espiritualismo ecléctico" de V. Cousin. El positivismo, en su versión spenceriana, habría logrado influir entre 1875 y 1890 fundamentalmente en los programas universitarios. Este

---

52 NUÑO, 1969.

53 PLAZA. 1985.

54 PINO. 1978.

55 PALADINES Y GUERRA. 1981?. Cfr. ROIG. 1977.

último año se habría dado paso "al influjo dominante" del filósofo francés Henri Bergson y del norteamericano Williams James cuya influencia habría abarcado el primer cuarto del siglo XX implicando una unión entre "la tradicional corriente espiritualista unida a nuevas corrientes idealistas"[56]. La reacción antipositivista en Uruguay estuvo encabezada por el filósofo Carlos Vaz Ferreira que cumpliría un papel similar al de Antonio Caso en México. Ambos fueron educados en el positivismo de raíz comteana pero con influencia spenceriana y dedicaron sus esfuerzos intelectuales a combatir los resultados de esta doctrina en sus sociedades y especialmente en el ámbito educativo.

Otros países donde estas ideas lograron entrar parcialmente y de los cuales no hemos dispuesto de material para consulta, fueron Perú, Bolivia y Cuba. En lo que respecta a Chile, discutiremos los aspectos específicos de la bibliografía acerca del positivismo en los capítulos dedicados a ello.

En términos generales podemos decir que, a escala latinoamericana, la irrupción del positivismo, durante la segunda mitad del siglo XIX, dotó a la discusión por la modernización de una matriz teórica importante en la confrontación entre tradición conservadora y reforma secularizadora. Este fenómeno se produjo en forma posterior a la apertura de esta confrontación política que había sido abierta por el liberalismo a comienzos de esa centuria. Es decir, a su llegada, las ideas positivistas encontraron un ambiente propicio para su propagación en un contexto cultural e intelectual abierto trabajosamente por las ideas liberales desde 1810.

Varias fueron las ideas-fuerza que impuso el positivismo y por las cuales se puede explicar su exitosa recepción en América Latina: el ideal del progreso, que se volvió la utopía política del siglo XIX; la confianza en la ciencia y sus avances, y las ideas social-darwinistas; todas estas reforzaron el interés por la ciencia que ya había sido impulsado por la ilustración, para lograr la reforma de las "atrasadas" sociedades latinoamericanas, pero en general sustentaron "teóricamente" proyectos nacionales que, por un lado, fomentaron la inmigración europea en países del cono sur como Chile pero en especial Argentina, Uruguay y el sur del Brasil, y, por el otro apoyaron teóricamente reformas educativas modernizadoras.

A principios del siglo XX había un conjunto importante de intelectuales latinoamericanos que estaban claramente imbuidos de este tipo de pensamiento. Así, se había formado una cultura laica y científica de carácter continental que estaba inserta en un ámbito heredero de un estilo ilustrado que ahora se explicaba en "clave positivista". En ella, se

---

56 ROMERO BARÓ, 1989, págs. 197 y 198.

desarrolló un tipo social nuevo que correspondía a un intelectual profesional que hemos caracterizado anteriormente.

Este proceso de llegada, recepción y apropiación del positivismo no fue masivo, pero constituyó la base sobre la cual operó la ampliación del campo cultural que a partir de fines del siglo XIX, dependiendo de las particularidades de cada país, se masificaría y expandiría hacia los sectores mesocráticos y populares.

VI.- Los estudios acerca del positivismo

El positivismo llegó a Chile en la década de 1870. En esa época ya se había hecho ya un largo y dificultoso camino en la conquista de algunas reformas al Estado conservador y autoritario fundado a partir de 1830. El conjunto de las reformas políticas impulsadas por el liberalismo, pero sobre todo la formación de una estructura educacional secundaria y universitaria y la formación de círculos intelectuales independientes contribuyó a que la recepción de esas ideas fuera exitosa.

El positivismo no ha sido estudiado en Chile con la misma dedicación que en países como México, Brasil o incluso Argentina. Cuando se los miró con una perspectiva más global se lo incluyó en estudios generales acerca de la política y de la cultura en Chile que abarcan el positivismo de manera muy general o se conforman con la mera enunciación del tema.

Hemos dispuesto sólo de dos breves estudios sobre el tema hechos por especialistas chilenos. El del filósofo Miguel Vicuña, *El positivismo en Chile*, merece una advertencia. Este autor analiza el positivismo chileno "considerado únicamente en el momento de su emergencia discursiva en el campo político-institucional"; por ende, no intenta examinar los supuestos epistemológicos profundos del positivismo en ese país, ni señala si este pensamiento tuvo características propias: "por 'positivismo chileno emergente' –dice Vicuña- entenderé un sistema discursivo caracterizado por el empleo de motivos ligados a la 'filosofía positiva' de Comte y por su inclusión en un campo enunciativo de carácter confrontacional"[57]. El carácter introductorio hace que tomemos este artículo sólo como información general. Otro texto, de carácter historiográfico es el de Prieto, aparecido en una compilación dirigida por Ricardo Krebs titulada *Catolicismo y laicismo, seis estudios*, dedicada a analizar los diferentes aspectos de las luchas políticas e ideológicas que significó la secularización de la sociedad en la segunda mitad del siglo XIX. En particular esta autora se dedica a analizar las propuestas de los positivistas chilenos en torno a la educación, uno de los ámbitos de confrontación ideológica más fuerte en el que chocaron liberales y positivistas contra el catolicismo ultramontano. Lamentablemente nuestra autora no hace la distinción básica para todos aquellos que estudian el positivismo, especialmente el latinoamericano, entre los seguidores ortodoxos de las ideas de Comte y los seguidores heterodoxos; así las opiniones de Lastarria, cercanas al liberalismo, o las de los hermanos Lagarrigue, seguidores de la "religión de la humanidad" aparecen con el mismo valor

---

57 VICUÑA. 1997, pág. 4.

en un contexto de debate en que los primeros adaptaban el positivismo por su carácter científico y los segundos lo aplicaban una serie de dogmas religiosos dictados por el "maestro" francés[58].

El historiador Gonzalo Vial incluyó el análisis del positivismo, o más bien de los positivistas, como parte de la cultura liberal y "cientista" que se abrió paso en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX y que contribuyó a fracturar cultural e ideológicamente la nación que antes estaba inmersa en una *Weltaungchan* católico hispana que le otorgaba unidad y estabilidad. Por esta perspectiva decadentista con que Vial afronta el estudio de la historia de Chile, el positivismo aparece como un agente extraño dentro de la cultura chilena, mezclado con la intolerancia religiosa producto del "descreimiento de la elite" o, más bien de un sector de ella[59].

El sociólogo José Joaquín Brünner aborda aspectos específicos de la introducción del positivismo en *El caso de la sociología en Chile, formación de una disciplina* (1988), un libro dividido en tres secciones, que nos entrega "un cuadro analítico de lo que ha sido el origen y desarrollo de la sociología en Chile". En la primera sección dedica cuatro capítulos al análisis del positivismo y su desarrollo desde una panorámica mirada de su nacimiento en la Europa del siglo XIX hasta la "descendencia" en el siglo XX, lo que completan un total de 130 páginas que constituyen un tercio del libro[60].

Brünner analiza la labor de personajes como el intelectual liberal José Victorino Lastarria y su discípulo y continuador, Valentín Letelier, que combinó su positivismo con una concepción evolucionista y organicista y que luchó por establecer el estudio científico de la sociología y de la ciencia política en Chile. Así el tema de esta parte de la obra de Brünner es la constitución de la sociología, durante sus primeros años, como un campo de conocimiento independiente a la estructura educacional universitaria hasta su aceptación en la academia entrado el siglo XX. El análisis que hace este sociólogo contemporáneo de la propuesta teórica de Letelier se reduce al último capítulo de *La evolución de la historia*, que apareciera en 1900 y

---

58 PRIETO, en: KREBS, 1980, págs.

59 VIAL, 1980, I, pág. (hay varias ediciones).

60 Los títulos de los capítulos son: I, "El nacimiento del discurso sociológico"; II, "La recepción del positivismo en Chile y su constitución como matriz intelectual"; III, "Valentín Letelier precursor de la sociología en Chile"; y, IV, "La descendencia positivista", véase: BRUNNER, 1988.

que cierra nuestra investigación. En el capítulo dedicado al positivismo de este autor veremos que esta propuesta es la culminación de una larga formulación científica e histórica que Brünner no analizó, restándole a su trabajo la profundidad necesaria.

Recientemente, en 2004, Bernardo Subercaseaux ha concluido tres volúmenes de una obra mayor, titulada *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, dedicada al estudio de los procesos culturales de la segunda mitad del siglo XIX. Pese a que la intención inicial es hacer una "historia general" de la cultura, los textos están centrados en figuras claves de la época: José Victorino Lastarria, para la primera parte; el presidente José Manuel Balmaceda, para el fin de siglo; y las vanguardias artísticas a las primeras décadas del siglo XX. En el análisis de Subercaseaux, "...el objeto de estudio son las ideas y la cultura liberal chilena del siglo XIX. O si se quiere: la incidencia de la dinámica social e intelectual en los rasgos específicos que adquiere la apropiación de las corrientes europeas –artísticas y de pensamiento- en la realidad chilena", a través de dos casos concretos; el libro pretende ambiciosamente ubicarse dentro de los estudios de carácter "transdisciplinario" y "en la frontera de varias disciplinas: la historia de las ideas, los estudios literarios, la sociología de la cultura y la historia social"[61]. Sin embargo, son básicamente estudios biográfico-literarios, bien informados y documentados y con una discusión bibliográfica puesta al día, pero con falencias documentales importantes[62].

En resumen, tanto el trabajo de Brünner, como el de Subercaseaux, abordan el tema desde una óptica tradicional, es decir, enfocándose en los actores principales (no más de uno) a los cuales presentan actuando solitaria y protagónicamente en un desarrollo intelectual que generalmente abarca a muchos otros sujetos, instituciones y círculos intelectuales. De la misma manera sólo se han abordado las biografías de Lastarria y Letelier y en menor medida de los hermanos Lagarrigue[63].

---

61 SUBERCASEAUX, 1997, I, pág. 10.

62 En el capítulo X de su segundo volumen, "liberalismo positivista y naturalismo", lamentablemente Subercaseaux no analiza ninguna de las obras de los principales positivistas chilenos: del mismo Lastarria, *Lecciones de política positiva* (1874); de Valentín Letelier, *Evolución de la historia* (1900); ni de los hermanos Lagarrigue, sus muchos escritos que difundían el positivismo religioso. Véase: SUBERCASEAUX, 1997, I, págs. 203-231.

63 La única biografía de Valentín Letelier de cierto peso historiográfico es la escrita por Luis Galdamez. Véase: GALDAMEZ, 1933. Sobre Lastarria el único texto biográfico

Subercaseaux recorre un camino ya conocido y el que los historiadores liberales del siglo XIX y comienzos del XX escribieron con letras de molde: la historia del nacimiento y la ampliación de una cultura liberal, laica e ilustrada que se opuso tenazmente a las fuerzas sociales e intelectuales que representaban la tradición y "el peso de la noche". Se inscribe, así, dentro de una corriente historiográfica que asemeja la historia de una marcha triunfal del liberalismo (y la "modernidad") que se impone –no sin grandes esfuerzos- a las adversidades de la historia y a la reacción de las fuerzas conservadoras. Esta tradición está en disputa con esa visión conservadora y "decadentista" característica de las primeras décadas del siglo XX y que tuvo en Alberto Edwards a su más brillante exponente y en Mario Góngora y Gonzalo Vial, sus continuadores más consecuentes. Esta "escuela" reaccionó contra ese avance del liberalismo, planteando que Chile perdió una supuesta "grandeza" que, en algún momento remoto de su historia, lo habría caracterizado. Finalmente, hay un tercer grupo de historiadores, de la escuela marxista, que ha coincidido con la visión "liberal" de la historia; si ésta interpretó el XIX como el siglo del liberalismo, el siglo XX estaría caracterizado por el avance de la democracia y el socialismo[64].

La historiografía anglosajona nos ha dejado tres estudios acerca del positivismo en Chile. Tomas Bader, en un trabajo monográfico, *Early positivistic thought and ideological conflict in Chile*, publicado en *The Americas*, analizó el contexto en el que el pensamiento positivista influyó en la lucha por la "libertad de educación", planteada por el catolicismo local, en contra de la instauración definitiva del "Estado docente", defendido por liberales y conservadores moderados en el marco del gobierno de Federico Errázuriz (1871-1876). Según Bader, los primeros positivistas, que hibridaron el liberalismo individualista del *laizzes faire* con las ideas de Comte, sin resolver las contradicciones inherentes de ambas propuestas, no pudieron completar su tarea por el desarrollo de la Guerra del Pacífico, pero no se detuvo en analizar la Ley de Instrucción Primaria de 1879, aspecto crucial y que entra en el período que se propuso estudiar.

Allen Woll, quien dedicó su inédita tesis doctoral a la relación entre positivismo e historia, dejó huella más palpable en un artículo publicado en la conocida *Journal of History of*

---

es el de FUENZALIDA GRANDÓN, 1911 y 1914. Ambas tienen un promedio de 80 años desde sus últimas versiones editadas.

64 Sólo por señalar a los principales trabajos al respecto, en la primera línea se inscriben los estudios citados de EDWARDS, 1935 y de GÓNGORA, 1986. En la marxista se inscriben los trabajo de RAMÍREZ NECOCHEA, 1959 y VITALE, 1968.

Ideas, titulado “Positivism and History in Ninetheenth-century Chile: José Victorino Lastarria and Valentín Letelier”. Woll parte analizando el significado de las ideas de Comte en un país latinoamericano como Chile, pero lamentablemente ignora aspectos importantes de la recepción del positivismo como la importancia de organizaciones culturales en las que esas ideas se propagaron (sólo destaca la Academia de las Bellas Letras), su instalación sobre una sólida base institucional previa, o la existencia de una fuerte tradición historiográfica, dominada por el pensamiento ilustrado, legado por Andrés Bello a la gran cantidad de historiadores de la época y que no dejó de influir a los intelectuales en los que centra su estudio.

Finalmente, *Positivism in Chile and influence in education and economic thougth*, es una tesis doctoral inédita de Stephan L. Fogg de New York University. Este autor cubre un período muy acotado en el cual no se alcanza a comprender los alcances del proceso de recepción y aplicación del positivismo en Chile. Además, comete algunos errores como adjudicar, como es tradicional en otros estudios, la primera difusión del positivismo a la Academia de la Bellas Letras y no a Círculo de Amigos de la Letras, una organización anterior fundada por Lastarria y donde efectivamente se expusieron las ideas de Comte por primera vez; también, pese a que trabaja el entramado institucional educativo, un aspecto fundamental para entender la difusión del positivismo, no analiza mayormente la constitución del sistema educacional chileno, algo que, a nuestro entender es fundamental para comprender la tardía entrada de esta filosofía en la educación chilena. De todos modos el trabajo de Fogg es el único estudio monográfico de envergadura que hemos consultado respecto del tema que nos preocupa.

En resumen, tanto por lo parcial como por lo tangencial de los estudios sobre el positivismo en Chile, éste no ha sido suficientemente estudiado. En su conjunto, los trabajos comentados si bien permiten hacerse una idea general acerca del tema impiden comprender la trama política, cultural e ideológica en la cual llegó el positivismo a Chile, la forma en que se le recepcionó, quiénes y cómo lo leyeron y cuál fue su influencia real en el medio cultural chileno.

VII.- Dos posiciones para el estudio de las ideas en América Latina

A menudo el estudio de las ideas en América Latina efectuado por filósofos, en su mayoría autóctonos, presenta elementos "principistas", es decir, algunos estudiosos son militantemente latinoamericanistas y apuestan a rescatar elementos propios del ejercicio intelectual en esta región y resaltar la "originalidad" de lo que denominaron "pensamiento latinoamericano". Es el caso de dos autores que hemos introducido en nuestro trabajo, el filósofo español José María Romero Baró y el mexicano Leopoldo Zea. Más recientemente, esta necesidad de rescatar lo "autóctono" y "propio" del pensamiento latinoamericano ha sido defendida por el chileno Bernardo Subercaseaux.

Según el español José María Romero Baró, el intelectual argentino Alejandro Korn sostiene la existencia de un "positivismo americano antes de Comte" en el texto que hemos citado, *Influencias filosóficas…*; sin embargo, ésta es una interpretación forzada de los planteamientos del filósofo rioplatense. De acuerdo a esta hipótesis, el desarrollo del positivismo latinoamericano no habría necesitado de la influencia europea, que le era "extraña y ajena", por lo que es posible pensar en un positivismo autóctono como "más verosímil que la pretensión algo escolar de referir siempre un origen único a todo movimiento filosófico"[65]. Así, -según Romero Baró-, habría un nacimiento plural del positivismo y América Latina sería uno de los lugares de su génesis, pero el texto de Korn está exento de los *apriori* que le atribuye este autor. Más bien, la obra del argentino es a la vez un ensayo de historia intelectual y un ataque a la vulgarización del positivismo en su país y en general al comtismo. A este pensamiento lo relaciona más con la religión de la humanidad, sinónimo de la influencia tiránica del romanticismo que era propio del filósofo francés. Desde el punto de vista disciplinario, Korn valora mucho más a Spencer:

Lógico y acabado dentro de su posición, sin resabios románticos, se nos presenta el agnosticismo de Spencer, a quien separan treinta años de Comte. Apoyado en la tradición

---

65 ROMERO BARÓ, 1989, pág. 29.

utilitaria de la filosofía inglesa y en el sentido común de la escocesa, armado del concepto dinámico de la evolución, realiza su gran síntesis científica[66].

En su obra, Korn sostuvo que el positivismo "no es la creación artificial de sus grandes expositores, es ante todo […] una actitud espiritual común a todo el occidente, nacida y difundida bajo el imperio de una misma situación histórica". Sin embargo, esto no equivale a sostener que en América Latina habría existido un positivismo "precomteano", como pretende el exegeta español, sosteniendo la existencia de "un positivismo americano antes de Comte". Una cosa es una "actitud intelectual" común al occidente ("actitud espiritual" en el lenguaje de Korn), del que América Latina forma parte, y otra muy distinta es la estructuración de un complejo planteamiento filosófico, al que se reconoce con el rótulo de "positivismo", cuyo concepto fue acuñado por Comte y que incluye la amplia gama de aspectos que hemos señalado introductoriamente y del cual nos ocuparemos a los largo de las páginas siguientes[67]. Por actitud intelectual, entendemos una serie de lógicas que guían ya sea el proceso del conocimiento o la investigación específica y que determinan las prácticas de los intelectuales (o los científicos), la elección de los temas de investigación y sus perspectivas de análisis. En última instancia la actitud intelectual está determinada por una serie de prácticas de los grupos intelectuales profesionalizados o semi profesionalizados o las comunidades científicas.

El otro planteamiento principista pertenece a nuestro conocido Leopoldo Zea y ha sido bastante discutido a lo largo de la construcción historiográfica mexicana y continental. Este autor prologa su libro *El positivismo en México*, aclarando que se opone a una cierta concepción de la historia de las ideas, y de la filosofía, que estudia las ideas estableciendo sus relaciones con otras ideas, descontextualizadas de su "circunstancia" histórica (en este sentido se opone a uno de los maestros del historicismo alemán, W. Windelband); de hecho, el título original de su estudio acerca del positivismo mexicano contiene el concepto de "circunstancia". Zea sostiene que este problema sería particularmente importante con el positivismo dadas sus características que los presentaban como una filosofía con validez "universal y eterna", es decir, por su dimensión totalizadora y ahistórica. Así, apoyado en Ortega y Gasset, (y en su famoso aforismo "yo soy yo y mi circunstancia") se expresa a favor de una historia de la filosofía, o una historia de las ideas, relacionada con su circunstancia histórica y con la biografía de sus creadores; a Zea no le importan: "...las concepciones filosóficas por sí mismas, sino el porqué de estas

---

66 KORN, 1936, pág.

67 KORN. 1936, págs. 171 y 174; Cfr. ROMERO BARÓ, 1989, pág. 29.

concepciones filosóficas"[68]. De esta manera, diseña un método que aplica a su problema de investigación que:

[...] nos hará ver con mayor claridad lo que se desea, es decir, nos hará ver al positivismo en México. Podremos ver cómo ha sido interpretado el positivismo por nuestros pensadores. Podremos ver por qué y cómo ha sido también esa doctrina importada a México. El positivismo será una doctrina con pretensión universal, pero la forma en que ha sido interpretada y utilizada por los mexicanos, es mexicana. Para poder saber lo que de mexicano hay en esta interpretación, es menester ir a nuestra historia, a la historia de los hombres que se sirvieron del positivismo para justificar ciertos intereses, que no son los de los positivistas creadores del sistema[69].

Hasta acá podemos coincidir en el planteamiento inicial del intelectual mexicano en torno a hacer una historia de las ideas relacionada con su contexto histórico; empero, en esta cita hay una contradicción evidente cuando Zea introduce un elemento "nacionalista" que en un comienzo se puede interpretar como la consecuencia lógica de su primer planeamiento: buscar el aporte mexicano al edificio intelectual del positivismo, pero nuestro comentado se contradice cuando supone, *a priori*, que los intereses de los positivistas mexicanos "no son los mismos de los positivistas creadores del sistema". ¿Cuáles son esos intereses de los positivistas mexicanos que no son los mismos de sus creadores (franceses)?, ¿Por qué hay ciertos "intereses" (legítimos) de los creadores que se contraponen a los "intereses" (ilegítimos) de los "imitadores" mexicanos?. Podemos enumerar las contradicciones a las intenciones del autor: primero, aunque defiende una historia de las ideas que tenga relación con su contexto histórico, el problema de la legitimidad de los planteamientos desaparece pues, como él mismo lo plantea, la historia de la filosofía y de las ideas, es la historia de sus "circunstancias", tanto de las circunstancias históricas en las que nacieron esas ideas, como de las circunstancias (biográficas) de los individuos que las plantearon. Entonces ¿Cuál es el problema de que los positivistas mexicanos se hayan "servido" del positivismo (francés) para "justificar ciertos intereses" que no son los de sus creadores?. Si en la elaboración del pensamiento la circunstancia es la que domina ¿por qué hay una división tan tajante entre ésta y quien elabora el pensamiento?

El chileno Bernardo Subercaseaux ha propuesto dos modelos interesantes y útiles para estudiar la cultura y el pensamiento latinoamericanos y la relación entre lo propio y lo exógeno:

---

68 ZEA, 1968, pág. 25.

69 ZEA, 1968, págs. 26 y 27.

el modelo de "reproducción" y el de "apropiación". Por lo primero, Subercaseaux entiende un problema que está en la base de la constitución de la cultura de América Latina: su relación con Europa y su integración al mundo occidental a través de la conquista. Así, desde una "periferia", la cultura y el pensamiento continentales se habrían visto forzados a reproducir la cultura y el pensamiento europeos, que se ubican en el "centro". Esta reproducción sería responsabilidad de las elites locales que adoptaron una cultura ajena a lo autóctono, lo originario o lo indígena. De esta manera, el estudio de estos procesos implicaría también la exportación de categorías y conceptos exógenos para su estudio. Este fenómeno habría sido particularmente fuerte en el siglo XIX (por ejemplo, en la ilustración y el positivismo), pero también renovado en el siglo XX (por ejemplo, teoría de la dependencia y el neocolonialismo). Así –en el planteamiento de este autor-, en el plano ideológico y cultural se produciría un "desfase" o un juego de "máscaras" (tal como la habían planteado Alejo Carpentier y Octavio Paz), que habría llevado a nuestro continente a reproducir las corrientes de pensamiento originalmente europeas divorciadas de las condiciones históricas y sociales que les dieron origen, resultando de esta manera la existencia de un "barroco sin contrarreforma, liberalismo sin burguesía, positivismo sin industria, existencialismo sin segunda guerra mundial, posmodernismo sin modernidad..."[70]. De esta manera, los latinoamericanos estaríamos condenados a la imitación y a la copia, al ideologismo sin realidades en que sustentarlas.

El modelo de apropiación, por su parte –dice Subercaseaux-, más que una dependencia y dominación exógenas se refiere a un proceso "creativo" mediante el cual se hacen "propios" o apropiados elementos "ajenos". Este hacer propio elementos ajenos se contrapone a lo postizo, de manera tal que: "A los conceptos unívocos de 'influencia', 'circulación' o 'instalación' (de ideas, tendencias o estilos) y al supuesto de una recepción pasiva e inerte, se opone, entonces, el concepto de 'apropiación', que implica adaptación, transformación o recepción activa en base a un código distinto y propio"[71].

Para dar cuenta de la complejidad latinoamericana, ambos enfoques deberían cruzarse con un tercero, el de la contextualidad. La llegada y apropiación de corrientes ideológicas o culturales generaría versiones "propias" de esas corrientes de manera tal que "no se puede hablar de positivismo en Latinoamérica o de marxismo en Latinoamérica o de vanguardismo en Latinoamérica, sino de positivismo latinoamericano, de marxismo latinoamericano y de vanguardismo latinoamericano, lo que es muy diferente". Estos elementos son –según nuestro

---

70 SUBERCASEAUX, 1999, pág. 183.

71 SUBERCASEAUX, 1999, pág. 187.

comentado- los constitutivos de una historia de las ideas o de la cultura. Sin embargo, Subercaseaux titula su libro *Genealogía de la vanguardia en Chile* y no "Genealogía de la vanguardia chilena", que hubiera sido más consecuente con su planteamiento. Esta contradicción se genera puesto que Subercaseaux aún no se separa de las tendencias principistas del pensamiento latinoamericano y busca defender el "derecho a la universalidad" que tiene la cultura latinoamericana. Empero, su trabajo sólo estudia una muy pequeña parte de la elite intelectual chilena de principios de siglo, lo cual constituye un serio problema (a uno de los grupos incluso él lo identifica como cultivador de un "feminismo aristocrático"); así, a la hora de analizar la realidad de la época es necesario entender el carácter de la multiplicidad social que se analiza más que defender *a priori* y con la mirada centrada en un fenómeno muy pequeño, el derecho de los sudamericanos a ser aceptados por la originalidad de nuestros procesos intelectuales[72].

Finalmente, uno de los planteamientos más recientes pertenece a Eduardo Devés y ha sido expuesto en su último texto *Del Ariel de Rodó a la Cepal, 1900-1950*. En este trabajo, subtitulado apropiadamente "el pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad", propone una "dialéctica" modernización-identidad para entender los límites o las dinámicas entre las que se desenvuelve la producción ideológica e intelectual en este continente. Según Devés, desde comienzos del siglo XIX la producción intelectual latinoamericana ha oscilado cíclicamente entre "la búsqueda de la modernización o el reforzamiento de la identidad", personificado en una serie de una intelectuales desde [Domingo Faustino] Sarmiento hasta [Octavio] Paz o desde la "generación de los civilizadores" hasta el neoliberalismo: "Estos diversos pensadores y escuelas que hemos reseñado han acentuado la modernización o la identidad, aun cuando –advierte Devés- los énfasis no han significado preeminencia absoluta", ni tampoco que unos pensadores nieguen absolutamente la otra perspectiva o dimensión; es más, muchas veces ambas corresponden a distintas etapas de la vida de un mismo intelectual o han tratado de conciliar ambas[73].

La modernización –en el planteamiento de este autor- enfatizaría aspectos como: el afán de seguir ejemplos de países desarrollados; una acentuación de lo tecnológico o lo mecánico en desmedro de lo cultural, lo artístico o lo humanista; la sustentación de tesis "racialistas" respecto a que el aporte humano de otras naciones puede mejorar las de este continente; un desprecio por lo autóctono o lo popular; etc. Mientras, el "proyecto identitario" se

---

72 SUBERCASEAUX, 1999; Cfr. MORAGA, 1999.

73 DEVÉS. 2000, págs. 16 y 17.

fundamentaría en la reivindicación y defensa de lo americano, lo indígena o lo propio; la valoración de lo cultural y lo artístico, lo humanista en desmedro de lo tecnológico; el no intervencionismo de los países más desarrollados en América; acentuación de la justicia, la libertad y la igualdad; etc.

Aunque Devés nos advierte que los énfasis tanto en la modernización como en la identidad no son absolutos y son sólo eso, énfasis, y su propuesta no deja de tener utilidad en el momento de analizar las grandes tendencias del pensamiento latinoamericano, creemos que más que esta historicidad "pendular" es necesario buscar ciertos elementos permanentes en el pensamiento latinoamericano y más aún, en sus intelectuales, que nos lleven a entender la forma cómo las ideas se reprodujeron, las vías por las que circularon, la forma como fueron leídas, recepcionadas, comprendidas, adaptadas y modificadas para el uso y aplicación a nuestra realidad particular.

La búsqueda de estos elementos nos lleva a fijarnos en las actitudes y prácticas intelectuales y en consecuencia a romper con el mito y el trauma de la falta de originalidad o la copia a la que estaría sometido el pensamiento latinoamericano y a alejarnos del originalismo intelectual que pretende encontrar y rescatar un pensamiento latinoamericano "puro e incontaminado" de ideas exógenas y fundamentalmente europeas.

VIII.- La historia intelectual: una perspectiva para estudiar el positivismo en Chile

Por la naturaleza de nuestro objeto: el positivismo y quienes se ocuparon de cultivar y difundir estas ideas, los positivistas, que asumieron total o parcialmente las ideas de Comte y sus discípulos, por el período al que nos vamos a ocupar: 1860-1900, y por la nación y la sociedad en que estas ideas se desarrollaron: Chile en la segunda mitad del siglo XIX; primero debemos entender el contexto en que el pensamiento científico llegó a Chile, sus portadores, vías, instituciones, etc. y después analizar quiénes lo recepcionaron, cómo se instalaron en el contexto institucional, político, histórico de la sociedad chilena. Ello porque el avance de la ciencia en la sociedad, el desarrollo de la historia como un conocimiento que conformaba y explicaba a la nación y el establecimiento de la razón como articulador de los conflictos políticos, son procesos históricos comunes a muchas sociedades del siglo XIX y en especial lo fueron para los países latinoamericanos cuyas capas intelectuales los asumieron como desafíos a superar y esfuerzos a asumir para llegar a una meta: el progreso progreso. La forma particular en cómo se desarrollo en Chile, es nuestro objeto de estudios. Pero entonces ¿Qué perspectivas teóricas asumir? ¿Qué metodologías utilizar?, o mejor: ¿Qué tipo de historia debemos construir?

Por lo anterior, este trabajo se desenvuelve por dos vías que a lo largo del relato a veces se desarrollan en forma paralela y otras se entrecruzan. Uno, que se desarrolla en un plano general, trata sobre el cultivo de la ciencia y el conocimiento a través de las redes institucionales y las políticas de Estado; nos permitirá entender la particularidad del caso chileno, en el cultivo de la ciencia en general, como en el desarrollo del positivismo en particular. Por ello, este análisis lo haremos en conjunto con los cambios políticos e institucionales operados en el país en el período 1860-1900, y en el anterior, 1760-1860; esta es una mirada a la forma como se relacionaron y articularon mutuamente los “hombres de Estado y de ciencia”, como se denominaban en esa época.

Paralelamente, y como ya lo hemos adelantado parcialmente, analizaremos los procesos de construcción de conocimiento en la sociedad chilena, desde el momento en que llegaron las ideas de la ilustración a Chile y las distintas vertientes o derroteros que tomó; así podremos comprender cómo se constituyó la base teórica, ideológica e intelectual del desarrollo posterior del positivismo. Nos enfocaremos especialmente en la constitución de los distintos grupos intelectuales y científicos independientes que nacieron y se desarrollaron influidos por la

ilustración, y cuyos herederos, en la segunda mitad del siglo XIX, asumieron la filosofía positivista. Por ello nos ocuparemos del debate que enfrentó, tanto a éstos como a aquellos, en torno a la ciencia y el conocimiento, su aceptación en la institucionalidad universitaria y su utilización en la transformación de la sociedad, su articulación con ideas científicas, sus relaciones con la historia y la constitución de la política como una disciplina científica y por lo tanto racional y moderna.

Adoptamos esta perspectiva pues la historiografía ha enfrentado el estudio de estos fenómenos separando el proceso de construcción del conocimiento de la sociedad del contexto donde éste ocurre. Este proceso no es exclusivo de la historiografía chilena, algo similar señalaba Michael Foucault en 1982:

La forma en la que se piensa está relacionada con la sociedad, la política, la economía y la historia, y también está relacionada con categorías muy generales y universales, y con estructuras formales. Pero el pensamiento es algo distinto de las relaciones sociales. El modo en que la gente piensa, en realidad no está correctamente analizado por las categorías de la lógica. Entre la historia social y los análisis formales del pensamiento hay un camino, un sendero –quizá muy estrecho- que es el camino del historiador del pensamiento"[74].

Entonces ¿Cómo abordar un objeto en el que se comprenden ciencia, política, cultura, intelectuales, instituciones? El tema que nos preocupa puede ser, y ha sido, trabajado desde distintas perspectivas teóricas o, más bien, distintas escuelas historiográficas que se reducen básicamente a tres: la historia de las ideas, de la cultura, y la historia intelectual. Todas estas "ofertas teóricas" tienen fronteras comunes y a los ojos tanto de lectores novatos como de especialistas, suelen confundirse pues comparte un objeto común. En este acápite vamos a exponer descriptivamente (el espacio y la ocasión así lo obligan), las principales escuelas y corrientes teóricas desde las cuales se puede abordar nuestro objeto de estudio. Por la naturaleza y la amplitud del debate, y por su naturaleza polémica e indefinida, hemos escogido una serie de textos que creemos son los más representativos de esta corriente.

En 1980 Robert Darnton escribió una artículo titulado "Intellectual and cultural History"; en él utilizó datos estadísticos para hacer un oscuro balance al hablar de la historia intelectual norteamericana[75]. En la ocasión demostró la pérdida de la importancia de la disciplina que se había constituido en torno a la escuela de Arthur Lovejoy y su "History of

---

74 FOUCAULT. 1982, pág. 142.

75 DARNTON, "Intellectual and cultural History", en: KAMMEN, 1980.

ideas". Otros historiadores, trataron de responder al mismo problema en el plano más disciplinario; William J. Bouswsma sostenía que "Aunque la historia intelectual incluso ha declinado como especialidad, en otro sentido, nunca ha sido más importante", esto porque el cuestionamiento interno llevó a expandir sus alcances más allá de lo que tradicionalmente se entendía como el campo propio de la disciplina. Este cuestionamiento tuvo dos grandes efectos. Primero, y que hasta ahora ha sido poco relevado en los distintos artículos teóricos que hemos consultado: la ruptura de las tradicionales barreras nacionales dentro de las cuales se desarrollaba cada escuela historiográfica que se traducía en distintos planos, desde los temas de que preocupaban, hasta formas de escribir, de manera que sin leer el nombre del autor, el lector medianamente entrenado podía distinguir cuando un determinado texto era producto de la *Ecôle des annales* o del estructuralismo francés, cuando provenía del empirismo británico o cuando del pragmatismo norteamericano. Así, desde hace pocos años esas fronteras han sufrido un cierto desdibujamiento y en su lugar surgió, por lo menos en el campo de la historia intelectual, un nutrido diálogo[76]. Segundo: desde entonces se ha instalado una enorme incertidumbre teórica entre quienes practican este tipo de cuestionamiento, hacen investigación y escriben en este plano de la disciplina historiográfica.

Dos años después, el francés Roger Chartier, dando cuenta de este encuentro entre franceses y anglosajones, analizó como la historia de las ideas se centró en torno a categorías tradicionales que usó para dividir los períodos históricos (renacimiento, humanismo, reforma); que no tenían una total relación con el desarrollo de las ideas[77]. Pero esto llevaba a un segundo tipo de problemas. En general, los ataques tienen como blanco el sesgo idealista de este tipo de análisis en el que no se podía "encontrar la originalidad, irreductible a toda definición a priori, de cada sistema de pensamiento, en su complejidad y sus dislocaciones". Para el historiador

---

[76] Este encuentro y preocupación por la producción extra nacional comenzó, un poco antes, con Hayden White y su *Metahistory. The historical imagination in Nineteenth-Century Europe*, (1973), continuó con la compilación de La Capra y Kaplan y su *Modern Europan intellectual History*, de 1982: especialmente en esta última los textos de Chartier y de La Capra ya no hablan de historiografía "alemana", "francesa" o "británica", sino de los nexos y problemas comunes que enfrentan a unas y otras.

[77] CHARTIER, en: D. LA CAPRA y S. L. KAPLAN (comps.) 1982. Traducido posteriormente como: "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en: CHARTIER, 1995, págs, 13-44. (hemos trabajado con esta última versión).

galo, la crítica, había partido a principios del siglo XX con Lucien Febvre, quien no cejó durante décadas de criticar a los historiadores de la filosofía por su poca preocupación por los métodos de investigación y, en el plano teórico, por su nula visión del contexto en que se desarrollan las ideas:

De todos los trabajadores que retienen, especificado o no por algún epíteto, el calificativo genérico de historiadores, no hay nada que los justifique ante nuestros ojos, salvo aquellos que, al dedicarse a repensar por sí mismos los sistemas a veces con varios siglos de antigüedad, sin la mayor preocupación por marcar la relación con las otras manifestaciones de la época que los vio nacer, se encuentran haciendo lo contrario de aquello que reclama un método de historiadores. Y quienes, ante estas formaciones de conceptos surgidos de inteligencias desencarnadas, viviendo luego su propia vida fuera del tiempo y del espacio, anudan extrañas cadenas a los anillos a la vez irreales y cerrados[78].

Pero el concepto de "historia intelectual" también es polémico, porque, pese a que existen muchos trabajos que se inscriben en esta escuela, aún hay una serie de aspectos que no están del todo definidos ni siquiera para quienes se dedican a este tipo de investigaciones[79]. Es más, cada cierto tiempo, resurgen polémicas o debates en torno a sus definiciones fundamentales, sus métodos, sus supuestos teóricos y sus "límites". Por esta razón vamos a efectuar un rápido balance de sus elementos principales y, más exactamente, de quiénes los sostienen.

Durante todo el siglo XX surgieron varias escuelas historiográficas que trataban el ámbito de la producción intelectual, las ideas, la cultura, y en general todo el campo del conocimiento humano. En los Estados Unidos dos fueron las principales: por un lado, la *intellectual history*, que surgió junto con la *New History* en torno a un campo particular de investigación, formulada Perry Miller, y, por otro lado, la citada *History of Ideas*, construida por A. Lovejoy con un objeto, un programa, procedimientos de investigación e incluso un lugar

---

78 FEBVRE, 1953, pág. 278.

79 Respecto al tema, el norteamericano Martin Jay ha sostenido recientemente que: "un modo provechoso de entender la disciplina en la cual me formé originalmente, la historia intelectual, es considerarla un campo de fuerza de diferentes impulsos. Juzgada a menudo como un híbrido entre la filosofía, la historia de los intelectuales y sus instituciones y la historia cultural en un sentido amplio, la historia intelectual ha sido acusada de no cumplir ninguna de las tareas de esas disciplinas". JAY, 2003, pág. 15.

institucional en torno al *Journal of History of Ideas*, fundado en 1940 por el propio Lovejoy[80]. Pero, mientras esto ocurría en América del Norte, en Europa ninguna de estas designaciones se introdujo con éxito y, en general, siguieron prevaleciendo las designaciones tradicionales: historia de la filosofía, de la literatura, del arte, etc. Esto se consolidó con las nuevas áreas creadas por la Escuela de los Anales: historia de las mentalidades, psicología histórica, historia social de las ideas, etc. Consecuentemente, la historia de las mentalidades, resultó, desde su mismo concepto, "intraducible" para los angloparlantes[81]. Este es quizá lo más notable de un proceso de constitución de una disciplina que se preocupa de los procesos de formación del conocimiento en una sociedad: el notorio desencuentro "nacional" entre dos fuertes tradiciones intelectuales, una anglosajona y otra francesa, que han influido decisivamente entre los historiadores de América Latina.

Pero más allá de las barreras nacionales e institucionales, la historia "intelectual" (como también la de las "mentalidades"), enfrentó problemas ante a la certeza lexical de las definiciones de historias más tradicionales como "política", "económica", "social" e incluso a aquellas que trataban de su propio campo de intereses, como historia "de la literatura", "de la filosofía", etc. Una definición de Robert Darnton trata infructuosamente de separar el campo propio de cada escuela:

La historia de las ideas (el estudio del pensamiento sistemático por lo general en tentativas filosóficas), la historia intelectual propiamente dicha (el estudio del pensamiento informal, climas de opinión y movimientos de alfabetismo), la historia social de las ideas (el estudio de las ideologías y de la difusión de ideas) y la historia cultural (el estudio de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo concepciones del mundo y mentalidades colectivas)[82].

---

80 De larga trayectoria, la escuela fundada por Arthur Lovejoy (1873-1969) en la década de 1940 a partir de su obra *The great chain of being. A study of the History of an idea*, se consolidó a través del *Journal of History of ideas* que encontró un nicho institucional en John Hopkins University.

81 CHARTIER, 1995, págs. 13-14.

82 DARNTON, "Intellectual and cultural history", in: KAMEMMEN, 1980. Muchas veces el trabajo de R. Darnton "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Severín", es citado como paradigmático para quienes se están introduciendo en el cultivo de la historia intelectual; pero un análisis cuidadoso de su objeto (cultura popular del artesanado urbano en el siglo XVIII), procedimientos (uso de

El problemático terreno en el que nos movemos se presta, por su propia naturaleza interna, a la indefinición o al traslape de las distintas taxonomías con que tradicionalmente se ha tendido a separar un tipo de discurso historiográfico que abarca el amplio campo de la producción humana de conocimiento (pensamiento, ideas, ideología, cultura, escritura, etc.). Por ello, las principales definiciones de historia intelectual giran en torno a una concepción difusa que comprende un cierto tipo de análisis histórico o un cierto tipo de problemas, que abarcan mucho más allá del específico campo de la filosofía, las ideas, la cultura, la literatura, el pensamiento o el conocimiento, y tiende a englobarlas en un análisis o enfoque totalizador u holístico.

El campo específico de la historia intelectual es el de la relación que existe entre quien piensa las ideas, la realidad social en que este pensamiento se produce y los lenguajes en que estas ideas son difundidas; esto es, una relación problemática entre tres elementos que son sus fundamentos básicos. Por su naturaleza, es el menos neutro y el menos específico de los campos historiográficos, no es el campo de la historia económica, al que para fundamentarlo metodológica y científicamente se puede recurrir a los números o al dato cifrado, ni el de la historia social, que se desarrolla en torno a categorías más certeras como "clases" o "grupos sociales" específicos (elites, grupos subalternos, clases medias, indígenas, mujeres, etc).

El desencuentro al que hacíamos alusión más arriba ha seguido su derrotero imparable, aunque, como lo adelantábamos, en los últimos años se han tendido puentes entre una y otra historiografía o entre unos y otros historiadores. Después de la crisis de sentido denuciada por Darnton, que a partir de 1980 enfrentaron la *History of Ideas* y la *Intellectual Histotory* norteamericanas, a nuestro entender, dos son las principales enfoques o "escuelas" teóricas que se debaten en el campo de la historia intelectual el "giro lingüístico" y la "teoría de la recepción".

El enfoque lingüístico conocido como "giro lingüístico", definición en sí difusa, fue acuñado por Gustav Bergmann. En la actualidad Richard Rorty ha establecido que comprende una serie teorías según las cuales "los problemas filosóficos son problemas que pueden ser resueltos (y disueltos) ya sea mediante una reforma del lenguaje o bien mediante una mejor

---

fuentes autobiográficas) y metodología (interpretación de una cierta "mentalidad" mediante el análisis de texto), no permite distinguir entre ésta y la más conocida historia de las mentalidades.

comprensión del lenguaje que usamos en el presente"[83]. A. L. Ayer lo ha definido como el conocimiento del mundo no sería "factual, sino lingüístico en su carácter, [ya que] no describe el comportamiento de objetos físicos, o siquiera mentales, [sino que] –expresa definiciones o las consecuencias de esas definiciones"[84]. En nuestro continente, Elías Palti ha explicado que, según esta última perspectiva, "los estudios se concentrarían en los modos de producción, apropiación, y circulación social de los sentidos. La idea que los mismos puede aclararse (o diluirse) mediante una mejor comprensión del lenguaje es sólo una repuesta posible"[85]. Hayden White, uno de sus exponente más citados, ha especificado que en su obra utiliza los tropos del lenguaje poético (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía) aceptando que "es muy probable que esta terminología sea totalmente extraña para muchos de mis lectores"[86].

Su origen más reconocible estaría en las teorías del discurso de Wittgeinstein y las filosofías del lenguaje originadas a partir de la llamada "escuela analítica". Plantea la capacidad "performativa", para generar "actos de habla" que homologa a hechos, de las palabras y el discurso como un hecho en sí (político e histórico), para plantear una crítica fundamentalmente a la noción marxista de que la producción intelectual, la cultura, las ideas y en definitiva la ideología (la superestructura ideológica) son un mero "reflejo" de la estructura económica de una sociedad; pero aquélla es una construcción que no termina de estar definida. De amplia difusión en el medio historiográfico anglosajón, y en particular el norteamericano, ha encontrado a sus más conocidos exponentes en los norteamericanos Hayden White y Dominic La Capra[87].

---

83 RORTY. 1992, pág. 3.

84 AYER, *Languaje, thrut and logic*, Londres, Gollancz, 1946, pág. 35, citado en: RORTY, 1992, pág. 5.

85 PALTI, 1997, pág. 20, nota 5.

86 WHITE, 1992, pág. 10.

87 LA CAPRA y KAPLAN, 1982. Nuestra última alusión nos obliga a referirnos a un ejemplo desde el campo de estudio análogo y políticamente "contrario": el de la cultura enfocada desde el marxismo: recientemente el marxista británico Frederic Jameson ha editado una serie de artículos con el título de *El giro Cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*, Manantial, Buenos Aires, 1998.

Resumiento, podemos ver que al "giro lingüistico" dos son los elementos que le son característicos, que se instalan como propios de esta corriente: la incertidumbre teórica y la generación de un metalenguaje difícil de acceder para el lector recién iniciado en esas lides.

El enfoque recepcionista o de la "teoría de la recepción", ha sido obviado por las corrientes actuales que hemos descrito más arriba, probablemente porque tiene otra genealogía. En el medio hispanohablante, Luis Acosta Gómez ha partido de la "transferencia" y de la "recepción literaria" como una tradición dentro de la crítica literaria que no presenta grandes novedades y que trata acerca de la "acogida o recepción de la obra de un autor en otro autor, bien de la obra de un autor en una realidad histórica y literaria distinta de aquella que la vio nacer, o bien de los estudios críticos que han ido sucediéndose sobre un aspecto literario" y que en términos escuetos implica que:

[...] la teoría de la recepción sería aquella que se ocupa de los fundamentos y principios básicos, de acuerdo con los cuales se orienta el estudio de todas estas actividades [la recepción, en general] reseñadas al igual que las fórmulas metodológicas necesarias para poder realizarlos de una manera más científica[88].

Pero no se queda ahí y plantea un "cambio de paradigma" en los estudios literarios a partir de una comunicación de J. R. Jauss titulada "La historia literaria como desafío de la crítica literaria"[89]. Este trabajo implicó la "rehabilitación del lector" y la noción de que "El lector es el punto de partida para el estudio de una obra"; de ello se deriva que:

El descubrimiento del lector supone no sólo la inclusión en los estudios literarios de un tercer elemento, objeto necesario de consideración. El hecho va mucho más allá: lleva consigo una concepción ampliada y, por esta razón, distinta del arte en general y de la literatura en particular. Lo que, formulado de una manera muy simple, significa el reconocimiento del principio de que el arte al igual que la obra literaria, no se constituye como tal arte y como tal obra literaria, hasta el momento que llega al lector, esto es, hasta no haber llegado al receptor[90].

---

88 ACOSTA GÓMEZ, 1989, pág. 13.

89 J. R. Jauss "Lietraturgeschichte als provokatrion der Literaturwissenschaft", Constanza, 1967; citado en: ACOSTA GÓMEZ, 1989, pág. 14.

90 ACOSTA GÓMEZ, 1989, pág. 17.

Este tipo de problemas tampoco pasó del todo desapercibido para el mundo intelectual italiano en el que Ginzburg ha planteado la importancia del lector como sujeto de una "historia de las ideas cualitativamente distinta" [91] . Pero en general, esta perspectiva ha pasado desapercibida, o ha sido ignorada, por la reciente tendencia "replanteadora" de la historia intelectual anglosajona y su "alianza" con la historiografía francesa, vía Chartier.

Teniendomen cuenta este debate, volvamos al centro de nuestro problema de investigación: ¿Cómo dar cuenta de este debate en un medio un tanto ajeno a él? ¿Cómo trabajar la historia intelectual de este continente y más específicamente en Chile? Estas preguntas nos llevan al centro de nuestra problemática: trabajar estos enfoques en un medio y en un tiempo específicos: Chile en el siglo XIX, un país y un continente en el cual, por aceptación general, no se producen (o producían) las ideas sino que los principales ideas, sistemas de pensamiento, ideologías e incluso la "cultura" eran originarias de Europa; así, conceptos como barroco, ilustración, liberalismo, conservadurismo, romanticismo, positivismo, son categorías importadas del viejo continente y trasladadas a una realidad "otra" y distinta[92].

---

[91] C. Ginzburg ha criticado a la historia "cuantitativa" de las ideas, de corte sociologista, por la nula importancia que le da a quien recepciona las ideas: "En el caso de la historia cuantitativa de las ideas, sólo el conocimiento de la variabilidad, histórica y social, de la figura del lector, podrá poner realmente las premisas de una historia de las ideas aunque sea cualitativamente distinta". Lo que hace intelectualmente el lector, concluía Ginzburg, era infinitamente más trascendente que el análisis temático de la producción impresa y que la difusión social de las distintas categorías de obras.

[92] Esta aceptación a que la producción de las ideas, ideologías o los "sistemas de pensamiento" no son originarios de América Latina puede sufrir modificaciones si las trasladamos a otro periodo; por ejemplo, a la etapa que va de 1930 a 1960 (un corte aceptado por varios historiadores) en que la labor creadora de los latinoamericanos ha impactado profundamente al pensamiento europeo, en literatura: desde el modernismo de Rubén Darío, hasta el "boom latinamericano", pasando por el "creacionismo" de Vicente Huidobro en las vanguardias artísticas; en economía: con la teoría de la dependencia; y, más recientemente, en biología: con la teoría de la "autopoiesis" de Humberto Maturana y Francisco Varela base de gran parte de las reflexiones teóricas del sociólogo alemán Niklas Luhman.

La historiografía chilena, cultivada desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1980, se fijó exclusivamente en los fenómenos políticos e institucionales explicando la historia de Chile, ya como el (necesario) triunfo de la libertad y la democracia que se imponen en una nación contra todos los designios adversos y pese a los retrocesos; ya como la "crisis" y la "decadencia" producto de los avances de ese proceso de conquista de la libertad que negaba una cierta "esencia", una "naturaleza" inmanente y a-histórica de la sociedad chilena[93]. Los revisionistas de la "nueva historia política" –inspirados en Habermas- han relevado otros procesos, planteado, por ejemplo, que fue más importante la creación de un "espacio público" donde se reproducían los discursos políticos y se creaba una ciudadanía incipiente[94]. Una cuarta vertiente trabaja la historia de las ideas y de la cultura donde el contexto político aparece como un aditamento casi decorativo o anecdótico y se inscriben subordinadamente ya en una u otra escuela política[95]. Finalmente una última, preocupada de la historia de la educación, ha investigado las instituciones educacionales[96]. Sin embargo, y producto de la dictadura militar la "historia social" experimentó en enorme desarrollo desde mediados de la década de 1980 hasta nuestros días. A ella pertenece la mayor cantidad de producción historiográfica actual y ocupa al mayor número de investigadores[97]. Si bien todas estas escuelas y sus enfoques y metodologías

---

93 Por citar sólo a los principales, que analizaremos más detalladamente luego, en la primera perspectiva se sitúan la escuela liberal: Barros Arana, M.L. Amunátegui, R. Donoso y, recientemente, S. Villalobos; en la segunda, la escuela conservadora, destacan los aportes de F. A. Encina, A. EDWARDS, M. GÓNGORA y, actualmente, G. VIAL.

94 Fundamentalmente la lectura de Jocelyn-Holt sobre la Independencia, JOCELYN-HOLT, 1992.

95 Véase: SUBERCASEAUX, 1997, II y II.

96 Por ejemplo, SERRANO, 1994.

97 Desde que en 1985 se iniciaran en Chile las reuniones del "Encuentro de historiadores" que se expresaron a través del *Boletín del Encuentro de historiadores*, junto con el retorno del exilio de una serie de profesionales doctorados mayoritariamente en universidades europeas y en menor medida, norteamericanas, se comenzó a hablar de la "Nueva historia" (social). Originada en el revista homónima publicada por jóvenes historiadores chilenos radicados en Gran Bretaña, la Nueva historia social ha sido, sin duda la mayor y más grande en influencia y producción

nos merecen respeto, y en el desarrollo de este trabajo haremos profuso uso de la información que entregan, intentaremos fijar la mirada en el proceso de construcción del conocimiento, en particular en quiénes participan de él, cómo lo hacen, y qué relación tienen con el resto de la sociedad, las instituciones, sus luchas por el poder y la hegemonía en esa sociedad y cómo conciben su entorno, y el momento histórico del que participan.

Por la naturaleza de este trabajo, estableceremos un diálogo y nos nutriremos de distintos campos del conocimiento histórico que nos son útiles o con los que nos enfrentaremos en el plano de la eficacia explicativa y comprensiva: las primeras y más obvias son la historia política y la historia de las ideas y de la cultura, pero también de una historia de la ciencia (que casi no tiene cultivadores en Chile), pero de la que debemos dar cuenta en estas páginas. Resumiendo, trataremos de ver cómo se ve la historia de Chile desde el campo del conocimiento y de la ciencia.

Nuestro balance ha sido meramente descriptivo pues un análisis de fondo nos llevaría a entrar en una polémica para la cual no hay espacio ni es el objeto. Por ello, nuestra perspectiva es más modesta: queremos dar cuenta del estado actual del debate para fijar ciertos elementos que harían distintivo el análisis de la historia intelectual de otras escuelas historiográficas, distinguiendo los ejes polémicos que se han presentado al debate entre la "vieja" historia de las ideas y la "vieja" historia intelectual y la nueva historia intelectual. Resumiendo, hemos distinguido dos enfoques o escuelas actuales:

- 1.- El "enfoque textual" versus el "enfoque contextual": esta polémica estaría marcada por la preocupación de la relación entre las ideas y el contexto específico en que se desarrollan. Un historiador latinoamericano como Leopoldo Zea, pese a sus intensiones, se ubicaría entre los textualistas (aquellos que privilegian en análisis de los textos y relegan a un lugar muy secundario los contextos en que las ideas se producen); lo mismo sucedería con la propuesta de Arthur Lovejoy y su "History of

---

historiográfica desde la llamada, posteriormente, "escuela liberal" del siglo XIX. El copamiento que hizo la historia social del espacio académico y editorial, prácticamente hizo desaparecer a la historia de las ideas y, consecuentemente, ha impedido el desarrollo de la historia intelectual. De un proceso similar: la crisis de la historia intelectual producto del "rápido ascenso de la historia social" da cuenta La Capra cuando inicia su "Rethinking intellectual History and reading texts", artículo publicado por primera vez en la revista *History and Theory*, en 1980 y reproducido ampliamente.

ideas". Ambos son representantes de la "vieja" escuela. En la actualidad esta querella enfrentaría a textualistas, o seguidores del más conocido "giro lingüístico": originado en la filosofía de la "escuela analítica", como Hayden White, Dominic La Capra y Hans Kellner, entre otros, contra "contextualistas" como John Toews y David Hollinger, basados en una "historia social de las ideas". En suma, el textualismo extrae sus teorías de la filosofía y la crítica literaria, y el contextualismo busca sus raíces teóricas en la propia historia, sin reconocer mayormente herencias de otras disciplinas.

- 2.- El "recepcionismo" versus el "originalismo": en esta vertiente se agruparían dos escuelas que no se han enfrentado porque su campos de preocupaciones y su actualidad en el debate han sido dejados de lado. Por un lado se ubicaría Roberto Schwart y su propuesta de las "ideas fuera de lugar", esto es, la distinción entre el lugar donde se producen las ideas y el lugar donde se recepcionan, los medios por los cuales las ideas se propagan, quiénes lo hacen y cómo se modifican y adquieren nuevos sentidos, es decir, su circulación. Esta vertiente se contrapone a la escuela de la recepción literaria que, disolviendo el "lugar" donde se producen las ideas, se centra en la importancia del lector y la forma como "recepciona" las ideas a través de la lectura. Tanto el originalismo como el recepcionismo buscan sus fundamentos teóricos en las teorías literarias.

El eje de confrontación la mayoría de estas corrientes extraen sus supuestos teóricos de disciplinas extra históricas: la filosofía y la lingüística, pero el punto de mayor confrontación (no explicitada) es que el enfoque textualista se centra en el lenguaje y el recepcionista en el sujeto.

Queremos destacar que las distinciones que hemos hecho son de carácter analítico y, como hemos visto introductoriamente, las comunicaciones, similitudes y conexiones entre ellas son múltiples y sobrepasan las que hemos denotado más arriba. Mejor dicho, el objeto a que se dedican es un campo de batalla permanente entre escuelas que se enfrentan. Por ello, las posibilidades de dibujar nuevos órdenes y taxonomías son también variadas, máxime, cuando las fronteras, indefiniciones e incluso aporías y "callejones sin salida", teóricos y analíticos, son la característica intrínseca de muchos de ellos. Pero más allá de estas ofertas teóricas, todas estas escuelas han desplazado la antigua concepción de la historia de las ideas que tendía a subordinar los contextos, a obviar a los lectores y a ignorar completamente la importancia de los actos del lenguaje.

Nuestro objetivo es analizar la producción y reproducción las ideas y el pensamiento en el momento en que éstos se constituyen en la sociedad chilena y cómo se siguen desarrollando y transformando, a medida que se introducen en un contexto político, institucional, cultural y científico específico. Por las características que estimamos más arriba, debe tener la narración en la historia intelectual, las ideas y el pensamiento siempre van a estar relacionados con los sujetos que las piensan y con el contexto en que éstos se desarrollan. Por ello, el hilo conductor de este trabajo será siempre cronológico; veremos cómo, a lo largo del tiempo, ciertas ideas y, principalmente, un tipo particular de ellas, el pensamiento científico, va produciéndose y reproduciéndose en diferentes circunstancias, por diferentes personajes y adquiriendo variados significados. Hemos elegido esta arquitectura de la narración histórica, conscientes de las dificultades tanto de la construcción del propio relato, como de las con las que se puede encontrar el lector frente a una serie de personajes que desarrollan esas ideas, las reproducen, las escriben y las debaten frente a otros protagonistas con otras ideas, a lo largo de un prolongado lapso de tiempo. En este tipo de relato histórico, los personajes cambian a lo largo del tiempo y del relato, mudan de ideas, dan nuevos significados a los conceptos, y en general, evolucionan intelectualmente. Por ello, "entran y salen" de la narración, a veces actúan protagónicamente, otras, su concurso es meramente tangencial. Para superar estos problemas y para ayudar al lector, hemos ordenado una parte de la información, que se entrega en los anexos, acudiendo a la prosopografía.

El grueso de este trabajo comprende cuatro décadas; desde la de 1860, en que llega el positivismo a Chile, hasta la de 1890 en éste logra consolidarse en la estructura educacional chilena y en las organizaciones culturales independientes (capítulos cuarto al séptimo). Sin embargo, para comprender el desarrollo de la ciencia y el conocimiento en una sociedad particular como la chilena, tuvimos que partir explicando, en los dos primeros capítulos, la formación de la cultura y la educación, teniendo en cuenta el contexto político que permitió a un país aislado y atrasado desarrollar una estructura institucional que permitió que esas ideas y el conocimiento en general, nacieran y se reprodujeran. Por ello, y por la génesis interna del pensamiento de Comte y el positivismo, nuestro análisis parte con la llegada de la ilustración a Chile a partir de 1760 y su largo dominio, en la estructura educacional y cultural chilena hasta la década de 1860, en que se inicia una transición entre ese dominio y la introducción del positivismo. Entonces, ¿cómo dar cuenta de esta complejidad entre ofertas teóricas (difusas y en proceso de discusión) y nuestro particular objeto de estudio?

Cauta, nuestra propuesta no avanza más allá de la importancia del lector ni de la importancia del lenguaje; lo que queremos proponer es un camino a través de una delgada línea de la historia del pensamiento ya que –como lo sostenía Foucault- la

forma en como la genera piensa no está analizada por las categorías de la lógica (interna de los textos), ni por los análisis formales sobre el lector. Aceptando el fenómeno de la "transferencia" y de la "recepción literaria", y la inclusión del "tercer actor" dentro de las obras literarias, nos detenemos ahí (en la inclusión) pues ni la escuela que representa Acosta Gómez, ni la que se articula en torno a Hayden White y La Capra, consideran el elemento importante (ayer y hoy) de la comunicación directa de las ideas ("cara a cara", en el lenguaje sociológico), por medio de la enseñanza, las clases o la simple conversación, donde priman la "interacción" y los aspectos dialógicos y dialécticos. Esto último se vuelve mucho más importante toda vez que en la época que estudiamos y por las escasas dimensiones de la "sociedad culta" o "letrada" del Chile decimonónico, sin contar con los lazos familiares que unían a esa elite letrada, esta relación es mucho más fuerte e "íntima". De todos modos, como nuestra investigación descansa sobre una masa de documentos, libros, folletos, en definitiva "textos" (en el sentido general y también en el sentido particular con que hoy se maneja lo textual), pondremos especial énfasis no en el momento que tal o cual autor formula tal o cual idea sino en el momento en que ésta "impacta" en la sociedad, en el momento que es leída, recepcionada y de la manera en que esta "apropiada" por los lectores y cómo es transformada, transgredida y "usada" o "aplicada originalmente", a veces para fines distintos para los que se la creó o formuló. Para nosotros, más que la "lectura" y la "recepción" de un "tercer actor" –que fácilmente puede ser entendido como sujeto pasivo por la historia- lo fundamental es el "uso" y la "aplicación" de las ideas, su relación con la sociedad, pues allí se juega lo fundamental, la acción histórica, es decir, la evolución, el cambio, la transformación de la sociedad a lo largo del tiempo y del espacio. Los sujetos leen no sólo como goce espiritual o como forma de adquisición de conocimientos, leen para buscar respuestas a sus preguntas más inquietantes, a sus desvelos más íntimos, a sus necesidades más apremiantes. Por ello, porque la acción histórica es, a cada segundo de sus vidas, una acción "vital", es que la historia se reescribe constantemente.

Hasta hace dos décadas la historia de las ideas y la historia de la cultura, dominaban el ambiente historiográfico latinoamericano. Este dominio se cimentaba en una larga tradición que partía desde el argentino Alejandro Konr, hasta en el mexicano Leopoldo Zea y remataba en el chileno Bernardo Subercaseaux. Heredera fundamentalmente de la filosofía y de la influencia del idealismo hegeliano y de la "circunstancia" orteguiana, muchas veces era sólo una emulación de la historia de la filosofía o mero análisis literario.

Hemos visto que hay una rica y problemática gama de propuestas en el medio europeo y norteamericano para comprender la naturaleza de la reproducción de las ideas y la formación de los intelectuales en América Latina. En un esfuerzo sintético, pues una opinión acabada sobrepasa en mucho este trabajo, vamos a agruparlos en tres grandes corrientes.

Una primera propuesta, que podemos catalogar como "conservadora", plantea que tanto los intelectuales como su producción no son originales ni originarias, y que aquellos no "producen" pensamiento original sino más bien lo "copian" de los centros de producción de pensamiento europeos y luego lo aplican a sus propias realidades sociales y políticas[98].

Una segunda corriente, mayoritaria, es más bien intermedia; parte del supuesto que América Latina es parte o prolongación de la cultura europea y que la producción de ideas "debe" a Europa su "originalidad". Plantea que esta "exportación" habría comenzado desde el mismo momento del descubrimiento y conquista y se habría prolongado durante la colonia con un restringido sello hispano católico, así conceptos la cultura latinoamericana giraría en torno a tendencias culturales como barroco, ilustración, positivismo, liberalismo, conservadurismo, que marcaron formación de repúblicas independientes desde 1810. Pero en este proceso de copia y adaptación, la aplicación de las ideas europeas, puras y originales, presentaron una serie de problemas al ser llevadas a la práctica en las bastardas sociedades latinoamericanas. Esto ha generado numerosas discusiones y debates y agrupa el centro de quienes estudian las ideas, los intelectuales y la producción cultural, ideológica y política latinoamericana[99]. Para exponer la profundidad y la importancia del debate sólo ejemplos. En 1973 el brasileño Roberto Schwart, un literato perteneciente al marxismo, publicó un artículo titulado "As idéias fora do lugar". Este plantea en líneas muy gruesas que en América Latina las ideas, producidas en el ambiente intelectual europeo estaban traslapadas a una realidad (social, política, cultural e ideológica) que le era ajena:

Cada uno a su modo, estos autores reflejan la disparidad entre la sociedad brasileña, esclavista, y las ideas del liberalismo europeo. Avergonzando a unos, irritando a otros, que insisten en su hipocresía, estas ideas –en que griegos y troyanos no reconocen al Brasil- son referencia para todos. Sumariamente está montada una comedia ideológica, *diferente de la europea*. Es claro que la libertad de trabajo, la igualdad ante la ley, y de modo general el universalismo eran la ideología en Europa también; pero allá correspondía a las apariencias

---

98 Fundamentalmente S. N. EINSENDTAD. *Intelectuals and tradicion*, 1972

99 En Chile, principalmente Bernardo SUIBERCASEAUX, 1997, I y II.

encubriendo lo esencial –la explotación del trabajo. Entre nosotros, las mismas ideas eran falsas en un sentido diverso, por así decir, original. La Declaración de los Derechos del Hombre, por ejemplo, transcrita en parte en la Constitución brasileña de 1824, no sólo no escondía nada, sino tornaba más abyecta la institución de la esclavitud[100].

El argumento de Schwartz es mucho más sofisticado y no nos es posible exponerlo en su totalidad, sin embargo, lo importante es destacar esta idea que ronda a los investigadores que miran críticamente la realidad latinoamericana. Por ejemplo el historiador Charles Hale, que se ha especializado en el liberalismo mexicano, tratando de dar cuenta del mismo proceso sostiene que:

La experiencia distintiva del liberalismo deriva del hecho de que las ideas liberales se aplicaron en países altamente estratificados en términos sociales y raciales, económicamente subdesarrollados, y con una arraigada tradición de autoridad estatal centralizada. En síntesis, las mismas se aplicaron en un ambiente extraño y hostil[101].

En el contexto general latinoamericano los políticos e intelectuales decimonónicos, en su mayoría educados en Europa o partícipes de la "cultura occidental", no comprendían cómo las finas elaboraciones ideológicas y políticas pensadas para una sociedad burguesa y liberal en ascenso no resultaban en sus propios países divididos socialmente en castas o grupos raciales. Pero acá se divide en dos posiciones que lindan con una actitud política; una "reaccionaria" plantea que el fin de la colonia y del legado cultural hispano-católico habría significado la decadencia y la crisis de esas sociedades que negaban a la madre patria y su herencia. La otra "liberal", intenta negar el pasado colonial y "superarlo" abriéndose a las influencias culturales y políticas de los países europeos.

Una tercera tendencia parte de la misma constatación anterior: América Latina sería una prolongación de la cultura europea y los latinoamericanos piensan y producen intelectualmente con lenguajes y categorías cuyo origen está en el viejo continente, pero esto no obsta para producir conocimiento propio. Esta apropiación de corrientes culturales intelectuales y políticas europeas aplicadas a la realidad latinoamericana necesitaría de un fuerte ejercicio de adaptación, reformulación para su ulterior aplicación. Esta tendencia presente en los intelectuales latinoamericanos desde mediados del siglo XIX, ha sido sostenida por Andrés Bello, José

---

100 Roberto Schwart. "As idéias fora do lugar", *Estudos Cebrap*, N°3, 1973, pág. 151.

101 HALE. "Ideas sociales y políticas en América latina, 1870-1930", en: BETHELL, 2000, pág. 12.

Victorino Lastarria y, a principios del XX, por José Carlos Mariátegui. En el transcurso de este trabajo analizaremos en particular a los dos primeros.

Finalmente un cuarto planteamiento, más explícitamente político que los anteriores, y más reciente, plantea que es necesario pensar a América Latina desde su realidad "poscolonial" y desde la óptica de las "geopolíticas del conocimiento". Esta corriente parte del supuesto que para construir conocimiento propiamente latinoamericano hay que negar el pensamiento europeo, que tendría una inherente intención dominadora, y buscar un pensamiento propio. Rescata la originalidad de la producción intelectual del continente especialmente intenta resucitar la tradición perdida, o en peligro de perderse, de los pueblos originarios[102].

Si enfocamos nuestra mirada más a los intelectuales, que a la naturaleza de su producción, tenemos que concluir que el continente ha sido pródigo en todos estos tipos y que para cada forma de producción o reproducción hay múltiples ejemplos individuales. Tesis que se refuerza si observamos este proceso en el mediano y largo tiempo. Para la primera propuesta habría políticos, intelectuales y académicos como Domingo Faustino Sarmiento. La segunda estaría representada por los mexicanos José Joaquín de Mora, Lucas Alamán, el venezolano Andrés Bello y el chileno José Victorino Lastarria. La tercera, contaría con intelectuales como José Carlos Mariátegui. Finalmente el origen del postcolonialismo o, más bien, de la actitud postcolonial estaría en intelectuales como Alfredo L. Palacios y otros contemporáneos[103].

---

[102] Esta corriente, originada en la India, está sostenida en América Latina por Walter Mignolo. Véase fundamentalmente: *Local Histories/Global desings, coloniality, subaltern knowledges, and border thinking*, Princeton, Princeton University, c2000. Un resumen útil para comprender la corriente poscolonial Santiago Castro Gómez. "Postcolonialismo en América Latina", en: Ricardo Salas (comp.), *Pensamiento crítico latinoamericano*, Santiago, Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez, 2006, vol III, págs. 799-804.

[103] El caso de Sarmiento lo hemos analizado en MORAGA, "La evolución política de Domingo Faustino Sarmiento. Los dilemas de un intelectual decimonónico", *Mapocho* N° 40, 1996, págs. 103-119. El debate entre los partidarios del conocimiento propio y los que reconocen la inevitabilidad del aporte europeo para el conocimiento y la ciencia latinoamericanas en: Fabio Moraga. "José Carlos Mariátegui en la encrucijada del pensamiento latinoamericano", México, 2006, (en prensa).

Nuestro planteamiento se centra en el siglo XIX y parte del supuesto que más que pertenecer a escuelas filosóficas estrictamente determinadas y acotadas, en la "actitud" de estos intelectuales y políticos de la época fue la de adscribir a ideas políticas que tenían que ver fundamentalmente con cuatro elementos centrales y problemáticos: uno que llevaba a enfrentar la secularización con la mantenimiento de la sociedad dentro de los cánones del catolicismo hispaníco; la supremacía social del Estado en contra de la de la Iglesia; la defensa de las libertades políticas e individuales contra la obediencia debida a la monarquía; y, la educación laica versus la educación confesional. Muchos intelectuales, y en espacial los políticos, no mantuvieron una estricta observancia de estas ideas y cuando no les convenían o no las podían aplicar a sus programas acudieron a un cierto pragmatismo y simplemente las dejaban de lado.

Así, las tendencias políticas e ideológicas, más que estructurar cuadros cerrados, organizaron un determinado modo de enfrentar la organización de la sociedad y la creación de la nación. En este sentido pensamos que es más válido hablar de "actitudes intelectuales" que de ideologías totalmente estructuradas. Desde la perspectiva de la actitudes intelectuales, la ideología tiene que ver con un cuerpo organizado de ideas a las cuales se adscribe sin cuestionarlas mayormente, sin poner en duda los supuestos centrales que organizan esos discursos; las actitudes intelectuales (y políticas), por su parte, tienen que ver con el cómo se construyen y aplican las ideas a la realidad social.

Dos son las actitudes centrales de estos nuevos intelectuales de principios del siglo XX: el eclecticismo y la heterodoxia. El eclecticismo (del griego escoger) es una tendencia filosófica que usa la selección de ideas que estima como las mejores de otras tendencias o escuelas. Filósofos como algunos peripatéticos, los de la Academia Platónica y Cicerón han sido identificados como eclécticos. Como tendencia filosófica se constituyó más claramente, en el momento en que algunos autores cristianos comenzaron a asimilar doctrinalmente la tradición intelectual griega. Por ejemplo, San Clemente, consideraba que "hay algo bueno en cada escuela filosófica (griega) de modo que pueden usarse ciertas doctrinas filosóficas siempre que sea como medios y no como fines". Con el Renacimiento el eclecticismo cobró nuevas fuerzas en los autores que trataron de conciliar las principales "escuelas" como la de Platón, Aristóteles y los estoicos. En el siglo XVIII y con la constitución de la Enciclopedia, se los tendió a considerar una secta que se remontaba al platonismo con filósofos como Plotino, Porfirio, Amelio, Proclo, Siriano, Damascio, Jámblico. Fue revivido por pensadores modernos como Francis Bacon, Descartes y Leibniz; estos últimos, ampliamente leídos por nuestros intelectuales decimonónicos[104].

---

104 FERRATER MORA. 1994, II, págs. 964-966.

Metodológicamente el eclecticismo tiene dos acepciones. Por una parte es conciliación de teorías presentadas como opuestas o contrarias y que alcanzan así un punto más elevado. Por otra, es una tendencia filosófica que no se limita a ninguna escuela en particular y busca la solución mejor fundada. En definitiva, es una actitud intelectual no una doctrina. Como tendencia intelectual y filosófica, el eclecticismo tiene varios elementos: primero, se opone al dogmatismo y al sectarismo; segundo, es una posición filosófica y a la vez una determinada fase de la historia de la filosofía, que intenta "salvar" el pasado pero no restituirlo integralmente; en tercer lugar, busca un criterio de verdad que permita no sólo justificar las propias posiciones, sino también posiciones adoptadas desde otros puntos de vista, entre posiciones aparentemente contrarias pero que en el fondo se estima concordantes. (se diferencia del sincretismo: "mera acumulación" y del integracionismo que trata de ser una creación a partir de una integración dialéctica); cuarto, tampoco es un mosaico compuesto por fragmentos enteramente dados y con cristalizaciones dogmáticas (como lo sostenía Simmel); finalmente, una de las características centrales es su moderación constante, incluso frente a la actitud ecléctica.

La heterodoxia, por su parte, no es una tendencia filosófica con la tradición del eclecticismo, sino se acerca más a lo que hemos denominado una "actitud" o una "posición" frente al dogma y al monopolio del conocimiento. Se la define como la disconformidad con el dogma católico o con la doctrina fundamental de cualquiera secta o sistema. Así, el heterodoxo es un "hereje" o que sustenta una doctrina no conforme con el dogma[105]. Metodológicamente, los heterodoxos proceden en forma heteróclita, es decir, modifican los significados de los conceptos y las reglas comunes del pensar[106].

Nuestro enfoque privilegia la actitud general de los intelectuales latinoamericanos de esa época tenía estos dos elementos: el eclecticismo y la heterodoxia. Procedieron a "utilizar" las tradiciones intelectuales provenientes de otras latitudes y las transformaron a la realidad americana uniendo, muchas veces tradiciones intelectuales y cuerpos de ideas que en Europa eran entendidos como disímiles o contradictorios. Así el proceso intelectual latinoamericano y chileno se debatió entre la copia y el eclecticismo, entre la ortodoxia y la heterodoxia.

---

105 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. 1970, pág. 704.

106 Heteróclito: (del griego declinar otro) Aplícase rigurosamente al nombre que no se declina según la regla común, y en general, a toda locusión que se aparta de las reglas gramaticales de la analogía. Otra acepción: irregular, extraño y fuera de orden. Véase: REAL ACADEMIA. 1970, I, pág. 704.

IX.- Hipótesis

Nuestra hipótesis principal en este trabajo es que la historia intelectual de Chile puede ser comprendida básicamente como la de los enfrentamientos ideológicos, políticos y culturales entre dos fracciones de su elite: una liberal, democratizante, laica, modernizante, cientificista, y otra conservadora, autoritaria, confesional, tradicionalista. Esto pese a que en particular esa elite (y en alguna medida todos la sociedad chilena) puede ser entendida como una sola, unida inextricablemente por lazos de consanguinidad y parentesco[107]. Lazos que no impedían que el enfrentamiento ideológico se desarrollara incluso al interior de cada familia y la dividiera[108]. Es

---

[107] Como puede verse en el ensayo de Julio Retamal quien, después de un voluminoso estudio genealógico que abarcó más de 60 "familias fundadoras" (llegadas a Chile durante el siglo XVI y con continuidad por línea paterna hasta el presente) desde 1540 hasta 1992, y que comprende 14 generaciones de chilenos, sostiene: "Particularmente interesante resulta comprobar cómo el actual Presidente de la República, Patricio Aylwin, junto a casi todos los predecesores en el cargo, descienden de los parientes de Valdivia. No puede evitarse una sensación de continuidad y homogeneidad de lo chileno a lo largo de los siglos. Dicha sensación se acrecienta al ver que también los políticos, los intelectuales, los eclesiásticos, los militares, y, en general, toda la población, se emparentan repetidamente en una o varias descendencias troncales". Véase: "La Gran familia chilena", en: RETAMAL FAVEREAU, 1992, pp. 757-761.

[108] En particular en la compilación de Ximena Cruzat y Ana Tironi. Este epistolario revela la disputa fraternal, pero firme, entre el político liberal educado en el Instituto y la Universidad, Ignacio Santa María Marquez de la Plata (hijo del Presidente de la República Liberal, 1881-1886, Domingo Santa María y Emilia Márquez de la Plata a su vez descendiente de un vocal de la Primera Junta de Gobierno), y su hija Elisa, monja carmelita descalza. Todos miembros de una familia de la aristocracia hispano-católica chilena. Las compiladoras dicen: "Nuestros dos personajes muestran en sus cartas dos perspectivas para enfrentarse al mundo natural y sobrenatural. Una racionalista, laica y masculina; la otra femenina, religiosa y mística". Véase: CRUZAT Y TIRONI, 1991, pág. 23.

más, puesto que no existían grandes diferencias regionales y que las aristocracias provinciales estaban unidas a la de la capital, los conflictos no son regionales, sino ideológicos. Esta elite de doble faz, que ha controlado Chile durante toda su vida republicana, desde muy temprano logró traspasar exitosamente sus esquemas culturales y proyectos ideológicos de nación al resto de la sociedad (y junto con ello imponer y mantener una férrea división de clases), de manera tal que, la historia nacional puede ser comprendida mediante los vaivenes, las oscilaciones o las dinámicas de esta dialéctica social y cultural que permanentemente pendula entre un extremo y el otro, sin lograr nunca imponerse éste sobre aquel, en un "empate catastrófico" que dividió y divide a la nación en dos bandos con igual fuerza. Así, desde recién fundada la República y hasta el presente, los debates culturales, las instituciones, la política, las elecciones, se mueven entre estos dos extremos que conforman dos ciudadanías, dos maneras de habitar un mismo país y dar vida a una misma nación, radicalmente distintas, paradójicamente dentro de un solo territorio. Este tipo particular de enfrentamiento no se juega en el campo social, sino en el ideológico, en aquel espacio donde se cruzan la historia de las ideas y la historia de la cultura, que es el campo y el objeto de la historia intelectual.

Primera Parte

CAPÍTULO PRIMERO
POLÍTICA, GUERRA Y CULTURA, LA FORMACIÓN DE LA CULTURA EN CHILE, 1760-1830

1.1- Chile: un país aislado

Chile, fértil provincia y señalada
en la región Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa,
la gente que produce es tan granada,
soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida,
ni a extranjero dominio sometida
Es Chile Norte Sur de gran longura,
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Este al Oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado,
bajo del polo antártico en altura
de veintisiete grados prolongado
hasta do el mar océano y chileno

mezclan sus aguas por angosto seno

Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*

Tal como lo señala el poema épico de Ercilla, escrito en 1560, llama la atención la forma estrecha y extraordinariamente extensa de Chile. Así y todo es un país pequeño, de sólo 750.000 kilómetros cuadrados, que se desarrolla en el extremo sur del continente americano, rodeado de enormes formaciones geológicas. Al poniente, el inmenso Océano Pacífico baña los 4.500 kilómetros de sus costas con la corriente fría de Humboldt; al oriente lo flanquea la Cordillera de los Andes que, débilmente interrumpida en el sur, abarca la casi totalidad del territorio, formando una barrera natural de 5.000 metros de altura promedio; al norte, el Desierto de Atacama, el más seco y árido del mundo, de oscilaciones térmicas diarias de 40°, marca los límites con sus vecinos más cercanos; hacia el sur, lleno de bosques y selvas húmedas, el territorio es lacerado por la penetración del océano en la cordillera, originando unas 2.000 islas; a partir de ahí y a lo largo de mil kilómetros, los glaciares eternos revientan con infernal estruendo al chocar incesantemente con el mar e interrumpen totalmente las comunicaciones terrestres; más al meridión aun, la tempestuosa unión de los océanos Atlántico y el Pacífico cierra al fin el continente americano y esta "larga y angosta faja de tierra". Para coronar todo esto, con regularidad asombrosa, que promedia una década, los terremotos sacuden la tierra entre el desierto y la selva valdiviana. Quizá por todo esto, a comienzos del siglo XX, un escritor caracterizó al país como "una loca geografía"[109]. La mayoría de los chilenos, el 85% de la población, habitó y habita el "Chile central", entre Copiapó y Valdivia, de unos 250.000 kilómetros cuadrados de superficie; el 40% de la población vive en una ciudad: Santiago; sólo el 5%, unos 750.000 seres humanos, habita las cuatro regiones extremas del norte y sur, es decir, el medio millón de kilómetros cuadrados restantes. El resto es territorio: cordilleras, montañas, bosques, selvas, nieve, hielo, agua, fiordos, desierto, arena: geografía. Más bien, Chile parece ser pura geografía.

Es explicable, entonces, que producto de este aislamiento físico, en este territorio sus habitantes hayan desarrollado una cultura un tanto ajena al resto de América Latina, casi isleña.

A fines del siglo XVIII, en los albores de la Independencia, estas características eran más extremas aún; con dimensiones geográficas que eran un tercio de las actuales, el reino de Chile se extendía entre Copiapó y Valdivia, constituía la colonia más pobre del imperio español y la más alejada de toda América. Con apenas tres ciudades importantes: Santiago, la capital,

---

109 B. SUBERCASEAUX. 1941.

ubicada en el centro, contaba con unos 40.000 habitantes; La Serena, en el norte minero, Concepción, en la "frontera" mapuche y el puerto de Valparaíso, su única ventana al mundo, tenían poblaciones de 8.000 habitantes cada una. Sin grandes explotaciones mineras, con una agricultura cerealera y con una población que no alcanzaba al millón de habitantes; Chile unía a estos inconvenientes que en el sur de los territorios dominados por los españoles, existía una gran zona donde la etnia mapuche estaba permanentemente en guerra, sin aceptar la sumisión a la corona. Por esto, intermitentemente, el virreinato del Perú debía enviar remesas de dinero conocidas como Real Situado para subvencionar los onerosos gastos militares de la "Guerra de Arauco". Sin embargo, por su ubicación estratégica (puesto que tenía jurisdicción sobre el austral Estrecho de Magallanes), a partir de la segunda mitad del siglo, Chile adquirió gran importancia debido al avance en la región de los países enemigos del imperio español (especialmente Inglaterra). De esta manera, la corona elaboró una política de acercamiento hacia los mapuches para intentar establecer una alianza y que estos defendieran los territorios australes del avance europeo[110].

Esta situación ha hecho que, no sólo los cronistas y poetas de inspiración homérica como Ercilla, sino también los historiadores locales, como Mario Góngora, hayan elaborado la tesis de que Chile era desde la conquista y a lo largo de la colonia, una "zona de frontera" y una "tierra de guerra" por el prolongado conflicto con los indígenas del sur[111]. El despotismo ilustrado, impuesto por los reyes borbones, se caracterizó por "una más intensa militarización"; aunque a fines del siglo XVIII el ejército sólo "tenía a lo más unas mil plazas", pero las milicias, formadas fundamentalmente por criollos, tenían unos diez mil integrantes. Góngora extendió esta tesis hasta el siglo XIX sosteniendo que, durante esta época, "cada generación vive una guerra"[112]. De esta manera, una de las características de la cultura chilena de fines del siglo XIX y principios del XX, largamente sostenida en una tradición guerrera, sería el patriotismo alimentado por estos conflictos bélicos[113].

---

110 GÓNGORA, 1986, passim; LEÓN, 2000.

111 A parte de la obra de Góngora véase al cronista colonial Diego de Rosales y su obra *Historia General del Reino de Chile, Flandes indiano* (c.1670), y al historiador Álvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile* (1970).

112 ALLENDE SALAZAR. 1962-1963.

113 GÓNGORA, 1986, págs. 29-39. El recuento incluye a parte de la intermitente Guerra de Arauco (que sólo finalizó en 1883), la Guerra de Independencia (1813-1818),

La otra de estas características es el dominio social ejercido por una reducida elite formada por una aristocracia "castellano-vasca"[114]. Esta "aristocracia" local era descendiente de los "capitanes de conquista" o de los de la Guerra de Arauco, asentados desde el siglo XVI, y de los comerciantes vascos llegados a Chile durante el siglo XVIII y buscaba linajes y entronques familiares –difíciles de probar- con las casas nobles de España. En lo que sí era auténtico este grupo social, es que era dueño de la tierra y la fortuna; reafirmaba su estatuto social en los servicios prestados a la corona; a cambio de éstos, había sido premiado con títulos nobiliarios y la seguridad de vincular, a través de los mayorazgos, la inamobilidad del patrimonio familiar. Era un grupo minoritario pero con gran influencia y poder hacia el resto de la sociedad; el cronista Carvallo y Goyeneche sostenía que en la segunda mitad del siglo XVIII el "vecindario noble", estaba compuesto de no más de doscientas familias[115].

Esta aristocracia estaba firmemente aliada a la autoridad representante del monarca y a la jerarquía superior de la Iglesia Católica, regularmente buscaba aumentar su poder e influencia ligándose, por vía del matrimonio, con los altos funcionarios imperiales; pero no detentaba el poder político que estaba reservado para los "peninsulares", es decir, los ciudadanos nacidos en la metrópoli del imperio español. Lo que tenían de poder social e influencia económica no se reflejaba en la política.

---

que se prolongó en la "Guerra a Muerte" para desalojar a los últimos españoles del territorio (1823-1824) y en la campaña para liberar al Perú; le siguió la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839); la guerra naval contra España (1864-1866); La Guerra del Pacífico (1879-1883); y, finalmente, la Guerra Civil de 1891. En contra de esta visión, Sergio Villalobos ha destacado las pésimas condiciones de las fuerzas militares y la milicias vecinales en el momento de la prisión de Fernando VII Cfr. VILLALOBOS, 1961, págs. 28-33.

114 ENCINA, 1911 , vol. 20, pág. 2.

115 Para un análisis de la aristocracia chilena como clase y su conducta política: BARROS ARANA, H.G., VII, págs. 431-432, R. DONOSO, 1946, págs. 115 y 116 y EDWARDS, 1945, passim. Para su genealogía y títulos: AMUNÁTEGUI SOLAR, 1901, passim y RETAMAL, 1992.

El carácter de esta elite ha sido motivo de amplios debates, pero en general, hay consenso respecto de que era el grupo destinado a conducir al país una vez independizado. Alberto Edwards sostiene que:

[...] ya entonces –en el momento de la independencia- existían en Chile elementos capaces de formar una sociedad organizada. Efectivamente, la civilización española, por incompleta que pueda parecernos, llevaba en sí el germen de todo lo que constituye un pueblo regularmente constituido: propiedad, familia, leyes de unión, sentimiento de orden y tradiciones de gobierno[116].

Esta perspectiva con que los historiadores conservadores han interpretado la estructura social, cultural y política del país, no deja de ser sorprendente: es la imagen de un mundo en extremo rural y tradicionalista; y extienden –y entienden- esos valores como legítimos para el conjunto de la sociedad. Sigue el mismo historiador:

Chile tenía una cabeza política y social donde se encontraban reconcentradas todas las fuerzas vivas de la nación, pudiendo decirse que entonces era el país a su capital lo que los campos de una hacienda son a sus casas de administración[117].

Otros como Julio Heisse, con una visión más liberal, han coincidido en el análisis básico, pero difieren de sus consecuencias sobre todo políticas y culturales:

Positiva en sus concepciones, económica en sus gastos, enemiga de las teorizaciones, unida estrechamente por vínculos de las alianzas familiares entre sí, más o menos ilustrada, aunque marcadamente rural en la educación, amante enardecida de su tierra, la aristocracia chilena, sobre la cual actúan las ideas del humanismo clásico español del siglo XVIII, por simple presencia, carecía, sin embargo, de imaginación para darse cuenta del rol importantísimo que debía jugar en el porvenir del país[118].

---

116 EDWARDS, 1976, pág. 16. Otra opinión sobre los "intereses comunes que compartían la aristocracia local y la corona es de BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 363.

117 EDWARDS, [1903] 1976, pág. 16.

118 HEISSE, 1953, pág. 12.

Esta casta ejercía su poder social en el campo sobre la amplia red de inquilinos, grupo social de trabajadores agrícolas, descendiente fundamentalmente de españoles pobres, subordinado y atado a la tierra mediante contratos de arrendamiento; sobre el peonaje, el campesino itinerante, que rentaba su fuerza de trabajo temporalmente; y en la ciudad sobre el débil artesanado mediante el pago de sus productos[119]. Pese a estas diferencias sociales, todos, aristócratas y gentiles, clase dominante y grupos subalternos, formaban un solo gran conglomerado mestizo y homogéneo. El mestizaje como proceso de unión de dos grupos raciales: conquistadores españoles e indígenas, había culminado en el valle central a mediados del siglo XVIII. La población negra, importada como mano de obra esclava al resto de las provincias el imperio, constituía una minoría casi insignificante y sólo la encontramos actuando en los "batallones pardos", formando un sólido y pequeño contingente que se unió a los independentistas por la promesa de la libertad; las características genéticas y el color de este segmento fue absorbido por la población mestiza en las décadas siguientes. El mismo grupo dominante era, en la época de la Independencia, fisonómicamente similar al resto de la población: estatura mediana (1.75 m.), tez blanca, pelo negro y lizo. Estas características aún hoy están presentes en la mayoría de los chilenos.

1.2.– Ciencia, ilustración, absolutismo: la formación de la cultura en Chile

No es que la tesis sobre la supremacía aristocrática y la del "Chile guerrero" dejen de tener profundidad histórica y correspondencia con la realidad en la formación de la cultura y la política chilenas. Pero no es el único Chile que haya existido.

Aparte del desarrollo militar, durante la segunda mitad del siglo XVIII el país tuvo un importante impulso cultural proveniente de dos vertientes: primero, de la influencia educativa de los jesuitas y, luego, de la llegada de las ideas de la ilustración. Ambos procesos están conectados íntimamente con el avance del despotismo ilustrado impulsado por los reyes borbones.

La corona española fue asumida por la casa de los borbones después de la guerra de sucesión que terminó en 1705. A partir de entonces hubo una conexión política y cultural entre el trono francés y el español; los borbones españoles iniciaron una fuerte ofensiva para retomar

---

[119] Para un estudio del inquilinaje en Chile: GÓNGORA, 1960; BARAHONA, 1961; MORAGA, 2000. Los peones han sido trabajados por SALAZAR, 1990; sobre el artesanado urbano: GREZ, 1997.

el control de las colonias que la casa de Austria había perdido en el transcurso de dos siglos de dominio[120].

Este proceso llegó a su punto culminante durante el reinado de Carlos III (1759-1788) que lejos de reeditar las antiguas cortes funcionarias cuyos puestos se heredaban por sucesión de linaje, se rodeó de una amplia burocracia moderna en la que destacaron Feijoo, Jovellanos, Campomanes, Floridablanca y el Conde de Aranda. El dominio borbón se caracterizó por una centralización del poder político, la modernización en los aparatos burocráticos, el control estadístico y contable y la militarización de las colonias afectadas por los ataques de los enemigos naturales del imperio: Inglaterra y Holanda.

El año 1767 el rey decretó la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los territorios del Imperio; la medida, lejos de significar un ataque a la iglesia, era parte de un proceso completo de reformas que significaban "dar impulso y fomentar la labor apostólica de la Jerarquía eclesiástica y Ordenes religiosas en el nuevo continente... al mismo tiempo que se toman las últimas relaciones con relación a los expulsos". Dos años después la corte elaboró el *Tomo Regio* y unas "instrucciones de reforma" que fueron aplicadas mediante "visitas" a la órdenes religiosas en el nuevo mundo, todo lo cual indica la cuidadosa elaboración de un cuerpo bien pensado y largamente concebido de reformas eclesiásticas[121].

Como resultado indirecto de la medida real, los religiosos exiliados que, aparte de contar con amplios márgenes de autonomía del poder político y religioso, formaban la columna vertebral de la intelectualidad colonial americana y chilena, reaccionaron escribiendo una serie de obras en las que rescataban un proto-nacionalismo destinado a contrarrestar la ignorancia de los europeos respecto del nuevo mundo y a alabar las cualidades de estas tierras[122]. Aunque esta

---

120 ANDERSON, 1982, págs. 78 y 79.

121 La hipótesis, aunque su autor admite que "carecemos de la prueba documental definitiva", pertenece a RODRÍGUEZ CASADOS, 1951, págs. 90 y 91.

122 En el contexto americano la obra más destacable (tanto por su calidad como por el contenido proto-independentista) es la del peruano Juan Pablo Viscardo "Carta a los españoles de América"; entre los chilenos destacan las cartas de Manuel Lacunza y el *Compendio de la historia natural y civil del reino de Chile*, del abate Juan Ignacio Molina y del mexicano Francisco Javier Clavijero su *Historia antigua de México*. Véase: VILLALOBOS, 1960, 55-63; LYNCH, 1976, 34-35.

reacción cultural tuvo muy poco impacto en Chile: la mayoría de los trabajos fueron publicados en Europa, muy pocos en español y probablemente sólo fueron conocidos por una pequeña elite letrada y relacionaba familiarmente con los exiliados. De todos modos fue un movimiento cultural importante, que reflejó la existencia de un grupo intelectual preocupado de los problemas del país.

En la estructura educacional chilena y americana, la expulsión de los jesuitas dejó una profunda brecha que el Estado colonial no pudo llenar: "como en todas partes del mundo –sostiene Góngora-, los jesuitas mantenían no sólo la red educacional más amplia sino la más organizada e influyente" y que abarcaba todas las fases del sistema educativo. En el ámbito universitario tenían el Colegio Máximo de San Miguel, que impartía para sus internos las cátedras de Teología, Moral, Cánones, Filosofía, Gramática y Lengua Índica (mapuche) y otorgaba a los laicos grados en Filosofía, Teología y Derecho Canónico; en el nivel medio mantenían el Convictorio San Francisco Javier, "el más prestigioso colegio de Santiago frecuentado por estudiantes laicos" donde se educaban los hijos de la aristocracia[123]. Pero en general, su presencia marcó el fin de la hegemonía cultural del barroco en Chile y América Latina.

A partir de entonces se abrió una brecha por la cual las ideas del iluminismo llegaron sin las cortapisas que pudieran venir del catolicismo culto. Pero ¿Cómo se desarrolló la ilustración en Chile? ¿Cómo y por qué vías llegó?, ¿Qué autores ilustrados se leyeron?

La ilustración fue un proceso intelectual en que se recogieron los avances que las ciencias de la naturaleza habían hecho en el siglo XVII y se las trasladó al ámbito de las ciencias humanas. En la visión de Ernst Cassirer, la filosofía de la ilustración: "ha dispuesto y ordenado, desarrollado y aclarado, mejor que ha captado y hecho valer motivos intelectuales originales. Y sin embargo, ... a pesar de esta su dependencia, ha conseguido una forma totalmente nueva y singular de pensar filosófico"[124]. El iluminismo fue una forma por la que el hombre se pensaba a sí mismo teniendo como fundamento liminar una condición: la libertad,

La ilustración es –sostenía Kant en 1784- *la liberación del hombre de su culpable incapacidad*. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino

---

123 GÓNGORA. 1949, págs. 195-198. ÁVILA MARTELL en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 189.

124 CASSIRER, 1943, pág. 10.

de decisión y de valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. *¡Sapare aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he ahí el lema de la ilustración[125].

A partir de entonces –continúa Cassirer- la filosofía no es un campo separado de los otros conocimientos, sino un medio "omincomprensivo" donde estos principios nacen, se desarrollan y se establecen: "No se separa de la ciencia natural, de la historia, de la jurisprudencia, de la política, sino que constituye un soplo vivificador, la atmósfera en la que únicamente pueden alentar y vivir". El conocimiento se desarrolla no como un fenómeno abstracto o espiritual, sino como una forma de preguntar, investigar y comprender el mundo; la filosofía sale de su enclaustramiento de los dominios del espíritu y del pensamiento puro y se vuelve sobre sí misma para preguntarse sobre el sentido de las acciones del hombre. Aunque los mismos ilustrados pueden no haber estado del todo conscientes del sentido de este proceso, pues: "no consiste tanto en determinados principios cuanto en la forma y modo de su explanación intelectual"[126].

Al contrario de la de Kant, esta es una explicación posterior de la ilustración, efectuada a mediados del siglo XX, si bien cuando su "soplo vivificador" aún no había pasado, dos siglos después que sus principales sostenedores hubieran desaparecido. Pero el siglo XIX recibió más directamente dos nociones fundamentales de este proceso que la centuria anterior le heredó:

Apenas si siglo alguno está impregnado tan hondamente y ha sido movido con tanto entusiasmo por la idea del progreso espiritual como el siglo de las luces. Pero se desconoce el sentido hondo y la médula misma de esta idea si se entiende el "progreso" tan sólo en el aspecto *cuantitativo*, como una *ampliación* del saber, como un *progressus in indefinitum*. Al lado de la expansión cuantitativa tenemos siempre una determinación cualitativa; al ensanchamiento continuo que se opera en la periferia del saber acompaña, siempre, una retroversión, cada vez más consciente y decidida, hacia el centro auténtico y peculiar[127].

Pero para quienes esta noción de progreso, la hayan leído en su forma vulgar o cuantitativa como "progreso indefinido" o, más vulgar aún, "infinito"; o investigado preguntando por sus características más íntimas y fundamentales, como "progreso espiritual", lo hicieron ocupando una noción, un otro concepto fundamental:

---

125 KANT. 1941, pág. 25. (cursivas en el original)

126 CASSIRER, 1943, pág. 10.

127 CASSIRER, 1943, pág. 19. (Destacados en el original).

Cuando el siglo XVIII quiere designar esta fuerza, cuando pretende condensar su esencia en una sola palabra, apela al sustantivo *razón*. La razón se le convierte en punto unitario y central, en expresión de todo lo que anhela y por lo que se empeña, de todo lo que quiere y produce. Porque allí, precisamente, donde el siglo ve una meta y un fin, se le presenta al historiador el incentivo y el inicio de una investigación; allí donde le parecía hallar una respuesta se encuentra en la auténtica cuestión. El siglo XVIII está saturado de la creencia de la unidad e invariabilidad de la razón. Es la misma para todos los sujetos pensantes, para todas las naciones, para todas las épocas, para todas las culturas[128].

Pero si bien es legítimo para la filosofía plantearse "la auténtica cuestión", es decir, las implicancias más íntimas del concepto, lo es también –y el mismo Cassirer nos lo dice, quizá no del todo consciente- para la historia, el saber cómo esa razón se instaló en las mentes de sujetos de carne y hueso, más bien cómo estos pensaron racionalmente. Tal vez dando este "rodeo superficial" los historiadores estaremos respondiendo mejor (y más humildemente) la pregunta más profunda: ¿Fue [es] la razón la misma para todos los sujetos, para todas las culturas? Y más históricamente aún ¿Para todos los tiempos?

Lo concreto es que estas ideas fundamentales de libertad, progreso y razón atravesaron fronteras culturales e idiomáticas, naciones, imperios y océanos y llegaron a América Latina, incluso al lejano, rural y aislado reino de Chile. Vamos a ver cómo ocurrió.

Normalmente las ideas de la ilustración se vinculan a la Revolución Francesa y ambas a la Independencia de las colonias del imperio español, pero algunos estudios han separado estos para explicar la recepción de estas ideas en Chile:

[...] es preciso distinguir entre la imagen que produjo la Revolución Francesa como proceso y la influencia que ejercieron sus ideas políticas. Son numerosos los testimonios que apuntan en el mismo sentido: horror ante el proceso revolucionario, pero aceptación de las bases políticas teóricas de éste. Esto por cierto entre los patriotas. Los realistas sintieron aversión a hacia ambas dimensiones de la Revolución Francesa. Entre los patriotas, al parecer, no se opinaba que los excesos de la Revolución Francesa fuesen consecuencia justamente de la materialización histórica de estas ideas, como tantos lo afirman hoy. La terrible realidad no sembró la desconfianza hacia la utopía[129].

---

128 CASSIRER, 1943, págs. 19 y 20. (Destacados en el original).

129 GAZMURI, en: KREBS y GAZMURI, 1990, pág. 152.

Desde el principio la ilustración tuvo un doble carácter, uno revolucionario y extremo que desembocó, por ejemplo, en la Revolución Francesa y más exactamente en el jacobinismo y el "terror", y otro reformista y moderado, por el cual la burguesía europea impulsó una serie de modernizaciones.

La ilustración en España, lejos de constituirse como un movimiento intelectual antirreligioso y antimonárquico se transformó en una especie de "filosofía oficial" de la cual la corona y la Iglesia se valieron para aplicar las reformas que le permitieron ordenar el control sobre la Iglesia y el Estado coloniales. Así la ilustración se "catolizó", y adquirió "un estilo claramente perceptible" aunque para historiadores como Góngora no deja de ser una doctrina compleja y difícil de determinar:

La "ilustración católica"... sucede a la cultura barroca eclesiástica, teniendo su origen en la Francia de Luis XIV, para desde allí difundirse por toda Europa, en cierta manera paralelamente y en cierta interrelación con la Ilustración misma y con el Clasicismo. Nunca logró imponerse en el centro mismo de la Iglesia, porque los papas le fueron reticentes u hostiles –salvo Benedicto XIV, 1740-1758-, pero sólo logró vencer en los países católicos de despotismo ilustrado, sobre todo en las altas esferas eclesiásticas nacionales. A partir de la Revolución Francesa, el Imperio napoleónico y la Restauración, con toda la nueva configuración ideológica europea resultante, la fuerza de aquella tendencia retrocede totalmente dentro de la Iglesia y se refuerza decisivamente el llamado "ultramontanismo"[130].

Así, la ilustración católica, "diseñada" desde la metrópoli, fue un movimiento iniciado contra las órdenes religiosas y la relajación de la vida conventual, una especie de "retorno a los orígenes" que consistía en la lectura de la Biblia en idioma vernáculo, el abandono de las doctrinas jesuíticas y el rechazo a la influencia de la Edad Media y al Barroco[131]. En definitiva era una "realineación de las fuerzas" del catolicismo bajo las órdenes de la jerarquía de la Iglesia romana que naturalmente golpeó de manera especial a la orden de San Ignacio e impuso en la de San Francisco una rigurosa reforma de los estudios. Políticamente la ilustración católica fue un pacto entre la modernidad y la tradición, es decir, una transacción que buscaba modernizar las prácticas eclesiásticas evitando los elementos irreligiosos del pensamiento ilustrado y los elementos antimonárquicos del jesuitismo. Como "oferta" teórica e intelectual debió luchar por el espacio con la ilustración misma (la ilustración laica) y con el clasicismo.

---

130 GÓNGORA, 1969, pág. 43.

131 GÓNGORA, 1969, pág. 48.

En el plano estatal la ilustración se mezcló con las nuevas doctrinas borbónicas de gobierno: el despotismo ilustrado o lo mismo, el absolutismo. Estas doctrinas alcanzaron su impulso inicial y tal vez más prolífico, durante las tres décadas que alcanzó el reinado de Carlos III. Bajo este monarca cambió el antiguo ideal medieval del gobernante como un soberano que impartía justicia entre sus vasallos a otro que promovía su "felicidad", es decir, realizar los ideales ilustrados de difusión de las luces, adelanto material, y mejoramiento de las condiciones de vida de la población[132].

La propagación de las ideas ilustradas en Chile, y por extensión en el resto del continente, tuvo tres cauces por los cuales se desarrolló: uno oficial o estatal, otro católico y un tercero extraoficial o civil.

Respecto del primero, en Chile estos ideales se reflejaron en la capa funcionaria que surgió en esta época. Aunque pequeña, y siempre deficitaria para las crecientes necesidades del Estado, la compusieron varios intendentes, gobernadores, jueces, oidores de la Real Audiencia, burócratas, militares y miembros de las milicias. Bravo Lira realizó un estudio sobre este grupo en el que destacó a los "presidentes-gobernantes" (distintos de los "presidentes-militares" característicos del siglo XVII) en especial a Amat, Jáuregui y O'Higgins (promovidos después a virreyes del Perú), al secretario de la presidencia, Judas Tadeo Reyes; al fiscal de la Real Audiencia, Joaquín Pérez de Uriondo; los intendentes, el mismo O'Higgins y Francisco Hurtado, amén de algunos contadores generales; a los superintendentes de la Casa de Moneda, Mateo de Toro y Zambrano y Bernardino de Altolaguirre; y una extensa capa de militares de carrera y miembros de las milicias y otra serie de "altos empleados". Muchos de ellos, aproximadamente dos tercios, eran españoles; la mayoría tenía estudios universitarios; aunque en total (sin contar a magistrados y militares) todos los burócratas no completaban el centenar[133]. Estos hombres de gobierno respondían al ideal del funcionario ilustrado; en especial los presidentes o gobernadores lo encarnaban más fielmente: "su principal preocupación –nos

---

132 SÁNCHEZ AGESTA, 1953.

133 Aunque todos los presidentes titulares (que ejercieron en propiedad y no en forma interina) eran militares: el mariscal de campo Amat y Juniet (1755-1761), el brigadier de los reales ejércitos Guill y Gonzaga (1762-1768), el mariscal Jáuregui (1773-1780), y los brigadieres Benavides (1780-1787) y O'Higgins (1788-1796). BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 310-326.

dice Bravo Lira- no es la Guerra de Arauco sino el adelanto general del reino"; por primera vez la guerra cedía un espacio a la cultura.

Pero aún no queda clara una pregunta fundamental: ¿Cómo se efectuó la síntesis entre absolutismo reformista, el pensamiento ilustrado y el catolicismo en Chile? O lo que es lo mismo ¿Cómo se articularon la política, la ciencia y la fe?. El mismo Bravo Lira –para el caso de los miembros de la Real Audiencia- ha destacado la alta preparación de algunos de estos funcionarios (que parece contradecir la visión catastrofista posterior acerca de la educación en América) de calidad "similar a la de sus colegas de Europa. Lo que no es sorprendente, pues como ellos se formaban en las universidades y allí los estudios legales, los mismos en España y América española que en toda Europa, se fundaban en el Derecho Común" lo que los facultaba para escribir numerosos tratados jurídicos que enriquecieron el bagaje común indiano[134].

Pero el privilegio de escribir textos que sintetizaban las nuevas políticas de gobierno no era exclusividad de los miembros de la judicatura. El secretario de gobernación, Judas Tadeo Reyes, había nacido en Santiago en 1756; hijo de un comerciante portugués y de una criolla perteneciente a la aristocracia, estudió junto a su hermano, en el Convictorio Carolino de Nobles y obtuvo su título en la Real Universidad de San Felipe (su hermano Manuel José siguió la judicatura y llegó a ser oidor y regente de la Audiencia de Charcas). Judas Tadeo optó por la administración: a los 23 años era fundidor (ensayador) de las Cajas Reales, pero en virtud de sus dotes funcionarias fue llamado a ocupar interinamente la Secretaría de la Presidencia; en 1784 fue ratificado en propiedad. Allí organizó todo el funcionamiento burocrático de su alto cargo de manera que "se convirtió en el eje y principal sostén del régimen"[135].

Su formación intelectual, obtenida a través de la lectura, nos permite conocer cómo eran los ilustrados católicos americanos. Su biblioteca tenía el *Concilio de Trento*, los tomos I y II del *Catecismo* de Pío V, las *Leyes de Partida*, la *Política Indiana* de Solórzano Pereira y cuerpos legales de la época de Carlos III como *Ordenanzas militares* y *Ordenanzas de Intendentes*. Como alto funcionario le correspondió escribir un *Memorial al Excmo. Señor Presidente*; pero lo que lo retrata más como un pío ilustrado, tradicional y moderno a la vez, fue que escribió unos *Elementos de moral y política en forma de catecismo filosófico cristiano*. El primer capítulo de esta obra comenzaba con la religión; para Reyes no bastaba con el derecho

---

134 BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 334.

135 M.L. AMUNÁTEGUI, 1928-1930, págs. 59-63.

natural: “hallándose la naturaleza corrompida, sin fuerzas para su consecución, ocurre la religión único remedio para repararla y la divinidad establece el culto público, sus dogmas y la jerarquía de sus ministros como primer objeto del Estado”. Esto generaba obligaciones para los gobernantes:

[...] los jefes de gobierno tienen a su cargo la inspección universal de la sociedad y deben primeramente proteger a la Santa Iglesia para la observancia de sus preceptos y disciplina; a sus prelados y ministros para el libre ejercicio de su jurisdicción y funciones, respeto de su fuero o inmunidad y que florezcan sus virtudes[136].

En seguida abordaba los fines temporales del gobierno comenzando por la burocracia: los jefes de gobierno “deben dirigir la conducta oficial de sus súbditos en la administración pública de justicia, policía, hacienda y guerra, consultando a la seguridad del país, paz y tranquilidad interior, de sus habitantes: la defensa contra sus enemigos externos”[137]. A esto añadía las labores propia del gobernante ilustrado: “promover el adelantamiento de las ciencias, agricultura, artes, comercio y demás ramos de la economía civil para su mayor ilustración y prosperidad”. Para todo ello era fundamental la difusión de las luces:

[...] el fomento a los establecimientos públicos de educación, piedad y misericordia, el expediente de los pleitos judiciales y de sus tribunales (vale decir, la pronta administración de justicia), el castigo de los delitos y de escándalos y, en suma, la observancia del buen orden y las leyes en todos los ramos de la sociedad, de que son custodios[138].

Un comentarista de este texto ha reforzado su sentido sosteniendo que sus principios se condensan en la trilogía “Dios, patria, legalidad” tan propia del despotismo ilustrado y común a Alemania, al carlismo español e incluso al Brasil imperial de la constitución de 1824 que define los deberes del emperador[139]. Asimismo, es necesario destacar a quiénes iba dirigido pues el subtítulo era “para la enseñanza del pueblo y los niños en las escuelas de Santiago de Chile”, señales también del espíritu reformador ilustrado. Su fecha de elaboración, 1813, y el lugar de edición, Lima, en 1816, nos señalan que su autor estaba en el Perú en el momento en que las

---

136 REYES, 1816, pág. 48.

137 REYES, 1816, nota 39, pág. 58.

138 REYES, 1816, págs. 58-59.

139 BRAVO LIRA en: CAMPOS HARRIET, 1989, págs. 313 y 314.

tropas del virrey ocupaban Chile después del corto primer período independentista (1810-1814), lo cual permite pensar que en ese momento sus cualidades servían mejor a la corona en el virreinato. De todos modos, es posible que lo haya escrito mucho antes; la temática del texto –nos lo señala Bravo Lira- data de un momento de enfrentamiento con la Revolución Francesa en especial por la supremacía de la religión: "Frente a ella los ilustrados reaccionan en el mundo de habla castellana y portuguesa reafirmando su actitud católica y nacional. Así se pasa de la ilustración reformadora de un Campomanes a la ilustración de un Jovellanos"[140].

Finalmente, es necesario destacar el medio en que se escriben los *Elementos*; es, a todas luces, un mundo intelectual menos apremiado por la productividad y su autor, un funcionario que no tenía urgencia de publicar, cuyo primer deber era servir al rey en las funciones específicas que su puesto le exigía. Esto nos lleva a pensar que Reyes, así como otros intelectuales ilustrados de la época, escribían en sus momentos libres, llevados por el interés de acrecentar sus servicios a la corona, con el fin de lograr la "felicidad" de sus súbditos a través de un camino por el cual desarrollar los cambios en la ciencia, las artes y el comercio. Era una actividad en la que demostraban su "civismo" y su "amor al rey".

Todo lo anterior ubica a los *Elementos* como el texto clave de la ilustración católica en Chile y Perú y a su autor como unos de los hombres fundamentales del Antiguo Régimen. En él aparecen los fundamentos de la que sería la principal corriente política futura, el conservadurismo y la forma que adquiriría el Estado manteniendo la religión católica y la protección a la Iglesia; el despotismo ilustrado, base del autoritarismo político; la administración pública de policía, justicia, hacienda y guerra; y, finalmente, impulso a la ciencia, la industria, el comercio y la educación.

La acción de la corona española, que unió el catolicismo y la ilustración, contribuyó a "hibridar" los aportes que ésta pudiera hacer al desarrollo de la libertad y a mermar toda influencia anticolonial, modernizadora y liberadora. En el plano de lo civil la difusión de las luces se vio frenada, aparte del aislamiento, por las pequeñas dimensiones de la elite culta chilena. En suma: todo apunta, aparentemente, a las dificultades que habría experimentado el iluminismo para llegar a las mentes de los chilenos. Entonces ¿cómo entender el proceso de formación de una elite ilustrada en Chile?, ¿cómo explicar el cambio?

---

140 BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 313, nota 39.

Hubo otros intelectuales que, independientes del Estado, conformaron parte de un grupo criollo ilustrado; algunos, fieles súbditos de la Corona española, pese a las trabas, viajaron a la metrópoli del imperio para que las autoridades coloniales les reconocieran su fidelidad y premiaran con títulos de nobleza o promociones dentro de la burocracia local. Vamos a examinar algunos casos de este tipo pues son fundamentales para darnos cuenta de cómo llegó el iluminismo a Chile y el desarrollo cultural posterior.

Quizá el más conocido fue José Antonio Rojas, quien nació en Santiago en 1742 o 43 en el seno de una familia aristocrática. Muy joven, el gobernador Manuel Amat y Juniet lo nombró Capitán de caballería del Batallón de Santiago. Estudió en la Universidad de San Felipe donde sobresalió en "matemáticas y ciencias afines". El mismo Amat lo comisionó en 1759 para que dirigiese una fundición de artillería donde el joven delineó los cañones e hizo los moldes; luego se desempeñó como ayudante personal del gobernador cuando éste fue nombrado Virrey del Perú. Allá fue encargado en Lampa de la ingrata labor de hacer obedecer las órdenes del virrey en cuanto a protección de los indígenas y la "numeración" de estos y reducir a los curas doctrineros para poner fin a sus abusos; labores que acometió con celo funcionario, incluso echando mano de sus propios recursos con los que reclutó una milicia y ahogó los intentos de rebelión. De vuelta en Lima, Amat lo premió con el grado de teniente en el Regimiento de la Nobleza, con lo que se le abrieron las puertas de la aristocracia virreinal. Pero una enemistad entre el virrey y el abogado e intelectual bonaerense José Perfecto Salas, con cuya hija deseaba casarse el inteligente joven, lo alejó de los favores de aquel.

Rojas se trasladó a España en 1772 a petición de Salas para entablar su defensa. El joven pensaba aprovechar la ocasión para solicitar la dispensa real para casarse con su amada, pues era hija de un funcionario real y, en virtud de los servicios prestados, hacer valer su derecho para acceder a un hábito en la Orden de Santiago y algún puesto en la administración colonial, dignos de su calidad y posición social y con los que pretendía asegurar su futuro.

Allá se topó con la enmarañada red que constituía la burocracia metropolitana. Después de un año de gestiones, lo único que había conseguido fue la dispensa; el resto sus trámites tardaron meses y años significándole "la ruina de mi familia y de mi salud". Esto se transformó en una cruel toma de conciencia del leal súbdito: "Desengáñense ustedes –decía en carta a un amigo-, que todo lo que por allá se llama mérito, aunque en realidad lo sea, no es en el concepto de estas gentes más que un ente de razón, que sólo existe en unos papeles inútiles y despreciables"; La burocracia imperial tenía un tráfico de prebendas y sinecuras para los peninsulares. Pero nuestro biografiado expresaba, más que una fuerte desilusión, importantes visos de su pensamiento:

¿Cómo se han de observar las leyes; cómo se ha de guardar el derecho de gentes, cómo se ha de pensar en la administración de justicia, en que reine la equidad, en aumentar la población, proteger las ciencias, en animar la industria y las artes, si el principio está dañado, si esos hombres que van a ser el depósito de la autoridad y de la confianza del soberano no llevan otro fin que el de enriquecerse y tanto más descaradamente por saber aquí, en esta superioridad, conocen que ese ha sido el motivo principal de su transmigración, como que en su pobreza fundan la principal causa para pretender con justicia, como dicen, la soberanía y despotismo de que gozan en América unos individuos que son aquí menos que nada?[141].

El documento es revelador no sólo de la evidente molestia de un súbdito leal a la corona y el rey de España, sino también de un individuo que, además, tenía una desarrollada "conciencia de estamento" pues sabía perfectamente los derechos que implicaba pertenecer al grupo en el que nació. Pero nos interesan de manera especial sus ideas respecto a la observación de las leyes, el derecho de gentes, el aumento de la población, la protección a las ciencias, la industria y las artes. Hay dos posibilidades al respecto, o bien Rojas fue un lector muy prolífico que en España asimiló rápidamente ideas que provenían del iluminismo y del fisiocratismo o bien, éstas formaban anteriormente parte de su bagaje intelectual adquirido en la universidad. Lo real es que era un ilustrado de "tomo y lomo" que demostraba sus ideas hasta en cartas personales, sin necesidad de escribir tratados para ello[142].

---

141 ROJAS, 1776 en: VILLALOBOS, 1960.

142 El principal autor que se fijó en la importancia de la población para el desarrollo de una nación fue Francois Quesnay, enciclopedista autor de la *Tableau economique*, y uno de los expositores fundamentales del fisiocratismo. Sus artículos en la *Encyclopédie* fueron "Colonos", "Granos" y "Hombres", escritos entre 1756 y 1757. El fisiocratismo era una doctrina económica surgida en la Francia de mediados del siglo XVIII como reacción al mercantilismo y a la supremacía de las manufacturas y la telas inglesas, que privilegiaba la producción agrícola sobre la industrial. En "Granos" Quesnay planteaba: "...el principio de todos estos progresos es la exportación de bienes producidos por la tierra, ya que la exportación aumenta las rentas, el aumento de las rentas hace que crezca la población, el crecimiento de la población aumenta el consumo, el aumento del consumo hace aumentar cada vez más los cultivos, las rentas de la tierra y la población, y el aumento de las rentas aumenta la población y la población aumenta las rentas";

Por lo anterior, Rojas pensó, con toda buena intención, enviar una carta de queja al ministro Gálvez pero, por razones desconocidas se arrepintió y el texto quedó entre sus archivos. La carta, que probablemente esperaba lograr que la suscribieran otros criollos como él, estaba rubricada por "los españoles americanos" y fechada en Madrid el 19 de febrero de 1776. Comenzaba dirigiéndose al ministro aprovechando su reciente designación en el Despacho Universal de Indias, reclamando por el título de "indianos" por ser un "título dimanado sólo de la diferencia de privilegios"; en seguida en cinco puntos enumeraba los abusos más notorios: los dos primeros señalaba la tramitación abrumadora a la que un americano debía someterse cuando deseaba obtener algún título honorífico y el pago doble en derechos cuando sus papeles se tenían que mover entre despachos; el tercero reclamaba por la desigualdad en la distribución de las gracias; también por la inequidad en la carrera de servidor de la corona que distanciaba a peninsulares y criollos, pese a que estaban igualados en el "celo de servir contra los enemigos de su majestad" e incluso para obtener una patente de comercio. Y el quinto punto señalaba:

En muchas partes y aún en ciudades principales de América, se hallan los estudios, universidades y colegios en decadencia lastimosa. Por ahorrar dinero o por poca aplicación, no se han tomado los convenientes medios que previno S.M., sino otros flojos e insuficientes para su reposición después del extrañamiento de jesuitas. Este punto es tan importante, que si la piedad de V.S.I., por sí mismo no lo remedia, quedará aquella pobre juventud la más ignorante y en poco tiempo perdida enteramente en aquellos países la ilustración y policía[143].

Ocho años estuvo el leal Rojas en España esperando una respuesta. Desde allá escribió a su amigo y futuro cuñado, Manuel de Salas, señalando lo mucho que extrañaba su tierra en la que los chilenos no les faltaba "más que el que quieran ser felices para que efectivamente lo sean" y donde expresaba su amor por el campo y sus costumbres. Aparte de gastar una fortuna en trámites, sólo logró la licencia para que su suegro José Perfecto Salas pudiera casar a sus hijas con chilenos, y que volviese a hacerse cargo de la fiscalía de la Audiencia de Santiago; para su padre la autorización de la creación de un mayorazgo y para él un insignificante cargo de regidor en el cabildo de Santiago, rematado por su familia a su nombre. No había conseguido ningún título honorífico al que tanto aspiraba, ni la pretendida contaduría mayor de Chile, ni la

---

DIDEROT Y DALAMBERT, *Encyclopedie*, II, VII; la *Tableau economique* en: QUESNAY, 1974.

143 El documento, sin indicación de autor, fue publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 96, enero-julio de 1940. Sergio Villalobos corrigió el error en la misma revista N° 125, 1957, págs. 152-157.

superintendencia de la Casa de Moneda. Además durante su ausencia había muerto su padre y su suegro había acumulado cada vez más enemigos a medida que su prestigio y fortuna personal crecían; a tal nivel que el ministro Gálvez decidió sacarlo de América y trasladarlo a Madrid. El castigado no llegó a su destino, murió en Buenos Aires.

Pero durante los años de permanencia involuntaria en la península Rojas, aparte de leer profusamente y absorber las ideas ilustradas, acumuló una considerable biblioteca: "Me han costado mucho dinero –decía en un carta-, y el incesante trabajo de más de tres años, en que he practicado exquisitas diligencias, prodigando el dinero en las principales corte de Europa"[144]. Embalados, los libros que consiguió, ocupaban 16 cajones que abarcaban filosofía, historia, política, táctica militar, comercio, agricultura, industria, ciencias naturales, matemáticas, física; muchas de ellas eran consideradas peligrosas: la *Enciclopedia* de D'Alambert y Diderot, obras de Montesquieu, Rousseau, Helvecio; la *Historia de América* de Robertson, la *Historia filosófica y política de los establecimientos europeos en las indias*, de Raynal, etc. Todas ellas desconocidas en Chile y que constituían una novedad. Además había entrado en contacto con Robertson en el momento que este escribía su libro y le devolvió un cuestionario sobre el tema con más de cien preguntas que el historiador inglés le había hecho por escrito; el chileno además aprovechó de felicitarlo por su iniciativa y hablarle de las posibilidades del cultivo de la ciencia en su país[145]. Antes que regresara a Chile, cuando estaba en la vecina Mendoza, una real cédula llegó a Buenos Aires ordenando la requisición del libro, el que le fue incautado junto a 95 pliegos traducidos al español por él. De nada le valió tener una autorización papal para leer libros prohibidos y de la Inquisición, sin embargo, logró salvar el resto de los libros de la hoguera e internarlos en Chile[146]. Las consecuencias de este suceso fueron enormes, pese a que, años después, la labor de este difusor de la ilustración se vio mermada por una temprana y descabellada conspiración independentista urdida por dos franceses, que casi lo envolvió en un escándalo del cual

---

144 ROJAS, en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 96, enero-julio de 1940.

145 M. L. AMUNÁTEGUI, 1909-1910, pág. 49.

146 El análisis de la biblioteca de Rojas y detalles en: VILLALOBOS, 1961, págs. 125-129.

le hubiera costado salir y que lo hizo retraerse aun más en su hacienda y dedicarse a las labores agrícolas[147].

El joven abogado Manuel de Salas Corvalán, hijo de José Perfecto, se había adelantado para preparara la llegada de la familia a Europa. Allí se encontró con su amigo Antonio. Recorrió la metrópoli durante siete años entre 1776 y 1783; como su cuñado, había llegado allá buscando un ascenso en la burocracia local, que ya tenía parcialmente asegurado por sus méritos intelectuales y su intachable carrera funcionaria[148]. El choque cultural que significó el conocer y recorrer Madrid y las ciudades principales de la metrópoli fue brutal, sobre todo, cuando se dio cuenta del desarrollo intelectual y educacional que habían impulsado los reyes borbones:

Madrid, Barcelona, Segovia, Gijón y todas las ciudades principales ven casi a un tiempo abrirse academias de matemáticas: los cuerpos patrióticos, las sociedades, los consulados sostienen a competencia el estudio del diseño, como el idioma de las artes; de la física, como su alma; del pilotaje, como el primer vehículo del comercio; de la historia natural y química, como

---

147 La llamada "conspiración de los tres Antonios" envolvió a parte de nuestro biografiado a los franceses Antonio Gramusset Dumula y Antonio Alejandro Berney que idearon un utópico e irrealizable plan de emancipación. AMUNÁTEGUI, 1909-1910, 3, IV.

148 Manuel de Salas Corvalán (1754-1841). Era hijo de José Perfecto el alto funcionario de la corona suegro de José Antonio Rojas y que se desempeñó como Fiscal de la Real Audiencia y fue trasladado a Lima como asesor del virrey. Manuel estudió en la Universidad de San Marcos donde se graduó de Bachiller en Sagrados Cánones en 1773, a los 19 años. De vuelta en Santiago hizo carrera en la administración; fue Alcalde del Cabildo de Santiago, y Superintendente en Calera; una vez recibido de abogado fue Procurador General de la Audiencia. En 1776 viajó a España donde permaneció por siete años; allí realizó gestiones para su ascenso en la administración y observó la implementación de las reformas de Carlos III y el desarrollo de las ciencias y su aplicación en la industria. De vuelta en Chile, en 1792, fue nombrado Superintendente de Obras Públicas, luego fue regidor del Cabildo de Santiago, Síndico del Consulado (1795); a parte, fundó la Academia de San Luis (1798). Ya en la república fue encargado de la Biblioteca Nacional y la Sociedad de Agricultura (1838). AMUNÁTEGUI, 1898.

la llave de la naturaleza; y para todo, el de las partes elementales de las ciencias. No hay capital, pueblo, ni puerto considerable, que no sienta los efectos de este espíritu bienhechor: Sevilla, La Coruña, Málaga, Zaragoza, Santander, Cádiz y en suma, toda España, como todo el mundo culto, busca a porfía lo verdadero y lo útil[149].

Producto de su afán intelectual y su periplo europeo, Salas conoció tanto a autores clásicos, como escolásticos e ilustrados, pero de preferencia a estos últimos; de todos modos, pese a lo avanzado de la metrópoli, le fue seguido un proceso en la Inquisición en España, donde confesó haber estudiado "un poco de filosofía". En su poder se encontró un ejemplar de la *Enciclopedia*, *La philosophie du bon sens*, de D. Holbach; el *Tratado de libre albedrío*, de Bossuet; el *Derecho natural*, de Wolf; y el *Tratado de los sistemas* de Condillac. Además conoció a la mayoría de los reformadores españoles, Feijoó, Jovellanos y Capomanes, a éste último personalmente en Madrid. De ellos rescató fundamentalmente las ideas sobre educación de Jovellanos y los planteamientos económicos y sociales de Campomanes y Floridablanca.

Otros ilustrados locales, que no viajaron a Europa, fueron Juan Egaña Risco (1768-1836) y Juan Martínez de Rosas. El primero había nacido en Lima y se había educado en el Seminario Conciliar de Santo Toribio, dependiente de la Iglesia peruana y donde se enseñaba teología y jurisprudencia; junto con haber leído a los *philosophes* cuyos textos circulaban profusa pero subrepticiamente, pese a ser capital del virreinato, había hecho el "cultivo cariñoso de los antiguos". De todos modos Egaña era, antes que nada, católico y unió a su fe y al conocimiento de los clásicos el pensamiento ilustrado, transformándose en un "discípulo involuntario de Rosseau" y en el más alto representante laico de la ilustración católica y de la reforma religiosa en Chile[150].

Juan Martínez de Rosas nació en Mendoza en 1756, cuando Cuyo era provincia chilena. Allí estudió filosofía y teología en el Colegio de Monserrate; en 1780 viajó a Chile a estudiar jurisprudencia civil y canónica en la Universidad de San Felipe. Desde entonces fue conocido como un innovador; ganó una plaza para estudiar filosofía en el Colegio de San Carlos que

---

149 SALAS. 1914, I, pág. 602.

150 La caracterización nos es sugerida por la analogía intelectual que se puede establecer entre el pensamiento católico de Egaña y la obra de Pablo de Olavide *Evangelio en triunfo* (17) "esa apologética en parte 'ilustrada' en parte rousseauniana, tan leída por el mundo culto hispanoamericano y español de la época". GÓNGORA. 1963, págs. 39 y 40.

desempeñó junto a otra de física experimental. En 1784 se recibió de abogado y dos años después se doctoró en cánones y leyes[151]. En Concepción fue asesor del gobernador Ambrosio O'Higgins; allí ingresó a las milicias como comandante del escuadrón de caballería y dirigió una tertulia a la que asistía el joven Bernado O'Higgins. Fue un dedicado lector de la biblioteca de Rojas (había aprendido francés en forma autodidacta), donde se familiarizó con obras como la *Histoire philosophophique* de Raynal, el *Esprit des lois*, de Montesquieu y el *Contrat social* de Rousseau, además de poseer la segunda colección existente en Chile de la *Encyclopedie*. Conspirador nato, fue la eminencia gris tras el poder político; siempre ligado a éste, fue asesor de García Carrasco, el último gobernador español y, posteriormente, el primero y más decidido impulsor de la independencia[152].

Además de los conocimientos adquiridos por algunos criollos, en el proceso de entrada de las ideas ilustradas fue fundamental la llegada de libros y la constitución de las primeras bibliotecas particulares.

Hemos visto que, pese a que Rojas había acumulado un enorme conocimiento práctico en la observancia de la burocracia metropolitana, en el ejercicio de la política y el poder imperial y se había convertido, producto de sus lecturas, en un ilustrado de nota y un adelantado a su tiempo, nunca pudo utilizar lo aprendido de manera práctica ni enseñarlo a sus semejantes en alguna institución educativa. Lo que sí hizo, y profusamente, fue transmitirlo a sus amigos más cercanos ya sea en las tertulias o prestando sus libros a distintos miembros de la elite local entre los que estaban Fray Francisco Javier Guzmán, Juan Antonio Ovalle, el citado Egaña y José Miguel Infante. Estos dos últimos participaron arduamente durante las primeras décadas de la república en la elaboración de leyes y proyectos de constituciones políticas[153]. Otros criollos, que también reunieron bibliotecas menos numerosas pero importantes, fueron Juan Enrique Rosales, José Teodoro Sánchez y Manuel Riesco, aunque éstas no contenían libros ilustrados. Pero quien sí era ilustrado y más exactamente republicano, conocedor de la literatura

---

151 BARROS ARANA, 1913, OC. vol. 12 , págs. 19.35. DONOSO, 1947, pág. 37.

152 COLLIER, 1998, pág. 44.

153 Ovalle, junto a Bernardo Vera y José Antonio Rojas fueron acusados de intentos independentistas y, vinculados a una conspiración por el último gobernador español García Carrasco, fueron remitidos a Lima para ser juzgados. Los detenidos no llegaron a la capital del virreinato; antes, los criollos hicieron renunciar al español y proclamaron la Primera Junta de Gobierno. Véase: VILLALOBOS, 1961, págs. 194-198.

norteamericana al respecto, en especial de Paine, era el guatemalteco Antonio José de Irizarri, que llegó a Chile en 1809. Hubo textos que tuvieron una difusión impresionante; Jaime Eyzaguirre sostiene que en 1811 circulaban en Chile 400 ejemplares del *Contrato social* en la edición que hiciera Mariano Moreno en Buenos Aires, en la que se preocupó de expurgar el texto de los ataques al catolicismo[154].

Lo concreto es que, por distintas vías, los chilenos letrados conocieron la pléyade de autores ilustrados franceses y en menor medida el pensamiento republicano de tradición norteamericana. Estas ideas, más allá de todas las cortapisas que se les impusieron desde el poder imperial y desde la Iglesia Católica, llegaron a Chile, los libros fueron leídos y asimilados y sus ideas serían aplicadas tarde o temprano. En general, como lo evidencia claramente José Antonio Rojas, se convirtieron en el sustento teórico de un malestar respecto de los lineamientos políticos y administrativos que los reyes borbones practicaron hacia las colonias americanas. A los ya nombrados, la lista de los chilenos que asumieron las ideas de la ilustración se puede seguir alargando a los eclesiásticos Camilo Henríquez y fray Antonio de Orihuela; a los fisiócratas locales: Mateo Zambrano, José de Iribarri y Anselmo de la Cruz; y otros americanos avecindados tempranamente en Chile: Jaime Zudañez, Bernardo Vera y Pintado, José Perfecto Salas y ya nombrado José Antonio de Irisarri[155].

Si el proceso de la difusión de la Ilustración en Chile se vio frenado por todas las razones expuestas esto ocurrió claramente en el ámbito oficial, estatal y eclesiástico, no así en el plano civil o social. La ilustración, que iluminaba desde su centro francés, logró traspasar todos los tamices impuestos, primero la hibridación a que fue sometida por la corona borbona y por la Iglesia española, luego atravesó barreras geográficas, penetró en la pequeña elite sudamericana e iluminó a este puñado de chilenos; así, estaban dadas las condiciones para que se les restituyera por lo menos parte de su valor original y los criollos disconformes la tomaran como bandera ante el mismo despotismo del poder imperial.

Todos los personajes que hemos conocido fueron claves en los primeros cuarenta años del siglo XIX; habían iniciado sus primeras letras en Chile o en otras partes de América y las consolidaron con las lecturas ilustradas, a lo que un grupo importante le sumó el conocimiento directo de Europa y España. Esta toma de conciencia tuvo implicancias más serias: la corona,

---

154 GAZMURI, en: KREBS Y GAZMURI, 1990, págs. 161-167. EYZAGUIRRE,

155 La lista la hemos construido a partir de los datos entregados por Gazmuri, en: KREBS Y GAZMURI, 1990, págs. 151-178.

España, el rey, les habían ocultado el fuego; ahora, como Prometeo, muchos de ellos no sólo lo robaron y lo usaron para iluminar a sus sociedades, también lo utilizaron –herejes como el que más- para incendiar la América española desde California al Cabo de Hornos y separarse de los dioses: *¡Sapere aude!*

1.2.1.- La red educacional colonial

Vamos a analizar la estructura educacional media y superior de la última etapa colonial por dos razones: primero porque son estas instituciones donde se imparte la enseñanza de las disciplinas científicas que abrieron lentamente un espacio ilustrado y moderno, y segundo, porque nos permiten ver qué elementos de continuidad permanecieron y cuáles fueron los cambios que se instalaron después de la Independencia y que permanecieron durante la primera mitad del siglo XIX.

Durante la Colonia todo el sistema educacional estaba en manos de la Iglesia. Pero la educación superior estrictamente eclesiástica impulsada por los jesuitas y traspasada a la iglesia después de su expulsión, había mostrado deficiencias ya a comienzos del siglo XVIII. Para solucionarlas, el Cabildo de Santiago desde 1713 tomó medidas y solicitó a la corona permiso para fundar una universidad Real, es decir, estatal, más acorde a las necesidades civiles pues los abogados que necesitaba el país debían ser formados en la Universidad de San Marcos de Lima. La Real y Pontificia Universidad de San Felipe se fundó en 1738, cuando Carlos III firmó la cédula de erección, y el Cabildo se comprometió a sufragar parte de sus gastos pero, por lo mismo, sus cátedras sólo se abrieron en 1756. Al año siguiente el gobernador Amat y Juniet nombró los primeros catedráticos[156]. Si bien su creación implicó una modernización, la nueva institución enfrentó grandes dificultades: la actitud indiferente de la corona, de la que derivó la falta de financiamiento estatal; el hecho que sólo estuviera autorizada para otorgar títulos y grados y que no formara profesionales o graduados que el país necesitaba urgentemente; y problemas para llenar sus plazas, derivados de la debilidad del grupo intelectual formado en el sistema educativo colonial. No es casual entonces que, pese a ser una universidad borbónica, se mantuviera bajo los moldes tradicionales escolásticos, pues no entraron en ella las reformas a los estudios religiosos efectuadas en España y otros espacios de América por el despotismo ilustrado. En principio debía otorgar grados en Filosofía, Teología, Leyes, Matemáticas y Medicina, lo cual significaba un interés por abrir otras disciplinas que no era las tradicionales, pero la Universidad sólo privilegió la formación de teólogos y juristas. Desde su apertura hasta 1839, en que se decretó su cierre, matriculó y graduó a 620 filósofos, 569 teólogos, 526 juristas,

156 ÁVILA MARTEL, en: CAMPOS HARRIET, 1989, págs. 180-182.

38 médicos y 40 matemáticos[157]. Estas cifras nos revelan dos aspectos importantes: el uno, la filosofía era la base del conocimiento en el 95% de los graduados; el otro es que para saber filosofía en la época era necesario dominar el latín, que en la época era el idioma de la ciencia y cuya enseñanza era patrimonio exclusivo de la Iglesia.

El rector de la Universidad era –siguiendo las condiciones impuestas por la corona- el superintendente de educación; la superintendencia era un organismo encargado de velar por la formación educacional de todo el reino; es decir, respondía a una idea centralizadora de la monarquía borbona y a que la educación era una preocupación estatal. Además, el rey Carlos III fue nombrado, en virtud de sus "regalías", patrono de la institución; como vicepatrono fungió el gobernador de Chile, Amat y Juniet, a quien por decreto del 19 de mayo de 1756 le correspondió hacer los primeros nombramientos de catedráticos, los que hizo en nueve de las diez cátedras que esa institución impartía[158]. Más adelante, veremos la repercusión que estas orientaciones tendrían cuando se creara la universidad republicana.

La otra gran institución de educación superior fue el Convictorio Carolino de Nobles. Creado en 1772, a partir del Convictorio San Francisco Javier de los jesuitas, llevaba ese nombre en honor a Carlos III. Encargado a la Iglesia como institución y ya no en manos de una orden, impartía la mayoría de las cátedras para optar a grados universitarios; con el cambio la institución adquirió una impronta modernizante, por ejemplo, el presbítero José Francisco Echaurren introdujo la filosofía ecléctica en los planes de estudio que renovó el ambiente dominado por la escolástica; pero a raíz del cambio sufrió una merma en sus recursos y por lo tanto del número de alumnos[159]. Destinado a educar a los hijos de la aristocracia, esta escuela formó como abogado a dos de los líderes independentistas locales más radicales: José Miguel Carrera y Manuel Rodríguez Erdoíza.

---

157 El cálculo pertenece a Sol Serrano quien lo efectuó en base a los datos proporcionados por José Toribio Medina; véase: MEDINA, 1928. SERRANO, 1994, pág. 31. Ricardo Donoso ha hecho la salvedad que la Universidad tenía el carácter de "real y pontificia" es decir, salvaguardaba el *estatu quo* colonial manteniendo unidos los poderes temporal y espiritual. DONOSO, 1946, pág.

158 BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, págs. 182 y 184.

159 GÓNGORA, 1963, pág. 39; SERRANO, 1994, pág. 33.

Hubo otras instituciones fruto de iniciativas particulares, como la Academia de San Luis, obra de nuestro conocido Manuel de Salas. La idea de este ilustrado local fue imitar las instituciones que habían fundado los reyes borbones en España y que tenían como propósito la enseñanza de las ciencias naturales. Cuando fue nombrado Síndico del Consulado chileno, Salas aprovechó su experiencia española y propuso la formación de una academia para la enseñanza de la geometría, la aritmética y el dibujo necesarios para el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria respectivamente. Pero el entusiasta se encontró con las mismas dificultades con que se había topado la Universidad: falta de interés de la sociedad y de apoyo estatal. El proyecto llevó dos años para que lo autorizara el gobernador y tres más para que la Corona lo ratificara; el financiamiento lo puso el Tribunal del Consulado, el Cabildo y el Tribunal de Minería; las clases iniciaron en 1799. A las materias iniciales Salas agregó primeras letras y una gran innovación: una cátedra de gramática española; pero la ampliación fue objetada por el Consulado y sólo se pudo implementar después de arduas negociaciones. La corona, desentendiéndose de sufragar sus gastos, había prescrito que las instituciones locales arriba nombradas debían financiarla, pero la novel institución científica sobrevivió en gran parte del bolsillo del propio Salas[160]. La Academia ha sido destacada como la primera típicamente ilustrada, aspecto que se evidencia en la introducción de las matemáticas para aplicaciones técnicas y la enseñanza de la gramática española junto a la latina; en general se caracterizó por "la apertura hacia el pensamiento científico y su capacidad transformadora de la realidad y una mayor intervención del Estado en el fomento de este proceso"[161].

En resumen, a fines del período colonial existía en Chile una red de instituciones educacionales compuesta por la Universidad de San Felipe, el Convictorio Carolino, la Academia de San Luis, el Seminario Eclesiástico, otras como el Colegio de Naturales de Chillán y algunas escuelas públicas santiaguinas[162]. Lo notable es que, salvo el Seminario y el Colegio de Naturales, las instituciones más importantes habían nacido bajo el mandato de los borbones, mejor dicho, auspiciados por éstos, pero creados a partir de iniciativas de la elite local, donde la Iglesia, pese a que mantenía una influencia importante, tanto en la administración como en el

160 SALAS. 1914, I, pág. 602. AMUNÁTEGUI SOLAR, 1889, págs. 12-16.

161 SERRANO, 1994, pág. 28.

162 SERRANO, 1994, pág. 48.

currículo, ya no era monopólica: el mundo civil había abierto un espacio en la cultura tradicional católica[163].

De todos modos, aunque reducido y aislado, este proceso tuvo una importancia considerable. El grueso de los líderes independentistas y de los ideólogos republicanos fueron educados en esas instituciones o participaron del movimiento ilustrado local, algunos de ellos viajaron a Europa años antes de que estallaran los impulsos emancipadores; allí se empaparon de la cultura europea ilustrada, de las nuevas ideas acerca de la ciencia y la sociedad que allá se estaban gestando y, tanto o más importante, conocieron *in situ*, el aislamiento y el atraso cultural que separaba Chile de la metrópoli, dieron forma racional a un resentimiento que antes era sólo visceral y, tanto o más importante, conocieron el despotismo ilustrado en su máxima expresión. De vuelta al país, no sólo impulsaron la lucha anti-española y el proceso independentista, también ayudaron a crear instituciones educacionales y a impulsar el desarrollo cultural local.

Así, y he aquí nuestra hipótesis para explicar lo político, en estos años se generó un quiebre en la monolítica aristocracia castellano-vasca chilena; ahora a su lado y compartiendo su prestigio social y sus redes familiares, había una elite culta ilustrada y despótica que, aunque pequeña e incipiente, tenía un gran potencial cultural que se desarrollaría posteriormente. Este grupo se enfrentó a la elite monarquista, educada en la tradición católica medieval y colonial y que tenía como fundamento científico la escolástica. No es casual que, precisamente quienes habían conocido Europa y en especial España, hayan sido los que estuvieron en los albores y después encabezaron el proceso emancipador y la formación de la nación. A Rojas y Salas, u otros más jóvenes como O'Higgins y Carrera, no los une, como lo ha sostenido hasta ahora la historiografía –tradicional y revisionista-, ni el liberalismo político, ni un siempre indefinible republicanismo, ni siquiera su catolicismo; estos más bien son moldes y definiciones que los separaron y son etiquetas que no ayudan a comprender la complejidad del proceso intelectual

---

163 El Colegio de Naturales de Chillán estaba dirigido por los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide, congregación evangelizadora que operaba en el sur de Chile; pertenecía precisamente a una de las órdenes contra las que se dirigió la política reformista de la Iglesia. No por casualidad la actitud de los franciscanos durante la guerra de independencia fue la de un fuerte monarquismo lo que los llevó a participar directamente contra los independentistas. Pese a este impronta, allí se educó en las primeras letras el joven Bernardo O'Higgins, uno de los líderes patriotas. VALENZUELA MÁRQUEZ, 2005, págs. 113-158.

ocurrido antes de la independencia y de manera particular en la fase que va de 1808 a 1818. Los une su conocimiento de Europa y de España, de los avances que en materia de ciencia los reformadores españoles habían implementado durante el gobierno de Carlos III, su sentimiento de que pese a haber sido leales súbditos, la corona siempre les negó el desarrollo cultural y los mantuvo en la ignorancia para sostener su dominio. Estos eran más parecidos a los formados intelectualmente en las colonias y en particular en Chile, como Martínez de Rosas y Egaña quienes, pese a las dificultades, adquirieron la misma cultura ilustrada. En definitiva a todos los une –aunque hubiesen estado o no en las entrañas del Imperio-, su conocimiento de la fórmula política por excelencia: el despotismo ilustrado[164].

1.2.2.- La cultura y la estructura educacional nacional 1813-1840

La formación de una cultura nacional tuvo un impulso inicial durante los primeros años del proceso independentista chileno, una corta etapa que va de 1810 a 1814, y estuvo restringido solamente a esa elite que se abría dificultosamente a los cambios culturales de la ilustración. Allí y entonces se combinaron las dos "almas" del país: la de la guerra y la de la cultura.

El 18 de septiembre de 1810 un cabildo abierto, que reunió a vecinos notables, dio paso a la primera Junta de Gobierno[165]. Este primer gobierno nacional fue hecho bajo el signo de la

---

164 Las tesis de la Independencia y la formación de la nación como un enfrentamiento entre dos bloques cerrados marcados por la "tradición y reforma" en: VILLALOBOS, 1961; para una revisión como un proceso "liberal y republicano", véase JOCELYN-HOLT, 1991 y 1992; la versión marxista que abarca el continente, según la cual se enfrentaron la "reforma" y la "revolución" de "burguesías criollas" contra poderes coloniales: KOSSOK, 1989; como un proceso de carácter "católico": SERRANO, 1994, pág. 44 (aunque esta autora no se toma la molestia de explicar su aserto); para el catolicismo como el substrato que otorgaba a Chile "unidad" y "consenso": VIAL, 1991, I.

165 La primera Junta estaba presidida por Mateo de Toro y Zambrano, que tenía el título de Conde de la Conquista, de más ochenta años de edad. Como vicepresidente fue elegido José Martínez de Aldunate, Obispo de Santiago. El organismo estaba formado por "cuatro mayorazgos, algunos doctores de la Universidad de San Felipe, y varios otros que representaban claramente el estado social e intelectual del país", aunque estaban excluidos dos hombres fundamentales para el desarrollo de las ideas políticas en

tradición: estaba formada fundamentalmente por la aristocracia y tenía como principal objetivo salvaguardar el reino de Chile hasta que terminara la prisión de Fernando VII en manos de Napoleón, mantener el orden social y evitar la polarización política:

[...] que siendo el principal objeto del Gobierno y del cuerpo representante de la patria, el orden, quietud y tranquilidad pública perturbada notablemente en medio de la incertidumbre acerca de las noticias de la metrópoli, que producían una divergencia peligrosa en las opiniones de los ciudadanos, se había adoptado el partido de conciliarlas a un punto de unidad, convocándolos al majestuoso Congreso en que se hallaban reunidos, para consultar la mejor defensa del Reino y sosiego común conforme a lo acordado[166].

Una de las principales razones para su formación fue la desconfianza hacia los españoles por su posible inclinación hacia la princesa Carlota, hermana del monarca, que pretendía asumir el trono de las colonias españolas; en esta Junta los independentistas convencidos como Juan Martínez de Rozas eran muy pocos[167].

La instalación de la Primera Junta hizo que el proceso de debate político, que se venía desarrollando subrepticiamente desde inicios del siglo, y que se acrecentara con la prisión de Fernando VII se acelerara aún más y saltara al espacio público. Ricardo Donoso ha resaltado la relativa facilidad de la investigación histórica para conocer los documentos y libros, "reveladores de la inquietud que sacudía a los espíritus", leídos y difundidos al inicio del proceso independentista y que confrontaba a quienes deseaban un cambio y quienes querían mantener el orden existente. Entre estos textos nuevos en el ambiente cultural local había dos tipos fundamentales: los producidos dentro del nuevo género de los "catecismos patrióticos"; y

---

esta fase del proceso: Juan Martínez de Rosas (muerto prematuramente) y Juan Egaña, de gran repercusión posterior. DONOSO, 1947, pág. 36.

166 JUNTA GUBERNATIVA, 18-09-1810.

167 Carlota Joaquina de Borbón era hermana de Fernando VII; al casarse con el regente del imperio portugués debió renunciar a cualquier pretensión al trono español. Cuando su hermano fue apresado por Napoleón, después del encuentro de Bayona, ésta intentó contactar a los gobernadores americanos para convencerlos de su derecho a gobernar la península y las colonias acéfalas. Pocos criollos americanos se interesaron por la invitación, a quienes lo hicieron se los llamó "carlotinos". VILLALOBOS, 1961, págs. 165-166.

otros aún más dinámicos y contingentes que aparecían en la prensa, -primero ríoplatense, luego local- como *La Gaceta* de Buenos Aires (1810), luego *La Aurora de Chile* (1812) y *El Monitor Araucano* (1813)[168].

La Primera Junta de Gobierno fue una "escuela política" donde los partidarios de crear un inédito gobierno nacional aprendieron a conspirar para derrotar a las fracciones españolas. Esto fue continuado en el primer Congreso Nacional, elegido al año siguiente. Ambos fueron espacios donde los "notables" hicieron sus primeras armas en la oratoria, "todos ellos de formación colonial –destaca Donoso-, pero en cuyo espíritu habían prendido la inquietud y las ansiedades de los tiempos". Tras este organismo se formaron de manera natural, los primeros "partidos". Entre los "reformistas o innovadores" destacaban Bernardo O'Higgins, Manuel de Salas y el canónigo Juan Pablo Fretes, eran, implícitamente, independentistas, aunque no lo reconocían esperando una situación más propicia para saltar a la palestra[169]. Los "conciliadores" fueron liderados intelectualmente por Juan Egaña, es decir, formaban parte de la corriente influida por la ilustración católica y que deseaban sentar algunos cambios en el sistema colonial. Mientras que los "tradicionalistas", claramente realistas y que propugnaban mantener el antiguo orden, tuvieron a sus prohombres en Judas Tadeo Reyes y el religioso Juan Francisco Meneses.

Pero estos "partidos", o más bien grupos políticos, estaban organizados en torno a clanes familiares, uno de los cuales, los Larraín, -o "de los ochocientos", como se los llamaba en alusión a su extensión numérica- se "tomó" ambos organismos. Pero frente a ellos se levantó otra familia: la de los Carrera[170]; una anécdota refleja el nivel de tensiones que esta situación provocó entre los criollos:

---

168 DONOSO, 1947, págs. 25-26 y 32-35.

169 Bernardo O'Higgins era hijo ilegítimo de Ambrosio O'Higgins, militar irlandés al servicio de la corona española que en América hizo una brillante carrera política, se desempeñó como intendente de Concepción, Gobernador de Chile y Virrey del Perú. El joven Bernardo se educó en el Colegio de Naturales de Chillán, luego Lima y finalmente en Inglaterra; allá conoció a Francisco Miranda y formó parte de la independentista Logia Lautarina junto al venezolano Andrés Bello, y los ríoplatenses Mariano Moreno y José de San Martín. Véase: VILLALOBOS, 1961, págs. 182-189.

170 El líder de este clan, José Miguel Carrera Verdugo, pertenecía a la aristocracia era hijo del vocal de la Primera Junta, Ignacio de la Carrera. Su familia era amiga de los Rodríguez Erdoíza, otro clan aristocrático cuyo vástago más señero fue Manuel. José

Un día convidó Joaquín Larraín a don José Miguel a un paseo, y hallándose en compañía de sus deudos Don Juan Enrique Rosales, presidente en turno de la Junta, y el magistrado Don Francisco Antonio Pérez, dijo a Carrera: 'Todas las presidencias las tenemos en casa; yo, presidente del Congreso; mi cuñado, del Ejecutivo; mi sobrino, del Tribunal Supremo: ¿Qué más podemos desear?'. Carrera, herido en el talón de Aquiles y nada dispuesto a tragarse en silencio la invectiva, contestó al satisfecho eclesiástico: '¿Y quien tiene la presidencia de las bayonetas?'. La respuesta fue para helarle las carnes a don Joaquín, que temió desde ese día más que nunca por el futuro de su voraz dinastía[171].

No temía en vano don Joaquín; poco tiempo después, el 15 de noviembre de 1811, José Miguel Carrera junto a sus hermanos Juan José y Luis, encabezó un golpe de Estado que disolvió el Congreso e instaló una segunda Junta de Gobierno[172]. El suceso fue producto de las disputas entre distintas fracciones de los criollos; los Carrera eran partidarios de radicalizar el proceso independentista y estaban disconformes con la composición de ambos organismos. Con ello también entraba en la escena un nuevo grupo político, formado en torno a la familia del caudillo militar y que tendría gran influencia hasta 1830. En éste, que organizó el Segundo Congreso Nacional, figuraban personajes políticamente más radicalizados como el ya mencionado conspirador independentista Juan Martínez de Rosas, Manuel de Salas y Fray Camilo Henríquez.

Bajo el nuevo liderazgo político hubo un incipiente desarrollo de las instituciones culturales. Algunos han puesto en duda la influencia de las ideas ilustradas en Carrera, quien era obviamente más competente en tácticas militares, pero fue él quien patrocinó el primer desarrollo cultural nacional. Para ello convocó o dejó en manos de los principales ilustrados locales la organización; así se creó *La Aurora de Chile*, el primer periódico nacional, encargado a Fray Camilo Henríquez; se fundaron instituciones destinadas a la educación y la cultura como

---

Miguel había estudiado leyes en el Convictorio Carolino; luego partió a España donde entró al ejército y combatió a las tropas de Napoleón. Al conocer los sucesos del 18 de septiembre de 1810 volvió a Chile dispuesto a luchar por la Independencia. Una biografía de este personaje en: LIRA URQUIETA, 1960.

171 EYZAGUIRRE, 1960, pág. 78.

172 Componían esta junta los ciudadanos Francisco Antonio Pérez, José Miguel Infante, Agustín Eyzaguirre y Mariano Egaña. AMUNÁTEGUI SOLAR. 1889, p. 168.

la Biblioteca Nacional, obra de Manuel de Salas y el Instituto Nacional (1813) labor en la que participaron éstos y Juan Egaña.

Camilo Henríquez, fraile de la Buena Muerte, fue uno de los ilustrados más radicales; lector preferente de Rousseau decía que éste, junto a Voltaire y Montesquieu eran: "...los apóstoles de la razón. Ellos son los que han roto los brazos del despotismo". Además de hacer una estancia en Inglaterra donde amplió sus lecturas ilustradas, fue creador y director de *La Aurora* y puso su inteligencia al servicio del gobierno. Estaba inspirado con la idea de su periódico: "los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas y útiles han de difundirse entre todas las clases del Estado". La primera edición apareció el 13 de febrero de 1812, ella abrió un espacio a la formación de una cultura moderna con un optimismo inédito:

Está ya en nuestro poder el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal, la imprenta. Los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas y útiles van a difundirse en todas las clases del Estado. Todos los pueblos van a consolarse con la frecuente noticia de las providencias paternales y de las miras liberales y patrióticas de un gobierno benéfico, próvido, infatigable y regenerador. La voz de la razón y la verdad se oirá entre nosotros después del triste e insufrible silencio de tres siglos[173].

De esta manera se articulaba públicamente una lectura del pasado como una época "oscura" a la que la corona había sometido a sus colonias para mantenerlas en la ignorancia y garantizar así su dominio, una época que había que dejar atrás; y, a la vez, un visión del presente y el futuro como "iluminado" por la búsqueda de la "razón" y la "verdad" por medio de la ilustración del "pueblo". Estos son los fundamentos de una lectura que la cultura liberal haría suya algunas décadas despúes. La reacción de los sectores tradicionalistas no se dejó esperar. El también eclesiástico, el franciscano fray Melchor Martínez, reflejaba así el impacto que tuvo el periodiquito entre la población:

No se puede encarecer con palabras el gozo que causó este establecimiento. Corrían los hombres por la calle con una Aurora en la mano, y deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad y prometiéndose que con este medio pronto se desterraría la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido. [...] No padecieron engaño los que eligieron a Camilo Henríquez para redactor, porque desde la primera página de su periódico empezó a difundir muchos errores políticos y morales, de los

---

173 C. HENRÍQUEZ. *La Aurora de Chile*, Santiago, 13-II-1813.

que han dejado estampados los impíos filósofos Voltaire y Rousseau, aunque en la doctrina del segundo estaba más iniciado, pues trasladaba por lo común literalmente los fragmentos de sus tratados. Todo el afán es probar que la soberanía reside en los pueblos, que las leyes reciben la autoridad de éstos mediante el contrato social y que son amovibles por la voluntad del pueblo[174].

De la acción intelectual de Henríquez surgió el primer programa político independentista y republicano: "una declaración de los derechos del pueblo chileno y el reglamento para el arreglo de la autoridad ejecutiva". Los puntos fundamentales de este programa eran: la intención de organizar un gobierno permanente regido por una constitución; el "derecho inalienable" del pueblo chileno a organizarse políticamente y a dirigir sus relaciones exteriores; la unidad y solidaridad de Chile con los pueblos americanos; la necesidad de unirlos en un congreso general; el reconocimiento de la religión católica como "oficial" y la nacionalidad chilena para cualquiera de los nacidos en los dominios de la monarquía española[175].

Además de la introducción de ideologías y programas políticos nuevos, *La Aurora de Chile* fue un medio en el cual se promovieron iniciativas que introdujeron los últimos avances científicos que la corona no había implementado en Chile. Dos fueron los más importantes, la vacunación contra la viruela y la Sociedad Económica de Amigos del País. Así se iniciaron no sólo campañas de inoculación, sino también se crearon estructuras administrativas para llevar a cabo la empresa[176]; nuestro conocido Judas Tadeo Reyes asumió como delegado de la Junta de Vacuna quien redactó un "Informe de la campaña de vacunación" para conocimiento de la

---

174 Fray Melchor Martínez fue un cronista de los sucesos que rodearon el despertar emancipador pero un firme opositor a la Independencia, tradicionalista, conservador del tipo ultramontano y partidario de la reconquista española de las colonias emancipadas. MARTÍNEZ, 1848, II, pág. 64.

175 DONOSO, 1947, pág. 43.

176 Una de las primeras campañas de vacunación en América Latina se emprendió en Venezuela durante 1804. Una misión enviada por Carlos IV y dirigida por Francisco Javier de Balmis, logró un rápido éxito vacunando a más de 100.000 personal en cuatro años. El caraqueño Andrés Bello fue el secretario político de la Junta Central de Vacuna que se estableció para organizar definitivamente la inoculación. JAKSIC, 2001, págs. 39-41. En Chile el Congreso impulsó una campaña similar en 1812.

ciudadanía que fue publicado en *La Aurora de Chile*[177].La Sociedad Económica de Amigos del País se formó también por iniciativa de Camilo Henríquez en enero de 1813. La propuesta fue asumida por un grupo de ciudadanos que representados por el Ayuntamiento, presentó al Senado la propuesta inspirada en la máxima de Campomanes de que no era accesible a ningún gobierno el hacerse cargo de "cuestiones tan extendidas que abrazan todo el reino"[178].Este organismo fue la iniciativa más clara inspirada por el pensamiento económico fisiocrático y en definitiva por la Ilustración.

Fueron muchas más las iniciativas que emprendió *La Aurora de Chile*, pero el clero tradicionalista maniobró para frenar los impulsos del cura jacobino e impuso una continua censura previa a sus escritos hasta que éste se vio obligado a cerrar la publicación; sin embargo, el hábil religioso inició un segundo periódico, *El Monitor Araucano*. No dejaba de tener razón Martínez, el activo impugnador del fraile: desde su segundo periódico, Henríquez radicalizó más su discurso antiespañol y la denostación del pasado colonial.

Pese a la gravedad del momento político, la propaganda del *Monitor* se dedicó a atacar las "densas sombras que nos precedieron", a propiciar, aparte de la libertad de comercio y la supresión a las trabas para el ingreso de extranjeros, la creación de establecimientos de enseñanza para "la difusión de las luces y desparramar las semillas de la verdad, que son inmortales y que nada puede destruir, pues ni los esfuerzos de la tiranía, ni los sofismas de la impostura las sofocarán jamás". Todas estas ideas estaban consagradas en el *Catecismo de los patriotas*, uno de los tantos pasquines aparecidos en la época, que insistía en la creación de un gobierno representativo, y abogaba por la libertad de imprenta. Como el *Monitor* representaba al clan de los Carrera, otro clan impulsó la publicación del *Semanario Republicano*, dirigido por el guatemalteco Antonio José Irizarri, que adoptó igual actitud hacia todo lo que implicaba la colonia y difundió las ideas republicanas. El periódico estaba sostenido por el otro "partido" patriota, nucleado en torno al liderazgo de Bernardo O'Higgins pero sostenido políticamente por la familia Larraín[179].

---

177 *La Aurora de Chile*, Santiago, 14-V-1812, pág. 4 y 23-IV-1812, págs. 1 y 2.

178 *La Aurora de Chile*, Santiago, 23-IV-1812.

179 Antonio José Irisarri (1786-1868) Guatemalteco de nacimiento después de la Independencia se avecindó en Chile, fue diplomático bajo los gobiernos pipiolos; continuó como intendente de Colochagüa bajo Portales. BRAVO LIRA, 1994, pág. XLVIII (ilustraciones).

El *Monitor* salió a la luz en 1813, en el mismo momento en que el virreinato del Perú envió una expedición militar para poner bajo su tutela y a nombre del rey de España, los deseos independentistas chilenos. En ese momento: "La máscara de la revolución cayó hecha pedazos y hasta los más tímidos comprendieron que la independencia había quedado entregada a la decisión de las armas"[180]. La guerra ocupaba nuevamente el pequeño espacio que la cultura dificultosamente había tomado para sí.

1.2.3.- Las reformas centralizadoras republicanas: la creación de la Biblioteca y el Instituto Nacional

Durante la corta etapa de vida independiente y de "ensayo republicano" que va de 1810 a 1814, las fracciones más radicales de la elite local, que eran a su vez, las que estaba más imbuidas de la ilustración, desarrollaron una serie de medidas tendientes a centralizar tanto el conocimiento como el sistema educacional heredado de la colonia. Estas medidas fueron, en general, una manifestación heredada de la mentalidad centralizadora y controladora de los borbones, que dejaría una impronta de gran pervivencia en Chile. A partir de esa centralización luego se tomaban iniciativas y formaban instituciones similares en el resto del país.

La Biblioteca Nacional fue el primer símbolo de la conducta de la elite independentista hacia las instituciones heredadas de la corona. Esta actitud los llevó a ocupar la infraestructura heredada pero a cambiarle el signo colonial por uno republicano. Así la nueva institución constituyó su acerbo reuniendo los libros de la Universidad de San Felipe, de la Academia de San Luis a los que se agregaron donaciones de vecinos ilustres como José Antonio Rojas[181].

No se detuvo allí el impulso. En 1811 Egaña, Salas y Henríquez presentaron al Congreso tres proyectos de reforma educacional distintos. El del primero tenía un marcado acento filosófico y moral; el del Salas se enfocaba en la redistribución institucional y el de Henríquez en el currículo. Más allá de estas diferencias, el Instituto Nacional fue la primera creación del naciente Estado chileno. Era la manifestación de esa mentalidad centralizadora: primero, reunió a los establecimientos educacionales que pervivían desde la colonia: el Convictorio, la Universidad, la Academia, el Seminario y la escuelas públicas; y segundo, una vez operada la centralización, a partir de él se formarían otros en los departamentos y provincias del país. El Instituto era mucho más que una institución educativa y sus atribuciones se extendían al conjunto de la formación científica y literaria del país. En palabras de una

---

180 DONOSO, 1947, pág. 44.

181 ÁVILA MARTEL en: CAMPOS HARRIET, 1989, pág. 186, nota 29.

historiadora de la educación, estaba "concebido originalmente como la institución modelo que serviría de matriz para el conjunto de la educación pública. Todos los niveles educativos, todos los campos del saber, su cultivo y su aplicación, estaban comprendidos en este microuniverso ideal"[182].

Pero ninguna de estas instituciones fue concebida sin su respectiva reforma "desde arriba". En 1812 fue redactado el primer proyecto de Constitución política, por un autor para nosotros conocido: Juan Egaña. La carta señalaba en la Sección Tercera el principio ilustrado del control estatal de la educación a través de la formación de un Instituto Nacional como "centro modelo de la educación nacional" que abarcaría tanto la instrucción primaria como el ejercicio de las artes y el cultivo de las ciencias[183].

Serrano ha expresado que su creación sirvió para visualizar, en un contexto de cambio político y cultural de los primeros años de Independencia, los elementos de continuidad que venían desarrollándose desde la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, desde la llegada de las ideas ilustradas y las reformas educativas borbónicas:

[...] los nuevos dirigentes, formados en el antiguo orden, utilizaron la educación existente para darle una nueva orientación caracterizada por el control estatal; su difusión a toda la población, desde el centro del saber hacia abajo y la necesidad de formar una clase dirigente de carácter nacional que encarnara al mismo tiempo las virtudes republicanas y el conocimiento práctico de las nuevas ciencias[184].

Al igual que la Universidad de San Felipe, el Instituto fue creado bajo la impronta de una transacción con la tradición, pues se le unió el Seminario. En la negociación pactaron Juan Egaña, presidente de la Junta de Educación, y José Ignacio Cienfuegos, representante del obispo Abreu[185]. Para Góngora, esto es un claro indicio de la influencia de la ilustración católica y de la

---

182 SERRANO, 1994, pág. 47.

183 En la redacción del "Reglamento constitucional de 1812", como se le llamó, participaron además el cura liberal, fray Camilo Henríquez, y los ciudadanos Lastra, Villegas, Salas y el dr. Zudáñez, recién llegado a Chile. DONOSO, 1947, pág. 42.

184 SERRANO, 1994, pág. 47.

185 El religioso José Ignacio Cienfuegos Arteaga (1762-1847), era el típico católico ilustrado; fue obispo titular de Rétimo en 1828 y luego residencial en Concepción en

reforma eclesiástica consagrada teóricamente ese mismo año en un documento redactado por ambos negociadores[186]. La incorporación "respetó en cierta medida la individualidad del Seminario" pero la orientación apuntaba a la "formación de un clero extraño a la tradición ultramontana". Las *Ordenanzas* del Instituto fueron obra del presbítero José Francisco Echaurren –el introductor del eclecticismo filosófico en el Convictorio-, fijaron un plan de estudios y los textos del derecho canónico por los cuales se impartiría la enseñanza[187]. Pese a esto, la novel institución pronto adquirió una impronta modernizadora y liberal que se expresó fundamentalmente en el cultivo de las letras y la ilustración como ideal al que adscribían tanto su planta de profesores como su alumnado.

Pero esto duró poco; la creación de esta institución se realizó en medio de un ambiente de zozobra política marcado por la invasión de tropas criollas y españolas provenientes del virreinato del Perú, que querían recuperar el reino a nombre de Fernando VII. Durante el período conocido como Reconquista (1813-1817), las fuerzas militares realistas, recuperaron momentáneamente el control del país. El jefe militar español Casimiro Marcó del Pont, cerró el Instituto y la Biblioteca Nacional, suprimió la reforma eclesiástica y deportó a las islas de Juan Fernández a su principal ideólogo civil Juan Egaña y a otros como Manuel de Salas; propagó la represión política y postergó por varios años ese inicial impulso cultural. La guerra negaba espacio a la cultura y ocupaba los principales esfuerzos de la novel nación.

Del balance que han hecho algunos historiadores liberales de la derrota patriota después de este incipiente proceso de emancipación, resaltan estos resultados magros, pero fundamentales, para los sucesos venideros.

1832; además, se desempeñó como parlamentario. BRAVO LIRA, 1994, pág. XL (Ilustraciones).

186 El 28 de agosto de 1813 Egaña y Cienfuegos suscribieron la *Constitución parroquial para el Obispado de Santiago*, que lamentablemente no hemos tenido a mano; ésta imponía una serie de reformas como la supresión de los derechos parroquiales y restringía los derechos de mano muerta, en la misma línea de la Constitución Civil del Clero, que fijaba sueldos a los eclesiásticos y que unía a otros religiosos como Fray Servando Teresa de Mier y las "aspiraciones... de toda una generación americana independentista". GÓNGORA, 1963, págs. 36 y 37.

187 GÓNGORA, 1963, pág. 39.

De estos cuatro años de esfuerzos y de luchas quedaban incorporadas, como conquistas inamovibles, en el derecho público de Chile, la libertad de comercio, la libertad de los esclavos, la igualdad jurídica de todos los nacidos en el territorio de Chile y la libertad de imprenta[188].

Sin embargo, este proceso aumentó la división entre las familias de la elite criolla. En medio de la amenaza que implicó las campañas emprendidas por el virrey del Perú en contra de los afanes emancipadores, las fuerzas militares chilenas se dividieron bajo los liderazgos de O'Higgins y Carrera hasta casi llegar a la guerra civil. La posterior derrota militar a manos de las tropas hispano-peruanas y el exilio hacia la provincia ríoplatense de Cuyo, no logró conciliar a los líderes que representaban a su vez a dos bandos patriotas que veían el futuro del país que debían reconquistar de manera distinta.

Las diferencias son importantes para entender el proceso de formación de la cultura política chilena pues, en alguna medida, se prolongó toda la centuria: primero, la importancia de la prensa y el "diarismo" en la propaganda ideológica, en la formación de la ciudadanía y en la ampliación del pequeño e incipiente espacio cultural; segundo, el hecho que esta prensa estaba a favor, o al servicio, de las distintas facciones políticas organizadas en torno a las disputas de poder de dos clanes o grupos familiares, uno más radical y con una mentalidad más reformadora: los hermanos Carrera; y otro menos radical y más tradicionalista: los Larraín. En suma tres sectores de similar fuerza en el plano político e incluso militar.

En el plano general tenemos aquí, en ciernes, algunos elementos del proceso general que van a caracterizar la cultura chilena, la producción intelectual y la reproducción de las ideas durante gran parte del siglo XIX chileno: dirigismo estatal, centralismo, creación de una casta funcionaria moderna y letrada para la administración del Estado, instituciones educacionales inspiradas en un ideal patriótico y modernizador; todo, herencia del iluminismo y del despotismo ilustrado del siglo XVIII, pero innegablemente modernas.

1.3.- La Independencia y el desarrollo cultural y educacional

Durante los tres años de predominio monárquico (1814-1817), las fuerzas patriotas se repusieron en la vecina ciudad de Mendoza. Bernardo O'Higgins y el argentino José de San Martín (este último lugarteniente del general Belgrano), a la cabeza de un ejército bi-nacional iniciaron la invasión al país, esta vez para declararlo independiente. Las primeras batallas, como la Chacabuco en abril de 1817, auguraron un rápido triunfo de las armas patriotas; pero después de un tiempo, las fuerzas realistas se repusieron y avanzaron desde el sur ganando en Cancha

188 DONOSO, 1947, pág. 47.

Rayada e hicieron tambalear la emancipación. En este contexto O'Higgins decidió sancionar por escrito lo que las armas no aseguraban y ordenó redactar la *Declaración de la Independencia* en febrero de 1818. Las fuerzas patriotas ganaron finalmente en la batalla de Maipú, en abril de ese año y O'Higgins asumió el gobierno como Director Supremo con poderes ejecutivos casi absolutos, con el apoyo militar del Ejército Libertador y el político de la familia Larraín. Al interior de las fuerzas patriotas estos hechos consolidaron además el triunfo del bando "o'higginista" sobre el "carrerino"; de ahora en adelante, este último formaría un grupo cada vez más aislado y reducido en la política chilena, pero que seguiría gravitando hasta 1830.

El nuevo gobernante reabrió la Biblioteca Nacional y el Instituto e impulsó algunas reformas liberales como la abolición de los mayorazgos y los títulos de nobleza. Trató de consolidar estos cambios con la promulgación de la Constitución de 1818 que consagraba legalmente su gobierno dictatorial, que "prescindía del control de otro poder" y las libertades públicas y garantías individuales tenían un lugar muy secundario[189]. Pero el documento fue más un reglamento que fijó el liderazgo político y militar del país en una sola persona, que una constitución propiamente tal; o más bien, fue la carta de un país inmerso en una guerra emancipadora que no tenía fecha de término y para un conglomerado humano cuyos líderes políticos no sabían que forma tenía el futuro.

Tanto los historiadores liberales y conservadores, como los citados Donoso y Edwards, han sostenido que el "único fundamento del poder era la voluntad del Director Supremo"[190]. De manera que la Constitución sancionaba legalmente la relación entre el dictador y el cuerpo que él elegía, que era la misma relación que tenía él con el "partido" familiar que lo sostenía. Así, la estructura política en el momento de la Independencia era en gran medida la misma que en el momento de la Reconquista, es decir, de la derrota; por lo que la Constitución, aparte de resolver la disputa de los equilibrios políticos entre el caudillo militar y la fracción de la elite que lo sostenía y de organizar un Estado en guerra contra un enemigo externo, buscaba resolver, a favor de la fracción patriota triunfante, la disputa con la fracción desplazada, la del clan de los Carrera.

Aparte de esto, la continuidad con la primera etapa de ensayo republicano era evidente, sobre todo respecto al sistema educacional. Los "ensayos constitucionales", como se ha llamado

---

189 DONOSO, 1947, pág. 51.

190 Constitución de 1818 citada en: DONOSO, 1947, pág. 51; Cfr. EDWARDS, 1974, pág. 18.

a todas las cartas entre 1812 y 1823, no dedicaron capítulos específicos a la educación hasta que el de 1822 en su título VII señalaba que "la educación pública" debía ser "uniforme en todas las escuelas" y entre los deberes del sistema estaban el enseñar a "leer, escribir, contar, los principios de la religión, y los deberes del hombre en sociedad". El Director Supremo (que ocupaba el sitio del Presidente de la República) era el "protector" del Instituto Nacional manteniendo el papel del patronato que le correspondía a la autoridad política borbona sobre la educación.

Pero la actitud de déspota ilustrado con que el general libertador manejaba su gobierno afectó incluso a los clanes aristocráticos que lo sostenían políticamente. Esta molestia no venía del autoritarismo que caracterizaba a O'Higgins, ni de su orientación política específica (contraria al reformismo radical del clan de los Carrera), pues incluso en sus filas formaban ex realistas como el español Rodríguez Aldea. La animadversión de aristocracia se produjo porque se sintió desplazada del poder y vio atacados sus privilegios, sobre todo la abolición de mayorazgos y títulos de nobleza, por lo que se opuso a las reformas y auspició el levantamiento militar de las provincias del sur al mando del general Ramón Freire[191]. Bernardo O'Higgins, era hijo ilegítimo de Ambrosio, el más alto y prestigioso funcionario del Imperio; pero había vivido gran parte de su vida negado por su padre, por lo tanto era extraño a los rituales aristocráticos y ajeno a una pertenencia familiar; aspectos que se reforzaron pues se había educado en Lima y Londres, en esta última cuidad había sido influido por el republicanismo autoritario de Francisco Miranda. Todo ello hacía que fuera un extraño en los grupos sociales influyentes:

O'Higgins deseaba con mucha razón un poder fuerte; pero nunca cuidó de asegurarse el apoyo social: o lo desdeñaba o le era antipático. Ello no hizo sino dar alas al espíritu de fronda preexistente en la aristocracia, y el fundador de la República se encontró muy luego en la misma

---

191 Ramón Freire Serrano nació en Santiago el 29 de noviembre de 1887. En su niñez viajó a Concepción y aprendió comercio; trabajó para una compañía comercial por lo que viajó mucho al Callao y Lima. El estallido de los movimientos juntitas lo dejó sin trabajo. En 1811 ingresó como cadete a los Dragones de la Frontera en Concepción, por lo que tuvo su "bautismo de fuego" en las primeras batallas por la independencia subordinado a Carrera y O'Higgins; ocho años después era Comandante General de la Frontera. Después de 1818 encabezó las batallas de la "Guerra a muerte" contra las montoneras del realista Benavides formadas por españoles y mapuches, lo que le valió el mando de la provincia de Concepción. BARROS ARANA, 1913, OC. X, págs. 47-102.

situación que Carrasco en 1810, y destituido además del prestigio religioso que había rodeado al representante del Rey[192].

Ante una "asamblea de notables" que pidió su renuncia, O'Higgins abdicó en enero de 1823 y el militar sublevado asumió el título de Director Supremo y el mando de la nación.

1.3.1.- La formación de la política: ideas, partidos y "ensayos" constitucionales

El derrocamiento de O'Higgins abrió paso a un proceso político organizativo en dos direcciones; primero, hacia la promulgación de una constitución que regularizara la vida política del país, después de la guerra. y una vez que las posibilidades de reconquista se disipaban rápidamente; y, segundo, a la formación de los primeros grupos políticos "modernos".

La constitución, jurada el 29 de diciembre de 1823, fue redactada nuevamente por Juan Egaña y se le conoció como la "constitución moralista" (por la insistencia de su creador en las reglas que debían seguir los ciudadanos para formarse en la virtud cívica y patriótica). Se caracterizaba por la centralización administrativa, la debilidad del Ejecutivo frente a un Senado de "raigambre aristocrática y la supervigilancia de las costumbres por la autoridad en medio de un confuso conjunto de prescripciones reglamentarias y de asambleas y consejos que habrían de funcionar automáticamente"; además, su redactor se había cuidado de introducir una serie de restricciones al sufragio y establecía la censura previa a la imprenta[193]. En cuanto a la enseñanza, establecía que era uno de los primeros deberes del Estado sobre el cual tenía responsabilidad económica, equiparándola a la defensa y la administración. Entre los historiadores liberales no hay consenso respecto del procedimiento que aprobó la carta[194].

---

192 EDWARDS, 1945, pág. 43.

193 "Egaña –señala Donoso-, era el tipo de ideólogo que tenía una fe ciega en la virtud de las leyes escritas. Católico exaltado y convencido, su tendencia conservadora se inspiraba en el propósito de proteger la fe y las costumbres tradicionales por medios que resultaba a la vez inquisitoriales e infantiles, y se esforzaba por rodear el ejercicio del sufragio popular de artificiosas precauciones". DONOSO, 1945, pág. 67. También en: ERRÁZURIZ, 1935, pág. 29.

194 Donoso refiere que esta constitución fue sancionada gracias a la enorme estatura intelectual de su autor "lo que hizo que el Congreso aprobara casi sin discutirlo el

Pero la "constitución moralista" tuvo una vida más corta que el tiempo que llevó su redacción y aprobación. Freire presionó para que se la derogara, argumentando "la nulidad en que se hallaba constituido el Poder Ejecutivo a causa de las restringidas facultades, que no le permitían obrar con la fuerza y actividad que le es inherente por su naturaleza y que reclamaba la salud pública en medio de circunstancias difíciles"[195]. Para apoyar su desaprobación, renunció al mando apoyado por una poblada que pedía que asumiera el poder absoluto. El Senado cedió y el sureño general Freire se convirtió en gobernador de facto.

Investido del poder absoluto, las principales preocupaciones de Freire fueron terminar con el último bastión español en las sureñas islas de Chiloé y las montoneras que asolaban los campos del centro y socorrer las exiguas arcas fiscales. Para ello emprendió varias campañas militares; separó de su diócesis al obispo realista José Santiago Rodríguez, y nombró en su lugar al reformador José Ignacio Cienfuegos, confiscó los bienes de la Iglesia, cerró los conventos que tuvieran menos de ocho profesos y prohibió más de una casa conventual por ciudad[196].

Hemos dicho que durante esta época se formaron los primeros partidos "modernos", en el sentido de que sus denominaciones estaban determinadas por la adscripción, aunque vaga y genérica en un principio, más a las ideas liberales y las conservadoras y menos a los intereses de clanes familiares. De ellos los principales fueron respectivamente los "pipiolos" y los "pelucones"[197]. Edwards sostiene que se denominaron genéricamente "liberales" a todos los que

---

proyecto de constitución elaborado por él". Errázuriz, en cambio, sostiene que la comisión que la redactó "abrió sus puertas al resto de los diputados y a buen número de ciudadanos distinguidos por las luces"; éstos, plantearon objeciones y la devolvieron hasta que la comisión elaboró una nueva redacción que fue aceptada por el ampliado. DONOSO, 1947, pág. 67. ERRÁZURIZ, 1935, págs. 30 y 31.

195 ERRÁZURIZ, 1935, pág. 43.

196 ERRÁZURIZ, 1935, págs. 49 y 50. Estas reformas, sobre todo las que suprimían los "conventillos" –como se llamó en el lenguaje de la época a los conventos pequeños-, no eran fruto de las veleidades de Freire, sino de la política ilustrada de las reformas borbónicas que hemos hecho alusión anteriormente. Véase: RODRÍGUEZ CASADOS, 1951, pág. 95.

197 El mote de "pipiolos" fue atribuido a quienes planteaban ideas democráticas y utópicas, su acepción más cercana es "desordenado"; mientras que los "pelucones"

se habían concertado para derrocar a O'Higgins, aunque muchos de ellos después fundaron el conservadurismo, y que el término fue importado desde Argentina por el carrerino Manuel José Gandarillas. Mientras que los conservadores tomaron su nombre del Senado Conservador que fijaba la Constitución de 1823 y que pasaron a la oposición cuando ésta fue derogada y el General Freire asumió el poder absoluto[198]. En el Congreso de 1824 los pipiolos, que formaban parte del gobierno del general Freire, estaban representados por Gandarillas, Bernardo Vera, Campino y los coroneles Borgoño y Prieto; entre los pelucones, es decir la oposición, estaban Juan Egaña, Argomedo, Fontecilla, Iñiguez y Palacios; éstos eran partidarios de mantener la Constitución de 1823 o de "una quimérica restauración o'higginista"[199].

Existían otros grupos como los "federalistas" (también liberales), denominados así por impulsar la organización federal del país, y consecuentemente, oponerse a la constitución de 1823, pero que además querían regularizar un régimen constitucional (lo cual los alejaba de un apoyo irrestricto a Freire); ganaron paulatinamente la mayoría en el Congreso y durante 1826 impulsaron la promulgación de las Leyes Federales. Su principal ideólogo y líder político fue José Miguel Infante (integrante de la segunda Junta organizada por Carrera), quien después fundó el periódico *El valdiviano federal*, para defender su proyecto. Formaban en este grupo, además, un ciudadano de apellido Fernández y nuestro conocido fraile Camilo Henríquez[200].

Otro de estos "partidos", los "estanqueros", era un grupo político constituido en torno a los negocios del Estado, donde reconocieron filas personajes fundamentalmente conservadores y partidarios del autoritarismo. El grupo era liderado por el comerciante y aristócrata Diego Portales y adquirió ese nombre después de que su líder liquidara la concesión del estanco del tabaco que había adquirido de manos del gobierno de Freire[201]. Esta empresa fracasó

---

fueron denominados así en alusión a las pelucas blancas que usaban los congresistas y que significaban el mantenimiento de las tradiciones y las costumbres.

198 EDWARDS, [1903], 1974, pág. 24.

199 ERRÁZURIZ, 1935, pág. 55.

200 Ibid. José Miguel Infante Rojas (1778-1844) era procurador de la ciudad de Santiago en 1810 cuando estalló el movimiento juntista; siguió después como Ministro de la Corte de Apelaciones (1823-1831) periodista y parlamentario. BRAVO LIRA, 1994, pág. XLV (ilustraciones).

201 El estanco del tabaco en: ERRÁZURIZ, 1935, págs, 52-54.

estrepitosamente y éste para que no disminuyera su prestigio social y su pertenencia a una familia aristocrática no se viera manchada, saltó a la política. Las otras filiaciones estaban conformadas por "o'higginistas" y "carrerinos" porque seguían los liderazgos carismáticos de los caudillos independentistas[202].

Una nota aparte merece la influencia de la carta de Cádiz de 1812 en el proceso constitucionalista chileno. Esta influencia no llegó de manera directa a Chile sino hasta 1828; la guerra que los realistas impulsaban desde el virreinato del Perú y el extremo aislamiento del país influyeron para que ninguno de los próceres independentistas chilenos, ni los letrados y expertos en legislación, fuera diputado en las Cortes de Cádiz. Sólo el liberal español José Joaquín de Mora, que fue contratado por el gobierno para apoyar el proceso de organización de la educación, introdujo la influencia del "gaditanismo" cuando se le encargó la redacción de la constitución de 1828. Esta fue la primera carta que alcanzó una madurez legal mínima y la aceptación del grupo político mayoritario compuesto por pipiolos y federalistas. Sin embargo, el período 1823-1830, que los historiadores conservadores bautizaron como "anarquía", fue en Chile considerablemente más corto y menos convulsionado que el que vivieron el resto de los países americanos recién independizados y este aspecto es de crucial importancia para el desarrollo cultural y político posterior.

Es un tema común entre los investigadores, establecer los límites dentro de los cuales se desarrolló la llegada de las ideas liberales a América Latina en general, y a Chile en particular. Pese a esto, aún falta determinar las características más precisas en torno a las cuales se produjo esta recepción. Subercaseaux, partiendo de las mismas premisas tradicionales que establecen que estas ideas llegaron durante el inicio del proceso independentista, ha enfatizado que mientras en la Europa pos Revolución Industrial se desarrollaban las "revoluciones liberales" de 1830, en Chile no puede pensarse que éstas estuvieran sostenidas por grupos sociales o fundadas en fenómenos económicos, pues constituían "una visión en pugna con el sistema de valores imperante". Esto porque:

En Chile, en cambio, las ideas liberales no expresan la situación histórica del país. En lugar de revolución Industrial, predominaban sin contrapeso la aristocracia del valle central, y el clero. Mientras en Inglaterra se producía algodón para mercados lejanos, en Santiago, apenas existían algunas industrias caseras. En la década de 1820, a excepción de Valparaíso (que

---

202 ECHAIZ, 1971, págs. 3-20.

debido a la ida y venida de barcos tenía un comercio incipiente), en el resto del país se vivía un ambiente casi rural[203].

Si bien estos son aspectos a considerar en la historia intelectual, hay que distinguir el liberalismo económico del liberalismo político. Este desfase entre las ideas y la realidad, entre la ideología liberal y la realidad económica y social, hizo que el liberalismo chileno se estableciera como un proyecto que se difundió fundamentalmente a través de la propaganda periodística y la literatura. Esto se vio reforzado por la creencia imperante, heredera de la ilustración, de que las ideas eran el motor del progreso y que la educación era el vehículo predominante para la propagación de la ideología liberal y el cambio social. Pero esta fue la característica no sólo del liberalismo chileno sino de todo el movimiento liberal latinoamericano. Siguiendo esta misma lógica, también se puede entender la permanente radicalización del liberalismo local, que ocurrió cada vez que una parte de los que lo sostenían, inmersos en una sociedad con valores y estructura tradicionales, transaba o negociaba con el conservadurismo o amalgamaba sus proyectos con otros menos radicales. Lo fundamental es que durante este proceso las distintas fracciones de la aristocracia buscaron el protagonismo político para dirigir al país; para ello intentaron desplazar a los militares, o trataron de cooptarlos cuando pudieron:

Los militares –dice Edwards- cedían con gusto a los togados el cargo de legislar y de dictar constituciones, reservándose naturalmente el derecho a atropellarlas por la fuerza cuando les viniera en voluntad. Sólo el amable y liberal (?) don Ramón Freire disolvió más congresos que años estuvo en el poder[204].

Así tres fueron las fuerzas que protagonizaron la lucha política en esta etapa: los militares que buscaban asegurar la independencia del país, los "togados" o intelectuales, buscaban darle un orden constitucional y legislativo moderno, y las distintas fracciones de la aristocracia trataban de que este orden fuese adecuado a sus intereses: unos buscaban un orden republicano que le permitiera conservar sus privilegios y títulos nobiliarios y otros llevar a cabo una modernización desde el Estado.

---

203 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 21.

204 EDWARDS. [1903] 1976, pág. 23. (Interrogación en el original) Lo que nuestro autor olvida inexplicablemente en esta crítica es que la facultad de disolución que el presidente de la República tenía sobre el Congreso fue sancionada con rango constitucional por la carta de 1833, obra de los conservadores o pelucones y no de los liberales o pipiolos.

Podemos establecer dos elementos característicos de este proceso ideológico y político que cierra estos primeros años de vida republicana: la introducción de las ideas liberales en Chile y en América Latina, que no se correspondía con el desarrollo de sociedades divididas en castas y económica y culturalmente tradicionalistas; y la marcada utopía política de la época: la creencia de que bastaba transformar la Constitución política y las leyes para que también se transformara la realidad social. Esta creencia iluminista unía tanto a liberales como a algunos conservadores modernizantes, desde el abogado conservador Juan Egaña, quien redactó la Constitución "moralista" de 1823, hasta el "federalista" Infante que hizo lo mismo con las leyes de 1826.

Esto último revela una característica constante del desarrollo de las ideas políticas en Chile, que lo diferencia claramente del resto de los países latinoamericanos: la marcada ideologización con que se han desarrollado históricamente los procesos sociales, políticos y culturales, es decir, la preponderancia que adquirieron las ideas por sobre las facciones e incluso por sobre la gravitación de las poderosas familias aristocráticas. Ahora el factor político e ideológico entró para romper, en parte, el proceso anterior (1810-1823) de formación de grupos políticos en torno a clanes familiares.

Todo esto se ve reflejado en la hipótesis que expusimos al principio: la pequeña dimensión de la elite y del país, la ligazón familiar de todos los protagonistas y la forma cómo se estructuraron los conflictos hizo que éstos se canalizaran fundamentalmente a través de la política y la cultura.

1.4.- Desarrollo educacional durante los gobiernos pipiolos: intelectuales extranjeros e ideas liberales

Desde la segunda mitad del siglo XIX tanto los historiadores conservadores como los liberales, chilenos y extranjeros, han coincidido en admitir el ambiente de anarquía y desorden político que precedieron a la salida de O'Higgins del poder y que caracterizó la etapa 1823-1830[205]. Centrados en los fenómenos políticos, ninguno de ellos ha reparado en que la mayoría de las transformaciones educacionales y culturales se ensayaron y gestaron durante esta corta y convulsionada etapa.

---

[205] Por nombrar sólo a los principales, en el primer grupo destacan los trabajos de A. EDWARDS (1903 y 1935) y M. GÓNGORA, (1990); entre los liberales a J. V. LASTARRIA (1968) y R. DONOSO (1946), y entre los extranjeros a S. COLLIER.

La salida de O'Higgins coincidió con iniciativas destinadas a cultivar la ciencia como una política de Estado. El 10 de diciembre de 1823 un decreto del gobierno creó en el Instituto Nacional la Academia Chilena. La dependencia, de la cual la historiografía no ha entregado muchos antecedentes, fue impulsada por el ministro de gobierno de Freire, el abogado Mariano Egaña; y según Julio Heisse seguía el modelo de la universidad napoleónica. Esta era una "corporación científica" que constaría de tres secciones: una de ciencias morales y políticas, otra de ciencias físicas y matemáticas y una tercera de literatura y artes. El Director Supremo, en su carácter de protector de la Academia, nombró miembros de ella a todos los personajes nacionales y extranjeros que manifestaban alguna inclinación intelectual. La iniciativa implementada fundamentalmente por la influencia de Egaña en el gobierno, comprendía el apoyo del Estado, pero no logró mayores resultados, tal vez tanto por lo indefinido de su proyecto como porque casi nunca logró reunir a sus miembros en sesiones de trabajo; la corporación falleció de muerte natural[206].

Esta efímera iniciativa dejó en evidencia algo que era normal para la época: alejada la guerra de las preocupaciones inmediatas, había que enfrentar la formación educacional, pero había una escasa capa intelectual en Chile, una débil masa crítica incapaz de impulsar las transformaciones educacionales que requería la joven nación y de enfrentar la formación del Estado. Por esta razón los gobiernos pipiolos, tanto en la presidencia de los generales Ramón Freire (1823-1826), como en la de Francisco Antonio Pinto (1827-1829), inauguraron una práctica que se haría común a todos los mandatarios hasta la década de 1850: la contratación de profesores y científicos extranjeros. Muchos de éstos eran liberales que llegaron escapando de la represión de los grupos monárquicos que propugnaban la restauración en los países europeos o eran patriotas nacionalistas en países donde los imperios afectaban a las naciones más débiles. El objetivo era suplir la falencia que los científicos e intelectuales chilenos tenían para implementar los objetivos fundamentales del gobierno que eran los mismos del proyecto ilustrado; es decir, conocer

[...] la historia natural del país y de formar su estadística, señalando los ríos navegables, los lugares convenientes para el establecimiento de fábricas, los puertos, canales y caminos, que deberían abrirse para facilitar el comercio, los medios de fomentar la agricultura y los terrenos adaptables para el cultivo de las primeras materias de la industria; [...][207].

---

206 GAY, 1840–1870 ; VII, pág. 172. LASTARRIA, 1968, pág. 23. BARROS ARANA, 1913, pág. 321. HEISSE, 1953, pág. 14.

207 LASTARRIA, 1968, pág. 26.

Los contactos para la captación de intelectuales europeos fueron realizados por los encargados diplomáticos que en ese momento se encontraban en el viejo continente. Éstos eran parte de la ofensiva negociadora que intentaba neutralizar la acción de la Santa Alianza, lograr el reconocimiento de la Independencia de la joven nación, al tiempo que intentaban frenar los intentos reconquistadores de España. A su vez, para los enviados chilenos la estada en Europa fue una escuela política de enorme importancia donde, por lo general, más que cambiar profundamente sus nociones iniciales, consolidaron esas primeras inclinaciones políticas e ideológicas. Por ejemplo, el abogado constitucionalista Mariano Egaña viajó a Europa como representante de Freire en mayo de 1824 y allá permaneció hasta 1829[208]. En Inglaterra amplió sus conocimientos políticos y pudo presenciar el funcionamiento de las instituciones del Estado en una monarquía constitucional. Producto de su experiencia, consolidó un pensamiento político conservador moderado, una valoración por el orden en la formación ciudadana, pero a la vez una firme idea de la necesidad de impulsar la modernización del país y la sociedad a través de un Estado fuerte que impulsara la educación y el desarrollo de la ciencia. Estas ideas se pueden examinar a través de la correspondencia con su padre escrita especialmente entre 1826 y 1827 en la que ambos se oponían al federalismo y comentaban los "errores" de los gobiernos pipiolos[209].

En Londres Egaña contactó al naturalista francés Claudio Gay, quien llegó a Chile a fines de 1828. En el mismo contexto político, Manuel de Salas, contrató al venezolano Andrés Bello para que fuese a Chile a aportar sus conocimientos en el plano educacional. Esta contratación fue quizá la acción más conocida de ese gobierno, y la de más consecuencias, pero existen otras. La "importación" se extendió a intelectuales liberales españoles como el

---

[208] Mariano Egaña Fabres (1793-1846) era hijo de Juan y en gran medida continuador de la obra de su progenitor. Fiscal de la Corte Suprema (1823-1846) y diplomático bajo los gobiernos pipiolos. Barros Arana nos ha dejado una caracterización: "Educado bajo el régimen antiguo, y bajo la influencia y el prestigio de su padre, el célebre doctor don Juan Egaña, era don Mariano por su talento y por los conocimientos que llegó a adquirir en la lectura, una rara amalgama de ideas viejas y preocupaciones de otra edad y de las luces que el espíritu revolucionario intentaba propagar. Desde que tuvo injerencia en el gobierno, se empeñó en la fundación de escuelas; y como el Estado no tuviera recursos, Egaña imponía a cada convento la obligación de crear y sostener una". BARROS ARANA, 1913, O.C., vol. X, pág. 320-321.

[209] DONOSO, 1947, págs. 70-71.

matemático Andrés Gorbea, el médico cirujano José Passamán y el literato José Joaquín de Mora[210]. Además arribaron a Chile, por distintas vías, los franceses Juan José Dauxion Lavaysse, José Alberto Backer D'Albe, Ambrosio Liozier y Pedro Chapuis.

El intelectual más importante para el liberalismo, José Joaquín de Mora, fue traído a Chile en esa época. Era seguidor de las ideas de Blanco White, había escrito los catecismos de geografía, gramática castellana y latina de la Casa Ackermann y tradujo a sir Walter Scott, lo que lo convirtió en uno de los introductores del romanticismo en Chile y Argentina (donde se había puesto al servicio del gobierno de Rivadavia)[211]. Mora fue uno de los "importados" más influyentes durante el corto tiempo que desarrolló sus actividades educacionales en Chile; al otro día de su arribo al país fue nombrado Oficial Auxiliar de un ministerio; dos meses después fundaba con Passamán *El Mercurio Chileno*, donde escribió artículos abogando por la expansión de la educación pública; a los siete meses de haber llegado participó en los debates y redacción de la Constitución de 1828. En reconocimiento de estos y otros aportes, el Gobierno y el Congreso le otorgaron la ciudadanía chilena. Su esposa fundó además el primer colegio femenino del país que tenía una característica novedosa que ella se encargó de enfatizar a los apoderados: "El régimen del establecimiento propenderá más a la blandura que al rigor, y el premio será más frecuente que el castigo. Es casi inútil advertir que en ningún caso y por ningún motivo se hará uso de penas corporales"[212].

Aparte de la redacción de la carta, la obra más importante de Mora en el país fue la creación del Liceo de Chile en 1929. Éste seguía los moldes de la época. Tenía una sección militarizada en la que un viejo sargento dirigía los ejercicios castrenses, mientras que las clases de baile estaban a cargo de un maestro francés; el aspecto religioso tampoco estaba ausente: los alumnos rezaban el rosario todas las noches, oían misa los días de guarda, los domingos

---

210 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 16 y 17.

211 José María Blanco y Crespo, más conocido como Joseph Blanco White, fue canónigo de la Catedral de Sevilla, pero se convirtió al anglicanismo; vivió en Londres desde principios de 1810. Allá cultivó buenas relaciones con Holland House, el club liberal más influyente de la época, y con círculos de gobierno. Bajo la protección de éstos, publicó el periódico *El Español* (1810-1814), cuya línea editorial era crítica de las Cortes españolas y proclive a cultivar una relación más abierta con las colonias. La biografía de Blanco White en: MURPHY, 1989.

212 AMUNÁTEGUI, 1888, pág. 135.

estudiaban el catecismo y pronunciaban oraciones que el propio Mora componía. El fundador además impartía las materias humanísticas por la mañana y por la tarde Gorbea hacia lo propio con las de tipo científico. Las clases de francés estaban a cargo de Juan Antonio Portes lo mismo que las de filosofía, en las que enseñaba mediante el texto de Pierre Laromiguicons, *Lecons de philosophie sur les principes de l'intelligence*, de 1815. Este autor postulaba que lo sensorial era el único criterio para reconocer la verdad o falsedad de las ideas, por lo tanto, los conocimientos que no provenían de los sentidos o de la experiencia no tenían validez[213].

La labor intelectual de Mora prohijó a una generación de jóvenes que después abrazaron el liberalismo. Además de las clases regulares, el español seleccionó a un grupo de alumnos de entre los más aventajados y por las noches les daba lecciones de filosofía y de liberalismo. En estas clases y con un aire de clandestinidad, distribuía algunos libros, entre los que destacaban los manuales de Ackermann, publicados en Londres, uno de los cuales contenía ideas de Rousseau, Bentham, Sain-Simon, Campomanes y Jovellanos[214]. Años más tarde, José Victorino Lastarria, uno de los alumnos más aventajados del Liceo, calificó la influencia de su maestro como "profunda y definitiva".

En este momento entra en escena un personaje que sería fundamental para la introducción del positivismo en Chile. Lastarria había nacido el 19 de marzo de 1817 en la ciudad de Rancagua, en el seno de un hogar católico, su padre era un comerciante de mediana fortuna, pero sus abuelos habían sido magistrados y profesores. En suma una familia de la numéricamente pequeña clase media intelectual y económicamente "venida a menos", elementos que definieron la ubicación social y política del joven. A los ocho años su familia lo envió a Santiago a la escuela del presbítero Francisco Puente. En 1827 ingresó de interno a estudiar gramática castellana y latina a Santiago y tres años después al Liceo de Chile donde conoció a Mora. Desaparecido el Liceo, en 1831 (a los 14 años) pasó al Instituto Nacional a estudiar filosofía con Ventura Marín y al año siguiente rindió exámenes de metafísica, lógica, moral e historia de la filosofía[215]. En el Instituto tuvo como condiscípulos a una serie de jóvenes que gravitarían en la vida cultural del siglo XIX, como José Joaquín Vallejo y Manuel Antonio Tocornal. Allí estudió leyes cuyo currículo estaba constituido por: derecho natural, filosofía,

---

213 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 27.

214 Rudolph Ackerman.

215 Ventura Marín (1806-1877), catedrático de filosofía del Instituto. BRAVO LIRA, 1994, pág. LV (Ilustraciones).

bellas letras, legislación universal, derecho romano e historia eclesiástica. Al año siguiente asistió a los cursos de gramática, literatura y derecho romano que dictaba Andrés Bello en su casa. El 5 de septiembre 1833 participó en la primera revuelta estudiantil antipelucona[216].

Con apenas 19 años de edad, Lastarria se graduó de Bachiller en Sagrados Cánones y Leyes, impartió clases de geografía en un Colegio regentado por el presbítero Romo y escribió su primer artículo periodístico para *El Araucano*.

1.4.1.- El Instituto Nacional durante la era pipiola

La importancia que los liberales chilenos otorgaban a la educación también influyó fuertemente en el Instituto durante los gobiernos de los generales pipiolos. Bajo el mandato de Freire se impulsó la organización de todos los ramos de la administración y en particular el de la educación. El Instituto Nacional recibió desde 1823 un presupuesto de 25.000 pesos anuales para que cumpliera sus funciones de regla general de la enseñanza pública y de modelo a todas las demás instituciones de instrucción que se debían crear. Desde que en 1819 O'Higgins lo restableciera, la rectoría fue entregada al católico ilustrado José Ignacio Cienfuegos (el negociador de 1813), ahora gobernador del obispado. Ese mismo año el gobierno dictó leyes y reglamentos donde se le definió como un centro universitario dividido en tres secciones: una de enseñanza científica, otra de instrucción industrial y una tercera compuesta por un museo de instrumentos para el estudio de las ciencia experimentales. Tanto por la presencia del eclesiástico, como por la influencia de Juan Egaña que lo colocó bajo la tutela religiosa, la institución guardaba los equilibrios entre le tradición colonial y la modernización patriótica, pero donde la cultura liberal encontró un espacio en el que desarrollarse.

Durante esta etapa hubo varios rectores en el Instituto. El liberal utopista francés Carlos Ambrosio Lozier llegó al Instituto en reemplazo de otro europeo, Dauxion Lavaysse, a quien se le había encargado un viaje científico para cumplir esos objetivos y levantar el mapa geográfico del país; pero pronto José Miguel Infante quien, pese a su perfil fundamentalmente intelectual, reemplazó brevemente a Freire, le encargó a Lozier la dirección del Instituto y la reforma de sus planes de estudio[217]. El 20 de febrero de 1826, el galo asumió la dirección. Su misión era sacarlo de "los dominios de la rutina peripatética y ensanchar su esfera de acción", comisión en la que impulsó una fuerte secularización tanto en la planta de profesores como en los planes de enseñanza. Para ello, implementó un curso obligatorio de ciencias matemáticas y físicas, incluso

---

216 MORAGA, 2006, cap. I.

217 LASTARRIA, 1968, pág. 27.

para quienes seguían estudios de leyes; además organizó, con profesores y alumnos destacados, una sociedad para estudiar y propagar los "métodos elementales de instrucción que no eran conocidos en el país", y así dar una base sólida a la reforma que le encargaron. Además, y como fruto de lo anterior, inició la publicación de *El redactor de la educación*, un periódico de 16 páginas formado por artículos sobre el tema, traducidos o copiados de otras publicaciones, y que alcanzó seis entregas. Pero la oposición "pelucona" fue tan grande que el francés renunció después que éstos alentaron a los alumnos a una sublevación contra el atrevido innovador, quien, fiel a sus principios, había relajado el estricto régimen disciplinario de la institución. Loizier ejerció como rector por dos años, entre 1825 y 1826; harto de las intrigas conservadoras, se retiró y se fue a vivir a la "frontera" (Concepción) para después radicarse entre los mapuches[218].

De todos modos su corto rectorado dejó una impronta indeleble: la influencia que había alcanzado el liberalismo era tal, que durante el mandato de su sucesor, el tradicionalista Francisco Meneses, a la sazón rector además de la Universidad de San Felipe, el liberal José Joaquín de Mora, gozó de más prestigio entre los estudiantes que el mismo rector[219]. Meneses, pese a encabezar una contrarreforma en los estudios, no pudo impedir que a partir de 1827 los cursos de latín los dictara en español Pedro Fernández Garfias; además, José Miguel Varas y Ventura Marín comenzaran a enseñar, también en español, materias de "filosofía experimental";

---

218 AMUNÁTEGUI SOLAR, 1889, pág. 358.

219 El canónigo Juan Francisco Meneses, (Santiago 1785-1860), de quien ya hemos dado referencias. Estudió en el Convictorio Carolino y la Universidad y se graduó de doctor en Cánones y Leyes en 1801. Profesor de la Universidad al año siguiente, Secretario del último gobernador colonial García Carrasco y representante del ala más tradicionalista del peluconismo, fue contrario a la Independencia y secundó como secretario al gobernador español Marcó del Pont durante la Reconquista. Declarada la Independencia huyó a Lima desde donde pidió perdón a O'Higgins. Absuelto, en 1824 se le nombró rector del Instituto Nacional. Renunció a éste bajo el gobierno de Pinto y pasó a dirigir el Colegio de Santiago. Cuando triunfó el peluconismo fue Ministro del Interior y luego de Hacienda. Fue electo rector de la Universidad de San Felipe por el claustro el 30 de abril de 1830, cargo que desempeñó hasta su cierre. Fue secretario de la Comisión de reforma a la Constitución de 1828. En 1843 fue vicario capitular cuando el arzobispo Valdivieso ascendió a la diócesis. DONOSO, 1945, págs. 133-135.

asimismo Manuel Camilo Vial dictó cursos de "derecho natural y de gentes" y Andrés Gorbea reemplazó al desfenestrado Lozier en la enseñanza de matemáticas puras y físicas. En 1831 en la Biblioteca del Instituto se encontraban obras de Bentham, Lamennais, Destutt de Tracy y Feijoó y era el refugio de profesores como el mismo Marín, que participó activamente en el movimiento liberal de 1828[220].

Pese a la contraofensiva pelucona, el cambio en la institución educativa marcó el inicio de una polarización política. Hombres como Juan Egaña, que había sido un reformista moderado desde la instalación de la Primera Junta, comenzaron a virar políticamente hacia el peluconismo reclamando contra el "materialismo" de la enseñanza de Destutt de Tracy que Lozier enseñaba[221]. Así, pese a la oposición tradicionalista que ganaba pequeñas batallas y conspiraba contra la hegemonía pipiola, el débil espacio cultural liberal continuó ampliándose de la mano del gobierno. El presidente Pinto, lejos de hacerse eco de las intrigas y pese a los sabotajes pelucones, no dudaba en nombrar representantes de ideas conservadoras en puestos de gobierno, como el caso de Mariano Egaña en Londres, y mantuvo al catolicismo como ideología rectora de la educación que se impulsaba desde el Estado.

1.5.- La derrota política y militar del liberalismo

Después de aprobada la Constitución de 1828, que garantizaría el desarrollo de instituciones y la formación del Estado, el gobierno liberal intentó avanzar en la normalización política. En marzo de 1829 el ejecutivo fijó las calificaciones y las inscripciones de los ciudadanos de las elecciones que ya estaban atrasadas debido al creciente clima de confrontación política. En este fue fundamental la acción de Diego Portales en la organización

---

220 Destutt de Tracy, Antoine Louis Claude (conde). (1754-1836) Nació en París y estudió en Estrasburgo. Fue miembro de los Estados Generales e intervino en la política en el bando de los reformistas. Influido por Locke y Condillac elaboró la doctrina llamada "ideología" que tiene por objeto el análisis de las ideas con el fin de descubrir las sensaciones en que se basan, lo que siempre debe tener una base experimental. Así la ideología tiene un fundamento fisiológico por cuanto las sensaciones básicas son corporales. Su obra capital es *Elementos de ideología* que escribió entre 1801 y 1819. FERRATER MORA, 1994, I, págs. 842-843.

221 Las realizaciones de Lozier en: LASTARRIA, 1968, págs. 27-29. Las obras de la biblioteca en: AMUNÁTEGUI SOLAR, 1889, pág. XIII. La alusión al materialismo en: GÓNGORA, 1963, pág. 48.

de intrigas, sabotajes y conspiraciones de los pelucones. La polarización política creció a través de la prensa, representante de los diferentes partidos[222]. Las elecciones se desarrollaron en este marco de confusión política, y el presidente Pinto resultó el más votado aunque debió ser ratificado por el Congreso, dominado por los liberales; este organismo se reunió en Valparaíso en septiembre de 1829 y aprobó la elección. Pero la designación del vicepresidente se transformó en la piedra de tope: el legislativo nombró al coronel Joaquín Vicuña, la cuarta mayoría pasando por encima de Francisco Ruiz Tagle (100 votos) y José Joaquín Prieto (61 votos). Era el pretexto esperado por los conservadores (o'higginistas, pelucones y estanqueros) que se unieron y acusaron al Congreso de proceder "inconstitucionalmente" en la designación de Vicuña[223].

Se abrió un período de confusión política, de enfrentamientos militares y de sucesión de gobiernos que desembocó en un conflicto civil. La guerra volvió por sus fueros, los conservadores derrotaron a los liberales en la batalla por quién definiría la formación del Estado. El enfrentamiento final se produjo el 17 de abril de 1830 entre los ejércitos comandados por el ex director supremo Ramón Freire y José Joaquín Prieto que comandó el ejército de Concepción[224].

Los historiadores conservadores han caracterizado al régimen político surgido después de la guerra como una "restauración colonial" o, más extremo aún, como un absolutismo ilustrado que experimentó "una línea ascensional, apenas interrumpida por la independencia"[225]. Razones no les faltan, la guerra civil estalló, además, por la defensa del mantenimiento de los

---

222 La violencia y agresividad del debate político se reflejó en una serie de periódicos con nombres curiosos como *La Clave*, *El Sufragante*, *Verdadero Liberal*, *El Vengador*, *La Lei*, *La Justicia* y *El Céfiro de Chile*. LOVEMAN Y LIRA, 1999, pág. 115.

223 La letra de la Constitución no especificaba la obligatoriedad de elegir a la segunda mayoría en la vicepresidencia, por lo tanto el Congreso, de mayoría liberal, eligió entre 19 postulantes al que le resultó más idóneo. LOVEMAN Y LIRA, 1999, pág. 117; véase además: CRUZ Y WHIPPLE, 1997, pág. 257.

224 LOVEMAN Y LIRA, 1999, pág. 117-119.

225 Abundan en esta tesis los argumentos de EDWARDS, 1935; ENCINA, 1911; EYZAGUIRRE; 1960; GÓNGORA, 1987 y VIAL, 2001; una revisión como una continuidad del despotismo ilustrado: BRAVO LIRA, 1994.

mayorazgos y títulos de Castilla que los reformadores liberales, desde al ascenso de O'Higgins, intentaron suprimir infructuosamente[226]. El historiador liberal Ricardo Donoso ha caracterizado con estas palabras la base social del grupo que subió al poder:

El gobierno que surgió de la contienda civil no fue a buscar su fuerza en la espada de los caudillos ni en el prestigio de los tribunos, sino en la estructura misma de la sociedad, cimiento el más sólido para las construcciones políticas. Este cimiento iba a ser el de una aristocracia conservadora terrateniente y tradicionalista, resuelta a asumir la dirección de la República y a imponerse por todos los medios a cuantos se enfrentaran a sus propósitos[227].

Con esto también triunfó no sólo el tradicionalismo sino también una nueva forma de hacer política y practicar el poder. Gran parte de la derrota del liberalismo durante este período se debió a la actitud pragmática con que operó el grupo conservador más modernizante, el más legítimo heredero del despotismo ilustrado, que se alió a los tradicionalistas. Los primeros querían orden y respeto a la autoridad para impulsar la formación de la nación y la reforma paulatina de la sociedad; los segundos, defender sus privilegios sociales y el *statu quo* colonial. Era, podemos verlo, un "matrimonio por conveniencia" y, por definición, "mal avenido". Este pragmatismo se impuso a la excesiva ideologización característica de los intelectuales de la época, común a todos los letrados liberales y conservadores, (recuérdese a Juan Egaña en la redacción de la Constitución "moralista"). Mientras los intelectuales pipiolos, influidos por las vertientes más radicales de la ilustración e inspirados en el sainsimonismo, trataban de crear leyes para reformar la sociedad, los pelucones, intentando conservar las estructuras sociales y políticas, abandonaron los debates ideológicos y la confianza en la capacidad transformadora de las leyes y valoraron el autoritarismo que el poder militar les permitía ejercer sin debate alguno. La guerra retornó a la larga y angosta faja de tierra y nuevamente la cultura retrocedió.

La guerra civil y la derrota de las fuerzas liberales en 1830 fueron, para la elite aristocrática y oligárquica chilena, ocasión de ensayar una de sus más hábiles cualidades y de

---

226 De toda la historiografía política chilena sólo Ricardo Donoso ha hecho hincapié en la importancia que tuvo la lucha por la abolición de los mayorazgos, pues dedicó un capítulo completo a examinar lo crucial del tema y su gravitación en la reacción pelucona posterior, con lo cual refleja, de pasada, el peso de la aristocracia de la época y la importancia de las ideas conservadoras en el desarrollo político posterior. Véase. DONOSO, 1947, págs. 115-173.

227 DONOSO, 1947, pág. 98.

legitimar una conducta histórica. Cada vez que encontró que sus privilegios o los símbolos de su poder social eran puestos en peligro por nuevos grupos políticos, recurrió al gobierno para prestar su apoyo a la represión. Pero en los momentos en que estos no corrían peligro, no dudó en buscar mecanismos de conciliación e incluso integrar no sólo a la administración del Estado, sino también a su grupo social, a los que venían "de abajo" pero cuyas capacidades intelectuales y políticas podían servir a sus propósitos[228]. Lo primero es explicable porque siempre las filas de los opositores estaban constituidas por miembros de la elite; lo segundo, es que el grupo en el poder necesitaba renovar sus cuadros permanentemente; para ello practicó algo que venía ensayando desde el reinado de Carlos III: una especie de "meritocracia"; la única condición era que, los que habían estado fuera del juego político antes de 1830 demostraran: "la obediencia, la sumisión, la disciplina administrativa o política", es decir, que no se alteraran las condiciones de la "restauración colonial" o, más bien, la continuidad del despotismo ilustrado[229].

Con la derrota liberal se cerró el período abierto con la obtención de la Independencia, caracterizado por el intento de dar forma a una república, organizar sus instituciones, formar un sistema educacional republicano y lograr ciertas reformas sociales anticoloniales como la abolición de los mayorazgos y títulos nobiliarios, la abolición de la esclavitud y la reforma a la Iglesia.

Hemos desarrollado este capítulo para demostrar que, pese a lo pequeño y aislado del escenario donde se desarrolla esta trama, el amplio abanico ideológico, cultural e intelectual que se formó en Chile durante la primera mitad del XIX. En él están insinuados, o en ciernes, los conflictos que se desarrollarían en la segunda mitad pero los distintos grupos enfrentarían con más virulencia y asumiendo fundamentos más sólidos.

Si pasamos una somera revista a éstos, debemos decir que existía, en primer lugar, una cultura y un pensamiento católicos cuyas raíces se hunden en lo más profundo de la colonia; el catolicismo, o más bien la grey católica y la Iglesia, después de haber sido hegemónicos en la sociedad chilena, sufrieron un continuo acorralamiento, desplazamiento y sucesivos ataques de las distintas corrientes culturales que fueron surgiendo. Desde mediados del siglo XVIII el

---

228 BRAVO LIRA. "Los hombres del absolutismo ilustrado en Chile bajo el reinado de Carlos III", en: CAMPOS HARRIET, 1989, págs. 357-359.

229 Para las amnistías y los "perdones de Estado", véase: LOVEMAN Y LIRA. 1998, passim; para la capacidad de integración demostrada por la elite aristocrática EDWARDS, 1945, pág. 65.

pensamiento ilustrado se fue colando en la sociedad, pese a todos los tamices que le fueron impuestos o que ya existían, sobre el aislamiento geográfico y cultural, el control real y la ilustración católica. El pensamiento ilustrado llegó a una pequeña elite pero fue suficiente para dividirla de manera irreversible, e incluso a la Iglesia, entre el tradicionalismo y el reformismo católico ilustrado.

Luego, junto con los primeros conflictos de la independencia, surgieron los rudimentos del pensamiento liberal que tempranamente desarrolló la prensa (*La aurora de Chile* y *El monitor Araucano*) e instituciones educacionales destinadas –en el lenguaje de la época- a "la ilustración del pueblo"; estas últimas perdurarían pese a la guerra y la Reconquista y se transformarían en las bases culturales y científicas de la formación de la nación. Después de estos primeros años (1810-1813), era evidente que la elite local había sufrido de manera irreversible un quiebre en su monolítica unidad, esta división abarcó también a la Iglesia y, por extensión de ambas, a la sociedad en su conjunto.

Consolidada la Independencia, se consolidó también esa división ideológica. En ese breve lapso que va entre la entrada del ejército patriota al mando de O'Higgins y San Martín para expulsar a las tropas realistas, en 1817, y la batalla de Lircay, en 1830, se estructuraron las dos poderosas fuerzas políticas que formarían el sistema de partidos del siglo XIX, el liberalismo y el conservadurismo. La gran interrogante que se abría era si después de la victoria de los segundos en la batalla por la hegemonía de la sociedad y la construcción de la nación, a través de la construcción del Estado, consolidada tres años después con una nueva Constitución ¿se podría eliminar al contrario?.

Al interior de ambas fuerzas: conservadores y liberales, reformadores y tradicionalistas había divisiones. Entre los conservadores había modernistas, que, más genuinamente formados en las ideas del despotismo ilustrado, compartieron el poder del Estado con aquellos que formados bajo el pensamiento católico tradicional, barroco y escolástico, representaban las rémoras del colonialismo; ambas tendencias culturales y políticas coexistieron en el grupo en el poder, aunque esta cohabitación no estuvo exenta de problemas y de grietas por donde se siguieron colando las ideas modernas y liberales.

Entre los liberales también había matices. Desde temprano se conformó una división entre aquellos que pragmáticamente optaban por asumir las derrotas y buscaban entrar al sistema y al Estado, transando con los vencedores, y aquellos que, partiendo de posturas más principistas y en algunos casos utópicas, rechazaban cualquier alianza y optaban por la lucha y la formación de proyectos nuevos de sociedad. ¿Cómo se estructurarían las luchas políticas a partir de entonces?, ¿qué papel jugarían esta fuerzas en la lucha por la hegemonía política?,

¿cuál sería el papel del conocimiento, la ciencia y la cultura en este marco tan estrecho de relaciones políticas?, ¿cómo se articularía a partir de entonces la dialéctica de la guerra y de la cultura?

CAPÍTULO SEGUNDO
ESTADO DESPÓTICO-REPUBLICANO, LUCHA POLÍTICA Y CULTURAL DEL LIBERALISMO, 1830-1860

2.1- La formación del Estado despótico republicano y la Constitución de 1833

El carácter de "restauración colonial" con que en general se ha caracterizado al sistema instalado a partir de 1830 es un tema polémico para la historiografía liberal. La forma a la que llegó el dominio pelucón ha sido caracterizada como "portaliana" y ha hecho correr ríos de tinta a historiadores y politólogos. Esto por la influencia de Diego Portales en la formación del Estado chileno[230]. Personaje de pocas y nada elaboradas ideas políticas, de hecho no existe ningún texto que haya escrito el ministro en el que exprese sus ideas acerca del Estado, la

[230] Diego Portales Palazuelos (1793-1837) era descendiente de una familia aristocrática; hijo de José Santiago Portales, contador de la Casa de Moneda bajo Carlos III y superintendente de ella bajo Carlos IV. El joven estudió en el Convictorio Carolino. No participó ni en las luchas por la Independencia, ni en el gobierno de O'Higgins. Durante el gobierno de Freire adquirió una concesión del Estado para el estanco del tabaco a cambio de pagar la deuda contraída con algunas casas de crédito inglesas, pero el negocio fracasó y para evitar el juicio de los pipiolos se involucró en las disputas políticas convirtiéndose en el más encarnizado enemigo del gobierno que le había otorgado beneficios económicos; pocos días antes del triunfo conservador en Lircay, asumió los ministerios del Interior y Guerra. Fue el más clásico expositor de la política conservadora, autoritaria y pragmática característica de los gobiernos pelucones donde "restauró la autoridad del poder, tal como la habían conocido los criollos en la época colonial". Una de las tantas caracterizaciones de su personalidad y actitudes políticas en: DONOSO, 1947, págs. 101-102.

organización de la nación, el orden político o algo que se le parezca[231]. Sus panegiristas y compiladores recogieron de sus cartas las pocas ideas que de ellas se pueden sacar, censurando púdicamente la gran cantidad de groserías e insultos con los que se refería tanto a sus enemigos políticos, como a la clase social en la que había nacido. Lo que más se ha rescatado son sus palabras dirigidas a su socio comercial en marzo de 1822, respecto a la trayectoria que debía seguir el Estado chileno (y los latinoamericanos) que han sido citadas innumerables veces:

La República es el sistema que hay que adoptar. ¿Pero sabe como yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el caminos del orden y las virtudes, cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso[232].

En el "pensamiento" de Portales (si se lo puede llamar así) los países latinoamericanos carecen de la "virtud republicana", que desde Montesquieu se afirmaba necesaria para la democracia; así ésta debe ser postergada mientras el gobierno era asumido por quienes sí podían entenderla y así salvaguardar el bien público. A esta formulación concreta de la política Alberto Edwards la llamó "Estado portaliano", y Mario Góngora, desde una concepción burkeana y spengleriana, hizo una revisión del concepto planteando que:

El Estado chileno en la época de la Independencia abarcaba en verdad todas las nociones peculiares del Estado tradicional europeo, pero expresadas en el lenguaje de la ilustración. Su finalidad esencial era lo que en las doctrinas clásicas se llamaba el "bien común", pero que en el lenguaje de los ilustrados se suele llamar "la felicidad" del pueblo. Comprendía por lo tanto todo "el buen gobierno" y administración, la legislación, la justicia, la educación nacional, la economía, la moralidad y la sanidad pública, etc. Incluían también el Estado nacional recién nacido el derecho de Patronato sobre la Iglesia, que le daba una amplia tuición

---

231 El mismo Edwards, el más decidido exaltador de la figura del ministro, tuvo dificultades para llenar cinco páginas de su libro de más de 300, cuando escribió el capítulo dedicado a "La ideología de don Diego Portales". EDWARDS, 1945, págs. 50-55.

232 CRUZ Y FELIÚ. 1937, vol I, pág. 177.

sobre todo lo temporal de ella, salvando solamente el núcleo de lo específicamente sacerdotal [...][233].

En síntesis el Estado portaliano fue formulado y construido a "imagen y semejanza" del autoritarismo borbónico, inspirado en el más puro despotismo ilustrado, que reemplazaba la acción ciudadana por el poder y el prestigio de la autoridad que sabe y por lo tanto manda, pero despojado de los aires regios de aquél, es decir, un "despotismo republicano". Lo sorprendente del caso chileno es cómo esta concepción operacional de la política, esta lógica pragmática, caló profundamente incluso en quienes la sufrieron en carne propia como los mismos políticos liberales[234].

Pero Edwards sostiene que para Portales el gobierno, aparte de fuerte y centralizador, debía ser impersonal y abstracto. Góngora se aleja de esta concepción basado en el maniqueísmo que el ministro expresaba en sus cartas (de la única fuente donde se pueden extraer su ideas) haciendo una tipología de los "buenos" y los "malos", es decir, los "hombres de orden, de juicio y que piensan" los pelucones, y "los forajidos, los lesos y bellacos", esto es, los pipiolos. Más allá de tratar de buscar profundidad en los dichos de Portales y de conceptualizar su acción política, lo que primó en el ministro, como en todos quienes accedieron al poder político del Estado, que no eran otros que los mismos aristócratas y terratenientes, fue una actitud pragmática respecto de quiénes debían detentar ese poder (sin compartirlo) y cómo lo debían administrar. Para esto construyeron ese "Estado":

Es una creación "moderna", nada semejante al mundo hispánico ni colonial, más bien centralizadora a la francesa, con toda la fragilidad de los Estados recién nacidos en el siglo XIX, sin ningún sentido sagrado como los reinos medievales. Con todo, ese régimen duró 60 años, rigió para dos o tres generaciones. En torno a esta idea matriz se formó, dice Isidoro Errázuriz, una "casta sacerdotal" que la custodiaba..."[235].

---

233 La concepción de Estado de Mario Góngora aparece en el prefacio del autor a la primera edición de 1981. La cita exacta en: GÓNGORA, 1986, págs. 39-41.

234 Más sorprendente aún es que los historiadores chilenos, en su mayoría, hayan seguido las formulaciones de Edwards y su revisionista Góngora y que llamen a eso "Estado".

235 GÓNGORA, 1986, pág. 48.

Lo anterior pese a que el mismo ministro desconfiaba profundamente de la honestidad política de su propia clase de origen. Portales dirigió el Ministerio del Interior (y otros, como Guerra y Marina y Justicia, Culto e Instrucción Pública, que asumió en períodos de crisis política) en 1830-1831 y en 1835-37 con mano de hierro. Hizo encarcelar y exiliar a sus opositores; para solucionar la delincuencia creó los presidios ambulantes: carros-jaula donde los prisioneros estaban a la luz pública y donde eran sometidos a trabajos forzados. Para detener el peligro de subversión del ejército y el militarismo formó las guardias cívicas, recreación de las milicias que había promovido los reyes borbones; pero éstas, al contrario de las anteriores, estaban compuestas fundamentalmente por artesanos y cumplían una doble función: detener al caudillismo uniformado y controlar a los propios trabajadores, únicos representantes del "mundo popular" con derecho a voto. Portales no formó ni una sola institución de carácter estatal, de hecho no creó ningún ministerio nuevo, el Gobierno siguió funcionando con los cuatro que ya existían desde O'Higgins e incluso desde el régimen borbónico: Interior, Hacienda, Guerra y Marina y Justicia y Culto al que se le agregó la rama de Instrucción Pública.

La única cualidad intelectual que se puede encontrar en el ministro es que supo asesorarse de hombres como Andrés Bello y Mariano Egaña, aunque rompía con la característica de los gobernadores de la época pues manifestaba explícitamente una profunda desconfianza hacia los ideólogos y los productos de éstos: la leyes que reformarían la sociedad; sostenía, por ejemplo, que por el bien del Estado y el orden, "la constitución es una señorita que hay que violar cuantas veces sea necesario".

La "revolución pelucona" promulgó la Constitución de 1833; obra, una vez más, del constitucionalista más experimentado, Mariano Egaña, y del intelectual extranjero que mejor se adecuó al país, Andrés Bello. Portales no participó en su redacción, pero fue un poder en las sombras que impuso su lógica pragmática y su prescindencia absoluta de las leyes en el momento de imponer la razón de Estado; por ello despreció las veces que quiso la letra de la carta que supuestamente había ayudado a redactar.

El ejecutivo, presidencialista y centralizador, estaba comandado por un "Jefe Supremo de la Nación" que, dotado de poderes absolutos, podía intervenir en el poder legislativo, el judicial, sobre los gobiernos provinciales y municipales, de manera que: "el Presidente de la República [era] el eje principal del sistema político". El Senado duraba 9 años y se renovaba por tercios; el sufragio era censitario y muy restringido y la Iglesia quedaba bajo el patronato del Estado[236]. El presidente, que ejercía cinco años en su mandato y podía ser elegido por otro

---

236 EDWARDS, [1903] 1976, págs. 35-36.

período, se transformó en un poder interventor de la elecciones, lo que garantizaba la "estabilidad" del grupo en el poder y su proyección casi indefinida. Gracias a los intendentes que gobernaban las provincias, el "primer elector" controlaba las elecciones locales y legislativas con lo que lograba también un congreso absolutamente gobiernista y se podía hacer reelegir para un nuevo período de cinco años; por esa razón a esta época se la ha llamado también de los "gobiernos decenales"[237]. La única prerrogativa importante que tenía el Congreso era su preponderancia sobre las "leyes periódicas", que consistían en la aprobación del presupuesto para el año siguiente, los impuestos y el número de efectivos de las fuerzas armadas. Los conservadores sellaron la victoria militar ganando la "batalla política".

¿Cuál fue el secreto del éxito de la Constitución de 1833 que tuvo la vigencia más larga en América Latina pues duró hasta 1925? Creemos que esto se debe a que la misma carta autorizaba al presidente a suspender las garantías individuales cuando la "seguridad del Estado" lo requiriera; entre 1833 y 1861 (cuando se inició la discusión de la primera reforma importante que derogó la reelección del presidente) los distintos gobiernos pelucones recurrieron frecuentemente a los poderes excepcionales de que estaba revestido el presidente que, ante cualquier amenaza del orden público, podía suspender las garantías individuales, declarar el estado de sitio y apresar, sin orden judicial previa, a los opositores políticos. Así se garantizó la permanencia de la carta por las primeras cuatro décadas. Sobre las restantes lo veremos en el desarrollo de este trabajo.

Pero la consolidación del Estado bajo una forma despótico-republicana se debe a razones más profundas. La formación de los nuevos hombres de Estado se hizo sobre el sistema educacional republicano que se instaló sobre el que había dejado el despotismo ilustrado. Además, la memoria histórica familiar de los nuevos administradores provenía de la época de Carlos III y Carlos IV; los nuevos administradores eran republicanos pero hijos del absolutismo borbón. No por casualidad en la nueva administración se repiten los apellidos Prieto, Portales, García Reyes, Balmaceda y un largo etcétera.

Con todo, la represión política pasó a extremos violentos y la pena de muerte fue usada sólo para casos excepcionales y reservada para los cabecillas de los motines, que no pertenecían

---

[237] Durante el siglo XIX, los gobiernos decenales comandados por lospelucones duraron cuatro décadas y fueron los de José Joaquín Prieto (1831-1841); Manuel Bulnes (1841-1851); Manuel Montt (1851-1861) y José Joaquín Pérez (1861-1871); en adelante le siguieron los gobiernos quinquenales.

a la aristocracia[238]. De todos modos quienes participaban de los motines y los intentos de derrocar al gobierno estaban divididos entre los "autores intelectuales", todos provenientes de la minoritaria y cerrada aristocracia, y los jefes militares, que luchaban directamente y que en general tenían un origen mesocrático. La represión directa se descargó fundamentalmente contra los segundos y contra la plebe que constituía la "carne de cañón". Los aristócratas liberales –ha referido S. Collier- entendían las reglas del juego y cada vez que fracasaban sus intentonas sediciosas, ellos mismos participaban de una especie de "pacto de caballeros" y se exiliaban voluntariamente por un tiempo prudente, hasta que los recuerdos de las vicisitudes políticas hubieran pasado[239].

En el momento de ser promulgada sólo los "institutanos" se opusieron fuertemente a la carta conservadora. El 5 de septiembre de 1833, unos 80 alumnos del Instituto se presentan ante el rector protestando contra Portales y la Constitución; esta primera movilización estudiantil de carácter político en la República terminó con expulsados, castigados en el cepo y otros encerrados en la Academia Militar, "donde –nos informa Vicuña Mackenna- algunos se quedaron más tarde como alumnos"; pese a esto, "Muchos de estos jóvenes debían ser más tarde revolucionarios políticos en contra del partido que gobernaba entonces al país". No dejaban de tener sus motivos esos futuros revolucionarios, pues los que no fueron separados de inmediato, sufrieron castigos físicos y cuando se negaron a aceptarlos, también fueron expulsados. Después se estableció un reglamento mucho más severo que consideró en forma permanente el cepo y el guante[240]. Pero a partir de entonces, la historia de esta institución no se pudo separar de la de su

---

238 COLLIER, 19. Pág. 31. BARROS ARANA, 1914, O.C. Vol. XII, pág. 321. Éste último ha destacado que la cifra de fusilados producto de las sentencias a los opositores llegó a cincuenta.

239 A esta misma actitud "reconciliadora" de la elite chilena ha hecho referencia recientemente un estudio acerca de las amnistías que se aplicaron en Chile después de las revueltas políticas ocurridas entre 1810 y 1932 y que ya hemos citado. Véase: LOVEMAN Y LIRA. 1999, passim.

240 Los principales amotinados fueron José Victorino Lastarria, Marcial González, Domingo Villarreal, Vicente Villarreal, José Sotomayor, Andrés Gamallo, Carlos Castillo, Francisco Javier Ovalle, Vicente Ovalle, Joaquín Hoevel, Félix Toro, Vicente Vargas, Joaquín Arrieta, Hipólito Guzmán, Anselmo Cruz, Juan de Dios Valdés, Ramón Sepúlveda, José Antonio Álamos, José Manuel Argomedo, Luis Cruz, Santiago Velázquez, Benjamín Muñoz, Manuel Calderón, Wenceslao Cruz, Pedro Díaz y José

alumnado, impulsado casi naturalmente a la revuelta liberal y antiautoritaria, incluso en los momentos más álgidos del dominio conservador[241].

2.2.- Andrés Bello y el nuevo orden conservador

Andrés Bello había nacido en Venezuela, en 1781. En su niñez, entre 1792 y 1796, se educó en el Convento de las Mercedes donde tuvo una formación clásica basada en gramática, literatura, latín y castellano y en la poesía de Horacio y Virgilio y los clásicos españoles Cervantes, Calderón y Lope de Vega. Aprendió, además, por cuenta propia, inglés y francés. En 1797 ingresó a la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Caracas, donde "Tal como en otras universidades coloniales durante la segunda mitad del siglo XVIII, los profesores de Caracas se transformaron en críticos del escolastismo, y del uso del silogismo como instrumento de adquisición de conocimientos"; el 14 de junio de 1800 recibió el grado de bachiller en artes[242]. Estos estudios le dieron un excelente dominio del latín y el castellano y despertaron su inquietud por la filosofía, la ciencia y las letras.

Después de sus estudios formales, su trayectoria intelectual se divide en tres etapas muy marcadas. La primera se desarrolló en su ciudad natal; allí tuvo contacto con dos hombres claves de la época: Simón Bolívar, sólo dos años más joven, a quien enseñó literatura y geografía, y Alexander von Humboldt y su colaborador Aimé Bonpland en su paso por Caracas, entre septiembre de 1799 y febrero de 1800; allí pudo observar a dos naturalistas haciendo uso de sus instrumentos científicos.

Por su dedicación al estudio fue recomendado para servir en el gobierno, por lo que asumió "un compromiso con el orden colonial que... no abandonaría con facilidad", por el cual

---

Agustín Arangua. AMUNÁTEGUI SOLAR. 1898, p. 618. Cfr. VICUÑA MACKENNA. 1974, págs. 143 y 144. DÉLANO, 1944, págs. VIII y IX.

241 MORAGA, 2006, cap. I.

242 El grado de bachiller en artes consistía en tres años de estudios de filosofía, un primer año de lógica, en el que comprendía matemáticas y geometría; un segundo año de filosofía natural y un tercero de metafísica. JAKSIC, 2001, pág. 34.

se desempeñó como secretario en la administración de tres capitanes generales de su país[243]. El estallido de la independencia "sorprendió" al joven que se enteró involuntariamente, a principios de julio de 1808, de la invasión francesa a España y la dimisión de Carlos IV y Fernando VII a favor de José Bonaparte, cuando el gobernador Casas le entregó, para que tradujera, dos números del *Times* de Londres, que le habían sido remitidos por el gobernador inglés de Jamaica[244]. Frente a la crisis desatada y con el objeto de informar con mayor rapidez de los sucesos europeos, el gobernador Casas solicitó a Trinidad una imprenta y designó a Bello como redactor de la *Gaceta de Caracas*, cargo que ejerció entre octubre de 1808 y junio de 1810. En este año y medio el periódico era "inequívocamente antinapoleónico, leal a Fernando VII y a la resistencia española"[245]. Posteriormente Casas y el siguiente gobernador, Emparán, fueron acusados de ser pro franceses y los criollos de Caracas formaron una "Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII". Bello se mantuvo como funcionario del gobierno, por su amistad con varios miembros de ese cuerpo, y porque el carácter de la Junta no era aún anticolonial. Al poco tiempo viajó a Inglaterra junto a Simón Bolívar y Luis López Méndez en una misión diplomática:

En suma –remata su biógrafo contemporáneo Ivan Jaksic-, el Bello que partió de Venezuela para Inglaterra el 10 de junio de 1810 iba influido por un curso inesperado de sucesos que lo llevaron del leal servicio a la corona a un papel incierto en un nuevo orden político lo suficientemente precario como para requerir de ayuda externa[246].

Jaksic también sostiene que en esta primera parte de su vida, casi todos los intereses y temas de investigación que Bello desarrollaría durante trayectoria intelectual estaban ya delineados: había explorado "poética y gramaticalmente" la lengua castellana, intentando sistematizar la conjugación del verbo español y leído los textos filosóficos más importantes para sistematizar la relación entre el lenguaje y la adquisición de las ideas; producto de esto desarrollaría posteriormente dos de las grandes obras del pensamiento latinoamericano del siglo

---

243 Bello fue oficial segundo de gobierno de los capitanes generales Manuel Guevara Vasconcelos (1802-1807), Juan de Casas (1807-1809) y Vicente Emparán (1809-1810). JAKSIC, 2001, págs. 35-39.

244 AMUNÁTEGUI, 1882, pág. 38.

245 JAKSIC, 2001, págs. 41-44.

246 JAKSIC, 2001, pág. 55.

XIX: la *Gramática de la legua castellana* y *la Filosofía del entendimiento*. Además, producto de su contacto con Humboldt, había explorado temas de las ciencias naturales que había incorporado en su poesía, fundamentalmente en la "silva" a *La agricultura de la zona tórrida* y en la difusión posterior de los avances de la ciencias, considerados fundamentales para la economía y la educación en las nacientes repúblicas latinoamericanas. También había iniciado una importante carrera en la administración pública y en las relaciones internacionales, además de la redacción de periódicos y la edición. En esta primera etapa no alcanzó a desarrollar dos aspectos por los cuales sería ampliamente conocido posteriormente: la jurisprudencia que, como es natural, sólo le interesó después de la Independencia, toda vez que la legislación y la elaboración de las leyes sería una vertiente que se abriría en el continente una vez iniciada la vida republicana; el otro es su evolución política que cambió de una lealtad hacia la monarquía absoluta a una valoración de la monarquía constitucional y luego al orden republicano[247].

Su segunda etapa intelectual se desarrolló a partir de julio de 1810, cuando arribó a Inglaterra junto a Luis López Méndez y Simón Bolívar, a cuyo mando iba la misión que pretendía solicitar la protección de la flota británica, la provisión de armamentos para la defensa y la mediación de Inglaterra en caso de hostilidades con el Consejo de Regencia. Sin embargo, la misión diplomática fracasó; desde el principio el Secretario de Relaciones Exteriores, lord Richard Wellesley, los trató con cautela y les hizo saber que, pese a sus declaraciones de fidelidad para con el monarca preso, en los hechos estaban declarando la independencia de España; además Wellesley mantuvo siempre informado al representante del Consejo, de los planes de la misión enviada por Caracas. Para Inglaterra era fundamental su alianza con España contra el enemigo común, Napoleón.

Bolívar regresó a Venezuela el 15 de septiembre de 1810 mientras que López y Bello se quedaron para implementar una activa propaganda a favor de la causa venezolana y para mantener su gobierno informado y comunicar las decisiones de éste al gobierno británico[248]. Si Bello era un independentista involuntario Bolívar no.

---

247 JAKSIC, 2001, págs. 56 y 57.

248 A la fecha Bolívar tenía 27 años y Bello sólo dos más. Las instrucciones que llevaban los jóvenes diplomáticos eran solicitar la protección de la flota británica, la obtención de armamentos para la defensa, y la mediación de Inglaterra en caso de que el Consejo de Regencia español decidiera atacar a Venezuela para acabar con la Junta de Caracas, la ayuda de Gran Bretaña para que Venezuela continuase apoyando a las fuerzas españolas en su lucha contra Napoleón y la participación activa de los oficiales

En Londres Bello conoció a su célebre compatriota, Francisco Miranda, quien mantenía una activa propaganda a favor de la causa independentista y en torno del cual giraba un activo círculo de partidarios. El encuentro fue clave para que en el joven naciera una profunda admiración hacia el viejo conspirador político, cuya impopularidad y desconfianza política campeaba no sólo en la opinión pública española, sino también en la caraqueña. Miranda instaló en su casa a los representantes de su país y, al poco tiempo, partió a su patria a promover la independencia, empresa que resultó ser la última aventura de su agitada vida política y militar. En casa de Miranda Bello pudo, además de tener acceso a la extensa biblioteca del "precursor", conocer al independentista argentino José de San Martín y formar parte de la logia de los "Caballeros Racionales". Sin embargo, rápidamente las comunicaciones con la Junta de Caracas y con el gobierno británico disminuyeron notablemente hasta que, producto de la caída de su ciudad natal en manos realistas, López y Bello quedaron sin misión oficial y sin patria en septiembre de 1812.

A partir de entonces y durante más de diez años, la vida del exilado involuntario estuvo sometida a fuertes avatares y estrecheces económicas; tuvo que sobrevivir de trabajos esporádicos, traducciones y clases particulares que nunca alcanzaban para solventar los gastos de su creciente familia[249]. Gracias a la amistad cercanía con Blanco White y Miranda, realizó una serie de actividades intelectuales, asistió al filósofo escocés James Mill para descifrar los manuscritos de Jeremy Bentham, a quien conocía personalmente. Allí también conoció al precoz niño John Stuart.

La difícil situación económica y política de Bello, y de una serie de exilados americanos en Londres cambió cuando Gran Bretaña firmó un tratado con Colombia en 1825. Para esta época se había agotado el impulso de la revolución liberal de 1820 encabezada por Rafael Riego en España, que obligó a Fernando VII a gobernar bajo la constitución de Cádiz de 1812. El apoyo de la Santa Alianza de 1823 impuso la restauración absolutista; esto volcó la situación a

---

británicos en el Caribe para garantizar estos puntos y promover el comercio inglés con Venezuela. JAKSIC, 2001, pág. 59 y 60.

[249] Bello se había casado con Mary Ann Boyland, una irlandesa católica, en mayo de 1814, quien murió de tuberculosis en 1821, además falleció el hijo mayor del matrimonio con lo que Bello quedó viudo y a cargo de dos hijos a los 40 años. Tres años después casó con Elisabeth Dunn que le dio cuatro hijos más en Londres y otros cinco en Santiago, la mayoría fallecería antes que el padre. JAKSIC, 2001, pág. 66.

favor del reconocimiento de parte de Inglaterra de las naciones iberoamericanas y puso a sus exiliados en condiciones de establecer puentes culturales y políticos entre el imperio británico y las ex colonias españolas. En este marco, la situación personal de Bello cambió abruptamente, aunque no lo abandonaron sus penurias económicas y su renovado papel en la diplomacia no fue del todo exitoso. En el ámbito político tomó contacto con el patriota mexicano Fray Servando Teresa de Mier, con el exiliado español José Joaquín de Mora (con quien se reencontraría conflictivamente en Chile) y con Lord Georges Canning, Secretario de Relaciones Exteriores británico y luego primer ministro (1822-1827). Era ésta una etapa inusitada respecto de las esperanzas con que se iniciaba el proceso de construcción de las naciones latinoamericanas:

Los viajeros iban y venían; libros, artículos y reportajes proporcionaban una abundante e interesante información acerca de los nuevos Estados; el comercio y las inversiones alcanzaban niveles sin precedentes. Por un breve lapso, durante la década de 1820, Hispanoamérica parecía en verdad un lugar de enorme potencial, pero esa ilusión se diluyó prontamente[250].

Además, con el objeto de establecer nexos entre el imperio y las nacientes repúblicas, desde inicios de la década había participado en la redacción y edición de una serie de revistas y publicaciones destinadas a la propaganda política y diplomática a favor de la independencia americana. La primera fue *El Censor Americano* de 1820, revista publicada en Londres por Antonio José de Irizarri, aunque Bello no firmó ninguno de los artículos que aparecieron en sus páginas que tenían un interés tanto científico como político[251]. Al *Censor* le siguió la *Biblioteca Americana*, publicada en Londres en 1823. Esta revista estaba patrocinada por una Sociedad de Americanos, pero su núcleo lo componían Bello y el colombiano Juan García del Río; aparte de la edición, el venezolano nuevamente colaboró con artículos y ensayos científicos y literarios sobre literatura medieval, geografía y productos y especies animales y vegetales del continente. Tanto el *Censor* como la *Biblioteca* promovían el reconocimiento de la independencia de Hispanoamérica bajo una fórmula claramente monárquica constitucional; esta opción política era comprensible en el marco de relaciones diplomáticas con Londres puesto que en esta fase la corona británica alentó el reconocimiento de las nuevas naciones bajo la condición de que asumieran dicho gobierno, que daba más garantías de estabilidad que el sistema republicano.

---

250 JAKSIC, 2001, pág. 95.

251 Los artículos que Bello publicó en el Censor son: “Topografía de la provincia de Cumaná”, N° 3 y 4 de septiembre y octubre de 1820 y algunos extractos del libro de Humboldt *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* y un artículo sobre el conocido tema de la vacuna contra la viruela.

Desaparecida la *Biblioteca*, Bello y García continuaron, entre 1826 y 1827, con el *Repertorio Americano* que comprendió cuatro tomos en los que el caraqueño redactó la totalidad de las recensiones; en ellos desarrolló una serie de recomendaciones para la enseñanza de la historia nacional que no desecharan la historia del pasado hispano y se manifestaba contra "la afectación de filosofía y la declamación destinada a perpetuar odios nacionales", además de la preservación de la lengua y el rechazo a la ideología revolucionaria de herencia francesa[252].

La tercera etapa de la vida de Bello comenzó en 1829, cuando fue contratado por el gobierno liberal chileno para ayudar en la organización del Estado[253]. Pese a la inicial adscripción política, inequívocamente monarquista, y el hecho de ser un intelectual que por su catolicismo y su lenta evolución a un liberalismo conservador y amante del orden, la historiografía lo ha rescatado como un liberal.

A su llegada a Chile Bello tenía cincuenta años; el gobierno de Pinto le asignó el empleo de oficial mayor del Ministerio de Hacienda y luego el de Relaciones Exteriores. Pero pronto se ganó la confianza de los pelucones y los círculos sociales aristocráticos lo integraron nombrándolo director del Colegio de Santiago, institución que fundaron para oponerse a Liceo de Mora. Entre ambos personajes se desató una polémica que, muy a pesar del venezolano, se desarrolló por la prensa. Pero, después de la derrota de los liberales, los ataques que el español hizo al ministro Portales le significaron la prisión y finalmente el destierro.

Expulsado el maestro liberal del país, los alumnos del Liceo de Chile emigraron al Instituto Nacional donde recibieron la influencia de Bello quien, aunque no era profesor, entre 1832 y 1835 fue miembro de la Junta Directiva e implementó un plan de enseñanza parecido al que Mora había implementado en el Liceo de Chile. Al igual que lo había ensayado el español, el intelectual venezolano impartió clases privadas para un grupo de alumnos que asistían a su casa, entre los que nuevamente se encontraba el joven Lastarria. En esta época Bello había llegado a la madurez de su experiencia intelectual después de una larga estada en Londres; la venida a

---

252 JAKSIC, 2001, págs. 99-101.

253 Bello había iniciado contactos con Chile en 1821, once años después de su llegada a Londres, cuando conoció al representante del gobierno Antonio José Irisarri de quien hemos hablado en el capítulo I. Éste se encontraba gestionando el reconocimiento del gobierno de O'Higgins por Londres y le pidió a Bello que colaborara en *El Censor Americano*; el año 1822 contrató al venezolano como secretario de la legación chilena en Londres. JAKSIC, 2001, págs. 70-71 y 107-114.

Chile le significaba estabilidad económica y laboral después da haber pasado grandes vicisitudes en su exilio involuntario[254]. Expulsado Mora del medio intelectual chileno, quedó como el extranjero de más influencia, así construyó el gran prestigio intelectual con que se lo conoce; ahora las acciones del sabio intentaron ampliar aún más su influencia. Lastarria, su discípulo más crítico, sostuvo años después:

Bello, si bien no era inspirador de la nueva política que significó la deportación de Mora... era sí su filósofo y literato. Y después de esta deportación, sin rivales ni competidores, se hizo dictador en materia de letras... e inspiró el estudio de autores como José Gómez Hermosilla... que estaban muy lejos de favorecer el desarrollo democrático y la emancipación de la inteligencia"[255].

El venezolano siempre mantuvo una fuerte influencia sobre el Instituto. En 1832 dictó un curso de Principios de Legislación Universal, que tenía el mismo nombre del curso que dictaba en el Colegio de Santiago y en el que enseñaba las ideas de Locke, Bentham, Constant, Ahrens, Stuart Mill y Spencer[256]. Su actitud fue seguida por la mayoría de los intelectuales extranjeros que habían llegado a Chile durante ese período.

Los historiadores han tendido a rescatar la figura de Bello como el fundador de la Universidad, redactor del Código Civil y formador de toda una generación de intelectuales chilenos, es decir, un hombre moderno y progresista; pero, en general, no han mirado su pensamiento político, indiscutiblemente la parte más polémica de su biografía. Por ello han visto un liberal donde nunca lo hubo y un progresista, donde hubo un intelectual y un científico abocado a la enorme tarea de fundar una escuela con más asiento en la tradición clasicista y en la ilustración católica, que en la modernidad liberal. Vamos a seguir analizando estas consecuencias del pensamiento de Bello más adelante puesto que indefectiblemente otorgaron coherencia cultural al pensamiento conservador hasta mucho después de su muerte.

2.3.- El conflicto político

Pero ni la represión ni el consenso para gobernar garantizaban la homogeneidad del grupo en el poder. En plena omnipresencia del todopoderoso Portales, un grupo conocido como

---

254 JAKSIC, 2001, págs. 122-124.

255 LASTARRIA, 1968, pág. 1.

256 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 30.

los *philopolitas*, llamados así por su periódico *El Philopolita* (el amigo del pueblo), encabezados por Diego José Benavente y Manuel Rengifo Cárdenas, se separó del gobierno y propuso reformas liberales al régimen político que recién se estaba construyendo. Aunque para muchos no pasó de ser una disputa palaciega y no producto diferencias políticas e ideológicas profundas, este fue el primero de una serie de alteraciones al orden conservador, y un desgajamiento del grupo dominante original, que se siguieron produciendo, cada vez más fuertes, especialmente en períodos pre electorales[257].

El segundo período presidencia de José Joaquín Prieto (1836-1841) estuvo marcado por el conflicto bélico con la Confederación Perú-Boliviana que el ministro Portales se encargó de promover. En Bolivia, la retirada del mariscal Sucre del gobierno había dejado el poder en manos del caudillo militar Andrés Santa Cruz. Bajo su mandato ese país tendría el único gobierno duradero del siglo XIX; Santa Cruz no sólo era un excelente estratega militar, también era un hombre de Estado con ingeniosos y sólidos planes para su país y la región. Comenzó por aprovechar los vacíos de poder y la falta de acuerdos entre las provincias del norte y el sur del Perú y en 1835 invadió éstas y logró atraerlas una alianza; al año siguiente se declaró oficialmente la Confederación Perú-Boliviana. Una de las primeras medidas internacionales que tomó fue el cobro de un impuesto especial a los navíos que llegaran a sus costas provenientes del puerto de Valparaíso y la exención de dicho impuesto a los que llegaran directamente a Cobija, El Callao, Arica y Paita, sin recalar en las costas chilenas.

Portales no ignoró nunca el peligro económico y estratégico que implicaba un competidor en las costas del Pacífico y, en una empresa personal, impulsó el conflicto acusando a Santa Cruz de "amenazar la independencia de otras naciones americanas". Nuevamente la guerra ocupaba el espacio público y de la cultura. Pero junto con ello, el descontento interno creció; en los siete años que llevaba el gobierno, los militares habían iniciado al menos diez conspiraciones antipeluconas; las más graves fueron una que tuvo como protagonista al mismo Ramón Freire, quien desde su exilio en Perú intentó volver en julio de 1836, y otra que se inició en el Ejército del Sur en enero de 1837 y que desembocó en el fin del ministro cinco meses

---

[257] A parte del ministro de Hacienda Rengifo (1793-1845), los *philopolitas* contaban entre sus filas con Ramón Errázuriz, Manuel José Gandarillas Guzmán (1789-1842) que era periodista y ministro de la Corte Suprema (1833-1840) y con Diego José Benavente. Todos integrantes del grupo en el gobierno y en algunos casos ministros de Prieto, pero disgustados la omnipresencia de Portales. EDWARDS, 1945, pág. 76; DONOSO en: ERRÁZURIZ, 1935, pág. X.

después[258]. El 6 de junio de ese año, cuando hacía una inspección a las tropas del regimiento de Quillota, Portales fue apresado por la escolta y trasladado a Valparaíso. Al llegar al puerto, donde estaba preparada la otra parte de la insurrección militar, los amotinados perdían la batalla. Portales fue obligado a descender de su carruaje y muerto en el acto. Ahora el peluconismo tenía un mártir. La guerra no se detuvo y, más aun, se hizo popular[259].

En 1839 el general Manuel Bulnes condujo la segunda campaña de la guerra, apoyado por peruanos disidentes, y esta vez logró la victoria. Ahora otro militar triunfante y proveniente de la "aristocracia pencona" (originaria de Concepción), se alzaba como líder nacional y se ubicaba en el primer lugar de los candidatos naturales al sillón presidencial. En 1839 el general Manuel Bulnes condujo la segunda campaña de la guerra, apoyado por peruanos disidentes, y esta vez logró la victoria. Ahora otro militar triunfante y proveniente de la "aristocracia pencona" (originaria de Concepción), se alzaba como líder nacional y se ubicaba en el primer lugar de los candidatos naturales al sillón presidencial.

Pero lejos de la oposición ideológica y militar al ministro, sectores liberales apoyaron el conflicto. El mismo Lastarria, que había sufrido la represión a raíz de la rebelión del Instituto, editó el periódico *El Nuncio de la Guerra*; esto pese a que para sobrevivir había tenido que dar clases de derecho de gentes, ortología y geografía universal y aguzar su ingenio escribiendo un *Manual de Testamentos* y unas *Lecciones de geografía*. En 1839 participó como uno de los fundadores del periódico *El Diablo Político,* que tenía por lema "no más, no más callar" y fue nombrado profesor de Legislación y Derecho de Gentes en el Instituto Nacional.

Cuando se acercaban las elecciones presidenciales de 1841, Lastarria fundó *El Miliciano,* para apoyar una posible candidatura opositora; los liberales y el grueso de los *philopolitas* levantaron al ex presidente Pinto. Mientras, el peluconismo experimentó los indicios de otra división cuyas consecuencias serían mayores a futuro que la de los "amigos del pueblo"; el grupo más autoritario y conservador se aglutinó en torno a la candidatura de Joaquín Tocornal mientras que el grueso del partido, aliado con algunos ex pipiolos, apoyó la candidatura de Manuel Bulnes, que se mostraba conciliador hacia los liberales derrotados[260].

---

258 VILLALOBOS, 1989, pág. 203.

259 VILLALOBOS, 198,

260 Joaquín Tocornal Jiménez (1788-1865), hijo del Contador del Tribunal de Cuentas Bonifacio Tocornal, reemplazó a Ramón Errázuriz en el Ministerio del Interior

La guerra contra la Confederación significó no sólo un triunfo militar externo; en el plano interno significó la consolidación del grupo en el poder y fomentó la formación de dos de los mitos más duraderos de la historia de Chile, que consolidaron la formación de la nación. Primero se elevó la figura del ministro como "mártir de Estado", fortaleciendo así su imagen y prestigiando a su partido. Segundo, se utilizó la participación del peón, marginado del sistema político, que había servido como combatiente en el ejército, para integrarlo a la nación quien, desde ese momento, fue conocido como "el roto chileno". Con esto, el triunfo pelucón no sólo fue militar y político, también fue cultural.

Pero ¿Cómo caracterizar el primer gobierno pelucón? ¿Cuál fue el significado para el conjunto de la sociedad chilena y su desarrollo político y cultural? ¿Qué significó el mantenimiento o consolidación en el poder de las fuerzas políticas y culturales tradicionalistas y conservadoras? ¿Había posibilidades de cambio?

El decenio de Prieto se centró, en particular en el primer período (1831-1836), en reprimir a la oposición liberal y en sanear las arcas fiscales. Para el término de este primer mandato la tarea que se había autoimpuesto estaba completada. Se había instalado sobre el país un clima dictatorial que había hecho retroceder a la opinión pública y obligado a no emitir sus pensamientos; aun así no pudo terminar con la subversión militar y liberal. El presidio de las Islas Juan Fernández, tristemente célebre desde la época del gobernador realista Casimiro Marcó del Pont en 1814, ahora experimentaba un renacimiento con muchos estudiantes del Instituto que habían sido encarcelados por "los pecados de su suelta lengua"[261].

Lastarria, un ex institutano y ahora joven profesional, al que la represión sufrida no había minado sus convicciones liberales sostenía que, mientras nada se dijera, el gobierno permitía a los jóvenes jugar al billar, pasear por los tajamares del borde del río Mapocho y por la Alameda. Pero a la hora del toque del *ángelus* todo se interrumpía:

Las tradiciones de la colonia imponían la obligación de rezar en público dos veces al día, o por lo menos de aparentar que se rezaba, fuera en la calle, en casa, en la oficina, en medio de las más urgentes ocupaciones. Al toque de la *hora*, que anunciaba el momento de la

---

entre 1832 y 1835; durante la guerra Portales lo relevó y luego reasumió en el período 1837-1840. BRAVO LIRA, 1994, pág. XLIX (Ilustraciones).

261 LASTARRIA, 1968, pág. 37. Uno de los líderes estudiantiles de esa época era el joven Juan Nicolás Álvarez.

consagración en la misa parroquial, los más devotos se ponían de rodillas, dondequiera, y los menos, en pie. Al toque de oraciones, todos paraban su marcha, se descubrían, rezaban, y se saludaban con esta fórmula, si era necesaria la etiqueta: "–Después de usted. –No, diga usted. –Buenas noches. –Buenas noches. –Así se las dé Dios[262].

Este ambiente de "restauración colonial" implicó un retroceso en el proceso educativo y cultural impulsado por el liberalismo; los resultados eran visibles: fue clausurado el Liceo de Chile y su fundador José Joaquín de Mora expulsado del país y la represión política y cultural sobre los estudiantes se incrementó. Sin embargo, y pese a la consolidación del liderazgo cultural de Bello de inequívoco signo conservador, la acción cultural del hispano dejó una huella profunda en el grupo de jóvenes que había formado. En esta nueva generación se encontraba el propio Lastarria y sus compañeros Manuel Antonio Tocornal, Salvador Sanfuentes, Antonio García Reyes, José Joaquín y Vallejo y Antonio Varas, entre otros; este grupo gravitaría en la política y en la cultura chilena los próximos cuarenta años y estaría destinado o a consolidar la situación política o a transformarla[263]. Veremos las acciones de esta generación en las páginas siguientes.

2.4.- Científicos e intelectuales emigrados y expediciones científicas.

Pese a que la estabilidad política no estaba del todo garantizada, durante esta época continuaron llegando científicos e intelectuales extranjeros huyendo de los conflictos europeos y americanos y buscando las oportunidades profesionales que Chile brindaba. Entre los primeros destacaron los alemanes Rodulfo Amando Philippi (1808-1904) y Rodolfo Lenz (1863-1938) y el polaco Ignacio Domeyko, (1802-1889). La labor de este último, tanto en la dirección de la educación como en la organización del conocimiento científico, sería una de las más destacadas.

---

262 LASTARRIA, 1968, pág. 37.

263 Aunque esta relación entre liberalismo y cultura y conservadurismo y retroceso cultural pudiera resultar antojadiza e incluso maniquea, obsérvese la alabanza que de la figura de Portales y sus cualidades administrativas hace Alberto Edwards: "Ajeno a toda clase de especulaciones teóricas, hombre de genio natural, pero sin preparación literaria, poseía más que otro alguno de sus contemporáneos aquel raro privilegio que consiste en ver claramente las cosas y los hombres a través de los vanos oropeles de las palabras y de las teorías". EDWARDS, 1976, pág. 31.

Si bien este tipo de "sabios", que se desarrollaban más propiamente en el campo científico, llegó a Chile como parte de una política de Estado, hubo otra inmigración, "espontánea", constituida por algunos jóvenes intelectuales latinoamericanos y en especial argentinos, que arribaron huyendo de la dictadura de Rosas y de los conflictos internos de sus propios países. Los más destacados fueron el colombiano Simón Rodríguez y los argentinos Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y Juan Baustista Alberdi, entre otros; no era un grupo insignificante, en esta pequeña lista estaban el maestro de Simón Bolívar y dos futuros presidentes de Argentina. Este segundo tipo de emigrados ejerció, no en el campo de la ciencia, sino en el del periodismo, ya que fundaron nuevas revistas y escribieron en periódicos[264].

Pero el acontecimiento científico más importante de la década fue el efectuado por una expedición británica que a bordo de la goleta Beagle, comandada por el capitán Fitz Roy, trajo a un joven naturalista británico llamado Charles Darwin[265]. Este era el segundo viaje de la nave para hacer levantamientos cartográficos e hidrográficos de las regiones sudamericanas y explorar la región de Magallanes y Tierra del Fuego; pero esta vez completarían la circunnavegación del planeta. El joven naturalista catalogó posteriormente el viaje como "el más importante de mi vida"; durante el periplo efectuó un registro minucioso de lo que observó e hizo, con lo que completó cinco tipos de escritos: un diario personal, notas de terreno, notas de observaciones zoológicas y geológicas y un catálogo de especies. Además el pintor de la expedición, Conrad Martens, realizó la iconografía del viaje junto al capitán y otros tripulantes.

---

264 La bibliografía acerca de los exiliados argentinos es bastante extensa: LASTARRIA, 1968, págs. 125, y 140-148; SARMIENTO, O. I, 1887; PINILLA, 1942. DONOSO, 1927.

265 Charles Robert Darwin (1809-1882) nació en Shrewsbury, Inglaterra. Era hijo de un médico muy distinguido y nieto del célebre filósofo, médico y poeta Erasmo Darwin. Estudió medicina en Edimburgo, pero la abandonó para comenzar con teología en Cambridge, donde luego desvió sus intereses hacia las ciencia naturales estimulado fundamentalmente por John Steven Henslow, quien lo impulsó a partir a bordo del Beagle. Regresó a su patria en 1836 y tres años después se casó y se radicó en Kent. Dedicó el resto de su vida al estudio y, pese a la polémica religiosa que generaron sus postulados científicos, cuando murió fue sepultado con todos los honores en la abadía de Westminster, junto a sus más eminentes compatriotas. YUDILEVICH en: DARWIN, 2005, pág. 23.

La expedición de la Beagle estuvo en Chile durante dos años, entre 1834 y 1836. A iniciativa de Andrés Bello, el presidente Prieto extendió cartas al capitán y al joven científico para que las autoridades locales les facilitaran los viajes y la exploración de las distintas regiones que visitaron. Del actual territorio chileno Darwin exploró y conoció el Canal de Beagle, el Cabo de Hornos, el Estrecho de Magallanes, Tierra del Fuego, el archipiélago de Chiloé, Valdivia, Concepción, el puerto de Valparaíso y la región aledaña, Santiago, la región de Coquimbo y La Serena, Copiapó e Iquique. Los resultados de las investigaciones, publicadas en Londres a partir de 1839 por el propio Darwin, fueron traducidas y difundidas por el venezolano en *El Araucano* ese mismo año; pero la huella dejada siguió repercutiendo muchos años después en el medio intelectual chileno, cuando la importancia del conocimiento científico ya se había consolidado en la sociedad chilena.

2.5.- El decenio de Manuel Bulnes (1841-1851)

Asegurada la sucesión conservadora, al "decenio" de Prieto (1831-1841), le siguió el de Manuel Bulnes (1841-1851). El vencedor de Yungay, inauguró, sin embargo, un período de reconciliación con los vencidos en el "frente interno"; para refrendar esta actitud se casó con la hija del ex presidente Pinto: el vencedor extendía una mano al vencido. No pocos aceptaron esa magnanimidad y se integraron al gobierno, al resto se los dejó tranquilos: "No teníamos una libertad garantida –decía Lastarria- contra los intereses del gobierno personal y los caprichos de la arbitrariedad, pero se nos dejaba en paz, y la actitud de la nueva administración nos daba la esperanza que no seríamos perturbados en la libertad que de hecho se nos permitía"[266].

El triunfo de Bulnes atrajo a los ex pelucones encabezados por Ramón Errázuriz quien negoció la entrada de algunos liberales al nuevo gobierno[267]. Pero tanto pragmatismo trajo el efecto contrario: a medida que se acercaba la mitad del siglo, el antiguo grupo pipiolo desapareció como expresión política. Los que no lograron pactar cuotas de poder con los vencedores, se sumieron en la derrota. Una nueva camada, casi sin nexos con esos primeros

---

266 LASTARRIA, 1968, pág.

267 DONOSO en: ERRÁZURIZ, 1935, pág. XI. El primer gabinete de Bulnes estuvo formado por Ramón Luis Irarrázabal en Interior, Montt en Justicia, Culto e Instrucción Pública, el ex *philopolita* Manuel Rengifo en Hacienda y el general José María de la Cruz en Guerra y Marina, aunque este último no asumió y pronto se retiró del grupo en el poder; era el inicio de una disidencia política que daría frutos años después. ERRÁZURIZ, 1935, pág. 221.

liberales, comenzó a reclamar para sí la ideología y el nombre de Partido Liberal. Sería en definitiva la que escribiría la historia y haría las transformaciones a la obra gruesa de los pelucones que habían seguido la lógica de acción del "ministro mártir".

En este período comenzó el ascenso público de Manuel Montt que fue nombrado Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública[268]. Éste, alumno del Instituto Nacional, había sido compañero de Lastarria; inició su carrera como inspector hasta llegar a ser designado rector. Desde muy joven fue seducido por la política conservadora y autoritaria; aunque personalmente era partidario de una modernización impulsada desde el Estado que no sacrificara el orden social, al más puro estilo del despotismo ilustrado. Montt sería uno de los mejores ministros del siglo XIX. Lastarria y algunos amigos de su entorno, esperaban de él intenciones liberales: "servía de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política y por una protección más inteligente y más decidida a la instrucción pública" [269].

Paralelamente Lastarria comenzó su carrera administrativa: el 7 de julio de 1843 entró a servir como oficial Mayor en el Ministerio del Interior a cargo de Irarrázabal[270]. Sin embargo, las aspiraciones del joven liberal se vieron pronto frustradas, por la actitud política de su ex compañero cuando Montt asumió el mando de Interior. El 10 de diciembre renunció al ministerio fundamentalmente por que Montt representaba el lado más autoritario de la política pelucona[271]. No era casual la actitud de los ex institutanos; desde trincheras políticas opuestas, ambos conformarían liderazgos políticos e intelectuales muy duraderos e influyentes.

---

268 Manuel Montt desde muy joven militó en el grupo pelucón, allí se hizo conocido por su portalianismo: "Frío severo doctrinario, respetuoso de las formas legales y convencido e inquebrantable defensor del sistema autoritario creado por Portales y mantenido por la dominación de los pelucones". EDWARDS, 1976, pág. 50.

269 LASTARRIA, 1968, pág. 83.

270 Durante 1843 Lastarria desarrolló una fecunda labor en varios frentes: además de su puesto en el gobierno, era diputado por los departamentos de Elqui y Parral, desde mayo miembro de la Sociedad Literaria y, desde septiembre, profesor de la Universidad de Chile. LASTARRIA, 1968; FUENZALIDA GRANDÓN, 1911, I, págs. 113-117.

271 Podría especularse que Lastarria dejó el ministerio por haber sido superado por Montt en la carrera a la titularidad, pero en la actitud constante del joven liberal primó

Quienes se han dedicado a la historia política han destacado la presidencia de Bulnes como una de los mayores realizadores en el plano de la cultura. Este desarrollo se vio favorecido por una serie de factores económicos y políticos. El descubrimiento de minerales de plata de Chañarcillo, en el Norte Chico y el saneamiento de las arcas fiscales durante el gobierno de Prieto, que cimentaron un incipiente desarrollo económico; el aplastamiento del militarismo y de las conspiraciones políticas, pero por sobre todo, el pragmatismo político con que actuó el grupo en el poder, inauguraron una etapa de paz social y posibilitaron el desarrollo de la cultura en dos ámbitos: en un movimiento intelectual independiente y, desde el Estado, en la formación y consolidación de instituciones educacionales y en el fomento de la ciencia para el conocimiento del país[272].

Esta incipiente estabilidad política y económica fue el contexto en que se desarrolló una actividad literaria independiente acicateada por la presencia de los exiliados latinoamericanos y en especial los del Plata. A fines de 1841 el argentino Rivadeneira y el colombiano Juan García del Río fundaron el *Museo de Ambas Américas*; de tendencia francamente conservadora; hemos visto que García del Río, aunque independentista, era partidario de instaurar una monarquía en América, postura que había refrendado en su estada en Londres en la publicación de la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano* junto a Bello. Frente al *Museo* surgió en febrero de 1842 la *Revista de Valparaíso* fundada en ese puerto por Vicente Fidel López; en ella

---

el rechazo hacia la política pelucona y la renuncia a los puestos cada vez que estos no le permitían maniobrar en su proyecto político personal. Siempre que abandonó un puesto de gobierno enfrentó valientemente la pobreza, que lo persiguió toda su vida, e incluso el exilio. Esta vez asumió, en su lugar, un puesto en el Archivo del Ministerio de Guerra y Marina que se le ofreció a los 10 días de su renuncia a Interior. Para estos aspectos, véase: FUENZALIDA GRANDÓN, 1911, I, pág. 115.

272 Las avances culturales durante el decenio de Bulnes en: LASTARRIA, 1968, págs. 87-259;

participaron los argentinos Gutiérrez y Alberdi[273]. La prensa cultural e intelectual se convirtió en la expresión de dos tendencias políticas latinoamericanas que se manifestaban en Chile. Mientras los jóvenes santiaguinos de la "nueva escuela" leían la *Revista*, los "hombres de letras" seguían el *Museo*. La *Revista* desapareció después del sexto número, pero su director emigró a la *Gaceta del comercio*, en la misma ciudad, por lo que López y García siguieron representando dos tendencias literarias y políticas opuestas.

Estos periódicos se unieron a los ya existentes en el ámbito local, *El Mercurio* de Valparaíso, que representaba a los sectores que vivían en torno al comercio en el puerto y al que entró a trabajar Domingo Faustino Sarmiento; *El Araucano*, obra del ominpresente Bello, órgano oficial del gobierno y *El Valdiviano Federal*, que dirigía desde la oposición, el federalista José Miguel Infante.

2.6.- El liderazgo cultural de Lastarria y la Sociedad Literaria de 1842

Junto con el renacer periodístico, durante estos primeros años de la década de 1840 surgió el primer movimiento intelectual y cultural independiente, que fue paralelo al proceso educativo impulsado por el Estado en la Universidad y el Instituto Nacional.

La derrota política y militar del "pipiolismo", hizo que casi desaparecieran sus principales líderes y otros se adocenaran incorporándose al bando de los vencedores. Pero donde no fue derrotado el liberalismo fue en la lucha por la cultura. Los jóvenes formados por Mora y cuyo entrenamiento completara Bello, y a quienes se les ha llamado la "generación de 1842", se refugiaron en la literatura y los estudios donde encontraron cauce a sus ideas liberales. Lastarria, entonces de 25 años y el más claro representante de esta tendencia, había tomado esta opción:

---

273 Juan García del Río había llegado a Chile mucho antes, probablemente con San Martín, con quien compartía sus inclinaciones políticas monárquico-contitucionales. En Chile, entre 1819 y 1820 redactó *El Telégrafo*, junto a Juan Egaña. Pasó a Lima con el Ejército Libertador; allí también tuvo una activa participación en la prensa. En 1822 estaba en Londres representando al libertador argentino y su gobierno en el Perú. Allí se develó como un intelectual conservador y monarquista; allá conoció a Bello y fue, junto a él, editor de la *Biblioteca Americana y el Repertorio*; LASTARRIA, 1968, pág. 90. JAKSIC, 2001, pág. 97.

prefirió organizar el desarrollo cultural que luchar en la política partidista por lograr espacios de poder; sin embargo, era éste un camino tan azaroso como el anterior.

Aunque tradicionalmente quienes han estudiado este proceso se han centrado en el liderazgo intelectual de Lastarria, y muchos no han salido de la biografía, la iniciativa cultural más importante fue la realizada por esa generación de jóvenes que abrazaron el liberalismo. Los ex alumnos de Mora y Bello fundaron en 1842 la Sociedad Literaria, una organización que para muchos fue la que fundó una "literatura nacional"[274].

Lastarria pronunció su *Discurso de Incorporación* a la Sociedad Literaria en una "sesión solemne" realizada el 3 de mayo. En él habló a sus compañeros de generación desde una perspectiva histórica que ubica la formación de esta academia como el lugar donde se "ponen en contacto las inteligencias" de sus miembros y sostenía que, a través de esta organización para el conocimiento, el país empezaba a "pensarse" a sí mismo. Era un discurso histórico plagado de metáforas literarias y patrióticas en el que Chile había pasado dos etapas difíciles: las sangrientas luchas por la Independencia y los desórdenes de la anarquía que en ese momento había volado "más allá de los Andes". La llegada de la paz ponía al país en una encrucijada histórica:

Ya veis, señores, que Chile, así como las demás repúblicas hermanas, se ha encontrado de repente en una elevación a que fue impulsado por la ley del progreso, por esa ley de la naturaleza que mantiene a la especie humana en un perpetuo movimiento expansivo, que a veces violento, arrastra en sus oscilaciones hasta a los pueblos más añejos y más aferrados a lo que fue[275].

Hay acá un concepto fundamental en Lastarria que sostendría a través del tiempo y de su evolución intelectual: la ley del progreso; una ley de la naturaleza, es decir, objeto propio del estudio de las ciencias naturales, que influía en las sociedades humanas pero que importaba "peligros" para su desarrollo histórico:

Pero el nuestro [desarrollo] ha sido transportado a un terreno que le era desconocido, en el cual ha estado expuesto a perderse sin remedio; porque las semillas preciosas no prenden en un campo inculto: nuestros padres no labraron el campo en que echaron la democracia, porque no pudieron hacerlo; se vieron forzados a ejecutar sin prepararse; pero la generación presente,

---

274 GOIC, 19 , para una opinión contraria: Cfr.

275 LASTARRIA, 1842.

más bien por instinto que por convencimiento, se aplica a cultivarlo, y parece que se encamina a completar la obra[276].

Su generación, de la cual asumía simbólicamente el liderazgo, estaba destinada en esta encrucijada a hacer lo que la de sus padres no pudo: expandir las libertades políticas cuando sólo se había logrado seguridad económica y afianzado la independencia. Esto porque la situación material podía llevar al país a mantener estas logros sosteniendo al sistema sólo en el poder económico y el militarismo con lo cual se reforzarían los rasgos señoriales de la sociedad y no los modernos.

Aquí era donde se abría espacio para la acción liberadora de la "nueva generación intelectual" basada en el conocimiento. La democracia –dice Lastarria- requiere de la ilustración y del conocimiento que la legítima. Hay acá una concepción evolucionista del desarrollo histórico chileno: la democracia no sirve "sino cuando el pueblo ha llegado a su edad madura; y nosotros no somos todavía adultos"; esto porque "las luces" estuvieron sometidas durante los tres siglos de dominación española: "A nosotros –continuaba- toca volver atrás para llenar el vacío que dejaron nuestros padres y hacer más consistente su obra, para no dejar enemigos por vencer, y seguir con planta firme la senda que nos traza el siglo"[277].

A esta necesidad respondía la formación de la Sociedad Literaria, una necesidad estratégica que ordenaría "un plan de ataque contra los vicios sociales" que hiciera a Chile digno de la independencia política ganada en 1810. Y aquí surge el papel útil de la acción del grupo que estaban formando:

Vosotros tenéis mis ideas y convenís conmigo en que nada será Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los

---

276 LASTARRIA, 1842.

277 LASTARRIA, 1842. Con seguridad este evolucionismo histórico proviene de Herder y su *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, cuya influencia en los intelectuales chilenos fue muy importante durante la primera mitad del siglo XIX. Analizaremos más adelante la influencia de este filósofo alemán en el debate intelectual del positivismo.

modelos que hemos de proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo[278].

La segunda idea fundamental es el interés de nuestro comentado por definir antes el carácter del conocimiento que iban a cultivar, es decir, qué literatura podían hacer, dadas las circunstancia históricas. Esta "cruzada" por las luces y la modernidad necesitaba del profundo altruismo que debía caracterizar al grupo de jóvenes intelectuales que ahora dirigía: "Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso[279].

Esta es la parte más "científica" del discurso de Lastarria, donde devela su concepción de la literatura como "la expresión de la sociedad [...] que revela de una manera más explícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos [...] las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación". En esta concepción, utilitaria y misionera, la prensa también estaba llamada a cumplir con un papel central pues era: "el agente más activo del movimiento de la inteligencia, la salvaguardia de los derechos sociales, el azote poderoso que arrolla a los tiranos y los confunde en su ignorancia". Pero la literatura –sostenía Lastarria, siguiendo al intelectual galo Artaud de Montor- abarcaba la totalidad de los saberes: "comprende entre sus cuantiosos materiales, las concepciones elevadas del filósofo y del jurista, las verdades irrecusables del matemático y del historiador, los desahogos de la correspondencia familiar, y los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta"[280].

---

278 LASTARRIA, 1842.

279 LASTARRIA, 1842.

280 Alejo Francisco Artaud de Montor, literato y diplomático francés (París, 1772-1849). Durante la revolución emigró de Francia; a su regreso en 1800 encabezó las negociaciones con el Papa para la coronación de Napoleón; posteriormente desempeñó otros cargos diplomáticos en distintas cortes europeas. Después de la Revolución de 1830 se consagró totalmente a la literatura y fue nombrado miembro de la Academia de Inscripciones. Escribió la biografía de varios Papas y soberanos europeos de la primera parte del XIX; además, hizo una traducción de *La Divina Comedia* y escribió *Machiavel, son genie et ses erreurs* (1833) y una *Histoire de Dante Alhigieri* (1841). Probablemente por estos últimos textos fue conocido en América. LASTARRIA, 1842.

Lastarria hacía una lectura histórica donde adaptaba esa concepción de la literatura a la realidad nacional –que es eje de su reflexión-; así partía del supuesto que Chile, desde 1810, era un país que se encontraba apenas "en la alborada de nuestra vida social", porque antes estaba atado a una España atrasada que había perdido sus libertades y fueros y encadenado el conocimiento a la escolástica y la Inquisición contra las verdades "que no fueran las teológicas". Este juicio histórico y político sobre el dominio español se descargaba también sobre el freno que el despotismo ilustrado había impuesto a la difusión del conocimiento. Así la literatura –"La Ciencia" para Lastarria- había permanecido enclaustrada lo mismo que las libertades políticas. De la etapa colonial, los célebres escritores Pedro de Oña y Manuel Lacunza, el historiador Ovalle y "el candoroso Molina", si bien habían realizado alguna obra, no podían ser considerados creadores de una literatura nacional; de la etapa independentista sólo el "ilustrado y profundo" Camilo Henríquez era poseedor de un "talento despejado" [281]. De esta manera este lapidario juicio sobre la producción literaria nacional, que recién empezaba a ensayar sus primeras letras, se reflejaba en la educación. Para Lastarria el desafío nacional y generacional, que arrostraba muchos peligros, no era menos titánico:

[...] es el de sobresalir, el de progresar en la civilización, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuremos a satisfacerlo. Tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad[282].

Acá nuestro autor se revela con una actitud similar a otros intelectuales latinoamericanos de la época: la adaptación consciente de los avances científicos y culturales, fundamentalmente europeos, a la realidad local. Adaptación que, para los más escrupulosos y cautos, no consistía en la mera imitación. La actitud creadora y un tanto "adánica" de Lastarria, influenciada por el romanticismo, no se arrojaba irreflexivamente a la creación a partir de la

---

281 Lastarria se refiere a Pedro de Oña autor de la crónica *Arauco Domado* (1596), a Alonso de Ovalle y su *Histórica relación del reino de Chile* (1646); a Juan Ignacio Molina autor del *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* (publicada en italiano en 1776 y traducida al español en 1788 y 1795), de quien ya hemos dado referencias.

282 LASTARRIA, 1842.

nada, no a la "generación espontánea" de una sociedad, sus instituciones y conocimiento; tenía, además, la precaución de no imitar totalmente el pensamiento europeo, por los magros resultados que esta copia había traído en el plano de las ideas políticas. Lo anterior reforzaba su actitud política, que apostaba más por los cambios graduales que por la revolución: "Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita" –recalcaba. Esta reforma se haría con base en cuatro sustentos básicos: "incrustadas fuertemente las raíces de la religión y de las leyes, de la democracia y de la literatura"[283].

Sin embargo, en el plano de la literatura esto no se cumplía. Acá la actitud debía ser totalmente creadora, es decir, "enteramente nacional". Esto porque del nexo directo con la literatura española –sostenía citando a Larra- no se podía sacar mayor provecho toda vez que ésta, sometida por el despotismo y la inquisición, había empobrecido su aporte a la disciplina; ni siquiera era rescatable el famoso "siglo de oro"[284]. Así, se podía citar a un número suficiente de autores, aunque era una tarea ardua separar el trigo de la paja, para encontrar en el campo más promisorio, la poesía, "talentos fecundos y eruditos, de pasajes sublimes, bellos y filosóficos"[285].

Pero si la producción literaria era desechable, no ocurría lo mismo con su fundamento y soporte. Sólo la lengua era la herencia rescatable del dominio español. Siguiendo este principio, criticaba a quienes, ateniéndose a este pobre legado y deseosos de continuar la emancipación

---

283 LASTARRIA, 1842.

284 Mariano José de Larra, "Figaro", (1809-1837), periodista español de una precoz y fugaz trayectoria intelectual; publicó su primer artículo, "Oda a la expresión primera de las artes españolas", a los 19 años, durante la etapa más represiva de la restauración encabezada por Fernando VII. A parte de que la figura de "Fígaro" atravesó continentes, la atracción de Lastarria por este personaje puede ser entendida por su lectura fundamentalmente política de la realidad intelectual española y por su condición de *alter ego* romántico de la figura de Andrés Bello en, al menos, dos aspectos: por su dominio del latín (a los 14 años tradujo *La Ilíada* al español) y por sus estudios de gramática, que esbozó alrededor de 1923. SANZ AGÜERO, 1992, passim.

285 LASTARRIA, 1842.

intelectual de la metrópoli, se volcaban hacia el idioma galo para buscar en él lo que no hallaban en el español:

[...] y llenos de admiración, seducidos por lo que les parece original en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para exprimir tales conceptos; forman o introducen sin necesidad palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio, y violento, adoptan giros y construcciones exóticas, contrarias siempre a la índole del castellano despreciando así la señalada utilidad que podríamos sacar de una lengua cultivada y exponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva, y tal vez, ininteligible. Huid, señores, de semejante contagio, que es efecto de un extraviado entusiasmo[286].

Así criticaba las posturas "vanguardistas" y las poses *snobs* de algunos de sus seguidores. Aunque no rechazaba la literatura francesa *per se*, el programa literario que proponía, llamaba a rescatar lo mejor de eso que precisamente rechazaba, por su significado como herencia colonial, y rescataba el legado de poetas como Garcilaso, La Torre, Herrera y Luis de León y Rioja y de prosistas como Mendoza, Mariana, Solís, Granada y Cervantes. Después de dominado el conocimiento de estos autores, proponía acceder a "esa literatura que sojuzga la civilización moderna", el romanticismo, que basaba su fuerza actual en el cristianismo, la filosofía y la democracia que le había entregado las bases de su "perfectibilidad social", después que hubieran desaparecido las figuras de Goethe, y de los ingleses Lord Byron y sir Walter Scott. Así, el programa que Lastarria proponía para la literatura chilena:

Fundemos pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo más peligroso: la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación[287].

---

286 Hay acá una influencia directa de Bello sobre Lastarria; en su polémica con Mora el primero había criticado fuertemente al español el uso inconsciente de términos y modismos que constituían galicismos que aquél criticaba en los profesores del Colegio de Santiago que Bello dirigía. JAKSIC, 2001, pág. 131.

287 LASTARRIA, 1842.

La propuesta literaria que sostenía –apoyándose nuevamente en Artaud- proponía copiar de los galos el método literario, su "colorido filosófico", no sus contenidos y conclusiones, para fundar una literatura como "expresión auténtica" de la nacionalidad:

[...] la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que se producirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus efectos[288].

De esta manera, el discurso de Lastarria tiene varios aspectos destacables. Es, a la vez, un programa intelectual y un programa político de cambio gradual de la sociedad de la época a través de una reforma del cultivo del conocimiento por antonomasia: la literatura. Ésta debía cumplir una serie de requisitos para servir a este reformador: debía ser original, no glosa directa de otras ni que tomara prestado de esas; libre, es decir, no estar sometida a los arbitrios políticos ni religiosos; nacional, esto es, debía reflejar la sociedad de la cual provenía; y estar dirigida al conjunto de la sociedad y no ser patrimonio de las clases privilegiadas.

El núcleo de la Sociedad Literaria presidida por Lastarria estaba integrado por Juan Nepomuceno Espejo, Francisco Bilbao, Javier Rengifo, Santiago Lindsay, Juan Bello (hijo del intelectual venezolano), Francisco Solano Asta-buruaga y Valdés. De estos, sólo Bello no se había educado en el Instituto. Participaron también Argüelles, Bascuñán Guerrero, Manuel Bilbao, y Domingo Santa María, entre otros. Los concertados realizaron la promoción de la nueva sociedad entre "los jóvenes de los últimos cursos de legislación". Identificaremos a cada uno de estos personajes a medida que vayamos tratando las diversas áreas del conocimiento y la política en que fueron desarrollando sus actividades posteriores. Los objetivos de la nueva academia eran "escribir y traducir, estudiar y conferenciar, para preparar la publicación de un periódico literario que fuese al mismo tiempo un centro de actividad intelectual y un medio de difusión de las ideas"[289].

---

288 LASTARRIA, 1842.

289 LASTARRIA, 1968, págs. 85 y 86.

La primera actividad pública se realizó el 18 de septiembre de 1842, en el aniversario de la Independencia; en ella fueron premiados jóvenes escritores hasta ese momento desconocidos como Juan Bello en prosa, y Santiago Lindsay, Ramón F. Ovalle, Francisco Bilbao y Javier Rengifo en poesía[290]. En sus sesiones regulares expusieron sus primeros trabajos futuros intelectuales como Francisco Bilbao, que disertó sobre "psicología y la soberanía popular"; y Juan Bello, llevó una obra de teatro y un trabajo sobre geografía de Egipto; Valdés habló sobre el espíritu feudal y aristocrático, Lindsay recitó poemas patrióticos. Además, varias de las sesiones fueron destinadas a discutir sobre las cualidades que debía tener un libro para la instrucción general del pueblo.

Gracias a la lectura de sus actas sabemos que la Sociedad funcionaba con una dinámica y organización formal que la acercaba más a las sociedades científicas de la época, que a las simples tertulias[291]. En las reuniones estaba absolutamente prohibido fumar, nadie podía salir a la calle durante las sesiones, el reglamento indicaba que un fiscal, que debía sentarse siempre a la izquierda del director, debía controlar la asistencia. Todo el ambiente lleva a pensar en el grado de consciencia y la importancia fundacional que pretendían imprimir a sus actos:

Los rasgos de solemnidad –ha señalado Bernardo Subercaseaux- revelan, por encima de lo anecdótico, una determinada conciencia histórica, consciencia de pertenecer a una generación predestinada, decisiva, a una generación adánica que en una fase de nuevo ecumenismo se siente llamada a participar en las vicisitudes creadoras de la historia[292].

Hay en todas estas actitudes fundacionales, una impronta cultural e ideológica muy marcada resultado de la mezcla del liberalismo como doctrina política moderna y de elementos del autoritarismo ilustrado, herencia del último período colonial. No por casualidad el mismo comentarista repara en que, pese a estar influidos por el romanticismo, sus actitudes los semejaban más a "déspotas ilustrados"[293]. Esto último no debe extrañarnos puesto que lo que estaban haciendo era recrear, cuando ya se había superado la Colonia, una "corporación" literaria a la usanza de las que propagaron las primeras luces de la ilustración. El resultado fue la

---

290 LASTARRIA, 1968, págs. 164-165.

291 SOCIEDAD LITERARIA, "Actas de la Sociedad Literaria", *Revista chilena de historia y geografía* N° 37, Santiago, 1920, págs. 445-448.

292 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 50.

293 Ibid.

formación de una cultura política liberal que tenía un proyecto de modernidad muy claro, con intereses "democráticos" (cuya bandera Lastarria siempre enarboló) y que se expresaban en la animadversión hacia el "autoritarismo presidencial"; pese a que estos intereses se agotaban ahí pues era, en su esencia, sólo una academia dedicada a la producción intelectual. En los acontecimientos políticos posteriores vamos a ver cómo se desarrollan estas características.

En el plano cultural, el posicionamiento de este grupo como fundante reafirmaba esta característica despótica. La actitud estaba plenamente justificada: estaban, conscientemente, echando las bases de la literatura nacional en el momento que ésta no existía. La creación literaria tenía "un fin edificante": el ser parte de la construcción de un proyecto que desplazara las rémoras de la cultura colonial y fundara otra verdaderamente nacional los hacía poseedores de la verdad. Además, "La Literatura" (con mayúscula) era, en ese momento del desarrollo intelectual chileno, la disciplina que por ser la primera en constituirse con un sello propiamente nacional, abarcaba todo el conocimiento acerca de las "ciencias morales", independizadas del saber eclesiástico y de las ciencias exactas y naturales. Por lo mismo, esta disciplina (y en el espacio cultural de la Sociedad Literaria) comprendía la creación poética y dramática, el conocimiento histórico, la política y la difusión de las luces y, por lo tanto, la libertad.

Este proceso pronto daría sus frutos. Esta serie de jóvenes formarían la columna vertebral de la cultura chilena y sudamericana, constituyéndose en el grupo intelectual propiamente nacional, es decir, producto del desarrollo educacional y cultural republicano; gracias a su formación humanista, estaba destinado a influir largamente en la política y la cultura chilena del siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Aunque opositores a los gobiernos conservadores, estos jóvenes intelectuales eran tanto producto del *establishment* cultural conservador como "proscritos legales"; es decir, no gozaban del ejercicio del poder pero tampoco eran totalmente marginales al sistema. De todos modos, el *Discurso de incorporación* constituyó la voz de un grupo no autorizado por el canon del modelo cultural dominante: en un medio académico en formación, ni la prensa oficial ni las revistas académicas le dedicaron una reseña o comentario. El mismo Lastarria reconocía este hecho y, más aún, se dolía del silencio de los propios amigos denunciando "el trabajo de los adversarios para hacer prolijas investigaciones con el propósito de sorprendernos algún plagio"[294]. Por ello el texto causó una

---

294 No fue el único trabajo de Lastarria silenciado con la indiferencia. Él mismo señalaba que la *Historia constitucional de medio siglo*, publicada en 1853, tampoco fue recepcionada en el medio local; antes recibió el aplauso en *El Comercio* de Lima y sólo un mes después mereció un breve comentario en *El Mercurio* de Valparaíso a raíz de las críticas que le hiciera Bello. LASTARRIA, 1968, pág. 107-108.

soterrada polémica; muchos opinaron al respecto pero anónimamente por ejemplo, un autor incógnito respondió en las páginas de *El Mercurio* de Valparaíso[295].

2.6.1.- EL SEMANARIO DE SANTIAGO Y EL DEBATE SOBRE EL ROMANTICISMO

La polémica sobre el *Discurso de Incorporación*, la primera de muchas, lejos de malograr el plan de Lastarria, lo favoreció. Para realizar su propuesta su autor fundó el *Semanario de Santiago*, un periódico que tenía como fin dar a conocer "las composiciones que aquella corporación calificase de más dignas y sobre todo para insertar traducciones hechas con el objeto de propagar las nuevas ideas y de fomentar el buen gusto y el cultivo del arte"; además respondía a un momento político y cultural muy crítico: hacía seis años que el ex institutano perseguía iniciar un movimiento que contrarrestara las doctrinas políticas e intelectuales dominantes que unían a la juventud a la "atrasada civilización española", en su opinión: "funestas a nuestro porvenir democrático"[296].

Unos días antes que quedara formado el equipo de trabajo de la nueva revista, Francisco Bello habló con Lastarria para concertar una cita encargada por su padre. Andrés Bello estaba preocupado de que el periódico no se hiciera el portavoz de una secta, un partido o una sola corriente literaria, de manera que no pudiera rivalizar con *El Museo* y la *Revista de Valparaíso*; al parecer tampoco el sabio venezolano deseaba que el gobierno del que formaba parte, impulsado por los sectores más retrógrados, fuera a clausurar un periódico que se identificara con el liberalismo. Lastarria supo valorar el consejo y no mezcló con la política la "acción en la enseñanza y la escuela reformista que deseábamos fundar"; pero tuvo cuidado en tratar de "neutralizar la influencia de los escritores conservadores que eran sus discípulos"; además tenía consciencia de que el momento le era propicio y sus planes estaban resultando después de diez años de represión política y cultural que habían significado el gobierno de Prieto[297].

Aparte de su organizador, el núcleo de *El Semanario* estaba compuesto por Juan Nepomuceno Espejo; José María Núñez, quien estaba a cargo de "explorar la literatura francesa

---

295 "La cuestión literaria", *El Mercurio*, Valparaíso, 25-VI-1842.

296 LASTARRIA, 1968, pág. 129.

297 LASTARRIA, 1968, págs. 131-132.

contemporánea"; y Francisco Bello, de la inglesa[298]. Este último llevó a algunos jóvenes representantes del peluconismo: Salvador Sanfuentes, Juan E. Ramírez, y Manuel Antonio Tocornal. Lastarria además convenció a Antonio García Reyes, Antonio Varas, Marcial González, Manuel Talavera y Joaquín Prieto Warnes y les encargó la crítica dramática. Talavera trajo a José Joaquín Vallejo, que colaboraba en *El Mercurio* de Valparaíso y firmaba como "Jotabeche". Todos formaron el equipo permanente y por fuera colaboraban Hermógenes Irizarri (hijo de Antonio José, el director del *Semanario Republicano* de 1814), A. Olavarrieta y Jacinto Chacón.

Las reuniones se hacían en los cuartos que Núñez o Varas tenían como internos del Instituto; en la primera de estas citas lo definieron como un periódico de "intereses generales" antes que únicamente literario. La forma de financiamiento era a través de suscripciones, las que no alcanzaron a cubrir los costos de la impresión por lo que regularmente los mismos organizadores debieron sufragarlos. El primer número salió a la calle el 14 de julio de 1842 y V. F. López lo recibió fríamente en *La Gaceta del Comercio*, de Valparaíso. Sarmiento, por el contrario, lo saludó efusivamente en *El Mercurio*. La revista cerró sus ediciones en febrero de 1843 en la entrega número 31.

Pronto la rivalidad política y cultural entre el *Semanario* y la *Revista de Valparaíso* se destapó. En el número 4, de mayo de 1842, Vicente Fidel López escribió un artículo sobre la importancia del teatro en el mundo moderno titulado "Clasicismo y romanticismo". En él caracterizaba la revolución cultural que, en la "opinión pública", había implicado esta última corriente:

Esta revolución ha subordinado la forma de la literatura a la crítica de fondo; las inspiraciones espontáneas del ingenio a la reflexión científica; la belleza a la alta armonía de la razón: y así es como la inteligencia de nuestro siglo ha creído necesario levantar su anteojo sobre las copas del cedro literario, para determinar el pensamiento elevado, filosófico, socialista,

---

298 Francisco era hijo de Andrés Bello. Por la estada de su padre en Inglaterra "tenía una educación clásica eminentemente británica", por lo tanto estudiaba la literatura española "con cierto desapego" y no participaba del interés de los demás por la política. Era profesor del Instituto y ya había escrito una gramática latina. LASTARRIA, 1968, págs. 129-130.

del cual una nube cargada de benéfica lluvia lo fertiliza derramando sobre él profundas y delicadas inspiraciones[299].

López seguía exponiendo una concepción de la revolución cultural del siglo XIX como una corriente que, en la lucha abierta entre el clasicismo y el romanticismo, pugnaba por democratizar y popularizar la poesía despojándola de sus "pretensiones aristocráticas" y hacerla útil a la "mejora moral de los pueblos"; hacía de la literatura un culto que se inspiraba a la vez en "el arte y en la sociedad", y recalcaba que en la actualidad una nueva concepción:

Removido el fondo de la literatura y bien examinados los principios de su existencia, se ha llegado a ver que las producciones literarias no son arranques caprichosos del ingenio individual, ni tampoco pactos aislados de la imaginación, sino que ellas constituyen una faz lógica y necesaria del perpetuo desarrollo del pensamiento; y que se encadenan por la época en que se producen con la marcha de la razón humanitaria[300].

El tema del artículo resultaba polémico ya que se instalaba sobre los dos polos del debate cultural y político del momento en Chile. El romanticismo tenía una candente actualidad, toda vez que la mayor parte de la intelectualidad joven se había educado bajo esas dos escuelas: la clásica de Bello y la romántica de Mora, y tomaba partido ya por una ya por otra. López analizaba la "carencia total de instintos literarios", que se expresaban en las sociedades americanas como producto de la situación política y social heredada del sistema colonial, que las hacía refractarias a cualquier cambio: "Nuestros conocimientos literarios –sentenciaba- no alcanzan, sino hasta donde alcanzan las necesidades e influencias literarias de la sociedad en que vivimos". Para ello hacía una lectura crítica del romanticismo en la que explicaba que los excesos de la revolución Francesa provocaron un desengaño que hizo retrotraer a mucha gente y volver sus ojos a aquellas épocas anteriores a la revolución, cuyas ideas ésta había atacado; por ello muchos se habían volcado hacia la Edad Media, es decir, hacia los elementos reaccionarios del romanticismo. De esta manera, se buscó una "alianza entre el pasado y el presente, entre el presente y el provenir", que tuvo sus máximas expresiones en M. de Chateaubriand, Byron y Walter Scott. Así, lo que caracterizaba al romanticismo era esa "pura y amable adhesión que ha

---

299 V.F. López, "Clasicismo y romanticismo", *Revista de Valparaíso* N° 4, Valparaíso, mayo de 1842. Los textos que siguen fueron compilados en 1943 por Norberto Pinilla bajo el título de *La polémica del romanticismo en 1842*, hemos ocupado esta edición. Véase: PINILLA, 1943, pág. 12.

300 LÓPEZ en: PINILLA, 1945, pág. 12.

demostrado por el catolicismo y la feudalidad", tan presentes en Dante y su obra resucitando aquello que los siglos de Bossuet y Voltaire (XVII y XVIII) habían tratado de enterrar.

La concepción de la historia que manejaba López, con una base deísta, era liberal y progresista pues se fundaba sobre la dinámica de los cambios:

La naturaleza humana, por un fenómeno, cuya ley pertenece a la Divinidad, conserva su unidad primitiva pero trabajada esa unidad por la actividad libre e inteligente del hombre, recibe desarrollos siempre nuevos, y que si no lo varían, la completan. La sucesión de estos cambios sucesivos [sic] verificados por la libertad del hombre, es lo que constituye la historia. La historia es pues la expresión de los movimientos, sucesos, innovaciones, con que al paso que se hace palpable la parte fundamental e inamovible de la naturaleza humana, se hace resaltar su parte libre y progresiva [...][301].

Desde esta perspectiva analizaba el fenómeno del clasicismo y el romanticismo. El primero, que tenía una relación directa con la Ilustración, había reaccionado contra la Edad Media identificándola con una época de aberración que había cobijado la monarquía, la nobleza y el clero, mientras que el legado cultural de Grecia y Roma eran todo lo contrario: la república, la independencia y exaltación del individuo, la libertad del ciudadano, la filosofía "reducida a un escéptico estoicismo" el culto (religioso) reducido a "la falsedad y el ridículo por la literatura y las costumbres". El clasicismo fue todo analogía de eso pero una imitación falsa pues, lo mismo que cualquier otra literatura, sólo podía representar su época, es decir, una analogía entre lo antiguo y lo moderno: "Cuando él creía resucitar la vida de los griegos y romanos levantando estatuas donde se escribía el nombre de su héroe, no hacía otra cosa que representar modelos para el ciudadano moderno, para el ciudadano que representaba la sociedad contemporánea"[302]. Sin embargo, para López, el error que cometió el clasicismo fue creer que las leyes literarias a las cuales se sujetaban eran las leyes eternas del arte sin atender que cada expresión artística era fruto de una sociedad y un tiempo determinado[303].

---

301 LÓPEZ en: PINILLA, 1945, pág. 26.

302 LÓPEZ en: PINILLA, 1945, pág. 28.

303 El romanticismo fue una corriente literaria y filosófica surgida especialmente Alemania y Francia pero que caracterizó a todos los países europeos, y que se extendió desde mediados del siglo XVIII hasta la primera mitad del XIX, es decir, la misma época en que se desarrolló el iluminismo y el clasicismo. Pero la etapa romántica más

Un mes después de aparecido el artículo de López, el segundo número del *Semanario* incluyó un texto de Sanfuentes sobre el romanticismo. En éste contestaba a Sarmiento algunas opiniones que el autor del *Facundo* había vertido sobre los jóvenes conservadores de la revista y opinaba respecto del texto de López:

Va sucediendo –decía Sanfuentes-, con el romanticismo en Chile, lo que ha sucedido y sucederá siempre con aquello escritos llenos de frases ampulosas, pero vacías de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria. La multitud que los escucha los aplaude por la misma razón que no los comprende"[304].

Probablemente el texto del *Semanario* no hubiese tenido mayor repercusión, ya que López dejó inconcluso "Clasicismo y romanticismo" cuando la *Revista de Valparaíso* fue cerrada. Pero al otro día, las páginas de *El Mercurio* incluyeron otro texto de Jotabeche titulado "Carta a un amigo de Santiago". En ella el escritor coquimbano decía:

[...] esta moda, que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala de San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades* nacionales [...] Prepárate –le decía a Sanfuentes- a recibir este sacramento de penitencia leyendo el artículo de la *Revista de Valparaíso*, sobre el romanticismo y el clasicismo y avísame si el castellano en que está escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; por que ¡juro por Dios! Que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces[305].

---

creativa e influyente abarcó las tres primeras décadas de este último. Por ello, los mismos románticos fueron, tanto precursores de la Revolución Francesa como hijos de ella, tanto contribuyeron a desatarla como ésta desenvolvió sus potencialidades. Autores latinoamericanos como Mirta Aguirre han establecido que más que un romanticismo es necesario hablar de "los" romanticismos, en virtud de que cada país donde esta corriente se reprodujo tuvo características nacionales propias, y que incluso al interior de cada sociedad nacional donde fructificó, tampoco hubo unidad en los principios o postulados por lo cual es más exacto hablar de "los románticos" AGUIRRE, 1973, págs. 11 y 12.

304 SANFUENTES en: PINILLA, 1953, pág. 34.

305 JOTABECHE, 1842 en: PINILLA, 1943, págs. 40-41.

Sanfuentes y Jotabeche eran políticamente distintos, el primero discípulo de Bello y el segundo de Mora, pero –en opinión de Lastarria- ambos representaban a la "vieja escuela", el uno un conservador que "marchaba a liberal sincero en política", el otro, un pipiolo devenido en el más fanático creyente en la omnipresencia de la autoridad. Aunque el mismo Lastarria lo desestima, en el plano intelectual era una lucha entre el clasicismo que Bello había inculcado a los chilenos contra el romanticismo de los argentinos. Los primeros, seguidores del maestro venezolano, estaban a favor de la necesidad de cultivar el "hermosillismo" del habla por lo que criticaban a los segundos, el "afrancesamiento" del español que los caracterizaba como románticos[306]. El enfrentamiento también se producía en torno a si la literatura que había en Chile era en realidad española, pues los argentinos criticaban la permanencia de costumbres coloniales en la sociedad chilena. En fin, las enseñanzas de Bello, especialmente su visión sobre la lengua y la gramática había entrado profundamente en el grupo de jóvenes que serían la generación de recambio en el poder del grupo pelucón. Continuaremos examinando este aspecto más adelante. Además, el mismo Lastarria lo reconocía:

[...] esas creencias y tradiciones [las conservadoras promovidas por el gobierno pelucón], a que el señor Bello, el gobierno y los conservadores pertenecían, estaban fuera del movimiento literario que nosotros promovíamos y dirigíamos, y formaban el fondo de uno de los partidos literarios, el más fuerte, el predominante, porque el otro, en que cooperaban los argentinos emigrados, era incipiente y no representaba sino ideas nuevas, que no eran comprendidas ni simpáticas, y que aun hoy pugnan por hacerse lugar[307].

Este enfrentamiento lo habían iniciado antes los discípulos de Bello como Vallejo, Tocornal y Ramírez, que desde las páginas de *El Porvenir* y *la Guerra a la Tiranía*, los

---

306 Los jóvenes gobiernistas Vallejo, Tocornal y Ramírez, que escribían en *El porvenir* y en *Guerra a la Tiranía*, los dos periódicos que habían sostenido la candidatura pelucona a la presidencia, criticaban a sus adversarios liberales chilenos en "ardientes polémicas sobre vocablos y purismo gramatical... al lado de las más procaces diatribas y de las más repugnantes injurias" ante los inusitados argentinos que no daban crédito a que los conservadores despreciaran a los adversarios políticos "porque no escribían bien el español". LASTARRIA, 1968, pág. 127.

307 Nótese que Lastarria escribe esto en 1878, cuando la política y la cultura liberal habían conquistado un amplio espacio, lo que prueba la larga influencia de las ideas de Bello en la sociedad chilena. LASTARRIA, 1968, pág. 126.

periódicos pelucones que sustentanban la campaña de Bulnes, criticaban a sus adversarios liberales el no escribir bien el español. Era esta una polémica política a la vez que intelectual. Un comentarista posterior calificó así los epítetos que se intercambiaron escritores de uno y otro lado de la cordillera: "romántico y argentino eran sinónimos, lo mismo que lo fueron romántico y extravagante, que clásico y autoritario en el curso de la viva controversia"[308]. Para Lastarria, sin embargo –que hizo suyas las palabras de M. Pérrin- el romanticismo:

[...] tantas veces mal definido, no es, si bien se mira, sino el *liberalismo* en literatura [...] El liberalismo literario no será menos popular que el liberalismo político. La libertad en el arte, la libertad en la sociedad, tal es el doble fin a que deben dirigirse con un mismo paso todos los espíritus consecuentes y lógicos; tal es el doble lazo que unirá, exceptuada muy pocas inteligencias (que también se ilustrarán), a toda la juventud tan fuerte y paciente de hoy día[309].

Para el director de la Sociedad Literaria la polémica resultó incómoda e "irritante" pues minaba la fortaleza de sus planes culturales. El *Semanario de Santiago*, que albergó las diatribas durante sus cuatro primeros números, continuó sus ediciones sin estas distracciones, tratando sobre debates parlamentarios, "trabajos administrativos" y "producciones literarias", pero su director lo alejó intencionalmente de la política contingente pese a que los otros medios lo incitaban a bajar a la arena:

Nosotros –contestaba Lastarria, por él mismo- no pertenecemos *a ninguno de los bandos* que han dividido a la República, y no reconocemos *gobierno nuestro* que sostener, ni partido contrario que combatir. Otro objeto más noble, más puro, más desinteresado debe ocupar la mente de los ciudadanos, el de ir promoviendo la mejora de nuestra condición social[310].

Así, Lastarria trataba de romper la polaridad del sistema político chileno y hacer propaganda a una serie de medidas. Además, aclaraba su proyecto político de cambio gradual de la sociedad a través de la cultura:

---

308 ORREGO LUCO, 1890, pág. 318.

309 LASTARRIA, 1968, págs. 136 y 137.

310 LASTARRIA, "La posición del Semanario", *Semanario de Santiago*, N° 24, Santiago, XII-1843. (destacados en el original).

Ella pone hoy su empeño en ilustrar a las masas, en hacerlas abandonar sus vicios y sus hábitos perniciosos, en allanar los obstáculos que impiden el desarrollo de sus elementos de ventura... Cuando la ilustración se haya difundido, cuando el bienestar general, que es obra de la civilización y de las leyes, haya hecho al pueblo bastante fuerte y poderoso, entonces la opinión pública triunfará de seguro y la democracia tendrá su imperio fundado sobre bases indestructibles[311].

Este párrafo recuerda necesariamente al proyecto de Portales que planteaba la democracia como una meta futura; la diferencia es que Lastarria no proponía "gobiernos fuertes" ni "enderezar a los ciudadanos" por medio del "orden y las virtudes", sino una democratización por medio de la cultura, que ilustrara al pueblo y que consolidara una democracia muy diferente al "absolutismo ilustrado" del ministro[312].

Clasicismo y romanticismo, más que escuelas absolutamente contrarias, compartieron puntos en común o al menos tenían "fronteras difusas" donde se tocaban o traslapaban algunos de sus contenidos y bases intelectuales e ideológicas. El clasicismo fue un movimiento literario totalmente moderno, pese a que sus fundamentos provenían de la antigüedad clásica o la literatura grecorromana. El romanticismo, por su parte, buscó sus fundamentos en la Edad Media, y también como movimiento absolutamente moderno, era una reacción ante excesos de la Revolución Francesa; y esta era su contradicción fundamental: pues negaba la feudalidad que le daba sustento, así la actitud romántica tenía un fundamento retrógrado.

Algo similar a lo ocurrido en el arte se registró en el pensamiento político. El despotismo ilustrado era, muy a su pesar, un movimiento radicalmente moderno, que ocupó la racionalidad para hacer más eficiente su control político. Pero, en esencia, arrancaba en el pasado medieval (en América en la Colonia) que no quería romper con la monarquía y que para ello usó el fruto de la modernidad: la razón. El liberalismo político, por su parte, buscó sus raíces en el individualismo (uno de los elementos básicos del romanticismo), creyendo que ahí latía la realización de la libertad. El liberalismo fue frenado por el republicanismo (una tendencia que, al igual que el clasicismo, hundía sus raíces en la antigüedad clásica) resultante de la lectura que el liberalismo conservador hizo sobre la Francia revolucionaria. No por casualidad Benjamin Constant es tanto un escritor romántico, como un teórico político que inoculó elementos conservadores al liberalismo para alejarlo de la enfermedad jacobina.

---

311 Ibid.

312 Cfr. BRAVO LIRA, 1994, págs.

La faceta política que el romanticismo adquirió en Chile (y entre los exiliados argentinos) se asentaba sobre una lectura que identificó el pasado colonial con lo español y con el atraso cultural; por ello el romanticismo se identificó con el liberalismo de origen francés, aunque también, como hemos visto en el discurso de Lastarria, rescataba a Larra, la figura, por antonomasia, más legendaria del romanticismo español, y no con el romanticismo "arqueológico", fundamentalmente alemán. Lo anterior comprueba la máxima de Aguirre sobre que hay, más que un romanticismo, tantos "romanticismos" como naciones donde se cultivó, y que en cada uno "hibridó" sus características centrales con la historia de la sociedad donde fructificó. En Chile esto influyó para que existiera tanto literariamente un "romanticismo liberal" como políticamente un "liberalismo romántico".

Pero ¿cómo comprender las razones de este debate sobre el romanticismo con todos los tamices con que éste llegó a Chile? ¿porqué en un país tan periférico se produjo un debate sobre una corriente central en el arte y la literatura europeos?; aparte de las complejas pero obvias conexiones políticas, ¿qué llevó a chilenos y a argentinos sentirse "clásicos" o "románticos"?. La respuesta nos la entrega Mirta Aguirre quien cita a Engels para referirse a Alemania entre 1789 y 1820, en el momento de vigencia de esta corriente:

No había instrucción, ni medio para influir sobre la mentalidad de las masas, ni libertad de prensa ni opinión pública... Todo estaba podrido y vacilaba sobre sus pies, pronto a desplomarse, y ni siquiera era dable esperar un cambio benefactor, porque en el pueblo se hallaba ausente la fuerza capaz de barrer los cadáveres en descomposición de las instituciones caducas.... Esta oprobiosa época política y social era, al mismo tiempo, la gran época de la literatura alemana. Toda obra notable de entonces está transida del espíritu de protesta contra la sociedad alemana. Goethe escribió la obra *Goetz von Berlichingen*, elogio, en forma de drama, de la memoria de un revolucionario. Schiller creó *Los bandidos*, glorificando a un joven magnánimo que había declarado la guerra abierta a toda la sociedad[313].

El paralelo con la situación política e ideológica que se vivía en ese momento en Chile es más que obvio; en este contexto los jóvenes pro liberales se transformaron en "románticos" y leyeron en el romanticismo un "liberalismo en el arte". Fue el momento épico del nacimiento de una literatura nacional.

---

313 ENGELS citado en: AGUIRRE, 1973, págs. 24 y 25.

2.6.2.- EL PROCESO A BILBAO: LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO UTÓPICO

Como vimos, *El Semanario* cerró sus prensas a inicios de 1843 pero le continuó *El Crepúsculo* como el medio por el cual la Sociedad Literaria daba a conocer sus eventos; la nueva publicación ya no contaba con la dirección de Lastarria que ahora se reservó el papel de colaborador[314].

Comenzando su segundo año, en el número de junio de 1844 del periódico apareció *Sociabilidad chilena*, un ensayo de un estudiante del Instituto que incendió a la sociedad. Su autor, Francisco Bilbao, que entonces contaba 21 años, había nacido en Santiago el 9 de enero de 1823. Su padre, Rafael Bilbao, un liberal perteneciente a la tendencia más radical, fue diputado en los congresos de 1826 y 1828; su casa fue asaltada por las tropas conservadoras en el "motín de los coraceros", impulsado por los conservadores. Durante la guerra civil de 1829 combatió del lado del gobierno en la batalla de Ochagavía; cuando ocurrió el triunfo pelucón de Lircay, el joven Francisco tenía 7 años. En 1834 el padre fue sentenciado a seis años de extrañamiento en el Perú; allí el joven estudió astronomía, ciencias exactas y música además de practicar natación y gimnasia; antes de retornar en 1839. Ingresó al Instituto Nacional donde estudió derecho público y de gentes, latín y filosofía, con Andrés Bello, Lastarria y Vicente Fidel López. A los veinte años había leído a Rousseau, Cousin y Voltaire, los *Evangelios*, y *El Libro del pueblo* de Lamennais, de quien tradujo *La esclavitud moderna*[315]. Había abandonado el catolicismo hacía poco y, según Lastarria:

Era un espíritu ardiente y poético, pero su poesía brillaba como una manifestación del acendrado misticismo que formaba el fondo de su sentimiento: no podía dejar de ser creyente, y faltándole su antigua fe en el catolicismo romano, se asilaba en el Evangelio, para condenar

---

314 *El Crepúsculo* partió bajo la dirección de Juan Nepomuceno Espejo y Juan José Cárdenas; a éste pronto lo reemplazó Cristóbal Valdés; colaboraron Francisco de P. Matta, Andrés y Jacinto Chacón, Hermógenes Irisarri, Santiago Lindsay, F.S. Astaburuaga y Juan Bello. También colaboró Andrés Bello y sus hijos Francisco y Carlos y la señora Mercedes Marín del Solar. LASTARRIA, 1968, pág. 232.

315 FIGUEROA, 1898, págs. 31-75.

aquella creencia, y buscaba la satisfacción de su misticismo en la metafísica mesiánica de Lamennais y otros socialistas teológicos[316].

La personalidad de Bilbao, pero sobre todo su biografía intelectual, resumen una serie de elementos y conflictos que se presentaron en una fracción importante de la elite intelectual ilustrada chilena durante todo el siglo XIX. Primero, abandono del catolicismo pero no del misticismo, de ahí su búsqueda incesante de una nueva creencia que combinar con la ciencia; segundo, eclecticismo ideológico, Bilbao era lector tanto de Lamennais como seguidor del fatalismo de Herder y Vico y de las nociones de verdad y justicia de Michelet; ésto también lo influyó en el radicalismo político que encontró en el socialismo utópico.

Debemos detenernos aunque sea momentáneamente en esta serie de autores, pues tienen la particularidad de haber sido "recuperados" por el romanticismo liberal del siglo XIX. Vico y su *Sciencia Nuova* es una herencia híbrida entre el racionalismo político de Bacon, que se deja ver en su proyecto de "independización de la historia... y de la educación de ella como certificadora de lo verdadero universal"[317]. La influencia de Johann Gottfried Herder en Bilbao debe ser fruto de una discusión más detenida. Los principales aportes que el chileno puede haber

---

316 LASTARRIA, 1968, pág. 233.

317 Giambattista Vico (1668-1743). Desde joven destacó en los estudios de leyes pero no consiguió la cátedra en Nápoles que tanto deseara por su heterodoxa interpretación del derecho romano. Pese a ser considerado posteriormente un genio, su excentricidad hizo que llevara una vida llena de fracasos académicos, en que incluso perdió la memoria cuando fue nombrado historiador de la casa real. Su obra fue rescatada en parte por De Angelio que dio una traducción de la *Sciencia Nuova* al alemán a Michelet que la tradujo al francés y fue moneda común entre los románticos. Las principales influencias de Vico fueron Platón, Tácito, Descartes (cuya "abstracción intelectualista" lo "deshumanizaba y desocializaba"), y la filosofía empírica de los ingleses. Por ello, su pensamiento manifestaba "asepsias rigurosas" contra la religión, la metafísica, la tradición y el "gran legado clásico". Rescató el entendimiento por el amor, la intuición, la experiencia social, las probabilidades, el valor constructivo de la "imaginación popular", la "esencia inspiradora de la autoridad", la "irreductibilidad de lo mecánico", sin olvidar el racionalismo. Devoto católico con influencia agustiniana, sus concepción de la historia estaba caracterizada por la existencia de la Providencia obrando en lo natural. CARNER, en: VICO, 1978, pág. 8-10.

recogido de este autor giran en torno al carácter natural-evolutivo del lenguaje, surgido de la imitación de los sonidos de la naturaleza, capaces de evolución y crecimiento continuos[318]. El pensamiento de Herder tiene relación con el romanticismo ya que se opuso al "limitado sentido histórico de la Ilustración"; así planteó que la historia, en tanto evolución y crecimiento, es una característica de todas las realidades naturales, de tal manera que el universo entero puede ser entendido desde el punto de vista de su desarrollo evolutivo-histórico; sin embargo, para este filósofo alemán donde mejor se manifiestan las leyes evolutivas generales de la naturaleza es la historia humana. El meollo del pensamiento de Herder radica en la siguiente reflexión: "En rigor, todo ha sucedido en la Naturaleza como si la formación de la humanidad fuera su finalidad última. Pero la humanidad no recorre su evolución en una sola etapa; tiene que recorrer distintos grados de cultura y cambiar de formas hasta que se funde una sociedad basada en la razón y en la justicia"[319].

Finalmente Jules Michelet, como dijimos, fue el traductor de Vico al francés y su lectura reactualizó su presencia en la filosofía de la historia que se discutía.

La impronta de todos estos autores están presentes en la elaboración de *Sociabilidad chilena*, que partía de una lectura radical y utópica de la Revolución Francesa. El texto es estrictamente

---

[318] Johann Gottfried Herder (1744-1803) comparte con el pensador napolitano su profunda concepción humanista y la centralidad que ocupa la historia en su reflexión. Nacido en Prusia oriental, fue predicador en Bückeburg y Superintendente General en Weimar. Discípulo de Kant en su período pre-crítico, se opuso terminantemente a la filosofía trascendental, intentando mostrar en su *Metacrítica* que el origen del conocimiento radica en las sensaciones del alma y en las analogía que ésta establece en base a las experiencia de sí mismo. Su más importantes contribuciones, que llegaron a nuestro intelectuales latinoamericanos, son su doctrina del lenguaje y su filosofía de la historia. Sus principales obras fueron: *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, 1772 (*Tratado sobre el origen del lenguaje*); y *Ideen zur Philosophie der Ceschichte der Menschheit*, 4 vols., I, 1884; II, 1785; III, 1787; IV, 1791 (*Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*). De ésta hemos tenido a la mano la traducción francesa de Aubier, París, 1962.

[319] HERDER, 1962, pág. . Vamos a retomar especialmente a Herder y Vico más adelante pues sus contribuciones siguieron alimentando el debate intelectual chileno y en particular el que se desarrolló el positivismo en torno a la historia.

un ensayo, género muy poco cultivado en ese momento por la influencia empirista que Bello cuya escuela había establecido que los escritos políticos debían buscar la cientificidad del dato y el detalle en la narrativa histórica (hemos visto que estas características tensionaban también la historia teorizante de Lastarria). El estilo de Bilbao, por tanto, escapa a los cánones de la época y mezcla el análisis libre de la sociedad con una especie de arenga política con fuertes rasgos utópicos y místicos. He aquí, por ejemplo, parte de su exordio:

En las épocas transitorias de la civilización aparece esta multitud de espíritus decaídos. La inspiración que necesita un objeto, la voluntad un apoyo para ejercer su poder, languidecen al faltarles el aliento vivificante de la fe. El poder de expansión que solicitan, se amortigua a la presencia de la indiferencia externa, o por la impotencia de la fe que anhelan. Observan el universo por medio del análisis y lo divisan cubierto por la nieve del invierno. Entonces el poder que sienten se concentra y devora la misma actividad que lo alimenta. Así vemos a estos hombres que nacidos en la tranquilidad de la materia, desesperan al penetrar en el infierno subterráneo de las sociedades[320].

Por estas razones Lastarria, su maestro y mentor, pese a que lo estimaba, fue uno de sus más duros críticos. Esta distancia estaba basada no sólo en el estilo literario del joven, que "adquirió el hábito de la generalización" que expresaba mediante "proposiciones absolutas" y "aforismos", sino también en la ideología que éste propugnaba: el socialismo utópico unido a la religión científica, esa "metafísica mesiánica" de Lammenais, que el joven asumió en reemplazo de su perdido catolicismo[321].

Sociabilidad chilena es fundamentalmente un ensayo político, es decir, la interpretación acerca de la sociedad chilena hecha por un joven educado en el Instituto que adscribía a una corriente ideológica donde se mezclaban el socialismo utópico y el misticismo revolucionario. El juicio que hace Bilbao sobre el pasado, no dista mucho del que hicieron en la época otros

---

320 BILBAO, 1844, pág. 57.

321 LASTARRIA, 1968, pág. 233 y 234. Las opiniones de Lastarria, vertidas en sus *Recuerdos literarios* (1878), eran, probablemente, una crítica indirecta al resurgimiento de la "religión científica" en la década de 1870 en manos de los "otros" positivistas, los hermanos Lagarrigue, con quienes en ese año había formado el Círculo Positivista, del que luego se distanció por la interpretación mística que Jorge Lagarrigue buscaba en la filosofía de Comte. Abundaremos más acerca de esto en el capítulo V.

liberales –incluido el mismo Lastarria-, como legado de la España medieval, es decir, la herencia que unía catolicismo y feudalidad:

He allí esa sociedad, esa civilización afirmada en sus castillos y sus claustros para resistir al torrente del mundo que se desplomaba. Sociedad verdadera porque era una, porque tenía una creencia que la alimentaba y que le daba esa originalidad tan original; sociedad de alma y cuerpo bajo este aspecto. Es decir catolicismo y feudalidad, espíritu y tierra, religión y política[322].

Durante la Edad Media el catolicismo había sometido a la barbarie mediante el mito, el simbolismo y el misterio; ese era su mérito histórico. Pero en el siglo XIX la filosofía influía renovando las religiones y desde allí lo juzgaba Bilbao:

El catolicismo es religión simbólica y de prácticas que necesita y crea una jerarquía y una clase poseedora de la ciencia. Religión autoritaria que cree [en] la autoridad infalible de la Iglesia, es decir, de la jerarquía de esos HOMBRES; y además la autoridad irremediable sobre la conciencia individual por medio de la confesión. Autoridad del fraile, autoridad del clérigo, autoridad del papa, autoridad del concilio. Religión simbólica que hace inseparable la práctica de la forma, del espíritu de la ley[323].

Así Bilbao juzgaba todos los dogmas católicos: la trinidad, la revelación, la eucaristía, la fe; y la ritualidad que encierran los sacramentos como "simbolismo espiritual, ritual y barato" y extiende la crítica a los supuestos de la Iglesia: infalibilidad papal, interpretación de los textos bíblicos a través del sacerdote, confesión como "exploración de la conciencia abierta". El joven escritor sostenía que estos dogmas y prácticas habían dado forma a la sociedad actual y a sus principales protagonistas: la mujer, el hijo, el ciudadano y la inteligencia. Estos estaban sometidos a la esclavitud que imponía la autoridad ya sea del marido, el padre, el poder político, e incluso al texto escrito, "la escritura y la doctrina de los doctores". Era toda una construcción cultural y civilizatoria que se había extendido sobre el nuevo mundo reproduciendo la feudalidad:

Separación eterna, amo y siervo, riqueza y pobreza, orgullo y humildad, nobleza y villanos. Sin industria intelectual ni física, nadie podrá elevarse sino el rico, y como el rico es el hacendado, y el hacendado es aristócrata, sale por consecuencia que la clase poseedora está

---

322 BILBAO, 1844, pág. 59.

323 BILBAO, 1844, pág. 60. (mayúsculas en el original).

interesada en la organización monárquico-feudal. El rico o poseedor, para que haya lógica de privilegio y de casta, necesita ser noble, si no lo es el monarca lo ennoblece, vendiendo por dinero, los títulos de condes y marqueses, o regalándoselos a sus favoritos súbditos[324].

Si el pasado tradicionalista y feudal era España, el presente moderno y revolucionario era Francia; si el pasado era la sujeción al dogma católico el presente era de un Dios muy distinto al que propugnaba la Iglesia Católica que permitía la violencia, esclavitud, que necesitaba la adoración; Bilbao le hablaba con estas palabras a sus Dios: "En fin, no colocas sobre su cabeza majestuosa sino el techo de los cielos... He ahí la duda que se ostenta, la revolución en germen: he ahí el crepúsculo de la libertad; el pensamiento en busca de su objeto, es decir de la naturaleza y Dios[325]. El Dios del institutano era el de la libertad, la voluntad y la razón individuales donde el "YO HUMANO", era el depositario en su "esencia psicológica" de la "armonía universal". Era en definitiva una "nueva síntesis" de la humanidad, un "conjunto unitario de creencias sobre el hombre", superior a la del catolicismo, en que el hombre se comunicaba directamente con la divinidad. Pero era una síntesis aún no decantada, en plena construcción, donde "todos los pensadores acorren a colocar su piedra"[326].

Para nuestro autor, que develaba un eclécticismo que mezclaba pensamiento dialéctico con ilustración y religión, la emancipación fue una obra revolucionaria que no estaba aislada del resto de los procesos históricos "la destrucción de la síntesis pasada [la feudalidad] y la entronizamiento de la síntesis moderna [el progreso]", pero que no logró realizar la implantación de un "nuevo sistema de creencias" porque la ciencia se había preocupado sólo de la "crítica del pasado" aunque su labor había sido enorme: "Dejemos pues a la actividad científica, a la enciclopedización de los conocimientos humanos... que preparen la venida del mesías futuro, es decir, del sistema futuro". Los revolucionarios, "armados tan sólo de la filosofía crítica", se encontraron con una labor que no habían podido realizar. Las elites habían podido reflexionar en medio del proceso revolucionario, pero el pueblo, que había abrazado la "causa nueva con toda pureza de la inspiración... no vio en la libertad política sino un hecho solitario separado de las demás cuestiones que la reflexión había derribado", y los hombres que habían encabezado la "revolución reflexiva" no pudieron organizar las "creencias lógicamente relacionadas con la libertad política, reaccionaron en religión y política para con el pueblo"

---

324 BILBAO, 1844, pág. 65.

325 BILBAO, 1844, pág. 70.

326 BILBAO, 1844, pág. 72.

(Acá naturalmente Bilbao no valora el proceso por el cual la ilustración católica intentó imprimir una reforma a la iglesia). De esta manera las "revolución del siglo XVIII" y la "revolución americana" habían consagrado dos principios básicos: la libertad del hombre y la igualdad del ciudadano, que se garantizaban por medio de la educación y la propiedad. Pero los gobiernos habían fracasado en garantizar la igualdad y al no hacerlo, habían perdido la oportunidad de cimentar la legitimidad política de los nuevos sistemas.

La "igualdad de la libertad" era para Bilbao el paraíso perdido, el "reino de Dios acá en la tierra", la "religión universal". Concebía una libertad sin límites, "complemento y cúspide de la creación humana";

Bilbao planteaba que en Chile habían ocurrido dos revoluciones civiles, por lo tanto habían existido dos clases de gobierno: el de la tradición republicana y revolucionaria y el de la "tradición del orden antiguo". En torno al primero, O'Higgins había querido organizar las "tradiciones chilenas con las ideas nuevas", pero al encontrar resistencias había optado sólo por organizar el poder despóticamente y en ello fracasó rotundamente pues no organizó la "lógica de la soberanía popular de donde había salido". El gobierno de Pinto había avanzado mucho más en la agenda revolucionaria, fomentando la educación y trayendo a la serie de extranjeros para apoyar "todos los ramos de los conocimientos humanos", frente a los cuales el escolastismo y el código español retrocedieron. Sólo el exclusivismo del culto católico que consagraba la constitución era lo que permanecía del antiguo orden. Frente a ese régimen republicano se habían alzado las "clases antiguas", o pelucones, que atizaron las preocupaciones populares y el "elemento indígena español", que no podía resistir la innovación, se alzó contra el gobierno:

He aquí los elementos nuevos. ¡Ahora orden antiguo! ¡Creencias absolutas, despotismo de la edad media! ¡España de la conquista, aristocracia del hambre, regocijaos! ¡Esa piedra sepulcral que se os echaba va a caer. Recojed sus despojos y herid con ellos. Vais a resucitar sombríos, e infernales como las mansiones a donde os había arrojado la verdad![327].

Prieto había encarnado la "resurrección del pasado" que había existido en Chile, efectuado sobre la base social del campesino: el "huaso"; éste había formado el grueso de las huestes de la reconquista: el campo tradicional había asaltado a la ciudad culta y moderna; los "hombres de las selvas del sur" habían asaltado a los "hombres de la ciudad, los descendientes

---

327 BILBAO, 1844, pág. 78.

legítimos del año X" [1810]. Sabemos que esta distinción es maniquea, pero es la lectura de Bilbao. Era el significado del triunfo conservador de Lircay y del gobierno de Prieto.

Luego enjuiciaba el gobierno de Bulnes que había llegado al igual que el anterior "con las hordas del sur". Nada había cambiado y la iglesia siguió reinando "en toda su extensión", comerciando con los matrimonios y bautizos, el Estado continuaba financiando los obispados, y seguía el monopolio del Estanco y la educación continuaba "dividida en dos clases". Sólo en el Instituto Nacional soplaba "un poco del fuego de la inteligencia", pero los programas de estudio aún mantenía presencia de lo viejo:

La educación allí está encadenada a la síntesis antigua, recargada de prácticas y falta de conocimiento relativo a la vida social y humanitaria. La síntesis antigua que debía regenerarse se propaga. Los libros que se dan a las escuelas son antiguos y relativos al tiempo pasado[328].

Donde más había fallado el régimen en la tarea de culminar la revolución de independencia era en "la elevación de las masas a la soberanía nacional, a la realización de la democracia". Para las clases populares sólo había cárcel, marginación y explotación. Todo esto constituía un peligro potencial, se orillaba al pueblo a la violencia irracional. ¿Cómo solucionar esto? ¿Cómo resolver la unidad de las creencias que había sido destruida por la revolución? ¿Cómo hacer coincidir la organización de la sociedad con la necesaria organización de las creencias? se preguntaba Bilbao. Esto implicaba responder la pregunta voltaireana "¿Qué soy, a dónde voy y de dónde he salido?". Para eso se necesitaba la "solución científica", es decir, la "religión científica". Pero ¿cómo lograr esto en una sociedad en donde lo feudal aún prevalecía, donde aún habían monarquías, aristocracias, autoridad papal?. La tarea para los "socialistas" era dar el paso estoico de la ciencia y agitar la "averiguación de la ley" y su carácter "obligatorio". Para Bilbao la respuesta era la comprobación de la inevitabilidad de la revolución y de la libertad que ya se había conquistado filosóficamente: la libertad de los individuos, la igualdad de los semejantes, la libertad e igualdad sociales, la libertad de la concepción divina (la "democracia religiosa"), la libertad e igualdad política. Todos estos elemento formaban una ciudadanía: "La conciencia del derecho libre, que da el derecho de defenderlo y propagarlo para convertir en individuos libres a los que no lo son, es decir, derecho de civilizar o de aumentar los hijos de la divinidad". De ahí enumeraba una especie de decálogo científico-religioso: no matarás, no robarás no adulterarás, no dirás falso testimonio ni mentirás, amarás al creador, amarás a tu prójimo; estos elementos que se debían establecer pues había que definir la

328 BILBAO, 1844, pág. 86.

propiedad, la libertad de la mujer, la dignidad individual, la naturaleza individual del creador y el principio de fraternidad. Todo culminaba en el programa democrático de la revolución:

La elevación a la soberanía de todos los individuos, es decir a la fraternidad de la libertad es el punto definitivo que tenemos. Luego represéntese el derecho del peón gañán y del último plebeyo. El derecho es uno. Luego no debe haber sino la representación de su derecho, es decir de una cámara[329].

En su texto, Bilbao atacaba los fundamentos de la sociedad tradicionalista y autoritaria que propugnaban la iglesia ultramontana y una parte importante del grupo en el poder del Estado: la defensa de la religión católica y el impuesto para el sostenimiento del culto; la familia tradicional y el mantenimiento de los títulos de nobleza; y el dominio político de la aristocracia a través del Senado y la pena de muerte; todos, elementos que habían sido la razón y el fundamento de la guerra civil de 1829-1830. Estas eran críticas que nos sólo levantaba el liberalismo sino también, por lo menos algunas de ellas, el catolicismo reformista de la ilustración católica.

Dos días después de publicado, un joven fiscal, "que se preciaba de ser un rabioso representante del antiguo régimen y que hacía alarde de ser franco partidario de la oligarquía dominante y osado servidor de todo poder fuerte" acusó el escrito de ser "blasfemo, inmoral y sedicioso"[330]. La obra, conocida sólo por los doscientos suscriptores del periódico, se hizo famosa pese a que se decretó el secuestro de los ejemplares sobrantes. *El Crepúsculo* sacó una nueva edición que fue arrebatada por los lectores y durante los diez días que duró el proceso todos leyeron *Sociabilidad chilena*. Lo extraño es que el gobierno no había establecido la querella aunque, ante la presión de los sectores más conservadores, tampoco hizo nada porque esta se retirara.

Moderados y liberales por una parte, y pelucones y tradicionalistas por otra, defendieron y atacaron el escrito por medio de la prensa. Los segundos, "en nombre de la religión y de la estabilidad social en peligro, llevaron la acusación hasta las últimas consecuencias" y por medio de Mariano Egaña obtuvieron que el Consejo Universitario expulsara al institutano de todos los

---

329 BILBAO, 1844, pág. 90.

330 LASTARRIA, 1968, pág. 237. El texto del juicio en: GREZ, Sergio, "Francisco Bilbao responde a sus jueces a los cargos de 'sedicioso, blasfemo e inmoral'", *Mapocho* N° 38, Santiago, DIBAM, 1997.

establecimientos de instrucción pública. Fueron más allá cuando obtuvieron que la Corte Suprema mandase que los dueños de la publicación "bajo juramento digan cuanto fue el número de los ejemplares que se imprimieron y den razón de los que existan sin enajenarse y del punto donde se hallan" y la parte donde aparecía el escrito "se separe del expresado número... y se queme por mano de verdugo, poniendo en esto la debida constancia y devolviendo a sus dueños la parte científica que contiene el mencionado periódico"[331]. El joven se refugió primero en Valparaíso y luego partió al exilio, primero en Perú y luego en Francia. En la ciudad luz comenzó una nueva etapa de su biografía intelectual cuando conoció a varios maestros del socialismo utópico.

Pero esta primera etapa en la trayectoria ideológica de Bilbao representó el pensamiento revolucionario hereditario de la Revolución Francesa, un cierto deísmo (reprobable para Lastarria) y una valoración por la ilustración. Su reflexión tenía elementos de un socialismo utópico y revolucionario que, en definitiva, representaba el ala más radical del liberalismo chileno; por su lectura de la herencia colonial española su pensamiento, estaba fuertemente influenciado por el romanticismo liberal cultivado por Vicente Fidel López. La historiografía chilena ha despreciado la legitimidad que había logrado *Sociabilidad Chilena*, y lo que es más importante, el peso y la incidencia real de la corriente política a la que representaba: un socialismo utópico radical. Pero tanto su lectura de la realidad, como la tradición cultural y política, inspirada en lo que se conoce como las "religiones científicas" que caracterizaron al XIX, desplegaría todas sus potencialidades en dos momentos sucesivos: al final de la década de 1840, y durante el último cuarto del siglo XIX cuando una corriente del positivismo, la religiosa, se formaría en Chile. Analizaremos en profundidad esto en el capítulo quinto.

2.7.- LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

En este contexto de despertar cultural y político y de resistencia conservadora a los cambios, se desarrolló el acontecimiento científico e institucional más importante del siglo XIX. Después del Instituto, la segunda gran creación del Estado chileno fue la Universidad de Chile[332]. Desde recién formado el Instituto se declaró una guerra soterrada entre éste y la

---

331 LASTARRIA, 1968, págs. 239-240.

332 Sol Serrano, quien dedicó su tesis doctoral a la Universidad, la ha definido como: "...una de las obras institucionales más macizas del siglo XIX... columna vertebral de la educación pública, la vida intelectual y de la formación de las elites dirigentes". SERRANO, 1994, pág. 15.

Universidad de San Felipe que era el refugio de los elementos realistas y los conservadores más refractarios a los cambios políticos. Desde la reorganización definitiva del primero, bajo O'Higgins, la lucha se declaró en forma abierta; el Senado envió un oficio a la Universidad comunicándole que sus cátedras pasaban al Instituto y que sus profesores podían jubilar o pasar a la nueva institución. Pero la Universidad reclamó para sí el privilegio de tomar los exámenes conducentes a los grados, lo que prolongó el enfrentamiento por casi dos décadas. En 1823 ese derecho también le fue quitado y pasado a la nueva institución pero la antigua siguió su lucha encabezada por el canónigo Juan Francisco Meneses y apoyado por la extensa y poderosa red social de la aristocracia más conservadora personificada en los doctores. De todos modos, para 1833 le habían sido suprimidas progresivamente las rentas, luego las cátedras, los estudiantes, la biblioteca y finalmente sus funciones de superintendencia[333].

El conflicto entre la Universidad y el Instituto a todas luces era un conflicto político entre quienes detentaban el poder: entre la elite aristocrática autoritaria y modernizante que había encabezado la batalla por el poder, y la elite también autoritaria pero conservadora y tradicionalista. En 1837 la rectoría del Instituto fue asumida por Manuel Montt cuando el ministro de Justicia Culto e Instrucción Pública era Mariano Egaña. No era un conflicto entre dos grupos socialmente distintos, era una lucha entre dos sectores de la elites (unidos incluso por lazos familiares) con distintas actitudes frente al cambio. En octubre de 1838 Montt envió al ministro una carta en la que denunciaba los enormes problemas de la dualidad de funciones entre ambas instituciones, en especial sobre el control de exámenes. La sostenida actitud del rector Meneses en defensa de la Universidad encontró en la personalidad de Montt y en el ministro Egaña, su más duro obstáculo. La polémica acabó cuando el gobierno cerró la Universidad de San Felipe mediante decreto del 17 de abril de 1839 y comenzó a preparar la fundación de una universidad republicana acorde a su proyecto de nación. Dos años después, cuando Bulnes subió al sillón presidencial en 1841, Montt asumió el Ministerio y pidió a Andrés Bello que redactara el proyecto de ley orgánica[334]. Así, el nacimiento de la Universidad republicana, que se instaló sobre el cierre de la institución borbónica, dejó un ambiente de enfrentamiento político que constituyó el contexto de uno de los documentos ilustrados más importantes de la institucionalidad política y educacional republicana: el *Discurso de instalación de la Universidad de Chile.*

---

333 ANMI, vol. 51, f. 49. 30 de abril de 1833.

334 LIRA, 1992, pág. 302. SERRANO, 1994, págs. 65-68.

La “inauguración solemne” de la nueva corporación se realizó el 17 de septiembre de 1843, en vísperas de un nuevo aniversario de la Independencia. Guardando todas las formas tradicionales., los 22 doctores sobrevivientes de la planta de la Real Universidad de San Felipe “se presentaron con borlas y capelos a la antigua”, al final de la ceremonia se celebró un solemne *Te deum* en la Catedral de Santiago. Ese día Bello asumió la tarea de dirigir una universidad moderna en un ambiente político dominado por el bloque conservador, fundado en la tradición colonial y en la modernidad borbónica, es decir, en el que muchos de sus prohombres eran francamente hostiles a las ideas modernas. Por esto, el *Discurso* de Bello trató de equilibrar la tradición aristocrática con la modernización autoritaria pelucona; de paso, intentó conjurar las especulaciones de esos sectores tradicionalistas que sospechaban del conocimiento y la ciencia:

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras Instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos obscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión), es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las Instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad –y digo más- lo que las ejercite infructuosamente, no debe un Gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado[335].

He aquí las coincidencias de Bello con los pelucones en el poder: el proyecto de moralización de la población para la formación de una ciudadanía compuesta de hombres “modelos de virtuosidad y patriotismo”, como decía Portales, necesitaba de la religión; esta concepción tenía sin embargo, un matiz de liberalismo: no podía alterar las facultades individuales. Con estas palabras atacaba tanto a los liberales radicales como a los conservadores ultramontanos, cuya actitud, según él, paralizaba el desarrollo de la ciencia y la razón:

Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que por una coincidencia significativa es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la Patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos

---

335 BELLO, 1843. Este discurso en Bello, OC, vol. , y en: *Anales de la Universidad de Chile*, I, Santiago, 1843-1844 y VI, 7, IX-1998, págs. 139-152.

fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplegase jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan[336].

Así, la mayoría política construida por los pelucones se trasladaba al plano intelectual e institucional, es decir, a la lógica de oponerse tanto al ultramontanismo de un sector de la Iglesia como al jacobinismo pipiolo. Enseguida el venezolano abogaba, teniendo en cuenta los tiempos y el lugar en que estaba ubicado, y, personalmente como católico que era, por la unión entre razón y fe:

Todas las verdades se tocan, y yo extiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, -que no puede menos que existir- una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados han abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto sino la condición de las cosas humanas?[337].

Este es el Bello característico de la ilustración católica que, dudando de la máxima kantiana que unía libertad y razón, juntaba a ésta explícitamente con la fe; para Bello la verdad era algo a lo que no se podía llegar, o lo que es lo mismo, el conocimiento no se podía "construir" (en el lenguaje actual), si no se unía la "revelación positiva" (científica) a la "revelación universal" (católica). Para ello instalaba una sospecha sobre la razón humana:

Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo, sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afear y envilecer la religión misma[338].

---

336 Ibid.

337 Ibid.

338 Ibid.

Razón y fe, “revelación positiva” y “revelación universal”, se necesitan porque son los dos componentes del mundo: la naturaleza y la humanidad. Como la razón humana es (por naturaleza) débil necesita a la fe para no tropezar, caer o extraviarse. Estamos acá frente a los elementos conservadores del pensamiento de Bello. Sentadas estas bases, que daban equilibrio y coherencia a su proyecto a partir de elementos que podían ser entendidos como disímiles o antagónicos, ubicaba a la institución que estaba naciendo con una misión específica como propagador del conocimiento en un país latinoamericano. Pero, he aquí la pregunta que deslizaban los opositores ultramoantanos ¿Eran las universidades un instrumento para la propagación de las luces?. Bello respondía afirmativamente pues en una edad en la que pululaban las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia, la edad de los gobiernos representativos y para ello ponía de ejemplo a Europa y los Estados Unidos “nuestro modelo bajo tantos aspectos” la propagación del saber debía tener corporaciones que se dedicaran a difundir con rapidez las comunicaciones literarias:

No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las Academias, las Universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que te ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador[339].

Estamos frente a los elementos modernizadores del pensamiento de Bello: el conocimiento puede colocar al país a la altura de los países modernos que habían hecho de él un elemento de comunicación con el mundo y la Universidad garantizaba su universalidad. Así, teniendo en cuenta la misión que el gobierno establecía para la Universidad respecto de la educación sostenía que ni la ciencia ni la instrucción de la sociedad podían separarse:

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso

339 Ibid.

mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano; sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusión de la enseñanza elemental[340].

Estas son las dos funciones que el gobierno había fijado para la Universidad: la instrucción general del pueblo y el desarrollo de la ciencia. Para el venezolano ambos, al igual que la razón y la fe, era elementos que no se debían ni podían separar en la Universidad que, como academia, fomentaba su cultivo para después llevarlo a la instrucción general de las "clases laboriosas".

Pero la aplicación de la ciencia no era para Bello una copia que había que trasladar mecánicamente; el conocimiento generado en Europa debía sufrir una adaptación a la realidad chilena para que pudiera servir a los propósitos nacionales y aquí engarzaba los objetivos de la institución con los objetivos que hemos visto eran los del Estado chileno desde que consiguiera emanciparse de España:

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno; si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria[341].

Como podemos ver, el discurso de Bello tiene varios elementos destacables. En primer lugar, es un discurso inaugural que rompe con el pasado colonial, aunque está consciente de que la creación institucional que él encabeza surgía de ese pasado. En segundo lugar, trata de romper con lo que para él eran extremismos políticos paralizantes para el conocimiento. Además es un discurso acerca de la ciencia y su papel en la sociedad que suma a su cultivo y desarrollo una misión específica en un país latinoamericano: acompañar el proceso de

---

340 Ibid.

341 Ibid.

formación política e institucional nacional. Hasta acá los grandes objetivos de la Universidad remarcados de Bello.

Pero en su alocución también dedicó palabras con un sentido político inmediato, donde se refirió indirectamente al grupo de jóvenes liberales de la Sociedad Literaria, muchos de ellos, recordémoslo, sus discípulos en las clases particulares que ofrecía en su casa. Bello, sin embargo, no habló directamente de ellos sino de la literatura y en especial de "la más hechicera de las vocaciones literarias", la poesía:

¿Pudiera sobre todo dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que en un momento de exaltación poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas?[342].

Así daba cuenta de la reacción de los jóvenes institutanos, dirigidos por Lastarria, al desafío planteado por los escritores argentinos. Esta parece una condena a la actitud poética surgida de la influencia del romanticismo en sus jóvenes discípulos. Pero en vez de condenar y combatir la ignara rebeldía juvenil expresada poéticamente, Bello les otorga una carta de reconocimiento a su labor "hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento"... y aun... "verdadero genio poético", una "imaginación original y rica... una versificación armoniosa y fluida" que finalmente "sale airosa de esta arriesgada prueba"; y colocaba la Universidad al servicio de su cultivo:

Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre las Cordilleras de los Andes y la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes Intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: sacerdote de las musas, canto par las almas inocentes y puras[343].

---

342 Ibid.

343 Ibid.

Así, al igual que la ciencia, la poesía también tenía una “misión superior” que cumplir: los “grandes intereses de la humanidad”, el “sentimiento moral” orientada a “asuntos dignos de vuestra patria y la posteridad”, sólo así su arte se universalizaría y dejaría de ser sólo destellos de talento.

Hemos citado extensamente el discurso de Bello por varias razones. Es, en primer lugar, el segundo manifiesto intelectual de la época escrito bajo una impronta ilustrada y moderna a la vez, que une los que se postulaban como los dos grandes modelos de conocimiento de entonces: el científico y el literario. En ese momento del desarrollo intelectual latinoamericano, no existía una separación entre ambos modelos. Los paralelos con el *Discurso de incorporación* de su discípulo ante la Sociedad Literaria son muchos; sólo que éste antecede en el tiempo al del maestro. Recuérdese que el venezolano habla ubicándose en un lugar muy específico “en este siglo, en Chile, en esta reunión...”, defendiendo el conocimiento de ultramontanos y jacobinos para que “la razón despliegue sus velas”.

En segundo lugar, y retomando lo anterior, es un texto político que se desarrolla en un contexto difícil para su proyecto intelectual pues debe luchar contra fuerzas que se le oponen desde los extremos: las de la tradición conservadora y ultramontana, hostil a los avances de la ciencia y la modernidad y las de los liberales derrotados, proclives a instaurar una modernidad radical y una moral secularizada, es decir, sin fe.

En tercer lugar, las palabras de Bello representaban a una generación de ideólogos y constitucionalistas, a la que él mismo pertenecía, formadores de los Estados latinoamericanos después de las luchas militares de la Independencia característicos de la etapa 1820-1840. Algunos de ellos habían abrazado el liberalismo de los primeros años del proceso emancipador pero luego, influenciados por las nuevas interpretaciones europeas, morigeraron sus impulsos iniciales y aceptaron algunos preceptos de la tradición y el pensamiento conservador. Otros, como nuestro comentado, devinieron lentamente de un monarquismo inicial, basado en el catolicismo ilustrado, a un republicanismo autoritario e ilustrado. En esta evolución, se unieron a los intelectuales tradicionalistas que devinieron conservadores y muchas veces unidos dieron forma a los Estados latinoamericanos de la época. De estos últimos, el caso más paradigmático fue el de Mariano Egaña y Andrés Bello para quienes resultó fundamental su experiencia en Inglaterra. Allí pudieron ver el funcionamiento de la monarquía parlamentaria y desarrollaron una visión crítica y distante de la experiencia francesa; el mismo Bello, funcionario de la corona en un comienzo, en la isla asistió al predominio napoleónico desde el “otro lado”.

Finalmente, el *Discurso de instalación* es un texto donde Bello hace un gesto para abrir paso a la nueva generación, a sus discípulos, es decir, a quienes él mismo había contribuido a

formar. Máxime cuando uno de ellos (Lastarria) era desde ese momento parte de la nueva corporación. Pero también esto es un "juego de poder"; el venezolano, asumía el papel del maestro, es decir, el dueño del canon, que se siente capaz de juzgar la labor de la nueva generación literaria, la de sus discípulos.

A la solemne y pomposa inauguración asistieron, también en calidad de invitados, los alumnos del Instituto; entre ellos un joven, Diego Barros Arana, que relató años después, cuando era rector de la institución que veía nacer, sus impresiones: "Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigorosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciamos un acto que por su solemnidad debía impresionarnos vivamente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar" [344]. No era para menos, estaba asistiendo al parto de una de las instituciones que consolidaría a la nación en el siglo XIX.

En el mensaje al Congreso para que sancionara el proyecto de fundación de la corporación, el presidente Manuel Bulnes sostenía que la creación representaba:

La necesidad de mejorar la enseñanza, de extenderla a todas las clases de la sociedad y de uniformarla en todo el Estado, en cuanto sea posible, me ha movido a pensar en el establecimiento de un nuevo cuerpo literario y científico que vele por este interesante objeto. Él, al mismo tiempo que metodizará la educación primaria y propagará la afición a los estudios superiores, ofreciendo estímulos de honor y gloria a los talentos, servirá de un poderoso auxiliar a los trabajos que se emprenderán por los diversos departamentos de la administración. Un plan general de educación pública y una superintendencia que dirija e inspeccione, son una de las primeras necesidades recogidas por nuestro Código fundamental[345].

La creación fue sancionada por una ley orgánica aprobada el 19 de noviembre de 1842. Páginas atrás hacíamos alusión a las tesis de historiadores conservadores que veían el régimen político e institucional surgido después de Lircay como una restauración colonial a la que oponíamos el concepto de continuidad borbónica. Luego revisaremos la tesis que sostiene que ese régimen era, por el contrario, "liberal y republicano" y fundamentan este aserto en que las instituciones surgidas después de la Independencia son "liberales y modernizantes" y

---

344 UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 7.

345 "Mensaje del ejecutivo con el proyecto de ley" en: BELLO, 1957, OC., vol. XIX, pág. 133.

ejemplifican con el caso de la Universidad de Chile[346]. Aunque ambas tesis tienen sus fundamentos es necesario revisarlas.

Los principales impulsores de la Universidad fueron Mariano Egaña, el creador de la efímera Academia Chilena, y Andrés Bello. Como sabemos, ninguno de ellos puede ser llamado "liberal" puesto que son hombres del peluconismo autoritario y modernizante. Por la mentalidad de estos ideólogos, proclives a elaborar planes muy ambiciosos, el proyecto de la institución fue una compleja amalgama de la tradición con la modernidad, de los deseos de estos intelectuales y los del gobierno de turno y del Estado que querían formar.

Primero, la ley nombraba al presidente de la República como "patrono" de la institución y lo facultaba por primera y única vez para nombrar todo el personal que la conformaría, un signo borbónico; (después, los seguiría nombrando pero a partir de ternas presentadas por los académicos de cada facultad o del claustro pleno). Segundo, la Constitución de 1833 había conferido a la Universidad la función de una Superintendencia de Educación Pública, la misma función que la corona le había dado a la Universidad de San Felipe; esta es una orientación claramente borbónica, hija del despotismo ilustrado, pero que ensamblaba perfectamente con el deseo de las autoridades de tener una institución que garantizara la formación de una elite funcionaria y la consolidación del proyecto ilustrado. En un tercer aspecto, debía ser una academia científica y literaria; ésta también era una idea originada en la ilustración pero que respondía mejor a las necesidades de la creación de conocimiento en Chile en ese momento, aunque comentaristas posteriores resaltaron esta característica por sobre el papel de institución de enseñanza que adquirió después[347]. En cuarto lugar debía ser un centro formador de profesionales que dotara al Estado de una casta de funcionarios que requería para enfrentar los

---

346 Especialmente JOCELYN-HOLT, 1991, págs. 73 y ss. Otros se han centrado en la polémica si la nueva Universidad era o no continuidad de la anterior basados en argumentos pueriles como la incorporación de los antiguos doctores a las facultades de la nueva institución y el traspaso de bienes muebles; otros sostienen lo contrario basados en el signo de la lucha independentista. Para lo primero véase: ÁVILA MARTEL, 1979; BRAVO LIRA, 1992. Para el argumento contrario FELIÚ CRUZ, 1953, pág. 72 y SERRANO, 1994, pág. 69.

347 Por ejemplo, el discurso de Abraham König en el cincuentenario de la fundación de la Universidad. véase: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, págs. 24-26.

negocios públicos[348]. Además, la recién creada institución tenía una Facultad de Teología y una Academia de Ciencias Religiosas, cuyos puestos fueron llenados con la totalidad de los académicos de la antigua institución, es más, en ella se enseñaba latín. Estas características son propias de una orientación anterior incluso a la Ilustración. Todo esto es colonial, no moderno; lo borbónico, que tampoco es totalmente moderno, es todo menos liberal, sobre todo en el plano de la política. Hasta acá todo es restauración.

La Universidad estaba organizada en cinco facultades: Filosofía y Humanidades (encargada de la Superintendencia), Leyes, Ciencias Físicas y Matemáticas, Medicina y Teología. Esta última era una concesión a la extinta Universidad de San Felipe y a sus exonerados doctores: cada repartición tenía treinta miembros, pero Teología tenía cuarenta y contaba, además, con una Academia de Ciencias Sagradas.

Por todo esto es difícil sostener que la Universidad de Chile fuese liberal en sus inicios. Lo que sí se puede hacer es reconocerla como republicana y modernizante; pero hemos visto el substrato profundamente autoritario del republicanismo ilustrado chileno consagrado por el peluconismo en el poder. En esto también está presente el carácter de restauración colonial de la evolución política chilena; lo que hay que apostillar es que esa "restauración" fue hecha a imagen y semejanza del despotismo ilustrado y no del colonialismo pre borbónico. Por lo mismo se pueden entender las críticas de los liberales de esa época, en especial de Lastarria, que reclamaban fundamentalmente por el profundo sino autoritario de la evolución político institucional impulsada desde el Estado. El pensamiento borbónico es todo, entre ello moderno y cientifizante, pero no liberal, ni republicano o democrático. La labor de liberalizar y democratizar la Universidad fue una tarea que se emprendió después y que se logró no sin luchas, marchas y contramarchas. Encasillar las instituciones tanto por sus orígenes –como si las instituciones no estuvieran formadas por seres humanos que desarrollan luchas por el poder dentro de ellas-, como por su resultado final, no ayudan a comprender la complejidad del proceso histórico chileno en el siglo XIX.

La Iglesia –literalmente- volvió por sus fueros y presionó para que fuera nombrado en el puesto Juan Francisco Meneses, rector de la institución desaparecida. También circuló el nombre del propio Egaña, pero el gobierno se inclinó por Andrés Bello. Los nombramientos del resto de los profesores guardaron los equilibrios políticos y se consideró en ello a los opositores. De esta manera, tanto Meneses como el joven Lastarria formaron parte de los 86 primeros nombramientos académicos, que eran apenas la mitad de lo que consideraban los planes

---

348 SERRANO, 1994, pág. 69.

originales. Completar la lista no fue fácil en un medio intelectual incipiente y donde faltaban individuos mínimamente preparados para ejercer como profesores de la Universidad: "Había, es verdad, muchos frailes o clérigos que se decían teólogos, y numerosos abogados que eran más o menos conocedores de las antiguas leyes, pero eran raros los hombres que tenían algún gusto por el cultivo de la letras, y mucho más [raros] los que lo tenían por el estudio de las ciencias matemáticas, científicas o médicas"; además, el ambicioso proyecto contemplaba organizar tanto un cuerpo académico o de "sabios" (en el lenguaje de la época), como un cuerpo docente[349].

Lo que hizo la diferencia fue que, pese a la derrota, en 1830 ya se había prohijado una fracción de la elite chilena bajo moldes y valores más modernizadores que liberales. Esta elite quedó "mal dividida" después de Lircay, puesto que estaba tanto dentro como fuera del gobierno; pero sí tenía claro un proyecto modernizador para Chile y en éste, la Universidad, la única institución creada por el régimen pelucón que tenía un sesgo modernizador, jugaba un papel central.

La Facultad de Filosofía y Humanidades, que junto con el Instituto Nacional fue el centro de la intelectualidad liberal, fruto de una paradoja histórica, obtuvo la dirección de las escuelas primarias y secundarias. Mientras, el Consejo Universitario, compuesto por el Rector, el Secretario General, los cinco decanos y sólo dos representantes del gobierno, tenía la supervisión sobre toda la enseñanza. En esto sí los liberales derrotados en 1830 lograron un triunfo inesperado, que tendría profundas e insospechadas consecuencias: la apertura de este segundo espacio institucional donde se desarrolló la cultura liberal.

De esta manera, la Universidad fue organizada bajo la impronta tradicional y moderna a la vez, albergó a una intelectualidad que se pudo reproducir en esa institución y que expandió la cultura liberal decimonónica. Es un proceso de desarrollo cultural e intelectual contradictorio pues desde el seno de un régimen político autoritario y con grandes rasgos conservadores, surgieron las posibilidades de levantar un proyecto que se iría expandiendo lentamente. Esto se pudo lograr por la consolidación del marco institucional y la estabilidad política lograda durante el gobierno de Bulnes que permitió integrar subordinadamente a la elite intelectual derrotada en 1830. Domingo Amunátegui Solar ha resaltado las características de los gobiernos de Prieto y su sucesor Manuel Bulnes que abarcan veinte años de vida republicana con estas palabras:

---

349 BARROS ARANA, 1913, pág. 323 y 387.

Recórranse los diez años de actividad pública de Portales, de 1827 a 1837, y no se encontrará una sola reforma cultural comparable a la creación de la Universidad de Chile. Montt pudo ser tan autoritario como se quiera; pero dejó establecido el organismo universitario, que calladamente y sin cesar ha ido transformando nuestra sociedad[350].

Este enorme avance cultural del período de Bulnes consolidó los escasos logros de la etapa anterior y catapultó el desarrollo de otras áreas de la ciencia y el conocimiento.

La ley que creó la Universidad estableció que ésta era "un cuerpo encargado de la enseñanza y el cultivo de las letras y ciencias en Chile"; enseguida agregaba que a ésta le correspondía "la dirección de los establecimiento literarios y científicos nacionales y la inspección de todos los demás establecimientos de educación". Como puede verse, una definición tan general tendía a otorgar a la institución un marcado papel en la supervigilancia de la educación por sobre el desarrollo de las ciencias[351].

Algunos historiadores han destacado que la Universidad de Chile desde su fundación y al menos hasta 1879, no tenía como labor fundamental ser un lugar de cultivo de las ciencias, pese a que este era uno de sus objetivos, sino la labor educacional como Superintendencia de Educación. Sabemos que esto no es así: la Universidad desde sus inicios tuvo como objetivo ser más una academia científica y literaria que un organismo de enseñanza; sólo a partir de 1848 enmendó rumbos hacía una institución educativa. A partir esta segunda etapa de su vida institucional, la Universidad no logró consolidar facultades fuertes en el ámbito académico y científico, lo cual no significó que en Chile no hubiera habido producción de conocimiento, sólo que el Estado no se preocupó de incentivarla como lo hizo con la educación pública o, aunque en segunda prioridad, la formación de profesionales[352].

Desde la creación de la institución el rector encargó la traducción de textos extranjeros y trató de incentivar la producción local. Ello se articuló con el proceso general de estandarización y masificación del conocimiento en lo que Jacques Le Goff ha llamado la "ampliación de la memoria escrita", característica de una sociedad moderna, lo que implicaba una transformación

---

350 AMUNÁTEGUI SOLAR. 1936, pág. 72.

351 "Mensaje del Ejecutivo con el proyecto", 4 de julio de 1842. *SCL*. Vol. XXX, págs. 121-124.

352 Véase: SERRANO, 1994, págs. 127.128; Cfr. KÖNIG, 1893, págs. 24-26.

del sistema escolástico universitario basado en la memorización[353]. Pero este proceso fue lento y pese a esta limitación evidente la labor científica de la Universidad se centró en dos aspectos: la realización de "memorias históricas" y la creación de la primera publicación académica, los *Anales de la Universidad*.

Las memorias eran de dos tipos: las que financiaba anualmente cada facultad y las históricas. Las primeras versaban sobre las temáticas de cada dependencia; pero las segundas eran fruto de concursos de la Universidad y tuvieron una enorme importancia en el desarrollo de la historiografía nacional. Aunque la Universidad financiaba sólo su publicación, con ello se cumplían dos objetivos: primero, el académico que ganaba el premio por la memoria anual lograba prestigiarse intelectualmente ante sus pares y, en muchas ocasiones, era el inicio o la consolidación de una carrera política[354]; segundo, de esta manera el Estado chileno incentivaba el desarrollo científico de esta disciplina que, hasta donde sabemos, no tuvo emuladores en el resto de los países latinoamericanos. Un análisis superficial tanto de los autores como de los temas nos permite darnos cuenta de la envergadura de estas obras[355]. Aparte de la importancia científica y la proyección política, hay otros aspectos destacables en las memorias: primero, fue nuevamente un espacio de la lucha política e intelectual del liberalismo; segundo, la mayoría de

---

353 LE GOFF. 1991, pág. 58.

354 De los nueve primeros ganadores de los certámenes, todos fueron posteriormente ministros de Estado (Lastarria, Amunátegui, Tocornal, García Reyes), y dos de ellos, presidentes de la República (Errázuriz y Santa María). SERRANO, 1994, pág. 118.

355 Entre los primeros galardonados figuraron el omnipresente José Victorino Lastarria, que escribió *Investigaciones sobre la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), que hemos consultado; Diego José Benavente *Las primeras campañas en la guerra de Independencia* (1845); Antonio García Reyes, *Primera escuadra nacional* (1846); Manuel Antonio Tocornal, *El primer gobierno nacional* (1847); Salvador Sanfuentes, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la del Maipo* (1850); Miguel Luis Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins* (1853); Domingo Santa María, *Sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins, en 1823, hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año* (1857); Federico Errázuriz, C*hile bajo el imperio de la constitución de 1828*, (1860); Miguel Luis Amunátegui, *Descubrimiento y conquista de Chile* (1861); Melchor Concha y Toro, *Chile durante los años 1824 a 1828* (1862). SERRANO, 1994, pág. 119.

ellos presentan un balance histórico y político sobre la Independencia y los primeros años de gobierno republicano, esto es, un balance que, aparte de ser útil para la política de ese momento, estaba construyendo la historia nacional. Además el rector dedicó informadas reseñas a cada uno de estos trabajos que salieron publicadas en *El Araucano*, el periódico del gobierno.

Junto con las memorias, los *Anales de la Universidad de Chile* comenzaron a publicarse en 1844 y, con breves interrupciones se mantienen hasta hoy. Su primer número incluyó el *Discurso de instalación* del rector y la inauguración de la institución; pero la estructura permanente de la publicación la ubicó como una de las más importantes en la divulgación del conocimiento científico y los avances pedagógicos y educacionales. En sus páginas aparecieron todos los documentos públicos relativos a la educación: decretos, leyes, reglamentos, informes anuales del ministerio, del rector y de los directores de las distintas instituciones educacionales; las memorias que cada Facultad determinaba de interés, los discursos de incorporación y más tarde colaboraciones y artículos de revistas extranjeras. Su tiraje al principio fue de 500 ejemplares, que en 1858 aumentó a 800; se distribuía a todos los miembros de la Universidad, al Poder Judicial, las autoridades educacionales de provincia, y los altos funcionarios de ministerios; además de venderse al público. Por otro lado la publicación fue una vitrina para mostrar los logros científicos y literarios de la Universidad a la comunidad internacional y a Universidades, Academia y gobiernos extranjeros[356].

2.7.1.- HISTORIA NARRATIVA VERSUS HISTORIA FILOSÓFICA: EL DEBATE LASTARRIA-BELLO

El 22 de septiembre de 1844, a un año de inaugurada la Universidad, en una sesión de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Lastarria leyó un ensayo titulado *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*. La reunión del claustro de la Universidad, ante la cual leyó el discurso, resultó ser –en la palabras del propio disertante- "la más espléndida de todas, como que era la primera"[357].

---

356 Ignacio Domeyko relata en sus memorias que tanto los *Anales* como las restantes publicaciones de la Universidad, eran enviadas o intercambiadas con otras academias como el Instituto Smithsoniano de Washington, la Universidad de Lovaina, la Real Sociedad Geográfica de Londres, la Academia de Ciencias de Madrid, la Academia de Ciencias de San Petesburgo, y muchas otras. DOMEYKO, 1977, I, pág. 772.

357 LASTARRIA, 1868, pág. X (prólogo).

Que Lastarria fuese quien escribiera tal ensayo y lo leyera ante el profesorado de la Universidad, había sido iniciativa de Bello. Un día el maestro cruzó los pasillos de la Oficialía Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y se dirigió al funcionario que tenía el mismo cargo en el Ministerio del Interior y le impuso que escribiera la memoria en virtud de que "la Universidad tiene que ir para adelante y puesto de que usted nos trata a todos de retrógrados y es el único revolucionario que hay entre mis discípulos, a usted le toca dar el impulso" le espetó el maestro, dio media vuelta y se fue para impedir que su elegido retrucara[358]. La iniciativa de Bello respondía a lo establecido en el artículo 28 de los *Estatutos de la Universidad*, en virtud del cual anualmente "se pronunciará un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos, y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad"[359].

Como este debate intelectual se produjo en un ambiente muy reducido, la polémica no se puede separar de los personajes que la protagonizaron; es más, los biógrafos de uno y otro se han inclinado por definir la controversia intelectual de acuerdo al personaje que han estudiado. La historiografía chilena tampoco se ha hecho cargo del tema con la profundidad que requiere, y cuando lo ha hecho se lo ha descontextualizado del plano político que le subyace[360].

Las *Investigaciones* están precedidas de un prólogo en que Lastarria parte exponiendo dos posturas epistemológicas (y políticas) de cómo enfrentar la historia. Éstas si bien eran concepciones personales representaban también a toda una generación intelectual del cual él era el exponente más aventajado o más visible, pero que ya estaba presente en *Sociabilidad Chilena* que, recordémoslo, precedió a este debate sólo por algunos meses. Las tesis lastarrianas son una histórica y otra metahistórica: la primera trataba de demostrar que pese a que Chile había logrado la independencia de España, el país estaba todavía dominado por una mentalidad colonial, presente, sobre todo, en las instituciones culturales y políticas, que impedían el

---

358 La anécdota en: LASTARRIA, 1874, pág. 88; FUENZALIDA GRANDÓN, 1911, pág. 99.

359 *Anales de la Universidad de Chile* N°1, (1843-1844), pág. 9.

360 Aunque los trabajos de Fuenzalida Grandón e Iván Jaksic están separados por casi un siglo, estos autores que trabajaron las biografías intelectuales de Lastarria y Bello respectivamente, concluyen, pese a su intento de objetividad, defendiendo las posturas epistemológicas de sus propios biografiados; no obstante Jaksic es quien más avanza en el tema que nos interesa.

desarrollo democrático. La segunda intentaba fundar lo que él llamaba una "metodología" histórica, que consistía en interpretar el pasado de una nación para obtener lecciones con las que guiar el cambio político y cultural en el presente y proyectarlo hacia un futuro democrático. Como puede verse, ambas tesis no sólo están inextricablemente unidas, sino que también tienen directa relación con el momento político e intelectual del Chile de 1840. Estos son los planteamientos fundamentales del texto de Lastarria y en ese sentido los vamos a analizar en su relación con la concepción de Bello acerca de la historia.

Lastarria intentaba rescatar el sentido fundamental de la Independencia como revolución anticolonialista; para ello hacía una rápida reseña de los tres siglos concluyendo que el balance del período era "desastroso". Para el revolucionario discípulo, el país había avanzado muy poco desde 1810 y menos podía esperarse de un pueblo que, "bajo la influencia del sistema administrativo colonial, estaba profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación y sin poseer una sola virtud social, a lo menos ostensiblemente, porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formas esclavos"[361]. Por lo tanto, había que llevar el proceso de la Independencia a su verdadera finalidad, la cual era deshacerse del legado colonial, tanto en la legislación como en las costumbres:

Los héroes de nuestra independencia terminaron su espinosa tarea destruyendo el poder que nos esclavizaba, y dieron con esto principio a la reacción social que en el día se opera contra lo pasado: a la generación presente y más que todo a los hombres públicos que tienen en sus manos la suerte del Estado, corresponde apoderarse de esa reacción para encaminarla hasta destruir completamente la resistencia que opone el sistema español antiguo encarnado en la sociedad[362].

Lo que Lastarria llamaba "metodología" histórica, operaba concretamente contra los lineamientos teóricos y metodológicos dictados por el rector de la Universidad. El joven director de la Sociedad Literaria no hacía una narración apegada firmemente a los hechos sin ir más allá de ellos, sino que los saltaba y trataba de centrarse en una interpretación global de los acontecimientos: "No os presento, pues, –había dicho a sus colegas- la narración de los hechos, sino que me apodero de ellos para trazar la historia de su influencia en la sociedad a que pertenecen, cuidando de ser exacto e imparcial en la manera de juzgarlos"[363].

---

361 LASTARRIA, 1844, pág. 67.

362 LASTARRIA, 1844, pág. 133-134.

363 LASTARRIA, 1844, pág.

Pese a lo polémico de la lectura que hacía del pasado colonial, la recepción que tuvo entre el profesorado fue fría e indiferente; esto le dolió a su autor, en particular respecto de su parte "metodológica". Pero quien no pudo ignorar los postulados lastarrianos fue Bello que, sin embargo, tardó dos meses en responder por *El Araucano* en dos artículos, fechados el 8 y el 15 de noviembre de 1844. Los desacuerdos que en la oportunidad planteó el rector fueron en dos líneas: por una parte se manifestaba en contra de que para un historiador fuese difícil referirse a cualquier tema o período con imparcialidad, si es que verdaderamente se guiaba por los documentos y no por un interés ideológico o político. Además, no estaba de acuerdo en que los detalles de la historia fuesen menos importantes que las generalizaciones contenidas en el ensayo de su discípulo. La intencionalidad de Bello y del mismo artículo del estatuto de la Universidad, del cual el maestro era su redactor, era que los convocados realizaran una investigación histórica, y luego la expusieran narrativa y no ensayísticamente. Así, su reseña comenzaba alabando el ensayo de su discípulo: "[...] se ha elevado en sus investigaciones a una altura desde donde juzga no solamente los hechos y los hombres que son su especial objeto, sino los varios sistemas que hoy se disputan el dominio de la ciencia histórica". Pero, a parte de las reglas de buena crianza, había naturalmente coincidencias y acuerdos entre el discípulo y el maestro que éste se encargó de puntualizar y que eran: primero, la historia es una ciencia de la cual se pueden "sacar saludables lecciones para que se dirija por ellas la marcha de los gobiernos y de los pueblos". Segundo, y derivado de lo anterior, ambos parecen compartir la concepción de que la historia en la narración de los grandes procesos históricos; pero Bello agregó a este tronco común su preferencia por el relato de "mil objetos parciales, pequeños... que resucitan para el entendimiento de lo pasado, al mismo tiempo que suministran a la imaginación un placer delicioso" con lo que abría al campo historiográfico posibilidades de desarrollo más allá de las propiamente políticas. El tercer punto en común es que para ambos la historia en una ciencia, para el joven era una "ciencia de los hechos"; mientras que el maestro elaboró una explicación metafórica:

Si el que resume la vida entera de un pueblo, es como el astrónomo que traza las leyes seculares a que se sujetan en sus movimientos las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista o el físico, que en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencia materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía, las actitudes que lo distinguen[364].

---

[364] BELLO, 1957, OC. XIX, pág. 159. Publicado originalmente en *El Araucano*, N° 742 y 743, Santiago, 8 y 15 de noviembre de 1844.

Es necesario hacer notar la analogía que Bello establece entre las ciencias de la naturaleza como la astronomía y la disciplina histórica como ciencia. Este elemento (lo veremos repetido una y otra vez a lo largo del siglo), es la característica central del pensamiento ilustrado de la primera mitad del siglo XIX y la herencia fundamental para la fundación de las ciencias sociales durante la segunda parte del siglo, es decir, el traspaso de esquemas y teorías de las ciencias de la naturaleza a la historia y las ciencias humanas. Sin embargo, Bello, respondiendo a su vena humanista y literaria, no lo expresa acá como una máxima o una "ley" histórica, sino como una metáfora o a lo más, como una analogía. Pero ¿En qué campo se desenvuelve la historia?, o, mejor dicho, ¿Cuál es el fundamento que le da el carácter científico y a partir del cual se desenvuelve la historia?. Bello nos da la pista con esta aseveración:

La historia que embeleza es la historia de los contemporáneos, y más que todas la que ha sido escrita por los actores mismos de los hechos que se narran; y después de todo, ella es (con las rebajas que una crítica severa prescribe, tomando en cuenta las afecciones del historiador) la más auténtica, la más digna de fe. ¿Puede compararse a Plutarco con Tucídides? ¿A Solís con Bernal Díaz del Castillo? Jenofonte en su relación de la Retirada de los Diez Mil, ¿no reúne el interés de la novela al mérito de la historia?[365].

Bello no manifestó entonces una concepción de la historia como una ciencia específica sino como crónica o relato de los hechos por sus protagonistas; o, mejor dicho, la concepción histórica de Bello se juega en la narrativa. Para el venezolano, el substrato de la historia es narrativo, la historia se hace más disciplina cercana a la verdad en cuanto más literaria es, la novela da "mérito" a la narración histórica. ¿En qué se basaba esta concepción? Creemos que la respuesta hay que buscarla en la *Gramática de la lengua castellana* publicada en 1847 (pero escrita anteriormente) y sus trabajos anexos; ésta es la disciplina que le entrega a la narración histórica su método científico. Es decir, para Bello la gramática, la ciencia que ordenaba el lenguaje y que determinaba la forma "correcta" de escribir, fundaba metodológicamente la narración histórica o, lo que es lo mismo, la historia obtiene su carta de ciencia desde la gramática.

¿Cuál era la diferencia teórica fundamental entre Bello y Lastarria?, ¿De dónde provenían las teorías que alimentaban la reflexión de ambos? Bello no se encargó de aclararlo, pero sí el chileno años después, cuando hizo el tan cuestionado balance en sus *Recuerdos literarios* y lo resumió en tres tesis fundamentales.

---

365 BELLO, 1957, OC. XIX, pág. 160.

La primera tesis lastarriana, reaccionaba contra el supuesto que es "lógicamente necesario" creer en una especie de fatalismo histórico que le achacaba a Bello y que suponía la "contemplación de un poder supremo que siempre en acción lo regulariza todo en el inmenso caos de los tiempos"[366]. ¿De donde provenía esta idea que Lastarria criticaba en su maestro? Creemos que si hay un fundamento epistemológico en la concepción de la historia que manejaba Bello, éste provenía de la física newtoniana y de las matemáticas; el autor de la teoría de la gravitación universal manejaba una idea similar acerca del universo y del papel de Dios en el orden que ese caos parecía tener a través de lo que él dedujo como una "ley universal". Bello por su parte, lo veremos más adelante, sostenía en su *Gramática* que el caos sometido a "la luz de la análisis", era sólo un "desorden aparente" y que en su lugar se podía distinguir un "sistema de leyes generales, que obran con absoluta uniformidad, y que aún son susceptibles de expresarse en fórmulas rigorosas, que se combinan y descomponen como las del idioma algebraico"[367]. Lastarria parece reaccionar en contra de esta concepción de la ciencia y el conocimiento científico e histórico.

La segunda tesis del chileno planteaba que la teoría que alimentaba al venezolano provenía de Herder; información de la que nos es imposible dudar puesto que el chileno fue alumno de Bello y aportó minuciosos datos de las clases de su profesor. Según el discípulo, el intelectual alemán tenía una concepción de la historia que sostenía que "la Divinidad" no había impuesto otros límites al ser humano que los que dependían del tiempo, el lugar y de sus propias facultades y que la espontaneidad era inherente a su naturaleza; pero en seguida, acusaba al mismo Herder de suponer a la humanidad como "sujeta en su marcha a leyes providenciales". Este "providencialismo" era una idea que, proveniente del siglo XVII, era común a la grey católica y a otros ilustres historiadores de la primera mitad del XIX.

La tercera, hablaba de que la "sociedad posee esa soberanía de juicio y de voluntad que constituye en el individuo la capacidad de obrar su propio bien y engrandecimiento, mientras

---

366 LASTARRIA, 1968, pág. 202.

367 BELLO, OC. vol. IV, pág. 6.

que no ofenda a la justicia"[368]. Lastarria apostaba todas sus cartas a una concepción progresista tanto del ser humano como de la sociedad (la "humanidad" en el lenguaje de la primera mitad del siglo XIX), que concebía a ambos dotados de capacidades "inherentes" de superación y de adoptar "las lecciones que la experiencia le suministre", para que, pese a las adversidades que enfrentaban en su desarrollo, pudiera salir adelante. Estas experiencias, sostenía el discípulo, estaban alojadas en la historia, "en el depósito sagrado de los siglos". Esto nos demuestra que la concepción de la historia de Lastarria es progresista y acumulativa; supone, pese a las "adversidades", un avance producto de una experiencia acumulada a través del conocimiento[369]. Si bien las leyes que regían en la historia –aspecto en el que coincidía con Bello en su fundamento, pero no en sus resultados finales-, provenían de la naturaleza:

Verá también que en el universo físico se desenvuelven espontáneamente las causas que le sirven de leyes, para producir un resultado necesario, no se opera lo mismo en el universo moral, porque el hombre tiene el poder de provocar el desarrollo de sus leyes o de evitarlo por medio de la libertad de sus operaciones, según convenga a su felicidad. La humanidad *no es ni ha sido lo que ella podía rigorosamente ser, atendidas las circunstancias de lugar y tiempo*, sino lo que ha debido ser, atendido el uso que han hecho de esas circunstancias los hombres que la han dominado y dirigido[370].

Por ello, el papel del hombre en este desarrollo no era pasivo, y a ello respondía su crítica al "fatalismo", sino que le correspondía un protagonismo que no podía contradecirse con la libertad, la dignidad y la justicia que le eran connaturales. Esta última idea era común, tanto al liberalismo de todo el XIX, como al positivismo heterodoxo que después profesó (que lo alejaba de los estrictos dictados comteanos) y bajo cuya influencia reelaboraba esta crítica.

Pero este debate, quizá uno de los más importantes para la constitución de la ciencia histórica en Chile, por ser el primero, se debió a la pasión que ponía Bello en sus enseñanzas.

---

368 Aquí Lastarria introducía un concepto nuevo, "sociedad", que no estaba presente en la discusión de 1844 y que nos alerta sobre el carácter posterior de sus planteamientos respecto de este debate La cita original en: "Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista", en: *Miscelánea*, 1868, vol. I, pág. 8; también en: LASTARRIA, 1968, pág. 202.

369 LASTARRIA, 1968, págs. 202 y 203.

370 LASTARRIA, 1968, pág. 203. (cursivas en el original).

Sin embargo, fue evitado y aún ignorado, por el *stablishment* académico, pese a que ambos discutidores pertenecían a él y uno de ellos era oficialmente su articulador principal. Lastarria guardó toda su vida una profunda desilusión por la "indiferencia glacial" con que los "graves doctores" oyeron su disertación; además, años después recordó que el propio rector no le había dado las gracias por el esfuerzo, y que intentó corregir esta omisión sólo al año siguiente, después de dárselas a Benavente, el autor de la segunda memoria[371]. Estas actitudes contrastan no sólo con la importancia de la *Investigaciones* de Lastarria, sino porque fue leído en la principal academia intelectual del país y ante un público que constituía la masa crítica, la *inteligentzia*, nacional. Sin embargo nos dan una pista del nivel de desarrollo no sólo de la ciencia histórica sino también de la actividad intelectual en el Chile de 1840.

En la recensión que le hiciera Bello, el autor intelectual de la idea de construir la historia republicana retrocedió al ver los conclusiones a las que llegaba su discípulo en éste que constituía el primer trabajo; sobre todo respecto a "los motivos que tuvo para la elección del asunto, pudiera suscitar dudas sobre la conveniencia del programa indicado en la ley orgánica de la Universidad para las memorias que deben pronunciarse ante este cuerpo en la reunión solemne de septiembre"[372]. La respuesta de Bello no pudo ser más institucional y legalista.

Pero la diferencia entre el maestro y el discípulo estaba además en los resultados políticos de su lectura histórica: Lastarria había juzgado negativamente la herencia colonial española y la había presentado como un atraso al progreso de los pueblos y, de paso, sostenía que el régimen político actual había consolidado ese proceso negando la independencia y retrocediendo al pasado infausto. Esta lectura estaba en total desacuerdo con las certidumbres con que Bello había vivido y construido su obra intelectual, especialmente sus trabajos literarios sobre filología y gramática, en los que rescataba el pasado colonial y la herencia del catolicismo, como elementos culturales que le daban unidad al mundo americano y que él mismo se propuso luchar para mantener. Hasta acá la reflexión intelectual de Bello, y en especial su actitud política es conservadora, y no sólo es así, sino que su obra estaba sentando las bases teóricas y culturales del conservadurismo chileno. Y Lastarria, que desde muy joven había sido perseguido por el gobierno, luchaba en contra de eso. Esto los ponía

---

371 El propio autor de la *Memoria* consignó que el texto de marras había llamado la atención de dos intelectuales europeos tan disímiles como E. Quinet y C. Cantú y que en Chile quedó olvidada hasta que fue insertado en la colección de la Historia general de Chile, con notas de B. Vicuña Mackenna. LASTARRIA, 1868, pág. X (prólogo).

372 BELLO, 1957, OC. XIX, pág. 157.

indefectiblemente, y pese a sus cercanías, en cauces políticos distintos que se iban a separar en momentos en que los pelucones en el gobierno del Estado, acrecentaran la represión y la persecución a los liberales para mantenerse en el poder.

Este último es el aspecto fundamental que une el debate sobre la ciencia, la lectura sobre la historia y la aplicación de la razón política (o más bien la aplicación de la razón a la política) en la trama de los acontecimientos políticos, culturales e intelectuales del Chile del siglo XIX y a la vez es el elemento menos comprendido por los historiadores contemporáneos que han trabajado esta época y sobre todo estos personajes.

Pero no se detuvo allí el debate entre el maestro y el discípulo. En 1847 Lastarria presentó a la Universidad nuevamente un trabajo que ya tenía preparado: una historia de las instituciones políticas chilenas: "en ella –decía su autor- se podía hacer un estudio provechoso de los progresos democráticos y de las resistencias que oponían nuestra civilización y costumbres coloniales". El autor presentó la obra, como correspondía, anónimamente y como fue la única, la primera parte del *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile,* fue premiado "en virtud del informe que la aprobó literariamente", pues el consejo que arbitró no la catalogó como obra histórica "porque no hallaban en ella el conocimiento individual de los hechos que habían servido al autor para formar su juicio, sin embargo, de que los hechos aparecían, aunque no fuesen narrados en todos sus detalles"[373]. ¿Cuál era el significado último de este dictamen?, ¿Qué se estaba jugando tras la aprobación parcial de la obra presentada?

Rápidamente, los últimos días de diciembre de 1847 Lastarria publicó su *Bosquejo* con un prólogo de Jacinto Chacón quien "sabía que mi propósito no era narrar hechos, sino estudiar las ideas que los había precedido"; y en él, trataba de demostrar la superioridad de este tipo de trabajos sobre las crónicas. Al contrario de lo sucedido en 1844, Bello no demoró dos meses en responder a la provocación con sendos artículos: "Modo de escribir la historia" y "Modo de estudiar la historia", ambos publicadas en *El Araucano*. El debate esta vez se produjo indirectamente, entre el venezolano y Chacón, pero Bello en el fondo nuevamente discutía con Lastarria[374].

---

373 El título completo de la obra es *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile, durante el primer período de la revolución, desde 1810 hasta 1814.*

374 A parte del debate intelectual que suscitó este texto las consecuencias para Lastarria fueron bastante amargas: el gobierno que había impulsado el movimiento intelectual retrocedió a ver los resultados que éste tenía; así la Universidad le negó al

El comentario central de Chacón respecto del *Bosquejo* partía destacando los aportes de la filosofía de la historia que planteaba que, para conocer una sociedad "debemos estudiar su corazón", es decir, su "carácter" y su "modo de ser", esto equivalía a conocer aquel lugar donde residían las "causas" de los movimientos políticos, religiosos, morales, literarios, industriales, que en conjunto formaban la historia de la civilización, disciplina ésta, de reciente aparición. Todo esto sed reflejaba en las creencias, costumbres, ideas e instituciones de un pueblo, que podían o no estar formalizados en una carta, formaba lo que denominaba "constitución" de un pueblo y de la cual se derivaba el bosquejo histórico que presentaba que se centraba en el análisis de la "constitución del gobierno de Chile". Pese a que estamos ante una clara muestra de la influencia del contractualismo rouseauniano, hay un leve matiz de diferencia pues el concepto de constitución (y de historia constitucional) que expone Chacón está más cerca del concepto que tenemos actualmente de categorías como cultura, idiosincracia o "modo de ser"; es decir, una concepción mucho más orgánica y articulada que la que podemos tener actualmente de esa rama de la historia. Seguía Chacón:

Y refiriéndonos especialmente a la historia política de las naciones, podemos decir que la historia constitucional es la clave que nos da la comprensión del verdadero carácter y rol de los partidos, y el modo como cada uno de ellos, aunque por opuestas vías, pero consecuente con sus propios principios, concurre al desenvolvimiento y triunfo de la idea nueva, esta manzana de oro de las revoluciones sociales[375].

Aunque el ánimo de Bello era debatir en el plano meramente científico o disciplinario y centrar como fundamental para el trabajo historiográfico la investigación y el establecimiento de los hechos –la actitud que tuvo a lo largo de su vida así lo demuestra- no se puede olvidar el papel de maestro de casi toda la nueva generación intelectual chilena. La participación directa del venezolano en la comisión y las adscripciones políticas de sus miembros, inducen a considerarlo un intelectual mucho más apasionado y mundano que lo que la historiografía tradicionalmente lo ha presentado.

Por lo anterior, vamos a separar nuestro análisis de este debate en tres dimensiones: el contexto político e intelectual en que se desarrolló, sus dimensiones meramente disciplinarias; y

---

joven abogado que a la fecha tenía 30 años, un abono por años de servicio que solicitó como compensación en virtud de sus obras de texto aprobadas oficialmente. DÉLANO, 1945, pág. XVIII.

375 CHACÓN, "Prólogo", en: LASTARRIA, *Miscelánea*..., pág. 140, 1868.

las meramente políticas. En cuanto a lo primero, a la fecha del concurso, el momento político que vivía el país era bastante especial: el segundo gobierno de Bulnes (1846-1851) estaba en la mitad de su período, dentro del partido en el poder se estaba levantando un nuevo liderazgo político encabezado por el joven ministro de educación Manuel Montt, secundado por Antonio Varas, ambos, condiscípulos de Lastarria en el Instituto, pero pertenecientes al bando conservador. Este nuevo liderazgo había desatado la carrera presidencial en otro sector del gobierno, liderado por el ministro del interior Manuel Camilo Vial, cabeza de un extenso clan familiar. En cuanto a la dimensión intelectual, quienes integraban la comisión que definía qué era "historia" de lo que no lo era, formaban parte de ese primer bando: los "monttinos", y estaba formada por Antonio Varas y Antonio García Reyes; además de Andrés Bello. Es indiscutible quien ejercía el liderazgo intelectual de esta comisión y su participación en el gobierno, y aunque pudiésemos liberar de dudas al sabio venezolano, es imposible pensar en que no tenía intereses directos que defender. Pero a parte de esto, es más dudoso aún que los jóvenes de la comisión (Varas y Reyes) no hubiesen usado la definición del maestro para evitar la crítica al sistema político que se podía colegir fácilmente de este y otros trabajos de Lastarria, aunque éstos se hubiesen ceñido estrictamente a los hechos. Por último cabe mencionar los anteriores trabajos presentados al mismo certamen, a parte del primero que el propio Lastarria había presentado inauguralmente; en 1845 Diego José Benavente había expuesto sobre *Las primeras campañas en la guerra de Independencia*; lo sucedió Antonio García Reyes y su *Primera escuadra nacional*; y en 1847 Manuel Antonio Tocornal había hecho lo propio con *El primer gobierno nacional*. A parte de que el propio García Reyes ahora era miembro de la comisión, Tocornal era de reconocida militancia pelucona.

En torno al aspecto meramente disciplinario, podemos suponer que las enseñanzas de Bello habían germinado en una tierra fecunda, pero si reparamos no sólo en la influencia intelectual que ejercía en la comisión, sino también en su injerencia directa en el nombramiento de ésta, la situación cambia. Varas no tenía la potencia intelectual de ninguno de sus compañeros de generación y su actitud política lo llevó siempre a refugiarse tras la sombra de Montt; García Reyes no tenía otras credenciales intelectuales que su memoria del año anterior. Es claro, entonces quien era el verdadero censor. Pero eso no explicaría la negativa de clasificar la obra de Lastarria como "literatura" y no como "historia"; en esto hay más una actitud política, que ejercía un cuerpo académico oficial, sobre una obra que no se ceñía a los preceptos dictados por el canon. Lo que subyace es el paradigma ilustrado que unía ciencia y literatura, pero bajo el precepto de subordinar aquella a ésta, de manera que la historia era una parte específica de la literatura que narraba los hechos propiamente "históricos", en otras palabras, era una disputa sobre el carácter de la "verdad" y lo "verdadero"; mientras que la literatura (un concepto más amplio que abarcaba a la historia) podía discurrir libremente sin apego a esa verdad, es decir,

ficcionar. El paradigma, el canon, continuaba siendo literario o más bien narrativo, lo que cambiaba era la naturaleza de lo que se relataba.

Los compañeros de generación de Lastarria eran legítimamente "bellistas", en tanto discípulos formados directamente por el venezolano. Pero un grupo importante del cuerpo académico de la Universidad comulgaba con el canon historiográfico bellista, sólo por conveniencia o por no poder participar realmente del debate. Este grupo estaba compuesto por la mayor parte de los académicos de Teología y por muchos de Humanidades, (Meneses, Tocornal, etc.); conglomerado que se mantenía en el viejo modelo cronista de narrativa histórica por conveniencia política, y tal vez porque, pensaban sinceramente que la forma colonial de escribir la historia, la crónica de raíz fundamentalmente eclesiástica, tenia validez epistemológica. Sólo que en el momento de hacer sentir su poder inquisitorial sobre las nuevas formas de escribir la historia o el cultivo de la ciencia, la hacían con toda su fuerza y métodos tradicionales.

Bello, a la hora de defender sus convicciones científicas acerca de la historia defendió también su propia labor en la comisión y a sus discípulos más cercanos, y este debate lo hizo a través de *El Araucano*, el periódico del gobierno. En "Modo de escribir la historia" inició su respuesta a Chacón exponiendo primero las opiniones de una serie de historiadores y filósofos de la historia (Rousseau, Rozzoir, Thierry, Sismondi, Villeman y Barabte) proclives a resaltar la importancia de fijar los hechos históricos por sobre las interpretaciones y establecía dos tipos de filosofía de la historia, una que era:

[...] la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época; no de otro modo deducimos de los hechos de un individuo, su genio, su índole[376].

La primera, decía Bello, era una filosofía general de la historia de validez universal en todos los lugares y tiempos, y para validarla hacía una analogía con la teoría de la "atracción" (se refiere a la teoría de la gravitación universal de Newton) o de la luz: "la leyes físicas y químicas lo mismo obraron antes en el mundo antidiluviano que ahora en el nuestro; lo mismo

---

376 "Modo de escribir la historia", *El Araucano* N° 912, Santiago, 28-I-1848, en: Bello, OC, XIX, pág. 237.

obra en Europa que en Japón" –sentenciaba. Pero en el plano de las ciencias humanas esto cambiaba: la filosofía general de la historia no operaba con la misma efectividad en la historia particular de un pueblo: "en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países". Y para reafirmar sus asertos recurría a Víctor Cousin quien sostenía que, para no adulterar la historia, era necesario comprobarla y así garantizar que era "la expresión exacta de la naturaleza humana"; así había que estudiarlo todo, examinar el espíritu de un pueblo en su clima, leyes, religión, industria, guerras, producciones artísticas, letras y ciencias. Por esto –sostenía Bello en una verdad que para él era obvia- la historia de ese pueblo debía existir de antemano, debía haberse conocido e investigado, no bastaban para ello los avances que hubiera hecho la filosofía de la historia europea. La historia de Chile tenía sus particularidades propias que debían ser investigadas; de no ser así la labor de Lastarria que, según el mismo prólogo de Chacón, pretendía exponer la filosofía de la historia de Chile, sería una labor inútil. Bello finalizaba su "Modo de escribir la historia" defendiendo la labor de la comisión de la que era parte pues prologuista la había acusado de "exclusivismo e intolerancia", juicio que según el venezolano clausuraba la posibilidad de la crítica literaria.

Una semana después de esta primera respuesta, Bello publicó "Modo de estudiar la historia". En la ocasión se afirmó del dictamen de la comisión que expresó su deseo que para juzgar el papel de los partidos durante la primera etapa de la Independencia, primero era necesario conocer los hechos y después emprender la interpretación teórica pues –según Bello- por el carácter del *Bosquejo* "el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teoría y desfigurar en parte la verdad". Para el venezolano no había querella entre los métodos *ad prodandum* o *ad narrandum*, sino si el primero de éstos era más conveniente para "al estado actual de la Historia de Chile", de la que casi no se conocía su desarrollo y preguntaba apoyando a la Comisión: "¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia? ¿Por el que suministra los antecedentes o por el que deduce las consecuencias? ¿Por el que aclara los hechos, o por el que los comenta y resume?". Así el problema era sólo de orden por el cuál se utilizaba uno u otro método, "cada uno es bueno a su tiempo", concluía[377].

En seguida criticaba las citas traídas a colación por Chacón, en especial a Barante y su *Historia de los Duques de Borgoña*, pues ésta, a su entender, apoyaba su posición y refutaba la

---

[377] BELLO. "Modo de estudiar la historia", *El Araucano* N° 913, Santiago, 4-II-1848, en: Bello, OC, XIX, pág. 245-246.

de Chacón[378]. Para ello ejemplificaba trayendo a colación a Guizot, en su *Historia de la civilización*, quien adoptaba el método de "encadenamiento filosófico" o el método de "narrativa pintoresca" de Agustín Thierry utilizado en *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*. Barante mismo era partidario de una filosofía que "resaltaba como espontáneamente de los sucesos, referisos en su integridad y en sus colores nativos" y para reafirmar sus acertos citaba a Víctor Cousin quien resaltaba el temor de la adulteración de la historia. En seguida precisaba sus convicciones:

No es nuestro ánimo decir que entre los dos métodos que podemos llamara narrativo y filosófico haya o deba haber una separación absoluta. Lo que hay es que la filosofía que en el primero va envuelta en la narrativa y rara vez se presenta de frente, en el segundo es la parte principal a que están subordinados los hechos, que no se tocan ni se explayan, sino en cuanto conviene para manifestra el encadenamiento de causas y efectos, su espíritu y tendencias. Cabe entre ambos una infinidad de matices y medias tintas, de que no sería difícil dar ejemplos en los historiadores modernos[379].

En seguida Bello defendía la labor de la comisión, criticando el papel de censor que se abocaba Chacón y se preocupó de señalar los errores de citas y fechas en que había caído, pero de manera particular en contestar la invectiva de éste que acusaba a la comisión de no querer ver los avances que desde Europa se habían hecho en filosofía de la historia aduciendo que en vez de eso sus discípulos habían defendido el estudio empírico de la historia de Chile: "¿Hemos de ir a buscar nuestra historia en Froissart, o en Comines, o en Miseria, o en de Sismondi?". En seguida aclaraba su propuesta:

La nación chilena no es la humanidad en abstracto,; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile; como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes, como las circunstancia morales y políticas en que nuestra

---

[378] Bello se refería Amable-Guillaume-Prosper Brugière, Baron de Barante (1782-1866), autor de *Histoire des ducs de Bourgogne de la Maison de Valois, 1364-1477*, Bruxelles, Société Typographique Belge 1838.

[379] BELLO, "Modo de estudiar la historia", *El Araucano* N° 913, Santiago, 4-II-1848, en: Bello, OC, XIX, pág. 247.

sociedad ha nacido y se desarrolla. Ábranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia ¿Nos dan ellas la filosofía de la historia de un pueblo, de una época?[380].

Aunque Bello guardaba las formas, no dejaba de hacer gala de cierta ironía para con el autor del "Prólogo", pero también advertía de su intensión de precaver a los que empezaban a investigar la historia de una "servilidad excesiva a ciencia de la civilizada Europa" que jugaba en contra de la independencia de pensamiento y recomendaba no dar demasiado valor a "nomenclaturas filosóficas" en vez de valorar las fuentes. Así para conocer el descubrimiento y conquista había que leer el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, de Hernán Cortés, o al mismo Bernal Díaz del Castillo quien sería mucho más instructivo que Robertson: "Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de Europa". El problema para Bello no era menor: significaba una verdadera emancipación cultural del conocimiento del viejo continente:

Nuestra civilización será juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que se formará de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original ... remeda las formas de nuestra filosofía[381].

Los reparos del venezolano se debía a que consideraba a la filosofía de la historia desde el punto de vista de Cousin- como una "ciencia que está en mantillas" ello porque la fe de un siglo era el anatema del siguiente, por ello el siglo XIX había superado al siglo XVIII, las ideas del más grande filósofo, Montesquieu, eran aceptadas sólo con grandes restricciones y llegaba a una pregunta que el positivismo había establecido como liminar: "¿Se ha llegado al último término?. –y sentenciaba- La posteridad lo dirá", en el actual marco en que se desenvolvía la ciencia, de lucha entre partidos, debía pasar el tiempo para que alimentándose de las ruinas de esa lucha se levantara por sobre ellos.

En "Modo de estudiar la historia" Bello llegó hasta a los límites posibles para el desarrollo intelectual del momento; por un lado, a la certeza de que el camino de las ciencias humanas en Chile (pero más aún en el continente), comenzaba y este comienzo había que hacerlo teniendo presente el desarrollo intelectual europeo pero sin imitarlo burdamente. Por otro, a la pregunta si ese momento, el siglo XIX, era la culminación del desarrollo intelectual

---

380 Ibid.

381 BELLO, "Modo de estudiar la historia", pág. 251.

humano. Finalmente, sentenciaba que la ciencia se iba a levantar por sobre esas disputas políticas que se libraban entre sus discípulos, pertenecientes a distintos partidos. Aunque él pertenecía a uno de estos bandos, gozara de un papel privilegiado como maestro y censor y aunque la ciencia se desarrollaría no sólo por sobre esas disputas si no en medio y no a su pesar si precisamente fruto de esas querellas.

Esta disputa quedó en suspenso; los contendientes no darían su brazo a torcer puesto que las cartas ya estaban jugadas y ninguno de los dos, ni maestro ni discípulo, cambiaría sus concepciones. Probablemente Lastarria no retrucó porque estaba de acuerdo con algunos de los supuestos de su maestro, sobre todo en lo que concernía a la necesidad de la independencia del pensamiento americano respecto del europeo; y sólo mucho después debeló sus críticas a Bello por su seguimiento de Cousin. Dos semanas después Bello aclaró, probablemente para evitarle posibles ataques conservadores, que su diatriba contra Chacón en nada menoscababa su valía como profesor del Instituto. Sin embargo, esto no significaba el cierre de la discusión, más adelante veremos quienes tomaron el bastón y continuaron la carrera hasta que el positivismo llegó a Chile y trató de zanjar la controversia.

2.8.- ESCUELAS, ACADEMIAS Y "SABIOS" EXTRANJEROS EN EL DESARROLLO CIENTÍFICO

El desarrollo de las disciplinas científicas comenzó en Chile antes de la creación de la Universidad moderna. Hemos visto que prácticamente desde que se consolidó la Independencia, bajo el gobierno de Freire, las distintas fracciones modernizantes de la elite que lucharon por controlar el Estado chileno, tenían claro que la masa crítica local, la intelectualidad nacional, tenía serias deficiencias para coadyudar al proceso organizativo estatal y a la formación de la nación y faltaba la institucionalidad en la que se reprodujeran los cuadros políticos, funcionarios, profesionales e intelectuales que la nación necesitaba. Por esta razón el gobierno de Pinto inició la "importación" de intelectuales y científicos extranjeros e impulsó proyectos que formaran instituciones científicas que seguían el modelo borbónico como la Academia de Egaña. Desde la historia intelectual este fue para Chile, después de la conquista y la colonización, el proceso de construcción de un país "a imagen y semejanza" de Europa, más importante de su historia.

2.8.1.- LA ESCUELA DE MEDICINA

La primera disciplina que alcanzó rango oficial fue la Medicina que, como veremos, iba a ser la punta de lanza de la renovación del papel de la ciencia en la sociedad hasta el siglo

XX[382]. La Escuela de Medicina, Farmacia y Obstetricia, fue fundada el 17 de abril de 1833; su primer director fue el médico irlandés Guillermo Blest; ese mismo año se reorganizó la Academia de Práctica Forense. Como el conflicto entre la Universidad de San Felipe y el Estado estaba en su punto más crítico, funcionó en las dependencias del Instituto Nacional[383]. Diez años después la Escuela fue una de las bases de la Universidad de Chile. La ley que creó la Universidad estableció como misión de la Facultad de Medicina:

[...] velar sobre el cultivo y adelantamiento de las ciencias médicas, se dedicará especialmente al estudio de las enfermedades endémicas de Chile, y de las epidemias que afligen más frecuentemente a la población de las ciudades y campos del territorio chileno, dando a conocer los mejores medios preservativos y curativos, y dirigiendo sus investigaciones a la mejora de la higiene pública y doméstica[384].

También debía aportar al gobierno la información para elaborar las "tablas exactas de mortalidad y de una estadística médica". En su *Discurso de instalación de la Universidad de Chile*, Bello señaló con estas palabras la misión de la facultad:

La Medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud[385].

La fundación de la Escuela y la formación de los primeros médicos en el país abrió un nuevo frente para la confrontación de las ideas modernas con las de la tradición, es decir, de la ciencia con la religión.

---

382 Hemos desarrollado introductoriamente este tema en: MORAGA, 2006, passim.

383 BRAVO LIRA, 1986, págs. 80 y 81. "Instituto Nacional", *El Mercurio*, Valparaíso, 23-IV-1823.

384 "Creación de la Universidad de Chile", *SCL*. Vol. XXX, págs. 121-124 y XXXI, 103-106.

385 BELLO, OC. Vol. XIX, 1857.

Por las disciplinas que cultivaban, más relacionadas con las ciencias de la naturaleza, el tipo de intelectual o de sabio que se reprodujo en esta área, era distinto de los que hemos analizado hasta ahora, pero esto no era óbice para que intervinieran en política, ocuparan ministerios y dependencias de gobierno o en el parlamento, se desempeñaran en la prensa o escribieran poesía. Una biografía recientemente el médico siquiatra Augusto Orrego Luco ha hecho notar que tanto éste, como Manuel Antonio Carmona y Guillermo Blest, formaron un núcleo de intelectuales que tenían "modos de pensar" distintos de los de Bello y Lastarria e incluso de intelectuales en ese momento "marginales" o disidentes como Francisco Bilbao y Santiago Arcos[386].

Estos médicos fueron fundamentalmente tres: el irlandés Guillermo Blest, el chileno Raúl Elguero y Lorenzo Sazié. En 1844 Elguero, cuando todavía era alumno fue nombrado profesor de fisiología; dos años después se fue a Valdivia y en 1853 retornó a Santiago para ocupar un puesto en la Casa de Orates y en el Hospital San Juan de Dios; entre 1869 y 1870 impartió un curso de patología y enfermedades mentales donde demostró profundos y amplios conocimientos acerca de la historia de cada enfermedad y donde, muchas veces, discurría mucho más allá de la medicina o citaba extensos estudios de médicos europeos[387].

2.8.2.- LA EXPEDICIÓN DE CLAUDIO GAY

Una de las misiones de la Universidad impuesta por el gobierno era –siguiendo una impronta del despotismo ilustrado- construir la estadística del país. La novel institución, hemos visto, no pudo completar su planta de profesores por lo que siempre estuvo abierta a recibir profesores extranjeros. Asimismo, algunas iniciativas científicas también se iniciaron fuera de la Universidad, pero apoyadas directamente desde el gobierno; recordemos las fracasadas misiones del Labaisse y Lozier, una por incapacidad y la otra por la presión pelucona ejercida hábilmente entre 1823 y 1830. El nuevo gobierno no varió los objetivos pese a su sesgo político autoritario y buscó un sabio acorde a sus ideas a quien encargarle la misión; lo encontró en la persona del naturalista francés Claudio Gay quien emprendió una monumental expedición que culminó con la publicación de la *Historia física y política de Chile*.

Gay llegó a Chile en septiembre de 1830. Venía, como otros extranjeros, huyendo de la represión posterior a las revoluciones republicanas de ese año en Europa. Meses después de su llegada al país, firmó con Portales un contrato que lo obligaba:

---

386 ROA, 1992, págs. 10 y 11.

387 ROA, 1992, págs. 37-39.

[...] a hacer un viaje científico por toda la República durante tres años y medio, con el objeto de estudiar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística, y cuanto contribuye a dar a conocer las producciones naturales del país, su industria, comercio y administración[388].

Al finalizar el cuarto año Gay debía presentar al gobierno los resultados de sus investigaciones con mapas de las provincias y planos de las ciudades. La conveniencia para el gobierno y para el todopoderoso ministro Portales era más que obvia, sólo que el "ideólogo" del Estado autoritario chileno no vivió para ver los frutos de la obra que financió; primero por su muerte prematura y segundo porque la realización de una empresa de esa envergadura tardaría muchos años en realizarse.

El francés recorrió el país durante diez años; en este lapso se transformó, sin serlo originalmente, en un científico de nota. El historiador Diego Barros Arana valoró así el esfuerzo del investigador:

[...] hizo mucho más de todo lo que habría debido esperarse. En vez de tres años y medio, empleó más de diez en recorrer nuestro país, estudió cuanto le era dable para ensanchar sus conocimientos, se comunicó con los sabios más eminentes de Francia para sus consejos e instrucciones, acumuló en todas partes las más prolijas observaciones, construyó mapas que distando mucho de una mediana perfección, era lo mejor que había hasta entonces, y coleccionó animales, plantas y minerales para formar en Santiago un museo de historia natural y para llevar a Europa ejemplares de todo lo que debía utilizar en la composición de su obra[389].

Once años después de iniciada la investigación, Gay se encontró en condiciones de redactar su informe, que aparte de la historia política, comprendía la zoología y la botánica; para ello recibió nuevamente el apoyo del Estado cuando el Gobierno y el Congreso aprobaron una partida de seis mil pesos para financiar los gastos de viaje y la publicación de los resultados; además, al igual que Andrés Bello, se le concedieron los derechos de la ciudadanía chilena. Al año siguiente un decreto mandó a colocar su retrato en la sala del Museo Nacional. El 21 de junio de 1842 el francés partió desde Valparaíso, rumbo a Burdeos, con cuatro jóvenes chilenos

---

388 Citado en: BARROS ARANA, 1913, pág. 317.

389 Ibid.

que el gobierno envió a Europa para perfeccionarse en sus estudios; tres de ellos en ciencias físicas y uno en pintura[390].

Pero para la publicación de la *Historia física y política de Chile* a Gay no le bastó el apoyo gubernativo y la abrió a la suscripción popular; para esto mandó imprimir una serie de folletos donde explicaba detalladamente el plan de la obra que se realizaría en una tirada de papel de lujo con láminas a color y en una edición en rústica. Se abrieron suscripciones en la secretaría de la Sociedad de Agricultura y en establecimientos comerciales con enorme éxito ya que alcanzó a 605 inscritos que acudieron además instigados por la propaganda que Andrés Bello hizo a través de *El Araucano*. Pero el apoyo a una obra estrictamente científica entre la población de Santiago y provincias que no estaba acostumbrada a leer este tipo de informes, disminuyó con el paso del tiempo hasta casi desaparecer: "Sin duda –sostuvo Barros Arana-, habían creído que la obra de Gay sería algún libro pintoresco, accesible a todas la inteligencias, y tal vez utilizable por sus preceptos o consejos para la práctica de los trabajos industriales"[391].

Los treinta tomos de la *Historia Física y Política de Chile* se publicaron a lo largo de 27 años; los ocho primeros estaban dedicados a la parte histórica; ocho más a la botánica y otros tantos a la zoología; dos más a la agricultura y otros dos de documentos históricos y los dos últimos eran un atlas con dibujos de especies naturales y 17 mapas de diversas regiones y grabados de paisajes, tipos humanos y costumbres del pueblo chileno. Los dedicados a la botánica aparecieron entre 1845 y 1852, los de zoología entre 1847 y 1854 y los de agricultura en 1862 y 1865[392]. Todo constituía una extensa obra científica que por primera vez reunía datos históricos, geográficos, naturales, sociales y culturales, así como imágenes de Chile.

La Universidad integró a Gay a su planta de profesores de Matemáticas desde su fundación. Pese al fracaso en la opinión pública, el gobierno siguió apoyando la obra del naturalista que tardó veinte años en terminar de editar todos sus volúmenes.

---

390 Ibid.

391 BARROS ARANA, 1913, pág. 319.

392 La monumental obra no ha sido reeditada salvo los dos tomos de ilustraciones. La edición original la hemos consultado de la colección existente en el Archivo Nacional, fondo Libros raros.

2.8.3.- IGNACIO DOMEYKO Y LA FUNDACIÓN DE LA ESCUELA DE MINAS

En el año 1835, el empresario francés Carlos Lambert, que residía en Chile desde 1817, sorprendido por las rudimentaria técnicas de explotación que hacían perder gran parte de la materiales extraídos, instaló una fundición de reverbero de cobre en La Compañía, una mina cercana a La Serena[393]. Ésta era capital de la provincia de Coquimbo y la segunda ciudad más antigua de Chile. Fundada en 1544, era cabecera de una rica zona agrícola cercana al puerto de Coquimbo y antesala de los minerales de oro de Andacollo (explotados desde el siglo XVI), de cobre de El Brillador (trabajados desde el XVIII) y de plata (explotados desde 1825). La tecnología de la nueva industria era desconocida en Chile y formaba parte de una serie de otras nuevas fundiciones que se instalaron durante el siglo XIX desde la provincia de Atacama, en la frontera norte, hasta Aconcagua, por el centro.

Lambert hizo ver al Tribunal de Minería –la institución de origen colonial que regulaba ese rubro y que permaneció más una década después de la Independencia- la necesidad de incorporar nuevas tecnologías y formar estudios en las disciplinas mineralógicas; este empresario, por su trabajo, debía viajar continuamente y en 1837 el intendente de la Provincia, José Santiago Aldunate, pidió autorización al gobierno para comisionarlo a fin de que contratar a un profesor de química y mineralogía para el Instituto Nacional Departamental de Coquimbo, el actual Liceo de Hombres de La Serena. Al año siguiente el francés contactó en París al polaco Ignacio Domeyko y además gastó 3000 pesos de la época en la compra de materiales de enseñanza, equipos de laboratorio químico, hornos, libros, etc., todo ocupaba 33 cajones que llegaron al puerto de Coquimbo tres meses después[394].

---

393 Carlos Lambert ingeniero francés titulado en la Ecôle Politecnique du Paris, llegó a Chile contratado por una empresa minera inglesa. SERRANO, 1994, pág. 205.

394 Ignacio Domeyko Ancuta nació en 1802 en Lituania, principado anexado al reino de Polonia, por lo que toda su vida se identificó como polaco. Estudió licenciatura en ciencias y matemáticas como preparación para ser ingeniero y se tituló en 1822. En 1831 cuando Polonia perdió la guerra de independencia contra Rusia se refugió en Francia; ahí se dedicó a estudiar geología, que entonces era una disciplina nueva, se inscribió en la Escuela de Minas de París de la cual egresó como ingeniero en minas en 1837 con una sólida formación técnica y científica.

Domeyko aceptó el cargo por varias razones: el sueldo que le ofrecían era notoriamente mayor que el que ganaba entonces, estaba desilusionado de su vida de exilado polaco en Francia y tenía interés científico por conocer un país tan lejano. Su contrato señalaba que estaría encargado de la cátedra de química y mineralogía pero lo que en realidad querían las autoridades y empresarios de la zona era que enseñara las nociones básicas de minería, esto es, manejo, explotación y "beneficio" o fundición de minerales. Al igual que Lambert, sorprendido por los primitivos sistemas de explotación, decía a un amigo que no se conocía el arte de los ensayes. Aunque había industria y comercio del cobre, los dueños de minas vendían el mineral a comerciantes extranjeros o fundidores nacionales sin conocer su ley: "¿Y qué importa –exclamaba- que no conocieran la química, la física, las ciencias naturales? La agricultura les daba abundantes cosechas de trigo; la minería, considerables riquezas en plata y cobre y el comercio libre les abría relaciones con todos los países del mundo"[395].

El científico que había en el polaco cedió lugar al ingeniero y Domeyko inició sus enseñanzas por la experimentación para demostrar, no sólo a sus alumnos sino también a los empresarios mineros, la utilidad y productividad de los conocimientos científicos. Esta mentalidad práctica convirtió al joven ingeniero-científico en el iniciador de la enseñanza de la ingeniería en minas en Chile[396]. Él mismo relató en su autobiografía las condiciones en las que comenzó a enseñar a un grupo de alumnos:

Comencé, pues, la primera lección por la preparación del oxígeno y por los experimentos más sencillo a base del mismo. ¡Cual no fue su asombro y alegría cuando vieron salir de la retorta una especie de aire que, al pasar por el agua, formaba ampollitas y que podía trasvasarse de una vaso al otro como el vino de una copa a otra! Después creció su asombro al ver con que resplandor arden, en ese aire, el azufre, el carbón, el fósforo, incluso el hierro, y que la cerilla recién apagada vuelve por sí sola a encenderse. Les permití que repitieran estos mismos experimentos, cuidando sólo que no se quemaran. A la tercera lección vieron el hidrógeno e hicieron experimentos que tomaron más tiempo y que les dieron ocasión para aprender las primeras lecciones sobre los cuerpos simples y la manera en que se alían entre sí. Hube de detenerme más tiempo en las propiedades del agua, la destilación, la solubilidad de los cuerpos, la evaporación, etc.[397].

---

395 DOMEYKO, 1977, I, pág. 772.

396 CANUT DE BON Y CARVAJAL, 2002, pág. 73.

397 DOMEYKO, en: GODOY y LASTRA, 1994, pág. 191.

El científico no fue del todo desplazado. La labor de Domeyko, aparte de la docencia, se centró en el análisis químico de los minerales que le llevaban distintos empresarios. Además, se dedicó a recorrer, junto a sus alumnos, las montañas y cerros de la región norte y centro de Chile recolectando muestras que después analizó y clasificó en el laboratorio del Liceo; llegó a clasificar un total de 2200 que actualmente se encuentran en el Museo Mineralógico de La Serena[398]. Así obtuvo una gran variedad de minerales, probablemente mucho más grande que la que existía en Polonia, Alemania y Francia. Esto le permitió descubrir nuevas especies mineralógicas que aún hoy son difíciles de encontrar, y profundizar los estudios de muchos científicos españoles que, desde el siglo XVIII, venía descubriendo nuevos minerales en América, especialmente en Perú y México[399].

Los estudios que realizó, cuyos viajes costeaba a veces de su propio bolsillo, los envió para su publicación en *Les annales des Mines de France*, y a la *Revue de deux mondes*, donde fue conocido como "el sabio profesor de Coquimbo". En 1844 Domeyko publicó su primer libro *Tratado de Ensayes* (fue hecho en la imprenta del Liceo) donde reunía casos de análisis de minerales y que aún hoy constituye una obra útil para conocer nuevas muestras. Al año siguiente publicó *Elementos de Mineralogía*, y, después de un viaje por la zona mapuche, *La Araucanía y sus habitantes* (1846); éste fue reimpreso al año siguiente y constituye uno de sus libros más leídos aparte de *Mis viajes*, en el que publicó sus memorias.

Domeyko unió a su labor científica la educación a través de la formación de un gran contingente de discípulos. De esta manera en cada viaje llevaba consigo alguno de sus alumnos tanto para que le ayudase en la recolección de muestras, como para formarlos en los secretos de la investigación. Cuando partió a la Araucanía en 1844 dijo que su objetivo era:

Inspirar en la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer el país, como también invitar a esta juventud a que buscase inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes, en la hermosa realidad del medio

---

398 Domeyko recorrió las cordilleras vecinas a Coquimbo; las minas de los departamentos de Huasco y Copiapó, Ovalle Combarbalá y Aconcagua; San Pedro Nolasco en Santiago y San José de la Compañía en Rancagua y Cauquenes; en total abarcó unos 2000 kilómetros de los 4500 de largo que tiene el país. DOMEYKO. 1977-1978, passim.

399 CANUT DE BON Y CARVAJAL, 2002, pág. 74.

de que vive. En fin en lo pasado y el porvenir de su patria, y no en los misterios de París y Londres que tanto distraen[400].

Además, aprovechó sus contactos con la Escuela de Minas de París para enviar a sus alumnos más destacados a perfeccionarse en Francia, para esto viajó a Santiago y convenció al ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, para que apoyara la iniciativa. Sus esfuerzos dieron frutos: en 1847 dos de los tres becados en el país galo iniciaron sus labores como profesores en el Liceo de La Serena.

Domeyko estuvo cinco años en Copiapó. En 1842 se dirigió a Valparaíso para embarcase rumbo a su querida Polonia pero las malas noticias respecto al fracaso de la insurrección contra los rusos y el ofrecimiento de un puesto en la Universidad lo hicieron desistir temporalmente de sus ansias viajeras. Al año siguiente se incorporó a la recién fundada institución y en 1846 fue elegido para el Consejo Universitario, cargo que no abandonaría hasta su jubilación en 1883, después de haber sido elegido rector cuatro veces consecutivas.

2.8.4.- EL INICIO DE LOS ESTUDIOS ASTRONÓMICOS

En muchas ocasiones la creación de otras dependencias, que se fueron agregando a la institucionalidad universitaria y que contribuyeron a consolidar el papel de academia científica que ésta cumplía, fueron oportunidades bien aprovechadas. Es el caso del inicio de los estudios astronómicos que fue una de las áreas de la ciencia que se agregó tempranamente a la investigación universitaria. Aquí fueron fundamentales dos sucesos importantes que no tienen que ver directamente con la labor científica de la Universidad, en tanto planificación de las autoridades educacionales, y por lo tanto política del Estado: la publicación en 1848 de la *Cosmografía* de Bello y la expedición estadounidense al hemisferio sur y en específico a Chile.

Bello se había mostrado como un gran divulgador de la ciencia y de los últimos descubrimientos desde muy joven, cuando se hizo cargo de *La Gaceta de Caracas*; más tarde, durante su estada en Londres, insertó tanto en las páginas de *La Biblioteca*, *El Censor* y *Repertorio Americano* muchos artículos de divulgación científica en general, entre ellos algunos de astronomía como “Magnetismo terrestre” y “Hierro meteórico del Chaco”. Una vez en Chile se interesó más claramente por la astronomía y ocupó las páginas de *El Araucano* para publicar algunos textos previos como “Estrellas fijas”, tres notas muy breves sobre el paso del cometa

---

400 Carta de Domeyko a José Santiago Aldunate, Intendente de Coquimbo, en AMUNÁTEGUI, 1867, págs. 49 y ss.

Halley, que en Chile se avistó entre octubre de 1835 y febrero de 1836 y "Aerolitos"[401]. Pero Bello no se decidió a escribir su *Cosmografía* hasta 1839 cuando comentó el *Curso elemental de geografía moderna* de Tomás Godoy Cruz; en este artículo señaló la necesidad de contar con un texto sobre esos temas. Sin embargo, no asumió esta tarea sino hasta los años 1843 y 1844, en que se concentró en ello y después de continuas revisiones, le dio su forma definitiva en 1847, no sin antes revisar el *Kosmos* de Humboldt, la obra de madurez del naturalista alemán a quien conociera casi medio siglo atrás en su natal Caracas[402].

Nuestro autor definió a la disciplina cosmográfica como una mera "descripción del universo" y como su "simple exposición", a diferencia de la astronomía que, pese a compartir el objeto de estudio, demuestra y para ello "se apoya en observaciones y cálculos". La *Cosmografía* es un libro de texto que pone al día a los lectores no informados de los conocimientos básicos acerca de la tierra, su satélite, la luna, el sistema solar y en general todo el universo conocido; demuestra en ello un cuidadoso manejo de las principales teorías y descubrimientos astronómicos modernos: desde Galileo, Kepler, Copernico y Newton, desde la fabricación del primer telescopio y las tres leyes de Kepler hasta la ley de la gravitación universal de Newton, explicándolas de un modo sencillo y pedagógico[403]. Pese a este carácter,

---

401 "Magnetismo terrestre" apareció en *La Biblioteca Americana*, I, Londres, 1823; "Hierro meteórico del Chaco" salió en *Repertorio Americano*, III, Londres, IV-1827; "Estrellas fijas" fue publicado en *El Araucano* N° 94, Santiago, 30-VI-1832; las notas sobre el cometa aparecieron en las ediciones de *El Araucano* N° 268, del 23-X-1835; N° 281, del 22-I-1836 y 286 del 26-II-1836; "Aerolitos", en: *El Araucano* N° 764, 11-IV-1845.

402 Podemos saber con exactitud el desarrollo de este texto de Bello por que en gran parte de su libro hay cifras y datos astronómicos con fecha 1 de enero de 1843. De todos modos, siguiendo su método acostumbrado, no lo publicó hasta que no estuvo satisfecho de su resultado; muchas cifras anteriores están rectificadas en el texto con fecha 1 de enero de 1848. Aunque tres años antes incluyó en *El Araucano* los capítulos VI, IX y XIII de la versión final, ocasión en que aclaró que eran parte de su *Cosmografía*, estos tienen rectificaciones menores en su versión final, que el mismo aclaró en la "Advertencia", que concluyó en 1847.

403 Pese a las alabanzas hechas a este texto de Bello hay algunas precisiones que hacer; sus sistemas de notación científica no son uniformes pues utiliza distintos signos

meramente descriptivo y de divulgación científica, no le resta que estemos frente a una obra original y casi desconocida, o más bien injustamente olvidada, por los estudiosos chilenos; original en el sentido que le es propia la elección de los temas y la organización, capitulación y forma definitiva del libro[404]. Esta ponía al día para los chilenos y americanos los últimos avances de las ciencias físicas y descubrimientos astronómicos. El venezolano nunca fue el típico científico decimonónico, recolector de datos de sus propias observaciones astronómicas y experimentos físicos, pues no pudo dedicarse a la investigación de las ciencias físicas, porque, al parecer, su salud siempre se lo impidió; en contraposición fue más un investigador de gabinete y biblioteca[405]. Más adelante tendremos oportunidad de comentar más extensamente

---

para señalar minutos y segundos en el plano de la eclíptica; tampoco lo son las medidas de longitud que utiliza que varían en millas, leguas y kilómetros. Además, y tal vez producto del estado del conocimiento astronómico de la época, designa como "planetas" a algunos de los satélites de Júpiter (Vesta, Juno, Ceres y Palas) recién descubiertos. Sin embargo, sus explicaciones sobre las leyes de Kepler y de la gravitación universal no han perdido vigencia y en ellas demuestra una gran habilidad pedagógica al adaptar conceptos científicos a un lenguaje sencillo y ameno.

404 Resulta inconcebible que el biógrafo más reciente de Bello, Iván Jaksic, a quien hemos citado profusamente, no haya incluido siquiera un nota de la *Cosmografía*. Tampoco nos entrega ninguna explicación de tan imperdonable omisión, que resulta más sorprendente por la acuciosidad con que enfrentó su trabajo; sólo acertamos a entenderla ya que sus intereses están centrados más en la obra humanista de Bello y en sus actuaciones públicas, que en sus aportes a la ciencia.

405 El mismo Jaksic nos informa que en 1799 cuando Humboldt y Bonpland subieron al Monte Ávila (la montaña que domina el valle de Caracas), Bello, pese a que sólo tenía 18 años, no pudo acompañarlos toda la ascensión por su débil estado físico (que contrasta notoriamente con el de Domeyko acostumbrado a emprender largas caminatas y subir a grandes alturas sin experimentar cansancio), por lo que el naturalista recomendó a la familia del joven que estudiara menos intensamente y cuidara su salud. El alemán mantuvo recuerdos indelebles de Bello que dejaron sorprendido a Benjamín Vicuña Mackenna cuando éste visitó Berlín en junio de 1855 ¡más de medio siglo después de haberlo conocido!. JAKSIC, 2001, págs. 36 y 37.

esta obra de Bello por el significado que adquirió para el pensamiento científico en Chile poco tiempo después de su muerte y su relación con el *Kosmos* de Humboldt.

En 1850 una expedición científica estadounidense, a cargo del teniente J.M. Gillis, la *U.S. Naval Astronomical Expedition of Southern Hemisphere*, que recorrió los mares del sur entre 1849 y 1852, trajo a Chile los instrumentos para instalar un observatorio astronómico[406]. El rector de la Universidad mostró un gran interés por apoyar la expedición y en la sesión del Consejo Universitario del 12 de enero de 1850, propuso que fuesen asociados a la misión astronómica algunos jóvenes chilenos pues "considerables serían los beneficios que de aquí resultarían para la ciencia en general, por la especial circunstancia de ser tan raros hasta ahora los observatorios astronómicos existentes en el hemisferio austral". Los equipos se instalaron en el cerro Santa Lucía, en pleno centro de Santiago, y las observaciones estuvieron a cargo de Ignacio Domeyko, que en ese momento era secretario de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad.

La pertinencia de hacer observaciones astronómicas en el hemisferio sur, concordantes con las que se hacían en el norte para establecer el paralaje del sol por medios diferentes a los empleados hasta entonces, fue sugerida a los norteamericanos por el doctor Gerling[407]. Éste era un científico alemán, director del observatorio astronómico de la Universidad de Marburgo; ello motivó el envío de la comisión astronómica comandada por Gillis. En diciembre de 1849, el gobierno chileno dio todas las facilidades, el dinero para los gastos de instalación y adquirió los instrumentos que costaron 7.823 pesos (es decir, el sueldo anual de cuatro profesores de la Universidad). En la cumbre del Cerro Santa Lucía, a un costado de la ciudad, se construyó un modesto edificio de madera donde se instaló el observatorio. Desde Alemania, Gerling recomendó a Carlos Guillermo Moesta, uno de sus discípulos, viajar a Chile por ser un país que

---

406 Wayne D. RASMUSSEN. "The United States Astronomical Expedition to Chile, 1849-1852", *HAHR*, XXXIV, 1-II-1854, págs. 103 y ss.

407 En su *Cosmografía*, Bello sostuvo que el método para definir la distancia de las estrellas, según él, la base de "todas las investigaciones relativas a la magnitud y naturaleza de estos cuerpos", se efectuaba estableciendo el paralaje, que es: "El medio del que se valen los astrónomos para determinar la distancia de un astro a la tierra... esto es, el ángulo en que un observador colocado este astro vería el radio de la tierra". BELLO, OC. vol. XX, pág. 232.

mostraba interés por las ciencia y donde "podría hallar una ocupación honorable y conforme a sus estudios y sus aspiraciones"[408].

Moesta llegó a Chile en 1850 y se integró como parte del equipo del geógrafo francés José Amado Pissis que levantaba las cartas geográficas de las principales ciudades[409]. Por recomendación de éste, el joven alemán llegó a la Facultad de Matemáticas en 1852; allí leyó una memoria titulada *Discusión de los métodos actualmente usados para la enseñanza de la aritmética jeneral*, donde demostró ser un notable matemático. La misión de Gillis se devolvió ese año y Moesta fue nombrado director del observatorio con las obligaciones de publicar anualmente las observaciones que hiciere, dar en el observatorio lecciones prácticas a los jóvenes que designare el gobierno y hacer una clase de matemática en la Universidad, por lo que recibiría un sueldo anual de 2000 pesos[410].

De vuelta en Washintong, Gillis llegó a ser jefe del observatorio de esa ciudad en 1861; desde ese puesto mantuvo cordiales relaciones con el de Santiago, enviándole libros e informaciones científicas, que sólo se vieron interrumpidas con su muerte, acaecida en 1865 a la edad de 53 años. Moesta hizo una fecunda labor en el observatorio, sólo no pudo cumplir con la formación de los jóvenes pues –según Barros Arana- las designaciones que hizo el gobierno "fueron pocas y no siempre felices y acertadas". Pese a esto, el astrónomo publicó dos gruesos volúmenes con observaciones astronómicas; anualmente daba informes al gobierno sobre la marcha de observatorio, que se publicaban en las memorias del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública; además sus resultados se publicaban en los *Anales* y en las *Astrnomische Nachrinchten* en Marburgo. Por último, tradujo al castellano para los estudiantes de la Universidad de Chile el *Tratado de astronomía esférica y de astronomía práctica* de M. F. Brunnow, director del observatorio de Dublin. Además de las observaciones astronómicas, Moesta hizo observaciones meteorológicas, menos conocidas pero, por su calidad científica, igual de importantes, que se realizaron desde un observatorio instalado en la Quinta Normal (en

---

408 BARROS ARANA, OC, XIII, pág. 39, nota 4.

409 Moesta había estudiado en la escuela politécnica de Cassel; una institución que, pese al nombre, no tenía el carácter de su homónima francesa; allí fue discípulo de Rodulfo Amando Philippi después pasó a la Universidad de Marburgo donde fue discípulo de Gerling. BARROS ARANA, OC, XIII, pág. 39, nota 4.

410 BARROS ARANA, OC, XIII, pág. 40, nota 4.

el extremo poniente de la ciudad)[411]. Moesta regresó a Alemania en 1865; llevaba el encargo del gobierno de comprar en Europa nuevos y mejores instrumentos para el observatorio, labor que cumplió cabalmente. Pero en su tierra natal su salud empeoró notablemente y murió en Dresde en 1884 a la edad de 59 años.

2.8.5.- EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA EN CHILE

Desde muy temprano los chilenos demostraron interés por los estudios geográficos y la publicación de geografías "descriptivas". La primera obra de esta característica es *La historia natural de Chile* publicada en Bolonia en 1772 por el abate Ignacio Molina, jesuita expulso. Durante el reinado de Carlos III se publicó la *Historia geográfica e hidrográfica del reino de Chile*. sin embargo, las instituciones educacionales tardaron en incorporarlas a los planes de estudio. Poco antes de iniciado el proceso independentista, el religioso ilustrado fray José María de Bazaguchiascúa, que manifestaba fuertes influencias del universalismo de la filosofía racionalista, implantó la enseñanza de la geografía en Chile bajo el argumento de que "su utilidad siempre ha sido necesaria, pero mucho más ahora que nunca, con el motivo de nuestro nuevo sistema, cuya ramificación reducida especialmente a relaciones interiores y exteriores, viajes por mar y tierra, comercios activos y pasivos, cada día a proporción de su extensión, será tanto más necesaria", argumentos que sostenía en su *Memoria que manifiesta la necesidad de abrir grados e instruir Cátedra de Geografía en la Real Universidad de esta cuidad*[412]. También Juan Egaña compuso en 1809 un folleto que, basado en el método descriptivo y enumerativo, contenía información sobre geografía física, matemática y política de Chile[413]. Pese a esta notable preocupación, tanto la Constitución de O'Higgins de 1822, como la "moralista" de Egaña de 1823, la liberal de Mora de 1828 y la de 1833 decían textualmente que "el territorio de Chile se extiende entre el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos, y desde la Cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico, comprendiendo el Archipiélago de Chiloé, todas las islas adyacentes, y las de Juan Fernández"[414].

Ya durante la república, el primer texto de geografía que circuló en Chile fue el *Catecismo de geografía descriptiva*, aparecido en Londres en 1824, y que formaba parte de la

411 CHACÓN, 1886, passim.

412 PEREIRA SALAS, 1946.

413 PEREIRA SALAS, 1946, pág. 27.

414 VALENCIA AVARIA, 1986, pág. 173.

colección que la Casa de Ackermann publicaba para "uso de los hispanoamericanos"; en 1829 se reimprimió en el Liceo de Mora[415]. Nueve años más tarde el ubicuo Lastarria, tratando de superar lo "inadecuado" y "deficiente" del *Catecismo*, por el evidente atraso y generalidad de sus datos, publicó un pequeño manual titulado *Lecciones de geografía moderna*. En esos años la geografía no era aun una materia del curso de humanidades, y el intelectual liberal se decidió a publicar los contenidos de las clases que venía dando en colegios particulares desde hacía dos años[416].

La primera obra republicana respecto del conocimiento geográficos fue el trabajo de Gay. Pero la parte estrictamente geográfica de la obra fue criticada por sus vacíos y limitaciones que –como sostenía Barros Arana- "distaban mucho de una mediana perfección"; de todos modos, desde entonces el país por primera vez contaba con una idea de su territorio, aunque relativamente imprecisa[417]. En 1848, el gobierno de Bulnes contrató a Amado Pissis, el geógrafo francés que ya hemos mencionado, para que levantara cartas geográficas de las principales ciudades chilenas. Pissis comenzó por Santiago y cuando en 1850 hubo de levantar la de Valparaíso, se integró al equipo el joven alemán Moesta quien demostró conocimientos matemáticos muy avanzados que superaban los de los ayudantes chilenos que el gobierno había contratado para su asistencia.

---

415 En la ocasión, Blanco White saludó la publicación con las siguientes palabras: "Me doy pues la enhorabuena al ver que la lengua española empieza a poseer obras elementales de la clase que más conviene a los pueblos que se hayan en mejor proporción de aprovecharlas. Lo conciso de estas obritas es seguramente lo más importante de su mérito... La falta de libros que hasta ahora se ha experimentado en la América castellana ha indispuesto por necesidad a sus naturales para la empresa de estudiar obras profundas, hasta que no se hayan iniciado otras más ligeras". Citado en: LASTARRIA, 1968, pág. 40.

416 LASTARRIA, 1968, pág. 40.

417 El *Atlas de la historia física y política de Chile* de Gay, publicado en París en 1854, incluyó un mapa de Chile en el que aparecen sólo los territorios situados al occidente de los Andes. En el mapa correspondiente al extremo sur, la Patagonia aparece como "tierras desconocidas". GAY, 1854, tomo I.

A esto le siguió la obra de Vicente Pérez Rosales quien en 1857 publicó su *Ensayo sobre Chile*. Aunque editado originalmente en Hamburgo, y en francés, en 1859 fue traducido por Manuel Miquel y publicado en Chile para el uso de bibliotecas populares. La intención del autor era proporcionar datos "reducidos pero exactos" sobre la geografía física, las principales producciones de los reinos de la naturaleza, y las características de las formas de gobierno, la descripción de las divisiones políticas y una reseña sobre la estadística, los recursos y el comercio del país. Orientado en un principio a promover la inmigración entre los ciudadanos y gobiernos europeos –de ahí el idioma de la primera edición- estaba dividido en dos partes. La primera, dedicada a las propiedades físicas del territorio, situación, límites, aspecto y naturaleza de los suelos; la segunda, a los aspectos políticos del país y las particularidades de cada provincia[418].

Pero por mucho empeño que pusiera el Estado en incentivar el cultivo de la ciencia, los pioneros siempre tuvieron que enfrentar condiciones de extrema precariedad material. Ya hemos visto los inicios de los estudios astronómicos. El médico Orrego Luco en un balance escrito en la década de 1920, publicado un siglo después de este proceso, destacaba las características mesiánicas y heroicas de esta generación de sabios:

Lo utilizaban todo, y todo lo creían suficiente para la realización de sus propósitos. Se contentaban con los escasos recursos que tenían a mano para acometer empresas enormes. Un hornillo, unos cuantos matraces y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domeyko estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales y buscó los medios de hacer su explotación; una mesa, unas tijeras, algunos pliegos de papel estraza, eso era el laboratorio en que Philippi dio a conocer nuestra botánica; Bustillo analizaba nuestras plantas medicinales en la trastienda de una botica; muy poco más que un estuche de bolsillo, era todo el arsenal con que Sazié y Aguirre hacían toda la cirugía en esos tiempos[419].

Todo esto, pese a las privaciones presupuestarias, contribuyó a formar una comunidad académica y científica que fue creciendo exponencialmente a medida que pasaban los primeros años y que se internacionalizó toda vez que se relacionó con otros centros e instituciones de investigación científica y literaria de Europa y Estados Unidos.

---

418 PÉREZ ROSALES, 1859.

419 ORREGO LUCO, 1953, pág. 85.

2.8.6.- LA GRAMÁTICA DE BELLO

"Como las palabras son las que conservan las ideas y las transmiten,

resulta que no se puede perfeccionar el lenguaje sin perfeccionar la ciencia,

ni la ciencia sin el lenguaje y, por ciertos que fuesen los hechos,

por justas que fuesen las ideas que ellos originen,

nos transmitirán sino impresiones falsas,

si no tuviéramos expresiones exactas para darlos a conocer".

Lavoisier

Una de las mayores y más tempranas preocupaciones intelectuales de Bello fue su interés por la Gramática castellana. Este tema, que estudiaría durante toda su vida y que se convirtió en uno de los aportes fundamentales, se volvería crucial para el desarrollo intelectual y científico chileno. Hemos visto que el modelo científico ilustrado unía ciencia y literatura y que estas disciplinas se desarrollaban fundamentalmente en academias destinadas a ello; Bello, como el ilustrado que era no podía escapar a esta concepción y por ello desarrolló la parte más científica de la literatura. Nuestra hipótesis es que el venezolano estaba consciente que no se podía desarrollar conocimiento, así como no se podía organizar una nación, sin disponer de una lengua que nos permitiera comunicarnos de manera clara y exacta entre las naciones hispanoamericanas, así como dar a conocer el avance de nuestros conocimientos y cultura. A nuestro entender este es uno de los aportes científicos más sólidos del venezolano y vamos a ver por qué[420]. Tal como el epígrafe que cita las palabras de Lavoisier creemos que Bello estaba consciente de la relación entre ciencia y lenguaje o (siguiendo la reflexión de la filosofía escocesa del 'learning') entre naturaleza y entendimiento, pero no estuvo del todo consciente de

[420] Algunos investigadores ha sugerido la posibilidad de que Bello hubiese tenido su primer contacto con las teorías lingüísticas durante la visita a Caracas de Alexander von Humboldt, entre noviembre de 1799 y febrero de 1800. El hermano del naturalista alemán, Guillermo (1767-1835), hizo grandes aportes al estudio de la lingüística comparada. Desde entonces la preocupación del joven venezolano (tenía 18 años) por la gramática española, sería un tema que no abandonaría hasta su muerte. ALONZO en: BELLO, OC. vol. V, págs. XXVI-XXVII.

los resultados políticos de sus investigaciones científicas, es decir, la relación entre ciencia, historia y razón política, que lo llevaron indefectiblemente a reforzar el pensamiento conservador chileno.

En su exilio londinense, Bello dirigió sus intereses a estudiar la historia de la lengua castellana. En la biblioteca del Museo Británico se dedicó –entre 1814 y 1823- en particular al estudio de *Cantar del Mío Cid* y en general a la evolución de las lenguas románicas, desde el declive del latín hasta su desarrollo posterior en idiomas de diferentes regiones europeas. Muchos de esos apuntes inéditos los dejó plasmados en unos cuadernos: "claves para comprender la genealogía de las ideas de Bello, sus hábitos intelectuales, su conocimiento en lenguas y su manera de razonar... [su] evolución política e intelectual... y su relación con el proceso de independencia"[421]. Jaksic se ha referido a la:

[....] intensidad de la investigación misma, que puede ser descrita como un intento de comprender el surgimiento de los estados nacionales, fenómeno que Bello podía observar en la extensa documentación histórica en el Museo Británico. El colapso del imperio español, después de todo, era comparable a la caída del imperio romano, y resulta pertinente plantearse la pregunta respecto a si las regiones hispanoamericanas se fragmentarían de la misma forma que las europeas en la Edad Media, y cómo reaparecerían, en el caso de llegar a formar nuevos Estados[422].

Desde la perspectiva filológica, este estudio de la fragmentación imperial romana es una forma de estudiar la fragmentación de las colonias hispanoamericanas, paralela al estudio del papel del idioma en la construcción de nuevas identidades nacionales y culturales. Un investigador como Pedro Grases, prologuista de un volumen de las *Obras Completas* del venezolano, ha calificado estos estudios como "una búsqueda de las raíces culturales que precedieron al período colonial"; esto porque para Bello había un peligro inminente de que se constituyera una América que rechazara el pasado español, con lo que se corría el peligro de

---

421 Los "Cuadernos de Londres" se encuentran en el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile; son trece cuadernos de apuntes manuscritos que no guardan un orden aparente salvo para su autor, escritos con una letra pequeña y casi ilegible; los pocos "bellistas" que los han trabajado, han tenido que enfrentarse a un rompecabezas que sólo han resuelto en parte gracias a la confrontación con sus obras posteriores. Un análisis somero de su contenido en: JAKSIC, 2001, págs. 77 y 78.

422 JAKSIC, 2001, pág. 79.

confundir un período específico (la Independencia) con sus bases culturales más amplias y profundas y que las perdiera definitivamente[423]. Bello leyó el *Cantar del Mío Cid*, el poema épico nacional más importante de España, escrito a finales del siglo XII o comienzos del XIII, en una edición de Tomás Antonio Sánchez, *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (1779), que consideró una mala traducción[424]. Por ello se propuso corregir sus errores consultando múltiples documentos antiguos de la Biblioteca del Museo Británico; así pudo reconstruir casi en su totalidad el poema y restaurar el sentido del castellano original y su rima que está escrito en versos alejandrinos[425]. Además, según su biógrafo Iván Jaksic, se identificó profundamente con su objeto de estudio por el paralelo entre su propia vida y la del héroe mítico al que lo unía una vida común de exilio, separación de su familia, creencia "inquebrantable" en la "legitimidad dinástica" y lucha por recuperar el perdido favor del rey: "Hasta aquí, la narración de los sucesos es heroica, quizá comparable a los hechos de la guerra de Independencia que Bello ya empezaba a redactar"[426]. Según el mismo comentarista, la última parte del poema, que corresponde a la afrenta que le hicieron los infantes de Carrión, se destaca por la actitud del Cid que en vez de recurrir a una venganza personal contra sus ex yernos, pidió que el rey citara a Cortes para que toda la nobleza escuchara su caso y ahí –con elocuencia y habilidad jurídica- lo ganó gracias al recurso de las leyes y no de la *vendetta*:

Es casi posible imaginar el impacto que tal historia debe haber tenido en un solitario investigador hispanoamericano que se encontraba pagando el precio de su propio papel en la Junta de Caracas, que además estaba lleno de aprehensiones acerca de la guerra de su patria, y

---

423 GRASES, "Estudio preliminar", en: BELLO, OC, VII.

424 Per Abad, presunto autor del poema, era abogado y un innovador en la promoción de los duelos controlados por el gobierno, que promovía para evitar la desestabilización que significaban las *vendettas* personales. JAKSIC, 2001, pág. 82.

425 La métrica de los alejandrinos consta de versos que tienen catorce sílabas divididas en dos hemistiquios por una cesura. La rima del Cantar está determinada por la asonancia, es decir, que el ritmo de cada verso está marcado por la ubicación del acento en las vocales. Es una técnica que se aparta de la aliteración y del uso de las consonantes propios de la métrica medieval. JAKSIC, 2001, pág. 80.

426 JAKSIC, 2001, pág. 81.

que también se preguntaba acerca de su futuro cuando la justicia parecía ser tan sólo una víctima más de la guerra[427].

La obra, además, acercó a Bello a la tradición del derecho romano. Como lo han demostrado los especialistas, los pasajes del tercer cantar demuestran un sofisticado conocimiento de los procedimientos legales herederos de Roma, presentes en la naciente tradición jurídica española. Tanto la importancia del estudio del derecho romano como los estudios literarios, gramaticales y filológicos que Bello hizo en su estancia inglesa –aunque estos últimos sólo fueron publicados póstumamente- adquirirían una enorme importancia cuando se encontrara en Chile[428]. Pero más allá de la publicación tardía, la impronta de estos trabajos y las principales ideas fueron traspasadas a sus discípulos, compañeros de trabajo y colaboradores cercanos, de manera que pese a los recaudos del autor para no publicarlos, salvo cuando los creía definitivos, sus enseñanzas se difundieron entre la intelectualidad chilena[429].

Bello fue contratado por el gobierno de Francisco Antonio Pinto en septiembre de 1828 gracias a la intervención de Mariano Egaña, quien le había tomado una particular estima luego de haber superado un serio incidente entre ambos por la lealtad que el venezolano tenía hacia

---

427 JAKSIC, 2001, pág. 82.

428 Los estudios filológicos de Bello publicados en vida fueron: "Noticia sobre la obra de Sismondi sobre la literatura del mediodía de Europa", *Biblioteca Americana* N° 1, Londres, 1823, págs. 42-60 y "Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa; y observaciones sobre su uso moderno", *Repertorio Americano* N° 2, Londres, Enero de 1827, pág. 21-33.

429 Hemos advertido en la introducción nuestra aprensión a otorgar una excesiva importancia a la lectura (respecto de las tesis de la recepción literaria) por sobre la enseñanza directa, lo que constituiría una verdaera "trampa teórica"; éste es uno de esos casos. No sólo Lastarria atestigua el significado de las enseñanzas de Bello, más allá de que políticamente no le agradaran; otro liberal, Isidoro Errázuriz, dejó clara huella de conocer el estudio del Poema del Cid que Bello hiciera y que nunca fue publicado. ERRÁZURIZ, 1935, pág. 234.

Irizarri[430]. Llegó a Chile el 25 de junio de 1829; desde recién llegado pudo hacerse una idea muy clara del estado político del país al que estaba llegando, pues fue recibido con desconfianza por Infante. El líder federalista dedicó una nota en *El Valdiviano Federal* en la que dudaba de sus cualidades, lo que resultaba paradójico pues había sido contratado por el gobierno pipiolo. Bello, quien había conocido a Pinto durante la estada de éste en Londres entre 1813 y 1817, y que tenía amigos en ambos bandos, se inclinó políticamente hacia los conservadores[431].

La desconfianza del ideólogo federalista no decayó, pues tuvo otras oportunidades de polemizar con el venezolano. A través de las páginas de su periódico, Infante publicó un artículo abogando por la supresión del latín con estas palabras: "Se trata nada menos que de dirigir a la juventud por el sendero de la luces o por el de la Ignorancia, por el de la libertad o el de la servidumbre"[432]. No podemos adivinar si las intenciones del redactor eran meramente intelectuales o si estaba buscando provocar al venezolano, pero consiguió inmediatamente lo segundo. Era la primera vez que un personaje del mundo liberal hacía un juicio de la enseñanza del latín como expresión de un pasado de servidumbre. Bello saltó inmediatamente a la palestra y defendió su enseñanza. Tampoco podemos saber si las intenciones del venezolano eran puramente intelectuales. El momento político era extremadamente tenso; los rescoldos de la guerra civil estaban aún calientes, las persecuciones que los pelucones hacían a los pipiolos estaban a la orden del día y hacía sólo un año se había aprobado la Constitución de 1833, en cuya redacción el venezolano había tenido una participación directa.

De todos modos hay que tener presente lo genuino del sentimiento liberal hacia la lengua de Roma. En el marco del debate político e intelectual que constituía el espacio cultural chileno, el latín y el derecho romano eran, inequívocamente, rasgos fundamentales de la cultura

---

430 Antonio José de Irisarri, como plenipotenciario de Chile ante Gran Bretaña había logrado la contratación de un empréstito a Chile con una casa de crédito londinense, pero sus irregularidades habían hecho desconfiar al gobierno, que envió a Mariano Egaña para investigar una posible malversación. En el momento que éste llegó, fue recibido por Bello quien en ese momento era empleado de la legación chilena e ignoraba los manejos de Irisarri; ello generó una profunda desconfianza del chileno hacia el caraqueño. JAKSIC, 2001, págs. 109-115.

431 JAKSIC, 2001, págs. 129-130.

432 José Miguel Infante. "El latín en la instrucción", *El Valdiviano Federal*, Santiago, 1-VI-1834.

colonial y Bello aparecía como su defensor; por lo mismo, no hubo intervención suya que no fuese atacada por los liberales, en particular por Infante, quien destacó sus vinculaciones culturales con el colonialismo. El chileno quería demostrar que el venezolano daba poca importancia a la enseñanza del castellano, lo que coincidía con el carácter conservador de su pensamiento político, pero logró mucho más con la respuesta de Bello:

[...] la lengua latina es la lengua de la religión que profesamos. Todo el que puede buenamente hacer su estudio, está obligado a ello, si es católico; si no se contenta con oír, si entender, las oraciones y los sublimes cánticos de la iglesia; y sobre todo, si quiere instruirse sólidamente en su doctrina y disciplina[433].

En el ámbito meramente lingüístico, durante la década de 1830, a medida que se vinculaba más al gobierno, Bello reflexionó sobre las relaciones entre el idioma clásico y el castellano y aunque defendió la enseñanza de áquel, consideraba gramaticalmente problemático aplicarle al español las estructuras del latín. Así, en *El Araucano* publicó un artículo titulado "Gramática castellana" (1832) que Infante obvió, al parecer intencionalmente. En él Bello defendía el estudio de la lengua patria "que al mismo tiempo es uno de los más necesario y de los más abandonado" y refutaba que el estudio de la gramática latina fuese suficiente para comprender la española. Argumentaba que era inadecuado ocupar el modelo latino no sólo para la ortografía, sino también para la conjugación de los verbos y la declinación de los sustantivos, porque: "cada lengua tiene sus reglas peculiares, su índole propia, sus genialidades", y explicaba detalladamente las deficiencias de varias gramáticas, y en especial la de la Real Academia Española, sobre todo el modelo latino con que ésta intentaba estructurar la gramática castellana. Ejemplificaba con los nombres castellanos que la institución hacía declinables por casos, siguiendo el modelo del latín, y criticaba como "contrario a toda filosofía" el universalizar el carácter propio de éste hacia otras lenguas.

Su crítica en ningún momento se dirigía contra la enseñanza del idioma romano, sino en defensa del estudio del castellano utilizando categorías propias de esta lengua: "el objeto esencial y primario de una gramática nacional... es dar a conocer una lengua materna, presentándola con sus caracteres y facciones naturales, y no bajo formas ajenas"[434]. Iván Jaksic ha destacado el significado de esta frase de Bello con estas palabras:

---

433 Andrés Bello. "La enseñanza del latín", *El Araucano*, Santiago, VI-1834, en: BELLO, O.C. VII, pág. 207.

434 El artículo de *El Araucano* en: BELLO, OC, V, pág. 176-183.

Resulta pertinente señalar aquí que aunque el concepto de "gramática nacional" pueda sugerir una idea de nación como una entidad distinta y peculiar, Bello buscaba por el contrario unificar la lengua de modo de establecer un medio compartido de comunicación con otros países hispanohablantes, como también mantener la continuidad con la evolución histórica del castellano. Las naciones, en este sentido, podían compartir rasgos comunes, especialmente en el área del idioma, sin que esto afectara su identidad nacional[435].

Bello escribió posteriormente unas "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana"; en las que especificaba su llamado a estudiar la gramática nacional y, lejos de defender el habla castellana usada por los chilenos, señalaba sus deficiencias. El artículo estaba dirigido a profesores y apoderados e incluía un catálogo con las "impropiedades y defectos" del uso de construcciones gramaticales erróneas, malas pronunciaciones y omisiones de letras y palabras características del habla chilena de la época, algunas de las cuales han pervivido hasta hoy[436]. A estas advertencias le siguieron unos "Principios de ortología y métrica de la lengua castellana" (1835); este libro hacía una fuerte distinción entre ambos temas; definía al primero como el estudio de los sonidos elementales de las palabras, sus acentos y tiempos y a la métrica, como constituyente de toda la gama de la versificación. El tema central de Bello era la preocupación por la pronunciación del idioma y advertía que no sólo importaba el estudio de su gramática, para evitar:

[...] la rápida degeneración que de otro modo experimentarían las lenguas, y que multiplicándolas harían crecer los embarazos de la comunicación y comercio humano, medios tan poderosos de civilización y prosperidad; estudio indispensable a aquellas personas que por el lugar que ocupan en la sociedad, no podrían, sin degradarse, descubrir en su lenguaje resabios de vulgaridad e ignorancia; estudio, cuya omisión desluce al orador y puede hasta hacerle ridículo y concitarle el desprecio de sus oyentes[437].

---

435 JAKSIC, 2001, pág. 147.

436 El título completo del artículo aparecido en *El Araucano* de diciembre y enero de 1833 y 1834, es "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigida a los padres de familia, profesores de colegio y maestros de escuelas". BELLO, OC, V, págs. 147-171.

437 BELLO, OC, VI, pág. 5.

En *Principios*, como en toda la obra del venezolano, está presente la tensión política entre autoritarismo y libertad. En el prólogo Bello se opuso a la imposición y el autoritarismo que implicaba la uniformidad lingüística pues implicaría una: "autoridad inconciliable con los fueros de la república literaria, y que, si pudiese jamás existir, haría más daño que provecho; porque en las letras, como en las artes y la política, la verdadera fuente de todos los adelantamiento y mejoras es la libertad". Pero la obra pugnaba por mantener el *statu quo* social: estaba dirigida a "aquellas personas" que ocupaban "un lugar en la sociedad" para que usaran el lenguaje "sin degradarse". Así el supuesto del trabajo reforzaba la división social a la que hemos hecho referencia en nuestra hipótesis principal, algo que para el venezolano podía resultar natural o bien podía pasar por alto dadas las similitudes que pudo encontrar en Inglaterra, donde hizo su más fuerte y todavía reciente experiencia intelectual. Además, y lo ha señalado su propio biógrafo, sus trabajos gramaticales "se caracterizan por una tensión constante entre el miedo a la corrupción de la lengua, y la confianza en el poder del idioma culto para proporcionar una fuente de estabilidad, como también de innovación apoyada en la razón"[438].

Casi al final de su estada en Caracas, Bello había escrito un libro titulado *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, que no fue publicado sino hasta 1841 en Chile[439]. En él queda patente su interés por las funciones del verbo castellano, que había intentado explicar sin éxito, a partir de las categorías gramaticales de la lengua latina, del racionalismo de la gramática "universal" de Port Royal, y de las perspectivas de los pensadores del siglo XVIII como Nicolás Beauzée y Condillac; para su biógrafo Jaksic, estas fuentes –salvo Condillac- no habían sido conocidas en Caracas por lo que Bello probablemente continuó la elaboración del *Análisis* en Europa. De todos modos, hay un gran problema en establecer la fecha exacta de la elaboración de la introducción a esta obra que es –a todas luces- distinta de la elaboración de la investigación acerca del verbo, pues en ella rebela valoraciones teóricas contrarias a las expresadas tres años después cuando publicó su *Gramática*[440].

---

438 JAKSIC, 2001, pág. 149.

439 Aunque no podemos saber la fecha exacta de la elaboración de la introducción al *Análisis*, éste se publicó por primera vez en Valparaíso en un folleto de 57 páginas, en la Imprenta de M. Rivadeneira. El género de la palabra "ideológica" se debe a que Bello usaba la declinación latina para escribirlo.

440 JAKSIC, 2001, pág. 50. Cfr. AMUNÁTEGUI, 1882, págs. 67-68.

Dos son los aspectos que sobresalen del *Análisis*: uno teórico y otro metodológico. Primero la intuición temprana de que el verbo castellano necesitaba categorías propias de sistematización y clasificación, perspectiva que después aplicó a todos sus estudios gramaticales. Segundo, el sistema de trabajo utilizado que caracterizó toda la obra de Bello: los textos que escribía los trabajaba durante años y no los daba a conocer hasta que estaba absolutamente seguro y conforme de que estaba completos y sus conclusiones eran definitivas[441].

Para Bello la reflexión filosófica y los estudios gramaticales iban estrechamente unidos, esto lo había establecido desde sus estudios de filosofía, hechos en Caracas, que fueron la base de sus teorías gramaticales posteriores. En la introducción al *Análisis* sostenía que:

[...] creo que muchos deslices se evitarían, y el lenguaje de los escritores sería más generalmente correcto y exacto, si se prestara más atención a lo que pasa en el entendimiento cuando hablamos; objeto, por otra parte, que aún prescindiendo de su utilidad práctica, es interesante a los ojos de la filosofía, porque descubre procederes mentales delicados, que nadie se figuraría en el uso vulgar de una lengua.

Pocas cosas hay que proporcionen al entendimiento un ejercicio más a propósito para desarrollar sus facultades, para darles agilidad y soltura, que el estudio filosófico del lenguaje[442].

Bello rompía con la concepción tradicional del aprendizaje de una lengua por medio de la memoria, por el contrario, la construcción de una oración, la traducción de un idioma a otro no se podían hacer “sin escudriñar las más íntimas relaciones de las ideas”, esto porque:

En las sutiles y fugitivas analogías de que depende la elección de las formas verbales (y otro tanto pudiera decirse de algunas otras partes del lenguaje), se encuentra un encadenamiento maravilloso de relaciones metafísicas, eslabonadas con un orden y una precisión que sorprenden cuando se considera que se deben enteramente al uso popular, verdadero y único artífice de las lenguas[443].

---

441 Ibid.

442 Bello, *Análisis* en: BELLO, OC. vol. IV, pág. 6.

443 Ibid.

El “encadenamiento maravilloso” del lenguaje tiene un “orden natural” (metafísico) que puede ser descubierto. Para Bello la lengua, o, más precisamente, “los significados de las inflexiones del verbo”, eran una naturaleza, a primera vista, caótica:

[...] en que todo parece arbitrario, irregular y caprichoso, pero a la luz de la análisis, este desorden aparente se despeja, y se ve en su lugar un sistema de leyes generales, que obran con absoluta uniformidad, y que aún son susceptibles de expresarse en fórmulas rigorosas, que se combinan y descomponen como las del idioma algebraico[444].

El análisis, como metodología del entendimiento, podía llevar al descubrimiento del orden en esa naturaleza caótica susceptible de ser organizado en “un sistema de leyes generales” similar a las matemáticas. Acá Bello está expresando no sólo una teoría del lenguaje, sino también una noción epistemológica, una teoría acerca del conocimiento. Para él la realidad (del lenguaje) es caótica, sin embargo hay un orden (metafísico) oculto, susceptible de ser descubierto por la comprensión (el entendimiento) humana, una realidad análoga (al idioma algebraico) a las matemáticas. Sobre esta realidad caótica el entendimiento reaccionaba buscando ese orden oculto:

Una explicación en que cada hecho tiene su razón particular, que sólo sirve para él, y los diversos hechos carecen de un vínculo común que los enlace y los haga salir unos de otros, y en que por otra parte las excepciones pugnan continuamente con las reglas, no puede contentar al entendimiento[445].

Para nuestro autor el entendimiento parece ser una facultad humana con voliciones propias que, naturalmente busca la teoría, y esta es una “armonía de los hechos”, cuando éste opera y hace desaparecer las “anomalías” y que percibe como “unidad” lo que antes aparecía como “variedad” y que se había transformado “según leyes constantes”. Entonces –remataba Bello- se estaba en posesión de una teoría, es decir, “una visión intelectual de la realidad de las cosas. La verdad es –finalizaba- esencialmente armoniosa”.

La *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* salió de las prensas en 1847, después de un cuarto de siglo de estudios y notas acumuladas por su autor. La preocupación por la gramática tenía aspectos políticos y científicos que se articulaban íntimamente, a los dos nos vamos a referir. En torno a los primero, la construcción de una

444 Ibid.

445 Ibid.

gramática propia tenia que ver con un problema de identidad nacional a la vez que con un reconocimiento de la herencia española:

No tengo la presunción de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar nuevas ideas[446].

Para Bello, entonces las nuevas naciones de América y la España, si bien eran entidades políticas distintas, tenían una unidad cultural basada en la lengua. Pero además su preocupación tenía que ver con lo que algunos investigadores han planteado respecto que Bello para la década de 1840 se habría "asimilado plenamente la independencia", por lo tanto para el venezolano la nueva realidad política americana requería de "nuevos conceptos y palabras"[447]. Por esto, sus preocupaciones se dirigían a tratar de evitar que, producto de la Independencia, la fragmentación política de las antiguas colonias derivara en la emergencia de comunidades autónomas incapaces de comunicarse entre sí, como lo decía en el prefacio de la *Gramática*:

Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la venida de neologismos de construcción que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlos en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, México, hablarán cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas como sucede en España, Italia, Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional[448].

---

446 BELLO, OC, vol. IV, pág. 11.

447 JAKSIC, 2001, pág. 182.

448 BELLO, 1847.

En el ámbito estrictamente disciplinario, el lingüístico, esta primera obra científica de Bello ha sido rescatada por los aspectos modernos que implicaba centrarse en la "funcionalidad de las palabras" o como el propio autor lo dijo: "La clasificación de las palabras es propiamente una clasificación de oficios gramaticales"[449]. Bello definía al habla como un sistema artificial de signos" y a la a gramática como la teoría particular de cada lengua; había una teoría general de la lengua, una Gramática con mayúscula: "Obedecen, sin duda, los signos del pensamiento a ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal", pero cada lengua podía tener su propia teoría y eso es el objeto de su obra[450]. Pero iba más allá pues, en su teoría general del lenguaje, separaba éste de la lógica: "Se ha errado un poco en filosofía –especificaba- suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento"[451]. Pero Bello advertía que entendía la teoría "no se crea que trato de especulaciones metafísicas".

Como buen ilustrado Bello trasladaba los esquemas para comprender las ciencias de la naturaleza para comprender las ciencias humanas en busca del conocimiento objetivo o científico; lo que perseguía en definitiva, era una "matematización" de la realidad social y ello sólo se podía conseguir a través de la gramática. La impronta intelectual que caracterizaba el pensamiento y la obra de Bello hacen de él un intelectual heterodoxo. Hay elementos en su pensamiento que lo ubican como un clasicista de "tomo y lomo", especialmente su defensa del

---

449 "Su concepción del sistema gramatical español giró toda sobra la funcionalidad de las palabras e hizo del criterio sintáctico, seguramente y sin titubeos, la base firme de su clasificación de las partes de la oración de la que pende armónicamente toda su doctrina gramatical". TORRES QUINTERO, 1975, pág. 51.

450 BELLO, 1847.

451 Ángel Rosemblat, comentando la vigencia de la "doctrina gramatical" de Bello, ha distinguido cuatro principios que el venezolano establece: 1.- "lo gramatical como comportamiento de las palabras y no de sus significaciones objetivas o subjetivas" o lo que es lo mismo, "las clases de palabras no concuerdan con la categorías del ser"; 2.- "la independencia entre gramática y lógica" lo que equivale a que "rechaza el paralelismo entre entendimiento y lenguaje"; "liberar a la gramática española de las redes de la gramática latina y estudiarla tal como ella es" y 4.- "explicar lo gramatical por el comportamiento gramatical, por la conexión y dependencia mutua de las palabras, es decir, por la función". ROSEMBLAT en:

Latín, sus estudios iniciales sobre los poetas clásicos Horacio y Virgilio, y los españoles Cervantes, Calderón y Lope de Vega y su defensa del derecho romano. Pero los elementos centrales de su obra, lengua, religión y organización social, como su forma de estudiarlos, lo instalan en medio de una vertiente del romanticismo, la que se ha llamado "arqueológico" por los elementos de catolicismo y feudalidad presentes en su estudio acerca del Cid[452].

El legado político y científico de Bello se ha prestado (y se seguirá prestando) para apasionantes e interminables discusiones. Los literatos se han fijado en las polémicas intelectuales que mantuvo con Infante, Lastarria y Sarmiento y ahí el fallo ha sido inapelablemente a favor del "maestro"; una lectura superficial siempre falla a favor de los que aparecen como los "vencedores" de la historia, y los dos primeros fueron (¿Quién podría discutirlo?) los "derrotados".

Si bien sus intereses en torno a la lengua tenían pocas conexiones inmediatas con la política contingente, –como lo ha destacado Jaksic- "sí los tenían con una nacionalidad independiente" (rasgo que tardaría en aparecer en su pensamiento político), su actuación política concreta no se prestaba a equívocos en uno de los gobiernos más represores y dictatoriales del siglo XIX[453]. Para los liberales, las víctimas concretas del sistema político que se estaba instalando, no eran fantasmas ni intereses mezquinos que los llevaban a atacar al venezolano; Bello era el intelectual del sistema, Egaña y él –y no Portales, como lo ha sostenido Edwards- eran "la eminencia gris tras el poder". Por lo mismo, y por los resultados concretos posteriores, una parte de su obra –la menos teórica o que tenía resultados más políticos- estaba destinada a ser resistida por la cultura liberal[454].

---

452 En su polémico análisis publicado en la *Revista de Valparaíso* Vicente Fidel López sostenía que: "La creación y desarrollo de las llamadas lenguas romances, los sentimientos ideales de la religión católica, y los principios y hechos caballerescos de la feudalidad, constituyen las tres fuentes de fecundas de la literatura romántica". LÓPEZ, en: PINILLA, 1953, pág. 22.

453 La cita textual en: JAKSIC, 2001, pág. 146.

454 En este aspecto, historiadores y en especial literatos, más allá de comprender el contexto de confrontación ideológica y política en que se desarrolló tanto la obra de Bello como sus polémicas con los liberales, se han alineado tras su defensa y han disminuido las figuras de sus detractores; primero la de Infante, su rival hasta la década de 1840 en que éste murió, y luego la de Lastarria, sobre todo a raíz de sus *Recuerdos*

Páginas atrás hacíamos notar que la compleja figura de Bello se escapa a las clasificaciones polares. Si bien su obra científica en torno a la *Gramática*, desde el punto de vista estrictamente disciplinario (lingüístico), puede ser considerada "moderna", su sempiterna obsesión por construir una escuela científica e intelectual que no se separara del legado cultural hispano, lo llevó a afirmarse políticamente en la tradición, intelectualmente en la ilustración católica y literaria y estéticamente en el clasicismo; esto tendría importantes consecuencias políticas en un país fracturado cultural, ideológica y políticamente. Bello, como muchos mortales que participaron en el ambiente político y cultural chileno de los años 1830-1870, tomó partido a favor del gobierno y no de la oposición y esto tendría incalculables consecuencias.

Más allá de estos importantes matices, toda su obra gramatical, de investigación filológica y de creación literaria fue un aporte en dos direcciones fundamentales, "hacia adentro" y "hacia afuera". Hacia adentro de estas disciplinas su trabajo estaba destinado a proporcionar un orden tanto al uso de la lengua, a la búsqueda de sus raíces históricas y sus

---

literarios (1878). En particular han pintado a éste como el discípulo rebelde y mal agradecido que atacaba cobardemente a su maestro después de muerto; en circunstancias que éste siempre dejó en claro su fidelidad intelectual con Mora, una de las víctimas del sistema político, que Bello contribuyó a formar. Estas interpretaciones olvidan que Lastarria fue un liberal que permanentemente abogó por la democratización del sistema político republicano, ideas que lo llevaron a sufrir en carne propia la pobreza, la exoneración, la persecución política e incluso el exilio. Estas acusaciones son más exageradas, cuando el propio Lastarria en más de un pasaje de sus *Recuerdos*, reconoció no sólo las veces que el maestro colaboró con sus proyectos intelectuales, sino también al cambio de actitud política de Bello. La colaboración entre ambos siempre fue mutua y correspondida, máxime cuando el discípulo estuvo en un puesto importante como cuando fue decano de la Facultad de Filosofía y gestionó fondos del gobierno para que el maestro publicara su estudio sobre el poema del Cid.. Para los detractores del "malqueriente" Lastarria véase: SILVA CASTRO, "Prólogo" en: LASTARRIA, 1968, págs. 13-15; Grínor ROJO, "La modernidad del proyecto universitario de Bello", *Anales de la Universidad de Chile*, VI, N° 15, XII-2003, pág. 47; para los descargos del propio Lastarria véase en especial: LASTARRIA, 1968, págs. 250-251. Jaksic hace una distinción entre el Lastarria de "antes" y el de "después" de los *Recuerdos* cuando Bello aún no era su némesis. JAKSIC, 2001, pág. 252-253.

conexiones con la política continental contemporánea, como su utilidad. Hacia fuera, el aporte específico de la gramática fue de alcances incalculables para la construcción del pensamiento científico chileno, americano y, en general, para todo el mundo hispanohablante. El venezolano no sólo ordenó gnoseológicamente el uso del español, sino también, y por la naturaleza misma del corpus, el gigantesco objeto de estudio a que dedicó su comprensión, es decir, la armonización y clasificación científica no sólo del español que hablaba en la península sino también del "español americano". Los alcances teóricos, metodológicos y epistemológicos de esta enorme obra científica fueron traspasados directamente a sus discípulos y lectores, entre los que no sólo habían chilenos y argentinos, sino también una pléyade de americanos que se encontraban en el país escapando de las vicisitudes políticas de sus respectivas patrias. Después de la publicación de la *Gramática*, los intelectuales y científicos hispanohablantes tenían una lengua ordenada para exponer sus ideas al mundo certeramente, sin las ambivalencias dialectales que asumía el español hablado en las distintas partes de la península y el "nuevo mundo" y que les permitía comunicarse con los hablantes de otras lenguas de manera más clara y "científica". Esta relación entre lenguaje e ideas, entre gramática y entendimiento humano, fue la base de su obra posterior –dada a conocer parcialmente durante su vida y sólo completa póstumamente- la *Filosofía del entendimiento*, publicada en 1881.

2.8.7.- LA DIVULGACIÓN DE LAS DISCIPLINAS CIENTÍFICAS Y LAS PROFESIONES

Hemos visto que, desde recién fundado, el Instituto Nacional monopolizó la formación de profesionales; esta situación se mantuvo después de disuelta la universidad colonial y creada la corporación moderna. Pese a que esta función desempeñada por el Instituto implicaba un avance, los problemas que arrastró fueron muchos y éstos se vieron acrecentados después de 1842; desde la falta de financiamiento hasta la duplicidad de funciones con Universidad de Chile, pasando por el mínimo de la población que accedía a sus aulas que se veía agravado por la deserción escolar. Esta situación estuvo en la pauta de discusión que cada año llevaba el Consejo Universitario donde se debatieron las soluciones a implementarse[455].

Pese a los anterior, entre 1853 y 1877 la sección universitaria del Instituto creció en un 85,3% mientras que la preparatoria en un 46,1%. Si bien la mayoría de los inscritos en la educación superior procedía de esa institución (aproximadamente un 50%) paulatinamente se fue ampliando la presencia de estudiantes originarios de los liceos de provincias y de los

---

455 Un análisis de estos aspectos centrado en las formación de profesionales en: SERRANO, 1994, págs. 159-166.

particulares. Esta situación fue ocasionada por la reforma de 1864 que tuvo como consecuencia directa la ampliación de la base social que formaba la elite política e intelectual que dirigía la nación. Hasta 1860 la educación estuvo centralizada en la capital; así, los estudiantes de provincia estaban obligados a migrar a Santiago para obtener un título profesional. En esa época la educación superior casi no existía fuera de esta ciudad con excepción de La Serena. Lo anterior se debió a las dificultades económicas y logísticas que implicaba implementar cursos en esas zonas. Pero a partir de 1860 los cuadros que ha reconstruido Serrano demuestran una tendencia a la equiparidad entre las provincia y la capital en la procedencia de los estudiantes universitarios[456].

Los problemas a que se enfrentaba la formación científica que impartían las instituciones estatales tenían, en general, el mismo origen que la implementación de las distintas profesiones. Éstos iban desde las restricciones presupuestarias estatales hasta la falta de interés de los profesionales jóvenes para impartir clases fuera de la capital. Por ejemplo, desde la década de 1830 el Liceo de La Serena ofrecía cursos de química y mineralogía para formar ensayadores y agrimensores; ocho años más tarde, Ignacio Domeyko tomó a cargo ese establecimiento, pero sólo a partir de la reforma de 1860 se comenzó a impartir la carrera de ingeniero geógrafo y de minas.

Más hacia el septentrión, en la zona del "norte chico" se fundó una Escuela de Minería en 1857. El establecimiento impartía cursos secundarios y fue la base para que en 1864 se formara el Liceo de Copiapó. En éste, fruto de la reforma en el Instituto Nacional, a partir de 1863 se comenzó a impartir la carrera de ingeniería en minas. Mientras en Concepción se titulaba a ingenieros geógrafos[457].

Así y todo, la implementación de la profesión de ingeniero se topó con múltiples dificultades. A partir de la reforma de este último año se crearon dos clases de liceos; los de primera impartían el programa completo de la secundaria en su rama científica y humanista. En éstos se establecieron los cursos de instrucción superior para optar a títulos profesionales. La razón de este esfuerzo era fundamentalmente una demanda de las autoridades regionales y los vecinos que deseaban que los alumnos de menores recursos no tuvieran que trasladarse a la capital para optar a un título; además querían impedir la creciente migración de la juventud educada a la capital. Por esta razón el Consejo Universitario consideró la posibilidad de crear

---

456 SERRANO, 1994, pág. 161-163.

457 SERRANO, 1994, pág. 161.

todos los cursos de instrucción superior en las ciudades cabeceras de las provincias más importantes, pero se topó con restricciones presupuestarias y de personal docente. De igual forma, tampoco era una solución la posibilidad de crear un internado en la Sección Universitaria de Instituto, así que se optó por crear algunos cursos superiores en algunas provincias[458].

Cuatro años más tarde los resultados evaluados por el Consejo Universitario eran desalentadores pues el promedio de alumnos en provincias era de 3 a 4 por curso y algunos estaban desiertos. Se llegó a la conclusión que se debía a que el programa estaba incompleto, pero implementarlo en forma integral implicaba un alto costo por alumno y a eso había que agregarle la falta de profesores que quisieran enseñar en provincias. Además el programa de la carrera estaba incompleto incluso en la capital, así que era más racional concentrar los recursos en esta ciudad para, al menos allí, formar profesionales competentes; así se llegó a la solución de que se mantuvieran los cursos de primer año en leyes e ingeniería y que los mejores alumnos fueran becados para estudiar en Santiago[459]. Pero el ministerio no compartió esta solución y dispuso disminuir los cursos de matemáticas en algunos establecimientos provinciales y traspasar los recursos para crear en cada ciudad la especialidad de ingeniería más acorde con la demanda de profesionales de la zona y, a la vez, aumentar los cursos de leyes[460].

De todos modos las visiones pesimistas de los historiadores respecto a la precariedad del sistema educacional, habría que contrastarlas con las distintas disciplinas que se impartían en las pocas carreras profesionales y científicas existentes. En 1867 el currículo del curso especial de Ciencias Físicas y Matemáticas comprendía catorce cursos científicos. Mientras que en La Serena para la misma carrera eran once y en el Liceo de Concepción los cursos para Matemáticas Superiores eran sólo cuatro. De todos modos la amplitud de materias impartidas es un índice que hay que calibrar mejor[461].

---

458 "Memoria del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública", *Anales de la Universidad de Chile* N° 31, Santiago, 1869, pág. 5.

459 "Instrucción superior o científica en los Liceos de Provincia", *Anales de la Universidad de Chile* N° 32, Santiago, 1869, págs. 440-444.

460 "Memoria del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública", *Anales de la Universidad de Chile* N° 33, Santiago, 1869, pág. 62.

461 Los cursos del Liceo de Copiapó eran: aritmética científica, álgebra científica, geometría científica, trigonometría rectilínea y geometría analítica de dos dimensiones,

2.9.- LOS CAMBIOS POLÍTICOS E IDEOLÓGICOS EN LA DÉCADA DE 1840

La “pax portaliana” con sus fundamentos conservadores y autoritarios, se prolongó por tres décadas y seis períodos presidenciales. Durante esta etapa y en virtud de los mecanismos contemplados en la Constitución de 1833 y de la aplicación del “principio de autoridad” por el grupo pelucón en el poder, gobernaron sólo tres presidentes. Esto pese a que, ya lo hemos visto, el partido en el poder nunca fue del todo homogéneo. El gobierno de Bulnes marcó una etapa de relativa reconciliación política que logró consolidar las instituciones educacionales y el conocimiento científico. En el siguiente mandato si bien este proceso cultural siguió adelante, estuvo acompañado de un endurecimiento de las relaciones políticas, producto de que el poder de que gozaba el presidente marcaba fuertemente el sistema político: bastaba que hubiera un cambio de estilo en la forma de gobernar para que todos resintieran esa impronta.

Sin embargo, en aquel sector de la sociedad donde los procesos políticos y culturales tenían un impacto notorio, pese al autoritarismo presidencial, la censura, la ley de imprenta y el proceso a Bilbao, el avance cultural del liberalismo siguió. Esto trajo el consiguiente retroceso del catolicismo y la conformación en su seno de una cultura ya no sólo tradicionalista, sino refractaria a los cambios y reaccionaria en política, que echó sus bases en esta etapa pero que desplegaría el conjunto de su arsenal ideológico y político avanzada la segunda mitad del siglo.

2.9.1.- LA FORMACIÓN DE UN LIDERAZGO POLÍTICO

Hemos visto que Montt, un político joven y autoritario, perteneciente al ala regalista y modernizante del peluconismo, había iniciado su carrera pública tempranamente. Manuel Montt nació en 1809, sus años de niñez los pasó en la provincia y llegó a Santiago a los 12 años, donde vivió los avatares de la salida de O’Higgins del poder y el ascenso de los pipiolos y el gobierno de Freire. Parte de una extensa familia aristocrática, desde muy joven supo qué era el poder y

---

física, química, álgebra superior, topografía y dibujo, mecánica y dibujo, metalurgia, análisis de ensayo, astronomía y geodesia. Mientras que en La Serena se diferenciaba porque estaba más enfocado a la técnica y comprendía Docimacia, exploración y mensura de minas, práctica de laboratorio. En Concepción, en tanto, se impartía los cursos de geometría descriptiva, topografía, astronomía esférica y geodesia. “Instrucción Pública. Su estado en el último año según la Memoria Ministerial pasada al Congreso Nacional por el ministro del ramo”, *Anales de la Universidad de Chile* N° 54, 1878, págs. 444-445.

cómo administrarlo; al igual que Portales y los presidentes Prieto y Bulnes, era hijo de altos funcionarios que sirvieron al despotismo ilustrado[462]. Entró al Instituto bajo las rectorías de Manuel Cortés Rodríguez y Carlos Lozier y vivió los desórdenes estudiantiles de la época. Cuando asumió Meneses para restablecer la disciplina perdida, se fijó en el "sosegado y estudioso" muchacho y propuso al gobierno la designación del joven como inspector. Tenía 19 años. El sucesor del religioso fue otro eclesiástico, el también presbítero Blas Reyes (nieto de Judas Tadeo Reyes) y ferviente independentista, que tampoco pudo contener las iras estudiantiles. Así, la primera experiencia política y administrativa del joven se formó en la década de 1820, entre luchas políticas y desórdenes estudiantiles en el Instituto. Terminó sus estudios en el transcurso de la guerra civil de 1829-1830 por lo que presenció el ascenso de Portales, hizo su práctica jurídica en el bufete de alguien muy cercano al ministro, Manuel José Gandarillas, quien después devino *philopolita*.

Durante el segundo ministerio de Portales, en marzo de 1835, Montt ascendió a vicerrector. Pronto el ministro, que se convertiría en su mentor político, removió al presbítero y nombró al joven de 26 años rector del Instituto Nacional. Dos años después lo incluyó en la lista del gobierno para las elecciones parlamentarias y luego lo llevó al ministerio a subrogar a Ramón Luis Yrarrázabal, como segundo oficial mayor. A los dos meses el joven tuvo que reemplazar al mismo Portales cuando este fue asesinado "Así, súbitamente, a los 27 años Montt se encontró por primera vez con la responsabilidad de asegurar, mantener y defender el orden establecido en el país en un momento singularmente crítico"[463]. Aunque pronto dejó el ministerio y reasumió en el Instituto, en 1838 fue nombrado ministro de la Corte Suprema[464].

---

462 Su padre, Lucas Montt (c1738-1821), aunque dedicado al campo y la minería, no sirvió en el ejército como los progenitores de los dos presidentes citados, sino en las milicias, como maestre de Campo y en las intendencias, como subdelegado, cuando se erigió el partido de Petorca. BRAVO LIRA, 1992, pág. 298.

463 BRAVO LIRA, 1992, pág. 299-300.

464 En 1839 Montt se casó con su prima Rosario Montt Goyenechea, nieta, por su madre, de Pedro Antonio Goyenechea, aristócrata de Copiapó, sobrina nieta de Agustín de Sierra que pronto sería el primer obispo de La Serena y emparentada con las familias más prominentes del extremo norte como los Matta y los Gallo. BRAVO LIRA, 1992, pág. 301.

Las actuaciones administrativas de Montt rápidamente lo reflejaron como un hombre del ala reformista y modernizadora del poder pelucón al que no le tembló la mano para enfrentar la controversia con el tradicionalista Meneses que llevó al cierre de la Universidad de San Felipe en 1839[465]. Durante las dos décadas siguientes ocuparía todos los puestos claves del Estado absolutista republicano, tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo[466]. En el plano político fue organizando y consolidando un grupo que, bajo su liderazgo y al alero del gobierno, comenzó a ganar protagonismo frente al ala más conservadora y tradicionalista del partido en el poder.

En 1849, durante el segundo período de Bulnes (1846-1851), el peluconismo se quebró definitivamente cuando el presidente apartó del Ministerio del Interior a Manuel Camilo Vial que, aprovechando su estratégico puesto, trató de pavimentarse el camino al sillón presidencial colocando a sus familiares y clientes políticos en las listas a la elecciones parlamentarias[467]. Con esto omitía a importantes nombres que los gobiernistas –homenajeando el "pacto de caballeros" que dictaban los códigos oligárquicos- consideraban "altos nombres de la época" importantes para incluir (y cooptar) en el Congreso[468].

---

465 Sobre este incidente y los pormenores del cierre de la Universidad, véase: BRAVO LIRA, 1992, pág. 302. SERRANO, 1994, págs. 67-68.

466 Montt fue, sucesivamente, inspector (1827-1828), vicerrector (1829-1832) y rector del Instituto (1837-1840), ministro de la Corte Suprema (1838), segundo Secretario del Interior y luego Ministro (1835-1837); después ministro de Culto e Instrucción Pública (1841-1847), Presidente de la República (1851-1859) y Presidente del máximo tribunal (1861-1880). BRAVO LIRA, 1992, pág. 300-302.

467 Manuel Camilo Vial Formas (1804-1882) hijo de Agustín Vial Santelices que había sido oficial mayor de la Secretaria de la presidencia durante la colonia y continuó como funcionario bajo la República. Manuel Camilo, por su parte, como Ministro del interior (1846-1849) "desplegó una actividad insólita"; continuó como parlamentario y fiscal de la Corte Suprema (1869-1878). BRAVO LIRA, 1994, LI.

468 En la lista que otorga Edwards (en la que no hace distinciones), entre los excluidos estaban tanto elementos típicamente pelucones: Varas, Ortúzar, Tocornal, como más liberales: García Reyes, Gallo, etc. EDWARDS, 1945, pág. 79.

El grupo pelucón liderado por Manuel Montt, se acercó al presidente Bulnes para que pusiera solución a la situación presentada por Vial; ante la negativa del mandatario, le comunicó su intención de competir fuera de la voluntad presidencial por los puestos en el Congreso. Así, en 1848 el sector más moderno del peluconismo (pero igualmente autoritario) se unió con el sector moderado de la oposición liberal y formó el bloque conocido como nacional o "monttvarista", en alusión a sus dos líderes principales: el ministro Instrucción Pública Manuel Montt y su seguidor más cercano Antonio Varas[469]. El ministro Vial, por su parte, que no sólo expresaba a un grupo de poder y una red clientelar, sino también a los sectores más conservadores y tradicionalistas del sistema, se unió a la oposición liberal más radical encabezada por Lastarria, a la sazón el principal ideólogo del liberalismo, con lo que nacía el grupo llamado la fusión liberal-conservadora, que no tenían ningún nexo ideológico o cultural de unión, salvo el oponerse al autoritarismo del presidente[470].

Las elecciones de 1848 arrojaron un resultado tan inesperado como paradójico. La omnipresencia del Presidente de la República como primer elector se mantuvo, por lo que el grupo "monttino" y su media docena de candidatos, perdió en las provincias más "feudales": Colchagüa, Quillota, Casablanca; mientras los liberales, gracias a su extraña alianza con los ultramontanos, lograron ganar algunas diputaciones: Gallo triunfó en Copiapó; Vallejo en Huasco; García Reyes en La Ligüa; y Tocornal en Valparaíso[471]. Lastarria fue elegido diputado por Rancagua en el momento más productivo de su vida[472].

---

469 Manuel Antonio Varas (1817-1886) hizo su carrera política a la sombra de Montt; luego de haber sido inspector, a pedido de éste fue nombrado vicerrector del Instituto en 183, cuando éste apenas tenía 21 años. Luego siguió su carrera política cuando Montt fue presidente se desempeñó en varios ministerios y lideró el Partido Nacional. BRAVO LIRA, 1992, pág. 301.

470 EDWARDS, 1935, págs. 78-80.

471 EDWARDS, 1935, pág. 80.

472 Entre 1847 y 1848 Lastarria desarrolló una frenética labor editorial. Ese año pronunció en la Facultad de Filosofía y Humanidades su *Bosquejo histórico de la Constitución de Chile*, que fuera criticado por Bello. Al año siguiente editó *El Aguinaldo* junto a junto a Juan Bello y sus amigos, donde incursionó en la novela. Ese mismo año inició la publicación de *La Revista de Santiago*, junto a Chacón, Lillo,

2.9.2.- LA REACCIÓN CATÓLICA

Si bien la década de 1840 fue la de un gobierno pelucón que había pactado con los vencidos y abierto canales para integrarlos al sistema, fue también la de un avance propio de la cultura liberal a través de la creación literaria y el periodismo independiente. A su vez, el cultivo de la ciencia se estableció en forma definitiva no sólo con la fundación de la Universidad, también con la reforma de la enseñanza secundaria y el establecimiento de una serie de instituciones científicas y culturales y el consiguiente avance en el conocimiento de distintas disciplinas científicas.

Pero tanto avance no podía sino despertar la reacción de los sectores más tradicionalistas de la Iglesia que vieron en esto el peligro que significaba la pérdida de su influencia en la sociedad. Así, la jerarquía eclesiástica chilena decidió salir a la palestra y fundar un periódico que combatiera con las mismas armas al liberalismo. Con esto inauguraba una actitud que la llevaría a cambiar profundamente de su tradicional campo de batalla, el púlpito, y entrar de lleno en los espacios públicos. La nueva publicación fue encargada a dos prohombres de sus filas: Rafael Agustín Valdivieso e Hipólito Salas. Ambos gobernarían, respectivamente, los obispados más poderosos del país: Santiago y Concepción. Sólo los separaba su origen social, pues mientras Valdivieso provenía de una aristocrática familia santiaguina, Salas lo hacía de una provinciana familia venida a menos. Ambos sin embargo, el aristócrata y el gentil, que por causa de su educación tenían distintos estilos literarios para intervenir en el diarismo, el uno más pulido y cuidadoso, el otro más descuidado, compartían un carácter vehemente que pusieron a disposición de la causa católica[473].

Lindsay, Juan Bello y otros como Guillermo Blest Gana y los hermanos Amunátegui; allí publico su célebre *Manuscrito del diablo*, que causó escozor en la aristocracia en el poder. DÉLANO, 1944, págs. XVIII-XIX.

473 Valdivieso a los veinte años se tituló de abogado y asumió el cargo de defensor de menores en la Corte de Apelaciones de la capital; ocho años después ocupaba un asiento en ese tribunal. Recién entonces, y cuando la vida civil le prometía un auspicioso futuro, adoptó los hábitos el 15 de agosto de 1834, cuando había cumplido tres décadas de vida. No fue una elección poco auspiciosa, sería uno de los hombres más influyentes en la vida política de la segunda mitad del siglo XIX, tanto desde el Congreso como desde el púlpito. ORREGO LUCO, 1895, pág. 120.

La Revista Católica vio la luz en abril de 1843. El segundo número de la publicación tituló su editorial "importancia de la religión", y aclaraba su ideología:

Religión: he aquí el asunto más importante que se puede tratar jamás. Sí: hay una religión, esta palabra tan repetida no es un mero sonido; hay por consiguiente una felicidad pura y llena, a que aspire el corazón con la infalible esperanza de conseguirla algún día; hay medios seguros de llegar a ella; existe una certeza sobre el manantial y origen de nuestro ser y sobre su término, sobre nuestro principio y nuestro fin; existe un Dios a quien adorar, un alma nuestra y la de nuestro semejante, en quien reconocer la imagen del mismo Dios y amarla, y un conjunto de santos deberes que llenar, una recompensa digna de un Dios a que anhelar y un espantoso castigo que temer, tal es el desarrollo de la proposición, una religión existe[474].

El Dios único, la iglesia y la religión únicas y el "espantoso castigo" que le esperaba al ser humano si no observaba estrictamente el culto, eran la expresión más viva del pensamiento ultramontano; estamos en el centro de los argumentos de esta ideología católica que permearía el resto del siglo y que significaba un retroceso en todo el movimiento de la Ilustración Católica que había propugnado la reforma eclesiástica. La editorial atacaba los principios básicos del pensamiento ilustrado apoyándose en una máxima, "nada hay sin razón suficiente", establecida por Leibniz:

[...] más si llegando al estudio de la filosofía religiosa, se nos dice que bien pueden el mundo entero, el conjunto inmenso de los seres, sus propiedades, sus leyes, su repartimiento, existir sin un combinador, sin un Hacedor Supremo, sin una sabiduría misteriosamente rica en sus ideas, sin un repartidor de bienes, que el mismo sea el manantial inagotable de todos ellos[475].

El texto rescataba para ello la aplicación de "los principios de la metafísica" en el "vasto campo" de las ciencias:

[...] quizá vos con el pomposo título de sabios sois unos miserables entes que en vez de poseer una ciencia real y unos conocimientos de verdad y utilidad palpable, deliráis más que

---

474 "Importancia de la religión", *La Revista Católica*, N° 2, 15-IV-1843.

475 Ibid.

todos; como el que durmiendo en el lecho de la miseria sueña ya haberse hallado y tener entre sus manos un brillante y copioso tesoro[476].

La Revista Católica pervivió muchos años; en 1870 pasó a manos del arzobispado de Santiago y se editó hasta 1930. Pero la labor de los dos prelados no quedó sólo allí, también impulsaron una sociedad religiosa, La Sociedad de Santo Tomás de Cantenbury y el Instituto Nocturno. Así reavivaron los fundamentos ideológicos e institucionales de lo que sería uno de los enfrentamientos más prolongados de la historia política y cultural chilena, el de la Iglesia versus el Estado. Echada la semilla, Valdivieso abandonó la prensa y asumió el obispado de Santiago que había quedado vacante por la muerte del obispo Vicuña y la renuncia de José Alejo Eyzaguirre.

De todos modos, aunque actuara por reacción y contestara uno a uno los golpes, la publicación eclesiástica formó la contraparte del movimiento literario de 1842. Ya los liberales no estaban solos en su lucha, ni tenían que intercambiar con los pelucones dimes y diretes, tenían ahora al frente a un contrincante vehemente y dispuesto a devolver cada uno de esos ataques.

2.9.3.- LA FORMACIÓN DEL SOCIALISMO UTÓPICO

Paralelo al liderazgo de Lastarria, la corriente más radical y romántica del liberalismo también se organizó. Después de la condena a *Sociabilidad chilena*, en 1844 Francisco Bilbao había partido al exilio primero a Perú y luego a Francia; en Europa, además de conocer personalmente a Lammennais, y a otros intelectuales como Jules Michelet y Édgar Quinet, leyó a los utópicos Louis Blanc y Fourier. Con ello no hizo sino consolidar las concepciones previas que hemos expuesto páginas atrás. En la Ciudad Luz fue testigo de la Revolución de 1848 e incluso combatió en las barricadas parisinas. Al año siguiente regresó a Santiago y junto a Santiago Arcos fundó la Sociedad de la Igualdad[477]. De los "igualitarios" participaron, además, Eusebio Lillo, José Zapiola, y dos artesanos: el sastre Cerda y el sombrerero Larracheda. La organización estaba influenciada por el romanticismo y las revoluciones liberales europeas de 1848 y su lema era: "la soberanía de la razón, como autoridad de autoridades; la soberanía del pueblo como base de toda política; y el amor y la fraternidad universal como base moral". Estaba influidos por la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, de manera que los más

476 Ibid.

477 LÓPEZ MUÑOZ, 1995, pág. 51.

conocidos de los "igualitarios" usaron nombres de revolucionarios franceses al interior de la organización[478].

Paralelo a esto, en 1850 Lastarria elaboró un "plan de reorganización del Partido Liberal" donde hizo un balance sobre la oposición: ésta no tenía dirección, caudillo, estructura, fondos, unidad, etc. Por eso apoyó la idea de que Ramón Errázuriz encabezara la reorganización y se diseñara una estrategia de prensa "combativa"; de no hacerse, él mismo se pondría a la cabeza de la reconstrucción del liberalismo. Pero el peluconismo no podía aceptar la disidencia y en noviembre de ese año, aprovechó un disturbio en la provincia de Aconcagüa para desencadenar la represión. Declaró bajo estado de sitio a esa provincia y a Santiago. Los cabecillas más visibles, Bilbao, Zapiola, Piña, Lillo y Alemparte, fueron apresados y tres de ellos, Lastarria, Federico Errázuriz y Bilbao desterrados a Lima; éste último no regresaría más, pero desde su exilio seguiría participando activamente en los debates intelectuales[479].

Disuelta la sociedad parecía conjurado el peligro liberal, pero la inminente llegada al poder del autoritario ex ministro Montt, produjo el conflicto más serio en abril de 1851 cuando, frente a la inminencia de su triunfo, el coronel Urriola al mando un batallón encabezó una rebelión en las provincias del sur. Los militares de Concepción no podían aceptar que un hombre que no fuese de sus filas ocuparan el sillón presidencial; pero esta intentona no tuvo ni el consenso ni el apoyo de la mayoría de esa región. En la norteña Copiapó motines liberales con un acento regional y popular acompañaron el levantamiento del centro; pero allí la elite liberal se puso de parte del gobierno central y ayudó en la represión. El motín de Santiago, fue ahogado en sangre cuando a la hora undécima los regimientos santiaguinos, considerados en el golpe de Estado, defeccionaron y se pusieron del lado del gobierno; en el momento culminante, el argentino Domimgo Faustino Sarmiento, después de haber hecho campaña por Montt, salió a las calles fusil en mano a servir a las fuerzas conservadiras. Así se inauguró "una de las tres

---

478 Bilbao adoptó el nombre de "Vergniaud"; Lastarria el de "Brissot"; Manuel Recabarren el de "Barbaroux"; Rafael Vial, el de "Fonfrede"; Juan Bello, el de "Ducos"; Domingo Santa María, el de "Louvet"; Marcial González, el de "Pethion"; Pedro Ugarte el de "Danton"; Manuel Bilbao, el de "Saint Just"; Eusebio Lillo, el de "Rouget de Lisle" y Santiago Arcos, el de "Marat". De todos, Lillo fue quien tuvo mayor afinidad con el revolucionario francés que admiraba pues ambos compusieron los himnos nacionales de sus respectivas patrias.

479 DÉLANO, 1945, pág. XXIII.

presidencias más combatidas de la historia chilena" [480]. Nuevamente las represalias se desencadenaron contra los opositores aunque no hubieran participado en el motín. Lastarria, que hacía poco se había regresado de su exilio, fue separado de su cargo de profesor de legislación y derecho de gentes en el Instituto y de derecho público en la Universidad[481].

Las tensiones con la capital crecieron entre los militares de Concepción. Las suspicacias de la elite regional habían sido conjuradas hasta el momento por la sagacidad política de la aristocracia santiaguina que, frente a los intentos regionalistas, no dudó en apoyar siempre al principal líder y colocarlo en el sillón presidencial; así lo había hecho con Prieto y Bulnes. Pero ahora la aristocracia local, sintiendo la muerte de Urriola y frente al ascenso de Montt, cambió su estrategia y su líder más consolidado, el general José María de la Cruz, se presentó a la elección presidencial. A los liberales derrotados, que presentaban la candidatura de Ramón Errázuriz, no les quedó otra alternativa que apoyar sus aspiraciones[482]. Los jóvenes institutanos no estuvieron ausentes de las manifestaciones liberales y el 18 de mayo, una delegación de los "internos", encabezados por el estudiante Isidoro Errázuriz (Nieto del *philopolita* Ramón), lo visitó en su casa de Santiago para apoyarlo en su afán presidencial. El candidato sureño agradeció: "la manifestación que me hace la juventud de Santiago... Esta... me comprueba que vive en vuestra alma el alma de vuestros abuelos, los padres de la patria". La noche del 29, después de asistir al teatro, unos sesenta jóvenes, desobedeciendo las instrucciones del rector, acompañaron en una ruidosa manifestación nocturna al anciano candidato hasta su domicilio.

---

480 El aserto corresponde a S. COLLIER, 198, pág. 36. Para la guerra civil en Chañarcillo, véase: ILLANES, 2003, págs. 56-71; el análisis del comportamiento de la elite en: 382. Un análisis de la evolución política de Sarmiento desde el liberalismo al autoritarismo monttino y portaliano. MORAGA, 1996, págs. 103-119.

481 LASTARRIA, 1968, pág. 77.

482 El general Cruz era además, primo de Manuel Bulnes; hemos visto que, pese a que en 1841 se le nombró ministro de Guerra y Marina, pronto abandonó cargo, probablemente por diferencias políticas. EDWARDS, 1945, pág. 94.

Las furias de las autoridades peluconas se desataron contra quienes, habiendo sido castigados se negaron a obedecer. Siete de los cabecillas fueron expulsados[483].

2.10.- EL GOBIERNO DE MANUEL MONTT

Manuel Montt triunfó gracias a la represión y el al apoyo del presidente de la República. Bulnes, cansado de las intrigas de los "vialistas" que conspiraban a sus espaldas, llamó al gabinete a Antonio Varas, el lugarteniente de Montt, y a Máximo Mujica, dos prohombres del autoritarismo presidencial[484]. El nuevo gobierno pelucón significó que el liberalismo retrocediera posiciones al igual que durante el gobierno de Prieto. El sino autoritario que cubría las acciones del ex ministro se prolongó en su mandato; además, la impronta del absolutismo ilustrado llegó a su máximo esplendor: "La república ilustrada –nos dice Bravo Lira- se asienta sobre los mismos pilares que la monarquía ilustrada: Administración, Judicatura e instituciones armadas"[485].

Al igual que durante el gobierno de Prieto, la administración del Estado siguió articulada en torno a cuatro ministerios. Más que a la creación de nuevas instituciones, los cambios operados por la acción de Montt estuvieron dirigidos al ámbito administrativo: la ampliación de las plantas profesionales de los ministerios y la burocratización de las labores de las intendencias regionales. Además, tomó una serie de iniciativas inspiradas en el despotismo como una visita a las regiones que, al igual que lo había hecho Ambrosio O'Higgins a fines del siglo XVIII, estaba guiada por la preocupación de recoger la mayor información posible para utilizarla en la buena administración. Esta inspiración se consolidó cuando en 1860 se estableció la Oficina de Estadística que:

Entre los varios objetos a que se deben contraer sus trabajos los oficiales de estadística, una gran parte está inmediatamente ligada a la administración provincial. La estadística relativa a la riqueza del país, a la producción y al consumo, al comercio interior y a la población, que

---

483 Esta vez los separados fueron Isidoro Errázuriz, José Alfonzo, Juan Nicolás Ossa, Domingo Urrutia, Francisco Peña, Simón Las Heras y Daniel Armas. A. DONOSO, en: ERRÁZURIZ, 1935, págs. XI-XIII.

484 EDWARDS, 1945, pág. 82.

485 BRAVO LIRA, 1994, pág. 350.

también debe comprenderse en la de cada provincia, supone algo más que la acción ordinaria de las autoridades[486].

Ese mismo año comenzó a publicarse el *Anuario Estadístico de la república de Chile,* y para ello Montt no dudó en nombrar a un prohombre de las filas liberales, Santiago Lindsay, que en la presentación se encargó de especificar la relación entre ciencia y administración política que inspiraba la publicación auspiciada por el gobierno:

Los hombres de Estado y de ciencia hallarán en ella datos importantes que consultar y útiles conocimientos que aplicar al estudio de la población, de la industria, de la salubridad, de la instrucción, de la criminalidad y de los otros ramos que directamente influyen en la vida de la nación[487].

Por todas estas acciones se ha caracterizado el gobierno de Montt como un gobierno más administrativo que político, que en el fondo se dedicó a administrar lo que los anteriores presidentes pipiolos y pelucones habían fundado y consolidado. Pero además, la acción autoritaria del mandatario produciría, por un lado, una fuerte politización de la sociedad y por otro, el retorno de la guerra como única forma de imprimir cambios en el sistema político.

2.10.1.- DOCTRINARISMO CATÓLICO VERSUS REGALISMO PELUCÓN

Durante los primeros 20 años de despotismo republicano, el consenso para gobernar había ocultado las diferencias doctrinarias al interior del grupo en el poder, pero en el transcurso de los diez años del gobierno de Montt éstas se acentuaron. El peluconismo, imbricado con el Estado portaliano, no tenía un fundamento ético religioso, como lo había tenido la monarquía hispánica en el siglo XVI. En la interpretación de los historiadores conservadores éste no sería un conservadurismo tradicionalista, sino que se basaba en un cierto positivismo jurídico que exigía respeto a las leyes y sumisión a la autoridad[488]. Es lo que hemos caracterizado como "pragmatismo político pelucón".

---

486 MI. 1856, nota 127, pag. 446.

487 Santiago Lindsay, "presentación" en: *Anuario Estadístico de la República de Chile* N° 1, Santiago, 1860, pág. 5.

488 En su discusión acerca del Estado portaliano Góngora retoma esta idea de EDWARDS, 1927 y de J. EYZAGUIRRE, 1958.

La relación del Estado con la Iglesia había sido hasta el momento cordial, pero la actitud regalista del presidente de la República terminó por dividir definitivamente al grupo en el poder en torno al problema religioso. Los gobernantes liberales desde 1823 y los conservadores desde 1830, habían prolongado el régimen de patronato que la Corona española mantenía sobre la Iglesia desde los reyes católicos; esto porque los intelectuales que actuaron en esa etapa eran, básicamente, los mismos que fueron formados por la ilustración católica. El Vaticano se negó hasta muy entrado el siglo XIX a reconocer a los estados latinoamericanos y a legitimar el derecho de patronato que había sido otorgado por el Papa a los reyes de España tres siglos antes. Pero la doctrina regalista o patronatista fue entendida como un derecho propio por casi todos los gobernantes republicanos; en palabras de Góngora, la Iglesia local llegó a aceptarla como un "mal menor" de suerte que se estableció un *modus vivendi* que, sin embargo, no apagaba del todo la lucha entre patronatistas y ultramontanos[489].

Pero, en lo que respecta a la Iglesia, para mediados del siglo XIX los tiempos habían cambiado. Ahora con un arzobispo igualmente autoritario, monseñor Rafael Agustín Valdivieso, aspiraba abolir el patronato y a establecer la supremacía del poder espiritual sobre el temporal, y frente al inminente cambio legislativo que se avizoraba, terminó por meterse de lleno en la política contingente ayudando a organizar un partido clerical en 1851[490].

Con esto se abrió un nuevo período en la historia política e ideológica de Chile. Ahora los conflictos se centraron en torno al culto y con ello se abrió paso a la formación de un anticlericalismo militante en el liberalismo local, situación inédita pues, hasta esa fecha, los liberales chilenos nunca se manifestaron como anticatólicos o anticlericales y el carácter religioso del Estado siempre fue consagrado en las cartas constitucionales desde 1812, "con exclusión de cualquier otra religión". El mismísimo José Joaquín de Mora decía alrededor de 1828 que Chile no estaba en condición de conceder la posibilidad del culto público a los disidentes por temor a perturbar el reposo que disfrutaba el país[491]. Este nuevo elemento, las luchas doctrinarias entre liberales y conservadores, se mantendría en la política chilena hasta 1925, cuando la nueva constitución separaría definitivamente la Iglesia del Estado y la sociedad se dividiría claramente en clases sociales modernas.

---

489 GÓNGORA, 1986, págs. 39-40.

490 EDWARDS. [1903] 1974, págs. 61-65.

491 DONOSO, 1946, pág. 189.

Dos años antes de finalizar del gobierno de Montt, la guerra civil estalló nuevamente. La oposición de los liberales desembocó en un conflicto en 1859. Pese a que una nueva guerra civil terminó una vez más a favor del gobierno, en la batalla de Cerro Grande, cerca de la Serena, a las tropas peluconas no les fue fácil someter a los alzados. Pero este conflicto militar tenía rasgos nuevos: se había trasladado desde su tradicional escenario fronterizo sureño, al norte del país, a la rica zona minera y reflejó la oposición de nuevos sectores sociales de una región en creciente desarrollo industrial y comercial gracias a la minería del cobre que adscribía a nuevas corrientes liberales y que no aceptaba someterse a la supremacía de la aristocracia santiaguina sin antes discutir los mecanismos de poder y la organización del Estado.

Din embargo, los derrotados lograron, paradójicamente, imponer parte de sus términos. Ante el grado de violencia inédito, la profundidad del enfrentamiento y la inminencia de más conflictos políticos y militares, la omnipresencia del mandatario como "primer elector" no pudo mantenerse y Montt se vio imposibilitado para designar como candidato a su favorito Varas. El apoyo del partido pelucón para las elecciones de 1861 recayó en José Joaquín Pérez, un hombre conciliador y de "temperamento bondadoso" quien, al poco tiempo de asumir decretó la amnistía que trajo de vuelta al país a los derrotados de la guerra civil, entre los que estaban los hermanos Matta y los Gallo, líderes del norte minero y primos políticos del mandatario, y los liberales Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna y Álamos González[492].

2.10.2.- LA REORGANIZACIÓN LIBERAL: LA REVISTA DE SANTIAGO

Pero fuera de los avatares palaciegos, ocurría otro fenómeno de más trascendencia para el imaginario político y social liberal. Lastarria una vez más se colocó a la cabeza del movimiento intelectual, aunó esfuerzos entre sus cercanos y fundó la *Revista de Santiago*. La vida de esta publicación fue agitada puesto que vio interrumpida su aparición por los avatares políticos; su primer número apareció en abril de 1848 pero cesó en noviembre de 1849, por la persecución a la Sociedad de la Igualdad. Reapareció en abril de 1850 y murió un año después con motivo de la represión posterior al motín de abril de 1851, comandado por el coronel Urriola[493]. En ella colaboraron Cristóbal Valdés, Marcial González, Jacinto Chacón, Eusebio

---

492 Los nombres de los retornados en: DONOSO, 1946, pág. 203; Los detalles de la amnistía en: LOVEMAN Y LIRA, 1999, págs. 181-187.

493 Hubo otras dos épocas, una en 1855 y la final, cuando ya no la dirigía Lastarria, entre 1872 y 1873. De esta última etapa hablaremos más adelante.

Lillo, Hermógenes de Irizarri, Ramón Briseño, Andrés Chacón, Floridor Rojas, José Antonio Torres, Guillermo Blest Gana, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Juan Bello, Santiago Arcos, Santiago Lindsay y muchos otros[494].

La publicación recibió el apoyo de una masa importante de lectores y muy pronto tuvo la cantidad de suscriptores suficiente como para asegurar su aparición. La línea editorial privilegiaba la literatura, la filosofía y la economía. El fundador se hizo cargo de la crónica literaria, política y bibliográfica lo que le permitía tener una intervención directa sobre el acontecer político, sus protagonistas y la producción intelectual. También colaboró en la publicación el rector de la Universidad, que parece haber variado su actitud política:

Cuando el sabio anciano oyó cabizbajo, mustio, pensativo, la relación que le hacíamos de nuestras decepciones y contrariedades, de nuestras esperanzas y propósitos, se había levantado de su asiento visiblemente conmovido, asegurándonos con una efusión enteramente extraña a sus hábitos que debíamos contar con su cooperación y que estaba resuelto a ayudarnos, a seguirnos en nuestra cruzada, en nuestra propaganda, sin contemplar peligros. Esto nos había entusiasmado y nos había confirmado en la idea de que el maestro abjuraba ya las antiguas tradiciones de que antes era celoso custodio[495].

Para Lastarria esta actitud se debía a que el sabio venezolano había cambiado no sólo su postura política sino también su valoración hacia las actividades que organizaba su controvertido discípulo[496]. Creemos que en esta actitud de Bello hay más que una simple

---

494 La lista de los colaboradores en: FUENZALIDA GRANDÓN, 1911, I, pág. 168.

495 LASTARRIA, 1968, págs. 250-251.

496 Para Lastarria la actitud de Andrés Bello correspondía a una nueva etapa del venezolano en la que incluso había vuelto con simpatía sus ojos hacia el liberalismo. Por lo mismo hizo una fuerte crítica a Migue Luis Amunátegui quien en 1878 –al publicar Lastarria sus *Recuerdos Literarios* y según él con el afán de contradecirlo-, publicó *Influencia de don A. Bello en los orígenes del movimiento intelectual moderno en Chile*, donde retrataba al venezolano como un progresista, aun en su etapa de mayor colaboración con los conservadores y con Portales. Para Lastarria esta era una de las etapas de mayor conservadurismo del maestro –que coincidía con el momento en que él era alumno del Instituto-, conservadurismo que había modificado para el "Discurso de

simpatía hacia su discípulo o un cambio de actitud. Esto porque hemos visto que en el mismo "Discurso de instalación" el venezolano se demostró por igual en desacuerdo con los extremos políticos (ultramontanos y liberales extremos); también que, desde su experiencia europea, su participación en revistas, pese a estar centrada en temas científicos y literarios, tenía que ver claramente con la postura política que defendía en ese momento; por último que su imaginario político consideraba la modernización paulatina y controlada de la sociedad para lo cual era necesario formar cuadros intelectuales y unir la ciencia y el conocimiento al proceso político. Por ello, no es aventurado pensar que lo que hacía en ese momento, cuando se había quebrado la posibilidad de entendimiento entre las fracciones modernizadoras de la política (liberales moderados y pelucones monttvaristas) y se reforzaba el núcleo ultramontano con una alianza inesperada, era precisamente que los débiles lazos entre esas fracciones moderadas y modernizantes del sistema político, no se cortaran del todo y aun se reforzaran, aunque sólo fuera en el plano del debate intelectual.

La aparición del primer número de la *Revista de Santiago* fue apoyada desde las páginas de *El Comercio* de Valparaíso por la pluma de Bartolomé Mitre que saludó así la nueva alianza intelectual entre el rector de la Universidad y su crítico discípulo: "Sólo la prensa chilena en esta parte del continente ha conservado su dignidad, hasta el punto de dar honrosa intervención en sus trabajos a notabilidades literarias americanas de primera línea" –remarcaba el futuro presidente argentino.

Los pelucones no podían atacar con sus mismas armas la publicación liberal, pero se valieron nuevamente de la fuerza para acabar con ella. A medida que se acercaba el final de la década, la situación política se polarizó y cada uno reconoció filas ya en el bando conservador ya en el liberal. En el tercer volumen de la *Revista* Lastarria publicó un texto titulado "Manuscrito del Diablo" en el que hacía una fuerte crítica a los aspectos coloniales que aún conservaba la sociedad chilena; el texto estaba destinado –según su autor- a "condenar vicios de carácter, hábitos antisociales, malas pasiones y preocupaciones antidemocráticas". Los enemigos de Lastarria se valieron de la ley de imprenta y consiguieron que la *Revista* fuese retirada de la calle[497].

---

instalación" y más aun para la aparición de la *Revista de Santiago*. Véase: LASTARRIA, 1968, págs. 192-194, nota 1.

497 LASTARRIA, 1968, pág. 258. Para un análisis del Manuscrito del diablo véase: SUBERCASEAUX, 1997, págs. 116-133.

2.10.3.- EL CIERRE DE UN PERÍODO

En este extenso capítulo hemos visto cómo el triunfo militar conservador zanjó la batalla por el dominio político pero no por el desarrollo intelectual. Los primeros años significaron un retroceso de la formación científica y cultural y un avance de la guerra, tanto interna como externa. Pero pasada esta etapa se reforzó el proceso de formación cultural que venía de 1811-1813 y que le dio un espacio fundamental al conocimiento a través de la formación de instituciones donde se cultivaba la literatura y la ciencia. Esta fórmula perduró casi sin transformaciones desde la llegada de las ideas del despotismo ilustrado hasta 1860, es decir, un proceso que abarca un siglo de la historia intelectual chilena.

A fines del período de Montt, la acción de los liberales y las dos cortas guerras civiles lograron minar el poder presidencial y abrir una importante brecha en el sistema político. Esto se unió a las transformaciones ideológicas. El peluconismo no había sido un partido propiamente tal, los partidos se organizan para la lucha política, para conquistar el poder o por lo menos para luchar por él, y los pelucones lo habían hegemonizado confundiéndose con el gobierno durante dos décadas. La nueva etapa que se abría hacía que el nuevo gobernante tuviera que apoyarse en partidos políticos claramente constituidos. Los presidentes anteriores habían gobernado solos, cooptando a los hombres necesarios (más allá de los partidos) para hacer funcionar el Estado y ampliar las instituciones; ahora Pérez sabía que irremediablemente iba a tener que elegir entre unos u otros, de entre dos bloques políticos.

Si podemos interpretar como un proceso de larga duración la historia de Chile hasta la primera mitad del siglo XIX, era la de una nación sometida a dos poderosas fuerzas que la estructuraban: la dialéctica de la guerra y de la cultura y la dialéctica política y social; estas fuerzas, contradictoriamente, la dividen y la conforman y se seguirían manifestando el resto del siglo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO TERCERO
EL FIN DE LA ILUSTRACIÓN
Y EL ADVENIMIENTO DEL POSITIVISMO
1860-1874

3.- CHILE A MEDIADOS DE SIGLO XIX

Hemos visto que las condiciones políticas y sociales de Chile al comenzar el siglo reflejaban un profundo atraso social y económico respecto de otros países latinoamericanos como Brasil, México e incluso Argentina. Si bien, para mediados de siglo, comparándolo con sus vecinos, el país había logrado una original estabilidad política, las condiciones materiales señaladas permanecían muy similares a inicios de la Independencia. Pese a que Santiago había más que duplicado su población y seguía siendo el centro político, económico, administrativo y social, su estructura urbana y arquitectónica seguían siendo las de una ciudad preindustrial. Sólo Valparaíso era la urbe que había experimentado un inusitado crecimiento gracias al comercio internacional, abierto después de la Independencia; tenía unos 52.000 habitantes de los cuales 6.000 eran extranjeros, particularmente ingleses. Pero Concepción y La Serena seguía siendo "poco más que aldeas"; a éstas, respectivamente, las afectó el descenso de la minería y la centralización administrativa en torno a Santiago[498]. Aunque habían aparecido importantes sectores sociales como los comerciantes y el artesanado, el campesinado –peonal e inquilino-, seguía viviendo en las mismas condiciones del siglo XVIII. La misma aristocracia, no mostraba haber asumido valores "burgueses", seguía siendo tan "rústica" en costumbres y lujos, como antes de 1810[499].

Pese a estos inconvenientes había adelantos. Hemos visto cómo el desarrollo cultural chileno fue un proceso que corrió de la mano de lo político desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX. En esto el Estado chileno, desde las primeras etapas de la lucha por la independencia, inició la formación de instituciones destinadas al fomento de la cultura y la

---

498 GAZMURI, 1992, págs. 12 y 13.

499 GAZMURI, 1992, pág. 15.

educación. Posteriormente, bajo el mando de los pipiolos se ensayaron una serie de reformas destinadas a lograr la ilustración del pueblo y la formación de una ciudadanía instruida en sus "deberes morales" y capacitada para enfrentar la formación de la nación. Si bien este desarrollo se modificó con la llegada de los pelucones al poder, no se interrumpió del todo y, pasados los primeros años de normalización institucional del país y finalizada la primera guerra con países vecinos, se retomó el impulso inicial con la formación de la Universidad de Chile y la creación de nuevas instituciones educativas y culturales; aparte de esto, el Estado impulsó el conocimiento científico fundamentalmente en los aspectos histórico, geográfico y mineralógico. Este proceso, fundamentalmente estatal, fue acompañado de un desarrollo intelectual y cultural independiente, con la creación de la Sociedad Literaria que sentó las bases de una literatura nacional y una incipiente pero vigorosa prensa de "combate", surgida esporádicamente para las coyunturas electorales que lentamente fue sobrepasando la censura y la represión y logró consolidarse en forma más permanente.

Pese a los vaivenes políticos, iniciada la década de 1860, el Estado Chileno había desplegado una serie de instituciones que cubrían todos los aspectos del desarrollo científico y cultural desde las ciencias exactas hasta la literatura y el arte. En esto el liberalismo político fue su principal articulador ideológico. En este proceso confluyeron chilenos y extranjeros que contribuyeron a difundir el conocimiento e hicieron de la ilustración su principal bandera para el desarrollo intelectual y científico; así se gestó una elite cultural y política que pronto asumió un papel protagónico en el país, que significó el desplazamiento del antiguo bloque político del poder del Estado y de la hegemonía cultural sobre la sociedad; a ello ayudaron también las contradicciones y disputas internas de éstos.

A partir de esta década el marco legal impuesto por el conservadurismo se amplió cuando se promulgó la Ley de Instrucción Primaria de 1862. Tres años después se aprobó una reforma a los planes de enseñanza secundaria introduciéndose las disciplinas científicas. En 1866 una ley sancionó la separación entre el Instituto Nacional y la Universidad: ésta adquirió la exclusividad de la formación profesional con lo que remarcó sus características de universidad docente y profesionalista. Este desarrollo se fundó principalmente en torno a las cátedras de leyes, medicina y ciencias matemáticas y físicas, es decir, las disciplinas que conducían a títulos profesionales. Además, en el transcurso se formó una elite intelectual que, más allá de las opciones políticas y de la nacionalidad, reconoció como sus prohombres a quienes habían desarrollado el conocimiento y la investigación científica en tanto personificaban los "valores

universitarios". Así, pese a ser un reconocido conservador, el año siguiente el claustro pleno eligió a Ignacio Domeyko como rector con lo que coronó este proceso[500].

Este marco político, social e institucional coadyudó para que, a partir de la década de 1860, un nuevo impulso organizativo impulsado desde el Estado permitiera ampliar las instituciones científicas y culturales existentes. Asimismo, pero esta vez con mucha mayor fuerza, se desarrollaran organizaciones culturales y políticas independientes del Estado y la Iglesia; este fue un proceso más extenso y de repercusiones más visibles que el anterior.

3.1.- EL LIBERALISMO ACCEDE AL "ESTADO PORTALIANO"

Hemos visto la compleja constitución del liberalismo político chileno, desde su intento de organizar la nación entre 1823 y 1830, hasta la derrota militar y política en manos del peluconismo. Luego, los continuos fracasos electorales propinados por quienes formaron el Estado portaliano entre 1830 y 1850, hasta el logro de la apertura del régimen, fruto de un proceso de desgaste y paulatino desgajamiento del grupo pelucón en el poder, cuya disidencia fue engrosando las filas liberales. A su vez, éstos, recuperados de la derrota surgieron de sus cenizas, de manos de una nueva generación, y comenzaron a conquistar paulatinamente espacios dentro del autoritario y restrictivo sistema político. En forma paralela, se produjeron continuos alzamientos militares que aportaron para minar las ciclópeas fuerzas del grupo en el poder encarnadas en la figura y el prestigio del Presidente de la República. Esto culminó en la guerra civil en 1859. En este proceso ascendente fue clave el desarrollo paralelo de la cultura liberal, desde los primeros grupos surgidos en los intersticios del sistema autoritario, hasta la conquista de los espacios públicos donde esa cultura se reprodujo y prestigió ayudada por su dominio del pensamiento científico. Los pelucones en el poder nunca pudieron desentenderse de las capacidades culturales, intelectuales y científicas del bando contrario y siempre debieron recurrir a sus enemigos para administrar el Estado.

Pero esta conquista vino nuevamente de la mano del proceso político. José Joaquín Pérez era militante del partido de Montt y como tal, pertenecía a la fracción que había ganado la guerra civil; sin embargo, sus preferencias políticas se inclinaron a la conciliación con los vencidos. Después del primer año de funcionamiento, debió reorganizar su cuerpo de ministros y esta vez se inclinó por la oposición puesto que, de seguir con los nacionales, profundamente deslegitimados por el autoritarismo de Montt, la estabilidad del sistema habría durado muy poco

---

500 SERRANO, 1994, pág. 129.

y con un costo político enorme. De manera que llamó a Manuel Antonio Tocornal, un prohombre de la Fusión Liberal-Conservadora, para organizar el gabinete. Así, salió del poder una fracción de la elite que había hecho del Estado portaliano la razón de ser del autoritarismo. Con ello la "República Conservadora" iniciaba su transformación en "República Liberal".

Luego de la "traición" de Pérez hacia el partido que lo había llevado al poder, el nuevo cuadro político quedó estructurado de manera más compleja. En el gobierno estaba la Fusión Liberal-conservadora, una mezcla de quienes habían sido enemigos, sólo unidos por las circunstancias políticas. Nuevamente el pragmatismo político era la actitud de la fracción que accedía al poder unida no por un programa ideológico, sino únicamente por el rechazo al autoritarismo presidencial. No podía haber coincidencias programáticas entre quienes eran liberales y quienes deseaban mantener el antiguo régimen y los privilegios de la Iglesia (los ultramontanos)

El grupo "monttvarista" aglutinado en el Partido Nacional, que apoyaba un conservadurismo laico y patronatista (los nacionales), paradójicamente quedó en la oposición e ideológicamente a la derecha. En la "izquierda" se ubicó el nuevo grupo que aglutinaba a los derrotados de la guerra civil: los liberales más doctrinarios, conocidos como "rojos", que fundaron el Partido Radical. En él confluyeron las fuerzas políticas regionalistas del norte minero lideradas por los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta y Ángel Custodio y Pedro León Gallo, liberales encabezados por Lastarria y los núcleos artesanales; todos influenciados por un fuerte anticlericalismo al que le dieron sustento teórico logias masónicas de reciente formación[501]. Así nació uno de los partidos políticos más duraderos en la historia de Chile, que hizo del concepto de "progreso" no sólo una consigna política, sino la principal formulación teórica e ideológica de la segunda mitad del siglo XIX. En realidad sería el Radical y no el Liberal el verdadero "partido del progreso", muchos de cuyos intelectuales se adscribieron al positivismo cuando éste llegó desde Europa. En el nuevo conglomerado confluyeron diversos sectores sociales: grupos de clase media capitalinos y provinciales, así como intelectuales e industriales ligados al desarrollo minero del norte chico. Sin embargo, el nuevo partido no dudó en aliarse pragmáticamente con los nacionales expulsados del gobierno.

Este contexto se prestó para la llegada de nuevos personajes al gobierno. Por ejemplo, varios miembros del Círculo de Amigos de las Letras –la nueva sociedad creada por Lastarria- ocuparon cargos importantes; además, él mismo participó en varios puestos de confianza del Ejecutivo y fue candidato, sin sufrir la represión de anteriores períodos, en las elecciones

---

501 OVIEDO, 1929, págs. 127-152.

parlamentarias. Así, el 9 de julio de 1862 Lastarria fue llamado al Ministerio de Hacienda en circunstancias difíciles para el erario; las medidas propuestas por el nuevo ministro no fueron aceptadas por el Congreso por lo que debió salir en enero de 1863. Lo reemplazó otro liberal y ex exiliado de 1859: Domingo Santa María. De todos modos, para el organizador de la Sociedad Literaria, la inclusión en el sistema ya estaba garantizada, prueba de ello es que ese mismo año fue enviado a Lima, ya no como exiliado sino en una misión diplomática, de la que regresó a los pocos meses por incompatibilidad con el clima de la capital peruana. En 1864 fue electo diputado por Valparaíso pero casi no pudo ejercer pues fue enviado como ministro plenipotenciario ante Argentina, Uruguay y el imperio de Brasil. En Montevideo inició una negociación sin conocimiento del gobierno por lo que fue desautorizado y renunció para volver al país. Tres años después fue elegido nuevamente diputado, esta vez por el departamento de La Serena; las fuerzas políticas se preparaban para la lucha por la reforma a la Constitución y Lastarria ocupó un destacado papel como agitador político pues muchos jóvenes acudían cada tarde a escuchar sus alegatos en el hemiciclo[502].

Aunque la alianza entre liberales y conservadores clericales para desplazar a los nacionales o monttvaristas, podía empantanar el proceso de laicización de la sociedad, esto no fue así, y paulatinamente los anticlericales se ubicaron en puestos estratégicos que les permitieron implementar cambios y reformas modernizadoras. El proceso estatal de impulso a las reformas educacionales y el desplazamiento de la Iglesia, para quitarle influencia sobre la vida política, sólo podía ser empantanado por el jefe del Elecutivo, dado que la piedra angular de la organización política siguió estando en el Presidente de la República y las reformas y los cambios continuaban dependiendo de su voluntad y discrecionalidad.

En el siguiente capítulo vamos a analizar este proceso, que continuó con la legitimación del conocimiento científico y su utilidad como elemento que permitía el ordenamiento de la sociedad chilena; es decir, del ambiente intelectual en el que el positivismo llegó a Chile.

3.2.- NUEVAS IDEAS CIENTÍFICAS: EL DARWINISMO

En el contexto intelectual europeo de mediados del siglo XIX las ideas de Comte no habían captado muchos adeptos, sobre todos después de sus sucesivas crisis mentales; es más, sus planteamientos acerca de la religión universal conseguían más bien sonrisas compasivas que la multitud de seguidores que esperaba el filósofo cada día más aislado y más pobre. Comte murió en 1857 sin saber que recién una década después sus libros serían leídos lejos de su natal

---

502 SILVA CASTRO en: LASTARRIA, 1968, págs. 14 y 15.

Francia y que conseguirían adeptos en sociedades que, lejos de ser modelos de industrialización, escucharían sus ideas con atención y tratarían de adaptarlas a realidades sociales e históricas diferentes a las de Europa industrial.

Por entonces otras teorías científicas ocuparían exitosamente los debates intelectuales y transformarían radicalmente las concepciones acerca del mundo natural, social y sobrenatural. El 24 de noviembre de 1859 Charles Darwin publicó *El origen de las especies*, su obra más conocida, sustentada en las investigaciones que hiciera en la década de 1830 en su viaje alrededor del mundo y de un modo importante, en sus dos años de estada en el territorio chileno. La publicación reavivó el "evolucionismo", una vieja tradición filosófica que había revitalizado su vigencia en el transcurso de los siglos XVI al XVIII. Entonces, resurgieron en particular las teorías respecto del desarrollo del universo y la evolución del sistema solar.

Hemos visto que las nociones básicas del evolucionismo llegaron a Chile a través de las lecturas de Herder que hicieran Bello, Lastarria y Bilbao y que sirvieron fundamentalmente para interpretar la evolución histórica de las sociedades. Este "evolucionismo histórico" se instalaría de una manera importante y ayudaría a superar la mera crónica que había caracterizado a los estudios de esa naturaleza que hicieran los jesuitas y otras órdenes religiosas.

Las ideas básicas de Darwin parten de la demostración de que las semejanzas y las diferencias que tienen los organismos no son producto de un capricho de la naturaleza o de la voluntad divina, sino que obedecen a causas precisas y constantes a las cuales ni siquiera el hombre logra escapar. Con ello las ideas religiosas que explicaban la vida sobre el planeta y la posición del hombre sobre el universo conocido, cambiaron radicalmente. Irónicamente, dos años después de la muerte de Comte, se formulaba una teoría biológica que tenía el mismo rango de la ley de la gravitación universal para la física ¿Podría el desarrollo de las ciencias humanas lograr una hazaña similar y encontrar una ley general para interpretar la sociedad y cumplir el sueño positivista?.

Para Darwin el principal factor de la evolución biológica es la "selección natural" que planteó en su obra fundamental, *El origen de las especies*, de 1859, y que reafirmó en *El origen del hombre*, de 1871. En la primera de ellas, Darwin probó que en su lucha por la supervivencia, las especies (animales y vegetales), provienen de organismos más simples; estos organismos se adaptaban a las condiciones variables impuestas por la naturaleza, conservando para ello los rasgos característicos favorables a esa supervivencia y abandonaban los desfavorables, este es el concepto de "selección natural", ello explicaba las variaciones entre individuos de la misma especie pero adaptados a diferentes condiciones naturales. Los que no se adaptaban no lograban sobrevivir pues no lograban superar la lucha por la existencia; así, sólo los más aptos

sobrevivían. En su segunda obra aplicó estas premisas ya no a las especies de la naturaleza, sino al hombre. El ser humano no provendría de la creación divina, si no de otro organismo anterior y más simple y que compartía este origen con los simios. Todo: el intelecto, la capacidad de vivir en sociedad, en fin, la "naturaleza humana" no sería otra cosa que el triunfo del hombre en su lucha por la supervivencia, el triunfo de la adaptación de una especie "superior" sobre otras más simples o "inferiores". El progreso explicaba hasta las más íntimas relaciones de la naturaleza y de las sociedades.

El origen del hombre tendría otra consecuencia más trascendental para el proceso de constitución de las ciencias humanas en el siglo XIX. Por primera vez una teoría de las ciencias naturales era aplicada científicamente a la "naturaleza" humana y se avanzaba un enorme paso en la aplicación de los esquemas de aquellas a las disciplinas morales. Con ello se sentaban las bases para la constitución de lo que se conoció como el "darwinismo social", es decir, la aplicación de la teoría de la selección natural de las especies a las sociedades. Con ello, no sólo se le daba estatuto de ciencia a la explicación de las dinámicas de las relaciones sociales, también se sentaba los fundamentos de explicaciones posteriores como la que concebía la historia de la humanidad como una "lucha de razas" y salía al paso de la otra gran explicación la de la "lucha de clases". Se había avanzado un enorme paso para la constitución de las ciencias sociales, pero faltaba uno más grande aún para una verdadera explicación humana de las ciencia humanas, ¿Podría el debate científico del siglo resolver este enorme problema? ¿Cuál sería el papel del positivismo en ello? ¿Qué sucedería en Chile con este debate, permitirían las condiciones culturales, políticas e institucionales dar esta discusión?

El naturalista inglés completó la trama de la red de científicos europeos y latinoamericanos que se inició con la visita de Humboldt al continente en 1799 y sus contactos con Bello. En 1839, cuando Darwin inició su viaje alrededor del mundo, había leído el *Viaje a las regiones equinocciales*; éste sería la base para su *Geological obsertvations on South America*, obra capital para el conocimiento del territorio chileno en el siglo XIX y que aún hoy mantiene su vigencia. La red se cerró con Rodulfo Amando Philippi que enseñó las teorías darwinianas en Chile y que mantuvo una nutrida correspondencia con el naturalista inglés hasta pocas semanas antes de su muerte ocurrida en 1882[503].

503 MÁRQUEZ BRETON, 1982,

3.3.- NUEVAS SOCIEDADES LITERARIAS Y ORGANIZACIONES PROFESIONALES INDEPENDIENTES

En esta época comenzaron a aparecer sociedades profesionales y científicas, creadas de manera independiente respecto al Estado y la Universidad, que agrupaban a profesionales para defender su independencia y la "dignidad de la profesión" pero que hicieron de la investigación, la difusión de la ciencia y el debate intelectual, a través de la creación de revistas especializadas, su principal actividad. Junto a éstas veremos la formación de sociedades literarias, más precarias y sujetas a los vaivenes políticos, pero, como lo adelantáramos, de un activo intercambio intelectual con las anteriores. Aunque tienen muchos aspectos cercanos, nuestro análisis no se adentra en la historia de las profesiones –situación ya relevada y bosquejada en parte por Serrano- sino que analiza estas organizaciones en el papel que jugaron como organismos independientes del Estado y la Iglesia que contribuyeron a expandir el conocimiento y la ciencia en la sociedad chilena.

3.3.1.- LAS SOCIEDADES DE FARMACIA Y MEDICINA

Las primeras sociedades profesionales que se organizaron fueron las que pertenecieron al área de la salud. El gremio de los farmacéuticos tuvo mayores dificultades que los médicos para lograr que se estableciera una legislación que les permitiera el monopolio y desplazar así la influencia de la farmacopea popular. Los farmacéuticos se mostraron particularmente activos en esta época y en 1863 organizaron la Sociedad de Farmacia con subvención estatal, que publicó los *Anales de Farmacia*[504]. El hombre clave en este aspecto fue José Vicente Bustillos, llamado el "padre de la farmacia chilena"[505].

Mientras, para "la más científica" de las profesiones del siglo XIX, la medicina, la formación de una sociedad significó una emancipación de la influencia que el Estado y la Universidad mantenían más allá de las aulas y la legislación sobre el cuerpo de médicos que habían formado. Durante la Colonia la administración española había implementado la institución del Protomedicato, que se estableció formalmente en 1570. Este era un organismo encargado de la "policía" médica, otorgaba permisos para el ejercicio del oficio y la fijación de las tarifas de los servicios a cargo del procurador de la ciudad. El Protomedicato no ejercía

504 AEDO. 1987.

505 AEDO, 1987.

funciones de docencia de la medicina; al comienzo sus atribuciones radicaban en el Cabildo que examinaba a los aspirantes a un permiso sin requerir acreditación de estudios. De esta manera los pocos médicos que ejercían labores se habían formado en la práctica; la excepción la constituyeron algunos médicos latinos que habían realizados estudios clásicos fuera del país[506].

El proceso de formación de la medicina como una profesión independiente del Estado se desarrolló en Chile a partir de 1857. Ese año el presidente del Protomedicato y Decano de la Facultad, Lorenzo Sazié, intentó congregar a los médicos de Santiago para organizar "un centro en que apoyar la respetabilidad" de la profesión, la calidad moral de sus integrantes y formar un fondo de socorros mutuos. Pero una vez más la importancia de la Universidad estuvo en el centro de este fenómeno: a la reunión llegaron trece médicos, la mayoría miembros de la Facultad. En la oportunidad, el propio Sazié y Armstrong sostuvieron que el Protomedicato no podía actuar "de un modo amplio, como podía hacerlo la asociación de los médicos mismos, sino restringido por la leyes que lo regían"; la opinión de los concertados era que ninguna autoridad podía velar por la dignidad de la profesión como lo haría la asociación de los mismos interesados. Así se iniciaba la separación de un cuerpo profesional de la influencia de la Universidad y del Estado y se profundizaba el proceso de liberalización de la sociedad chilena[507].

Pero la creación de la organización fue más lenta que los intereses de los médicos, probablemente la tutela del Estado les seguía siendo útil. Después de ese impulso inicial sólo en 1869 se fundó la Sociedad Médica; los objetivos de la organización eran científicos y profesionales; en el primer aspecto, se dedicaba a difundir trabajos de médicos chilenos y extranjeros y a analizar los problemas sanitarios del país; en el segundo, pretendía reunir a los profesionales para defender sus prerrogativas y dignidad. Era un organismo autónomo que abarcaba más allá de la Universidad, aunque un número importante de sus miembros eran a la vez profesores de la Facultad de Medicina; pero de su directorio en 1873 sólo el presidente Rodolfo Philippi, era académico, el resto de los directores no. Al año siguiente unos setenta galenos concurrían regularmente a sus reuniones[508].

---

506 VICUÑA MACKENNA. 1974, pág. 32.

507 SERRANO, 1994, págs. 202-203.

508 El resto del directorio lo componían el vicepresidente Sandalio Letelier y los directores Jerónimo Rosa, Vicente Izquierdo, Benjamín Espinoza Torres, Antonio Burr,

Aunque no tenía un objetivo político, y aún se manifestaba independiente del gobierno y criticaba muchas de sus acciones, la impronta de la organización fue claramente liberal[509]; no sólo porque apoyó al gobierno en el conflicto de la libertad de exámenes en 1872 impulsado por los conservadores, sino también porque tomó partido por las ciencias en contra de la religión[510]. Según Serrano "procuró construir, dentro del pensamiento positivista, una imagen del médico como una versión laica y científica del sacerdote"[511].

Ese mismo 1873 los asociados crearon la *Revista Médica de Chile*, que también contaba con una subvención estatal, y estaba destinada a una larga vida. De una periodicidad mensual, estaba dirigida por Murillo, Philippi, Zorrilla y Schneider y en ella colaboraban Aguirre, De la Barra y Lastarria, Bixio, Díaz, Leiva, Miquel, Peña, Salamanca, Silva y Vasina. En ella se publicaban los trabajos de los asociados y era un medio de expresión que, desde el comienzo, tuvo una impronta independiente pues criticaba sin miramientos desde la legislación hasta los programas de estudios universitarios. Tuvo un éxito rápido, en 1874 tenía unos 170 suscriptores.

Máximo Cienfuegos, T.A. Martínez Ramos, Samuel Ovalle y Ramón Pérez. *Revista Médica de Chile*, tomo II, Santiago, 1873-1874, pág. 115.

509 De los médicos que ocuparon cargos de ministros o parlamentarios entre 1833 y 1891 sólo uno era conservador y el resto liberales. Véase: CRUZ COKE, 1983, pág. 381.

510 El enfrentamiento cultural entre modernidad y tradición se reprodujo, paradigmáticamente, en un debate acerca de una "endemoniada". En *Carmen Marín o la endemoniada de Santiago*, un informe de Manuel Antonio Carmona, publicado en 1857, se enfrentaron eclesiásticos y médicos de formaciones y nacionalidades distintas pese a que "todos estos sujetos profesan al parecer la religión cristiana, Católica Apostólica, Romana"; de los nueve que emitieron otros tantos informes, uno era eclesiástico y los demás "seglares y facultativos en ciencias médicas", seis galenos chilenos, un neogranadino, un irlandés y un español: "Los médicos con "las excelentes armas de la lógica y de la retórica, y con explicaciones satisfactorias de todos y cada uno de los fenómenos, y siempre apoyado en la autoridad y en la razón, como todo filósofo y teólogo cristiano. CARMONA, 1857.

511 Aunque esta autora no nos dice a qué le llama "pensamiento positivista". Véase: SERRANO, 1994, pág. 203.

Los fundadores de la Escuela de Medicina prohijaron una nueva generación–que se formó entre 1860 y 1890- y en la que destacaría Augusto Orrego Luco, cuya labor abarcó mucho más allá de las disciplinas específicas a las que se dedicaban profesionalmente. Armando Roa, biógrafo de este siquiatra chileno destaca su actitud intelectual:

Orrego no fue innovador en el sentido de Charcot, Janet, Freud, o Hughlinss Jackson, sino entusiasta, honesto y sabio introductor de una ciencia recién brotada en Europa, en el medio nuestro, que todavía hoy guarda recelos en su contra, y a la cual, aun en los tiempos que yo estudiaba, se la suponía la vía regia de los inaptos para la verdadera medicina[512].

Esto, pese a que Roa sostenía que, en su labor de difusión, este médico chileno comentaba sus observaciones clínicas a la luz de las teorías de autores europeos indicando sus coincidencias y diferencias extraídas de su propia práctica médico-siquiátrica. En los capítulos siguientes seguiremos analizando tanto la actividad científica de Orrego como sus actuaciones públicas como militante liberal y congresista y hombre cercano al positivismo.

3.3.2.- LASTARRIA Y EL CÍRCULO DE AMIGOS DE LAS LETRAS

Fuera de las iniciativas surgidas al amparo del Estado o cercanas a él, los intelectuales independientes siguieron formando asociaciones y grupos de carácter literario pero que, a la vez, se preocupaban por la difusión de la ciencia. Así, entre 1859 y 1874 surgieron tres nuevas organizaciones que hicieron de la cultura y el conocimiento su arma fundamental. Las sociedades literarias, desde la primera aparecida en 1842, fueron organizaciones paralelas, pero muchas veces relacionadas con el desarrollo cultural impulsado por el Estado. Este desarrollo se expresó tanto en lo organizativo como en el debate intelectual o científico; por lo mismo, no es casual que muchos de sus miembros se repitieran y que la mayoría de ellos adscribiera políticamente al liberalismo. Sólo que al interior de éste, fruto de las transacciones políticas, pervivían individuos o principios tradicionalistas y religiosos que impedían o empantanaban el

---

512 ROA, 1992, pág. 14. La obra de Orrego Luco abarcó sesenta años de producción, entre 1865 y 1935, y comprende unos 103 títulos; de éstos los de medicina son 57, entre informes científicos y obras de difusión de medicina general, siquiatría, anatomía, fisiología; 25 de historia, 5 de política y 9 de literatura; además de dos periódicos *El Farol* (1866) y *El Charivari*, (1867-1870) y su participación en la Academia Chilena de la Lengua.

progreso buscado por los sectores más avanzados y donde era fundamental la acción personal de líderes intelectuales como Lastarria.

Hemos bosquejado la biografía intelectual de Lastarria desde sus primeros años hasta el momento que asume como uno de los 86 académicos fundadores de la Universidad. Naturalmente este cargo se lo debía a su maestro Andrés Bello; en ese momento el joven liberal era Director de la Sociedad Literaria y tenía una sólida formación intelectual con la que buscaba ampliar los cánones culturales de la época. Había consolidado su vocación política desde muy temprano, cuando participó en el motín estudiantil de 1833. Cuatro años más tarde escribió un artículo, en respuesta a un escritor que abogaba por medidas de amordazamiento de la prensa; ese mismo 1837, con motivo del conflicto contra la Confederación Perú-Boliviana, fundó un periódico *El Nuncio de la Guerra*, donde apoyaba al gobierno y planteaba la realización de una política verdaderamente nacional. El intento duró poco pues el mismo gobierno le aplicó las facultades extraordinarias que autorizaba la Constitución y lo clausuró. Pero la medida no arredró al joven político, quien utilizó la cátedra para impulsar la propagación de su ideario liberal y democrático, especialmente sus clases en el Instituto Nacional, donde asistía una nueva generación de estudiantes, de los que destacaban Francisco Bilbao, Domingo Santa María, Aníbal Pinto, Santiago Linsay, entre otros. Éstos conformarían la columna vertebral del liberalismo y representaban el abanico de tenencias que se produjeron en ese ideario[513]. Pero el joven político e intelectual tenía problemas para sufragar los más elementales gastos de su vida y se vio obligado a escribir *Lecciones de geografía moderna* (1838). De todos modos combinó perfectamente necesidades con pasión intelectual: el texto venía a llenar una carencia muy notoria en la enseñanza elemental en esa disciplina; más tarde fue adoptado por distintos países americanos y aún traducido. Lastarria se graduó de abogado el 21 de marzo de 1839, a los veintitrés años. No se detuvo ahí y profundizó sus conocimientos del derecho estudiando a los tratadistas como Benjamin Constant y Carlos Comte y especialmente el utilitarismo de Jeremy Bentham; esto lo hizo en las clases particulares que Bello daba a sus discípulos más aventajados y que significaron que el joven abandonara a los teóricos franceses e ingleses como Hobbes, Locke y Rousseau y que valorara el criterio positivo en la formación de las leyes[514]. De todos la filosofía utilitarista de Bentham fue la que ejerció la más fuerte y prolongada influencia en su pensamiento hasta que fue reemplazado por el positivismo.

---

513 DÉLANO, 1945, págs. X-XI; LASTARRIA, 1968, págs. 39-41 y 63.

514 FUENZALIDA GRANDÓN, 1911, I, págs. 40-44.

Desde la década de 1840 y hasta la llegada de las primeras obras positivistas a Chile, sin ser anticlerical, Lastarria se había erigido intelectual y políticamente como un exponente de la corriente "liberal doctrinaria", representada posteriormente por el Partido Radical. Su figura era la representación perfecta del "publicista" decimonónico: militante del Partido Radical, miembro de una logia masónica (por estos dos pasó, al parecer, fugazmente) y diputado del Congreso en varios períodos. Su actuación correspondía a la del "tribuno" siempre dispuesto a defender el "progreso" contra el "oscurantismo" de las ideas conservadoras. Pero entre el político y el intelectual hay un gran espacio pese a que en este caso se producen en la misma persona.

En 1859 Lastarria fundó el Círculo de Amigos de las Letras, la segunda sociedad literaria en Chile. La inauguración se celebró el 21 de agosto con un banquete al que asistieron intelectuales de todas las tendencias políticas. Las reuniones del Círculo se celebraban en la casa del fundador; hasta allí llegaban escritores y artistas a debatir de todo salvo, expresamente, de política y religión.

Había, pues, una urgente necesidad de que la asociación de los hombres de letras de distintos antecedentes y principios que se reunían por un interés puramente literario, tuviera por base la tolerancia para mantener una libre discusión, y se dedicara preferentemente al estudio crítico de hechos e ideas, de doctrinas y sistemas, para ejercitar prácticamente la independencia de espíritu y amarla[515].

La membresía del grupo era muy variada social y políticamente: a los animadores tradicionales provenientes de la cultura liberal, se unieron conservadores ultramontanos y radicales[516]. El periódico *La Semana* que, desde mayo de ese año, habían sacado a las calles los

---

515 LASTARRIA, 1968, pág. 299.

516 En él confluyeron animadores habituales entre los que estaban los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Domingo y Justo Arteaga Alemparte, Alberto, Guillermo y Joaquín Blest Gana, Guillermo y Manuel Antonio Matta, Francisco Solano Astaburuaga, De la Barra, Blanco Cuartín, Briceño, Juan Nepomuseno Espejo, Sanfuentes, Irisarri, Vicuña Mackenna, Recabarren, Tocornal, Marcial Martínez y el argentino Rafael Minvielle, entre los que destacaban dos futuros presidentes liberales: Federico Errázuriz, y Domingo Santa María. Una segunda oleada se integró después y entre estos se contaban personajes políticamente disímiles como el conservador Abdón Cifuentes, y políticos radicales como los hermanos Pedro León y

hermanos Domingo y Justo Arteaga Alemparte señaló así los objetivos de la nueva organización:

Proporcionar a los hombres estudiosos y amigos de las letras un centro de unión que apoye y fecundice sus esfuerzos con el comercio de las ideas y la identidad de propósitos; tal es el modesto fin a que propende por ahora esta naciente asociación. Es a Lastarria a quien se debe este pensamiento y su realización, que no han titubeado en secundar las reputaciones más capitales y merecidas de nuestra literatura. De hoy mas queda abierta al talento y al saber una franca liza en que sus probados adalides vendrán a recibir aplausos y coronas, y a alentar con su ejemplo y advertencias a los ingenios nacientes, que tampoco se hayan excluidos de estas justas de la inteligencia[517].

Al mes siguiente, la organización promovió la celebración del aniversario de la Independencia con un certamen poético. Le siguió tiempo después otro en memoria de Salvador Sanfuentes, militante pelucón y miembro de la Sociedad Literaria de 1842, recientemente fallecido. Un tercer evento estuvo dedicado al abate Juan Ignacio Molina (jesuita expulso), de quien se había levantado una estatua. Las actividades de los amigos de las letras se publicitaron en el citado periódico; y, terminado éste, se podían leer en el diario *La Voz de Chile*, que dedicó una sección semanal a la poesía del grupo.

Aunque los intereses del grupo estaban orientados fundamentalmente a la literatura, los trabajos científicos o políticos no estuvieron ausentes. Por ejemplo, hubo conferencias como la leída por el abogado Marcial González, que era un juicio crítico sobre un *Tratado teórico práctico de economía política* escrito por Courcelle-Seneuil, y que dio origen a un debate sobre el utilitarismo promovido por el joven Manuel Miquel. Las sesiones siguientes se dedicaron a un estudio del astrónomo H. Volckmann "sobre los documentos más antiguos de la existencia de la humanidad, comprobados por las observaciones astronómicas de los egipcios, de los indios y de los chinos", una descripción de la naturaleza del Ecuador, de Joaquín Blest Gana, un estudio de la hacienda pública de Chile en la Colonia, la *ópera prima* de Miguel Cruchaga, u otro de corte fisiológico sobre el dolor y el alma, del doctor Valderrama.

Ángel Custodio Gallo, el historiador liberal Diego Barros Arana y algunos extranjeros. La membresía del Círculo, llegaba a los 88 adherentes "entre muchos otros". LASTARRIA, 1968, págs. 300 y 301 nota 1.

517 "Nueva sociedad literaria", *La Semana*, Santiago, 27-VIII-1859.

El entusiasmo de la nueva organización contagió a Valparaíso donde Jacinto Chacón junto a sus hermanos "y otros hombres de luces", fundaron la Sociedad de Amigos de la Ilustración en la que también participaron "varios distinguidos extranjeros" como el diputado republicano francés M. Adolfo E. Gent, el doctor español Roselló, M. Feuillet y M. Desmadryl[518]. El objeto de la organización porteña era difundir los "ramos que tengan relación con las letras y las ciencias sociales". Además el animador reeditó la *Revista del Pacífico* con el objeto de que la ciudad tuviera voz y representación en el movimiento literario nacional, ya que "... la pasión por las letras es expansiva y desinteresada y ella nos impele a consagrar nuestros días de holganza y de solaz a estas labores literarias donde luzca sus dotes el naciente ingenio, y desde donde se prepare el talento verdadero una carrera para el porvenir"[519]. Acá es necesario hacer una anotación al margen: por primera vez surge el concepto de "ciencias sociales" en una publicación chilena, lo cual es importante no porque la revista hubiese cultivado estas disciplinas, que a la fecha no estaban constituidas (faltaban tres décadas para que se esbozaran sus primeras formulaciones y más de medio siglo para que se instituyeran como disciplinas universitarias), sino por la mera referencia que las distingue de la literatura. Este es el primer paso para superar la antigua división disciplinaria ilustrada en ciencia y literatura.

Respecto tanto de la labor del Círculo capitalino como la Sociedad porteña, el propio Lastarria se preguntaba años después, en sus *Recuerdos...*, acerca del móvil de los participantes y sus esfuerzos puesto que la mayoría, proviniendo de distintas corrientes políticas, tenían que prescindir de ellas para mantener la concordia y muchos distraerse del tiempo que ocupaban en ganar su sustento, en un país que aún no tenía el desarrollo cultural para que los hombres de letras vivieran de su cultivo. Chacón, desde la *Revista del Pacífico*, respondía a esta inquietud:

Hay un genio divino en el fondo de la naturaleza del hombre que le impulsa al bien sin recompensa, que le mueve a la investigación de la verdad sólo por el placer de encontrarla, y que le inspira el amor hacia los sentimientos nobles de la humanidad y hacia las escenas grandiosas de la naturaleza, porque tal es la condición de su ser, sensible a las impresiones de lo bueno, de la verdad, de la belleza física y moral[520].

---

518 Citado en: LASTARRIA, 1968, pág. 340.

519 "Nuestro propósito" *Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1-I-1860.

520 Jacinto Chacón, *Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1859; citado en: LASTARRIA, 1968, pág. 341.

La labor fundamental del Círculo era la de ser un espacio donde se leyeran trabajos de creación y crítica literaria; en ello destacaron los hermanos Amunátegui que presentaron los primeros bosquejos de su posterior obra *Juicios de los poetas hispanoamericanos*, que después tendría difusión continental[521]. René Moreno hizo otro tanto con los poetas y prosadores bolivianos; Domingo Arteaga Alemparte expuso sobre la obra de Sanfuentes; Alberto Blest Gana presentó varias de sus posteriormente exitosas novelas; Pedro León Gallo sus traducciones de Víctor Hugo y G. Matta, De la Barra, Blanco Cuartín, D. Arteaga Alemparte y muchos otros, sus poemas[522].

Años más tarde Lastarria explicaba la preponderancia de la poesía, para él "la forma más difícil de arte literario", pues todos los jóvenes se dedicaban a ello porque "estaban en la edad en que prevalecen las facultades afectivas" y para ello se afirmaba en un párrafo que atribuía al escritor positivista Bourdet:

El progreso real es una tendencia invencible que nos lleva a colocar nuestro destino en ecuación con las leyes inmanentes del mundo. No consiste tanto en alcanzar un número mayor de satisfacciones sensuales, tanto en reposar en el equilibrio y la justicia, consideradas como base de nuestra evolución individual y colectiva y en la humanidad. Una sociedad en la que

---

521 Hemos hablado muy someramente de estos hermanos que después tendrían un destacado papel tanto en la acción política como en el debate intelectual. Descendientes de una familia de indiscutibles credenciales liberales, hijos de José Domingo Amunátegui y Carmen Aldunate. Miguel Luis (1828-1888) estudió en el Instituto. Fue discípulo de los dos más grandes latinistas del siglo XIX chileno, Andrés Bello y del socialista utópico Antonio Vendel-Heyl; por ello no es casual que a los 18 años obtuviera esa cátedra en el Instituto. Su carrera política fue activa: ministro del Interior y de Relaciones exteriores en 1868-1870; candidato a la Presidencia de la República en 1875 (contendió contra su compañero en las filas liberales Vicuña Mackenna), y parlamentario liberal en varios períodos. Gregorio Víctor (1830-1899), de menor peso político y figuración intelectual, secundó a su hermano en la historia y sobre todo en la consolidación de la imagen de Bello cuando ambos discípulos del venezolano publicaron su *Vida de don Andrés Bello*, la que, producto de su cercana relación con el venezolano, es una obra de incalculable valor testimonial. Véase: BARROS ARANA, OC, vol. XIII, págs. 261-446.

522 LASTARRIA, 1968, pág. 342 y 343.

dominan los *instintos* solos, cualquiera que sea el nombre de estos –industria, guerra, religión, artes-, tendrá forzosamente dos períodos, uno de ascensión y otro de decadencia. Mas suponed en esta sociedad la intervención de las facultades de reflexión, de juicio, de comparación, de justicia; y veréis una faz social en que el hombre triunfará absolutamente de su animalidad para alcanzar la eterna juventud de todo lo que es bueno y bello[523].

Pero, como ya lo hemos resaltado, no sólo se expusieron trabajos literarios; hubo conferencias que eran recensiones como la de Briseño sobre la filosofía de Spinoza, o de Rodríguez Peña sobre *La política de libre cambio y transformación económica de la sociedad inglesa* de Cochut. La historia tuvo un importante lugar; Barros Arana presentó su obra sobre los cronistas de Indias entre 1514 y 1793, el descubrimiento del Río de la Plata por Díaz Solís, y su *Vida de Hernando de Magallanes*, entre otros temas. A ello se agregaron trabajos de Pedro Moncayo sobre Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia; o de la naturaleza y costumbres ecuatorianas por Joaquín Blest Gana y artículos biográficos de Vicuña Mackenna. Francisco Marín escribió sobre el porvenir de la democracia en América y Manuel Carrasco Albano "sobre la libertad", a propósito del libro homónimo de Stuart Mill; José Ignacio Vergara sobre la memoria de Seguin *Reflexiones sobre la hipotesis de Laplace*. Los médicos no estuvieron ausentes y también presentaron sus trabajos: Padín y J. A Torres sobra la institución de cunas públicas para favorecer la conservación de la población; Murillo, sobre los progresos de la historia natural, la lactancia artificial y la vacuna y se expusieron muchos otros trabajos sobre geografía, matemáticas, astronomía y medicina[524].

El Círculo se expandió con el apoyo de los radicales que la integraron y que crearon filiales en La Serena, Ovalle, Copiapó, San Felipe y Talca. Pero en cuanto las circunstancias que le dieron vida terminaron, esa subjetiva "necesidad de que la asociación de los hombres de letras de distintos antecedentes y principios que se reunían por un interés puramente literario", la organización entró en crisis. En 1863 su creador aceptó una misión diplomática en el Perú, país en el que había estado en dos oportunidades, en calidad de exiliado. La tertulia se desplazó a la casa del líder radical Ángel Custodio Gallo. La presencia de políticos "natos" como los hermanos Gallo, Matta y Vergara hacía temer a Lastarria por la continuidad de la organización, por lo que le escribió a su amigo Vicuña Mackenna recalcándole el encargo de no tratar de política o religión en sus reuniones. La recomendación no fue escuchada y el Círculo fracasó

---

523 Citado en: LASTARRIA, 1968, págs. 344 y 345.

524 LASTARRIA, 1968, pág. 348.

por la polarización surgida entre sus miembros, en la víspera de las elecciones de 1866, después de sólo cuatro años de actividades[525].

3.3.3.- LA SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA

Después del fracaso, la membresía liberal del Círculo de Amigos de las letras dio vida a otra organización, la Sociedad de la Unión Americana, el mismo año de 1863. El motivo de esta sociedad se debía a la ofensiva reconquistadora europea que se desarrolló entre 1860 y 1867 hacia las ex colonias españolas y una nueva guerra que se había declarado[526]. En la nueva Sociedad se articuló por primera vez una reflexión política e histórica latino o hispanoamericana y un rechazo a la Doctrina Monroe[527].

Una de las primeras iniciativas fue la organización de un "Concierto vocal e instrumental a favor de los hospitales de sangre en México" que, con la cooperación de "varias señoritas y caballeros", se realizó el sábado 4 de julio de 1863[528]. Pronto las actividades tomaron un tono más formal; los miembros de la Sociedad trataron de establecer relaciones con el gobierno de Benito Juárez e intentaron hacer llegar a las "los huérfanos y viudas de la heroica

---

525 DÉLANO, 1944, pág. XXVI.

526 En el nivel continental la década de 1860 fue, después de 1810-1830, una de las más violentas del siglo, en que se enfrentaron las naciones independientes y los antiguos imperios europeos. En 1861 España anexó Santo Domingo; al año siguiente las escuadras francesa, española e inglesa incursionan las costas de México; en 1863 Francia invadió México dando inicio a la etapa conocida como el Segundo Imperio, después de haber intentado establecer un protectorado en Ecuador; en 1864 España se apoderó de las islas Chinchas en el Perú, al año siguiente atacó a Chile y en 1866 bombardeó Valparaíso.

527 La polémica Doctrina Monroe no es un documento específico sino, dos párrafos en el informe que el presidente de los Estados Unidos James Monroe entregó al Congreso de ese país en 1823, es decir, cuando la Independencia de los estados americanos no estaba del todo consolidada. Tampoco es una ley, ni un tratado de derecho internacional, ni siquiera una proclama o un manifiesto; "Es –ha dicho el historiador Donovan- si se quiere, la declaración de un principio, o de una política, sobre la cual se pueden basar decisiones relativas a algunos aspectos de las relaciones internacionales de los Estados Unidos". El "texto" de la doctrina en: DONOVAN, 1966, págs. 11 y 12.

528 SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA. 1863.

república", dinero recolectado en Chile. Sin embargo, inesperadamente, y pese a los esfuerzos de los asociados, la guerra impidió las comunicaciones la guerra impidió las comunicaciones con el gobierno de Juárez y el dinero colectado demoró demasiado en llegar a sus destinatarios.

Pese al traspié, la actividad de la Sociedad continuó y el año 1867 publicó las bases que guiaban su accionar. En ellas partían reconociendo como su meta "la unión de todas las Repúblicas, hermanas por el origen y por los destinos" y para ello buscaba sus fundamentos en la historia:

Esa unión que, a los ojos de la meditación y para el porvenir, aparece como resultado, es también, para el estudio y en el pasado, un punto de partida. Las lecciones de la historia y las perspectivas de la esperanza se aúnan para repetir a nuestras repúblicas que sus destinos –sin duda grandiosos como cuadra a los pueblos que han venido a sentarse en el banquete de la civilización cuando todos los otros les han preparado, con sus esfuerzos y sacrificios sin cuento, los necesarios elementos- que sus destinos sólo pueden adelantarse y consolidarse en una acción común[529].

El documento establecía que, pese a la "innegable diversidad" etnográfica, topográfica y geográfica, había un principio (histórico y cultural) de "uniformidad y homogeneidad" que no era un elemento sólo intelectualmente aprehensible. Esta homogeneidad también estaba presente en el hacer político cotidiano, tanto para quienes había iniciado empresas nobles, como la emancipación o indecorosas, como la invasión a Santo Domingo o la "monarquización" de México.

El peligroso retorno del monarquismo estaba presente en la actualidad pese a la acción destructiva que significó la conquista española, de manera que "desde Chile a Yucatán" los "hábitos" y los "intereses" emancipadores eran idénticos y esto sentaba las bases para la utopía:

Recórrase la historia de la fundación y desenvolvimiento de las colonias antes españolas y se encontrará, junto con la homogeneidad de miras y de costumbres, la identidad de hábitos y de aspiraciones, como también la solidaridad de intereses, en todas ellas; y se podrá leer en ella, apenas con un barniz accidental, que no alcanza a cubrirla enteramente, la palabra unión, escrita

529 SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA. 1867, págs. 3 y 4.

con el roce del yugo común en la cerviz, cada vez más robusta y orgullosa, de los esquilmados y esclavizados rebaños que hoy son Repúblicas[530].

Al alero de la Sociedad los intelectuales chilenos desarrollaron por primera vez una ideología americanista que en el fondo era un "antieuropeismo" pero a la vez tomaron distancia de los Estados Unidos. Este proceso ideológico era nuevo; hemos visto que, desde las primeras escaramuzas de la Independencia, se había desarrollado un claro odio hacia España, pero una admiración hacia los Estados Unidos, por la ideología republicana que oficialmente impulsaba esta nación, y hacia Francia, fundamentalmente por el legado liberal de la Revolución Francesa (no así por los excesos del "terror" jacobino) y la revolución de 1848.

Este americanismo lo acompañaron de una producción intelectual y artística referente a la política internacional. Así, en 1862 Francisco Bilbao publicó *La América en peligro*, y en 1864 *El evangelio Americano*, ambos en Buenos Aires; Lastarria escribió *La América* al año siguiente y en 1866 Vicuña Mackenna entregó *Chile, Estados Unidos y España*; ese mismo año Justo Arteaga Alemparte publicó *La alianza fantástica, yankees e ingleses* y *España moderna* [531] . Pero aunque todos estos intelectuales eran liberales las concepciones de Hispanoamérica y Estados Unidos que encontramos en estos libros son distintas y hasta opuestas"[532]. De todos, los trabajos de Bilbao y Lastarria son los más profundos en cuanto a la teoría política que se construyó en el momento.

En *La América* Lastarria, basado en su propia lectura de la historia de Chile y de su experiencia como ciudadano en un Estado despótico republicano, político hace una fuerte crítica a la concepción política de John Stuart Mill. Para nuestro intelectual el Estado es un instrumento al servicio de la libertad del individuo, no un fin en sí mismo; su misión es:

[...] la de representar el principio del derecho en la sociedad, tanto en sus relaciones exteriores, empleando la fuerza, cuando sea necesario defender ese derecho, como en lo interior,

---

530 SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA. 1867, pág. 4.

531 Hemos analizado más detenidamente el contexto americano en que se desarrolla la Sociedad Unión Americana y el pensamiento de Bilbao y otros intelectuales respecto al expansionismo europeo en: Fabio Moraga, "La doctrina Monroe y reacción intelectual a la guerra con España y a la invasión a México: el primer americanismo (1860-1867), México, 2005 (inédito).

532 SUBERCASEAUX, 1997, págs. 183-185.

para facilitar a la sociedad y a cada uno de sus miembros las condiciones de su existencia y desarrollo[533].

La premisa de la cual partía Lastarria era la de un liberalismo clásico que concibe la existencia del Estado como un peligro potencial para la libertad del individuo, algo no muy raro en quien había sido un liberal desde muy joven y víctima política del despotismo republicano, y criticaba a uno de los prohombres del pensamiento ilustrado: "Cuando el Estado limita su acción de esta manera, la paz interior es un resultado, y no un fin del Estado, como lo supone Humboldt; y si alguna vez se altera, no necesita el Estado traspasar las vallas del derecho". Por ello también disentía del filósofo inglés quien interponía al Estado entre las relaciones de los individuos; para Mill –sostenía el chileno- "la libertad no es otra cosa que un último resultado de la protección del individuo contra todas las tiranías, sea que éstas vengan del Estado o de la sociedad" pero éste supone "un gobierno irreprochable en su organización". Lastarria –que, recordémoslo, escribía contra la invasión francesa- criticaba el error de Mill que era que, al buscar comprender y normar las relaciones entre la sociedad y el individuo, pretendía conciliar el progreso con el orden:

Su error consiste en creer que realmente orden y progreso son los fines sociales y políticos de todo gobierno; pues no se da cuenta que tal error es una invasión francesa, con la cual se ha pretendido defender la doctrina de la unidad del Estado, es decir, la monarquía latina, que a nombre del orden y del progreso aniquila y sacrifica los derechos individuales, la libertad de la sociedad[534].

---

533 LASTARRIA, 1865, pág. 20.

534 LASTARRIA, 1865, pág. 25.

Dos conclusiones surgen de este trabajo lastarriano[535]. Primero, el liberalismo de Lastarria es radical y democrático. Radical pues supone la libertad individual como máximo valor a la que por principio, no se le puede conculcar por parte del Estado, pues no se puede definir un criterio preciso y cualquier uso de ella sirve tanto el despotismo como a la libertad. Es democrático pues concibe esa libertad, que define como "el uso del derecho", como base de un orden político en el que el Estado cuyo único fin es la aplicación del derecho y que, por lo tanto, está limitado por la justicia. Un análisis de las consecuencias de esto, es decir de la figura de Lastarria como un precursor original del pensamiento democrático en Hispanoamérica, sobrepasan los objetivos de esta investigación. Segundo es que esta crítica lo alejaba, antes de conocer el positivismo, de sus interpretaciones autoritarias en particular de Comte pero en especial de Mill y consolidaba los fundamentos liberales y democráticos con los que recepcionaría las ideas del filósofo francés y sus discípulos.

De todos los "americanistas" de la década, el más radical era Bilbao quien, después de un largo peregrinar por el Perú, donde participó activamente de las rebeliones liberales y escribió *La revolución en Chile y los mensajes del proscrito*, retornó brevemente a París. Pero lo hizo en un contexto político muy distinto al de la revolución de 1848: el del segundo imperio, que había elevado a Napoleón III al poder. Allí formuló sus primeras ideas acerca de la unidad latinoamericana en *Movimiento social de los pueblos de la América meridional* e *Iniciativa de la América, Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*[536]. A partir de abril de 1857, se

---

535 Antes de este trabajo Leopoldo Zea dedicó un capitulo a la discusión que Lastarria hiciera de la obra de Mill. Si bien la reflexión del filósofo mexicano está preocupada siempre de la "circunstancia" que rodea a un pensamiento, llama la atención que tanto en este comentario de Lastarria, hecho en *Dos etapas del pensamiento en Hispanomérica,* como en otras obra dedicadas a mirar de conjunto al continente (*Pensamiento positivista latinoamericano* y *Pensamiento latinoamericano*), la circunstancia histórica nunca esté presente en el análisis. Zea no menciona ni de pasada que esta reflexión de Lastarria fue hecha a propósito de la invasión a México ¡su país natal y en el que desarrollo la mayor parte de su trabajo académico!. Cfr. 1949, págs. 181-197.

536 Francisco Bilbao. *América meridional* e *Iniciativa de la América, Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*, París, Imprimiere de d'Aubusson et Kugelmann, 1856; este texto fue leído ante una asamblea de latinoamericanos en París el 22 de junio de 1856.

radicó en Argentina en el momento que estaban más fuertes las disputas entre la capital y las provincias. En el país del Plata se vinculó a los federalistas y se trasladó a Paraná donde el presidente de la Confederación Justo José de Urquiza le encargó la redacción del periódico *El Nacional Argentino*. Durante sus dos exilios en el viejo continente había presenciado tanto acontecimientos esperanzadores, como la revolución de 1848 que le había dado a Francia los únicos "cuatro meses de gobierno libre" de su historia; como había sido testigo de sucesos que, por el contrario, eran muestra del despotismo y de la expansión colonial europeos: la intervención francesa en Roma, la austríaca en Hungría y la Guerra de Crimea. Además, había conocido a los exiliados del expansionismo ruso, francés, inglés, español y autro-húngaro hacia la Europa oriental, África y las Antillas. Pero la invasión a México en la década de 1860 tenía características más preocupantes: la amenaza apuntaba al corazón de sus más profundos móviles políticos, ideológicos y culturales, hacia "nuestra América". En esta preocupación no estaba sólo porque, desde su exilio argentino, tuvo una participación activa en la Sociedad Unión Americana.

Bilbao y su legado político e ideológico parecen no haber tenido repercusiones muy notorias en Chile, o al menos éstas han sido insuficientemente estudiadas; sin embargo, su pensamiento alimentó a las tendencias más radicales del liberalismo, a los primeros socialistas de fines del siglo XIX y a las corrientes religiosas de los positivistas chilenos liderados por los hermanos Lagarrigue. Retomaremos este tema más adelante. El silencio sobre su legado se debe a los intereses políticos de su época, tanto de conservadores como de liberales moderados, que postergaron indefinidamente el conocimiento de su obra. Tampoco la historiografía contemporánea lo ha rescatado mayormente[537].

---

537 Aún hoy no disponemos de una biografía completa y desprejuiciada de su vida y su obra. Tampoco tenemos conocimiento cabal del volumen de sus escritos que dejó dispersos en al menos cuatro países. Una primera edición de las *Obras Completas* de Bilbao apareció en Buenos Aires en 1866 con un prólogo de su hermano Manuel, lo que constituye la única fuente acerca de su vida fuera de Chile. Una segunda edición fue publicada en Santiago en 4 volúmenes, entre 1897 y 1898 prologada por el historiador liberal Pedro Pablo Figueroa. Las reseñas biográficas han sido hechas por él mismo. *Historia de Francisco Bilbao* (2ª ed.) Santiago, Imprenta de El Correo, 1898; y Armando DONOSO. *Bilbao y su tiempo*, Talleres de la Empresa Zig-zag, Santiago 1913.

3.3.4.- EL RENACIMIENTO DEL CÍRCULO

"¡Se sabe cuan lenta es la carrera de un libro,

y cuanto más no lo es la de un gran libro,

la de un sistema filosófico!"

José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*

En 1869 Lastarria estaba de vuelta en Chile después de su misión diplomática en Lima. Pese a los vicisitudes políticas y personales, no se amilanó y persistió en su afán de crear organizaciones intelectuales, por ello decidió revivió el Círculo. Sin embargo, en este renacimiento "Ya no figuraban en sus filas todos los obreros que cinco años antes rivalizaban en talento, en abnegación y laboriosidad", tampoco pudo alejar la influencia de la política partidista y la religión, pues la prescindencia de éstas "antes era la base de nuestra unión y confraternidad para trabajar por el progreso de nuestra literatura"[538]. De todos modos, el nuevo discurso:

Era un verdadero programa –recordaba años más tarde Lastarria-, en el cual, traduciendo fielmente el espíritu y propósitos de nuestros compañeros de labor, fijábamos la situación anárquica de nuestra literatura nacional; trazando el rumbo que debíamos seguir para salvarla de un retroceso, establecíamos también el criterio independiente y positivo que debía guiarnos en la composición literaria y científica[539].

Hay, en las intenciones explícitas de nuestro autor, un cuarto de siglo después del discurso de 1842, la necesidad de reponer el impulso inicial de ese movimiento literario caracterizado por la "independencia de espíritu" y mantener el "justo criterio a que debía obedecer el arte para marchar adelante". Lo que también mantuvo fue la unidad que para él existía entre literatura y ciencia.

En el nuevo discurso inaugural, Lastarria hizo un recuento de la producción literaria y científica que había hecho el Círculo desde que se fundara en 1859. En su alocución recordó a los que habían muerto prematuramente y hizo de la labor del "escritor" su profesión de fe: "Sólo perseveran aquellos en quienes el amor al estudio es una fuerza incontrastable, una virtud que no se rinde y cobra fuerzas en la lucha, que se alimenta en la adoración de la verdad y que vence

538 LASTARRIA, 1968, pág. 359.

539 LASTARRIA, 1968, pág. 360.

con ella y por ella"[540]. Además, puntualizó el sentido que tenía en la renacida asociación el tratar de separar la acción política de la acción intelectual, apoyado en la descripción que Quinet hiciera de la situación similar en la Francia posrevolucionaria: "Nuestra revolución [de Independencia] ha emancipado menos que la de la Francia el espíritu, y lo ha anarquizado más [...] Todos los partidos, todas las condiciones buscan en el respeto y en la sumisión a esos errores el triunfo de sus intereses y la dominación" contribuyendo a crear "verdades exclusivas" de cada secta o partido[541]. Para que pudiera salvarse esta situación debía advenir la democracia:

Cuando ella forme nuestro credo universal, la sociedad volverá a ser una, como lo era bajo el imperio absoluto de la monarquía, y el genio tendrá un valor universal: entonces cada condición, cada partido, cada secta tendrá sus derechos morales o materiales, políticos o sociales que defender; pero no tendrá una pequeña verdad exclusiva, fuera de la cual no haya salvación, porque todos se ligarán en una verdad universal, en la síntesis democrática, que será el centro de todas las aspiraciones, el foco a que todas han de converger para acrisolarse, para legitimar su existencia y sus procedimientos[542].

Esta concepción de Lastarria, que es profundamente democrática y utópica a la vez, liga la política con el desarrollo del conocimiento, la democracia con el cultivo de la ciencia: "Entonces los escritores no se abstendrán de pensar, ni ahogarán el sentimiento". Para el orador, en este sentido América Latina y América Anglosajona estaban en mejores condiciones que Europa para realizar este sueño. Además, podemos notar que Lastarria vislumbra intuitivamente lo que planteamos en nuestra hipótesis central: la de una profunda división ideológica, política y cultural de la sociedad chilena que la dividía entre conservadores y liberales, entre católicos y agnósticos, entre tradicionalistas y modernizantes, entre autoritarios y demócratas. ¿Cómo se podría resolver esta crisis?, ¿A qué se podría recurrir para que la sociedad chilena volviera a "ser una"?, ¿Cuál era esa "verdad universal"?. Creemos que estas preguntas reflejan las preocupaciones intelectuales permanentes de la obra de Lastarria, preguntas que vislumbran la búsqueda de un conocimiento que permitiera tener reglas del juego claras para formar ese "credo universal". Ese conocimiento debía desembocar en hacer de la política una "ciencia", en todo el sentido que ese concepto tiene en la época: el de una disciplina con leyes que

---

540 LASTARRIA, 1968, pág. 362-363.

541 LASTARRIA, 1968, pág. 366.

542 LASTARRIA, 1968, pág. 367.

permitieran conocer racionalmente su desarrollo y adelantar sus resultados y esta "ciencia de la política" se lograría a través del positivismo.

Por lo anterior, este texto de Lastarria no sólo es importante por los manifiestos elementos de continuidad que caracterizaron sus escritos desde 1842 y aún desde antes, sino que su valor radica en que es el primer texto escrito en Chile bajo la égida del positivismo. Desde hacía un año, el orador ante el Círculo de Amigos de las Letras, había iniciado sus lecturas del *Curso de filosofía positiva*, pero ante el tamaño de la obra: "inmenso y capaz de arredrar al más bien templado espíritu si no se está algo preparado", decidió leer *Augusto Comte y la filosofía positiva* de Littré, en la versión francesa de la Editorial Hachette de 1864. Cuando en 1878, diez años después de haber leído a ambos autores galos, Lastarria escribió sus *Recuerdos* buscando demostrar ante la cultura oficial chilena, dominada por la figura de Bello, "la prioridad y la originalidad de nuestra doctrina", relató su encuentro, acontecido una década atrás, y expuso el impacto intelectual que le produjo la lectura de la obra de ambos. A medida que avanzaba en las páginas, decía, "marchábamos de sorpresa en sorpresa: era una revelación para nosotros". En especial le impactó la concepción evolucionista de la historia considerada como "fenómeno natural"; éste era el elemento central y punto de partida –según el discípulo galo-, para que Comte llegara a la filosofía positiva después de demostrar la superación de la teología y la metafísica. Si se partía de la concepción de la historia como "fenómeno natural" (los únicos fenómenos que el positivismo acepta que se pueden conocer) que dependía "de una materia y de una fuerza", entonces:

[...] en la historia, la materia, el *substratum*, es el género humano dividido en sociedades; la fuerza está representada por las actitudes que son inherentes a las sociedades y cuyo fundamento es la condición de que las nociones científicas son acumulables. En tanto que eso no sea reconocido –continuaba Littré-, la historia no aparece como un fenómeno natural; se conoce el *substratum*, que es el género humano, y no se conoce la fuerza que hace la evolución: entonces la concepción de la historia es teológica, si se la cree regida por voluntades sobrenaturales, o es metafísica si se admiten para explicarla principios a priori, tomados, no en las cosas, sino en las vistas del espíritu[543].

Este había sido el problema central de la historia que Comte desentrañó para elaborar las "leyes sociológicas" y luego trazar "el cuadro de la evolución social". La segunda noción positivista que impactó al chileno fue la de "descubrimientos" en el campo de la historia. Littré sostenía que éstos eran "las explicaciones que demuestran *la correlación de los regímenes sociales con el estado mental y el encadenamiento de esos regímenes*". De esa manera –sostenía

---

543 La cita de Littré en: LASTARRIA, 1968, pág. 228. Cursivas en el original.

Littré-, la obra de Comte era un perpetuo descubrimiento que encontraba la coherencia entre el "estado mental" de una sociedad y el hallazgo de las conexiones "entre lo que precede y lo que sigue"[544].

Al respecto Lastarria emulaba su propio intento de fundar la "filosofía de la historia" en América, un continente "de bosques virginales y sin bibliotecas", con la obra de Comte. Con esta imitación abría paso por primera vez a la superación no sólo de la influencia intelectual de Bello, sino también a la superación de la ilustración en la cultura y la producción intelectual locales. Para él la consideración de la historia como un fenómeno natural superaba las concepciones "teológicas" de Herder (de cuyo legado había asumido el evolucionismo histórico) y Vico y la "metafísica de los filósofos alemanes" (con seguridad se refería a Kant). Así, se podía fundar una concepción científica de la sociedad a través del establecimiento de "leyes sociológicas", "para descubrir la correlación de los sucesos con el estado mental de su época respectiva, y su encadenamiento entre sí", consciente que esto lo hacía 28 años después de que estas premisas habían sido formuladas en Europa[545]. Lastarria, al revés del ser mitológico, primero encadenado (muchas veces), descubría, después de mucho buscarlo, el fuego sagrado. Ahora sólo le restaba llevarlo a sus congéneres.

En el desarrollo de su discurso ante el renacido Círculo, Lastarria continuaba con su concepción de literatura como arte pero "sobre la base democrática de la emancipación del espíritu". Esta idea, de fuerte base liberal, se preocupaba de separarla de la vieja disputa entre clásicos y románticos que había confrontado a los escritores galos de 1830 y que, doce años después, había tenido resonancia en el naciente medio intelectual chileno. El arte tenía como "ley fundamental" la verdad; cuando alcanzaba la verdad sólo lo hacía permitido por la libertad del espíritu, libre de convenciones, de las preocupaciones de la sociedad e incluso de las reglas dictadas por las escuelas. El arte, más allá de la revelación de lo bello, característico de quienes buscaban el arte por el arte, era "un elemento poderoso de progreso social, porque es la forma de lo útil, de lo justo y lo verdadero". Y para afirmar sus asertos nuestro orador citaba a Víctor Hugo:

---

544 Ibid. Cursivas en el original.

545 El chileno sostenía que partiendo de la misma concepción para "formular una doctrina semejante" había escrito cinco obras históricas que ya tenían alguna notoriedad en América, y de las cuales algunas eran "conocidas en Europa". LASTARRIA, 1968, pág. 229.

En el punto a que la cuestión social ha llegado, todo debe ser acción común. Las fuerzas aisladas se anulan, lo ideal y lo real deben ser solidarios. El arte debe ayudar a la ciencia. Estas dos ruedas del progreso deben rodar juntas... El pensamiento es poder. Todo poder es deber [...] la caravana humana, gracias a 1789, ha llegado a una elevada altiplanicie y siendo más basto el horizonte, el arte tiene más que hacer. Eso es todo. A todo ensanche de horizonte corresponde una dilatación de la conciencia[546].

Lastarria planteaba que el arte era necesario tanto para las obras científicas como para las filosóficas. Debía tener un criterio que "sólo debe buscarse en la verdad positiva" y para ello era necesario clasificar las obras literarias, pero no por su "forma artística" sino por una regla "científica" que estableciera "el criterio común que debe guiarnos en la composición y en la crítica de las obras literarias" que las guíe a la "verdad positiva". Esta clasificación, basada en la "naturaleza de la composición", dividía a los textos en "científicos": aquellos que investigan las "leyes positivas del universo"; los "sociológicos": que tenían por objeto la actividad humana, y la "facultad y los móviles de la actividad del individuo, las leyes de sus relaciones, de su desarrollo en la historia en la actualidad y en el porvenir, las condiciones generales del universo moral"; los "exegéticos" aquellos de "simple exposición", ya fuera científica o sociológica, estaban destinados a divulgar los resultados de la investigación filosófica en las "ciencias exactas y en la ciencia social"; y, finalmente, los "plásticos", aquellos que "pintan un cuadro de la naturaleza física o moral" y que "traducían" un sentimiento o una impresión de una escena de la vida, un drama o un suceso de manera que aparecía "un cuadro completo de una situación"[547]. Para Lastarria el arte es común a todas estas clasificaciones pues sin él no podía haber obra literaria de ningún tipo (incluidas las comunicaciones científicas), puesto que "entre la filosofía y el arte hay una estrechísima conexión". Esta conexión se mantenía en el objetivo de la búsqueda de la verdad que debía hacerse de un "modo positivo" y acá aplicaba la "ley de los tres estados" comteana:

Luego es necesario que el espíritu investigue la verdad de un modo positivo, no conducido por un modo de pensar teológico, que parte de dogmas impuestos, de verdades absolutas no probadas; ni guiado por un modo de pensar metafísico, que procede dando realidad a entidades abstractas, imaginarias, que ningún fundamento tienen en la naturaleza; ni tampoco partiendo de un principio arbitrario, no probado, como el de aquellos filósofos que arman su sistema sobre la falsa suposición de que el progreso humano es una evolución necesaria y fatal

546 Víctor Hugo citado en: LASTARRIA, 1968, págs. 370-371.

547 LASTARRIA, 1968, págs. 371-372.

de la naturaleza de la humanidad, en que no tiene participación la libertad; o el de los que admiten la idea de que cada generación tiene una especialidad innata y que está destinada por la divinidad a ensanchar su vida física y moral, como Virgilio, que construye su *Eneida* atribuyendo al desarrollo latino un carácter providencial[548].

Así criticaba los aspectos utópicos del liberalismo y aunque nuestro autor no citaba a Comte, ni a ninguno de sus discípulos franceses, el positivismo implícito en su discurso entregaba orientaciones para escribir cualesquiera de los tipos de textos incluidos en la clasificación para que llegaran a la "verdad positiva". Así, los textos artísticos debían rebelar y manifestar la verdad de una manera positiva; la "regla de composición y crítica" de las obras científicas debía "apoyar la investigación filosófica o el razonamiento sobre pruebas positivas, y no sobre pruebas negativas, o en una demostración de imposibilidad, que puede ser defectuosa"; asimismo en los textos sociológicos "no se deben tomar por base del razonamiento sino los hechos fundados en la naturaleza humana y revelados por todas las manifestaciones de esta naturaleza" y sentenciaba:

Del conocimiento de estas leyes de la humanidad arranca el criterio de las obras de la ciencia social, de modo que la que no se ajuste a tal criterio es una obra falsa, errónea, contraria a la naturaleza humana; porque si el razonamiento no toma por base esas leyes positivas, ataca la perfección del hombre o desconoce su libertad[549].

Los mismo ocurría con la regla para realizar obras exegéticas o plásticas: "si el escrito de exposición o generalización es científico o si la obra plástica es un cuadro de la naturaleza física, su criterio está en los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia"; si se trataba de un tema de la ciencia social o si la obra plástica era una pintura de un "sentimiento o una escena de la vida", su criterio estaba en los "hechos de la naturaleza humana" pero evitando el error, la duda o la confusión sobre la "perfección o la libertad del hombre". Esto último establecía las bases para una "literatura progresiva", es decir, una que correspondiera a la "verdadera idea del progreso positivo de la humanidad", en que cada generación era responsable de sus hechos y tenía el deber de completar "la experiencia de las generaciones anteriores" de manera que la sociedad se volvía un todo orgánico que unía a sus miembros en el tiempo. Así, la literatura tenía la responsabilidad de "corregir y completar la experiencia pasada", para lo cual debía tener un criterio positivo para guiar la "investigación" y la "rectificación" de las

548 LASTARRIA, 1968, págs. 372.

549 LASTARRIA, 1968, págs. 373.

"leyes del universo" y las "leyes de la humanidad"[550]. El centro de la preocupación artística para Lastarria lo ocupaba la literatura que tenía como objeto el progreso moral a través de la búsqueda de la "verdad positiva"; por ello, ni la "imaginación" ni el "sentimiento" debían estar condenados a cantar y a divinizar la "mentira" o el "error envejecido", por lo que:

En la verdad hay más poesía que en la mentira, y una ilusión embellecida por el arte no tiene más valor que las candilejas de un fuego fatuo que se disipa cuando nos acercamos. Precisamente las obras de la imaginación son las que más necesitan de una investigación filosófica vigorosa, para hallar la verdad y representarla, porque de otra manera no viven ni marchan con la humanidad; y si el poder de sus encantos o de sus detalles tiene mérito para perpetuarlas como una curiosidad artística, pero estacionaria, es porque en sus proposiciones hay una verdad muerta, como la de una momia de Egipto[551].

Lastarria sostenía –citando a un "escritor" que no hemos podido identificar- que la poesía, la ciencia y la sociología sólo serían "progresivas" si tenían como sujeto a la "humanidad viviente", por objeto a su "emancipación" y por medio "la crítica independiente". Esta crítica debía estar sometida sólo a la "autoridad de los hechos" ajustándose a "las leyes de la humanidad", para seguir sus dinámicas concretas de su progreso y porvenir "por medio de la revelación de las leyes positivas que a él encaminan"[552].

En su discurso Lastarria iba más allá que hacer una adaptación de las teorías positivistas a la literatura chilena y americana. Su punto de partida era que ésta debía ser "progresiva y democrática" y construirse alejada de la "literatura anarquizada de la Francia" que estaba envuelta en tradiciones "viejas y antisociales". Pero reconocía que ningún escritor del continente estaba en condiciones de presentar ideas precisas acerca del "progreso moral", ni principios positivos a los que ajustar "los arreglos sociales", ni guía para que el "espíritu debe formar sobre los hechos de la vida práctica". Así, criticaba a los que habían seguido la "escuela metafísica francesa, presentándonos entidades y ficciones en vez de nociones prácticas y claras"; otros habían tratado de unir esas aspiraciones con los dogmas teológicos o con las "doctrinas de transacción inventadas por los filósofos eclécticos del justo medio y por los publicistas parlamentarios que han creído hallar en la monarquía constitucional la última

---

550 LASTARRIA, 1968, págs. 373 y 374.

551 Ibid.

552 LASTARRIA, 1968, pág. 374.

expresión del progreso". Así la reflexión de Lastarria se fundamenta en un dogma político democrático desde el cual criticaba las tentaciones autoritarias a las que sucumbían:

[...] los escritores positivos que hallan la fórmula del progreso en el desarrollo material, y los que la encuentran en el predominio del principio de autoridad, o que la buscan en la alianza del orden con la libertad, mediante una autoridad fuerte que se constituya en el médico del enfermo que se llama pueblo, para ir administrándole la libertad por dosis, por gotas; o que se constituya en el tutor del menor que se llama sociedad, para concederle los derechos poco a poco, para hacerle concesiones que aquella autoridad sola sabe medir, que ella sola sabe hacer con oportunidad[553].

La reflexión que hace acá nuestro autor es bastante compleja; no sólo se alejaba de las fórmula política del despotismo ilustrado y del "portalianismo" que, como hemos visto, constituían el núcleo central de la acción del Estado chileno, de gobernar a nombre del pueblo y de implementar en forma parcial y paulatina algunas reformas liberalizantes; también criticaba al mismo fundador del positivismo y las derivaciones políticas de sus propuestas como a los seguidores latinoamericanos que trataban de matizarlas inyectándole elementos provenientes del liberalismo[554]. También se mostraba como un seguidor heterodoxo en relación con otros

---

553 LASTARRIA, 1968, págs. 375.

554 No hemos podido comprobar si en esta fecha había algún tipo de contacto entre Lastarria y el positivista mexicano Gabino Barreda. Éste había traducido la consigna comteana "amor, orden y progreso" por "libertad, orden y progreso"; más allá de esto, lo que el chileno parece criticar es una actitud común de algunos intelectuales ante la adaptación del positivismo a la realidad continental El médico Gabino Barreda era de la misma generación de intelectuales positivistas latinoamericanos; había nacido en Puebla, en 1818 y murió en París en 1881. Estudió en el Colegio de San Ildefonso, continuó con Leyes, pero las abandonó por las ciencias naturales y la química; luego estudió en la capital francesa entre 1847 y 1851; allí conoció a Comte y asistió al *Cours*. Fue el introductor del positivismo en su país después del triunfo de Juárez sobre las tropas francesas y los conservadores locales cuando, en 1867, pronunció un discurso en la ciudad de Guanajuato. En esta alocución, conocida como *Oración Cívica*, interpretaba la historia de México siguiendo la "ley de los tres estados". Hasta donde conocemos, los contactos más directos entre los chilenos de la Sociedad Unión Americana y los liberales mexicanos que luchaban contra la invasión francesa datan de

positivistas que habían adherido ardientemente a una justicia indefinida y proclamado principios nuevos "sin demostrar su verdad"; criticaba a los que, entre estos, habían comprendido que el "modo de pensar teológico" no podía otorgar criterios morales ni de "cuestiones sociales" en la época moderna, que habían rechazado dogmáticamente la religión y las cuestiones de fe; y, finalmente, se mostraba partícipe de un laicismo que no era enemigo de la Iglesia. Más adelante abundaremos en este último aspecto.

En resumen, el discurso de Lastarria ante el Círculo es, más que un manifiesto intelectual, un tratado sobre la sociología y la ciencia, sobre el arte y la literatura, sus motivaciones, sus pulsiones, guías y su "ley fundamental". A la vez, es una propuesta en la que adaptaba el positivismo a la realidad chilena y a sus propias convicciones políticas; por lo tanto su autor se demuestra como un intelectual profundamente heterodoxo, donde unía eclécticamente sus convicciones liberales democráticas con los postulados comteanos. Su autor adaptaba críticamente la obra de Comte a los objetivos de su proyecto artístico e intelectual poniendo como condición para lograr el conocimiento de la "verdad positiva" la "libertad espiritual" o la "independencia del espíritu". Todas estas disciplinas debían servir a la emancipación humana, a su progreso y su porvenir "revelando" sus "leyes positivas". De esta manera, llamaba a sus compañeros a construir sobre estos fundamentos la "literatura progresiva" de un pueblo democrático. Este era mucho más que un proyecto literario, que se extendía a lograr las bases para una cierta arquitectura social que guiara su reforma; así, finalizaba su discurso combinando el liberalismo y el positivismo: "¡Emancipación del espíritu: verdad positiva! ¡He ahí la señal de la victoria! [...] Construir el pueblo. Construirlo en el progreso. ¡Construirlo por la luz!"[555].

3.3.5.- EL CLUB DE LA REFORMA

El Club de la Reforma fue una organización donde la cultura liberal, pero fundamentalmente la política, se siguió expandiendo, ahora consolidada como la ideología de una elite. Surgió en los últimos años del decenio de Pérez, compuesta por nacionales o monttvaristas, radicales y distintos grupos liberales. No era precisamente un nuevo partido político aunque sus integrantes lo denominaron como "partido de la reforma", estaba más bien

---

un año antes de la victoria (alrededor de 1866) y son esporádicos e indirectos, a raíz de la ayuda enviada a las "víctimas de la guerra". Véase: SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA, 1866.

555 LASTARRIA, 1968, pág. 376.

articulado en torno a personas como lo estaban incluso los partidos formalmente constituidos como tales[556].

Las organizaciones y personajes que le dieron vida, lo hicieron convocados por un balance crítico hacia la política que se articulaba en torno a la persona del Presidente de la República y el régimen que éste había impuesto. Justo Artegaga opinaba así: "pocos gobernantes han impuesto su sello de la manera que el Presidente a un gobierno, a una política a una fracción casi a una época. [...] ni entusiasmo, ni creencias fuertes, ni convicciones activas; una suprema tolerancia nacida de una indiferencia aún más suprema". Por su parte, Lastarria, que había sido ministro de Pérez, afirmó que la táctica política de éste "era mantener en su gabinete una prenda del pasado y servir en apariencias a la libertad, a la reforma política, dar rienda suelta a los que aspiran a este fin y luego que se llega a la realización oponer un ligero embarazo que trastorna todos los planes". Era una manifestación del cansancio del liberalismo frente a la lentitud para desarmar los nudos autoritarios en el Estado portaliano, los que habían producido las revoluciones de 1851 y 1859 y ante las cuales los cambios que había hecho el mandatario, llamando a la oposición fusionista, se habían demostrados insuficientes, ya fuera por la naturaleza de la alianza, ya por la inoperancia de Pérez[557]. Para Lastarria el partido de la reforma debía ser "un partido nuevo,

La influencia del Club de la Reforma se dejó sentir sobre la composición de los Congresos de 1870 a 1888-90; en los que "se desarrolla un *ethos* republicano elocuente, para el cual el valor supremo es la libertad"[558]. En estos congresos la agenda política principal estaba compuesta por las "leyes laicas" y las restricciones al poder presidencial, es decir, por las principales reivindicaciones políticas liberales.

---

556 Era un lugar común en la época resaltar que las organizaciones políticas chilenas estaban articuladas en torno a liderazgos carismáticos más que a programas claramente definidos; en este balance coinciden las opiniones de un político de la época como el liberal Domingo Santa María y un historiador conservador posterior como Edwards. Véase: Carta de Domingo Santa María a Miguel Luis Amunátegui, 29 de enero de 1865", en: EPISTOLARIO AMUNÁTEGUI. 1946, pág. 96. Cfr. EDWARDS, 1973, págs. 9-14.

557 ARTEAGA, 1868. LASTARRIA, OC. Vol. V, pág. 443.

558 GÓNGORA, 1986, pág. 50.

Aparte de los cambios operados por el sistema político y desde el gobierno ¿Cómo habían ganado esa legitimidad y fuerza la cultura y la política liberales?, ¿De qué manera, después de las sucesivas derrotas, el liberalismo había ganado espacio al ultramontanismo que "campeó" en Chile durante tres décadas?. Para responder a estas preguntas hay que analizar la generación de jóvenes políticos que sustentaban estas luchas. Salvo uno, todos eran egresados del Instituto Nacional y la Universidad de Chile y entre ellos estaban Benjamín Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, Diego Barros Arana, José Francisco Vergara, Vicente Reyes, Antonio Varas, Isidoro Errázuriz, Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda. Todos, un poco antes un poco después, habían hecho su vida estudiantil entre la fundación de la Universidad, en 1843, y el motín de abril de 1851 y ambos sucesos los habían marcado profundamente en su formación cultural e intelectual[559]. La composición de este grupo no es casual ; primero, es una generación de recambio en relación con la que había iniciado el proceso cultural independiente (la de Lastarria, Juan Bello y Sanfuentes); por lo tanto entraron a la vida política y a su desarrollo intelectual en un campo que ya había sido desbrozado y donde era más fácil sembrar; segundo, hay en este grupo tres historiadores que fueron influenciados o participaron de los debates cuando llegó el positivismo: Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna; dos futuros presidentes de la República: Santa María y Balmaceda; todos los demás, incluidos los nombrados, fungieron en la vida pública como ministros, diputados o senadores liberales.

En todas las sociedades y grupos de la época la influencia del liberalismo se instituyó como una cultura de una fracción de la elite oligárquica; tanto así, que llegó a influir a un sector del Partido Conservador, distante del ultramontanismo del grupo clerical que cerraba filas en torno al Arzobispo Valdivieso y los prelados Joaquín Larraín y José Hipólito Salas. Este grupo conservador-liberal estaba liderado intelectualmente por Abdón Cifuentes, Manuel José Irarrázaval y Carlos Walker Martínez[560].

---

559 Por ejemplo, Barros Arana había nacido en 1830 y para el acto inaugural de la Universidad era un joven institutano de 13 años; Isidoro Errázuriz había nacido en 1835 y para 1851, cuando fue expulsado del Instituto tenía 16 años. Barros Arana en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 23; DONOSO en: ERRÁZURIZ, 1935, pág. VIII.

560 Es curiosa la evolución política e intelectual de Abdón Cifuentes Espinoza. Pese a su militancia conservadora y su sistemática defensa de la religión y la tradición, no era un oligarca de "tomo y lomo"; estudió en el Instituto y la Universidad donde se recibió de abogado en 1861. Fue profesor del Colegio de San Luis y el Instituto y en 1882 se le

3.4.- LA CONFORMACIÓN EN CHILE DE UN POSITIVISMO LATINOAMERICANO

Hemos propuesto que hubo un positivismo que denominamos "latinoamericano" y que entendemos como el conjunto de ideas que, con un substrato teórico otorgado fundamentalmente por el discurso filosófico del positivismo (las ideas de Comte y sus seguidores directos: Littré, Mill, Spencer y Laffite), se propagaron por el continente a partir de la segunda parte del siglo XIX y dominaron sin contrapeso real hasta el cambio de siglo. En Chile, al igual que en el resto del continente, la recepción del positivismo se realizó instalándose en gobiernos republicanos en que la cultura ilustrada y liberal se había abierto dificultosamente un espacio desde fines del siglo XVIII y principios del XIX. ¿Cuáles fueron las dinámicas que adquirió el proceso de recepción-apropiación-aplicación de estas ideas en Chile?, ¿Cómo se articuló el discurso filosófico del positivismo con el proceso político y cultural chileno?, ¿Quiénes fueron los intelectuales o científicos que siguieron las ideas positivistas?, ¿Por qué razón en este país se reprodujeron las dos tendencias intelectuales en que derivó el pensamiento de Comte en la segunda mitad del siglo XIX?.

Pese a que en Chile el positivismo fue recepcionado entre los grupos liberales y se expandió rápidamente, debió compartir la escena cultural y la lucha por la hegemonía intelectual con otras ofertas ideológicas y disciplinarias. Este acápite esta destinado a analizar el desarrollo de estas ideas en algunos de sus ámbitos: el cultural, el social, el político y el científico. La recepción, reproducción y reelaboración del positivismo en Chile tuvo, desde el principio, el desarrollo de sus dos vertientes, una heterodoxa y ecléctica, más preocupada por la cientifización de la sociedad y de la política, y otra doctrinaria u ortodoxa que cultivó la religión de la humanidad. Al primero lo denominaremos "heterodoxo", o "científico" y al segundo

---

nombró miembro de la Facultad de Filosofía y Letras. De ahí emigró para fundar la Universidad Católica en 1889 y ejercer la cátedra de Derecho Constitucional hasta 1920. Virgilio Figueroa lo destacó así: "Sobrevivió como profesor, como periodista, como político, orador, jurisconsulto, internacionalista, como hombre de fe y como cruzado, en fin, del talento, de la defensa de la Iglesia, y del bien social y público"; aunque la descripción de este biógrafo puede ser exacta es, en sí, errática, pues dice que "no obstante en espíritu era moderno... sus ideas [eran] netamente conservadoras y ultramontanas. FIGUEROA, 1928, II, p. 403.

"ortodoxo" o "religioso" [561] . El positivismo heterodoxo se desarrolló primero en las organizaciones independientes como el Círculo de Amigos de las Letras y el Círculo positivista sus miembros, que habían sido formados o pertenecían a instituciones formales como la Universidad y el Instituto comenzaron a preparar la entrada de estas nueva ideas a esos espacios. El positivismo ortodoxo, en cambio, se reprodujo preferentemente en espacios sociales independientes, como el Círculo Positivista, la Sociedad de la Ilustración, las logias masónicas y el Partido Radical. Esto no quiere decir que entre una y otra vertiente del positivismo no haya habido contactos, o que heterodoxos y ortodoxos no hayan convergido en espacios institucionales. En este aspecto, el desarrollo histórico del positivismo chileno se asemeja al brasileño; en ambos países parece deberse a la presencia de Estados consolidados, donde las fuerzas políticas conservadoras habían modelado sus principales instituciones, pero en los que la política y la cultura liberales ganaban espacios dificultosa y paulatinamente. En ambos, la recepción y expansión del positivismo parece seguir los mismos cauces: el positivismo heterodoxo anidó en las instituciones educacionales y el religioso privilegió la acción personal de "agentes" que viajaron a Francia a instruirse en los círculos intelectuales y religiosos fundados por Comte y mantenido por sus seguidores. Así, lo normal sería que el estudio de este segundo grupo se hubiera abordado desde la biografía, sólo que la historiografía chilena, como lo hemos señalado, no se ha preocupado del positivismo en ninguna de sus versiones.

3.4.1.- EL CÍRCULO POSITIVISTA

El Círculo Positivista, la primera organización "doctrinaria" dedicada exclusivamente al cultivo de las ideas de Comte en Chile, surgió alrededor de 1872. No hay mayores antecedentes de ella, por lo efímera que fue y porque sus protagonistas callaron su participación en él; pero sabemos que allí convergieron los primeros lectores de la obra de Comte entre los que estaban además de Lastarria, Juan Serapio Lois, Jorge Lagarrigue y un joven recién egresado de la Universidad como abogado, Valentín Letelier; entre otros que no hemos podido identificar. Al igual que Lastarria, los demás integrantes del círculo conocieron el positivismo no por la lectura

---

561 Hay un cierto consenso en llamar "heterodoxo" al positivismo que se basó en la lectura del "primer Comte", es decir la parte científica del *Curso de filosofía positiva* de 1844, en contraposición al "segundo Comte", o, más bien la segunda parte de su obra las *Lecciones de política positiva*, a cuyos seguidores se les llama positivistas ortodoxos. Un ejemplo de ello es el trabajo de Allen Woll, "Positivism and History in nineteenth-century Chile: José V. Lastarria and V. Letelier", *Journal of History of Ideas*, 1976.

directa del *Curso* de Comte, ni por otras de sus obras posteriores, sino fundamentalmente por su ex discípulo y revisionista de sus ideas, Emill Littré. Éste, en su libro, lo hemos visto en la introducción, aparte de entregar una biografía de Comte, señalaba sus distancias con la teoría de su maestro y anotaba las deficiencias del *Curso*, sin dejar de adherir al conjunto de la doctrina.

No conocemos los detalles de la participación específica de Lastarria en la organización pues se retiró del grupo para ampliar su radio de acción hacía lo que era su pasión, la literatura, y fundar la Academia de las Bellas Letras; sin embargo mantuvo los contactos con el Círculo. Como lo anunciábamos, sus ideas distaban mucho de estar de acuerdo con la parte dogmática del comtismo; es más, Lastarria era un liberal típico de la primera mitad del siglo XIX, agnóstico, no anticlerical como los liberales de la segunda mitad. Así, en la última parte de su discurso pronunciado para la refundación del Círculo de Amigos de las Letras, unos tres años antes, había criticado a quienes:

[...] se han ensañado contra los dogmas religiosos y tratado de destruir el sentimiento religioso sin darse cuenta de que la religión puede existir sin que sea necesario, para su existencia, que las cuestiones políticas y morales, que las ciencias las artes y la enseñanza social, que la industria y el comercio sean regidos y encaminados por las ideas teológicas: el sentimiento religioso y la idea fundamental de la religión constituyen una de las esferas de la actividad del espíritu, que no puede aniquilarse; y que el progreso moral tiende a que ella no domine a las demás ideas fundamentales, a que ella no aspire a tomar la dirección completa del hombre y la sociedad, no por ello debe negarse su libertad, esto es, su derecho a constituirse y desarrollarse, como todos los demás fines de la humanidad[562].

El ideario lastarriano en torno a la religión era más bien de un laicismo republicano, liberal y moderado que se expresaba en la valoración que hacía de la acción de la Iglesia católica como una organización moralizante y que aportaba a la integración social. Esto no quería decir que fuera religioso ni partidario de las políticas eclesiásticas de ese momento; por el contrario, era un fuerte crítico de "Las erróneas pretensiones de éstos y aquellos", es decir, los liberales anticlericales y los católicos ultramontanos, que "no han contribuido poco a sublevar los intereses religiosos contra el progreso moral, y a extraviar a los hombres religiosos en una lucha en que la religión deja de ser la unión del alma con Dios, para ser una cuestión de intereses temporales"[563]. Esto último lo ubicaba

562 LASTARRIA, 1968, pág. 376.

563 Ibid.

además como un *outsider*, un alternativo respecto del sistema político vigente, a la orientación religiosa de los partidos y de la Iglesia.

La lectura no fue la única actividad del Círculo. A la retirada de Lastarria, el integrante de más peso intelectual (tenía entonces 56 años), le siguió la del joven Letelier que viajó a Copiapó a hacerse cargo de un curso en el Liceo. Con esto, el liderazgo del grupo recayó en Jorge Lagarrigue; éste joven (tenía entonces unos 18 años), había egresado del Instituto Nacional. En esa institución se había acercado a las "ciencias inorgánicas", a las "ciencias de la vida" y a las ideas sociológicas. Producto de esto, abandonó paulatinamente el catolicismo y abrazó el conocimiento científico; pero esto le dejó un vacío espiritual: "estábamos en la duda –diría años después-, en la irresolución, sin concepción alguna del mundo ni de la Humanidad". Para llenar su angustia se sumergió en obras, fuera de las teológicas, que le permitieran llegar a una explicación del mundo: "recorrimos así muchos libros metafísicos, materialistas y darwinistas, sin que ninguno diese a nuestro espíritu una concepción completa: definitiva". Hasta que, a principios de 1874, leyó los dos primeros capítulos del *Curso de filosofía positiva*:

[...] bastaron para comunicar a nuestro espíritu una fe inquebrantable. La clasificación de las ciencias, comprobando el encadenamiento real de los fenómenos y dando a todas nuestras teorías un lazo sólido, arrojó una viva luz sobre nuestra concepción del mundo. La ley de los tres estados, explicándonos el pasado, el presente y el porvenir, nos dio a conocer la marcha de la evolución humana y los medios de favorecerla. Vimos que apoyándonos en el pasado podíamos influir en el presente para preparar el porvenir, y que se encontraba señalado el objeto de nuestra existencia individual y pasajera por el servicio de esta existencia colectiva y permanente que llamamos Humanidad[564].

Al año siguiente el converso a la nueva "doctrina" de la ciencia, tradujo y publicó en un folleto las dos primeras lecciones del *Curso* y el "prefacio de un discípulo" con que Littré prologó la segunda edición. El folleto salió en 1875 con el título de *Principios de filosofía*

---

564 LAGARRIGUE, 1879, pág. 232. En este relato, hecho cuando ya era un converso a la Religión de la Humanidad y su más destacado apóstol, Jorge omite intencionadamente la presencia de Lastarria en el Instituto, así como su participación en el Círculo Positivista; aunque más adelante le fue imposible desconocer que antes que él, "un hombre muy distinguido... había sostenido las doctrinas positivistas". De hecho, Jorge Lagarrigue fue iluminado por el descubrimiento de Comte, el mismo año que el profesor del Instituto publicaba sus *Lecciones de política positiva*.

positiva (Santiago, Imprenta de El Mercurio) y estaba dedicado a la Academia de las Bellas Letras, cuyo manifiesto inicial reprodujo en sus páginas. Además, el prólogo señalaba su carácter introductorio al positivismo. Si bien la traducción había corrido por cuenta de Jorge Lagarrigue, la publicación era fruto de un trabajo colectivo. Un pequeño preámbulo se permitió puntualizar el valor de la nueva filosofía:

Ella satisface a la inteligencia, haciéndola comprender sus límites y abriéndole horizontes vastos y desconocidos. El corazón también se inflama de ardor y de entusiasmo al sentirse impulsado por este nuevo y hermoso sentimiento moral que impone como un deber el servir a la humanidad[565].

Así, el prologuista explicaba los contenidos emotivos que lo separaron tempranamente de los positivistas heterodoxos. Esta primera edición de la obra de Comte en Chile recibió una dura crítica no sólo de los "teólogos", sino también de comentaristas liberales como Eduardo de la Barra que "reprochaba al positivismo al ahogar el sentimiento y la inspiración"[566]. En ese momento Jorge desconocía por completo que había sucedido con los seguidores de Comte en Francia y se ceñía al testimonio de Littré, quien sostenía que su maestro había cambiado de método al final de su vida y se había vuelto místico y que esto se debía a su enfermedad mental. La angustia invadió nuevamente el corazón del discípulo chileno y para expiarla hizo a fines de ese año una peregrinación a la "Meca" de la "nueva filosofía" a buscar las explicaciones que Littré no le entregaban los libros, de su propia boca[567].

Desde su fundación, el Círculo logró sobrevivir unos cinco años y tuvo un nutrido contacto intelectual con la tercera organización cultural formada por Lastarria: la Academia de las Bellas Letras.

3.5.- CONSERVADORES Y LIBERALES EN UNA NUEVA OFENSIVA CULTURAL

En el plano internacional, durante la década de 1870 el conservadurismo retomó aliento después de las derrotas sufridas en suelo americano. La Iglesia Católica, también había sufrido un duro revés con la promulgación de las leyes de reforma impulsadas en 1857 y 1859 por

565 Citado en: GALDAMEZ, 1933, pág. 35.

566 Eduardo de la Barra

567 J. LAGARRIGUE, 1879, pág. 233.

Lerdo de Tejada en México; éstas formaron un Estado laico y confiscaron los bienes eclesiásticos en la nación más católica de América. La contraofensiva eclesiástica siguió recorriendo mucho camino: en 1864 el papa Pío IX, en su decimoctavo año de pontificado, promulgó la *Encíclica Quanta Cura* que llevaba anexado el *Sillabus*, documento que contenía una fuerte condena a las ideas liberales. En 1865 en el Consistorio celebrado el 25 de septiembre promulgó una condena a la masonería en estos términos:

Entre las numerosas maquinaciones y medios de que los enemigos del nombre cristiano se valen para atacar a la Iglesia de Dios, y han ensayado, aunque es vano, para abatirla y destruirla, ha de contarse sin dura alguna aquella perversa sociedad llamada vulgarmente masonería[568].

Cinco años después de *Quanta Cura*, el Concilio Vaticano I declaró como dogmas de la Iglesia los contenidos del *Sillabus*, proclamando de paso la infalibilidad del Sumo Pontífice. Esta nueva verdad divina, proclamada por la Iglesia *urbi et orbi* constituía para los liberales "un reto a la ciencia, la razón y la libertad" y para los conservadores un nuevo aliento en su lucha contra el avance de la impiedad[569].

En Chile, a medida que José Joaquín Pérez finalizaba su segundo período (1866-1871), se avizoraban síntomas de una nueva crisis política. El cambio fundamental de su gobierno había sido el de suprimir la reelección automática del Presidente y con eso se creía conjurado todos los fantasmas de enfrentamientos políticos anteriores. Pero la extraña mezcla de liberales y de conservadores ultramontanos en el gabinete, lejos de garantizar el triunfo político de los primeros, detuvo el avance de las políticas modernizadoras. La existencia de una fuerte oposición proveniente de la izquierda del sistema político, los radicales, cobraba sus frutos en desmedro del gobierno. Liberales de izquierda, e independientes, como Lastarria guardaban severas críticas y distancias respecto de los logros de la connivencia política, sobre todo por los resultados en las áreas de educación y cultura donde, hemos visto había centrado sus esfuerzos y proyectos políticos.

Pero los conservadores pusieron en marcha una estrategia global de oposición a todo indicio de liberalismo en la sociedad chilena. Para ello movieron todos sus resortes en especial

---

568 Citado en: PINTO LAGARRIGUE, 1966, págs. 110-111.

569 Ibid.

La Revista católica que en junio de 1871 informaba sobre la decisión de excomulgar a los magistrados de la Corte Suprema porque no se sometían a la soberanía de la Iglesia romana:

Tanto más evidente ante el catolicismo es la superioridad de los cánones sobre la leyes civiles, cuanto que la Iglesia, en el desempeño de su divina misión, tiene autoridad para reprobar o condenar la leyes civiles que juzgue contrarias, sea a los dogmas, sea a la moral, sea simplemente a la disciplina canónica[570].

Esta medida se basaba en la aplicación del *Sillabus*, que desde el Concilio Vaticano I por medio de la Bula *Apostolicae Sedis* había decretado la excomunión mayor a quienes superpusieran el derecho civil sobre los cánones eclesiásticos en estos términos:

Por tanto declaramos sujetos a excomunión *latae sententiae* especialmente reservada al Romano Pontífice a los siguientes: VI Los que directa o indirectamente impiden el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, sea en el foro interno, sea en el externo, y los que con ese objeto recurren al fuero secular, los que procuran sus mandamientos, los que los dictan, o los que les prestan auxilio, consejo o favor[571].

Esta situación causaba escozor entre los liberales, sobre todo cuando el gobierno de Pérez había sancionado en diciembre de 1869 una ley en que ayudaba con 20.000 pesos para gastos de viaje, a los obispos de Chile que habían ido al Concilio a promulgar esta medida, que atentaba contra la soberanía nacional a través del chantaje a la administración de la justicia[572].

Los lineamientos del Estado no cambiaron sustancialmente con la llegada de Federico Errázuriz Zañartu a la presidencia para el período 1871-1876. Durante la primera parte de su gobierno, fruto de los acuerdos políticos, fue designado Ministro de Instrucción el conservador Abdón Cifuentes. Este prohombre del catolicismo dirigió sus principales esfuerzos para imponer en su cartera la política levantada por la iglesia conciliar que proponía la "libertad de enseñanza". Esta orientación se oponía diametralmente a los lineamientos impulsados, desde el inicio de la Independencia, por el Estado chileno que contemplaban su intervención directa a través de la Superintendencia de Educación.

---

570 *La Revista Católica*, Santiago, 8-VII-1871.

571 Ibid.

572 LASTARRIA, 1968, pág, 384, nota 1.

Para llevar a cabo su estrategia Cifuentes se dirigió contra aquellos personajes "paradigmáticos" del laicismo y los encontró en la persona del historiador liberal Diego Barros Arana; éste era un anticlerical acérrimo, partidario de la ciencia y de imponer la modernidad sobre la tradición [573] . El ministro maniobró hábilmente para crear una situación de ingobernabilidad en el Instituto Nacional para sacarlo del camino y, a su vez, desprestigiar la institución símbolo de la enseñanza secundaria estatal; así aprovechó una revuelta entre los estudiantes que comenzó la noche del 13 de junio de 1872 como una "leona" (desorden) contra un inspector partidario de Cifuentes, que se calmó cuando apareció el rector debido al gran respeto y admiración que los alumnos le tenían. Pero al guardián no se le ocurrió mejor medida que reactualizar el castigo del guante (prohibido por el rector Barros Arana) situación que, lejos de apaciguar, reavivó el descontento y lo hizo extensivo a todos los estudiantes[574]. La protesta estudiantil, como muchas otras en el siglo XIX, tenía raíz en el régimen alimenticio, que el rector había tratado de mejorar solicitando al ministro un aumento del presupuesto; sin embargo, Cifuentes decidió aumentar el presupuesto para las misas y sermones. Los incidentes siguieron el sábado 15 de junio, esta vez incitados directamente por orden de la máxima autoridad educacional y protagonizado por alumnos conservadores y un inspector[575]. El rector trató de investigar el origen de los hechos pero el ministro se lo impidió y en su lugar ordenó suspender el Internado mientras el gobierno investigaba el origen de los desórdenes[576]. Aparte de la exagerada medida, el 17 de junio el Ministro ordenó la formación de una comisión que

---

573 Hemos analizado más detalladamente este episodio en: MORAGA, 2005, capítulo I.

574 "Correrías de ayer y de antes de ayer. Academia literarias del Instituto Nacional de 1876 a 1893", *Boletín del Instituto Nacional*, 28, Santiago, agosto de 1947.

575 VARIOS ALUMNOS, 1873, pág. 35. No fue este el único caso en que los profesores partidarios del conservadurismo alentaban a los alumnos a sublevarse; en el Liceo de Copiapó el presbítero Guillermo Juan Carter y su discípulo Alejandro M. Guerra, nombrado a petición de éste, profesor del Liceo por Abdón Cifuentes, se valieron de un estudiante para hacerle una "cencerrada" al rector del Liceo, el radical José Antonio Carvajal y así completar una escalada de acciones contra la educación del Estado. Véase: ROJAS CARRASCO, págs. 31-33. Un análisis detallado en: MORAGA, 2006, I.

576 BARROS ARANA, 1873, pág. 40.

trató la destitución del rector pero no lo llamó a declarar como correspondía estatutariamente[577]. Barros Arana fue despojado de gran parte de sus funciones y se le designó como "delegado de la instrucción secundaria", en su lugar colocó a Camilo E. Cobo[578]. En marzo de 1873 el ministro eliminó el cargo de delegado y traspasó sus funciones nuevamente al rector, sacando finalmente del camino al historiador. El nuevo rector se dedicó a restablecer la disciplina e implantar la libertad de enseñanza y a obedecer ciegamente los decretos con que se expulsó a varios profesores formados o contratados por el depuesto historiador[579].

3.5.1.- *LA NUEVA* REVISTA DE SANTIAGO

Más allá del plano político parlamentario, en el que se desarrolló gran parte de la batalla política entre los miembros de la coalición gobernante, la acción de Cifuentes causó alarma entre los sectores liberales cercanos a la actividad de divulgación científica e intelectual. Ahora, y era algo de que Lastarria podía vanagloriarse, había otros defensores de la cultura y de los avances del liberalismo que respondieron a la ofensiva conservadora. En junio de 1872 Fanor Velasco y Augusto Orrego Luco iniciaron la cuarta serie de la *Revista de Santiago* y ofrecieron este espacio a "todas las opiniones". Subtitulada "literatura, arte, ciencias", es quizá la primera revista publicada en Chile en que el cultivo profesional de la historia ocupó un lugar central; los "propósitos" de sus directores quedaron fijados en su primer editorial:

> [...] tenemos en la mira la satisfacción de una necesidad sentida desde hace tiempo. Los hombres de espíritu ilustrado y liberal lamentan la ausencia de una publicación que sea el reflejo de los progresos intelectuales del país. En Chile hay individuos que piensan, que estudian y que meditan, y que no pueden llevar el fruto de sus pensamientos, de sus estudios y de sus meditaciones ni a las ardientes columnas de la prensa diaria, obligada a disparar al vuelo sobre

---

577 La comisión era absolutamente desfavorable al rector; estaba formada por Ignacio Domeyko (extranjero pero de filiación conservadora), Manuel Camilo Vial, Enrique Tocornal, Francisco de Borja Solar (conservadores) y sólo le era favorable Antonio Varas (nacional). BARROS ARANA, 1873, pág. 40-42.

578 Camilo E. Cobo Gutiérrez (1837-¿?) se recibió de abogado en 1862, fue redactor de *El Mercurio*. Ministro de Hacienda en el primer gabinete de Errázuriz, de ahí pasó al rectorado, cargo que ejerció entre enero y agosto de 1872. FIGUEROA. 1929-1933, T. 2, págs. 415-416.

579 VARIOS ALUMNOS. 1873, pág. 57-69.

las cuestiones del instante, ni a las páginas naturalmente exclusivista de una prensa periódica consagrada a la propaganda y a la difusión de ideas que no todos aceptan y que no profesan todos[580].

Los "hombres de espíritu ilustrado y liberal" que escribían en ella eran Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Francisco Solano Asta-Buruaga, Eugenio María Hostos y Francisco Vidal Gormaz. La nueva etapa de la publicación tenía artículos de biografía, artes, poesía, medicina y misceláneas, una sección de reseñas titulada "Bibliografía y crónica literaria" y "actualidades nacionales": una "revista política y literaria". Tratando de evitar un "programa pomposo" la publicación se ensancharía o estrecharía según "los recursos y las circunstancias"; no renunciaban a la política, pero la "que sepa sustraerse a la impetuosidad de las pasiones para situarse en las regiones más cercanas de la observación y los principios". Colaboraban en ella algunos positivistas como el infaltable Guillermo Matta y su hermano Manuel Antonio, Abraham König, Eduardo de la Barra y otros como Demetrio Lastarria, Ricardo Palma y Gaspar Toro. La novedad la constituían las mujeres como Rosario Orrego de Uribe y Martina Barros.

Esta membresía marcó sus intereses a partir del tomo II de 1872-1873, el que incluyó una sección de sociología. En ella Martina Barros Borgoño colaboró con una traducción del "Ensayo sobre la esclavitud de la mujer" de J.S. Mill[581]. Este texto nos importa doblemente; no sólo por constituir la segunda lectura acerca de uno de los positivistas europeos más conocidos y discípulo directo de Comte, sino porque primero, hasta donde sabemos, es una de las pocas y

---

580 Los directores, "Nuestros propósitos", *Revista de Santiago*, vol. I, Santiago, VI-1872, pág. 1.

581 Martina Barros Borgoño. Nació en Santiago en 1850 en medio de una familia de intelectuales conservadores, los Barros Arana y los Barros Borgoño. Pese a esto, tanto ella como su primo, el historiador y rector del Instituto, así como su marido (se casó con el doctor Augusto Orrego Luco con quien tuvo cinco hijos) devinieron liberales. Estudió en el Colegio Inglés y la traducción del texto de Mill fue el primer trabajo con el que ingresó al mundo intelectual; luego se hizo feminista y fue una precursora del voto de la mujer dando varias conferencias sobre el tema. Viajó por Europa y recorrió Londres, Madrid, París, Montecarlo y los Estados Unidos, donde conoció y entrevistó a numerosos intelectuales de los cuales escribió y publicó en revistas chilenas. En el Club de Señoras de Santiago, organización pro sufragista, dio conferencias sobre Bacon, Shakespeare y Felipe II, durante 1919. FIGUEROA, 1931, tomo II, pág. 141-142.

tempranas lecturas (y traducción) de Mill que se haya hecho en Chile y, segundo, porque la presentación que hace la traductora destaca que éste abre las posibilidades de comprensión "científica" de la mujer, dentro del paradigma positivista, fuera de las "nebulosidades metafísicas" que llevarían a "conclusiones eternamente absurdas". Como señaló la comentarista:

Este libro es un estudio de la mujer, y un estudio hecho a la luz de la observación atenta y tranquila reflexión dista tanto de ser una apoteosis lisonjera, generoso ideal de los espíritus poéticos, como de ser la repetición de esas ideas vagas, sin sentido en la vida y en la ciencia, triste refugio de los espíritus vulgares[582].

Para Barros el estudio de la mujer no se puede hacer sin tener presente que ella, para bien o para mal, constituye un sujeto que permanentemente influye en la vida humana, no pude ser indiferente al observador, así: "colocándose, pues, bajo el punto de vista completamente personal no se puede llegar sino al error, no se consigue conocer a la mujer, ni se trabaja por mejorar su condición". Stuart Mill –sostiene Barros- estudia a la mujer desde la ciencia experimental por lo que suprime "los sentimientos y los afectos que la mujer pudiera despertarle... La realidad de la naturaleza viene a reemplazar las visiones del mundo, la verdad al capricho, la mujer al fantasma". Aclara la comentarista que el método de Mill no es nuevo, que ya había sido aplicado a algunos aspectos de la mujer, y que forma parte de un sistema de estudio general que esta vez había sido aplicado a un caso particular; el mérito de la obra del inglés era, para nuestra autora, el ser un estudio de conjunto que unifica los detalles aislados y otros no estudiados aún. Para ella la aplicación de ese método hace que se tome a la mujer como un objeto muerto "como sería apreciada una flor por un naturalista" y no abarcaría la complejidad de la mujer; sin embargo se pregunta si la adquisición de esa ciencia sería un mal y haciendo un paralelo con la medicina explica como un médico arranca de un cadáver los misterios de la naturaleza[583].

Barros es un ejemplo de la mentalidad científica y del positivismo aplicado al estudio de los fenómenos humanos. Para ella la mujer esta enferma y no necesita de un poeta que "cante a su hermosura" sino un médico que la "arranque de sus sufrimientos" y sentenciaba: "Que el médico estudie como médico". Desgraciadamente –sostiene nuestra autora- Mill no es fiel en la aplicación de su método científico y "dejándose arrastrar por raciocinios de una verdad

---

582 Martina Barros. "La esclavitud de la mujer (estudios crítico por Stuart Mill), *Revista de Santiago*, vol. II, pág. 112.

583 BARROS, pág. 112-113.

aparente" descuidó el estudio de su objeto. La mujer, para nuestra autora, vive en condición de esclavitud y Mill comete el error de pensar que, como tal, ha cobrado conciencia de su esclavitud sólo en la época presente en que "se han relajado un tanto los estrechos vínculos que en otro tiempo la ligaban". Una mirada sobre la literatura "desde que el libro aparece", le habrían permitido ver que esa queja estaba presente desde siempre y citaba textos de Lucrecia Morinella, Modesta de Pozo y Margarita de Navarra que escribieron sobre el tópico desde el siglo XVI[584].

Pero esta nueva revista que unía conocimiento, la ciencia y la literatura al igual que las anteriores etapas, no podía desvincularse de la política. La publicación de Velasco y Orrego Luco, lejos de separarse de las conductas del gobierno, inicialmente se conformó en un medio que avalaba sus tácticas de unir a liberales moderados y conservadores y al mantenimiento del *statu quo* político, por lo tanto, contribuía al alejamiento de las reformas que planteaban los liberales de izquierda más críticos a la cohabitación política. Lastarria, el eterno guardián de la independencia política de estas iniciativas culturales, que en ese momento se encontraba en Bolivia, reaccionó alarmado y exhortó a sus amigos a cambiar la línea editorial, cosa que estos hicieron al poco tiempo cuando empezaron a tratar la enseñanza en los colegios del Estado y otros tópicos de actualidad[585].

3.5.2.- LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL DE LASTARRIA: DEL LIBERALISMO AL POSITIVISMO HETERODOXO

Hemos visto que, en general, las lecturas positivistas de los intelectuales chilenos siguieron la pauta común de la de todos los latinoamericanos, es decir, leyeron a Comte varios años después de su muerte; además, recibieron las influencias de sus discípulos europeos cuando éstos ya se habían dividido claramente entre los ortodoxos seguidores de la Religión de la Humanidad, encabezados por Pierre Lafitte y los heterodoxos como los ingleses Mill y Spencer y al francés Littré. La elaboración intelectual de Lastarria, el primer introductor y expositor del positivismo heterodoxo en Chile, se separó de las tendencias conservadoras y autoritarias de su fundador galo y lo vinculó directamente al liberalismo radical o "doctrinario". Por ejemplo, definía la filosofía positiva, el punto de partida del conocimiento científico para los positivistas, así:

---

584 Ibid.

585 LASTARRIA, 1968, pág. 391.

La filosofía positiva, que es el conjunto del saber humano, esto es el estudio de las fuerzas de la materia y de las condiciones o leyes que rigen estas fuerzas, se distingue de la filosofía teológica y de la metafísica en que ella es de una misma naturaleza que las ciencias de que procede, en tanto que la teología y la metafísica son de otra naturaleza y no pueden ni guiar las ciencias ni ser guiadas por ellas. Las ciencias, la teología y la metafísica no tienen en sí una naturaleza común. Esta naturaleza no existe sino entre la filosofía positiva y las ciencias[586].

En su programa de trabajo se planteaba reconstruir la ciencia social "como la han reconstruido los angloamericanos", es decir, no era posible aceptar ciegamente las tradiciones europeas porque eso equivalía a imitar a España, la "nación que se quedó más atrás de todas las naciones cristianas". En esto era parcialmente solidario con Bello (que era claramente "hispanista"); pero el discípulo, fiel a la tradición intelectual del liberalismo doctrinario de origen francés, se separaba de su maestro, pue veía en España y su legado cultural y político, un sinónimo del "oscurantismo" de "tres siglos de dominio colonial"; sin embargo, coincidía con el venezolano en la necesidad de no copiar acríticamente el conocimiento y la ciencia que provenía del viejo continente:

[...] trasplantar a la América netamente y sin reflexión el criterio histórico, político y moral dominante en las sociedades europeas, ese criterio que podría llamarse oficial, porque no puede separarse de los principios de orden dominantes, y que de cuando se eleva sobre las preocupaciones es rechazado o condenado, o, por lo menos, desdeñado como una utopía o una herejía, es contrariar nuestra regeneración, retardarla, extraviándola de su curso natural[587].

Lo anterior se deriva de su concepción metafísica de la historia y de su posicionamiento en la historia americana. Después de la Independencia –sostiene- los países del continente que aceptaron la emancipación tienen el deber histórico de regenerar las ideas que dieron origen a la separación con la metrópoli y adaptarlas a la nueva situación. Esta es una concepción orgánica de la historia. En el planteamiento lastarriano las sociedades tienen un pasado, un presente y un futuro que le da unidad y coherencia a una nación. Los contemporáneos heredaron una situación histórica de sus antepasados frente a la cual estaban en la obligación de entregarla a las generaciones futuras en igual o mejor estado: "cada generación –enfatizaba- es responsable de la manera como corrige y completa la experiencia y la educación de sus antepasados"[588].

---

586 LASTARRIA, 1874,

587 LASTARRIA, 1865.

588 Ibid. (Subrayado en el original).

En 1865 cuando Lastarria publicó *La América*, en el marco de la guerra con España que había desatado la actividad americanista y antieuropea de la Sociedad Unión Americana[589]. En el capítulo "Europa autoritaria y América democrática", citaba a los alemanes Humboldt y Eoetvoes, los ingleses Mill y Macaulay y los franceses Tocqueville, Laboulaye y Simon. Éstos eran ejemplo de la "poquísimas nobles inteligencias" europeas que, pese a ser liberales, y buscar en la filosofía el remedio a la opresión de la sociedad, "no pueden desprenderse del dogma de la vida europea", y terminaban ratificando la monarquía y el autoritarismo propio de la cultura política del viejo continente. Es decir, Lastarria leyó críticamente, desde una perspectiva liberal y democrática, a los principales teóricos del liberalismo de la época y también a los expositores del pensamiento científico, entre los que se encontraba el positivista inglés John Stuart Mill, antes de transformarse él mismo en positivista.

3.5.3.- LA ACADEMIA DE LAS BELLAS LETRAS

En este contexto de impasse político, Lastarria regresó de Bolivia a comienzos de 1873. Por supuesto tomó también la batuta y, pese a las vicisitudes que enfrentó su carrera como hombre público y como intelectual, fue parte de la contraofensiva cultural. Así, un año después de agotado el Círculo de Amigos de las Letras y alejado de los positivistas ortodoxos, lideró la creación de una nueva sociedad literaria: la Academia de las Bellas Letras[590].

La Academia se organizó vertiginosamente entre el 29 de marzo y el 23 de abril de 1873. El siempre entusiasta activista cultural estableció, ante la fortaleza de la ofensiva cultural y literaria de los ultramontanos que tenía base en sus dogmas y cánones eclesiásticos, la organización liberal:

[...] no podía ser útil, no servir, como se deseaba, de centro y apoyo a la instrucción y al arte literario independientes de doctrinas sectarias y de intereses políticos, si no se basaba en principios fijos, que dieran la norma, el criterio, el programa de una verdadera escuela filosófica[591].

---

589 LASTARRIA, 1865,

590 El "Discurso inaugural de la Academia de las Bellas Letras", en: *Revista de Santiago*, tomo II, 1872-1873, págs. 637 y ss. Un comentario de sus significados en ZEA, 1949, págs. 188-189.

591 LASTARRIA, 1968, pág. 393.

Una innovación en la Academia, con respecto a las anteriores organizadas por Lastarria, es que adoptó símbolos teosóficos en su emblema: la imagen de la diosa egipcia Isis en el foco solar, con un cetro montado en el globo del sol, un águila emprendiendo el vuelo y a sus pies la luna y el lema "Afirmar la verdad es querer la justicia" y en su sello estaban los símbolos de la esfinge edípica: una cabeza de hombre, otra de toro, una de león y otra de águila que simbolizaban la inteligencia, la voluntad, el valor y la prudencia. Pese a esto, la impronta del positivismo nuevamente se hizo presente en el primer artículo de los estatutos:

La Academia de las Bellas Letras tiene por objeto el cultivo del arte literario, como expresión de la verdad filosófica, adoptando como regla de composición y de crítica, en las obras científicas, su conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia, y en las sociológicas y obras de bella literatura, su conformidad con la leyes del desarrollo de la naturaleza humana. En sus estudios dará preferencia a la lengua castellana, como primer elemento del arte literario, para perfeccionarla, y adaptarla a los progresos sociales, científicos y literarios de la época[592].

Lejos de ser una organización moderna, en el sentido de la necesidad de introducir criterios científicos para analizar la sociedad, por el concepto de "bellas letras", más emparentado con la ilustración y el clasicismo, la organización aun tenía resabios ilustrados[593]. Pese a estos, la Academia fue una organización positivista. La orgánica constaba de un director,

---

592 Ibid.

593 El concepto de bellas letras está más relacionado con la noción de la época de "literatura amena", que comprendía las "obras de imaginación", en contraposición a la de "literatura seria", o sea, la historia y la filosofía; es, en definitiva, "clacicista" y no positivista. En sus *Elementos de retórica y poética*, de 1867, Barros Arana se refería así a esta noción: "El estudio de las bellas letras es tan útil como agradable. Adorna la memoria, enriquece la inteligencia, desarrolla la imaginación, depura el gusto, forma el corazón e inspira los sentimientos más nobles y más elevados. Los que están llamados a hablar en público tienen necesidad de consagrarse a ese estudio para expresarse con gracia y con vigor; y los que sólo aspiran a funciones más humildes, no pueden descuidarlos sin privar su conversación de todos los encantos que pueden acompañarla. Los filósofos y aún los sabios, en medio de sus contemplaciones más sublimes, no desdeñan las bellas letras, porque éstas les permiten hacer más sensibles las verdades que enseñan". BARROS ARANA, 1905, pág. 15.

dos vicedirectores; un secretario y un tesorero. Para repartirse las tareas de organización, todos sus miembros se distribuirían en tres secciones: ciencias, sociología y bella literatura. Entre sus fundadores estaba lo más granado de la cultura liberal; contaba con un "académico protector", cargo que recayó en el industrial Francisco Varela; "académicos correspondientes nacionales" que eran Alberto y Guillermo Blest Gana, Manuel Bilbao, Alejandro Carrasco Albano y la señora Rosario Orrego de Uribe; y "correspondientes extranjeros", entre los que destacaban Justo Arosemena, Manuel Ancízar, J. G. Courcelle-Seneuil, Claudio Gay, Bartolomé Mitre, J. M. Torres Caicedo, entre otros[594]. Además, contaba con la participación de miembros de las logias masónicas y de la Sociedad Médica como Ramón Allende Padín, Sandalio Letelier, Adolfo Murillo y Augusto Orrego Luco[595].

Las relaciones entre la Academia y la Sociedad Médica fueron estrechas, aunque los galenos se cuidaran de no confundir las actividades de defensa de la profesión con los fines más ideológicos y culturales de la organización de Lastarria. Por ejemplo, en 1878 la Sociedad recibió una invitación de la Academia para asistir a la conmemoración del centenario de la muerte de Voltaire; en la ocasión el presidente respondió que no asistirían como sociedad porque no todos eran partidarios de la celebración "pero que asistirían personalmente la mayoría de sus miembros"[596].

En el discurso inaugural de la Academia, Lastarria auguraba una larga duración a la organización por el "interés superior" que daba unidad a la cincuentena de miembros que convergieron en ella. En seguida, fijaba sus orientaciones intelectuales:

Y que nuestra asociación tiene el propósito de satisfacer una necesidad social es incuestionable. Demasiado bien lo prueba la circunstancia de haber aceptado todos nosotros, sin trepidación y con franqueza, la primera base de nuestra institución, que, al darle por objeto el cultivo del arte literario, adopta como regla de composición y de crítica, en obras científicas, su conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia, y en las

---

594 Las listas completas de su membresía en Anexo N° .

595 Ramón Allende Padín (abuelo del futuro médico y Presidente de la República Salvador Allende Gossens (1970-1973) era, además, miembro de las logias, "cuando ser masón significaba luchar", diría su nieto en 1972, en su célebre "Discurso de Guadalajara". ALLENDE, 1972.

596 *Revista Médica de Chile*, IV, Santiago, 1878, pág. 469.

sociológica y obras de bella literatura, su conformidad con las leyes del desarrollo de la naturaleza humana, que son libertad y progreso[597].

En seguida, repetía los preceptos por los cuales debían regirse la ciencia y las letras que se resumían en: "independencia del espíritu para investigar la verdad" y como ejemplo ponía a la antigua Grecia, la moderna Alemania y la Unión Americana. Los "americanos de habla castellana", como denominaba a los países hispanoamericanos, podían hacer lo mismo si colocaban las ciencias y las letras en un lugar "superior a la de los intereses momentáneos que nos dividen". Esto se cumpliría sólo si las estudiaban en "interés de la verdad positiva en la naturaleza física", si adoptaban el criterio científico de "la demostración evidente de los fenómenos" y, "en el orden humano", el criterio político de "conformidad con la libertad y con el desarrollo del ser inteligente". Para Lastarria todas estas eran "leyes primordiales de la naturaleza humana".

El proyecto político que comprendía la Academia se desarrollaba en una época "de discusión, de aspiración constante a la justicia", que era más favorable que antaño, en que la fuerza brutal "sostenía en sus manos el cetro del poder absoluto. Pero para llevarlo a cabo necesitaban de algo que los "hombres de letras" generalmente no poseen y que los "príncipes de la fortuna" (los empresarios e industriales), podrían proporcionarlo si comprendieran que el desarrollo material va en paralelo con el intelectual. Además, no pretendían quedarse en el estrecho círculo intelectual sino extenderse a la masa popular "por medio de lecturas y de lecciones públicas", para que pasara al dominio general, estimulando la inteligencia de la juventud y así ofrecer nuevos horizontes. Esto se sostenía en la ética del trabajo intelectual que caracterizaba "a todo hombre que cultiva las ciencias de la naturaleza o las ciencias sociales sólo por el interés de la verdad", más allá incluso de la figuración personal. Además, el proyecto de la organización recogía el legado de la Sociedad Unión Americana, pues aspiraba a trascender los límites del país en aras de la "civilización democrática de nuestro gran continente", porque los pueblos nacidos de una revolución común podían tener cada uno autonomía política pero los "progresos científicos y literarios de cada uno serán los progresos de todos". Esto porque la literatura debía corresponder a la "verdadera idea de un solo progreso positivo" común, pues el fin, el criterio, la lengua, los medios y las aspiraciones eran iguales. El conjunto de la labor creativa de la organización se dirigía a buscar la verdad positiva sólo en las

---

597 "Discurso del director de la Academia de las Bellas Letras en la sesión del 26 de abril de 1873", *El Ferrocarril*, Santiago, 27-IV-1873.

leyes de la naturaleza, pues sólo en ellas se lograría la "síntesis común que se buscaba: la democracia americana"[598].

Podemos ver que la nueva organización impulsada por Lastarria y sus compañeros de ruta política e intelectual recogía una serie de elementos de las anteriores: del Círculo de Amigos de las Letras heredaba el concepto de "independencia del espíritu para cultivar la verdad". De los preceptos generales del positivismo, tomaba el papel de los industriales en el desarrollo intelectual, para lo cual integraba un mecenas, en la persona de Francisco Varela. Gracias a la experiencia de la Sociedad Unión Americana, se planteaba trascender a nivel continental. Asimismo, tenía elementos nuevos: la simbología teosófica, la aspiración a trascender hacia el pueblo y un afán político explícitamente democrático y ya no sólo republicano.

El discurso de Lastarria recibió la respuesta de Manuel Blanco Cuartín, columnista de *El Mercurio* de Valparaíso[599]. Éste era un crítico atento e incisivo, otro *outsider* que miraba el mundo político y cultural local desde una postura particular y fuera de las divisiones ideológicas. Desde ese periódico comentó las intenciones del principal organizador de la Academia criticando su entusiasmo por el "porvenir de nuestra literatura" en "estos tiempos de brutal mercantilismo". Como contrapartida exponía la pobreza y la soledad en la que habían terminado sus carreras escritores e historiadores franceses admirados por los chilenos como Lamartine, Víctor Hugo, Guizot, Vilemain, Sismondi, Thierry y otros. El ácido comentarista terminaba expresando sus dudas respecto de la capacidad de la producción local "de formar literatura propia, literatura que enaltezca no sólo al país cuya representación asume"; pero

---

598 Ibid.

599 Manuel Blanco Cuartín nació en Santiago en 1822. Desde muy joven su vida se encaminó a la literatura y el periodismo; trabajó en varios periódicos de la época hasta que en 1866 llegó a *El Mercurio*, donde se desempeñó por veinte años. Allí publicó una *Historia de la filosofía y la medicina* reproducida en la *Gaceta Médica* de Nueva Granada, además de cuentos y poesías. En 1876 fue nombrado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades ocasión en que pronunció un discurso *Lo que queda de Voltaire*, que dio lugar a la acalorada polémica liberal. En 1887 fue nombrado miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, su discurso de incorporación se tituló "Consideraciones sobre el espíritu de la poesía francesa y española". Murió el 27 de marzo de 1890. FIGUEROA, 1928, II, pág. 216.

apoyaba a Lastarria en sus intentos de hacer historia "con elevación filosófica" en contra de la historia "bellista" de Barros Arana, Vicuña Mackenna y los hermanos Amunátegui "que son con más propiedad cronistas". Pero donde el cáustico comentarista se mostraba particularmente entusiasta, era en el futuro de la Academia. Al respecto, recomendaba aprovechar la libertad de enseñanza y así "completar la derrota del Estado docente y abrir la senda a la libertad de profesiones", para que sus trabajos pasaran de ser meramente especulativos a tener resultados prácticos. En su opinión, la organización podía convertirse en un modelo de "universidades libres, las que, una vez aclimatadas, harán innecesaria la universidad oficial, que tanto dinero han consumido y para no producir el menor beneficio a nadie"[600]. La propuesta no tuvo mucha audiencia en un medio político y cultural "doctrinario" dominado, desde las reformas borbónicas, por la fuerte intervención del Estado en la educación y donde no había lugar para iniciativas "eclécticas" que tomando el nombre de "libre" impulsaran una visión ultra liberal de la enseñanza.

La Academia se constituyó en un centro de discusión de los últimos avances de la ciencia y la investigación local. Sólo al final del primer año de actividades cuando Lastarria entregaba la cuenta, M. A. Matta había hecho siete lecturas; Letelier seis; Barros Arana, cinco; a ellos se les unían Hostos, Amunátegui, Barros Grez, Gallo, Arteaga Alemparte, Orrego Luco y muchos otros más de la constelación intelectual liberal sobre temas de geología, botánica, fisiología, medicina, filosofía, "política especulativa y práctica", economía política, historia y crítica histórica, crítica literaria, bibliografía y "poesía y bella literatura"[601].

---

600 El proyecto del columnista ultraliberal de "universidades libres" fue muy polémico. Por una parte, sería levantado por los sectores ultramontanos en contra de las políticas educativas del Estado docente en la década de 1910. Años después, aunque de manera levemente distinta, la Federación de Estudiantes de Chile reivindicando la memoria del incansable organizador cultural, en 1918 fundó la Universidad Popular Lastarria que funcionó hasta 1926. Cuatro años antes, frente a la crisis de la Universidad de Chile, algunos sectores anarquistas de los estudiantes plantearon la desaparición de ésta y su reemplazo por la universidad libre. BLANCO CUARTÍN en: LASTARRIA, 1968, pág. 408. Véase también: MORAGA. 2005, capítulo VII.

601 LASTARRIA, 1968, pág. 411.

Si bien no podemos identificar como positivistas “de tomo y lomo”, a la mayoría de sus miembros, ni a quienes, invitados, leyeron trabajos, esta era la filosofía oficial de la organización. En 1874 Lastarria se congratulaba de la tendencia que estas experiencias tenían:

[...] según su clasificación, se advierte que, si bien excede el número de las obras sociológicas sobre el de las científicas, las primeras tienen una tendencia claramente positiva, que revela un progreso. Las obras políticas son todas sobre algún asunto práctico; las de historia han sido en general investigaciones críticas dirigidas al descubrimiento de la verdad, y no simples crónicas, que desfiguran siempre la historia, como dice Mommsem, porque, adhiriéndose sólo a la forma de los hechos, dejan sus causas en la sombra; las de crítica literaria han cumplido con el plan adoptado de dar a conocer el movimiento literario americano; y las de bella literatura han sido en su mayor parte traducciones o imitaciones de las grandes maestros, en tanto que las originales que se han presentado anuncian una marcada tendencia a apartarse de la excentricidad que caracteriza a las dos escuelas dominantes en Europa, la una que busca lo bello en lo nuevo, aunque sea extravagante, y la otra que, tratando de buscarlo en lo bueno, predica una moral tan antisocial como la de la primera; pues ambas sólo ven al hombre, olvidando la sociedad [...][602].

Las actividades continuaron auspiciosamente. En 1874 Lastarria pronunció una serie de conferencias que dieron lugar después a la publicación de la primera obra positivista producida en el medio intelectual chileno: las *Lecciones de política positiva*; Ramón Allende Padín leyó un texto titulado *De la reglamentación de la prostitución como profilaxis de la sífilis*, que fue publicada en 1875; también hubo espacio para exposiciones con un carácter más político como la serie de discursos titulado: “La educación de la mujer” y pronunciados por Eugenio María de Hostos; o artísticos, como los dos certámenes poéticos organizados en 1875. Otras iniciativas impulsaron el mantenimiento del *ethos* intelectual y educacional, como la erogación que se hizo para erigir una estatua a Andrés Bello en 1874[603]. Decíamos que, más allá del doctrinarismo del Círculo Positivista, entre éste y la Academia hubo contactos; por ejemplo, Jorge Lagarrigue tradujo los *Principios de Filosofía positiva* de Comte para la Academia de Bellas Letras y se la dedicó a Eduardo de la Barra.

La Academia duró aproximadamente hasta 1880. Cinco años después, su incansable articulador dejaría el mundo después de casi medio siglo de organización de sociedades

---

602 LASTARRIA, 1968, pág. 412.

603 ACADEMIA DE LAS BELLAS LETRAS, 1874.

literarias y científicas y de haber utilizado éstas para propagar la cultura letrada y terminar introduciendo el positivismo en Chile.

3.6.- LA VICTORIA LIBERAL

La ofensiva conservadora encabezada por Cifuentes había significado un duro revés, no sólo para la causa liberal, sino también para el Instituto Nacional que se vio desfavorecido ante la emergencia de otros colegios fomentados por el decreto de "libertad de enseñanza"[604]. A esta situación se unía que el rectorado de la Universidad, desde la muerte de Bello, estaba en manos de Ignacio Domeyko, cuyo ascendiente intelectual impedía las críticas, pese a su fuerte filiación conservadora; ésta era tal que, para tomar cualquier decisión sobre políticas universitarias, consultaba previamente al presidente del Partido Conservador o directamente al obispo. Esto no obstaba para que, el interior de la Universidad, se desarrollaba un sordo debate, no por la prensa, sino por medio de las memorias, sobre los exámenes escolares. En este enfrentamiento los liberales apoyaron la intervención del Estado en todos los exámenes, en contra de la opinión de los presbíteros que representaban las pretensiones ultramontanas. Además estos levantaron un proyecto de reforma de humanidades que reducía a las materias y su número de acuerdo a las que fijaba una antigua bula papal.

En marzo de 1873 el ministro Cifuentes inició la reforma total del Instituto colocando en la dirección a sus parciales. Esta fue la gota que rebalsó el vaso y los ánimos se comenzaron a caldear; un mitin efectuado en Valparaíso el día 26 denunció los hechos y la prensa liberal agitó el acto en todos sus periódicos a lo largo del país. Cifuentes no pudo seguir, pues en junio de 1873 el diputado radical Guillermo Matta inició una interpelación en la Cámara en la que intervinieron Miguel Luis Amunátegui, José Manuel Balmaceda, e Isidoro Errázuriz (El mismo que apoyó a Cruz en 1851) por la censura, y el ministro, Máximo Lira, José Clemente Fabres y Zorobabel Rodríguez contra la medida. Los equilibrios políticos no permitieron la interpelación pues hubiesen implicado la salida de los conservadores del gobierno, en su lugar se aprobó un acuerdo eufemístico que, si no significaba el rechazo, cuestionaba a Cifuentes que debió dimitir dos semanas después[605].

---

604 Por ejemplo, en los últimos años del rectorado de Barros Arana, los alumnos eran 1150; en el año 1873 apenas eran 749. ESPEJO, 1913, pág. 36.

605 GALDAMEZ. 1933, pág. 28.

3.6.1.- LA SOCIEDAD DE LA ILUSTRACIÓN

La segunda organización doctrinaria que nació en Chile incitada por la propagación de la nueva filosofía, fue la Sociedad de la Ilustración. Creada en 1872 por iniciativa de Arnaldo Montt, quien murió dos años después. Entonces la dirección fue asumida por Jorge Lagarrigue quien en su *Discurso inaugural* decía:

[...] todos tenemos una misma fe: la fe en el progreso de la humanidad. Todos nos hemos impuesto, como el más imperioso de los deberes, el contribuir a la grandiosa obra de la civilización. Y como hemos comprendido que las ciencias son los poderosos motores que llevan a los pueblos por la senda del progreso, nuestro primer deber es cultivarla con ardoroso empeño para esparcir su bienhechora semilla entre nuestros queridos compatriotas. Ilustrar nuestro espíritu con la luz de la verdad y difundirla entre el pueblo, enseguida: he ahí nuestro noble y sagrado deber... La sociedad de la Ilustración nos presenta un basto campo en que ejercitar nuestra actividad y un altar en que tributar un culto bienhechor a nuestro verdadero Dios, la humanidad[606].

El discurso del joven coincidía con su evolución espiritual, en el transcurso de esos dos años había abandonado el catolicismo y en su lugar había aceptado el dogma positivista: "Creo –decía en una carta a un amigo- que estos cimientos no pueden ser otros que los principios de la filosofía de la humanidad".

La Sociedad de la Ilustración no parece haber tenido más importancia que ser una organización de importancia menor que no podía competir con la masa intelectual atraída por la Academia, pero fue la primera organización positivista donde los ortodoxos seguidores de la religión de la humanidad se organizaron.

Hemos visto que, más allá del mayor o menor "doctrinarismo" de las organizaciones que recrearon y difundieron el positivismo, los espacios institucionales oficiales eran compartidos por "ortodoxos" o religiosos y heterodoxos o científicos. Por ejemplo, alrededor de 1875 en el Instituto Nacional compartían profesores adscritos a la cultura y la política liberales

606 Citado en: ZEA. 1949, págs. 192-193 y 1976, págs. 239-240. Esta organización parece haber sido menor y más efímera que anteriores cenáculos intelectuales, las fuentes que hemos consultado (periódicos, folletos, etc.) no han registrado mayormente su papel en el debate cultural de la segunda mitad del siglo XIX chileno. Lamentablemente tampoco Zea nos entrega más datos pese a que fue objeto de análisis en dos de sus trabajos.

como Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, Valentín Letelier y Benjamín Dávila, con otros más doctrinariamente positivistas como los hermanos Jorge, Luis y Juan Enrique Lagarrigue y Juan Serapio Lois; y Manuel Antonio Matta, que era una especie de hombre de dos mundos y tenía una marcada conducta ambigua entre ambos tipos de positivismos. Así, a partir de 1870 el pensamiento positivista en Chile contó con la participación y el apoyo de un nutrido número de intelectuales que dejaron una profunda huella en la vida cultural del país hasta muy entrado el siglo XX.

3.6.2.- LAS LECCIONES DE POLÍTICA POSITIVA

Hemos hecho notar que Lastarria fue el primer lector de los positivistas europeos y que adquirió este conocimiento primero a través de la lectura de Emil Littré y John Stuart Mill a cuyas obras se acercó entre 1868 y 1870. Pero en su biografía intelectual éstas constituyen un segundo cuerpo de lecturas que complementaron las que ya formaban parte de su educación clasicista y el bagaje liberal. Estas primeras influencias estaban constituídas fundamentalmente por el utilitarismo de Bentham aprendido de sus primeros años de Liceo y en la Universidad, los preceptos contenidos en *La democracia en América*, de Tocqueville y los textos de Condorcet. Estas lecturas, hechas bajo la influencia de Bello, inculcaron en el joven una actitud que valoraba el conocimiento positivo y la comprobación empírica, lo hicieron alejarse de los sosfismas del primer liberalismo, característico de los ilustrados franceses. Pese a que nunca abandonó su impronta liberal, este fue un quiebre importante en su biografía intelectual que tendría consecuencias futuras.

Así, la evolución de Lastarria desde su primera etapa intelectual, hasta las lecturas de Mill y Littré que conjugaban principios liberales con las doctrinas de Comte, constituyó un cambio natural pues pudo conjugar sus iniciales certidumbres políticas liberales y democráticas con la clasificación de las ciencias y el concepto de éstas que planteaba el positivismo. Esto es patente cuando en sus *Lecciones de política positiva* habla de la ciencia política, destacando la clasificación comteana que planteaba una ordenación del saber humano empezando por el objeto y terminando por el sujeto y que derivaba sucesivamente según el momento de su aparición en la historia del conocimiento: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología.

Las *Lecciones de política Positiva* fueron una serie de conferencias dictadas en la Academia de las Bellas Letras en el transcurso de 1874. La suerte de tales conferencias fue muy poco auspiciosa pues el autor debió convencerse que el tema interesaba a muy pocas personas ya que el público fue disminuyendo paulatinamente hasta que el mismo orador tomó la decisión de suspenderlas, ante la posibilidad de que muy pronto se encontraría sin nadie que lo

escuchara. A la primera edición del texto final de las conferencias no fue mejor, tardó en venderse más de lo razonable, aunque tampoco esto era novedad para el medio chileno, según *El Atacama* la misma situación afectaba a la obra de otros "distinguidos literatos" como Barros Arana y Amunátegui[607]. Así, la primera obra escrita en Chile bajo la égida del positivismo, no es una obra "orgánica", aunque sus planteamientos principales guardan una coherencia y buscan una filiación entre el programa liberal radical y la obra de Comte. Su argumento principal gira en torno a "la libertad como la finalidad de toda sociedad" –libertad opuesta al orden tiránico de la tradición portaliana "por bien intencionado que este sea"[608].

Las *Lecciones* están formalmente divididas en dos partes, que en el fondo son tres. La primera de ellas es una exposición de principios generales de sociología, como fundamentos científicos de la organización social del cual hablaremos *in extenso* más adelante. La segunda es un tratado de derecho constitucional, deducido de la teoría positiva de la sociedad y basado en las formas orgánicas de la democracia norteamericana. La última es una aplicación teórica de sus principios sociológicos y políticos en una nueva constitución política para Chile.

Las *Lecciones* son el gran trabajo en que Lastarria sintetiza sus ideas políticas liberales con las ideas sociológicas del positivismo. En ellas hace una revisión de la historia occidental reciente aplicando los conceptos comteanos. El autor plantea que han sido dos los sistemas sociales que se habían confrontado: el "sistema de fuerza" (conservador) y el "sistema liberal":

El modo de pensar teológico, el metafísico y el positivo han dado origen a dos sistemas en su aplicación a la dirección y gobierno de las sociedades, sistemas que no han sido bien caracterizados y definidos sino en el presente siglo: el sistema de la *fuerza* y el sistema *liberal*. El modo de pensar teológico, elevando a dogmas todas las concepciones del espíritu acerca del universo y de los fenómenos humanos, ha aplicado la fuerza física y moral al gobierno absoluto de las sociedades; y la metafísica desde Platón a Aristóteles, lo ha auxiliado poderosamente para establecer el *imperium unum*, el gobierno omnímodo, absoluto y general sobre todas las

---

607 *El Atacama*, 17-VII-1875, pág. 1. También era la opinión de Jorge Lagarrigue. LAGARRIGUE, 1874-1883.

608 LASTARRIA, 1865,

manifestaciones de la vida individual y social; esto es, la esclavitud completa del espíritu humano[609].

Este párrafo de la *Lecciones* reúne tres etapas del pensamientom que distingue el positivismo. Lastarria parte de un principio puramente político: dos sistemas de gobierno, que son fruto de una evolución de la humanidad y que "no han sido bien caracterizados sino en el presente siglo". En su análisis estos "sistemas" son originarios de modos de pensar, o de conocimiento, que "ordenan" o determinan las formas históricas en que se manifiesta el poder y que, en el caso chileno (y latinoamericano), están representados por las fuerzas conservadoras y las liberales.

En un segundo aspecto, esta reflexión aplica la ley de los tres estados. El primer sistema, fruto del "modo de pensar teológico", impuso la fuerza al gobierno de las sociedades, sosteniendo como dogmas todas las concepciones acerca del universo y de los fenómenos humanos. El "modo de pensar metafísico" había reforzado esta forma política desde los aportes de Platón y Aristóteles. El progreso, obtenido mediante la aplicación de un método científico (verdadero) de "la observación, la experiencia y la aplicación racional de los fenómenos" y alejándose de las explicaciones metafísicas tenía como resultado una forma política (superior), basado en la "libertad humana": el sistema liberal.

En las *Lecciones de Política Positiva* Lastarria trató de aplicar el método inductivo sin mucho éxito según sus críticos pues "debe reconocerse que no lo logró sino a medias", fundamentalmente por su preocupación metafísica del libre arbitrio "contribuyó más que nada a malograr su intento"[610].

---

609 LASTARRIA. 1874, pág. 132. Esta distinción básica entre "sistema de fuerza" y "sistema liberal" había sido ocupada mucho antes por el político liberal mexicano José María Luis Mora, aunque desconocemos si Lastarria había leído a Mora o había tenido algún contacto con él, lo más concreto es suponer que a mediados del siglo era parte de la cultura liberal continental.

610 GALDAMEZ, 1933, pág. 41.

CAPÍTULO CUARTO
CATOLICISMO Y RELIGIOSIDAD, POLÍTICA Y POSITIVISMO 1874-1890

4.- LA ESTRUCTURACIÓN DE UN SISTEMA POLÍTICO "DOCTRINARIO"

Hemos reseñado el desarrollo cultural del Chile decimonónico poniéndolo en relación con el desarrollo político pues la historia intelectual no puede entender uno sin la otra. Así, distinguimos dos procesos paralelos que en determinado momento de distanciaron, pero que en general se retroalimentaron: primero, uno estatal o "desde arriba", que comprendía la creación de una red de instituciones educativas y culturales y la reforma a los métodos educacionales coloniales. Segundo, un desarrollo cultural independiente o "desde abajo", que incluyó por una parte, la formación libre de academias o sociedades, que constituían una especie de continuidad de los salones científicos y literarios de la ilustración europea, que habían tenido pálidas imitaciones en Chile, y por la otras, el "diarismo", que tenían como fin la propaganda política y cultural. En este ambiente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se expandió una cultura laica e ilustrada propia del liberalismo. Hemos visto (tratando de superar las viejas dicotomías liberal-conservador o progreso-tradición), que este proceso estuvo unido a la difusión primero, del iluminismo y luego del liberalismo. En sus dos aspectos, institucional y ciudadano, estuvo propugnado por los partidarios, primero de la emancipación y luego del liberalismo; los que se opusieron, en general fueron aquellos que se identificaron con la tradición y las ideas conservadoras. Aunque entre ambos bloques habían muchos vasos comunicantes que en un principio no se diferenciaban del todo pero que la lucha política y la guerra fueron definiendo.

Unido a esto, analizamos el desarrollo político local que se caracterizó desde un primer momento, entre 1810 y 1823, por su "oligarquismo", es decir, la constitución de "partidos" o grupos de poder unidos por lazos familiares directos o como parte de extensas clientelas políticas. En una segunda etapa, entre 1823 y 1830, estas formaciones estuvieron determinadas por organizaciones de carácter más moderno, es decir, la constitución en torno a idearios políticos que con el tiempo se fueron definiendo más claramente, pero que siguieron estando compuestos por el exclusivo grupo dominante. A partir de 1830 triunfó el pragmatismo político

con que actuó el grupo pelucón que, unido al tradicionalista, influyó a algunos de los pipiolos y a los intelectuales y científicos que llegaron a colaborar con el desarrollo cultural y educacional.

Hacia mediados de siglo, el excesivo poder con que el sistema dotaba al Presidente de la República, unido a su celo patronatista, desencadenaría la reacción de la Iglesia ultramontana y haría que la política se reestructurara en torno a lineamientos ideológicos que pusieron en el centro de la polémica la relación entre la Iglesia y el Estado. Así se inauguró la etapa de las "luchas doctrinarias", en torno a las cuales se articularon los grandes referentes anteriores: liberales y conservadores y los nuevos partidos surgidos de los conflictos políticos. De todos modos, las alianzas políticas siguieron los modelos pragmáticos: de un lado se unieron los nacionales, ideológicamente regalistas y, desde 1830, dueños del Estado. Del otro, la fusión liberal-conservadora, alianza que no tenía criterios ideológicos comunes y sólo la unía el estar contra el autoritarismo presidencial, pero en la que confluían conservadores ultramontanos y liberales moderado. Finalmente, el de los "liberales rojos" articulados en el Partido Radical, ideológicamente progresistas y anticlericales.

4.1.- EL RETROCESO DEL CATOLICISMO: DESRRITUALIZACIÓN POPULAR Y DESCREIMIENTO DE LA ELITE

A mediados del siglo XIX la Iglesia Católica había perdido una parte importante del poder y la influencia de la que había gozado desde que llegaron los primeros misioneros durante la conquista. Si bien la mayoría de los estudios parten de un lugar común y ubican el comienzo en el momento en que se desata el proceso independentista, algunos historiadores lo remontan a la expulsión de los jesuitas en 1767. Tanto liberales como conservadores mantuvieron la relación tradicional de la Iglesia con el Estado, es decir, el reconocimiento constitucional de esta religión. Pero, eso no obstaba para que ambos grupos vieran como necesaria la preponderancia estatal como parte de una doctrina regalista y republicana. Junto con esto la Iglesia dejó de ser el principal terrateniente y se inició una pérdida paulatina de la influencia en el mundo rural, en comparación a otras regiones americanas. A esto se unió que a lo largo de un siglo (1750-1850) el número proporcional de sacerdotes se redujo a la mitad; finalmente sus ingresos se redujeron al diezmo, los censos, las capellanías y obras pías y el dinero ganado como fruto de la educación privada[611].

---

611 JOCELYN-HOLT, 1992, págs. 277-278.

Algunos historiadores liberales contemporáneos han agregado también a esto la perdida de influencia intelectual y cultural lo que hizo que el "pensamiento tradicional católico" prácticamente no tuviera injerencia en la legitimación del nuevo orden republicano; pero este juicio no zanja nuestro problema central. Si bien son aspectos a considerar, lo que permite es precisamente que podamos sopesar la enorme influencia institucional que la Iglesia Católica chilena tenía y logró mantener a lo largo del siglo XIX (y proyectarla hasta el presente). Esta influencia, pese a todos los factores anteriores, la ocupó primero para incidir en la reestructuración del sistema de partidos e incluso la proyectó más allá, aprovechando los intersticios que en el plano educacional le dejó el Estado, y siguió gravitando en la política y en los lineamientos de la marcha de la nación.

Pero es indiscutible que, a partir de la década de 1870, el liberalismo ganó importantes espacios de poder en la sociedad chilena y que en esto desplazó a la cultura católica y al pensamiento conservador. La historiografía conservadora ha estudiado este proceso desde dos perspectivas: como la: "pérdida de la unidad nacional" supuestamente basada en un "catolicismo de raíz hispánica" y de una "*Weltanschauung*", es decir, "el sistema de valores aceptado por la sociedad"[612]; o como una "perdida de la fe" (católica) y aceptación de una nueva fe (en el progreso) que constituyó, en definitiva, una "revolución espiritual", es decir, la llegada del "espíritu de los tiempos modernos"[613]. Estas perspectivas enfocan la historia de Chile con una mirada decadentista: la pérdida de una "unidad" primigenia (supuestamente aceptada por todos o al menos por la elite, que es la que define, y además escribe, la historia); o una revolución que "derrumba" el pasado "piedra a piedra", pero que no construye un presente ni menos un futuro[614].

---

612 VIAL, 2001, I, I, pág. 38,

613 EDWARDS, 1935, pág. 136-138.

614 Tanto Gonzalo Vial, a fines del siglo XX, como Alberto Edwards, a comienzos del mismo, escriben impulsados por explicar la historia de Chile a partir de una crisis. El primero, a partir del golpe de Estado de 1973; el segundo, en 1927 durante la dictadura de Ibañéz, cuando había caído el régimen oligárquico. Edwards escribe influido por su lectura de Spengler y su *Decadencia de occidente*; de la cual sostenía: "en cierto modo ha revolucionado mi espíritu. Veo las cosas de otra manera después de haberlo leído. Más aún, ahora sólo he venido a comprender la idea íntima, la subconsciencia de autores que antes me eran familiares. Es como si me hubieran puesto

Lo que sucedió en Chile durante esa época es que se aceleraron tendencias históricas que se venían desarrollando desde la Independencia. Hemos visto que, pese al tradicionalista sello con que se convocó a la Primera Junta de Gobierno, al año siguiente un sector de la misma elite dirigente, menos tradicionalista, se tomó el poder e impulsó cambios y modernizaciones apoyados por el ala reformista (catótolico-ilustrada) de la Iglesia. Luego de la *Declaración de la Independencia*, y del gobierno despótico de O'Higgins –que impulsó infructuosamente las primeras medidas antiaristocráticas-, los gobiernos liberales de Freire y Pinto siguieron *avante* con el proceso modernizador. Lo anterior produjo en 1830 la "restauración pelucona", que garantizó por algún tiempo los privilegios materiales y simbólicos de la aristocracia, en la sociedad y en la Iglesia. Pese a esto, la cultura liberal y el programa político de este sector se reprodujo, creció y se expandió por el país; al llegar la séptima década del siglo, esa cultura liberal era simbólicamente superior a la conservadora, y, más importante aún, tenía conciencia de ello. Es más, el "espíritu de los tiempos" parecía estar con ella y sonreírle. Pero como reacción la Iglesia se transformó al ultramontanismo. Lo que nunca se había planteado el liberalismo era atacar a la Iglesia Católica y eso es lo que se inició más explícitamente a partir de 1870, no sólo en lo institucional, sino en todos los planos de la vida pública. Era una lucha contra "todas las fuerzas espirituales de la tradición: la Iglesia, la monarquía, la organización jerárquica de la sociedad, el antiguo concepto de familia y de propiedad, etc."[615].

Pero este proceso no sólo lo vivió la elite aristocrática, la intelectualidad o el mundo cercano a la Universidad y el Instituto, es decir, los sectores en contacto con la modernidad europea. Vial ha sostenido que mientras la irreligión avanzaba en estos sectores "la sociedad como conjunto, por una inercia muy común, seguía adherida a los valores coloniales". No deja de tener razón; historiadores eclesiásticos, viajeros europeos (protestantes), describieron con lujo de detalles las costumbres religiosas chilenas durante la colonia, en especial las de la Semana Santa. El jesuita Alonso de Ovalle relata como en 1646 los miembros de la cofradías desfilaban vestidos con túnicas y los "disciplinantes" se autoflagelaban públicamente. Ricardo Donoso relata que, setenta años después, el viajero francés Amadeo Francisco Frezier, quien

---

unos anteojos con los que veo claros los mismos objetos que antes entreviera confusamente". La diferencia, además de la temporal, es que Vial se conduele de la pérdida y el Edwards reconoce que esta es "fruto de los tiempos", en definitiva de la historia; uno la resiste, el otro la acepta. VIAL, 2001, I, I, 7-9; EDWARDS, 1927, I, pág. 388.

615 EDWARDS, 1935, pág. 138.

visitó Valparaíso en 1713, describió como el jueves santo un hombre era crucificado y luego paseado por la ciudad en una carreta; o la imagen de los "aspados", de los cuales la mayor parte eran mujeres, quienes llevaban un trozo de madera sobre el cuello y los brazos extendidos en forma de cruz, como la procesión era muy larga, muchas se desmayaban debido al peso[616]. En esto Chile no se diferenciaba de la mayoría de las colonias españolas para estas fechas.

Desde mediados del siglo XVIII, es decir de la llegada de la ilustración, los gobernadores dictaron bandos contra estas prácticas. En 1773 el gobernador Agustín de Jauregui dictó las primeras prohibiciones para que no se saliese a la calle en traje de penitente. Pero en 1778 el siguiente gobernador, Ambrosio O'Higgins, tomó medidas contra la exhibición pública de trajes de penitentes, disciplinantes, aspados y "otras semejantes maneras de penitencia pública". Ya en los primeros años de la Independencia, el Director Supremo y el Senado pidieron en 1819 que se suprimiera la asistencia de los morenos pues era un espectáculo "vergonzoso e indigno de un país civilizado". El historiador Barros Arana sostiene que la misma descripción de Frezier de 1713 se podía aplicar a cualquiera ocurrida un siglo más tarde. En Santiago era frecuente la figura del "cucurucho" –escribía el editor Santos Tornero en 1872-, un personaje ataviado de una túnica negra, con la cara cubierta de un bonete puntiagudo que llegaba a la puerta de las casas y emitía un grito formidable "para el santo entierro de Cristo y la soledad de la Virgen"[617]. Era el espíritu de la colonia que imponía su silencio en plena República

Pero este "espíritu" comenzó a abandonar paulatinamente el país; en 1873 el Intendente Vicuña Mackenna promulgó un decreto fundamentado en que aunque era justo respetar las tradiciones religiosas y las creencias de la mayoría de los habitantes, no era "justo interrumpir sin grandes motivos el curso de una industria que emplea fuertes capitales". Como las últimas medidas vigentes databan de la época del Presidente Jáuregui (exactamente hacía un siglo atrás), estaban destinadas a proteger a la población de los accidentes que producían los carruajes, permitió el tráfico en la ciudad "hasta el Jueves Santo, hora que coincide –justificaba Vicuña Mackenna- con la llegada del último tren diurno de pasajeros y la ocupación de las calles por las familias y cofradías que visitan las estaciones". Cinco años después, la Intendencia y el gobierno autorizaron el tránsito a toda clase de vehículos y cabalgaduras hasta el viernes santo: "El impresionante silencio en que antes se sumía la ciudad en ese día volvió a ser perturbado, y

---

616 DONOSO, 1943, pág. 228.

617 SANTOS TORNERO, 1872.

como esa medida correspondía a una necesidad clamorosa de los tiempos, no se alzó la más insignificante voz de protesta contra ella".

Después las ceremonias se retiraron al recinto cerrado de las iglesias, aparecieron los diarios y espectáculos públicos y el ruido y el bullicio de la vida moderna hizo que la colonia retrocediera, al fin, durante la séptima década del siglo XIX[618]. Lejos de los deseos del historiador Vial, la gran masa popular, si bien no se separó del todo del catolicismo, se llevó sus ritos a los recintos cerrados del culto y "desrritualizó" los espacios públicos. El *ethos* cultural del liberalismo se impuso, aunque su triunfo indiscutible tardaría un poco más, hasta las primeras décadas del siglo XX[619].

Este proceso, casi imperceptible en los bajos estratos de la sociedad, era claro y explícito en la elite intelectual y en importantes sectores de la aristocracia. Por lo menos a ello le dedicaron más atención los historiadores conservadores que hemos citado. Y esto hasta cierto punto es normal: la elite aristocrática, a través de sus memorias y diarios de vida, dejó claros vestigios de su abandono de la vida religiosa. Vial lo ha descrito detalladamente utilizando el caso de lo que llama la "generación de 1825", compuesta por lo varones nacidos entre ese año y 1850 y que entra en la escena política en 1860. Son –nos dice el mismo historiador- los jóvenes contrarios a Manuel Montt en 1850 y que nos "envolvieron" en la Guerra con España (1865); los jóvenes y hombres maduros de los "locos años 70", los que lucharon por reducir el poder presidencial y "combatieron" el 79; los jóvenes, hombres maduros y ancianos arrastrados por la versión criolla de las "guerras religiosas" durante el gobierno de Santa María (1881-1886), y los hombres maduros y ancianos que derribaron a Balmaceda en 1891[620].

---

618 DONOSO, 1946, págs. 232-233.

619 Aún en la década de 1910, según sostiene el memorialista católico Gómez Ugarte, aún "la calle era de los católicos", salvo que entonces la "insolente" juventud universitaria desplazó las procesiones religiosas que aún quedaban, nuevamente dentro de los templos y ocupó las avenidas para las manifestaciones políticas y las fiestas de la primavera, haciendo burla del *stablishment* cristiano a través de demostraciones de lujuria y paganismo. Véase: GÓMEZ UGARTE, 1985, pág. XIV. Cfr., MORAGA, 2006, capítulo III.

620 VIAL, 2001, I, pág. 38.

La elite liberal y anticlerical de esta época estaba compuesta de un "batallón" de respetables hombres que ocuparon la primera línea del combate contra la tradición y que, sin embargo, no rompían esa costumbre chilena de la pertenencia a clanes familiares y cuyos nombres se nos repiten constantemente a lo largo de estas páginas: los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta; Ángel Custodio (nótese la contradicción) y Pedro León Gallo; Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui; Diego Barros Arana (y su prima Martina, la primera mujer intelectual que participó en la vida pública); y otros muchos más que si bien figuraron solos, su parentela ocupaba otros puestos en la vida profesional, menos bullada pero igual de pública: Aníbal Pinto, Vicente Reyes, Jorge Huneeus Zegers, Isidoro Errázuriz, José Francisco Vergara y muchos otros. A medida que vayan apareciendo en el relato vamos a ahondar en sus datos biográficos. Muchos se convirtieron en furibundos "comefrailes": el médico Ramón y el periodista Juan Rafael Allende Padín; Eduardo de la Barra y Juan Serapio Lois. Otros, sin ser antirreligiosos, tuvieron relaciones conflictivas con la Iglesia: Benjamín Vicuña Mackenna, José Manuel Balmaceda y Domingo Santa María[621].

Del otro lado del abanico ideológico los nombres son escasos: el futuro arzobispo Mariano Casanova; el "filósofo" Fernández Concha; y los caudillos conservadores Abdón Cifuentes y Manuel José Irarrázaval; y los más jóvenes y más ultramontanos Carlos Walker; Zorobabel Rodríguez y Crecente Errázuriz, estos últimos: "polémicos, incisivos y algo intolerantes"[622].

¿Cuales eran las razones de este descreimiento en la elite aristocrática e intelectual? ¿Era sólo el espíritu del siglo que campeaba en las mentes de los jóvenes y hombres maduros de 1870? ¿Qué llevó al catolicismo a convertirse en una característica minoritaria de la elite dirigente del país?

Hay muchos factores que explican este fenómeno. Los jóvenes recibían las primeras nociones religiosas en el bastión más fuerte del catolicismo: el seno materno, como los primos Barros (Diego y Martina), después fervientes anticlericales. A la muchacha le causaban horror primero el adoctrinamiento en casa de su abuelo donde se la pasaba "rezando, o en la casa o en

---

621 VIAL, 2001, I, pág. 39. Balmaceda había estudiado en el Seminario Conciliar, allí había obtenido un premio en la clase de "Humanidades" y en "Historia antigua y griega", como alumno destacado en la materia. *La Revista Católica*, Santiago, 15-I-1855.

622 VIAL, 2001, I, pág. 39.

la iglesia, u oyendo *El año cristiano*, o la *Vida de Jesucristo*". Lo que más le causaba pavor eran "esos tétricos salmos" y para evitarlos inventaba dolor de muelas, que tenían una consecuencia bastante desagradable: el remedio que consistía en buches con agua de colonia. Pero lo peor era la visita periódica a una tía abuela monja de clausura; debía introducirse al convento mediante un torno que eran una operación "aterradora", un "morir y resucitar". El único apoyo para la niña eran sus descreídos padres, indiferentes a la piedad de los abuelos[623].

Durante la adolescencia los muchachos profundizaban sus nociones religiosas en el colegio; acá empezaba la crisis. Sobre todo para los jóvenes educados en el Instituto Nacional o en los Liceos de provincia: Chillán, Talca, Copiapó, el puerto "liberal" de Valparaíso. En esta última ciudad los colegios particulares extranjeros tenían fuerte gravitación: Mackay (inglés), Colegio Alemán, etc; pero "la peor de todas" fue la Escuela Blas Cuevas (masona), una primaria que en 1872 suscitaría una ácida polémica por negarse a impartir clases de religión[624]. Vial sostiene que en los establecimientos públicos la educación religiosa era "mediocre". El currículo del Instituto estaba conformado por historia sagrada, catecismo y fundamentos de la fe; a un futuro prohombre del catolicismo y el conservadurismo, como Abdón Cifuentes, estas materias que no despertaban gran interés sino para él, pese a esto, le suscitaron una ácida polémica con el maestro, el sacerdote secular José Benitez, que el final le negó el premio del curso[625].

Al otro lado del espectro, los jóvenes católicos habían recibido educación en los colegios congregacionistas: San Pedro Nolazco, Seminario de Santiago, Padres Franceses, San Ignacio, etc. Estos tres últimos eran establecimientos de una profunda influencia para la grey católica aristocrática (lo siguen siendo hoy en día). Allí las clases eran monótonas, incluso para jóvenes provenientes de familias religiosas. Pero quizá gravitó más un factor poco ponderado: los castigos físicos que los muchachos recibían de los píos religiosos, sobre todo la palmeta y el guante con que se golpeaba las nalgas. Enrique Mac Iver, futuro gran Maestre de la masonería, estudió en los Padres Franceses; hijo de inglés anglicano, su padre, sin embargo, le exigía presencia en la misa dominical, y cumplimiento estricto de los deberes religiosos. La

---

623 M. BARROS, págs, 23 y 24.

624 Sobre la polémica en torno a la primaria Blas Cuevas, véase: DONOSO, 1946, págs. 220-221.

625 CIFUENTES, I, págs. 32 y 33.

contradicción para el muchacho se produjo cuando vio que los curas llamaban "miserables, vendidos, sin moral ni ideales" a los protestantes[626].

Terminada esta fase de la vida, los jóvenes entraban a la Universidad de Chile donde aun años después de la muerte de Bello y pese al rectorado de Domeyko, el anticlericalismo y el liberalismo campeaban. Pero ¿Era tan fuerte este avance de la incredulidad y la descatolización en la sociedad chilena?, y si así lo era ¿Cómo se expresó en la universidad y en los debates intelectuales?, ¿Cómo lo recogió el debate acerca de los avances de la ciencia?

4.2.- DOMEYKO Y LA PERMANENCIA DEL PENSAMIENTO ILUSTRADO EN LA UNIVERSIDAD

Andrés Bello marcó toda una época en el desarrollo del pensamiento científico en Chile que no terminó con su muerte en 1865. Pese a su actuación pública y sus actividades políticas, que lo caracterizaban como un pelucón republicano y modernizante, siempre protegió a algunos de sus discípulos liberales. El venezolano tenía mucho más presente que sus correligionarios, la necesidad de liberalizar gradualmente la vida pública a través de la educación y la formación intelectual. Esto lo demostró totalmente desde su papel como creador de la Universidad, superintendente de educación y primer rector, cargo que desempeñó desde su creación en 1843 hasta su muerte treinta y dos años después. Por ello, fue más exactamente un miembro de la fracción modernizadora del peluconismo, la monttvarista, y un intelectual que se convirtió en el eje fundamental del régimen político chileno que gobernó sin contrapeso hasta 1861. Por su papel en este ámbito y por sus certidumbres científicas y literarias, Bello fue un iluminista a carta cabal. Sin embargo, este predominio de la Ilustración en la Universidad, garantizado por el rector que le sucedió, amén de una serie de otros profesores que no tenemos tiempo de analizar, retrasó la llegada de ideas nuevas a la institución, entre ellas el positivismo.

A la muerte de Bello la rectoría de la Universidad fue asumida temporalmente por Joaquín Tocornal. Con ello pasó a gobernar la Universidad la fracción más recalcitrantemente conservadora de la intelectualidad chilena, aliada de la iglesia ultramontana. Pero pronto fue elegido Ignacio Domeyko, quien gobernó la institución por otro largo período, hasta la década de 1890.

Si bien Domeyko fue el parangón del hombre de ciencia decimonónico, a la hora de caracterizar más exactamente su pensamiento científico tenemos dificultades. Hemos descrito

---

626 VIAL, 2001, I, pág. 42.

las distintas corrientes de pensamiento presentes en Chile desde fines de la Colonia y analizado su evolución, centrándonos en la producción intelectual de personajes estratégicos en su desarrollo local. Así, hemos distinguido dos corrientes fundamentales en el pensamiento ilustrado, una católica y otra laica. Ambas, tenían firmes representantes. Judas Tadeo Reyes perteneció claramente al catolicismo ilustrado, aunque más pegado a la tradición que a la modernidad; su interés fundamental se centró en el plano político y social, que en la época se conocía como el "buen gobierno"; el momento en que escribe es clave, la caída inexorable de la monarquía y de toda una "visión de mundo" una *Weltanschauung*, católico-monárquica. Bello destaca entre la segunda, la ilustración laica (y junto con él los Egaña, padre e hijo). Las particularidades de su formación científica e intelectual, con una fuerte base humanista, adquiridas durante su estada en Londres lo impulsaron al peluconismo en política y al despotismo republicano como fórmula de Estado.

Lastarria y su entorno más inmediato se formaron en las nuevas corrientes tanto del pensamiento político (el liberalismo de mediados del siglo XIX), como artísticas (el romanticismo) y científicas, donde compartía gran parte del pensamiento ilustrado. Junto a este liberal chileno estaban algunos emigrados argentinos como Vicente Fidel López, el autor del polémico artículo contra el clasicismo en 1843, Juan Baustista Alberdi y Bartolomé Mitre. El pensamiento de Francisco Bilbao, representante de corrientes más radicales del liberalismo político, que adquirirían su completa maduración a partir de la segunda mitad del siglo, era también hijo de la ilustración y del racionalismo aunque en su vertiente más romántica y mística.

Mientras, el pensamiento más tradicionalista de la Iglesia católica, personificado por intelectuales como Francisco Meneses y Joaquín Tocornal, se mantuvo pese a los primeros embates a principios del siglo XIX. Llegada la segunda década fue reforzado políticamente desde Europa por la formación de la Santa Alianza y la restauración monárquica, e intelectualmente por la reformulación del ultramontanismo que, frente a los avances del republicanismo y del liberalismo en el mundo occidental, plantearon, cada vez más dogmáticamente, la completa libertad de la Iglesia, no sólo en cuestiones doctrinarias sino también en torno al poder temporal.

El pensamiento de Domeyko, en cambio, es difícil de ubicar claramente ya que tiene características aún más peculiares que se niegan a entrar en este esquema general. Era, primero que nada, un mineralogista, su formación básica era la química, la física y en general las "ciencias de la naturaleza", es decir, era un fuerte partidario de la razón y el pensamiento ilustrado. Pero en el ámbito meramente religioso, su catolicismo era casi místico. En 1838, recién llegado a Chile, fue llamado, en virtud de su competencia profesional, para fijar los

deslindes superficiales de una mina. Su labor se vio dificultada porque, según él: "no hay cosa en la que no interviene el demonio", que hizo aparecer un filón de plata que cruzaba los límites superficiales, dificultando el acuerdo entre los dueños. En esa ocasión, al encontrarse en el fondo del socavón tratando de definir qué parte del filón correspondía a quien, vio casualmente una amonita muy bien conservada, con "espirales y sus marcas listadas en forma de rodete trenzado" de manera que asemejaban una hermosa mujer y se distinguía nítidamente en la bóveda de la galería iluminada con velas que, "entre las luces oscilantes parecía como si ese animal de una especie ya extinguida viviera y se moviera". El hallazgo lo hizo reflexionar y nos permite conocer su concepción de la naturaleza, ciencia y el mundo:

Este espectáculo me trasladó a otras regiones del pensamiento y de consuelo. Esa amonita quedó enterrada aquí, en el mismo lugar donde había vivido, antes de que surgieran el mar y se separaran los cerros y antes de que sus grietas se llenaran de minerales de plata y oro. Es un testimonio de las especies que precedieron la creación del hombre; atestigua las destrucciones que sufre el mundo y sugiere ideas sobre los inescrutables designios divinos. Sobre el poder ilimitado de Dios, sobre el abismo de los siglos transcurridos, sobre la pequeñez del hombre que, durante su existencia tan breve, se encastilla dentro de una trama de oro y plata, tejida por su orgullo y codicia, sin pensar en que mariposa saldrá de esa crisálida[627].

Es decir, pese a que es un científico y que acepta la existencia de distintas etapas en la evolución de la tierra, habla de la "creación" del hombre como un hecho ocurrido varias épocas después, una visión que se separa bastante de lo establecido en el "Génesis" de la *Biblia*.

Una idea más explícita de su concepción de la ciencia nos la da el discurso que el 8 de enero de 1866 pronunció con ocasión de incorporarse como miembro de número a la Facultad de Filosofía de la Universidad, es decir, cuando pasó a ocupar en propiedad el puesto que Bello dejara al morir. Domeyko tenía entonces 62 años y su texto lo tituló *Ciencia, literatura y bellas artes, relación que entre ellas existe*, como vemos, dos de las disciplinas en las que el pensamiento ilustrado católico basaba lo fundamental del conocimiento. Esta alocución es uno de los documentos más importantes de una cierta concepción del iluminismo en Chile y a su vez nos permite ver que tan profundo había calado en la institucionalidad universitaria.

El discurso era además, como correspondía al protocolo, un homenaje al desaparecido rector, por lo que el polaco estableció a lo largo de sus páginas un paralelo entre ambos; por ello, conviene precisar algunos elementos de la carrera pública de ambos. Para empezar, Bello

---

627 DOMEYKO, en: GODOY y LASTRA, 1994, pág. 164.

era americano y Domeyko lituano-polaco; la formación del primero era fundamentalmente la de un humanista, especialista en literatura, lingüística y derecho, mientras que la del segundo estaba inclinada hacia las ciencias de la naturaleza, fundamentalmente la química y la mineralogía. Hay más distinciones que quedan patentes a lo largo del texto, pero que conviene adelantar: el venezolano había sido claramente un monarquista, partidario convencido del orden colonial que, por azares de los cambios políticos de principios de siglo, había devenido primero monarquista constitucional y luego partidario de un republicanismo autoritario que en Chile encontró mejor expresión en el partido pelucón y después en el monttvarismo, es decir, los conservadores modernizadores, regalistas, partidarios de la supremacía del poder civil por sobre el eclesiástico, que constituyeron la corriente dominante hasta entonces en el poder del Estado y la educación. Por su parte, el polaco se había iniciado como un patriota nacionalista que luchó contra el poder imperial del zar; exiliado, siempre trató de volver a su patria y tomar las armas para liberarla. Profundamente católico, Domeyko era un genuino ultramontano que en Chile se alió a la fracción más tradicionalista del conservadurismo, esto es, la que había sido derrotada no sólo por los acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo, como la Independencia, sino también, había sido desplazada paulatinamente del poder del Estado y la educación por conservadores modernizadores y liberales. Consecuente con sus creencias religiosas y políticas, el polaco pretendía emancipar a la Iglesia Católica, no sólo chilena, de los límites impuestos por la formación de los estados-nación modernos.

El tema central del discurso de Domeyko es la naturaleza y las posibilidades de comprenderla y describirla a través de la ciencia y de la literatura, e inició su alocución definiéndose como un hombre que dedicó su vida a la enseñanza pública. En la primera parte de su intervención establece un paralelo entre su obra y la de Andrés Bello, al que define como “gran filósofo, jurisconsulto, poeta y grande estadista cuya inteligencia sondeaba lo más profundo del corazón humano, e investigaba los intereses más vitales de la humanidad” y lo compara con sus propias ocupaciones definiéndose como un hombre que “gastó gran parte de su vida en el estudio de las peñas y de las vicisitudes y trastornos del globo material que habitamos”. Más allá de las reglas de buena crianza, Domeyko también contribuye a cimentar el mito de Bello como un independentista, partícipe de “la lucha de la libertad contra los opresores”, a la que sirvió “con toda su fuerza y todo su valor”. Para ello citaba su “amistad” con Bolívar y lo destacaba como organizador de “tantos estados y de sus gobiernos republicanos”, que luego escogió “contento y tranquilo” a Chile “para continuar y acabar su útiles trabajos”. Hemos visto que toda esta presentación es, si no una exageración, al menos una inexactitud; estamos ante la construcción del mito del Bello liberal que tanto se ha propagado entre sus estudiosos contemporáneos. El polaco comparaba su propia biografía y sus vicisitudes

políticas en su lucha por liberar a Polonia del dominio ruso con el éxito de Bello en la emancipación de América.

Domeyko reconocía en Bello a un par que, además del paralelo político, compartía inquietudes intelectuales: si el venezolano era fundamentalmente un humanista, también tenía conocimientos en las "ciencias naturales y de observación", a partir de su juvenil inclinación por la medicina, la física y la botánica, que complementaría con la cosmografía. De la obra homónima de Bello "que ha sabido hermanar el método rigoroso de la ciencia con lo ameno y poético del estilo", rescataba al venezolano como un intelectual cuya

[...] inteligencia estuvo libre de aquella exclusiva predilección que suelen manifestar los hombres especiales por el ramo a que consagran sus estudios, predilección tan exagerada que muchas veces menosprecian las demás obras de la inteligencia y de la imaginación o bien las desconocen. El genio de don Andrés Bello era más universal, se esforzaba en abrazar el conjunto de las ideas y conocimientos que constituyen el verdadero progreso del espíritu humano, no se detenía en una especialidad sin relacionarla con la tendencia general de la humanidad[628].

Este universalismo del conocimiento practicado por Bello (y por extensión y contraste a Domeyko) fue la característica central del enciclopedismo del siglo XVIII y la primera parte del XIX; universalismo que lo define como un humanista con conocimientos amplios y profundos en distintas ciencias, es decir, como un hombre ilustrado. La relación de ambos, el humanista venezolano interesado en difundir también el conocimiento científico, y el científico polaco dolido por no poder conocer más de ciencias humanas, se puede entender más profundamente en el comentario que, en el mismo discurso que estamos comentando, Domeyko dedica a Alexander von Humboldt y a su obra *Cosmos*. Recordemos que el venezolano conoció al naturalista alemán en 1799 a su paso por Venezuela y que lo acompañó en algunas excursiones. Domeyko, por su parte, debido a su formación, estaba directamente influido por sus teorías[629].

---

628 DOMEYKO, 1867, pág. 6. (Para nuestro trabajo hemos tenido a la mano la edición impresa en Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1867 y no la aparecida en los *Anales de la Universidad de Chile*).

629 No conocemos un estudio acerca de la recepción de Humboldt en Chile, ni en América Latina; pero es necesario apuntar el enorme y rápido interés con que su obra se difundió en esta parte del mundo. Lastarria parece haberlo leído tardíamente, alrededor de 1865, y Letelier unos cinco años después; ambos lo hicieron directamente y

Debemos tener presente que *Kosmos, enwurfeiner physischen weltbeschreibung* (*Cosmos o ensayo de una descripción física del mundo*), fue escrito entre 1843 y 1844 y publicado en dos volúmenes en 1845 y 1847[630]. Es la obra de madurez de Humboldt, en la que se reflejan 50 años de investigaciones. Más que una descripción del mundo, es una historia moderna de la ciencia antigua y moderna, es decir, una historia que daba cuenta de los avances del conocimiento científico acerca del universo y el mundo físico, escrita, no como una mera crónica o narración de hechos, sino como un análisis que relaciona los fenómenos en una secuencia lógica de causas y efectos, que hace constantes comentarios sobre la clasificación de las ciencias y sobre el polémico debate de entonces acerca de la unidad de las razas humanas[631]. En ella Humboldt reunió los conocimientos adquiridos en sus viajes alrededor del mundo; en el "Prefacio" especificó que: "pocos viajeros han disfrutado hasta el grado que yo en sus expediciones científicas, la ventaja de no haber visto solamente costas...., sino [también] de haber recorrido el interior de dos grandes continentes en extensiones muy considerables". Así, trataba de unir ciencia y literatura explicando que: "al mérito intrínseco científico ha de reunir el de la forma literaria porque se trata de llevar el orden y la luz a la inmensa y rica copia de minerales que se ofrecen al pensamiento, sin despojar, no obstante, a los cuadros de la naturaleza del soplo vivificador que los anima"[632]. Dividida en dos tomos; la primera parte, reúne conocimientos astronómicos, geográficos, geológicos, paleontológicos, botánicos y zoológicos. Según el naturalista alemán "contiene un cuadro de la naturaleza, que abarca el conjunto de los fenómenos del universo, desde las estrella nebulosas, hasta la geografía de las plantas y de los animales terminando por las razas humanas". La segunda parte inicia con un

---

conocieron algunas recensiones como la de Littré en: *La Science au point de veau philosophique* por lo menos en su edición de 1876.

630 Para nuestro trabajo, hemos tenido a la mano la traducción hecha por Francisco Díaz Quintero en 1851 y cuya reimpresión facsimilar fue publicada por Cultura, Ciencia y Tecnología al Alcance de Todos, México, 1976.

631 Aunque, como hemos aclarado, el tema de una clasificación de las ciencia es una idea generalizada en la primera parte del siglo XIX, no está demás recordar que Humboldt asistió a muchas sesiones del "Curso de filosofía positiva" que Comte dio en su propia casa desde abril de 1826, las que inició explicando la clasificación general de las ciencias.

632 HUMBOLDT, 1976, págs. VI-VII.

análisis del papel de la imaginación y el sentimiento en la comprensión de la naturaleza y el mundo físico, esto es, del universo; es una historia de la ciencia de la antigüedad, en la que revisa los avances científicos en las distintas culturas desde los fenicios hasta los comienzos del mundo moderno y las nuevas teorías acerca del universo de Galileo, Kepler, Copérnico, etc. (aunque excluye a Newton) gracias a los avances de la óptica.

Recordemos que Bello empezó a interesarse en la cosmografía desde que escribió algunos textos iniciales en la década de 1820, durante su estancia en Inglaterra, hasta 1848 en que publicó su *Cosmografía, o descripción del Universo conforme a los últimos descubrimientos*[633]. Un año antes había leído *Cosmos* de Humboldt que le sirvió para añadir algunas notas a su texto. Por las fechas en que se escribieron ambas obras, podemos saber que se hicieron en forma paralela y que entre el humanista venezolano y el naturalista alemán había una relación que databa de medio siglo atrás. En definitiva, tanto *Cosmos* de Humboldt como *Cosmografía* de Bello son dos obras fruto de ese indirecto "diálogo" científico entre ambos, desarrollado pese a las distancias y las incomunicaciones propias de la época[634].

En su discurso, Domeyko afirma que Humboldt fue:

[...] el primero que de un modo claro y positivo señaló el enlace entre la ciencia y la literatura, entre los ramos de ilustración fundados en la observación, el cálculo y la vía experimental, y las obras más entusiastas y poéticas de la literatura, en una palabra, entre la inteligencia y el sentimiento[635].

---

633 *Cosmografía* está dividida en 15 capítulos; en once de ellos se estudia la forma dimensiones y movimientos de la tierra, el sol, la luna, los planetas y las estrellas. Uno de los capítulos siguientes está destinado a estudiar la gravitación universal; otros dos a los cometas, y aerolitos y el restante al calendario con la exposición de los métodos para el cálculo de diversas fechas.

634 Hay más en la relación entre Bello y Humboldt. En su estada en Londres, mientras escribió para *El Censor Americano,* en 1820 y *El Repertorio Americano*, en 1826-1827, el venezolano tradujo varios artículos y trabajos científicos del alemán que publicó en esos periódicos, lo que nos indica la constante preocupación por la ciencias naturales con que el europeo influyó al americano.

635 DOMEYKO, 1867, pág. 6.

Aunque la afirmación de Domeyko nos puede resultar una exageración, toda vez que hemos visto que ambas, ciencia y literatura, eran parte del conocimiento ilustrado al que respondía consecuentemente el proyecto de la *Enciclopedia*, puede entenderse como una aplicación original de un cuidado estilo literario a la descripción física del mundo. Recordemos que D'Alembert en su clasificación de las ciencias, había establecido una "división general de la ciencia humana" en historia, poesía y filosofía, de acuerdo a las "tres facultades del entendimiento": memoria, imaginación y razón[636].

Los cruces entre el pensamiento ilustrado de Bello y Humboldt que se pueden establecer a raíz del discurso de Domeyko son múltiples. En el pensamiento ilustrado, ciencia y literatura, es decir, el estudio del mundo físico o del universo natural y del mundo humano o del universo moral (al que hay que agregar el mundo espiritual o de Dios), están presentes en el "Discurso de instalación" del venezolano. Recordemos que sostenía que "todas las verdades se tocan" y que en el "cultivo de las ciencias y de las letras" no separaba moral de religión. Por su parte en el "Prefacio" a *Cosmos* el alemán sostiene que, pese a las dificultades, en la composición de una obra "al mérito científico intrínseco ha de reunir el de una forma literaria" y en más de una oportunidad habla de "las cosas creadas" y define a la naturaleza como "escenas de la creación". Es decir, tanto en "Discurso preliminar" de la *Enciclopedia*, como en los textos de estos dos sabios decimonónicos, están presentes el mundo físico (la naturaleza), el mundo humano (la literatura) como también aquello que les da coherencia y unidad, el "Creador" (en el lenguaje usado por ambos), aunque este no es, especialmente para Humboldt, exactamente el Dios cristiano, ni mucho menos el católico. Hemos visto, muy genéricamente, algunos aspectos de la concepción de religión de Bello; en el capítulo XIII de su *Cosmografía*, dedicado a las estrellas, nos muestra una idea de la religión, y más exactamente de Dios, más cercana al deísmo científico:

Poco fruto habrá sacado de la contemplación y estudio del cielo, el que se figure que el hombre es el único objeto de que cuida el Creador, y el que no vea en el vasto y prodigioso aparato de que estamos rodeados, medio de existencia y conservación para muchas otras razas vivientes. Las estrellas, como antes dijimos, son otros tantos soles; y cada una es acaso en su esfera el centro de un mundo peculiar de planetas, como el nuestro, o de otros cuerpos de que no podemos formar idea[637].

---

636 D'ALEMBERT, 1985, págs. 182-187.

637 BELLO, 1957, OC, vol. XX, pág. 167.

En cuanto a Domeyko, dado su profundo catolicismo que lo llevaba a militar en las filas ultramontanas, ¿podemos identificarlo como un ilustrado?, y si lo era ¿Cómo integra razón y fe?. En su comentario de la silva a "La agricultura de la zona tórrida" de Bello, el polaco personificó en el venezolano el ideal del hombre ilustrado a la vez que estableció sus relaciones de su obra con Humboldt, relación que no es directa, sino paralela: "en esa hermosa composición don Andrés Bello es a un tiempo poeta, naturalista, hombre de imaginación, pensador profundo, y no es difícil presumir cuantas bellezas encierra esta naturaleza trópica que solamente la ciencia puede revelar y sólo un naturalista puede conocer[638]. Pero más adelante habla de las distancias que ambos, Domeyko y Bello, tenían con el autor de *Cosmos*:

Pero extrañaba, como lo oí confesar, que en una obra de esta naturaleza, el sabio que con tanto talento y penetración pasaba en revista los hechos más sorprendentes y maravillosos, coordinados con tanto orden en la creación, parece olvidar al Creador y ha podido fríamente, aunque con toda precisión matemática y cierto genio artístico literario, describir aquel sistema y orden admirable, sin manifestar esta unción religiosa que es tan natural e irresistible en un hombre de corazón cuando se eleva a la contemplación de las obras de Dios[639].

Domeyko nos revela acá apenas un atisbo de su concepción del universo, su orden y su funcionamiento como un todo gobernado por Dios, pues, al comentar el capítulo que Bello le dedica a las estrellas, estudiando a los astros binarios y sus cambios de colores, en tanto cuerpos sometidos a las leyes de Kepler, expresa: "a estas distancias, apenas accesibles a la imaginación, reina y gobierna la misma ley, la misma voluntad que en la tierra"[640].

---

638 DOMEYKO, 1867, pág. 9. En su *Ensayo acerca de la geografía de las plantas*, en el *Cuadro físico de las regiones equinocciales*, de 1807, así como la introducción de *Cosmos*, Humboldt habla de la zona tórrida; el mismo tema literario de Bello.

639 DOMEYKO, 1867, pág. 19.

640 De esta frase algunos de los comentaristas de Domeyko han sostenido que es una muestra de "la fe del positivista, al instauración de la ley, como eje de referencias y como forma válida de aprehender la realidad". Nuestro descuidado lector no se dio cuenta que Domeyko emula la palabra ley (regularidad de los fenómenos naturales) con el de voluntad (divina); esto además resulta un profundo anacronismo porque, como veremos, la obra de Comte no se conocería en Chile sino hasta dos años después de pronunciado este discurso; y por que el polaco es lo más representativo de un

Esto porque antes el polaco se había encargado de analizar los comentarios de Bello acerca de la naturaleza de las "nébulas" (nebulosas) que en un principio habían sido tenidas por "masa de la misma materia cósmica de que están formadas la tierra y todas las estrellas... que parecían haber sobrado al Creador de la hechura de tantos mundos o que se guardaban para la creación de otros nuevos" y, contra toda posibilidad de avance del conocimiento, se sorprendía de la pretensión humana:

Y no faltó entre los más hábiles observadores, quienes fijando sus telescopios en algunas de esas nébulas, divisasen en ellas síntomas de condensación, en otras formación más visible de otros orbes nebulosos, en otras ya unos mundos casi formados con focos de fuego en su centro, en otras en fin, estrellas apenas nacidas ¡Se lizonjeaban de haber sorprendido al creador en su obra![641].

Este es el meollo del carácter del pensamiento científico de Domeyko, de su concepción de la ciencia y el universo, pero también de otro aspecto que es central en su reflexión: Dios. Que la misma "voluntad" gobierne la tierra y el espacio sideral, es decir, el mundo y el cosmos, la tierra y el universo, quiere decir, no exactamente que sean las leyes de Kepler que se cumplen aquí y allá, sino que la "mano del creador", su voluntad, alcanza toda la "creación", o toda la materia. Esa afirmación, más que una concepción del universo en permanente movimiento y cambio es, paradójicamente una concepción "fijista", es decir, una idea del universo (como creación) fijo, acabado, perfecto y definitivo (y por lo tanto inmóvil) pues es obra de Dios. Como tal, el "mundo físico" es el "conjunto de *objetos de contemplación*", o un "sistema de *fuerzas* admirablemente combinadas", que en el fondo es "un tipo de "orden y de estabilidad" dominado por "principios inmutables"[642].

Estamos así, frente no sólo a lo profundo de sus convicciones, sino a una filosofía de la ciencia y a la vez una cosmología, una concepción de un universo creado, y ya concluido, por Dios, donde la actividad científica del hombre, la expansión del conocimiento, sólo puede

---

pensamiento que rechazaba la posibilidad del ser humano de conocer sin la guía de Dios. Véase: Manuel JOFRÉ BERRÍOS. "Ciencia, literatura, arte y religión en Domeyko", AUCH, VI, N° 14, julio de 2002, pág. 64.

641 DOMEYKO, 1867, pág. 12.

642 DOMEYKO, 1867, pág. 16. Las cursivas son del original, los subrayados son nuestros.

sorprenderse por la maravilla de la creación y expresarlo literaria y poéticamente. Esto es lo que le permite a Domeyko armonizar a Dios y a la Ciencia, a la razón y la espiritualidad, lo mundano y lo sagrado. Esto es lo que le permitía ser científico a la vez que firme defensor de la tradición en una institución como la Universidad de Chile, de fuertes rasgos modernos y cuando esos aspectos del pensamiento científico habían sido cuestionados, en latitudes como la europea, no sólo por el positivismo, sino también por el darwisnismo.

Asimismo, en su discurso de incorporación, el polaco se preocupó de armonizar otro aspecto de los descubrimientos científicos que hacían "ruido" a su concepción religiosa tan pegada al dogma católico: los descubrimientos paleontológicos y los avances de la geología, dos de sus preocupaciones más dilectas. Ante la aparición de fósiles cuya existencia la ciencia había demostrado que databan desde mucho antes de la existencia del hombre y de las fechas que la *Biblia* establecía para la creación del universo, sostenía:

El geólogo entonces le hará ver que esos cerros son cerros son monumentos de sepultura de millares de generaciones enteras de animales cuyas especies y familias han vivido en esos primeros *días de la Creación*, que eran largos intervalos de tiempo, *días* anteriores a la creación del hombre y al orden actual de la naturaleza (5): días para Dios, millares de siglos para el hombre[643].

Esta es una de las primeras manifestaciones en Chile de una polémica desatada en Europa respecto de este tipo de descubrimientos y las contradicciones con las Sagradas Escrituras, que Domeyko trae a la palestra como una estrategia defensiva ante la crítica de los científicos agnósticos o aun ateos. Pero ¿Había que temer a este avance de la incredulidad en Chile?, ¿quiénes podían ser parte de esto? La respuesta a estas preguntas no vendría desde el cuerpo académicos universitario, sino de los primeros cenáculos positivistas y la responderemos más adelante.

Así el fin último del texto es armonizar los descubrimientos científicos, geológicos, paleontológicos y arqueológicos con lo dicho por la *Biblia* para lo cual, más delante, nuevamente reaccionó echando mano de una cita de Aragó:

Hallo en la memoria de Halley una observación tanto más singular cuanto que proviene de un hombre que profesaba casi públicamente su incredulidad religiosa: esas nébulas escribía

643 DOMEYKO, 1867, pág. 14. El número "(5)" es una cita en la que se apoya el autor y que corresponde a: WISEMAN. *Discours sur les rapports entre la science et la religión revélée*.

el amigo de Newton, allanan plenamente la dificultad que diversas personas habían suscitado de la creación dada por Moisés, alegando que era imposible que la luz haya sido creada antes que la creación del sol. Las nébulas manifiestan lo contrario[644].

El subtítulo del discurso de Domeyko, "Ciencia, Literatura y Bellas Artes, relación que entre ellas existe", omite el eje central de su pensamiento científico pues él articula todas esas disciplinas del saber desde la religión; o más bien, ellas alcanzan profundidad y verdadero significado sólo cuando son enfocadas desde la noción de "maravillas de la naturaleza". Así, las ciencias son "creación" de una voluntad superior a cuyo conocimiento podemos acceder para, sólo entonces, contemplarlas en su verdadero significado; su más alto desarrollo se logra sólo cuando se llega al nivel de alguna de las grandes leyes que rigen el universo. Lo mismo sucede con la literatura y las bellas artes, cuando llegan a lo sublime, sus fronteras se diluyen en un sola idea, y esta idea, el origen de toda verdad y belleza, es la del Creador; es decir del sentimiento puro y religioso[645].

Ambos, el mineralogista Domeyko y el humanista Bello, están unidos por una concepción científica articulada desde una matriz religiosa y mística que buscaba armonizar el dogma religioso con los avances de la ciencia. Aunque en este aspecto el polaco es más dogmático que el venezolano, pues remata su discurso así:

[...] traté solamente de señalar un hecho que la historia de las ciencias y letras comprueban, y es que siempre que la ciencia en unión de la literatura y las bellas-artes se elevan a una perfección y sublimidad apenas accesibles al genio del hombre, tocan a una misma idea, a un mismo sentimiento, en una misma fuente buscan inspiraciones, y esa idea, sentimiento, fuente inagotable, es el conocimiento del Creador, apoyado en la Fe y en la revelación divina[646].

En resumen, creemos que el discurso de incorporación de Domeyko, pronunciado un cuarto de siglo después del discurso inaugural de la Universidad de Bello, es el último gran texto ilustrado que se conociera en Chile; como tal marca el fin de un extenso proceso en la historia intelectual y la historia de la ciencia de ese país. Esto no quiere decir que a partir de

---

644 ARAGÓ en: DOMEYKO, 1867, pág. 21.

645 DOMEYKO, 1867, pág. 21. Para afirmar esto el polaco se apoyaba "en un gran número de obras científicas", aunque sólo nombra a Grove y su *Correlación de las fuerzas físicas*.

646 DOMEYKO, 1867, pág. 23.

entonces inmediatamente se abrió espacio a un nuevo pensamiento, pero, de alguna manera, se estaba cerrando una larga etapa. No sabemos si Domeyko estaba consciente de ello, pero el hecho es que escribe sobre la unidad o la relación entre el cálculo y la poesía, entre el sentimiento y la razón, entre imaginación y ciencia, justo en el momento en que éstas comienzan a separarse o, más bien, en el momento en que se construye la noción contemporánea de que cada una de estas pertenecen a disciplinas, o áreas de la realidad, que tiene naturalezas distintas y que por lo tanto deben concebirse separadas. Es, además, el momento en que, contra toda defensa del dogma religioso, la ciencia se encamina a negar rotundamente ese dogma que aparece en las escrituras y en particular en la *Biblia*.

4.2.1.- ILUSTRACIÓN Y FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: LOS AMUNÁTEGUI Y BARROS ARANA

Durante la década de 1860 y aún después de la muerte de Bello, la matriz ilustrada de su pensamiento permanecía no sólo en el *establishment* académico sino también en el cultivo de la historia, donde se experimentaba un renovado impulso de la historiografía narrativa encabezada por Diego Barros Arana, los hermanos Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna. Los tres primeros habían sido compañeros de curso en el Instituto Nacional alrededor de 1840 y desde entonces todos habían secundado a Lastarria en varias de las sociedades culturales que éste había impulsado.

Por ser condiscípulos, y pertenecer a una generación que no había presenciado de cerca las luchas entre pipiolos y pelucones y la acción represiva de Portales, Barros Arana y los hermanos Amunátegui formaron el núcleo de discípulos más cercano al venezolano. Aunque la influencia de Bello también tuvo su némesis en el ascendiente que sobre los tres tuvo el latinista francés Luis Antonio Vendel-Heil, un socialista utópico que había llegado fortuitamente a Chile y, en virtud de sus credenciales contratado para hacer clases en el Instituto[647]. Pero, al contrario

---

647 Luis Antonio Vendel-Heil socialista utópico saintsimoniano llegó a Chile en 184 , cuando el barco en que viajaba naufragó en la bahía de Valparaíso. Pese a que experimentó un fuerte rechazo por sus ideas anticatólicas, fue contratado para impartir clases en el Instituto nacional, en virtud de su conocimiento de las lenguas clásicas. Fue maestro de nuestros tres historiadores influyendo de manera especial en Barros Arana; a su muerte, acaecida en 1854, el discípulo fue llamado a ocupar su lugar en la Facultad de Filosofía y Humanidades. En diciembre de 1855, cuando asumió en propiedad el cargo, pronunció un sentido elogio a su maestro donde lo reivindicaba. La influencia de Vendel-Heil sobre el joven fue mucho más allá, pues en esta época Barros Arana

de Mora, Barros Arana no se enfrentó con el fundador de la Universidad, así surgió una generación que había estado ausente del debate del venezolano con el español. Por ello se distinguen de la generación de Lastarria y Chacón, que, testigos de ese debate y, en algunos casos, víctimas políticas del régimen pelucón, eran más típicamente liberales y recelaban de Bello por su participación en el gobierno y su cercanía con el asesinado ministro. Una anécdota, contada por el autor de la *Historia General de Chile*, nos refleja la cercanía entre el sabio y los muchachos. En diciembre de 1846 los estudiantes del Instituto debía rendir el examen de latín con el que finalizaba sus estudios secundarios. Bello asistió y examinó personalmente a los jóvenes; cuando le tocó el turno a Miguel Luis, le pasó un volumen de Horacio y le dijo que lo abriera en alguna de las odas, el joven leyó perfectamente y luego tradujo exactamente los versos. El venezolano continuó interrogándolo más allá del programa, sobre distintos aspectos lingüísticos y gramaticales del idioma romano, a todo respondió el joven demostrando una rara profundidad en sus conocimientos[648]. Allí empezó no sólo la carrera de los Amunátegui, sino también la amistad y colaboración con Bello.

Al año siguiente Miguel Luis ganó en concurso de oposición el puesto de profesor de Humanidades del Instituto, donde se lució rindiendo un examen sobre Cicerón que enriqueció con datos biográficos desconocidos; pero como no tenía edad suficiente para ejercer, debió pedir una dispensa especial[649]. En 1848 el ministro Manuel Camilo Vial lo llamó a ocupar el puesto de oficial segundo de Oficina Central de Estadística. En esta época comenzó a militar en las filas liberales; pese a esto, el gobierno pelucón lo consideró en más de una oportunidad cuando vacaba algún cargo público. Muchas veces, y pese a la pobreza material en que estaba él y su familia, se negó a puestos muy bien remunerados cargos por no coincidir con sus certidumbres políticas. Una actitud distinta tuvo cuando, ese mismo año, Lastarria lo convocó junto a su hermano a colaborar gratuitamente en la *Revista de Santiago*. Sería muy largo seguir enumerando las facetas por las cuales pasó la carrera pública de Miguel Luis Amunátegui, sólo

---

abandonó el catolicismo y abrazó fervorosamente el liberalismo político y las ideas progresistas. El discurso tuvo una versión final publicada en 1873. BARROS ARANA, OC, 1914, vol. XII, págs. 185-230.

[648] BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 262.

[649] Debía enseñar latín, gramática castellana, toda la historia, geografía, cosmografía y matemáticas elementales. BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 276.

destacaremos su desempeño político: diputado desde 1864 (cargo en el que fue reelecto sucesivamente hasta su muerte), vicepresidente de esa Cámara y pre candidato liberal a la presidencia de la República en 1875. También se desempeñó en diversos cargos de Estado: oficial mayor del Ministerio del Interior, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, 1876 y de Relaciones Exteriores, desde 1887; y en puestos académicos: profesor del Instituto Nacional desde 1846, de la Facultad de Filosofía y Humanidades desde 1852 y Secretario General de la Universidad, desde 1860. A esto hay que agregar una nutrida carrera como publicista, redactor y director de diversos periódicos. En su desempeño más propiamente intelectual, destacó fundamentalmente como historiador y es aquí donde se incrustó de manera particular en el debate acerca de la forma de escribir historia.

En 1849 La facultad de Filosofía y Humanidades propuso como tema para el concurso histórico del año siguiente, una memoria sobre el llamado período de la Reconquista (1814-1817). Los hermanos presentaron un trabajo, cuando aún estaba fresca la polémica Lastarria-Bello-Chacón sobre la historia, según el comentario de Barros Arana:

Los hermanos Amunáteguis (sic.) no se dejaron arrastrar por esas brillantes teorías que parecían inventadas para halagar la imaginación utopista de los jóvenes, y para estimular la resistencia natural que los escritores novicios tienen para engolfarse en los estudios de prolija investigación, tan fatigosos la primera vez que se hacen y tan agradables cuando se ha adquirido la experiencia y el gusto por el trabajo[650].

No paró allí el elogio hecho a *La reconquista española. Apuntes para la historia de Chile, 1814-1817*, que los hermanos editaran en 1850 y que la comisión examinadora, integrada por los profesores Antonio García Reyes y Miguel de la Barra, aprobara sosteniendo "con complacencia que habían quedado satisfechos de la manera como estaba desempeñado el tema que la Facultad propuso"[651].

Recién inaugurado el gobierno de Montt, al igual que lo había hecho con Lastarria, Bello le encargó a Miguel Luis la redacción de la memoria que debía leerse en la sesión solemne de 1853. Amunátegui, que contaba entonces con 25 años de vida, leyó en la ocasión la introducción de lo que sería, según Barros Arana, uno de sus libros más notables: *La dictadura de O'Higgins*. El texto de marras, pronunciado en los momentos en que el gobierno de Manuel Montt desplegaba el grueso de su fuerza política avasalladoramente sobre la sociedad chilena y

650 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, págs. 288-289.

651 Ibid.

sus opositores políticos, estaba destinado a demostrar lo nefasto de la concentración de poderes públicos en una sola mano por ser contrario al "desenvolvimiento progresivo de la sociedad". Probablemente sólo la protección de Bello salvó al discípulo de sufrir la expulsión de la Universidad por un trabajo en que la analogía con el gobierno de Montt era más que evidente.

Pero, al contrario de lo ocurrido con la obra anterior, *La dictadura de O'Higgins*, junto con recibir el elogio del mismo Barros Arana, fue objeto de su crítica. Fiel a las enseñanzas de Bello, este historiador condenó que aparecieran en primer término "los hechos en que se propone fundar su teoría histórico-política", que llevaron a Amunátegui a destacar los errores cometidos por el gobernante, por sobre sus esfuerzos por consolidar la independencia e "impulsar el progreso social y científico de nuestra patria". Específicamente le criticó que "adolece del mismo defecto de casi todos los libros históricos concebidos bajo el sistema que los preceptistas llaman *ad probandum*"[652]. Llama profundamente la atención que el prolijo Barros Arana primero afirmara que los hermanos historiadores adhirieran al sistema de Bello y cuatro años después mudaran de método; máxime cuando el mismo comentarista sostenía, elogiando la obra sobre la reconquista, que:

Los Amunáteguis (sic) se adhirieron resueltamente a la doctrina defendida por don Andrés Bello, y desde entonces la sostuvieron en la discusión y en la práctica con argumentos nuevos, con los más brillantes ejemplos. Según ellos la historia narrativa tiene el interés del drama, en que conocemos de cerca y en todas sus interioridades a los hombres del pasado, viéndolos moverse y obrar como si vivieran en medio de nosotros. Sólo esta forma literaria puede desempeñar cumplidamente el papel justiciero de la historia, premiando las grandes acciones y condenando las malas. Por último –recalcaba Barros Arana-, la historia narrativa no excluye las observaciones filosóficas sobre los hombres y las cosas; antes por el contrario, ambos elementos se combinan perfectamente, como puede verse en los más grandes trabajos de la escuela histórica moderna[653].

Pero respecto de este notorio desbalance en que cae el comentarista, hay más. En 1860 Bello volvió a encargar a su dilecto discípulo la elaboración de la memoria histórica para el año siguiente. La comisión sirvió para que Amunátegui diera vida a *Descubrimiento y conquista de Chile*, cuya introducción leyó ante el claustro el 6 de octubre de 1861.

---

652 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, págs. 302-303.

653 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 289.

En su comentario Barros Arana sostuvo que "Esta introducción, concebida con un elevado espíritu filosófico, parece el desenvolvimiento del discurso que precede a *La dictadura de O'Higgins*, porque una y otra pieza tienden a la demostración de una idea fundamental", con lo cual estaba confirmando la adscripción de Amunátegui a la historia filosófica, o al método *ad probandum*, en su lenguaje . Pero, enseguida confirmaba lo que parece ser el coherente desarrollo de la misma tesis de *Descubrimiento y conquista*, esto es,

[...] que los gobiernos personales, en que todo el poder político se haya en las manos de un hombre o de algunos hombres, tienden necesariamente, y a pesar de las mejores intenciones, a engendrar el despotismo, a privar a los gobernados de toda iniciativa y a producir una situación que entorpece el progreso social[654].

Los comentarios a la obra de Amunátegui y las referencias al debate entre la historia filosófica y la narrativa, los hace Barros Arana en *Don Miguel Luis Amunátegui, 1828-1888*, la biografía que le dedicara a la muerte de su amigo[655]. ¿Qué sucedió que nuestro historiador no condena este cambio evidente en la orientación teórica de Amunátegui?, ¿Había una diferencia cuando escribían los hermanos que cuando lo hacía Miguel Luis solo?, ¿*La Dictadura de O'Higgins* es un libro en que su autor se venció, brevemente, a la vilipendiada historia filosófica?, o bien ¿El discípulo de Bello mudaba de método historiográfico dependiendo de las circunstancias, sobre todo políticas, que afectaban ese momento?.

Creemos que la explicación es más compleja. En este trabajo de Amunátegui hay una hipótesis fundamental que atraviesa toda la historiografía liberal del siglo XIX en torno a la cual se construyó una idea de Chile y su desarrollo histórico. Esta hipótesis concibe la iniciativa individual como motor de la historia y del progreso; para el liberalismo decimonónico, decir historia es decir progreso, si se ahoga esta iniciativa con un gobierno despótico se anula el avance, el progreso o, lo que es lo mismo, la historia. Así, el Descubrimiento y la Conquista fueron fruto de una "empresa individual" de los conquistadores; en la etapa que le siguió, la

---

654 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 330.

655 Barros Arana elaboró este trabajo en dos etapas distintas. Primero, en 1875, cuando se discutía en el seno del liberalismo la candidatura de Amunátegui a la Presidencia de la República y luego, en 1888, a la muerte de éste con los datos provenientes de sus actuaciones entre estas dos fechas. Puede verse que hemos tenido a la mano el texto completo aparecido en el volumen XIII de las *Obras Completas* de Barros Arana.

Colonia, esta iniciativa individual fue ahogada por el avance de la monarquía española que instauró un régimen "triste, monótono, sombrío, como un dique puesto para impedir la corriente de la civilización" y sigue Barros Arana: "La historia nacional no tenía hasta entonces páginas más filosóficas e instructivas que las que forman aquella introducción"[656].

De alguna manera Lastarria había hecho algo similar en la primera memoria leída en el mismo sitio que lo hiciera Amunátegui veinte años después, pero entonces ni el orador ni el liberalismo habían ganado el espacio político y el prestigio intelectual que rodeaba al joven Amunátegui. Esta hipótesis, compartida por la mayoría de los liberales chilenos del siglo XIX y por extensión hasta los del presente, es tan fuerte que, frente a ella, Barros Arana parece detener sus aprehensiones y críticas a la historia filosófica y sólo elogia a su constructor y centra su visión en el cuidado de Amunátegui en los "pormenores", la "prolijidad de la investigación y el colorido de la descripción"[657].

Hay aun otro aspecto que hace especial a la obra comentada. Barros Arana citaba a Michel Chevalier quien sostenía la superioridad en "interés y animación" de la historia de la conquista de América sobre los "poemas épicos antiguos o modernos"[658]. Hasta ese momento

---

656 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 330.

657 Ibid.

658 Michael Chevalier (1806-1879). Estudió en la École Polytechnique y posteriormente en la École des Mines, Dirigió sus intereses hacia la economía volviéndose un librecambista extremo; pero además adquirió una sólida formación científica. Después de la revolución de 1830 ingresó a la secta de los saintsimonianos, publicó artículos en *Le producteur* y *Le globe*, llegó a dirigir este último. Por esta militancia fue apresado y condenado, pero Thiers lo liberó y comisionó para hacer un viaje por América del Norte, México y Cuba, de cuyo periplo publicó algunos trabajos. Por su prestigio científico ingresó al Collège de France. Durante la revolución de 1848 combatió intelectualmente al comunismo de Louis Blanc con una serie de artículos sobre el trabajo. Su pensamiento economicista era apolítico por lo que en 1850 apoyó le golpe de Napoleón III y fue su consejero por 10 años. Perteneció a muchas sociedades científicas francesas y extranjeras; sus principales trabajos versaron sobre economía, monetarismo e historia.

esta máxima sólo podía demostrarse en la conquista de México y Perú y en los viajes de Colón y Balboa, pero Chile escapaba a esta lectura:

Amunátegui, con todo, ha sabido probar que la opinión de M. Chevalier es perfectamente exacta; y que estudiando las antiguas crónicas en sus más menudos detalles, compulsando prolijamente todos los documentos, se puede dar a la historia de la conquista de nuestro suelo ese interés arrobador que sólo es el patrimonio de las obras de imaginación[659].

Así, *Descubrimiento y conquista* no sólo fundaba una "épica liberal", una historia hecha por individualidades, a la manera del relato homérico, también, y con ello, ponía a Chile en el cauce de la historia universal contemporánea.

Pero vamos a continuar sobre este notorio desencuentro entre las certidumbres teóricas de Barros Arana y su aparente renuncia a la crítica. El autor de la *Historia General de Chile* a lo largo de sus biografías, que comprenden tres de los trece volúmenes de sus *Obras Completas*, es siempre extremadamente elogioso con sus personajes, máxime cuando los conoció o trató personalmente. Esto se transformó en un panegírico especialmente con la vida de Miguel Luis, su condiscípulo y amigo. Pero la explicación biográfica no basta para un tema como el que estamos tratando. También cabe una última interrogante ¿No es posible que en su *Don Miguel Luis Amunátegui*, de 1888, donde comentaba a su obra, Barros Arana estuviera mudando él mismo de método historiográfico? O bien, ¿No estaría reflejando sus propias dudas y evoluciones al enfrentar el comentario de la obra de otro historiador? Trataremos de dar respuesta a estas interrogantes.

Nuestro historiador retomó el debate entre la historia filosófica y la historia narrativa bastante tiempo después de los hechos que relata, al escribir la biografía de Amunátegui que, como hemos visto, tiene dos fechas de elaboración en 1875 y 1888. Producto de esto, las certidumbres que antes tenía parecen estar cambiado, sobre todo estaba revisando la validez de sus concepciones anteriores y su adscripción a las enseñanzas de Bello. Dejemos pendiente la respuesta a esta pregunta que contestaremos más adelante.

Diego Barros Arana, provenía de una familia aristocrática, fuertemente católica y conservadora, y poseedora de una apreciable fortuna que el joven heredó por la temprana muerte de ambos progenitores. Había estudiado en el Instituto bajo la dirección de Bilbao y Vendel-Heil; retirado por problemas de salud, siguió su formación en forma particular cuando su padre adquirió las bibliotecas de Miguel de la Barra y Juan Egaña, especializadas en obras

---

659 BARROS ARANA, 1914, OC, vol. XIII, pág. 331.

sobre América[660]. La obra histórica global de Barros Arana, que ha sido analizada por varios estudiosos, se caracteriza por descansar en una amplia y sólida base documental, en el estudio exhaustivo de diversas fuentes como diarios, documentos y correspondencia oficial, cartas y papeles privados y testimonios de muchos protagonistas que entrevistó, pero también por su pesada "narratividad", su apego al relato de los acontecimientos, su estilo excesivamente descriptivo; todos, elementos que Bello había inculcado a sus discípulos[661].

Durante el segundo gobierno de Bulnes, Barros Arana evolucionó claramente hacía el liberalismo, inclinación que, por respeto a su padre, dio a conocer sólo después de su muerte, acaecida en 1853. En la década de 1860 había conquistado un alto lugar en su carrera académica, que comenzó en 1855 al ser nombrado profesor en lugar de Miguel de la Barra y se consolidó cuando fue nombrado rector del Instituto en 1863. En esta época también había llegado a su madurez intelectual, situación que se puede apreciar en varias de sus publicaciones de carácter teórico en las que deja ver su concepción de la historia: en *Elementos de literatura (retórica y poética)*, de 1867 y *Nociones de historia literaria*, de 1869, que dos años después continuó con *Manual de composición literaria*.

Especialmente en *Elementos*, dirigido a los estudiantes de instrucción secundaria del Instituto Nacional cuando ya era rector, concentra los aspectos centrales de la escritura, el estilo literario, la poética y la oratoria y abarca todos los géneros de la composición literaria: la misma oratoria, la historia, la novela, la poesía y el periodismo. Puede verse que la temática de la obra estaba dirigida a formar cuadros políticos y administrativos del Estado que dominaran no sólo el arte de la escritura sino también de la palabra pronunciada en los foros como el Congreso y los clubes políticos, es decir, una educación liberal típica. Exceptuando la poesía, a lo largo de su larga carrera intelectual, él mismo desarrolló todos estos géneros.

---

660 Rolando Mellafe estudió el Fondo Barros Arana que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Chile; en él, el tema fundamental de la historia de América y de Chile era la Independencia. MELLAFE, 1958, págs. 11-30.

661 La obra de Barros Arana ha sido analizada por Rolando MELLAFE, 1858, Ricardo DONOSO, 1967; Sergio VILLALOBOS, 1998, y recientemente por Horacio CRESPO, 2001, entre otros.

En sus *Elementos* Barros Arana nos entrega el resumen de su concepción de la historia y de la escritura de ésta[662]. Nuestro historiador se mueve dentro del paradigma ilustrado que entendía el conocimiento dividido en esos dos enormes campos: el científico y el literario; pero dentro de éste lo que llama la atención es su concepción dual de la literatura; veamos que nos dice de esto en la introducción a su obra:

El dominio de la literatura abraza toda la extensión del pensamiento humano. Por medio del lenguaje y bajo formas diversas, nosotros expresamos las creaciones, las concepciones, los conocimientos y las pasiones del alma. Sin embargo, la literatura propiamente dicha, examina casi siempre las obras literarias tocando sólo los puntos de su superficie, sin abrazar los detalles y sin entrar en el fondo[663].

Dentro de este mismo acápite distingue la "retórica" de la "poética"; la "literatura seria" y las "bellas letras". Define a la obra literaria como producto de tres facultades humanas: "la inteligencia, la imaginación y el gusto"; la primera se divide entre el "genio" y el "talento" y las demás, las concibe como capacidades estéticas. Continua con las "reglas literarias" y la "crítica" a la que define como capacidad de hacer un "examen ilustrado" y establecer un "juicio equitativo de las obras de arte".

Además es notoria la capitulación del texto, compuesto de dos partes: la primera, la "composición" dividida en dos secciones; una, dedicada a las obras escritas en prosa, aborda el "estilo o elocución" donde, aparte de las definiciones formales, un acápite trata las "figuras del pensamiento"; otra, dedicada a la "métrica", aborda la creación poética, y de manera detallada las distintas formas de la versificación, rima, ritmo, etc.

La segunda parte de *Elementos* entra de lleno en el tema que nos preocupa. Está dedicada a la composición de las obras literarias. Entre las que se escriben en prosa se ubica la "composición oratoria"; fundamentada básicamente en Aristóteles, aborda las distintas formas de esta rama dividida en "sagrada", "deliberativa", "forense", "académica" y "militar". El segundo capítulo está dedicado a la historia. Como puede deducirse por el título, el orden de exposición y el desarrollo de los capítulos, la concepción de la historia que Barros Arana expone en sus *Elementos de literatura* está íntimamente ligada a la escritura; de manera que la forma de ésta es la que conforma a la disciplina histórica. Nuestro autor comienza definiendo

662 BARROS ARANA, 1905, págs. 7-11. Hemos tenido a la mano la octava edición corregida, Santiago, Mario Servat Editor.

663 BARROS ARANA, 1905, pág. 14.

etimológicamente la historia como “sabiduría” fruto de la “experiencia” y no de la “variedad de los estudios”, como “lección eterna de los pueblos y de los gobiernos”. En seguida despliega una evolución de la forma de escribir la historia íntimamente relacionada con la evolución de la civilización:

El arte histórico ha tenido y ha debido tener sus faces, determinadas por las fases de la civilización. La historia ha sido lo que ha sido el género humano: es decir, ha modificado sus formas y sus doctrinas según el grado de civilización de cada época y ha reflejado en sus páginas esa civilización[664].

Así recorría distintas formas de entender la historia, desde una “primitiva” o “puramente tradicional”, en que los hombres guardaron en la memoria el recuerdo de los “sucesos humanos y de las catástrofes de la naturaleza” y que se caracterizaba por la “intervención de la divinidad en los negocios humanos”. Le seguía una historia “heroica y poética”, donde los acontecimientos eran obras humanas, caracterizada por narrar la historia oralmente como poesía épica; continuaba con la invención de un sistema de escritura, y el desarrollo de la prosa que a la historia “despojó de todo lo que tenía de simbólico y sobrehumano”. Ejemplificaba este proceso recurriendo a Heródoto, que marcó una transición entre el poema y la historia, después del cual la disciplina se había formado definitivamente con los griegos Tucídides, Jenofonte y Polibio y los romanos Tito Livio y Tácito[665]. Esta historia cultivada en la antigüedad tenía características comunes: se centraba en dar a conocer el “carácter” de los personajes, agrupaba una gran cantidad de sucesos presentando el contexto de la historia civil, política y militar a la vez que las ideas, las instituciones y hasta la industria de esos pueblos. En la Edad Media la disciplina había continuado estos derroteros: primero fue “poética y maravillosa”, luego “verídica y razonada”, pero el aislamiento de la época hizo que la disciplina perdiera el carácter general y adquiriera uno “descriptivo y pintoresco”. En esta etapa destacaron el cronista francés Froissard y Felipe de Comines. El Renacimiento había marcado una revolución en el “arte de escribir la historia”; la invención de la imprenta resucitó las obras de la antigüedad clásica y las imitó pero sin la profundidad de aquellas “ni su rigurosa precisión del estilo”. Si bien hubo buenos escritores e investigadores cuidadosos y escrupulosos no hubo historiadores de igual calado en el sentido moderno del concepto. Pero en el siglo XVII se había producido una “reforma radical” con el nacimiento de la “historia filosófica”:

---

664 BARROS ARANA, 1905, págs. 173-174.

665 BARROS ARANA, 1905, págs. 174-175.

Algunos historiadores comprendieron que era necesario encadenar los hechos por medio de una idea capital, convencidos de que la sucesión de los acontecimientos no tendrían interés alguno si se les contaba siguiendo sólo el orden de las fechas y como ocurridos al azar. Bossuet, a quien se le puede adjudicar la gloria de reformador, se apoderó de todos los acontecimientos que habían pasado desde la creación del mundo (según la Biblia) hasta la venida del Mesías; y colocándose sobre el nivel de la esfera humana, tomó por plan de su obra el designio de la Providencia[666].

Pero este impulso era insuficiente ya que la "teoría del providencialismo" privaba a la historia de "gran parte de su importancia de ciencia experimental" porque el protagonismo humano era relegado a la dirección de la providencia divina: "¿Cómo prever el porvenir en el estudio del pasado cuando el porvenir y el pasado eran extraños a la influencia de los hombres?", preguntaba nuestro historiador. En forma paralela a esta escuela providencialista, otros filósofos buscaron la explicación de los sucesos humanos. Voltaire planteó que los acontecimientos históricos estaban eslabonados entre sí y se desenvolvían en una sucesión ininterrumpida de causas y efectos:

La historia según él –nos explica Barros Arana- no es sólo la vida de los soberanos, de los ministros, de los generales, o la narración de las guerras civiles o extranjeras, de las batallas y de los sitios, sino el cuadro fiel de las instituciones políticas y sociales a través de los siglos, y del carácter y espíritu de las naciones. Para ser verdaderamente útil el estudio de la historia debe comprender el de todos los elementos de la civilización: las leyes, las costumbres, la religión, las artes, el comercio, la industria; y señalar el progreso sucesivo de todos estos elementos, porque todo ellos ejercen influencia en la marcha de la humanidad; son la consecuencia de hechos anteriores y pasan a su vez a ser el antecedente de muchos otros[667].

Esta "doctrina literaria", como la define nuestro autor, desarrollada por el filósofo francés, establecía que el historiador debe siempre descubrir la sucesión de causas y efectos. Voltaire desarrolló esto no sólo como teoría sino también la aplicó a algunas obras históricas "que ahora son un modelo en su género" y fue seguido en su afán por otros que profundizaron y

666 BARROS ARANA, 1905, pág. 177.

667 BARROS ARANA, 1905, págs. 177-178.

aclararon otros aspectos, como los ingleses Robertson, Gibbon y Hume[668]. La transformación continuó en el siglo XIX con el desarrollo de otras disciplinas que ensancharon el "dominio de la historia" como los progresos de los "estudios accesorios", las ciencias sociales, la arqueología, la paleontología, la numismática, la geografía, la etnografía, la lingüística, etc. Todo esto había implicado un avance en el conocimiento de las sociedades antiguas y en el desarrollo de escuelas históricas en Europa, especialmente en Alemania, Francia e Inglaterra y el los Estados Unidos. De ello también se derivaba la existencia de dos "sistemas" para escribir la historia. El sistema *ad probandum* o filosófico, que:

Consiste ... en señalar los hechos principales, cuidadosamente investigados, en exponerlos con claridad, pero sin grande acopio de pormenores y en deducir de allí las observaciones que el historiador quiere comunicar a sus lectores. Según este sistema, el pensamiento filosófico, la idea capital que el historiador quiere desarrollar, es casi la parte principal de la historia: los hechos no son más que el corolario, o más bien dicho, la prueba del pensamiento del historiador[669].

Contraria a esta metodología había otra que definía como "más modesta" y por la cual Barros Arana se inclinaba más: el sistema *ad narrandum* o narrativo.

Sus defensores recomiendan que el escritor estudie todos los sucesos mediante la más minuciosa investigación, que los exponga con todos los pormenores posibles, exceptuando sólo los que no interesan a la posteridad, que encadene esos sucesos narrándolos en el mismo orden en que acaecieron, que les de su verdadero colorido, y que, absteniéndose en parte o del todo, en dar su juicio propio, deje al lector en estado de fallar por sí mismo[670].

Frente a la pregunta de cuál de las dos metodologías era la más aceptable, Barros Arana aceptaba que el debate y la elección eran complejos. Esto porque había un grupo que se inclinaba por aplicar el segundo a los sucesos que no tenían mayor relevancia, y cuando los acontecimientos analizados fueran importantes para una sociedad, había que aplicar el sistema filosófico para extraer del análisis "profundas y severas lecciones". Empero, nuestro historiador

---

668 Edward Gibbon, historiador inglés; Bello, por ejemplo, leyó de él su *The History of the decline and fall of the Romane Empire*. Hemos tenido a la mano la edición de David Womersley, 3 vols., London, Allen Lane, The Penguin Press, 1994.

669 BARROS ARANA, 1905, pág. 179.

670 Ibid.

concluía que no había ningún acontecimiento sencillo como para no sacar conclusiones importantes de él, más aun, "no hay asunto que no pueda ser tratado por el sistema *ad probandum*". Pero este método, pese a que "ha producido verdaderas obras maestras de sagacidad y de crítica filosófica, extravía fácilmente al historiador, induciéndolo a buscar en los hechos sólo un fundamento en que apoyar ciertas teorías"[671].

Podemos ver que el temor de Barros Arana era que los prejuicios, las certidumbres políticas previas o simplemente las creencias arraigadas, estuviesen primero en la investigación y dificultasen un análisis objetivo de los hechos. Pero además, la obra histórica, como toda composición literaria, debía ser una obra de arte, aunque advertía que no había que transgredir el principio de que "el primer deber del historiador de nuestro tiempo" era que ese conocimiento fuese "verdadero". Este principio rector hacia necesaria la revisión prolija de todos los documentos y el examen de todos los autores que escribieron acerca de los sucesos; sólo así la "crítica histórica" se convertía en una "ciencia de observación". Pero además se debía estudiar todo lo atingente a las instituciones políticas, civiles y militares, para poder captar la evolución de las sociedades, conocer sus leyes y doctrinas "puesto que ahí está el secreto de sus destinos".

Para Barros Arana, la historia, la más difícil de las disciplinas literarias, tenía una finalidad que no era solamente el consignar los hechos del pasado, sino también "recordarlo a la posteridad para que puedan servir de enseñanza". De ahí se desprendía todo un glosario de conceptos. El "hecho" histórico, en sí, era una noción compleja:

Se denomina así un acto material y palpable, como un combate, un homicidio, un viaje; y también el resultado moral de ese acto material. Las investigaciones del historiador tendrán, pues, dos objetos: por una parte, los hechos reducidos a su sencillez física, cuando se trata de saber si en efecto han acaecido y cuáles han sido realmente las circunstancias sensibles y exteriores; por otra parte, su carácter moral, es decir, su encadenamiento, sus causas, sus efectos, sus consecuencias, porque es menester determinar qué voluntades han tomado parte en el hecho, qué influencias han ejercido, qué cambios han operado, a qué nuevos hechos han dado lugar. El historiador no puede conseguir este resultado sino después de un maduro estudio de las fuentes históricas, hasta asegurarse de la verdad de los hechos, reunir todas las informaciones necesarias para exponerlos con exactitud, y evitar que la historia baje al rango de cuentos pueriles o de perniciosas imposturas[672].

---

671 BARROS ARANA, 1905, pág. 180.

672 BARROS ARANA, 1905, págs. 181.

Pero ¿cómo elegir qué hechos son dignos de presentarse?, esta segunda elección, más difícil aún, era fruto más que del estudio, de la "observación", es decir, de la capacidad para distinguir la importancia que tenían para la posteridad "y que dan a conocer ciertas fases del estado social de un pueblo". El "encadenamiento" con que se los presente debía enseñar "la lógica de los sucesos humanos", presentándolos en orden para que el lector pudiera comprender primero las causas y pudiera luego deducir los efectos[673].

En seguida, nuestro autor hacía una serie de recomendaciones de diferente orden; algunas metodológicas: sobre el tiempo y el lugar, la forma de dar "unidad" a los acontecimientos en la narración "ligando todos los detalles a un hecho o a una idea principal"; otras que tenían que ver con la ética del historiador quien "debe además tener una amor verdadero por la justicia y por la humanidad", para que si se manifestaba la pasión y el ardor, éstos debían estar de acuerdo con esos valores; y otros alcances de estilo, recursos históricos que tenían que ver con "lugares", es decir, cómo insertar en el texto las máximas o reflexiones, los retratos y paralelos, los discursos, las descripciones y las disgresiones.

También señalaba los distintos temas que debía abordar, que son "todos los elementos que entran en la organización de la humanidad", es decir, religión, política, literatura, ciencias y artes. No se debía omitir nada relevante y abordaba las divisiones de estos temas en historia "sagrada" y "profana", dividiendo la primera en sagrada (bíblica), propiamente tal, e historia "eclesiástica". La "profana" se preocupaba de las relaciones de los hombres entre sí (social, política) y del desarrollo de la inteligencia. En el primer caso se llamaba "civil" y en el segundo historia "literaria" o de las ciencias. Si la historia civil abrazaba todos los pueblos y todos los tiempos, se llamaba "universal"; si se ocupaba de una sola nación, era "general"; si se refería sólo a una región o ciudad, era "particular"; si se refería a un tipo de acontecimientos, económicos, políticos, o militares, se denominaba "especial". Finalmente estaban las "crónicas" y los "anales"; las primeras eran escritas por testigos, contemporáneos a los hechos relatados; los segundos eran libros en que los sucesos estaban referidos año con año. Pero estas dos últimas formas no eran aceptadas por el historiador, puesto que no cumplían con el requisito fundamental de la disciplina, pues éste: "agrupa estos hechos, demuestra su encadenamiento, aprecia a los hombres y las cosas, y de la ciencia del pasado trata de sacar una enseñanza para el porvenir"[674].

---

673 BARROS ARANA, 1905, págs. 184-187.

674 BARROS ARANA, 1905, pág. 189.

La historia literaria o de las ciencias, que comprendía también las artes, "es la historia del espíritu humano y de todas las formas bajo las cuales manifiesta su pensamiento", en que el historiador debía averiguar sus antecedentes y las consecuencias, y exponerlas de manera que "se comprenda el encadenamiento de los progresos del espíritu del mismo modo que se comprendería el de los sucesos humanos", y tiene las mismas subdivisiones de la historia civil. Para terminar, Barros Arana nos demuestra su concepción de la historia como una disciplina fundamentalmente humana o centrada en el hombre, puesto que había otra disciplina llamada "historia natural" que abarcaba la zoología, la botánica y la geología, que para él no eran disciplinas propiamente históricas[675].

Hemos dejado para el final la biografía, género, como hemos visto, caro para nuestro historiador y en el que logró muy buenos resultados, aunque advertía que "tiene sin duda menos grandiosidad y menos majestad" pero que, sin embargo, interesaba mucho a los lectores pues les permitía tener una conocimiento más íntimo de los personajes. Acá el historiador debía explayarse largamente en los más pequeños detalles, dar a conocer la vida privada y pública de los personajes, elementos que hicieran conocer su "verdadero carácter". Para el final dejaba las autobiografías y las memorias, las primeras debían ser cortas y las segundas se denominaban así cuando el autor no se limitaba a relatar sólo su vida, sino también daba detalles del contexto histórico en que su vida se desarrolló[676].

No podemos dejar pasar el análisis de la obra de Barros Arana sin una conclusión al menos parcial, puesto que el hecho de que clasificara la historia dentro de la literatura nos resulta muy sugerente. Primero, y ya lo habíamos dicho, su concepción de la historia, su forma de investigarla, pero sobre todo, de escribirla, se inscribe dentro de los preceptos ilustrados dictados por Bello, es decir, dentro de la clasificación que Bello y Domeyko manejaban del conocimiento humano dividiéndolo entre ciencia y literatura. En seguida, y derivado de aquello, este es el primer intento en Chile de dar un orden conceptual y metodológico a la escritura de la historia, no así a su investigación que aparece menos en el desarrollo de este trabajo; ello se ve cuando distingue los dos métodos de escritura (*ad probandum y ad narrandum*) y cuando se advierte cómo clasifica las sub áreas en que se divide la disciplina. Tercero, la concepción de la historia que maneja Barros Arana es lo que define como "ciencia de los hechos pasados", es la de una ciencia propiamente humana, pues no tiene otro objeto que los hechos del hombre a través del tiempo y del espacio, con lo que rompía con la concepción de "historia natural" que

675 BARROS ARANA, 1905, pág. 190.

676 BARROS ARANA, 1905, pág. 191.

manejaban los cronistas medievales, especialmente los eclesiásticos. Finalmente, el carácter de esta ciencia era distinto de las ciencias de la naturaleza, puesto que si tenía como objeto al ser humano tenía prescripciones "morales", es decir, debía servir para "sacar una enseñanza para el porvenir" y para ello, indefectiblemente, tenía que llegar a la "verdad".

4.2.2.- LASTARRIA Y LA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

En 1868 Lastarria reunió en su *Miscelania histórica y literaria* aquellos textos de su obra escrita durante casi treinta años que él consideraba "menos malos"[677]. Esta recopilación fue realizada en un momento crucial de su biografía intelectual: cuando intentaba reubicarse en el debate en el momento en que los Amunátegui y Barros Arana estaban desarrollando una gran cantidad de trabajos históricos y, cuando precisamente intentó darle un carácter científico a la disciplina. Además, en esta época comenzó a leer a Comte y, más exactamente, a éste a través de Emil Littré. No hemos podido establecer la fecha exacta de estas lecturas, pero indudablemente escribió el prólogo ese año. Por su concepción de la historia como ciencia, la introducción a la *Miscelania* es un texto liminar entre la historia filosófica de raíz voltairiana y la influencia del positivismo comteano y littreano, y lo trataremos de demostrar en las siguientes páginas[678].

---

677 La *Miscelánea histórica y literaria* consta de tres volúmenes. El primero, cuyo trabajo central analizaremos en el siguiente capítulo, reúne los ensayos históricos más importantes: sus "Investigaciones" la memoria que leyera ante los profesores de la Universidad en 1844, su "Bosquejo" sobre la historia constitucional de Chile y *Don Diego Portales, juicio histórico*, escrito en 1853, un "juicio" (en todo el sentido de la palabra) sobre el paladín del conservadurismo. El segundo volumen está dedicado a los trabajos literarios como el –según su autor- "mal discurso" ante la Sociedad Literaria en 1842, además de varios cuentos (éstos sí, de dudosa calidad literaria). El último tomo reúne "artículos de costumbre". Todos estos trabajos estaban guiados por la necesidad de su autor de "atacar el pasado y preparar la regeneración en las ideas, en el sentimiento y en las costumbres". LASTARRIA, 1868, I, pág. XXII (prólogo).

678 Ni en la *Miscelánea* ni en sus *Recuerdos* Lastarria nos entrega fechas exactas de cuándo escribió una y comenzó sus lecturas positivistas, pero indudablemente éstas comenzaron en 1868. Véase: LASTARRIA, 1868, pág. XV, y 1968, pág. 227.

Lastarria hizo esta nueva revisión de la definición de la concepción de la historia ¡24 años después del debate con Bello!. ¿Porqué retomaba ese debate desterrado de las preocupaciones intelectuales de la década de 1860, más centradas en consolidar una transición política destinada a liberalizar el Estado pelucón, después de tanto años de lucha política y militar?

Hemos podido hacernos una idea general de nuestro intelectual, preocupado no sólo del cambio político, sino también de impulsar los debates intelectuales que acompañaran esa transición. Los críticos de su obra, tantos sus contemporáneos como los que le siguieron, han destacado su excesivo personalismo y vanidad, situación que resulta indiscutible, pero que es menos importante que los resultados concretos de su obra. Sus actuaciones públicas y su obra intelectual prueban indiscutiblemente lo que planteamos. Las "incursiones" de Lastarria en la historia habían sido intencionalmente ignoradas por el *establishment* académico de la Universidad, en el que había una presencia gravitante del tradicionalismo católico; cuando tuvo suerte, sus trabajos fueron duramente criticados por las nuevas generaciones compuestas por sus propios compañeros, seguidores de las enseñanzas de Bello.

En el prólogo a la *Miscelánea* Lastarria recordó brevemente el obliterado debate que generaron sus *Investigaciones*, leídas ante el claustro universitario, y la polémica de tres años después que en la misma institución suscitó su *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile*. Recordemos que esta última obra había sido causante del segundo debate, esta vez entre el sabio venezolano y Jacinto Chacón. Ahora Lastarria se encargó de aclarar enfáticamente que él no condenaba la "historia de los hechos", pese a que no se dedicaba a escribirla, y que su pretensión era "apoderarse" de ellos "para estudiarlos en sus orígenes y resultados, es decir, en las ideas que los produjeron y en su influencia social". Puede verse la impronta idealista de los afanes interpretativos de Lastarria que expresaba una necesidad de desentrañar el significado de las ideas que suscitaron esos hechos y afirmaba sus asertos citando a Lamartine:

La imparcialidad de la historia no es el espejo que solamente refleja los objetos. Es la del juez que ve, que escucha y pronuncia. Los anales no son la historia: para que ésta merezca tal nombre, necesita una conciencia, porque ella más tarde llega a ser la del género humano. La narración vivificada por la imaginación, reflejada y juzgada por la sabiduría, tal es la historia

como la entendían los antiguos, y tal como yo querría dejar de ella un fragmento a mi país, si Dios se dignara a guiar mi pluma[679].

Ocupaba esta frase, además del profundo sentido que aceptaba para su propia concepción de la historia, para criticar la excesiva narratividad de los trabajos de los historiadores nacionales que se ocupaban de "consejas vulgares y de detalles insignificantes... de este modo han torturado la paciencia de los lectores", haciendo que el sentido de la historia se perdiera para el lector común. Enseguida exponía su contemporánea concepción de la disciplina como el "conocimiento de la leyes que rigen el universo moral". Estamos acá frente a un aspecto crucial de nuestro trabajo. En nuestra introducción hemos planteado que el positivismo, que hunde sus raíces en la ilustración, estaba constituido por una serie de postulados filosóficos y teóricos acerca de la ciencia y el conocimiento, a partir de los cuales Comte delineó los primeros trazos para estructurar un conocimiento científico de la sociedad. En 1868 Lastarria entró de lleno en esta discusión aceptando la crítica de los científicos "duros" quienes sostenían que "no merecen el nombre de ciencias las morales y políticas, porque no son más que el conocimiento de sistemas y razonamientos más o menos ingeniosos", y –puesto que la verdadera ciencia está fundada en "hechos y demostraciones incontestables-, se preguntaba: "¿Por qué no podríamos dar las ciencias sociales una base igual en los hechos y en la experiencia?"[680].

El camino que proponía nuestro autor era "el mismo método que adoptan los sabios" y que consistía en dar a las ciencias sociales como único punto de partida los "hechos evidentes, estudiados en sus causas y resultados, hasta averiguar con certidumbre sus leyes". En seguida planteaba al camino a seguir:

Ellos –los científicos "duros"- no se limitan a exponer los hechos naturales, sino que estudian sus relaciones, el modo cómo se producen, como se encadenan y suceden; es decir, estudian el fenómeno y sus leyes y alcanzan resultados que asombran. ¿Y por ventura, la naturaleza humana carece de leyes? Sus fenómenos o sus hechos, obra casi siempre de la fuerza y la violencia, del error impuesto o de las creencias dictadas, de sistemas arbitrarios y

---

679 Lastarria no entrega referencia de donde sacó la cita pero nos otorga una pista que completa el sentido de profunda apropiación que hace de este párrafo de Lamartine en el momento de escribir su *Bosquejo*: "yo no conocía estas palabras, pero sentía su verdad", afirmaba. LASTARRIA, 1868, pág. XIV.

680 LASTARRIA, 1868, pág. XV.

caprichosos, de intereses generales exclusivos y particulares, ¿no tienen relación y encadenamiento entre sí, como los hechos del mundo físico?[681].

Vemos que Lastarria estaba avanzando por el mismo camino que Comte había hecho para las ciencias sociales europeas, sin embargo, no hay ninguna referencia al filósofo francés ni a sus discípulos. ¿Cuáles eran las bases de este cambio de concepción? ¿Cuáles eran sus nuevas lecturas?

No creemos que haya leído a Comte antes de esta fecha, pero sí había asimilado el concepto de "ciencias sociales" para referirse globalmente a los fenómenos del –en sus propias palabras- "universo moral y político". En lo fundamental las referencias y lecturas de nuestro autor son aún las mismas de las cuales había echado mano desde que comenzara su producción en la década de 1830: el historiador Lamartine, el escritor Víctor Hugo, los filósofos políticos Quinet y C. Cantú; todos pertenecientes a la etapa en que dominó intelectualmente el "romanticismo" o como los definiera el mismo Lastarria, de la "escuela francesa y el eclecticismo filosófico". Pese a esto se hacía las mismas preguntas y partía de los mismos supuestos que sus contemporáneos europeos: el traslado de los métodos de las ciencias naturales a las ciencias sociales.

Producto del debate con Bello, nuestro autor aceptó su derrota, al menos en sus intenciones de influir en el ambiente intelectual local: "mis ideas –decía- no habían hecho suerte pero me quedaban la política especulativa o científica y la literatura, como medios poderosos para combatir el pasado y abrir campo a la verdad y a la nueva civilización". Su nueva concepción de la ciencia como instrumento para comprender y, sobre todo, transformar la sociedad, se alejaba de sus anteriores sustentos metafísicos (Dios, la providencia, etc.), aunque mantenía algunas nociones como la "búsqueda de la verdad" hecha por el "espíritu". Además, abandonaba la dualidad entre ciencia y literatura, que había dominado toda la primera mitad del siglo en el ambiente intelectual chileno, y auguraba la constitución de la sociología como disciplina fundamental:

No basta –concluía en su prólogo- cultivar la ciencia social. La conformación y solidez de sus nuevas bases depende mucho de la ciencia natural, y es necesario que el espíritu no busque por un solo camino la verdad. La observación es el instrumento para servir al estudio, y

---

681 LASTARRIA, 1868, págs. XV y XVI.

la observación no puede ser trunca ni limitada: debe extenderse a todos los ámbitos de la naturaleza[682].

Tanto por la fecha en que fue escrito, por el sordo debate en que confrontaba a Barros Arana, por el cambio conceptual que en él se puede percibir, como por constituir una "puesta al día" no sólo de la temática, sino también de la interpretación y comprensión que Lastarria busca de su propia obra anterior, este prólogo es un texto de transición. Se ubica en los límites entre la concepción ilustrada y romántica, y la posibilidad de cientifizar el conocimiento social, y una concepción más moderna y científica que nos da pistas sobre su preparación intelectual para comprender un nuevo lenguaje científico acerca de la sociedad, nos augura su conversión al positivismo y reubica a la historia en el centro de sus preocupaciones, aunque, paradójicamente, nunca se dedicaría de lleno al cultivo de esta disciplina.

4.3.- UN NUEVO VALENTÍN LETELIER Y EL POSITIVISMO INDUCTIVO LIDERAZGO INTELECTUAL:

El segundo gran intelectual positivista fue Valentín Letelier Madariaga (1852-1919). Su familia, de ascendencia galo-vizcaína, era originaria de Talca, pero él, nació en la cercana Linares; era el tercero de once hijos de un agricultor que gradualmente venía a menos conforme aumentaba su prole. El muchacho estudió en el Liceo de Talca; por sus excelentes calificaciones fue enviado al Instituto Nacional donde cursó su educación media entre 1867 y 1871, durante el rectorado de Diego Barros Arana (1863-1873). El historiador, que fue su maestro, impulsaba ahí una reforma educacional que benefició directamente al joven, inclinado tempranamente hacia la filosofía y las humanidades[683]. Allí en 1870 escribió por primera vez en *El Alba*, el periódico de los estudiantes, un poema en verso "La ventura"; meses después en el diario *La república* publicó una "Oración Fúnebre" a uno de sus compañeros muerto. Al año siguiente, en *El Alba* apareció un texto suyo sobre Andrés Bello y otros acerca de la "enseñanza obligatoria", que lo ubicaba como un verdadero adelantado a su época[684]. En abril de 1872, meses después de haber egresado del Instituto, escribió un ensayo titulado *Consideraciones sobre la grandeza y la decadencia de los romanos*,

682 LASTARRIA, 1868, págs. XXV.

683 GALDAMEZ. 1933, pág. 18.

684 Letelier murió en junio de 1919, un año antes de ver consagrada la Ley de instrucción Primaria Obligatoria, aprobada en julio de 1920.

comentando la obra de Montesquieu. Para ello había traducido al filósofo francés y revelaba, además de la atenta lectura de *Cartas persas* y *El Espíritu de la leyes*, su temprano interés por la historia: "He aquí a Montesquieu –comentaba el joven-, el filósofo de la historia. Cuando se la ha leído una vez en cualquiera página, se le reconoce donde se le encuentre"[685].

Letelier dio su examen de bachillerato el 5 de enero de 1872[686]. Ese mismo año ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Para solventar sus gastos, entre 1873 y 1874, trabajó como profesor de historia antigua del Instituto Americano de Santiago.

En el transcurso de sus años universitarios leyó sistemáticamente a Montesquieu y Condorcet, los mismos filósofos que leyó tempranamente Comte, y se especializó en el conocimiento de la historia y el Derecho. No por casualidad continuó después leyendo al positivista galo y convenciéndose el mismo de la validez de sus postulados. Aproximadamente desde 1870, Letelier comenzó a asistir al Círculo Positivista donde se familiarizó con Littré y *Auguste Comte et la philosophie positive*, que ya citáramos. La reacción que produjo en el joven chileno fue la misma que en Lastarria: no pasó por alto las advertencias y críticas del comentarista y se inclinó más por seguir la primera etapa de Comte y no su propuesta de fundar una religión nueva[687]. En mayo de 1875 Letelier se graduó de abogado y una semana después recibió el nombramiento de profesor de Literatura y Filosofía en el Liceo de Copiapó[688]. Anotemos al margen que Letelier ingresó al Instituto dos años después de la muerte de Bello y un año después del "Discurso de incorporación" de Domeyko a la facultad de Filosofía y Humanidades. Esto lo ubicaba en una nueva generación intelectual que, si bien se educó en el sistema secundario y universitario iluminista que estos personajes habían implementado, su influencia fue mucho menor que la ejercida sobre las generaciones anteriores. Vamos a analizar el proceso intelectual de este nuevo personaje.

---

685 GALDAMEZ. 1933, pág. 23.

686 La comisión examinadora estuvo compuesta por el rector Barros Arana, y los profesores Ramón Briceño y Baldomero Pizarro. GALDAMEZ. 1933, pág. 24.

687 GALDAMEZ. 1933, pág. 34.

688 FIGUEROA. 1931, IV, pág. 41.

4.3.1.- LETELIER EN COPIAPÓ: AÑOS DE CONSAGRACIÓN PROFESIONAL E INTELECTUAL

Valentín Letelier fue nombrado profesor en Copiapó el 17 de mayo de 1875. En esa época, la ciudad que lo recibió, que estaba en el límite norte del país, en la "otra frontera" chilena, era una de las más ricas y prósperas de Chile gracias a la minería. Tenía sólo 11.432 habitantes que se elevaban a 20.000 con los distritos mineros circundantes; el departamento de Copiapó tenía en total 31.877 y la provincia entera, 71.438[689]. El puerto de Caldera, distante pocos kilómetros, era la puerta que la conectaba con el mundo y por donde salían los minerales de plata, oro y cobre y llegaban compañías teatrales internacionales después de pasar por Santiago y Valparaíso. Bancos, negocios, una activa Sociedad de Artesanos (con contactos con la de Valparaíso), cuerpo de bomberos y clubes sociales, monumentos públicos, leyendas mineras e historias de revoluciones políticas, enmarcaban el cuadro de una sociedad rica y en pleno crecimiento. La ciudad tenía tres diarios y algún periódico; colegios particulares, escuelas públicas y privadas, círculos literarios, ligas de protección para estudiantes y asociaciones de ayuda mutua completaban un pequeño aunque complejo cuadro social y político[690].

El Liceo de Copiapó, que a lo largo de sus diez años de vida se había consagrado como la institución educativa más importante, cumplía todas las funciones que la ley prescribía para esas instituciones, pues tenía un internado y tomaba los exámenes a colegios particulares. Estaba bajo el rectorado de José Antonio Carvajal y en ella ejercían intelectuales tan importantes como Juan Serapio Lois y Abilio Arancibia[691]. El reciente nombramiento como intendente de la provincia del político radical Guillermo Matta no hacía más que confirmar que, pese a la derrota militar de 1859, la región había obtenido del gobierno central frutos políticos y algunas garantías que le permitían un desarrollo administrativo más independiente de la capital[692].

---

689 CENSO 19-IV-1875.

690 GALDAMEZ, 1933, pág. 38.

691 Abilio Arancibia fue profesor y pedagogo; primero desempeñó el puesto de profesor del Liceo de Copiapó (1873) y luego Rector del Liceo de Concepción (1891). Escribió dos obras *Catecismo de moral independiente* (Copiapó, 1877) y *Catecismo de moral* (Concepción, 1886). FIGUEROA, 1931, tomo I, pág. 532.

692 Guillermo Matta Goyeneche (Copiapó, 1829) pertenecía a una familia de industriales mineros, políticos e intelectuales militantes del Partido Radical. Estudió en

Letelier llegó a este ambiente social y político después de la revolución de 1859, la formación del Partido Radical y la creación de una filial de la Sociedad de la Unión Americana. Todo esto hacía que la región fuese denominada "roja", por su tendencia mayoritaria a la "izquierda" política de la época: el liberalismo más radical [693]. Él mismo como neófito positivista llegaba al mejor lugar para sus ideas y para consolidar aspiraciones políticas e intelectuales.

En Copiapó, para "desempeñar dignamente la cátedra de filosofía –diría años después Letelier- hube de estudiar el gran sistema de Augusto Comte, quien cimentó las bases de la ciencia de la historia sujetando los acontecimientos a la ley universal de la causalidad". Sabemos que se había iniciado en su estudio antes; pero no se quedó sólo en el conocimiento del maestro del positivismo: "estimulado tanto por mis tareas profesionales cuanto por la repugnancia que la filosofía jurídica y la filosofía política me inspiraban, acometí la enorme tarea de estudiar por mí mismo la ciencia del derecho y sus instituciones". Para esto leyó una larga lista de autores clásicos como Platón, Aristóteles y Cicerón; españoles como Quevedo, Mariana y Saavedra Fajardo, al inglés Locke a los franceses Montesquieu y Rousseau y al italiano Filangieri. Pero estas lecturas no respondieron sus inquietudes acerca de las instituciones ni del derecho pese a que también leyó las *Institutas* de Justiniano, las obras de Gracio, Pudendorf, Burlamaqui, Donat, Pothierr y otros

---

el Instituto Nacional y en universidades alemanas. Desde joven se dedicó a la poesía publicando en 1847. Considerado el restaurador en Chile de la "poesía científica" escribió muchos poemas y tradujo otros que le valieron vivas polémicas con la intelectualidad chilena y continental. Fundador del diario radical *La Patria*; fue diputado en varios períodos entre 1867 y 1875, además de ocupar varios cargos públicos. Fue adversario de Montt y como tal, deportado en 1859. Amnistiado en 1862, siguió su carrera política y en 1875 fue designado intendente de Copiapó, cargo desde el cual hizo activa propaganda patriótica para la Guerra del Pacífico, y que ocupó hasta el 2 de diciembre de 1881 cuando fue nombrado embajador en Alemania. FIGUEROA, 1931, tomo IV, págs. 217-218.

693 Matta fue designado intendente en abril de 1875, por el presidente Federico Errázuriz (1875-1880) y el Ministro del Interior Altamirano. *El Mercurio*, diario liberal, comentaba la designación con estas palabras: "... también los hay que dan ya por sentado que el antiguo rojismo copiapino, renacerá, crecerá y se levantará a la voz inspirada de su antiguo tribuno". Citado en *El Atacama*, Copiapó, 29-IV-1875.

juristas. Como éstas tampoco le satisficieron –según su relato-, comprendió que el desarrollo jurídico y político de los pueblos no era "obra arbitraria de los legisladores" y se centró en la historia tratando de armonizar el positivismo filosófico aprendido en el Círculo, con los estudios de derecho que había hecho en la Universidad.

De esta manera Letelier se adentró en el desarrollo del método inductivo, que Comte adoptara de Bacon y su obra *Instauratio Magna* así como de *Advancement of learnig* (*El Progreso de la ciencia*) y que se había empleado primero en las ciencias físicas y biológicas y luego se había trasladado a las ciencias humanas. Por ello su biógrafo Luis Galdamez sentenciaba en 1933: "Pertenece a Letelier el justo título de iniciador de la inducción sociológica en su país", y su mérito puede ser doble pues en la universidad sólo había adquirido conocimientos jurídicos y en esa región, pese al desarrollo cultural que reseñáramos, no había mayor estímulo para ahondar en esos conocimientos[694]. Por lo demás, y lo veremos en detalle más adelante, sus compañeros del Círculo se inclinaron hacia el sentido religioso y místico del positivismo, mientras que él lo rechazó e intelectualmente se acercó a Littré.

Pero además de incursionar como teórico local del positivismo, y como consecuencia de su inclinación por Littré y su mentalidad fundamentalmente práctica, Letelier fue un eficiente divulgador de esas doctrinas. Escribió muchos trabajos y conferencias que leyó en los salones de la Escuela Valdés, el Liceo o la Sociedad de Artesanos de Copiapó. Por la preocupación demostrada en estas áreas, la logia Orden y Libertad lo invitó a sus filas, lo que agregó a su militancia radical:

Multiplicó su actividad. Estuvo donde quiera que se le creyó útil; y casi desde el día siguiente de su llegada al pueblo, fue de la cátedra a la prensa o a la tribuna del conferenciante. Sus ensayos de divulgación científica o filosófica y sus semblanzas literarias se registraron en los diarios o se condensaron en folletos que iban de mano en mano entre sus discípulos y amigos. El profesor era un espíritu socializado que estaba atento a las vibraciones colectivas y respondía a ellas, poniéndose al servicio de toda causa de interés general[695].

Una de las primeras labores como articulista fue la publicación de su tesis de grado en el diario *El Atacama*, que apareció en junio de 1875. El título, "El poder municipal o la descentralización administrativa" era políticamente muy pertinente teniendo en cuenta que la región se había comprometido mayoritariamente en la reciente guerra civil que tuvo caracteríticas

694 GALDAMEZ, 1933, pág. 40 y 41.

695 GALDAMEZ, 1933, pág. 42 y 43. En noviembre de 1875, la logia Orden y libertad anunciaba sus reuniones por el periódico *El Atacama*.

regionalistas y de lucha de la elite local contra el centralismo santiaguino. El artículo, con una clara orientación histórica y política, estaba dedicado a estudiar las municipalidades de Copiapó y Talca, las que "habían sabido siempre resistir a los avances del poder central y podido así conservar incólumes los pocos derechos que no les arrebataron las leyes"[696]. Letelier revelaba acá una de las ideas básicas del liberalismo de izquierda en el siglo XIX: la simpatía por el federalismo; al respecto su biógrafo Galdamez ha dicho que éste se expresaba en el joven profesor como "vago e impreciso" y que sentía "singular respeto" por el ideólogo José Miguel Infante.

El estudio partía del régimen comunal español que se había desarrollado en las colonias. Lo comparaba con el de las colonias inglesas del norte del continente, en reacción a los intereses locales, los nacionales y las libertades públicas y se inclinaba por la superioridad del segundo. Luego denunciaba la permanente violación de las autonomías locales en la América española en manos del despotismo y el militarismo:

[...] la comuna, y aun la provincia, tenían necesidades propias que no siempre podían ser contempladas oportunamente por la política general y los gobiernos centralizados. Aquellas requerían más administración que política; sobre todo buenos servicios públicos, en cuya organización y funcionamiento muy poco margen quedaba para las divergencias de partido[697].

La memoria de Letelier, que significaba investigación original, versaba sobre una materia que carecía de aplicabilidad práctica para el ejercicio de la profesión de abogado. Además, llegaba a conclusiones discutibles e incómodas, para los lineamientos del Estado y de la política chilena de la época. Por otra parte, la extensión del trabajo, que ocupaba un espacio muy superior al señalado para las tesis, no interesó a los juristas universitarios como para autorizar su publicación en los *Anales de la Universidad de Chile*: "Como quiera que ello fuese –destaca su biógrafo-, el estudio de Letelier sobre la descentralización administrativa es su primer trabajo de algunas proporciones; y

---

696 La primera entrega de esta colaboración apareció en la primera página de *El Atacama*, 14 de junio y finalizó el 5 de julio de 1875. En la parte superior de esa página aparecía la conclusión de un artículo por entregas del Intendente Manuel Antonio Matta sobre la "Alianza y convención de los partidos de la libertad".

697 GALDAMEZ, 1933, pág. 45. Es importante notar el paralelo entre esta idea de Letelier y el concepto que los positivistas mexicanos aplicaron a la realidad política de su país bajo la fórmula de "poca política, mucha administración". Cfr. HALE, 1991, págs. .

las ideas en él expuestas habían de ser tomadas de nuevo más tarde por su autor, para difundirlas en la cátedra y en obras de mayor aliento"[698].

La colaboración en *El Atacama* continuó. Pronto se incorporó como redactor y en diciembre de 1876 se hizo cargo de la dirección por un año y asumió la responsabilidad de todo lo que en él se publicaba salvo de los artículos firmados[699]. Además, se integró de lleno al Partido Radical de la ciudad que era la fuerza política mayoritaria en la región y prometió defender los principios radicales y combatir el ultramontanismo. Empero, trató de no adscribirse a ninguno de los grupos de poder internos y enfiló la línea editorial del diario sólo hacia cuestiones doctrinarias.

La competencia periodística estaba representada por *El Copiapino* y *El Constituyente*, diarios comerciales que oscilaban entre conservadores y liberales y el periódico católico *El amigo del país*. El nuevo director trató de equilibrar lo general de la información periodística con la profundidad del filósofo y el jurista en los más variados temas: una protesta contra las "penas irreparables" (la de muerte)[700]; un proyecto para establecer una colonial penal en Juan Fernández[701]; los impuestos a los minerales que debían ser gravados sobre la renta del dueño y no sobre la ganancia neta; las protestas de los obreros como la cuestión social de la que debía preocuparse el gobierno; la publicidad de los actos administrativos, etc. En 1877, a la muerte del autócrata argentino Juan Manuel Rosas en Southamptom, incluyó una historia de la tiranía argentina y, cuando falleció el prócer de la ciudad, Pedro León Gallo, aprovechó para ensalzar el radicalismo y su doctrina. Otros de sus temas fueron la educación, la emancipación de la mujer y el trabajo. Además de la labor editorial Letelier se dedicó a la crítica literaria reseñando las obras

---

698 GALDAMEZ, 1933, pág. 45.

699 Lamentablemente la colección de *El Atacama* existente en la Biblioteca Nacional se encuentra incompleta, algunos ejemplares están mutilados y otros simplemente no existen. Las existencias parten el 30 de diciembre de 1874. Este periódico de 4 páginas y circulación diaria, se comenzó a editar a fines de mayo o principios de junio de 1874, continuó como *El Atacameño* que cerró sus prensas en 18. Pertenecía al Partido Radical y probablemente la masonería tenía también alguna injerencia; reproducía artículos de periódicos de Santiago, especialmente de *El Ferrocarril*.

700 "La arbitrariedad armada", *El Atacama*, Copiapó, 30-VII-1875.

701 "Presidio de Juan Fernández", *El Atacama*, Copiapó, 31-VII-1875.

Amalia, de Mármol; *Manón Lescaut*, de Prevost; *Otello* de Shakespeare; *La Biblia en la India*, de Jacolliot y algunas de autores nacionales.

En 1877 dejó la redacción de *El Atacama*, pero siguió colaborando; paralelamente fue corresponsal de *El Deber* de Valparaíso a donde envió comunicaciones sobre administración, política, economía y cultura[702]. Ese mismo año dio una serie de conferencias en la Sociedad de Artesanos que resumían los avances científicos y que conformaron los apuntes que más tarde editó bajo el título de *El hombre antes de la historia*, un folleto de divulgación científica basado en los libros de Büchner, Le Hon, Figuier Hamy y Lyell sobre la antigüedad de la especie humana y los descubrimientos arqueológicos y paleontológicos de mediados del siglo XIX[703]. En la presentación al público, compuesto por trabajadores y artesanos, manifestaba los motivos que tenía para haber redactado tal escrito:

Hasta ahora, nosotros todos hemos vivido acostumbrados a oír lanzados desde los púlpitos, inaccesibles al vulgo, imprecaciones tremendas contra los adelantos científicos modernos por hombres que sólo ignoran hasta los rudimentos de la ciencia positiva, sino también, como dice Büchner, están maniatados por artículos de fe para usar libremente de la inteligencia y aprender a distinguir la verdad del error[704].

Letelier continuaba perorando contra los libros sagrados que, "cualquiera sea el mérito religioso", contenían "errores hoy inadmisibles, cuya absurdidad los sabios han demostrado y probado mil veces" y que evidenciaban "después de numerosas persecuciones y grandes crímenes, que los intérpretes de la Biblia estaban equivocados". Así, la Iglesia, después de haber atormentado o quemado a Copernico, Galileo, Bruno o Colón, había tenido que aceptar el movimiento rotatorio y la redondez de la tierra; y –contradiciendo directamente a Domeyko- hacía notar la misma actitud respecto a la hipótesis que fijaba la edad de la tierra en 5.900 años: "vencidos como siempre por la ciencia experimental, [los religiosos] recurrieron al ingenioso arbitrio de leer 'época' donde la

---

702 A *El Deber* envió once colaboraciones entre el 5 de abril y el 28 de septiembre de 1878. GALDAMEZ. 1933, pág. 49.

703 Las obras de esos autores eran *L'Homme selon la science* (traducido del alemán por Letourneau); *El Hombre fósil*, (traducido al español por Lerroux) y *L'homme primitif*; *Precis de paleontologie humaine* y *L'anncienété de l'homme*, (traducido por Chapter) respectivamente. LETELIER, 1877, pág. 3. FIGUEROA. 1931, IV, pág. 40.

704 LETELIER. 1877, pág. 4.

Biblia dice 'día'", y terminaba sentenciando: "Si podemos, pues, deducir, lo futuro de lo pasado, debemos creer que no está lejano el tiempo en que los teólogos sugieran algún medio para explicar y admitir la existencia prehistórica del hombre"[705].

Aunque es un texto de divulgación leído ante una sociedad de artesanos, *El hombre antes de la historia* está dirigido a un público relativamente culto, que estaba acostumbrado a escuchar conferencias y que probablemente, en su mayoría, sabía leer. Así parece indicarlo el desarrollo argumentativo de Letelier, el orden lógico de su exposición, el uso de palabras poco frecuentes en el español de la época, así como de conceptos técnicos y científicos, todo lo cual constituye un resumen de los descubrimientos arqueológicos y paleontológicos de la época:

En tales condiciones, los estudios paleontológicos de las capas postpliocenas y siguientes no se han limitado, como en los que se refieren a las series terciarias, a desenterrar y examinar documentos probatorios de la existencia humana en esos remotísimos tiempos, porque de ella nadie duda; sino que, ensanchando la esfera de investigación, se han dirigido a formar la historia moral de las razas que vivieran el los primeros períodos cuartarios; y partiendo los arqueólogos de los principios filosóficos de que todo medio supone un fin y de que no hay efecto sin causa, han podido, valiéndose del método por analogía, trazar con admirable verosimilitud los rasgos fundamentales de la fisonomía de la vida humana en aquellas edades[706].

Letelier aceptaba las etapas en que puede "dividirse el progreso humano", en las conocidas eras de la piedra, el bronce y el hierro. Pero además destacan en su conceptualización histórica las nociones de "causalidad" y el concepto de "historia moral" como opuesto o complementario a la (ilustrada) historia natural. Esta "historia moral" podía hacerse luego que se habían acumulado una cantidad determinada de datos arqueológicos y paleontológicos. Frente al análisis que se hacía posteriormente a la extracción de restos fósiles en los gabinetes y laboratorios, Letelier oponía el razonamiento de la ciencia positiva:

A estas observaciones metafísicas, sugeridas desde lo interior de los gabinetes por el espíritu de rutina, o de contradicción o de timidez, la ciencia positiva después de haber estudiado los hechos después de haber analizado la constitución de la costra terrestre en los puntos de hallazgo, después de haber determinado la antigüedad relativa de las capas geológicas, después de haber presenciado la extracción de fósiles por el intermedio de sabios eminentes acostumbrados a

---

705 LETELIER. 1877, pág. 4.

706 LETELIER. 1877, pág. 24.

no afirmar antes de haber dudado, y después de haber sometido al análisis la composición química de gran número de huesos...[707].

También refutaba las tradiciones bíblicas, y en general religiosas, respecto del *monogenismo*, es decir, la teoría del surgimiento de la especie humana a partir de una sola pareja. El texto de Letelier concluye oponiendo la "ley del progreso" a la ley de la decadencia o la edad de oro, es decir la visión de que toda la evolución humana es un continuo camino hacia el perfeccionamiento a través de los avances del conocimiento y la ciencia humana y no que los seres humanos provienen de padres superiores y que la vida de sus descendientes degenerados debe siempre tender a imitar esa perfección inicial. Esto lo ejemplifica, entre otros, con el descubrimiento del cráneo de Neardenthal:

Si a la vista de los hechos que han podido observarse no es dable afirmar que el hombre se ha degenerado físicamente, tampoco puede deducirse del estudio del ellos el debilitamiento intelectual de las actuales generaciones, y antes por el contrario, es facilísimo probar el progreso continuo y ascendente del espíritu humano[708].

Aunque, la "minoría culta" de la región hizo campaña para que la obrita, publicada en un ambiente donde las ideas liberales y positivistas eran el "pensamiento oficial" de la región, fuese bien recibida, el efecto que produjo para los sectores tradicionalistas debe haber sido muy fuerte; el biógrafo de Letelier lo destacó así:

A las nuevas generaciones les es difícil darse cuenta de la repugnancia que en la mayoría de los espíritus provocaba entonces la constatación de estos hechos, tenida por imperdonable blasfemia; ni tampoco podrían medir las proporciones del escándalo que en torno a tales asuntos se formaban cada vez que se les exponía[709].

Dos cosas pueden rescatarse de *El Hombre antes de la historia*, como primera obra de difusión científica de Letelier: la decisión de lucha contra los dogmas religiosos, y "el tono vibrante, sin ampulosidad y de una lógica férrea, en que ya resaltaba la característica de sus mejores escritos de la edad madura"[710].

---

707 LETELIER. 1877, pág. 48.

708 LETELIER. 1877, págs. 69 y 70.

709 GALDAMEZ, 1937, pág. 51.

710 GALDAMEZ, 1937,

4.3.2.- EL LICEO DE COPIAPÓ Y LA ACADEMIA LITERARIA

El 11 de abril de 1857 el gobierno de Chile decretó la apertura del Colegio de Minería de Copiapó para dar desarrollo a esa industria en la zona; entonces, el establecimiento era regentado por la Junta de Minería de esa ciudad. En 1861 fue nombrado rector del Colegio, José Antonio Carvajal, uno de los discípulos predilectos de Ignacio Domeyko. Cuatro años más tarde, Carvajal introdujo el *Plan de Estudios de Liceos Provinciales*, es decir, los planes y programas de estudio del Instituto Nacional y que transformó a la institución en el Liceo de Copiapó y permitió a los jóvenes de la zona acceder a las profesiones liberales que por entonces dictaba la Universidad. En marzo de 1865 el establecimiento abrió matrículas para unos cien estudiantes, divididos en cinco cursos; un primer año de humanidades y un curso de matemáticas superiores para ingenieros de minas, con dos años de estudios. Según la prensa de la época, en mayo de 1878 contaba con 250 estudiantes, contra 35 "entre profesores y alumnos" que tenía inscritos el colegio del presbítero Carter[711].

El Liceo era un foco que irradiaba permanentemente conocimientos científicos hacia la sociedad copiapina. Contaba con un cuerpo de profesores de primera línea, una gran cantidad de cursos científicos y una apreciable biblioteca que desde 1871 tenía más de 1500 volúmenes y que, gracias a las gestiones del rector, nueve años después llegó a los 5739. Asimismo, tenía un profesor dedicado a las observaciones meteorológicas que despachaba informes mensuales, a partir de noviembre de 1868, y diarios, a partir de la implementación del telégrafo en 1882, hacia el Observatorio Astronómico de Santiago[712].

Con el impulso científico dado por el Estado fue normal que en este medio se fundara en 1878 un organización que pronto se convirtió en un "cenáculo" positivista. Formado por un grupo de profesores del Liceo, la Academia Literaria del Liceo de Copiapó, abordó la tarea de difundir esa doctrina. Para ello crearon la *Revista Literaria*, subtitulada "literatura, artes, ciencia"; pero con

---

711 ROJAS CARRASCO, 1929, págs. 7-11. Las clases que impartía eran: las obligatorias de humanidades: geografía, historia antigua, latín, gramática, catecismo, historia sagrada, fundamentos de la fe; y las propias de la minería: metalurgia, docimasia, química, física, aritmética elemental, aritmética y álgebra razonadas, geometría analítica, cosmografía, topografía, mecánica, dibujo de máquinas, explotación y mensura de minas, mineralogía y geología.

712 ROJAS CARRASCO, 1929, págs. 26-29 y 35-36.

un carácter más científico que literario[713]. Estaba dirigida por Ricardo Passi García y Gabriel González P., ambos positivistas y militantes radicales y en ella colaboraban los profesores del Liceo Juan Serapio Lois, Abilio Arancibia y el presbítero Marcos Machuca.

En su primer número Passi explicaba lacónicamente los propósitos de la publicación: "Los que en Copiapó se dedican al estudio necesitan un órgano. Nosotros hemos creído urgente esta necesidad y es por esos por lo que nos apresuramos a satisfacerla". La mayoría de las revistas de esa naturaleza –argumentaba su director- desaparecían al día siguiente de la publicación de su primera entrega por lo que "el cumplimiento de las promesas sólo pende de la acogida que se nos haga". Los artículos que aparecían en la primera entrega eran de divulgación científica como "La astronomía" y la memoria que el presidente de la Academia, el mismo Passi, había leído en la sesión del 15 de septiembre. En ella se congratulaba de haber celebrado sesiones semanales y realizado conferencias privadas y públicas y fiestas literarias "impulsando y dando fuerte vigor a los estudios". Pero los aplausos no bastaban, había que asumir el compromiso de la ciencia con convencimiento militante:

Esa fiesta es el principio de otra vida, de unas otras aspiraciones. Lo que hoy hacéis, grande por el momento, mañana lo encontraréis pequeño con el estudio. Lo que hoy es burdo, informe mañana el estudio que es un cincel, lo bruñe y lo transforma. Por esta razón debéis perseverar y debéis continuar adelante, venciendo los obstáculos que se presenten[714].

El presidente de la Academia no sólo planteaba las tareas venideras, también definía la labor transformadoras del literato como intelectual:

Hay generalmente un pesado indiferentismo que obliga a más bien a retroceder y a dejar la pluma que se toma con grande entusiasmo. La profesión de literato no es de lucro. Con ella en la parte real de la vida nada se consigue. Pero si el literato, quiero decid el hombre de estudio, no puede medrar, es él el que remueve a la sociedad, el que vulgariza los grandes conocimientos que con el estudio se adquieren, el que lleva la palabra del progreso hasta el más humilde hogar[715].

---

713 También es nombrada "Academia de Ensayos Literarios" y como tal participó en las celebraciones del centenario de Voltaire. "Copiapó, correspondencia de *El Deber*", *El Deber*, Valparaíso, 6 de mayo de 1878.

714 Ricardo Passi. "La Academia literaria", *La Revista Literaria*, I, Copiapó, 1878.

715 Ibid.

Para el articulista, la sociedad tenía urgente necesidad de esos hombres pues "con ellos transforma y con ellos civiliza" y los catalogaba como "modestos obreros" que penetraban en "los arcanos misteriosos de la ciencia". Para fundamentar esto elaboraba una explicación histórica: después de la independencia política de España se debía avanzar a la "emancipación del espíritu", lo que no se conseguía con la guerra sino "a la sombra de la paz en las aulas del colegio, en las páginas del libro". A la obra de los "padres de la patria" venía la tarea de los "pensadores y organizadores". La lucha entre el "espíritu moderno y las preocupaciones antiguas" había sido tenaz pero el Liceo, fundado al inicio de la Independencia, formó hombres que habían adquirido los conocimientos de la ciencia de manera que la sociedad se iba organizando. Así la vida, de una generación se agotaba y era sucedida por otra que tomaba su lugar: era una "ley ineludible". Los "académicos", a quienes se dirigía, se habían asociado y congregado tratando de encontrar la verdad en el estudio, "en el cultivo de las ciencias que tantos misterios encierra para el ignorante". Passi finalizaba su discurso aplicando el esquema de los tres estados de desarrollo del intelecto humano:

Poco a poco iréis pasando los tres períodos que dividen el desarrollo de las facultades humanas y al apartaros de cada uno de ellos, al dejar de ser teólogos para ser matafísicos, al abandonar este período de transición para haceros positivistas, más imperfecta encontraréis la organización social, más absurdas vuestras primeras nociones y con más ansias aspiráis [a] un mayor número de conocimientos para contribuir en nuestra esfera, en la de los humildes pero esforzados obreros, a la grandiosa obra por la cual desde largo tiempo se viene trabajando y por la cual aun queda mucho por hacer[716].

En la revista colaboraban miembros de la Academia, entre los que destacaban Marcos Machuca, que informaba sobre la labor literaria, Ángel Esteban Guerra, con un obituario sobre Salvador Sanfuentes, Juan Serapio Lois, con artículos de divulgación científica sobre positivismo, como "Importancia de la Filosofía positiva", o Delfina María Hidalgo, quien colaboró con un poema titulado "La ciencia", y Guillermo Matta en el segundo número, con "Un poeta mártir". Al parecer, la mayoría de los colaboradores eran copiapinos. También publicaron conferencias leídas en la Escuela Rafael Valdés, como "Hombre y progreso", de Hilarón Marconí, en el segundo número, y "La verdad y las preocupaciones", de José Antonio Arís G., en la tercera entrega; y "Libros americanos", un comentario a lo último de la bibliografía, efectuado por Diego Barros Arana.

716 Ibid.

Letelier no fue ajeno al afán proselitista, pero sólo pudo colaborar desde Santiago, ciudad a la que ya se había devuelto. Su aporte lo concretó a principios de 1879, cuando envió tres artículos: uno sobre el general Mosquera (un general de Bolívar que luego fue presidente liberal de Colombia por varios años), un "panegírico" leído el 1 de enero en una celebración a los "muertos ilustres" realizada por la Sociedad del Progreso en los salones de la Academia de Bellas Letras de Santiago; otro sobre Ernesto Haeckel, biólogo y filósofo monista y furibundo anticlerical en Europa; y un tercero sobre Condorcet, para él, uno de los precursores de Comte y cuyo *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* se propuso traducir.

La *Revista Literaria* fue un órgano donde los positivistas de distintos pelajes pudieron debatir y presentar el pensamiento de los "maestros" europeos. Lois publicó un trabajo general sobre la "Importancia de la filosofía positiva"; Ricardo Passi publicó un pequeña biografía de Littré y Eduardo Cortés tradujo un comentario de *Stuart Mill y la filosofía positiva* del conde G. Wiroboff, al libro en que el inglés comentaba la obra de Augusto Comte. Es esta quizá la primera reseña al texto de Mill hecha en Chile y lo dio a conocer la revista positivista copiapina.

Justificando los temores de su director la *Revista literaria* no duró mucho; al parecer paró sus prensas en marzo de 1879 en la cuarta entrega. En el pequeño grupo que la animaba se repetían nombres. Passi, Lois, Matta e Hidalgo eran colaboradores habituales y hasta escribían más de un artículo o poema por entrega. Pese a su empeño, el órgano no superó el número crítico de suscriptores, ni logró trascender más allá del puñado de agitadores que siempre divulgaba el pensamiento científico y el progreso, en una región en la que, pese a su dinamismo económico, aún no se rompía con el aislamiento de la frontera y el desierto.

4.3.3.- LETELIER EN SANTIAGO Y EL CLUB DEL PROGRESO

Letelier sólo alcanzó a estar tres años y medio en Copiapó. Probablemente lo cansó el provincialismo de sus habitantes, que le hizo ganar algunos enemigos. El enclaustramiento intelectual y social que lo llevaba a visitar sólo la casa de su amigo Guillermo Matta terminó aburriéndolo; pero algo sacó de sus visitas: se casó con Beatriz, la hija del intendente[717]. Esta primera etapa de su evolución intelectual va de 1870 cuando, a la par de sus estudios universitarios se inició en el positivismo, hasta 1878 en que regresó a Santiago. Pese a haber abandonado su profesión de abogado, la única que le podía permitir vivir con cierta holgura económica, se había dedicado al estudio y a la preparación intelectual. Fruto de ello desarrolló una vasta labor de enseñanza formal en un Liceo de fuerte orientación científica más que humanista, de difusión de las ciencias en distintos espacios, de corresponsalía y dirección periodística y elaboró un cierto número

717 FIGUEROA. 1931, IV, pág. 40.

de ensayos intelectuales que constituían una incipiente, pero dispersa, obra de juventud que después olvidaría[718]. En estos años, aparte de haberse acercado al pensamiento de Comte, se había transformado en un divulgador no sólo de esta doctrina, sino también de los avances de la ciencia en general. Además, se había consolidado como militante radical.

De regreso a Santiago recurrió a su título profesional y encontró trabajo como suplente del juez de comercio. Pero no abandonó sus contactos con el norte: colaboró en la *Revista Literaria* y siguió ejerciendo, entre noviembre de 1878 y junio de 1880, como corresponsal de *El Atacama*. En 1879 postuló a diputado por Copiapó como abanderado de la combinación radical-liberal, pero por la supremacía de Federico Varela y el doctor Allende Padín (el primero, industrial que patrocinó la Publicación de *Recuerdos Literarios* y el segundo, miembro de la Asociación Médica) sólo pudo ser incluido en la lista como suplente. De todos modos aceptó y en la asamblea política que lo proclamó pronunció un discurso sobre la educación científica basado en la jerarquización de las ciencias que hacía Comte en su *Sistema de política positiva*, que no hemos podido revisar[719].

Por entonces había estallado la Guerra del Pacífico. De sus publicaciones en *El Heraldo* su biógrafo ha destacado una extensa colaboración acerca de la necesidad de instaurar un museo que preservara los trofeos de guerra. En opinión de Letelier, establecer este museo tenía una enorme ventaja:

[...] no tiene por objeto el halagar la vanidad de las multitudes, ni el servir de pábulo o sustento a la jactancia de las naciones que los conquistaron, con mengua y desmedro de aquellas que los perdieron. No. Desde que la ciencia social ha llegado a demostrar que la victoria, por regla general y salvo casos especiales, se pone del lado de aquellas naciones cuya organización moral es más perfecta y cuyo rigor físico y muscular se ha desarrollado mejor en esa gimnástica de los pueblos que se denomina el trabajo, el agrupamiento de los trofeos militares tiene por principal objeto hacer presente a la juventud educada las condiciones de disciplina política y moral a que los ciudadanos han de sujetarse permanentemente, para poder mantener la

---

718 En La *lucha por la cultura*, libro en que recopiló los trabajos que más valoraba, Letelier sólo incluyó cinco ensayos de esta etapa de su vida intelectual.

719 GALDAMEZ, 1933, pág. 62. En esta época, aparte de sus colaboraciones en *El Atacama* y la *Revista Literaria*, colaboraba en las revistas santiaguinas *Los Tiempos* y *Las Novedades* y a partir de la segunda mitad de 1880 en *El Heraldo*, periódico radical dirigido por Abraham König.

superioridad de la patria y poder orlar la frente de Chile con nuevos y más resplandecientes laureles[720].

Aquí Letelier también se aparta de la ortodoxia positivista y suscribe la idea, hereditaria de la Revolución Francesa, que ve la guerra como defensa de la patria y un deber de todos los ciudadanos. Apelando a la ciencias sociales, se transformó en un partidario absoluto del conflicto que incluso debía llevarse con "violencia y con crueldad" como único medio de poderle término rápidamente y evitar mayor derramamiento de sangre. Nada de humanitarismo, en estos casos "la humanidad es la patria y nada más que la patria", sentenciaba[721].

Cuando concluyó su período parlamentario, en el que por su calidad de suplente actuó escasamente, el flamante embajador Guillermo Matta lo llevó consigo como secretario de la embajada de Chile en Berlín. Allí Letelier escribió *Chile en 1883*, un libro de propaganda nacionalista para fomentar la inmigración europea, que fue traducido a varios idiomas. A su regreso en 1888 volvió a la Cámara baja, siguió como diputado por varios períodos y el Congreso le encargó la edición de las actas de las *Sesiones de los cuerpos legislativos*, obra que comprendió las discusiones efectuadas entre 1811 y 1850[722]. Aparte de su prolífica obra académica y científica en que se destacó como especialista en educación, escribió en periódicos como *El Atacama, El Deber, La libertad electoral, El Alba, La ley, El Sud América* y *El Heraldo*.

El regreso de Letelier marcó el relevo entre el introductor del positivismo científico y el nuevo líder intelectual. En 1879 el círculo próximo a Lastarria fundó un nuevo cenáculo en reemplazo de la desaparecida Academia de las Bellas Letras. El Club del Progreso fue la última organización que contribuiría a formar el incansable animador cultural (que moriría cuatro años más tarde), desde la creación de la Sociedad Literaria en 1842. Esta era más claramente positivista que la Academia que, como hemos visto, mantenía la impronta ilustrada que unía ciencia y literatura. El Club o la Sociedad del Progreso, como también se la llamaba, se hizo partícipe de los

---

720 V. LETELIER. *El Heraldo*, Santiago, 188

721 Citado en GALDAMEZ, 1933, pág. 64.

722 La obra de Letelier es mucho más extensa: *Las escuelas de Berlín* (1885), *La ciencia política en Chile* (1886), *Filosofía de la educación* (1892), *La lucha por la cultura* (1895), *La enseñanza del derecho* (1889), *La ciencia del derecho administrativo* (1894), *Génesis del Estado, Génesis del derecho, Descentralización administrativa, La Filosofía positiva, Teoría general de la administración pública* (1896) y otras menores.

debates sobre la instrucción secundaria que en ese momento tensaban la opinión pública. Así, logró abrir la discusión a un círculo mucho más amplio que el Consejo Universitario, el Ministerio de Instrucción Pública y el Congreso, es decir, el estrecho círculo del Estado.

Valentín Letelier comenzó a asistir a las reuniones y esta colaboración lo puso en contacto con un grupo intelectual mucho más selecto que los positivistas copiapinos y contribuyó a consolidar sus inclinaciones filosóficas y científicas. Allí participó con dos o tres trabajos sobre educación y positivismo; uno de ellos, leído el 29 de septiembre de 1879, en medio del debate sobre la supresión del latín, que abordaremos más adelante.

La organización se mantuvo durante varios años. En 1889 el Club organizó un certamen literario financiado por Federico Varela; el 10 de julio de ese año se abrió una convocatoria para escribir trabajos sobre la vida de José Victorino Lastarria. Tres fueron los autores que presentaron memorias. El jurado que falló la obra ganadora estaba compuesto por Diego Barros Arana, Valentín Letelier y B. Dávila Larraín. Resultó ganador "Alfa", seudónimo de Alejandro Fuenzalida Grandón quien presentó un trabajo titulado *Lastarria y su tiempo*, el que después fue incluido en los *Anales de la Universidad de Chile* de 1890 y publicado tres años después como libro y vuelto a publicar en 1911, cada vez más ampliado[723].

---

723 Alejandro Fuenzalida Grandón Nació en Copiapó en 1865. Estudió humanidades en el Liceo de Copiapó y leyes en la Universidad, se tituló en 1889. Adscribió al positivismo heterodoxo y colaboró en *El Atacameño* y *El Positivista*. Al principio desarrolló una carrera fundamentalmente burocrática. Fue inspector del Instituto Nacional y de la Universidad entre 1885 y 1889; desde ese año y hasta 1899, fue oficial en el Ministerio de Instrucción Pública. Desde 1894 fue profesor de historia en el Instituto Nacional y a partir de 1900, de derecho administrativo en la Universidad; de estética en la Escuela de Bellas Artes, entre 1909 y 1918 y de historia en el Instituto Pedagógico entre 1903 y 1918, año este último en que se jubiló. En 1911 fue comisionado para estudiar la instrucción pública en Prusia por lo que viajó por varios países europeos y a su regresó escribió *La enseñanza en Alemania*. Tuvo una pequeña pero nutrida producción intelectual; escribió *El valor histórico de la novela contemporánea*, en 1889; *Historia del desarrollo intelectual de Chile*, en 1903; *La evolución social de Chile*, en 1903; *El trabajo y la vida en el mineral "El teniente"* y *Lastarria y su tiempo* cuya elaboración de prolongó desde 1893 hasta 1911 y fue la obra

4.3.4.- LA PRIMERA OBRA POSITIVISTA DE LETELIER

En el mismo año de 1878 Letelier reunió en *Opúsculos de filosofía positiva*, y *La vida y la doctrina de Emilio Littré*, la traducción al castellano de dos estudios sobre este discípulo de Comte, que vieron la luz en las prensas de *El Constituyente*. En él incluyó como prólogo "La filosofía positiva y sus precursores", su discurso sobre Voltaire publicado en *El Deber*[724]. Este es un bosquejo biográfico del francés que hacía una militante defensa frente a los adversarios de la "nueva doctrina", como la llamaba:

No se puede juzgar la filosofía de las matemáticas sin conocer las ciencias matemáticas; no se puede juzgar la filosofía de la astronomía sin conocer las ciencias astronómicas; no se puede juzgar la filosofía de la física, la de la química, la de la biología, la de la sociología, sin conocer previamente las ciencias física, química, biológica y sociológica. De la misma manera, no se puede juzgar la Filosofía Positiva, que es la síntesis jerárquica de las seis ciencias especulativas nombradas, sin tener conocimientos, siquiera generales, acerca de todas ellas[725].

Littré fue el intelectual que tuvo más influencia durante la estada de Letelier en Copiapó; así lo sostiene Galdamez, el biógrafo de éste que revisó sus cuadernos de apuntes. En particular el libro del galo *La science au point de vue philosophique*, de 1873, que "abarca todo el campo de las ciencias desde la astronomía hasta la sociología", siguiendo los criterios comteanos[726]. *La science* no es un libro sistemático sino un conjunto de ensayos críticos sobre diferentes obras científicas que

---

de su vida; cada vez que se publicaba una nueva versión subía exponencialmente el número de páginas. FIGUEROA, 1931, III, pág. 234.

724 El folleto actualmente está desaparecido; la única noticia de su existencia es que había sobrevivido en la biblioteca de Guillermo Rojas Carrasco, el historiador del Liceo de Copiapó. GALDAMEZ, 1937, pág. 53.

725 LETELIER, 1878, pág. 18. Citado en: GALDAMEZ, 1933, págs. 53 y 54, nota "s".

726 Hemos contrastado lo publicado por Letelier en *El Debe*r y lo sostenido por Galdamez en su biografía con la cuarta edición del texto de Littré publicada en 1876, que se encuentra en la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Básicas de la Universidad de Chile.

exploran cada una de ellas "de suerte que el lector pueda darse cabal cuenta del estado de todos los conocimientos positivos en el tercer cuarto del siglo XIX"[727].

El primer ensayo del libro de Littré que comentó Letelier analiza *Cosmos* de Alexander von Humboldt (1848)[728]; sigue con la *Philosophie naturelle* de M. W. Herchel[729]; el tratado sobre las *Etoiles filantes* de Coulvier-Grevier et Saigey (1852); un estudio sobre *Ampére et l'Électro-magnétisme* y otros acerca del calor interno de la tierra. Continua con dos estudios sobre las osamentas fósiles y la antigüedad de la especie humana –el tema preferido de Letelier para refutar el apego de los católicos locales al dogma eclesiástico- basado en las observaciones de Cuvier y Boucher de Perthes y que lo relacionó con la geología. El trabajo de Littré continua en el capítulo VIII con las relaciones entre la biología, la química y la fisiología tratados en las obras de Liebig, y de J. Müller. Enseguida aborda la sicología que el francés denominó, en el lenguaje positivista, "fisiología psicológica", donde pasa revista al progreso de los estudios psicológicos y la "fisiología psíquica", y comenta la filosofía positiva tratando de recuperar el concepto apropiado por la metafísica y la teología. El siguiente ensayo establece los principios de la ética evolucionista, que comienza por la genealogía de la idea de "justicia" (algo que debe haber interesado mucho profesionalmente a Letelier), basado en autores como Bain y su obra *The senses and the intellect*, Wiart y *Vrai criterium en morale*. Finalmente, relaciona las ciencias biológicas con la sociología recurriendo a las conclusiones de Lamarck y Darwin bajo la pregunta si la evolución de la sociedad se regía bajo los mismos preceptos de la evolución de las épocas en el individuo; trata también la historia, científicamente comprendida, echando mano introductoriamente de la obra de Francois Lenormant *Histoire ancienne de l'Orient* y discutiendo más profundamente a Renán y su estudio sobre la historia y la estructura de las lenguas semitas y la de Tomas Buckle sobre la civilización en Inglaterra y Europa[730]. El largo estudio de Littré termina con un artículo sobre "Las hipótesis

---

727 GALDAMEZ, 1933, pág.

728 Littré publicó este artículo anteriormente en *Le Revue Germanique*, del 31 de mayo de 1858. LITTRÉ, 1876, pág. 1.

729 En este texto Littré se encargó de aclarar que los ingleses entendían por "filosofía natural" a la física, astronomía y mecánica celeste, cristalografía, mineralogía, geología, química y "las aplicaciones matemáticas que comportan cada una de las ciencias". LITTRÉ, 1876, pág. 44. (la traducción es mía).

730 A principios de 1871 Littré fue llamado por el gobierno de Gambetta para hacerse cargo de curso de Historia de la Escuela Politécnica de Burdeos, cátedra que inauguró con

positivas de la cosmogonía". En resumen, la obra del galo, leída cuidadosamente por Letelier y usada para escribir sus *Opúsculos*, es una detallada actualización del conocimiento científico desde la década de 1830 hasta 1870 que nuestro autor utilizó para difundir la filosofía positiva en Chile.

Otras de las lecturas de los positivistas europeos que hizo el joven profesor chileno fue *Educación intelectual, moral y física* de Herbert Spencer, de 1860, que fue traducida a varios idiomas.

En estos primeros trabajos Letelier se adentró introductoriamente, tanto en el positivismo, como en una visión general acerca de las ciencias. En esta etapa se consolidó como un divulgador de sus avances, pues comprendía que el dominio público de éstos, era parte de una lucha para acabar con el oscurantismo en el que colaboraban las fuerzas políticas conservadoras y la influencia de la iglesia en la sociedad chilena. Más adelante retomaremos su evolución intelectual para analizar la elaboración propia del positivismo que constituye su aporte al desarrollo científico de la historia y la sociología.

4.4.- LOS DEBATES INTELECTUALES EN LA DÉCADA DE 1870

Las ideas y lecturas positivistas se introdujeron lentamente en el ambiente intelectual chileno durante el lustro 1870-1875. Su alcance llegó a espacios muy específicos: las academias científicas y literarias santiaguinas y copiapinas, sectores del partido radical y de la masonería. Pero a partir de la segunda mitad de la década, los positivistas mezclados con algunos sectores del liberalismo, iniciaron una ofensiva pública que los llevó a generar debates, o a recoger los que ya estaban implícitamente planteados en la sociedad chilena. De éstos, dos fueron los más importantes, el que recogió Lastarria en *Recuerdos literarios*, y el que generaron sectores liberales y positivistas que se plantearon celebrar el centenario de Voltaire y que protagonizó Valentín Letelier.

4.4.1.- *LASTARRIA Y SUS* RECUERDOS LITERARIOS

Mientras el positivismo encontraba dificultades para consolidar la *Revista Literaria*, en Santiago Lastarria publicó, en 1878, *Recuerdos literarios*, su libro más conocido. Éste, como la mayor parte de su obra, surgió en un contexto de polémica y debate. El objeto inmediato de este

---

una lección en la que esbozó un programa de historia universal expuesto sintéticamente. A Letelier parece haberle fascinado esta idea pues Galdamez señala que lo anotó íntegramente en su cuaderno. Vamos a tratar más detalladamente este aspecto en el último capítulo. GALDAMEZ, 1933, pág. .

trabajo fue contestar a Isidoro Errázuriz su *Historia de la administración Errázuriz*, que su ex discípulo había comenzado a publicar por entregas durante 1877. Esta segunda obra analizaba el gobierno de Federico Errázuriz (1871-1876), en el que se produjeron arduos debates en torno a la reforma a la Constitución. Pero el liberal autor vertía además conceptos y opiniones acerca del grupo que el intelectual radical había liderado en 1842 y eso produjo la respuesta[731].

Los *Recuerdos...* fue publicado por entregas en la *Revista Chilena* en los números IV al XIV, del 12 de febrero al 14 de diciembre de 1878. Formalmente está dividido en tres partes. En la primera se explica el desarrollo cultural y las condiciones y procesos de producción del conocimiento desde la formación de la Sociedad Literaria en 1842, hasta la publicación de la *Revista de Santiago* y el motín del 20 de abril de 1851. La segunda abarca desde la formación del Círculo de Amigos de las Letras en 1859, hasta 1869 en que esa organización se reabrió luego de haber permanecido inactiva por la salida de su fundador del país en misión diplomática. La última abarca desde este año hasta 1877, es decir, el cuarto aniversario de la Academia de las Bellas Letras, la tercera organización intelectual fundada por el autor de estas memorias.

Aunque posteriores a las *Lecciones*, los *Recuerdos* son la primera obra de historia intelectual que se escribió en Chile. En la presentación que hemos hecho puede notarse que la periodificación a la que recurrió su autor está basada en sucesos culturales o intelectuales y no tiene el tradicional corte político, característica común de las obras escritas por historiadores o literatos chilenos. Por su carácter histórico, los *Recuerdos...* abarcan temporalmente mucho más allá que las *Lecciones*, pues tratan de poner el proceso intelectual en que se produjo esta obra positivista, en una perspectiva temporal. Por lo mismo (y por la naturaleza interna de la

---

731 Isidoro Errázuriz comenzó a publicar su *Historia de la administración Errázuriz*, a mediados de 1877. La obra salía por entregas semanales de 32 páginas cada una, que se imprimían en los talleres del diario *La patria* de Valparaíso, dirigido por el mismo autor. Durante 1878 las entregas comenzaron a espaciarse hasta desaparecer con la número 15 del 31 de mayo, pese a que el periódico había hecho mucha propaganda para que el público recibiera ampliamente la obra. Para Donoso resulta "inexplicable" la suspensión de su aparición, que sólo atina a atribuirle a "cuestiones y arreglos privados de familia". En marzo de 1925 la Junta de Gobierno, que reemplazó al presidente Arturo Alessandri, restableció mediante un decreto, la "Biblioteca de Escritores de Chile" que editó por primera vez como libro la obra inconclusa de este caudillo liberal, que vio la luz sólo diez años después. Véase: DONOSO en: ERRÁZURIZ, 1935, págs. 506-509.

reflexión de Lastarria), la explicación del proceso de construcción del conocimiento es levemente forzada pues es un relato triunfalista que explica, desde la causalidad histórica posterior, el desarrollo intelectual anterior.

Normalmente, los estudios literarios han abarcado la construcción de este texto por parte de Lastarria como originada únicamente por la reacción ante la aparición del texto de Errázuriz como si esta fuera la única razón por la cual Lastarria elaboró estos *Recuerdos*. Creemos, por el contrario, que esta obra no puede ser comprendida sólo como la definió el prologista Raúl Silva Castro: "una memoria personal de vasto alcance, la más completa y perfecta en su género de la historia literaria de Chile", precisamente por que no es una obra acerca de la literatura o del género literario, sino una memoria contada en primera persona, del enorme proceso de construcción del conocimiento en un país nuevo, que abarca tanto las teorías de moda que se debatían en ese momento como las condiciones institucionales y sociales que enmarcaban esta producción, que sobrepasaba lo meramente literario, pese a que se albergaba bajo este molde[732].

Su contendido abarca el discurso inaugural de la Sociedad Literaria en 1842, dictámenes de jurados en concursos literarios y otros emitidos a propósito de la apertura de otras sociedades culturales, así como estadísticas de obras publicadas, irregulares, pero que reflejan el interés del autor por destacar el "progreso de la prensa científica y literaria". También contiene semblanzas de intelectuales como Mariano Egaña, Andrés Bello y sus hijos, Simón Rodríguez, Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejo ("Jotabeche") y Domingo Faustino Sarmiento. Además, ya lo hemos advertido, aparece el concepto de literatura del autor, en disputa, fundamentalmente, con el concepto de Bello[733].

---

732 Cfr. SILVA CASTRO, 1968, págs, 9-16.

733 La recepción que tuvo la obra en su momento, como la mayoría de los textos de Lastarria, fue de profunda critica y desconfianza; por ejemplo, el escritor liberal Julio Bañados Espinoza espetó a nuestro autor su excesivo celo y personalismo pues los *Recuerdos* serían "un cuadro lleno de colorido y variedad, pero de cuyo fondo se destaca solitaria y majestuosa la figura del autor" y, desde donde juzga los sucesos que van de 1836 a 1849 "no según la filosofía propia de cada suceso, no según las circunstancias y las épocas que influyen tan directamente en los actos humanos y no según los móviles que dirigen la consciencia de los individuos, sino según hayan

Aunque tradicionalmente han sido leídos por críticos literarios e historiadores de la cultura como "memorias", los *Recuerdos* son un texto iluminado desde la filosofía de la historia del positivismo[734]. En la presentación el autor agradecía el apoyo que había significado Federico Varela para el movimiento literario chileno pues "entre los grandes capitalistas que representan el progreso industrial, es el único que ha tenido la feliz inspiración de asociarse a aquel movimiento"[735]. Pero este agradecimiento, que puede ser tomado como anecdótico, refleja la influencia que la filosofía de Comte en la obra de Lastarria respecto de la valoración de la industria y los empresarios en el agradecimiento de la cultura. Respecto de esta influencia examinemos, por ejemplo, el juicio que trata de comprender el inicio del proceso literario de 1842 cuando opina acerca de la generación argentina exiliada en Chile, personificada en Vicente Fidel López:

Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas, y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios, despreciando las formas y las exterioridades. Pero su ilustración política y literaria no estaba aun dominada por un criterio fijo, que diera claridad a sus juicios y a su expresión; y ese era entonces el achaque general de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no estaban todavía en una evolución científica en las naciones de antiguo régimen de Europa y América[736].

López, como todos los intelectuales de 1842 –más o menos reformistas, más o menos liberales- estaba aún, desde la filosofía positivista de la historia, en su etapa anterior:

---

favorecido o puesto trabas a los propósitos políticos o literarios del autor...". Véase: BAÑADOS ESPINOZA, 1884, pág. 217.

734 Ni nuestro comentado Raúl Silva Castro, ni el contemporáneo Bernardo Subercaseaux han reparado en la vena positivista de los *Recuerdos*, pese a que este último dedicó un capítulo de su *Historia de las Ideas y de la Cultura* al tema. Véase. SILVA CASTRO en: LASTARRIA, 1968, págs, 9-16 y SUBERCASEAUX, 1997, I, págs. 203-231.

735 La dedicatoria estaba fechada el 12 de febrero de 1878; LASTARRIA, 1968, pág. 7.

736 LASTARRIA, 1968, pág. 89.

Los partidarios de ese régimen –continuaba a renglón seguido- eran en aquella época los únicos que, guiados por los dogmas metafísicos y religiosos que les sirven de bases, marchaban con cierta seguridad aparente; y aun cuando fueran amigos de la reforma, en sentido de sus intereses y de sus preocupaciones, y su antiguo criterio los llevase a servirla con inconsecuencia y a torturarla, se hacían la ilusión de que tenían un juicio recto y claro, porque creían en los dogmas y en las reglas, a pesar que no buscaban la verdad por la evidencia ni por la inducción filosófica. Los partidarios de la completa regeneración no comprendían todavía la fórmula de la nueva síntesis, que es la democracia, y aunque querían la reforma sin excepciones, no la concebían de un modo fijo, porque carecían de criterio positivo[737].

Esta limitante para la reflexión literaria se trasladaba a la política. Los escritores argentinos –sostenía Lastarria- no estaban mejor "preparados" que los chilenos para comprender su presente. No era un problema de mayor o mejor preparación, era un hecho "objetivo" de la "evolución de la comprensión humana".

Por el carácter eminentemente histórico de los *Recuerdos*, Lastarria comprende el presente como el fruto de una evolución de la historia intelectual chilena. Juzga el pasado, el proceso iniciado en 1842, como el arranque de un desarrollo intelectual, o los "antecedentes" primitivos de un proceso que llegaría a definirse en su totalidad, a alcanzar su "etapa positiva", posteriormente.

4.4.2.- LETELIER Y EL CENTENARIO DE VOLTAIRE Y EL DEBATE LIBERAL

La Academia Literaria de Copiapó preparó en mayo de 1878 la celebración del Centenario de Voltaire. El 30 de abril se reunieron en sesión Ricardo Passi, Guillermo Matta, Juan Gonzalo, Sapiain, Cobo, Asmussen, Videla, Corbalán y otros, quienes después de aprobar el acta anterior, hicieron unánimemente lo mismo con la propuesta de Matta de celebrar en "una fiesta literaria el centenario de la muerte del eminente filósofo francés, Voltaire...". En la ocasión acordaron que Passi leería una biografía, Matta haría un discurso acerca de la revolución francesa, Escuti R. L. leería una composición en verso y Gabriel González, un estudio sobre la *Enciclopedia*. Además invitaron a Letelier a cooperar "con algún trabajo literario"[738].

---

737 LASTARRIA, 1968, págs. 89 y 90.

738 "Centenario de Voltaire", *El Deber*, Valparaíso, 13-IV-1878.

Pese a que la iniciativa se originó en la cuidad nortina, por sus contactos culturales y políticos, por ser dos ciudades liberales y por estar fuertemente conectada por vía marítima, los preparativos de la celebración suscitaron un intenso debate que se ventiló en las páginas de *El Deber* de Valparaíso, periódico de ideología liberal radical[739]. El viernes 26 de abril apareció una columna de Daniel Feliú en que señalaba cómo la "juventud de Santiago y Valparaíso toma en estos momentos la iniciativa de celebrar el próximo centenario de Voltaire"; los jóvenes concertados esperaban que la idea fuera imitada en Copiapó, Talca, Concepción y "otras ciudades", no para hacer una "fiesta fastuosa", sino una manifestación de simpatía "hacia la memoria de un hombre ilustre a quien la humanidad entera reconoce como el más fecundo, atrevido e inteligente apóstol de la razón". La intensión era convocar a los "librepensadores" a una "fiesta literaria" en que se leyeran trabajos relativos a Voltaire o la representación de una de sus obras:

Es ya tiempo de contarse y de comunicarse unos a otros sin vanos temores ni reticencias inútiles sus impresiones y sus ideas. Pocos o muchos, los librepensadores deben conocerse y saber que están dispuestos para la propaganda de sus ideas. Un centenar de hombres de buena voluntad pueden mucho, y son sin duda millares los que en Valparaíso sólo están acostumbrados a no reconocer otro juez que su conducta que su propia razón y su conciencia propia[740].

---

739 De cuatro páginas, *El Deber* era el órgano de una incipiente burguesía comercial liberal y progresista no representada por *El Mercurio*. Tenía una importante cantidad de avisos económicos y de comercio; anunciaban en él bancos, compañías de seguros, de navegación y las iglesias evangélicas. En sus editoriales se hacía propaganda por las ideas liberales y contra el clero católico; reproducían noticias de las provincias y de algunos periódicos extranjeros, abarcando la mayoría de los países latinoamericanos del océano Pacífico. Entre las colaboraciones locales destacaban especialmente las procedentes de Copiapó, ciudad con la que el puerto tenía comunicación expeditas a través de la navegación a vapor que conectaba ambas localidades varias veces a la semana. Además, en sus páginas aparecían noticias de avances científicos y descubrimientos arqueológicos, por ejemplo, las expuestas en la sección "misceláneas" del 12 de enero de 1878; y novelas en folletín como *Historia de un crimen* de Víctor Hugo o *Una hija de Eva* de Honore de Balzac.

740 Daniel Feliú. "Centenario de Voltaire", *El Deber*, Valparaíso, 26-IV-1878. Feliú era abogado y avisaba en el mismo diario.

Además, Feliú se preguntaba porqué, aprovechando la ocasión, los librepensadores de todo el mundo no se unían en una "sociedad del libre pensamiento". Una semana después un santiaguino que se identificaba por sus iniciales G. P. T. (con seguridad era Guillermo Puelma Tupper), escribía amistosamente a Feliú a través del diario informándole que el grupo de jóvenes al que hacía referencia la crónica, eran estudiantes de leyes de la Universidad, que se habían reunido y nombrado un comité directivo para el evento, y que serían imitados por estudiantes de Medicina y del Instituto. Además, preparaban la publicación de un periódico con el título de *Voltaire* que saldría tres veces en el mes de mayo. Sin duda las manifestaciones de entusiasmo a las que se refería Pulema Tupper, estaban originadas en grupos de jóvenes pertenecientes a los partidos Liberal y Radical, que se reproducían en ambas instituciones educativas:

De todas partes se reúnen elementos dispersos que se congratulan de que esta fiesta tenga lugar, y a los que no se les oculta que ella importa el despertar de una opinión que yace muerta para toda noble idea, para cualquier proyecto elevado y, lo que es más aún, para los recuerdos y agradecimientos de patrióticos y dignos actos[741].

El tono del discurso, especialmente los últimos párrafos, se dirigía no tanto a Feliú, sino a los liberales adultos que no compartían el entusiasmo juvenil por celebrar al filósofo francés, y porque en esos días los jóvenes de un "círculo conservador" habían hecho una celebración en torno a la figura de Cervantes en tanto herencia española en América. Paralelamente, un conocido diarista de Santiago, que no hemos podido identificar, había publicado un artículo en contra del filósofo francés que desató las reacciones de los liberales[742]. Tres días después, el mismo diario porteño daba a conocer una carta de los diputados Abraham König, Guillermo Puelma Tupper y Alberto Valdés Vergara en que apoyaban la iniciativa destacando la figura del francés con estas palabras:

Escritor y filósofo formó con sus obras la santa herencia que debemos conservar, y día a día con tesón y empeño acrecentar. Voltaire fue padre y apóstol de la religión del porvenir, de la idea humanitaria. Este en un puro e inmarcesible título de gloria ante los tiempos que vendrán, este es el que lo hace símbolo y ejemplo de nobles ideas, de levantados sentimientos[743].

Era ésta la parte sustancial de una misiva dirigida a varios ciudadanos para solicitar su colaboración en la celebración del centenario del "padre de los padres de la patria" y que nos

---

741 G.P.T. "Centenario del Voltaire", *El Deber*, Valparaíso, 4-V-1878.

742 "Santiago, correspondencia de El Deber", *El Deber*, Valparaíso, 4-V-1978.

743 "Centenario de Voltaire", *El Deber*, Valparaíso, 7-V-1878.

permite introducirnos en el lenguaje del positivismo religioso, que había penetrado en el discurso de los liberales de la época y que analizaremos en detalle más adelante. Días después el mismo G.P.T. relataba cómo las distintas fuerzas políticas se habían pronunciado a favor o en contra de la proyectada celebración: había un grupo liberal que se mostraba temeroso del acto, al lado del cual se alineaba el "viejo y honrado" Partido Nacional que "se nos separa por sus convicciones religiosas" pues "todavía dicen que Voltaire significa irreligiosidad". Mientras, los "conservadores puros" y los ultramontanos "nos hacen blanco de sus iras y diatribas". De esta manera, sólo quedaban "el partido radical, los desencantados de falsos liberalismos y la juventud estudiosa", apoyando la celebración[744]. En los días siguientes los preparativos se extendieron a Chillán, donde *El Lautaro* publicó el poema de Francisco María Arouet "La Ley natural", y Concepción. Desde esta última ciudad escribió T. M. Fioretti quien recordó una antigua polémica con M. Blanco Cuartín, redactor en jefe de *El Mercurio* de Valparaíso, que en 1876 había leído una conferencia ante la Academia de Bellas Letras titulada "Lo que queda de Voltaire"[745].

Además, salió a la palestra Ambrosio Montt que contestó a la carta de Könnig, Puelma Tupper y Valdés Vergara amablemente, pero negándose a participar en el homenaje: "Ustedes anhelan rendir homenaje a la libertad, al progreso, a la tolerancia, a la gloria literaria, y encarnan tan grandes y bella causas en la persona de Voltaire". Para A. Montt, había otros grandes hombres "desde Homero hasta Göethe que han cultivado con singular esplendor la poesía y las letras". Voltaire no era un gran literato clásico o moderno, su aporte no se igualaba al de "Newton en la geometría celeste, al de Fulton en la mecánica, a Adam Smith en la economía política, de Mirabeau en la elocuencia parlamentaria, o de otras personalidades que representan por excelencia una gran creación científica, literaria o de arte"; según el crítico, en el plano político americano era superado ampliamente por Washington, Bolívar o Lincoln:

Voltaire nunca amó la libertad. Quiso la religión fuera de Dios, y la política dentro del rey. Su gran talento no comprendió, por debilidad de corazón, que la libertad es entera, plena, indivisible, como las líneas ideales del círculo y la esfera; y que era mucha quimera y falta de

---

744 G.P.T. "Centenario de Voltaire", *El Deber*, Valparaíso, 10-V-1878.

745 T.M. Fioretti. "Centenario de Voltaire" y "Concepción", *El Deber*, Valparaíso, 11-V-1878. La polémica de la Academia fue publicada por Cuartín en un folleto a parte titulado "Lo que queda de Voltaire y otros artículos", Valparaíso, 1876.

lógica aspirar al aniquilamiento del despotismo de tiara dejando en pie, vivo y victorioso, el peor despotismo de espada y cetro[746].

Tal misiva mereció la respuesta de König quien señaló a Montt que no daba lo mismo celebrar a Voltaire que a cualquiera de los que proponía el santiaguino:

En ese 'salón del siglo XVIII', como usted llama al siglo pasado, allí a donde han vivido Washington y Voltaire, ha surgido con el primero la libertad y la probidad política, con el segundo la libertad civil y la destrucción de las preocupaciones. No es, pues, una falta de reflexión la que nos ha llevado a elegir una figura prominente de ese salón. Nuestra elección es tanto o más justificada cuanto el siglo pasado es el que ha obrado más directamente sobre el nuestro. Somos sus herederos, no tanto por orden de nacimiento como por generación intelectual. Somos los hijos de Voltaire, y esta declaración que no puede objetarse, hecha después de cien años, es el más legítimo título de gloria[747].

Abraham König agregaba que Voltaire, "sin tener la profundidad de los historiadores del presente", fue uno de los primeros que inició la escuela filosófica moderna; además de sus trabajos de "crítica histórica" y "filosofía de la historia", había dejado un legado en la defensa de la justicia y las leyes y "sin ser apóstol... predicó toda su vida la tolerancia y la destrucción de las preocupaciones y a fuerza de abnegación y de constancia logró fundar la religión de estos tiempos y del futuro, la religión de la humanidad. Que se señale un hombre que haya abrazado más y que haya obrado más". El articulista, que hacía caso omiso de las características personales del francés, rescataba el significado político de su obra por sobre la de otros filósofos galos:

La revolución hizo más que colocar en el Panteón al que la Francia entera había coronado; hizo suyas sus doctrinas de tolerancia, de respeto humano y de libertad civil. y en cuanto a Juan Jacobo Rousseau, que usted cita como el inspirador de esos tiempos, su obra es tan inferior, tan efímera para nosotros, que sin usted o el hombre más popular de Chile salieran a la calle invitando a una fiesta en su honor, no hallarían cuatro que los acompañaran. Esto no necesita demostración, y bien le probará la diferencia que existe entre esos dos escritores que fueron rivales. Voltaire fue un hombre de trabajo y de lucha, que vivió en la sociedad y que se esforzó por su mejoramiento y perfección. Rousseau fue un poeta que alimentó y propagó más quimeras que verdades. La obra del

---

746 A. Montt. "Cartas", *El Deber*, Valparaíso, 13-V-1878.

747 Abraham König. "Señor don Ambrosio Montt", *El Deber*, Valparaíso, 13-V-1878.

primero subsiste y se acrecienta, la del segundo ejerce su influencia en privado y en las almas soñadoras y poéticas[748].

El furibundo "voltairiano" se mostraba molesto por el cierre de la carta de su detractor que sostenía que la celebración podía dañar la causa liberal. Terminaba retrucando que las manifestaciones de libertad nunca habían dañado esa causa, pero si lo habían hecho "las intrigas de salón, las maquinaciones de gente sin conciencia, la debilidad de carácter y el respeto a las preocupaciones" y que "el país que es liberal aplaudirá nuestro pensamiento"[749].

El 30 de mayo de 1878 Letelier encabezó la celebración del centenario de la muerte de Voltaire con una conferencia en la Escuela Rafael Valdés de Copiapó que versaba sobre "La filosofía positiva y sus precursores". El texto, en que trataba a los enciclopedistas y de forma particular al polémico filósofo francés, fue publicado posteriormente en *El Deber* de Valparaíso el 7 de junio de ese año. Letelier comenzaba sosteniendo que "en la historia del desarrollo humano no ha habido siglo que aventaje al siglo XIX". Aunque muchas de las creaciones del genio humano: las pirámides de Egipto, la ley de la gravitación universal, la escritura, la invención de la palanca, la constitución de las ciencias y de las matemáticas, o el establecimiento de los primeros sistemas teológicos o religiosos, eran anteriores, nada de esto era comparable a los efectuado en ese siglo[750].

Para Letelier, las "edades pasadas" habían legado una obra colectiva impresionante. Nunca antes se tenía "un conjunto sintético de manifestaciones intelectuales más basto y más comprensivo", que se podían resumir en el acortamiento de distancias entre las naciones por la construcción de ferrocarriles, las comunicaciones telegráficas, los viajes interoceánicos por la fuerza del vapor, y el invento de "mil máquinas" gracias a las cuales se había centuplicado la fuerza industrial. Pero el mayor legado del siglo XIX estaba en el plano de la política:

En nuestro siglo han reasumido los pueblos el derecho de gobernarse a sí mismos, se han dictado constituciones cuyo principal carácter es su reformabilidad y, por consiguiente, su

---

748 Ibid.

749 Ibid.

750 LETELIER. "La filosofía positiva y sus precursores", *El Deber*, Valparaíso, 7-VI-1878.

perfeccionabilidad, y han llegado a tomar parte en la comunidad internacional dieciséis nuevas naciones vinculadas por la guerra heroica de la independencia americana[751].

En el campo de ciencias, la astronomía, química y la física se habían enriquecido con "nuevas y numerosas verdades"; se había descubierto la electricidad, "constituido definitivamente" la geología, la paleontología y la biología. Además, las escuelas e institutos científicos se habían multiplicado, los pueblos se habían puesto en condición de "plantear un régimen mental cualquiera" en menor tiempo del que tardaban en destruir el antiguo. Pero ninguno de estos adelantos es el que caracterizaría el siglo para la posteridad:

Si bien los adelantos son numerosos y magníficos, la más grande obra de nuestro siglo es haber preparado el campo para que ellos continúen produciéndose indefinidamente; es haber fundado un nuevo estado intelectual por donde la humanidad pueda caminar más rápidamente; es, en fin, haber sentado que, cuanto fenómeno se efectúa, así sea en la serie orgánica o en la serie inorgánica, está sometida a leyes que rigen la materia o es determinado por propiedades que caracterizan la vida[752].

Para Letelier un "estado social" cualquiera se correspondía con un "estado mental". La mente humana estaba dispuesta de tal manera que todos los pasos de la actividad colectiva estaban "fijados de antemano" hacia un objetivo; así, los actos de una sociedad no eran sino aplicaciones concretas y específicas de la síntesis general y especulativa dominante. En la antigüedad, los hombres creían que "entes sobrenaturales" gobernaban las fuerzas de la naturaleza de manera que "no se movía una hoja de árbol sin la voluntad divina". Los hombres "descuidando la tuición de sus intereses", se encomendaban a esos seres imaginarios e invocaban sus fuerzas inagotables para conjurarlas a su favor; "en vez de buscar en la morigeración de las costumbres la fuente originaria de las fuerzas sociales necesarias para recobrar la virilidad perdida, y sacudir el yugo extranjero, juraban inútilmente no volver a idolatrar si conseguían la independencia". En la actualidad, por el contrario, las costumbres sociales eran muy distintas, como distintas eran la creencias dominantes. Ya pocos "hombres ilustrados" creían que el mundo estuviera gobernado por "voluntades supremas" y esto tenía una consecuencia política inmediata pues en la medida que "menos esperamos del favor ajeno más somos y nos sentimos capaces individualmente". La revolución intelectual había instaurado la filosofía positiva en virtud de la cual las "leyes invariables", es decir, las "propiedades inmanentes", habían sustituido en la naturaleza las antiguas voluntades arbitrarias

751 Ibid.

752 Ibid.

y esto era, a juicio del comentarista, "el mayor y más trascendental adelanto realizado en nuestro siglo"[753].

En el planteamiento de Letelier las revoluciones políticas podían operar reformas parciales y particulares en las sociedades y éstas podían herir más o menos profundamente la "constituciones artificiales de los pueblos". Por el contrario, sólo las revoluciones sociales, que estaban preparadas por una serie de cambios previos en las "aptitudes y tendencias mentales", podían "conmover y alterar el organismo natural de las sociedades". Pero para que esto aconteciera, antes deberían ocurrir cambios en las creencias generales y éstos eran frutos de acciones colectivas, no individuales, obra de una generación: "pues condición histórica, propia y necesaria de todo grande adelanto, es la de que sucesivamente unos lo preparen, otros lo ideen y otros lo realicen". Por esta razón la obra de los precursores era tan necesaria; éstos preparaban el terreno y efectuaban las modificaciones para que después fructifique la "simiente del bien". Así, esos cambios obedecían a leyes históricas establecidas, por lo que las transformaciones que se adelantaban a su nacimiento no era adelantos verdaderos adelantos, eran abortos de la sociedad, "partos monstruosos". Mientras a unos les tocaba destruir el edificio viejo, a otros les correspondía trazar las líneas del nuevo y a otros construirlo. Esta última era tarea de la generación actual, la primera había sido la de los filósofos del siglo XVIII:

Seguido invariablemente por cada uno de los grandes adelantos realizados en las ciencias y en las artes útiles, este camino es el mismo que desde el siglo pasado ha traído la filosofía hasta constituir el nuevo sistema general que, sin salir del espacio que lo contiene todo, sin tomar en cuanta cosa alguna fuera de la naturaleza que es todo; y sin investigar otras causas que no sean las leyes que lo rigen y explican todo, siquiera todo lo observable y conocible, coordina el conjunto del universo y regla los pormenores de las cosas. Fue fundador de este sistema el sabio francés Augusto Comte; fueron precursores suyos Kant, Turgot y Condorcet y fue preparado el terreno por la filosofía crítica del siglo XVIII[754].

---

753 Ibid.

754 Ibid. Tanto Letelier como Lastarria no parecen haber conocido a Kant directamente, sino a través, primero de Herder y sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*, y luego de Littré, que insertó el ensayo "Idea de una historia universal desde el punto de la humanidad" (que hoy conocemos a través de la compilación titulada *Filosofía de la Historia*), en su libro: *Augusto Comte y la filosofía*

Esa filosofía crítica, entre cuyos cultivadores destacaba Voltaire, no era un "conjunto de principios positivos" que constituyeran un sistema científico, ni un cuerpo de doctrinas de validez universal. Si bien había logrado establecer algunas conclusiones experimentales, en general había tenido un carácter esencialmente negativo con un procedimiento invariablemente subjetivo. Así se había preparado la "conciencia de la humanidad a recibir la comunión de la verdad nueva"[755].

Para Letelier, los enciclopedistas, encabezados por Voltaire, eran los ejecutores de una misión que efectuaron espontáneamente, pero con absoluta conciencia de ella, producto de la preparación de los siglos precedentes, una "ley ignorada, si bien siempre ineludible de la naturaleza humana". Estos filósofos estudiaron, escudriñaron, removieron y sometieron a crítica todo hasta llegar a sus bases. Eso se acumuló y estalló en 1789 esa "noche postrera de la sociedad europea". Su visión sobre la revolución francesa es –como podemos ver- negativa, o por lo menos escéptica, los revolucionarios no tenían idea de la "evolución social" por lo que culparon a las antiguas instituciones de su propio derrumbe[756].

En este contexto crítico surgieron las escuelas socialistas. La de Saint-Simon, que sentó "ciertas concepciones subjetivas sobre la naturaleza humana" y la de Comte, que sólo llegaba a la concepción de "orden social" después de haber recorrido la de los órdenes inferiores y más generales que constituyen la "serie orgánica" y la "serie inorgánica". Letelier exponía enseguida, la idea comteana de la "profunda divergencia de los espíritus acerca de las máximas fundamentales cuya fijeza es la primera condición de un orden social", producto del la existencia simultánea de tres sistemas incompatibles: el teológico, el metafísico y el positivo. Si alguno de ellos se lograba imponer definitivamente por sobre los otros, terminaría la etapa revolucionaria y se establecería un nuevo "orden social". Sin embargo, era claro que el sistema positivo se terminaría imponiendo pues desde hacía siglos sólo éste había "progresado" y sus antagonistas decaían.

---

positiva que Letelier leyó en su edición de 1864. Veremos más adelante la importancia de este ensayo en la elaboración teórica acerca de la filosofía de la historia.

755 Ibid.

756 En este aspecto el balance que hace Letelier acerca del carácter de la Revolución Francesa y, en general, del siglo XVIII era, 34 años después de la publicación de *Sociabilidad chilena*, muy similar al hecho por Bilbao en su polémico texto de *El Crepúsculo* y que hemos analizado en el capítulo II.

En seguida asumía la definición comteana de filosofía como "síntesis especulativa de los conocimientos humanos" o "cuadro comprensivo de los lineamientos generales de las ciencias abstractas particulares" para exponer que, cuando Augusto Comte había empezado a filosofar, sólo se habían constituido cinco de las seis ciencias abstractas conocidas (matemáticas, astronomía, física, química, biología). La sociología, la última y más compleja de las ciencias, había experimentado el mismo estado de las anteriores, es decir, había estado sometida a las interpretaciones sobrenaturales o o a las provenientes de la metafísica. No se sabía –sostenía Letelier- y he aquí su concepción de la historia, que los:

> [...] sucesos históricos son eslabones en una sucesión encadenada de acontecimientos lógicos producto de una acción constante de una ley inmutable –se pensaba, por el contrario, que eran- aplicaciones particulares de planes generales y teológicos, o manifestaciones aisladas de causa ocultas e inteligentes, o efectos relativos de sistemas sociales modificables según el talante humano[757].

De la misma manera que las demás ciencias se fundan en propiedades intrínsecas de la materia (gravitación, calor, afinidad, vida) que explican –sin recurrir a poderes sobrenaturales no demostrables- los fenómenos que estudian, la sociedad debían fundarse sobre una propiedad inherente al género humano, que consistía en estar "sometido a la ley histórica del desarrollo indefinido, a la cual debe conformarse y de la cual debe proceder todo proyecto de reorganización social". De lo que se derivaba un principio central acerca de la naturaleza de los hechos sociales:

> No son fenómenos recíprocamente desligados, no son actos sin conexión de voluntades con o sin plan, no son efectos aislados de causas ocultas e intermitentes; son, por la inversa, fenómenos perfectamente naturales, que se producen a virtud de una ley constante y cuyo conjunto forma una serie especial que con sus generalizaciones constituye una ciencia particular: la sociología; y se encuentra incorporada en la ciencia general o filosofía[758].

Así, Letelier se separaba conscientemente de las visiones provenientes de la religión que explicaban los fenómenos naturales como producto de la voluntad "sobrenatural" de un dios, o de voliciones metafísicas. Cabe advertir que su visión era la de una sociología que formaba parte del

---

757 LETELIER. "La filosofía positiva y sus precursores", *El Deber*, Valparaíso, 7-VI-1878.

758 Ibid.

edificio teórico de la filosofía; concepción que años más tarde cambiaría cuando intentara llevar a aquella disciplina a su etapa positiva, es decir, a convertirla en ciencia social[759].

Las bases de la sociología eran para Letelier –a parte de Comte- los trabajos de dos pensadores que el mismo francés designa como sus fundamentos y que lo habían precedido: Condorcet y su *Bosquejo de un cuadro de los progresos del entendimiento humano*, y Kant y su *Idea de una historia universal con relación a la humanidad*. En este último – al que Letelier le dedicó más atención- el filósofo alemán desarrolla la tesis de la racionalidad del hombre como condición natural de su especie y del antagonismo social como generador de un "orden social regular". En esta sociedad el problema más grande para el hombre era organizar una "sociedad civil" donde se "administrara el derecho de una manera universal". Para Kant la historia de la humanidad consistía en la realización de un "plan oculto de la naturaleza" –una concepción claramente metafísica- que estaba destinado a producir una "constitución política internacional perfecta" como único elemento donde las aptitudes humanas se podían desarrollar. Para Letelier, en estos postulados kantianos estaba claramente establecida la noción de que el "progreso histórico" se encontraba en estado "puramente rudimentario". Para que esta noción se desarrollara plenamente se necesitaba despojarla de todos sus supuestos metafísicos, de todos sus "atributos de causalidad eficiente, de finalidad determinante y de intencionalidad ocasional"[760].

Letelier critica a los metafísicos que conciban al movimientos social como originado no por "leyes inmanentes", por "fuerzas naturales" o "propiedades conocidas", sino por "causas primeras", "poderes supremos" o "voluntades ocultas". Si así fuera –dice el positivista chileno- los acontecimientos históricos no podrían ser estudiados por la ciencia, pues ésta se funda en hechos observables y se constituye por las "conexiones generales que los ligan y explican" y no "acepta la suposición de lo indemostrable ni toma en cuenta la existencia de lo incognocible"[761]. Podemos ver que junto a la formulación de la sociología como ciencia que estudia la sociedad, Letelier

---

759 Después del esbozo de una ciencia política que Lastarria hizo en sus *Lecciones*, cuatro años antes, esta es la primera vez que se planteaba la sociología como ciencia en Chile. Vamos a volver sobre este tema más adelante, cuando examinemos la formulación más detallada y específica que hizo Letelier, pues éste fue sólo su anuncio y el desarrollado formal fue hecho extensamente más de dos décadas después.

760 Ibid.

761 Ibid.

formulaba que los fundamentos del conocimiento científico de los hechos históricos se hacían a través de la observación y su ordenados lógica y causal para ser comprendidos a través de leyes.

El chileno señalaba que, antes que el fundador del positivismo, el economista francés Turgot había diseñado la concepción de los tres estados por el cual pasaban las "concepciones sintéticas de la humanidad". Pero si bien había podido determinar los hechos históricos realizados por la relación de causa y efecto, no supo constituir éstos en fundamento de una nueva ciencia, ni deducir su ley histórica. Este autor se dio cuenta de eso y sabía que antes de que se conociera la relación de "catorce fenómenos físicos", su existencia se le atribuía a seres inteligentes, invisibles y que se asemejaban a los hombres. Así, cuanto acaecía independientemente de la intervención humana, era atribuido a un dios. Cuando se abandonó esa explicación, pero aún no habían adquirido "verdaderas nociones de historia natural", se explicaron las causas de los fenómenos por medio de entidades abstractas. Sólo después de observar la "acción mecánica de los cuerpos", se pudieron deducir otras hipótesis que desarrollaron las matemáticas y se pudo verificar con la experiencia. El mismo Turgot, después de definir los estados, dedujo la "ley general del progreso histórico", pero sólo Comte pudo definir más tarde la "síntesis especulativa de causa y efecto". En seguida Letelier exponía dicha síntesis que consistía en la concepción de que todas las edades por las que había atravesado la humanidad estaban "encadenadas" causalmente, es decir, el "estado" actual era fruto de los precedentes:

Los múltiples significados del lenguaje y la escritura, suministrando a los hombres un medio de retener y comunicar las ideas, han formado con todos los conocimientos particulares un tesoro común que una generación transmite a otra a guisa de herencia constantemente aumentada con los descubrimientos de cada siglo; y el género humano, considerado desde sus principios, semeja ante el filósofo un todo inmenso que como el individuo tiene infancia y desarrollo[762].

Comte había acumulado datos y nociones dispersos en el *maremagnum* de ideas de los filósofos del siglo XVIII hasta llegar a constituir la "más compleja de las ciencias especulativas", descubrir la ley del desarrollo humano, someter a ella los acontecimientos históricos y desterrar las concepciones teológicas y metafísicas. Constituida así la sociología, el francés había formado un gran sistema positivo incorporando esta disciplina a la ciencia general o filosofía, que comprendía las seis ciencias mencionadas que explican "todos los fenómenos del mundo por la propiedades

762 Ibid.

inmanentes de la materia" y a la vez un resumen –finalizaba Letelier- de todo lo que existía y cabe en la capacidad de la mente humana.

Estamos acá frente al primer texto claramente positivista de nuestro autor, en que aplica las ideas de Comte como leyes generales del desarrollo intelectual humano. Al igual que la de Lastarria, esta es una lectura de Comte hecha fundamentalmente a través de Littré. Tiene además, una diferencia, por ejemplo, respecto de *El hombre antes de la historia*; pues aquel era un escrito destinado a presentar los avances de la ciencia para refutar al clericalismo. Ahora hacía una aplicación "original" al desarrollo intelectual de la humanidad; pero el fundamento de esta aplicación tenía un interesante vértice en la política. Por otra parte, pese a que Letelier era básicamente un ateo, y un lector heterodoxo de Comte, no dejó de usar metáforas de la religión de la humanidad para ilustrar sus planteamientos (la "comunión de la verdad nueva", por ejemplo). Junto a esto, diseñaba a grandes rasgos lo que sería su aporte principal a las ciencias sociales años más tarde: la definición de la historia y la instauración de la sociología como una disciplina científica[763].

Además, el tema y el personaje respecto del cual Letelier escribía era polémico en el siglo XIX chileno. Voltaire había estado en medio de los debates entre independentistas y monarquistas, desde recién iniciado el proceso de emancipación: en el reclamo de fray Melchor Martínez ante el proselitismo de Camilo Henríquez que difundía "errores políticos y morales" de los "impíos filósofos Voltaire y Rousseau". Luego, el presidente liberal Pinto había premiado a uno de los mejores alumnos del Instituto regalándole sus obras completas[764]. Finalmente, con una influencia mucho más patente, aunque quizá menos conscientemente aceptada, en la concepción historiográfica de Lastarria en su debate con Bello. La figura del enciclopedista era problemática incluso para los liberales más moderados que, en 1876, abrieron un debate al interior de la Academia de las Bellas Letras cuando M. Blanco Cuartin leyó la conferencia "Lo que queda de Voltaire". Dos años después, la discusión producida en el espacio intelectual y político de *El Deber* fue quizá la más polémica de un largo enfrentamiento que se había iniciado a principios de siglo y que, por lo que se puede notar, no estaba zanjado. En este contexto, el discurso de Letelier es probablemente el más "científico", en el sentido de ser el menos "contingente"; pero este aspecto no le resta nada a los significados políticos que podía tener el discurso acerca de la ciencia en Chile ya bien entrada la segunda parte del siglo XIX. Considerando esto ¿Frente a qué estamos?: ¿A una politización del discurso científico?, ¿O frente al carácter contingente que éste

763 Abordaremos estos temas en el último capítulo de este trabajo.

764 SUBERCASEAUX, 1997, pág. 16.

podía llegar a tener? En el marco de una sociedad dividida por el debate político entre el laicismo y clericalismo y entre modernidad y tradicionalismo, ¿Qué posibilidades de autonomía de la ciencia podían existir?

4.4.3.- LA DIVULGACIÓN DE LA CIENCIA EN SANTIAGO: LA REVISTA CHILENA

Mientras en la pequeña ciudad de Copiapó el positivismo religioso u ortodoxo ganaba adeptos y consolidaba con difícultad un espacio compartido con el positivismo científico, al alero del Partido Radical de la zona, en Santiago esa primera vertiente no tenía dificultades para ensanchar su radio de acción y enfrentar el debate intelectual con otras corrientes ideológicas y científicas. Esta facilidad no sólo se debía a que en la capital existían mejores condiciones sociales y culturales para esta divulgación, sino también porque el positivismo científico o heterodoxo, en manos de una serie de políticos e intelectuales liberales, no tenía problemas para compartir los espacios de divulgación y debate con otras doctrinas en revistas y espacios institucionales.

Una de las publicaciones más sólidas de la segunda mitad del siglo XIX, en la que se pusieron a debate los postulados del positivismo, fue la *Revista Chilena*, que comenzó a publicarse en Santiago en 1875 bajo la dirección de Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. La presentación del primer número aclaraba sus intenciones: “aspira a servir de órgano al movimiento literario de nuestro país. Espera encontrar una acogida favorable en el público y desea que ésta le permita dar circulación a las producciones de los escritores que quieran prestar a esta empresa su contingente de luces y de trabajo”. Para ello, hacían un llamado a colaborar a todas las personas del país que se ocupaban de ciencias y de letras. En este sentido sostenían no patrocinar “ningún orden de ideas en particular” y se comprometían a no excluir ninguna opinión aunque fuera contraria a la de sus directores: “En publicaciones de esta naturaleza –recalcaban- no se puede ni se debe exigir la solidaridad de principios que de ordinario conviene en los periódicos esencialmente políticos”. Así, garantizaban la responsabilidad personal de quienes firmaban sus artículos y la independencia moral de cada colaborador, recomendando para ello la “mayor tolerancia para todas las opiniones y la mayor templanza en las formas literarias cuando alguien se crea en el deber de impugnar las ideas ajenas”. Aspiraban también a establecer un puente de conexión con otros países americanos que permitiera llevar y traer los productos del movimiento literario sudamericano.

Por lo anterior, la *Revista Chilena* carecería de crónica política, que sería reemplazada por una revista bibliográfica que no pretendía ser de alta crítica literaria, sino de reseña especializada en obras acerca del continente americano. Además, tendría una sección

necrológica de escritores americanos que contendría biografías "tan completa como nos lo permitan los materiales que podamos reunir" y la colaboración de quienes estén interesados. "Una revista literaria –enfatizaban para dejar en claro su independencia- emprendida con un propósito serio y sin ningún mezquino exclusivismo, no puede dejar de contar con la protección del público, y debe por tanto tener una existencia independiente". Esta independencia dependería de la colaboración del público que por medio de la confianza que aspiraban ganarse, podría conquistar una situación económica holgada; pero si fallaban en este intento tendrían que "desaparecer como tantas otras publicaciones de este género de nuestro país"[765].

La impronta intelectual de sus redactores llevó a la revista a continuar el relegado debate acerca de la historia. El artículo que abría la primera entrega lo abordaba en manos de un personaje ilustrativo de los intereses de los editores: "Del raciocinio en materias de hecho", por Andrés Bello, que creyeron pertinente acompañar de una nota al pie donde expresaban "Creemos honrar nuestra *Revista* encabezando sus páginas con un estudio del ilustre sabio americano. En este artículo se verá que en sus meditaciones filosóficas, don Andrés Bello ponía en ejercicio junto con una rara sagacidad, una caudal vastísimo de los más variados conocimientos", un trabajo empirista: "En toda ciencia, en toda materia de hecho, el raciocinio experimental o empírico, fundado en la permanencia de las leyes naturales, se combina con el raciocinio demostrativo y el raciocinio analógico". En la siguiente entrega incluyeron del mismo venezolano, un texto más corto titulado "Del método, y en especial que es propio de las investigaciones físicas". La contracara del empirismo, la historia filosófica fue abordada por "Rasgos biográficos de Jules Michelet" de Manuel Antonio Matta[766]. También se insertaron textos de positivistas europeos como "El Genio Militar de Napoleón I", de Emill Littré[767]. Además, en ella Jorge Lagarrigue encontró espacio para difundir su "culto a la humanidad" y dar testimonio de su "conversión", que comentaremos más adelante.

---

765 *Revista Chilena* N° 1, Santiago, 1875. Esta revista era editada por Jacinto Núñez y se imprimía en los talleres de la Imprenta de la República.

766 En la segunda entrega también aparecieron textos monográficos: "El clero en la revolución americana" por Barros Arana y "El ministro Portales" por Ramón Sotomayor Valdés. El debate continuaba con "El espiritismo", una historia de la "doctrina espiritista" de Eulogio Carrasco y de Augusto Orrego Luco, un estudio sobre "Los asilos de enajenados"*Revista Chilena* N° 2, págs. 438-466.

767 *Revista Chilena* N° 12 y 13, págs. 305-322.

La publicación encontró su caja de resonancia en *El Atacama* que dedicó una reseña a la labor editorial de Barros Arana y Amunátegui y, junto a la labor de los nombrados, destacó la colaboración en esta muestra del "movimiento científico y literario" nacional, de los hermanos Matta, Vicuña Mackenna, Barros Grez, Bulnes, Lagarrigue, Eduardo de la Barra y Lastarria. El periódico nortino advertía sobre el peligro de que el escaso número de suscriptores terminara por extenuar a sus sostenedores y que, como tantas otras, se vieran obligados a cerrar sus prensas, advirtiendo de paso, que la sociedad de Copiapó, que se preciaba de ser "una de las más ilustrada del país, contaba sólo con quince compradores habituales[768].

Aunque, como vimos, la intenciones de sus sostenedores eran lo más amplias posibles la revista tenía una marcada impronta liberal, tanto por quienes naturalmente confluyeron en ella, como por su visión del pasado histórico chileno:

La era colonial nos presenta las miseria y oscuridades de un sepulcro. Al penetrar aquella época, siniestra para el progreso de la humanidad, se sienten las emociones, los sentimientos y el honor del que baja escalón por escalón al fondo de una tumba. El corazón se enfría al contemplar tanta pequeñez, tanto despotismo, tanto atraso; al ver a millares de pueblos que viven sin saber porqué hay Dios, porqué gira la tierra y porqué alumbra el sol; al tener ante sí una vida tan muerta, una ignorancia tan supina y un servilismo tan cruel. En aquel entonces se vivía con la sonrisa en los labios, pero con la noche en el alma. Se nacía y moría sin haber oído nunca los cantos de un poeta, las notas de un músico, los arrebatos de un orador[769].

Pero la difusión de la ciencia y del positivismo no se agotaba en la capital. Durante 1874, y de manera paralela a la *Revista Chilena*, surgió en el puerto la *Revista de Valparaíso*. En la lista de colaboradores de la nueva publicación se repetían nombres para nosotros conocidos: de Santiago, Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Augusto Orrego Luco, Eduardo de la Barra, Manuel A. Matta, Guillermo Matta, Francisco de Paula Taforó, Lucrecia Undurraga Solar, Víctor Torres Arce; de Coquimbo, Manuel Concha y Elías Cousiño; del puerto de Valparaíso: Jacinto Chacón, Rafael Egaña; y del Perú, Ricardo Palma y Juana M. Gorriti.

---

768 *El Atacama*, 17-VII-1875.

769 Luis Montt, "Historiadores de Chile", tomo XI, *Revista Chilena* N° 13, Santiago, 1879, pág. 29.

4.4.4.- LA VICTORIA LIBERAL EN EDUCACIÓN: LA SUPRESIÓN DEL LATÍN

La supresión del latín de la enseñanza es un capítulo fundamental en la historia intelectual y en la historia de la ciencia en Chile. Esto se traslapa con otros procesos como la reforma educacional, la consolidación de lo que sería la política histórica del Estado chileno que desspués sería conocida como del "Estado docente", y el fin del gobierno de José Joaquín Pérez (1861-1871) marcado por las reformas a la constitución que terminaron con los gobiernos decenales y abrieron paso a los gobiernos quinquenales.

Pese a que la Ilustración que había llegado a Chile era de innegable impronta francesa, el latín había permanecido como el idioma de los ilustrados católicos; hemos visto someramente la profundidad de la influencia de este idioma en Chile. En el Convictorio Carolino, el antecedente borbónico del Instituto Nacional –lugar, donde es fácil suponer, estaba la mayoría de los profesores que formaron a los independentistas y los organizadores del Estado- la cátedra de latín era impartida por fray José María Bazaguchascua, religioso franciscano nacido en Cuyo. Esta era la única asignatura de instrucción preparatoria para iniciar estudios superiores:

Los jóvenes que entonces aspiraban al título de abogado –relata Barros Arana- no adquirían en el colegio la menor noción de gramática castellana, de aritmética ni de geografía. más tarde cuando cursaban filosofía en latín, un profesor les enseñaba con nombre de física, un centenar de axiomas más o menos faltos de sentido, sobre el equilibrio, la caída de los cuerpos, la luz, el sonido, etc. Los estudiantes aprendían de memoria y en lengua latina estos axiomas[770].

Desde recién fundado el Instituto Nacional en 1813 hubo en sus aulas dos cursos de latín; además algunas clases como economía, política y filosofía se impartían en esa lengua. Esta tradición fue rota por primera vez por José Domingo Amunátegui (padre de los historiadores) quien en 1824 enseñó en español el pensamiento de Condillac y Desttut de Tracy en la cátedra de filosofía. Pero esta impronta continuó incluso con el nuevo plan de estudios implementado por Ventura Marín, Juan Godoy y Manuel Montt en 1832: el latín era la base de la enseñanza de los cuatro primeros años del total de seis que abarcaban las humanidades[771]. En definitiva, y pese a la influencia de la ilustración y a la instauración de la República, en Chile la lengua romana fue la lengua de la ciencia hasta 1870; en ella se estudiaba derecho, filosofía y era la base de la medicina; en ella escribieron Bello, Domeyko, Philippi, una parte importante

---

770 BARROS ARANA, O.C. XII, pág. 258.

771 DONOSO, 1946, pág. 328.

del contingente de intelectuales llegados a Chile y de la propia elite chilena. Además, era un área de la educación en que la Iglesia podía mantener el monopolio pese a su acelerada pérdida de poder en el Estado y la sociedad.

Pero una vez más este debate tenía ribetes políticos. Un historiador liberal como Ricardo Donoso tituló un capítulo de su libro sobre las ideas políticas en Chile "La última herencia del coloniaje"; aunque expresaba que "no sólo es un apasionante capítulo de la historia de nuestra instrucción pública, sino de las ideas", naturalmente seguía tanto sus propia reflexión acerca de la permanencia del latín, como el lenguaje de la época de ese debate. Lo mismo hizo –sólo unos renglones más adelante- cuando explicó el sentimiento de quienes lucharon por suprimir dicho idioma, caracterizándolos como "hombres que deseaban borrar todo vestigio del legado espiritual de España en esta parte de la América, y abrir el camino de la renovación intelectual, científica y social"[772].

En 1857 Gregorio Víctor Amunátegui, en su discurso de incorporación a la Universidad, propuso el reemplazo del latín por la enseñanza de lenguas vivas y de la literatura extrajera. Su propia formación era resultado de los seis años de enseñanza de dicho idioma en las humanidades, con cinco clases por semana de una hora y media cada una; excesivo, si lo comparamos con el poco tiempo que se dedicaba al inglés, el francés y la gramática castellana. En la ocasión recordó la importancia que había tenido en la Edad Media como idioma oficial y exclusivo de la religión, la diplomacia y el conocimiento, es decir, como lengua universal entre los países, y que constituía "el único camino para pasar de la ignorancia al saber y salir de la barbarie y entrar en la civilización". Pero para Amunátegui el latín se había convertido en una lengua muerta, de "mérito puramente literario e histórico". Por ello, resultaba un anacronismo la protección que el Estado brindaba a su enseñanza en detrimento de las lenguas vivas, la gramática castellana, la historia, la literatura y la filosofía. Máxime para una nación que tenía por objetivo estratégico la educación de las grandes masas y no "una media docena de literatos distinguidos"[773]. La intervención de Amunátegui no parece haber tenido eco en la prensa, ni haberse prestado a la polémica como los escritos de Lastarria. El prestigio que tenía el latín en esa época parece no haber sufrido mella con la diatriba del joven historiador. Pero no fue del todo ignorado; seis años más tarde ante la misma circunstancia de incorporarse como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, el canónigo de la catedral de Santiago, Joaquín

---

772 DONOSO, 1946, pág. 327.

773 G. V. AMUNÁTEGUI, "Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades", *Anales de la Universidad de Chile*, 1857, pág. 201.

Larraín Gandarillas, férreo defensor de los fueros de la Iglesia, estimó necesario dedicar su discurso de incorporación a la defensa de la lengua romana.

Aunque Larraín Gandarillas reconocía que los enemigos del latín iban en aumento, decía defender los intereses de la "alta cultura intelectual". La existencia del latín, era lo más adecuado para despertar, nutrir y robustecer las inteligencias juveniles y para enseñar a "pensar y hablar correctamente". Frente al dilema entre el estudio de las lenguas y literatura clásicas o modernas se inclinaba hacia ésas, "porque el latín era una lengua fija, una lengua madre y una lengua clásica"; y su inmutabilidad había permitido asentar las reglas de la gramática, y como lengua madre de los idiomas de Europa Meridional debía ser estudiada si se quería conocer de estas últimas[774].

En seguida Larraín Gandarillas fundamentó el latín como lenguaje científico y su necesidad en las cinco facultades de la Universidad, sosteniendo la importancia que había tenido en las obras de los "grandes hombres de la ciencia" como Copérnico, Kepler, Newton, Leibniz y otros, la mayor parte no traducidas al español. Irónicamente defendía las ideas de científicos a los que la Iglesia había combatido como los dos primeros. Continuaba con las ciencias médicas, incluyendo a autores griegos y romanos. Todos los que se habían ocupado de dichas disciplinas hasta el siglo XVII, habían usado el latín para comunicarse, aunque reconocía que después las lenguas vivas habían ocupado ese espacio: "En este período tan fecundo en grandes obras, el latín ha continuado siendo el dialecto de todos los sabios de Europa. Todos los libros de esos grandes hombres han sido escritos en latín"[775].

En definitiva, su argumento era que sin un conocimiento sólido del latín no se podía hacer ciencia, ni de la naturaleza ni de la sociedad. Pero más allá de esto, nuestro autor dejaba ver en su defensa del latín su pensamiento apostólico, defensor de los intereses religiosos, y sus valores sociales aristocráticos. Para él, a parte del papel fundamental que ocupaba ya la lengua citada, sostenía que se daba excesiva importancia a los "ramos secundarios" como la historia, y al hecho de que había que estudiar muchas

---

774 LARRAÍN GANDARILLAS, "Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades", *Anales de la Universidad de Chile,* 1863, pág. 157. Nótese que afirmaba esto 20 años después de la publicación de la obra de Bello que refutaba el aporte del latín a la gramática castellana.

775 Ibid.

materias a la vez. Por ello sostenía que debía mejorarse la enseñanza de las humanidades, pero restringirla únicamente a quienes se dedicarían a las "carreras científicas", como el foro (abogacía) y la eclesiástica:

¿Qué gana el país –preguntaba- con que los hijos de los campesinos y de los artesanos abandonen la condición en que los ha colocado la providencia, para convertirlos las más veces en ociosos pedantes que se avergüenzan de sus padres, que aborrecen su honesto trabajo, y que, colocados en una posición falsa, terminan por aborrecer la sociedad?[776].

Más que conservador, su pensamiento es reaccionario, pues no sólo aspiraba al mantenimiento del orden divino sino a una vuelta a la Colonia, pues terminaba pidiendo, ya no sólo a nombre de la educación intelectual y de la ciencia, sino de la religión del Estado, la enseñanza de una lengua:

[...] inmutable como sus dogmas, fecunda como su enseñanza, profunda como sus misterios, bella como su culto, misteriosa y expresiva como sus ritos, de la lengua en la que hablan con la divinidad sus ministros, en la que escriben sus doctores e instruyen sus pontífices; de la lengua que más aborrecen sus enemigos, de la lengua a que la Iglesia ha confiado los archivos de sus tradiciones, la gloria de sus héroes, la historia de sus combates y de sus victorias[777].

Pero la supresión del latín no fue puesta al tapete del debate educacional y político sino hasta un tiempo después. Incluso hubo una oportunidad anterior cuando al interior de la Facultad el propio Lastarria, siendo Decano, desestimó una propuesta de Vicuña Mackenna al respecto, negándose incluso a consignarla en el acta del Consejo de la Facultad[778]. En 1869, el catedrático de ese idioma en el Instituto, Justo Florian Lobeck, hizo una indicación que le permitió al mismo Vicuña abrir el debate en una sesión del Consejo donde propuso reemplazar el latín por el estudio de dos o tres idiomas vivos, o de una ciencia cualquiera, y pidió el nombramiento de una comisión para discutir el tema. Dicha comisión fue integrada por el propio Vicuña Mackenna, Larraín Gandarillas, Lobeck y Barros Arana. Pero el primero no se quedó contento e inició una campaña por la prensa que fue ventilada por *El Mercurio* de

---

776 LARRAÍN GANDARILLAS, 1863, pág. 158.

777 Ibid.

778 DONOSO, 1946, pág. 333.

Valparaíso, *El Ferrocarril* y hasta el conservador *El Independiente*, que acogieron entusiastas la iniciativa de sacar el latín de la enseñanza.

En el momento del debate un numeroso contingente de estudiantes se hizo presente para apoyar con júbilo la iniciativa. Pero la comisión no llegó a un acuerdo, pues se presentaron tres votos de minoría: uno de Barros Arana y Larraín Gandarillas, otro de Lobeck y el de Vicuña Mackenna. El primero argumentaba a favor del mantenimiento del latín, como lengua de la ciencia y la necesidad de fomentar "hábitos serios de estudio en la juventud"; en el segundo Lobeck hizo una divagación extensa y difusa, además de un análisis de lo que a su juicio era la finalidad del curso de humanidades y terminaba caracterizando a los adversarios de la citada lengua como los "ignorantes, los monarquistas absolutistas, los utilitarios, los moralistas de dudosa moralidad, los políticos superficiales y los liberales atolondrados", los hombres de bien que sostenían la defensa de la lengua romana eran, en cambio, los "teólogos, juristas, médicos, naturalistas, filólogos, filósofos, historiadores e investigadores de la literatura universal". Finalmente, Vicuña Mackenna tomaba hábilmente las premisas de Larraín Gandarillas, sostenidas en su *Discurso de incorporación* y las rebatía una a una. Las objeciones eran respecto de su carácter de lengua muerta como inútil, creadora de un monopolio del conocimiento que iba en contra de la educación liberal y las ciencias aplicadas, y cuya adquisición se transformara en una especie de sello aristocrático. Finalmente, sembraba la duda de todos los supuestos de sus defensores:

El latín es una momia que en vano se pretende ataviar con los ropajes fascinadores de una eterna juventud. Su imperio pasó. El latín no ha sido abolido en Chile como no ha sido abolida la carreta y la rastra de ramas en nuestra agricultura, como no ha sido abolido el derecho romano y la pregonería por el verdugo en nuestra jurisprudencia, y como no ha sido abolido el arábigo almud y la vara castellana en nuestro comercio, como no ha sido abolida, en fin, la responsabilidad civil y la pena de muerte en nuestra existencia política y social[779].

Por la eliminación votaron M.L Amunátegui, Joaquín Blest Gana, y Guillermo Matta y por el mantenimiento estuvieron Barros Arana, Larraín Gandarillas, Lobeck y Reyes. Los votos que más extrañaron fueron precisamente el Vicuña, quien pronunció un voto inexplicablemente neutral, y el de Barros Arana, que aparecía junto a lo más rancio del conservadurismo.

---

779 Vicuña Mackenna. "Informe sobre la enseñanza del latín en Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, 1965.

Este debate se produjo en el marco de una presión cada vez más fuerte de parte de los conservadores en la educación. Los directores de colegios particulares, entre los que la mayoría eran católicos, planteaban eliminar la obligatoriedad de diversos ramos científicos como geografía física, historia natural, química elemental e historia de la filosofía, que se exigían para ingresar a la Universidad. Las materias se eliminaron por decreto del 7 de julio de 1865. A esto se opuso el naturalista Philippi que en su biografía consignó el desorden producido por la medida con estas palabras:

[...] la anarquía que produjo en los colegios del Estado de clases de curso a que los alumnos podían asistir o no, según su voluntad. En diciembre de 1866 presenté al ministerio los males que aquel estado de cosas causaba a la enseñanza, la perturbación que producía en la marcha de los estudios de muchos jóvenes que, creyendo adelantar en su carrera con sólo librarse de aquellos exámenes, no seguían orden en los cursos y acababan por ser reprobados[780].

Al final, ante la presión del Consejo Universitario, el gobierno retrocedió y por decreto de 24 de abril de 1867 estableció que, a partir del año siguiente, esos estudios serían obligatorios para todos los aspirantes a grados universitarios y mediante una aclaración decretó la obligatoriedad para los colegios particulares que no hubieran implementado dichas clases, dejando exentos a los liceos del Estado.

La reforma debió esperar al siguiente gobierno y un proyecto más global, efectuado durante el mandato de Federico Errázuriz (1871-1876) que subió al poder apoyado por la Fusión Liberal-Conservadora. Éste nombró como ministro de Instrucción al conservador Abdón Cifuentes; político ultramontano, duro defensor de las libertades eclesiásticas frente al Estado. Durante esta época la Iglesia y el Partido Conservador levantaron la demanda de "libertad de enseñanza". El debate se había iniciado en Europa en que el catolicismo armonizó su ideología ultramontana con una propuesta ultraliberal en educación, que respondía a su intento de mantener el control de la educación cuando los Estados modernos reclamaban como propio ese derecho. Inspirado en ello, también se inició en Chile la discusión sobre la supresión de los estudios religiosos en los colegios y la no exigencia del certificado de exámenes de religión para los candidatos a títulos profesionales. Esta fue la principal contradicción del nuevo bloque en el poder.

Cinco años después del áspero debate sobre el latín, Barros Arana, a la sazón rector del Instituto Nacional, inició un cambio en el plan de estudios y con ello cambió también

---

780 PHILIPPI, 18, pág.

profundamente su apreciación de la necesidad de dicho idioma. En diciembre de 1871 presentó un plan que dividía las humanidades en tres años preparatorios en los que estaba ausente el latín ,y tres años siguientes que se dividirían, uno en humanidades, otro de matemáticas y un tercero de instrucción general. El problemático idioma quedaba como obligatorio sólo para quienes se dedicaran a las humanidades. En el debate que planteaba la necesidad de simplificar la enseñanza del latín se enfrentaron ardorosamente Barros Arana y Amunátegui en contra de Larraín Gandarillas, Vargas Fontecilla, Ocampo y el rector de la Universidad, Ignacio Domeyko.

Pero la reforma impulsada por el historiador liberal se encontró con la oposición del ministro ultramontano. Cifuentes dio paso a la supresión parcial del latín; en su fundamentación explicó "su justa reducción ha permitido consultar en el nuevo plan una ventaja que estimo como la principal de todas" y ésta era que impuso un año más de estudios con cursos como teneduría de libros (contabilidad), dibujo natural y fundamentos de la fe[781]. En forma paralela, el ministro se dedicó a atacar al rector del Instituto hasta obligarlo a renunciar. Con ello tenía vía libre para hacer aprobar un decreto que garantizaba la "libertad de enseñanza", por lo cual se propagaron liceos y colegios de educación media de baja calidad y se cerró el Instituto, debido a los disturbios que produjeron los alumnos, en los años 1872 y 1873[782].

Cifuentes no pudo continuar con sus cambios que estaban desquiciando el sistema educacional. El ministro conservador no podía ser una pieza acorde a todo un sistema iniciado por los gobiernos pelucones, y continuado por la modernizadora fracción monttvarista de esa formación política, tendiente a fortalecer el Estado frente a la Iglesia y que había sido el detonante de su división. Si desde recién iniciada la lucha por la Independencia, los conservadores tradicionalistas rechazaron las reformas al régimen eclesiástico, surgidas desde los sectores ilustrados de la propia iglesia, menos iban a aceptar las modernizaciones impuestas por sus congéneres reformistas y ahora administradas por los liberales. Además Cifuentes perdió credibilidad entre los padres de familia, el Consejo Universitario y un sector de los diputados. Incluso tuvo críticas de su gente, entre ellas las del propio rector de la Universidad, Ignacio Domeyko, que sostuvo que el decreto era "bueno pero imprudente y nada práctico", ya que había degenerado en un "verdadero bazar de venta de certificados", gracias al cual incluso: "[...] para las ramas superiores de la ciencia se fundaban

---

781 "Comunicación del ministro Abdón Cifuentes al Consejo Universitario". *Anales de la Universidad de Chile*, 1872.

782 Hemos analizado los pormenores de estos sucesos en: MORAGA, 2005, (capítulo introductorio).

escuelas privadas, algunas con el propósito de propagar principios inmorales, otras con el afán de lucro y con miras políticas". La intervención de Domeyko parece haber sido fundamental para zanjar la fórmula del acuerdo final que en su parte sustancial decía:

[...] podrá enseñar y fundar colegios, cualquiera que se sienta capacitado para ello, pero los exámenes de los alumnos, si han de servir para la obtención de grados y diplomas universitarios, pueden ser rendidos y sus certificados estimados como suficientes sólo en aquellos planteles que demuestren poseer el conjunto de clases, profesores y medios indispensables, iguales a los que todo liceo fiscal; en las escuelas particulares, los profesores pueden elegir textos y métodos que estimen mejores, pero en cuanto a los exámenes, deben atenerse al programa válido por igual para todos los liceos, tanto los fiscales como los particulares[783].

Esta intervención del rector le permitió adquirir un lugar privilegiado en el difícil entramado del poder universitario, donde los liberales comenzaban a tener mayor peso. Su elección en la rectoría, permitió que no sólo el pensamiento ilustrado permaneciera en la Universidad, sino también el clericalismo, pues el mismo Domeyko calificaba a los liberales y radicales de "incrédulos, librepensadores, masones y oportunistas"[784]. La mediación permitió mantener el *statu quo* universitario por algún tiempo.

Pero todo se resolvió desde la política. En la Cámara, el diputado radical Guillermo Matta inició una interpelación a la labor del ministro lo que se propició un fuerte debate doctrinario que se prolongó entre el 17 de junio y el 18 de julio de 1873. Según Galdamez, para Letelier, que entonces era un estudiante del Instituto, como para muchos jóvenes de la época, estos debates fueron una gran escuela política:

La lucha parlamentaria se había mantenido sobre un terreno doctrinario, en torno al Estado Docente; y cuanto allí se dijo era como una gran lección de civismo. Ese mismo año [Letelier] ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, que la juventud universitaria pudo aprovechar. El joven estudiante de Derecho, cuyos pasos seguimos, permaneció hasta su muerte fiel a la doctrina de la docencia del Estado, que en aquella memorable ocasión sostuvieron los líderes de los grupos liberales. Esa docencia sería, a sus ojos, la más eminente función social que al poder político le competía asumir[785].

---

783 DOMEYKO, en: GODOY y LASTRA, 1994, pág. 239.

784 DOMEYKO, 1900, págs. 5; también en: GODOY y LASTRA, 1994, pág. 246.

785 GALDAMEZ. 1933, pág. 28.

Esta escuela política y el debate generado en torno a la reforma educativa no dejarían de tener importantes consecuencias: se abrió paso a una reordenación de las fuerzas políticas y a la estructuración de un nuevo consenso para gobernar el país.

El siguiente mandatario intentó poner la lápida sobre las resistencias confesionales. El presidente Aníbal Pinto (1876-1881), nombró a Miguel Luis Amunátegui como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública todo un símbolo para el liberalismo; quien, decretó, cinco días después de asumir, al estudio del latín como optativo, y en su lugar estableció cursos de idiomas modernos como inglés, francés o alemán[786]. La prensa liberal acogió con beneplácito el cambio, aunque tanto *El Ferrocarril* como *El Deber*, de Valparaíso, lamentaban que éste no tuviera un carácter más definitivo. Incluso *El independiente*, órgano del conservadurismo, lo aceptó porque consideraba que ello daba paso a la libertad de enseñanza; sólo el *Estandarte católico*, órgano de la iglesia, se condolió pues la resolución ministerial "no daba a ese idioma una muerte súbita, pero estaba destinada a socavar mañosamente la base secular en que ha descansado hasta el presente".

Esta situación dejó al rector Domeyko sólo frente al presidente de la República, pero mantuvo su puesto y confianza de parte de la comunidad universitaria por su prestigio académico, tanto que fue electo rector para un tercer período en 1877. Pese a que una sordera cada vez más aguda le dificultaba dirigir las reuniones del Consejo Universitario, a lo que sumaba la merma de estudiantes que corrieron en masa a enrolarse en el ejército para ir a combatir en la Guerra del Pacífico, se preparó para actuar coordinadamente con los conservadores y resistir las medidas liberales. La lucha no estaba concluida y el 12 de enero de 1880 –en medio de la Guerra del Pacífico- el Consejo de Instrucción Pública, presidido por Domeyko, elaboró una nueva reforma al plan de estudios de humanidades donde restablecía la enseñanza del latín para los tres últimos años. José Antonio Gandarillas, el nuevo ministro, devolvió inmediatamente el plan al Consejo rechazando la reforma. La maniobra conservadora, que aprovechaba la Guerra para reponer un programa de estudios ya rechazado polarizó el ambiente político; desde la prensa Augusto Orrego Luco saltó a la palestra:

Las cuestiones de instrucción pública tienen ahora una doble solución: la solución liberal y la solución conservadora; la solución de los que quieren dar a la sociedad como base el

---

786 Aníbal Pinto Garmendía era hijo de Francisco Antonio Pinto (el presidente pipiolo del período 1826-1829); de cuya familia, Ignacio Domeyko, pese a su conservadurismo era, desde si llegada a Chile, muy amigo. DOMEYKO en: GODOY y LASTRA, 1994, págs. 180-181.

criterio racional y someter a ese criterio todos los principios e intereses, y la solución de los que quieren basar la sociedad en el criterio de la autoridad y la tradición, que consagra los intereses y principios de ciertos grupos sociales, sacrificando en su obsequio los del resto de la comunidad[787].

El organismo insistió en su empeño no sólo hacia la defensa del polémico idioma sino su más ferviente elogio:

En resumen cree el Consejo que reservando el aprendizaje del latín para los tres últimos años del curso de humanidades, los estudiantes podrán dedicarse a él con provecho y sin repugnancia, al paso que se conservará en los establecimiento de instrucción secundaria la base de las letras humanas, que no puede dejar de ser el latín para las naciones que hablan el idioma castellano u otra de las lenguas romanas[788].

El siguiente gabinete envió un contra proyecto en el mismo sentido del decreto de 1876, que sirvió de base para un nuevo debate en el Consejo que, en la sesión del 6 de septiembre de 1880, resolvió por siete votos contra cinco a favor de la optatividad, lo que fue refrendado por decreto del 8 de noviembre de ese año. *El Ferrocarril* explicaba las razones por las cuales se había cerrado tan polémico debate:

Cesan desde luego para la juventud las alarmas producidas por la resolución del estudio obligatorio del latín, y para los padres de familia el temor de que sus hijos sean condenados a la adquisición forzosa de un ramo que, si puede tener utilidad para una educación exclusivamente literaria, carece en realidad de aplicación práctica en las carreras profesionales destinadas a la satisfacción de las necesidades imprescindibles de la vida[789].

Con esto se cerraba un polémico capítulo en el debate educacional en Chile. El latín otrora idioma fundamental de la ciencia, hacía mucho había perdido su anterior prestigio. No sólo porque gran parte de las obras que antes estaban escritas en ese idioma se hubieran traducido, también la sociedad demostraba desinterés en él; frente al decreto de optatividad de 1876 los alumnos

---

787 Augusto Orrego Luco. “La instrucción pública”, *El Ferrocarril*, Santiago, 7-II-1980.

788 DOMEYKO, “Informe del Consejo de Instrucción Pública”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1880.

789 S/A. “Editorial”. *El Ferrocarril*, Santiago, 8-IX-1880.

abandonaron rápidamente esos cursos y se inscribieron en los de idiomas contemporáneos. Cuatro años después, en medio de la guerra civil impulsada fervientemente por los sectores industriales chilenos, era anacrónico pensar en restablecer el idioma clásico cuando el mismo desarrollo industrial, el creciente comercio internacional, incentivaba a los jóvenes al estudio del inglés, francés y alemán[790].

La polémica por el mantenimiento del latín en la enseñanza era sólo una escaramuza dentro de la guerra entre la tradición clasicista versus la modernidad liberal en el debate sobre la enseñanza. Los conservadores, al igual que en el conflicto entre el Instituto Nacional y la Universidad de San Felipe a principios de siglo, trasladaron el debate al control de los exámenes que acreditaban las suficiencias para acceder a títulos profesionales. La verdadera batalla se libraría en torno a la aprobación de una nueva ley de educación secundaria y universitaria, es decir, a la formación de un sistema educacional que desembocara en la profesionalización, una demanda cada vez más creciente en lo que precisamente había sido el producto de cuatro décadas de existencia de los liceos públicos y la Universidad. El mayor logro de los pelucones en el poder iba a ser puesto en tela de juicio y sus más acérrimos enemigos serían precisamente algunos de los que le habían dado vida.

4.5.- UN NUEVO MARCO POLÍTICO: EL NACIMIENTO DE LA ALIANZA LIBERAL

La renuncia del gabinete conservador significó que su lugar fuese ocupado totalmente por los liberales. En el plano político nacional esto significó la muerte de la Fusión Liberal Conservadora y el nacimiento de la Alianza Liberal, coalición de liberales y radicales que se mantendría en el poder sin contrapeso hasta 1891 e incluso se proyectaría, con algunos cambios, hasta entrado el siglo XX. Se iniciaba con ello el predominio de este sector en el gobierno y en la educación. Además la lucha doctrinaria entre liberales y conservadores, progresistas y tradicionalistas, clericales y anticlericales, se desarrollaría directa y sin ambages, marcando una polémica etapa en la historia política, intelectual y cultural chilena.

En este marco, el historiador y político liberal Benjamín Vicuña Mackenna, entonces intendente de Santiago, organizó en torno a sí una candidatura presidencial independiente, es

790 El decreto definitivo, que borró las últimas supervivencias del latín, fue expedido recién veinte años después, el 28 de mayo de 1901. En él las cédulas de los exámenes de humanidades fueron reemplazadas por otras referentes al francés, inglés y alemán. DONOSO, 1947, pág. 343.

decir, sin el apoyo del gobierno. En torno a esta candidatura también se organizó un nuevo conglomerado, el Partido Liberal Democrático que, en pocos meses, desarrolló un estilo de campaña política hasta entonces inédito en el país[791]. Tanto la formación de los núcleos del nuevo partido como el ascenso de su candidatura, fueron vertiginosos; entre el 10 de febrero y 20 de abril en que renunció a la Intendencia, se habían formado núcleos liberales en 9 ciudades del sur y en la capital. Además, causó revuelo y entusiasmo en importantes sectores de la opinión pública como organizaciones de artesanos y empleados públicos e incluso de mujeres pro-sufragistas. El programa del candidato, que reflejaba los anhelos modernizadores y democráticos de liberales y radicales, proponía crear el registro civil, promover la descentralización política y administrativa, colonizar la Araucanía y luchar por el "mejoramiento gradual de las clases desheredadas"[792].

Entusiasta, el líder creyó tener la venia del Presidente para que no hubiera una candidatura oficial, algo absolutamente inédito en Chile. Pero al poco tiempo, la campaña empezó a sufrir sus primeras derrotas. La agitación callejera produjo algunos enfrentamientos entre sus partidarios y los de Miguel Luis Amunátegui, el candidato de las otras fracciones liberales, lo que le valió la ruptura con el gobierno y la inclinación del presidente por Aníbal Pinto. Los conservadores, buscando vengarse del oficialismo, apoyaron a Vicuña Mackenna, lo que significó el desprendimiento de importantes sectores populares del Partido Liberal Democrático. Además, las propias contradicciones de los sectores populares del nuevo partido en la elección de los candidatos a diputados, le restaron fuerza. Pero el factor decisivo fue nuevamente la intervención electoral del ejecutivo a favor de Aníbal Pinto[793].

La Alianza Liberal, pese a que nació con una derrota electoral, fue signo de un avance en la sociedad chilena de las propuestas de liberales y radicales frente a conservadores y nacionales. El conglomerado se fortalecería en los años siguientes y llegaría al poder con las presidencias de Santa María y Balmaceda.

---

791 DONOSO, 1925, págs. 320-323. Debemos tener presente la pertenencia de Vicuña Mackenna a la Sociedad de la Igualdad en 1850 y su participación en las guerras civiles de 1851 y 1859, que lo hicieron sufrir la cárcel y el exilio; esta experiencia se unía a su "avanzado" liberalismo y a sus buenas relaciones con artesanos y trabajadores organizados en mutuales y sociedades de educación popular.

792 DONOSO, 1925, pág. 326 y ss.

793 GREZ, 1997, págs. 502-504.

4.5.1.- LA LEY DE INSTRUCCIÓN DE 1879 Y EL ESTADO DOCENTE

La llegada de Amunátegui al ministerio dio paso para que éste enviara al Congreso el proyecto de Ley de instrucción secundaria y superior. En las cámaras los argumentos giraron en torno a tres ejes centrales: uno ultraliberal, otro que representaba a liberales y radicales, y un tercero levantado por los nacionales o monttvaristas, es decir, los antiguos pelucones, creadores del entramado institucional educativo.

El primero, paradójicamente presentado por los sectores ultramontranos y personificado por los diputados Zorobabel Rodríguez, Blanco y Lira, planteaba consagrar constitucionalmente la libertad absoluta de enseñanza y de profesiones. El argumento era que el Estado ejercía un monopolio sobre las profesiones a través del otorgamiento de títulos y grados, y que, por el contrario, los servicios entre particulares debían ser libres y regirse por la ley de la oferta y la demanda y la negligencia debía ser resuelta por los tribunales a petición del afectado. Todo esto apuntaba a que se suprimiera la superintendencia de educación y que la Universidad fuera un simple centro de estudios superiores que debía competir con centros privados de la misma naturaleza.

Las fuerzas liberales en el Congreso (compuestas de radicales y liberales) y nacionales planteaban el deber y el derecho del Estado de difundir la instrucción secundaria y superior regulada por una superintendencia que, como cuerpo especializado, mantuviera independencia del poder político; con ello se garantizaban la libertad de enseñanza y la libertad de profesiones, además de asegurar el papel de la educación pública como un medio de democratización social:

La libertad de profesiones traería necesariamente el alejamiento del más poderoso estímulo que tiene las clases sociales menos llamadas a adquirir instrucción conveniente si las profesiones pudieran darse sólo por la opinión, si ellas respondieran de las recomendaciones de unos cuantos”[794].

Para algunos historiadores de la educación lo que estaba en discusión “no era la reglamentación de las profesiones, sino su vinculación a la enseñanza, es decir, la acreditación y el valor legal de la misma”; por ello no era casual “que los principales defensores de esa tradición fueran quienes estaban precisamente más ligados al sistema educacional como Antonio Varas, Miguel Luis Amunátegui y Joaquín Blest Gana”. Especialmente el primero argumentó a favor de complementar el interés individual y el interés social, representado por el

794 SCL, *Diputados*, 1874, pág. 243.

Estado y defendió la calidad de los estudios que exigía tanto el título profesional, como el bachillerato en humanidades y los exámenes parciales y citaba la memoria de Domeyko de 1842, para sostener que sin la obligatoriedad en cadena se estudiarían sólo los ramos estrictamente profesionales en detrimento de la educación en general, y de la "razón ilustrada" que era "el gran poder de los pueblos modernos"[795].

Sin embargo, las fuerzas políticas progresistas hicieron valer su fuerza en el Congreso y aprobaron la Ley de Instrucción Secundaria y Superior en enero de 1879, que fue promulgada con la firma del presidente Aníbal Pinto y del ministro del ramo Joaquín Blest Gana. Esta ley fue una reforma dentro del sistema vigente, mantenía los pilares del sistema educacional y consagraba el Estado Docente: la instrucción gratuita del Estado en el nivel secundario y superior; la Superintendencia de Educación radicaba ahora en el Consejo de Instrucción Pública, que reemplazó al Consejo Universitario en ese papel. Se garantizaba un espacio para la creación de instituciones particulares en ambos niveles con sus propios métodos y textos, pero la autoridad podía inspeccionarlos en materias de seguridad, salubridad y moralidad y controlar la validación de sus exámenes.

El Consejo de Instrucción Pública, al igual que el Consejo Universitario, estaba compuesto por el ministro, el rector de la Universidad (que presidía sus sesiones), el secretario general, los decanos de las facultades, el rector del Instituto y tres miembros nombrados por el presidente y dos por el claustro de la Universidad. Pero sus atribuciones eran mayores: tenía mayor autonomía, podía resolver cualquier cuestión suscitada por la validación de exámenes, dictaba los reglamentos y planes de educación pública, así como los requisitos para los grados universitarios, con la aprobación del presidente de la República; administraba libremente sus fondos y tenía mayor injerencia en el nombramiento y destitución de los empleados de la instrucción pública por la vía de la administración de las cátedras que se proveían por concurso (lo que se iniciaba la profesionalización universitaria), podía fijar su reglamento y contratar profesores extranjeros (todas estas últimas eran antes atribuciones del ministro). Asimismo podía nombrar comisiones que cumplieran sus labores en provincias y tenía la tutela sobre la instrucción secundaria.

Aunque todas esas atribuciones dependían de la aprobación del Presidente de la República, la autonomía del nuevo organismo era casi total, una vez que el presidente sólo ratificaba las resoluciones. Los funcionarios educacionales eran inamovibles, es decir, los profesores universitarios e incluso los rectores de liceos eran nombrados a partir de ternas

795 SERRANO, 1994, pág. 245.

originadas en cada institución y sólo podían ser destituidos con la aceptación de al menos dos terceras parte del Consejo. La impronta liberal de la ley se hizo sentir ese mismo año cuando, por iniciativa de Miguel Luis Amunátegui, el Congreso aprobó la autorización para que las mujeres se matricularan en la universidad[796].

Respecto a la organización de la Universidad, se mantenían las cinco facultades y se incorporaba Farmacia a la de Medicina y Bellas Artes a la de Humanidades. Los miembros de la institución se dividían en docentes (propietarios por concurso o designación de la facultad y extraordinarios que debían aprobar un examen ante la facultad); académicos (incluía a los ya elegidos y limitaba las elecciones futuras a 15 por facultad), y los honorarios, (elegidos por las mismas). Docentes y académicos podían participar de la elección de autoridades. Así, el poder de las facultades y el gobierno universitario quedaba en manos de los docentes pues los académicos disminuirían progresivamente. Las facultades tenían atribuciones para nombrar comisiones para grados y concursos, revisión de textos y trabajos científicos y el otorgamiento de premios a obras relevantes de sus asignaturas. Los docentes tenían garantizada la dirección y planeación de los cursos y la libertad de cátedra[797]. Las mayores innovaciones fueron en la equivalencia de grados académicos y títulos profesionales, especialmente en aquellas profesiones que hemos analizado: abogados, médicos e ingenieros. Pese a esto no se garantizó a estos grupos profesionales que pretendían un mayor autocontrol al respecto. Una historiadora de la educación como Sol Serrano ha resumido así esta enorme consolidación del largo proceso iniciado hacía cuarenta años:

[...] la ley de 1879 recogía los conceptos fundamentales de la de 1842. Actualizaba su articulado al incorporar medidas administrativas ya adoptadas y organizadas en un cuerpo legal los múltiples decretos dictados. En ese sentido, recogía la experiencia de cuatro décadas de funcionamiento del sistema educacional y tendía a consolidarlo. En cuanto superintendencia el cambio principal era otorgarle a la Universidad una mayor autonomía y especialización, con lo cual profundizaba la profesionalización del cuerpo docente. Como consecuencia de ello, en cuanto centro de estudios superiores, se consolidaba la universidad docente acentuada en las profesiones[798].

---

796 SERRANO, 1994, pág. 198. Discurso de Abraham König, en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 26 y 27.

797 "Ley sobre instrucción secundaria y superior", *AUCH*, 56, 1879, págs. 17-31.

798 SERRANO, 1994, pág. 250.

De esta manera el Estado pelucón, que se formó a partir de una reactualización del Estado borbónico ilustrado, cuando fue heredado por los liberales, mantuvo sus lineamientos fundamentales en lo que fue su área de influencia más fuerte: el sistema educacional.

4.5.2.- EL POSITIVISMO ANTE LA LEY DE 1879

La de 1879 no era una ley positivista, ni significó el triunfo de los positivistas en la educación. Tampoco consagraba a la Universidad como un centro de investigación científica. Era una típica ley liberal pensada con los criterios del individualismo. La misma Sol Serrano, ha recalcado que esta ley implicó el fin de la Universidad como academia científica y su consolidación como formadora de profesionales; si bien no deja de tener razón, el papel de la ciencia en el espacio universitario no fue eliminado del todo. Ni podía serlo, ya que había una extensa capa de intelectuales y académicos dentro y fuera de la Universidad que tenían claro el papel de la ciencia en el desarrollo educacional, cultural, económico y político y que iban a luchar porque ésta no sólo mantuviera un mínimo amparo del Estado sino que se le pusiera en primer lugar.

Para que ello ocurriera estos intelectuales, y en particular los cercanos al positivismo, tendrían que, dentro de las fuerzas liberales, dar aun una batalla más. Esto porque pese a la aprobación de la ley, aun no estaba zanjado el tema del plan de estudios para las humanidades. Esta era ahora atribución exclusiva del Consejo de Instrucción Pública, donde los conservadores contaban con la figura más prestigiosa entre los intelectuales universitarios: Ignacio Domeyko quien instaló nuevamente el debate sobra la enseñanza del latín. Una de las cabezas de la hidra aún quedaba viva.

En las sesiones del mes de septiembre de 1880 el Consejo abordó nuevamente la discusión del plan de Estudios de Humanidades y si era pertinente la enseñanza del latín para el grado de Bachiller[799]. La posición contraria fue encabezada por Zegers Recasens y Miguel Luis Amunátegui, a favor del mantenimiento estuvieron Larraín Gandarillas y Vargas Fontecilla. Votada la proposición a favor estuvieron Domeyko, Larraín Gandarillas, Ocampo,

---

799 Durante septiembre de 1880 el Consejo sesionó los días 6, 13 y 27; a estas reuniones asistieron el Ministro de Instrucción, que presidía las reuniones, el rector de la Universidad, Ignacio Domeyko, Manuel Amunátegui, Huneeus, Larraín Gandarillas, Murillo, Ocampo Solar, Vargas Fontecilla, Zegers Recasens, Manuel y Miguel Luis Amunátegui, este último secretario General.

Al intento de reposición del polémico idioma dentro del nuevo plan de estudios respondió Letelier, quien en el Club del Progreso, pronunció un discurso titulado *Un nuevo plan de estudios secundarios y la filosofía positiva*. En la ocasión denunció la "reacciones sigilosas contra el desarrollo intelectual de la República" de los "pretensos restauradores de la instrucción clásica", ya que la discusión del plan de estudios que se planteaba en el Consejo de Instrucción trataba de "inferir un golpe recio a la instrucción científica"; también defendió los argumentos liberales que se habían ventilado en el Congreso que sostenían que la reforma implementada estaba orientada a "formar la personalidad moral del educando, armarle contra los contrastes de la vida, prepararle para la lucha del deber"[800].

En general la crítica de Letelier se enfocaba en la incompetencia de la comisión del Consejo de Instrucción para fijar científicamente un plan de estudios acorde a las necesidades de la sociedad en ese momento histórico. Criticaba las políticas educacionales del organismo por no tener claridad doctrinaria y carecer de fines racionales, tanto en su planeación como en la distribución de los cursos. Como contrapartida, proponía que para formar un verdadero "plan enciclopédico", basado en las "nociones certeras de filosofía de la ciencia", para organizar un plan de estudios que fuera de lo simple a lo complejo. En seguida, se hacía cargo de los intentos de reponer el latín sosteniendo que no era enemigo de una lengua, que era "la raíz y madre del castellano", y que el fin de la enseñanza pública era formar humanistas: "argüiría en nosotros ignorancia o desatino el no dar carácter obligatorio a uno de los estudios que enseñan la sintaxis originaria de las lenguas romances, el complejo organismo de nuestro propio idioma". Pero en seguida preguntaba: "¿es razonable que por ocuparnos en rejuvenecer formas literarias correspondientes a un pasado orden intelectual, no nos curemos de adquirir nociones positivas más en armonía con las presentes necesidades sociales?"[801]. Frente al argumento de que el latín servía para ejercitar el intelecto de los jóvenes, Letelier contraponía las matemáticas:

[...] hay una ciencia, piedra angular de todos nuestros conocimientos, la ciencia de las matemáticas, que por su admirable simplicidad no abruma los espíritus y que a virtud de la

---

800 LETELIER, 1895, págs. 297-298. Este discurso de Letelier fue leído en el Club del Progreso y publicado en *El Ferrocarril* el 29 de septiembre de 1879; nosotros hemos consultado la versión, con leves correcciones, aparecida en *La lucha por la cultura*, una compilación de sus artículos y discursos sobre educación que publicó en 1895.

801 LETELIER, 1895, pág. 300.

precisión rigurosa y sólido encadenamiento de sus partes, es la más propia para habituar los entendimientos al raciocinio positivo y librarlos de los devaneos fantásticos del subjetivismo[802].

No hay duda que en todo su planteamiento Letelier estaba recurriendo a la clasificación comteana de las ciencias:

Empero, los honorables sostenedores del proyecto, sin duda más honorables que entendidos en achaques de planes de estudio [...] ni se han curado de averiguar la utilidad que la aplicación a la industria de esta y las demás ciencias abstractas reporta a la sociedad, ni los beneficios que al desarrollo del entendimiento procuran cuando se las enseña jerárquicamente, en el orden lógico e histórico de su complejidad[803].

Letelier denunciaba que pese a haber especialistas en ciencias como mineralogía, botánica, zoología, teología y derecho, sin duda criticaba a la plana mayor de la jerarquía universitaria, es decir, Domeyko, Philippi, Zegers y algún otro, y denunciaba que no había nadie que tuviera una idea general de las ciencias; además las críticas del Consejo, de mayoría ilustrada, se habían dirigido contra la intromisión de un paradigma nuevo:

Mas, la propuesta de este plan, fruto de larga práctica en la dirección de la enseñanza, conforme el orden en que históricamente se han constituido las ciencias y donde las materias están dispuestas en términos que, empezando por las más simples, se acaba por las más complejas, fue rechazada casi sobre tabla de temor a que así la ciencia se redujera al positivismo[804].

Por ello defendía al positivismo contra las “impugnaciones a ciegas” y lo definía escuetamente como: “el conjunto de aquellas ciencias que, como las astronomía y la física, estudian las propiedades generales de la materia”, y a la “creencia positiva” como: “la noción, hoy difundida hasta el vulgo, de que toda materia experimental... todo fenómeno... se produce a virtud de aquellas propiedades”, o hablando figuradamente, está sujeto a leyes naturales:

Y por último ¿qué es la filosofía positiva? ¿cuál es la obra de Augusto Comte? Si Pitágoras, Euclides y Arquímedes fundaron las matemáticas; si Copérnico, Galileo y Newton

---

802 LETELIER, 1895, pág. 301.

803 Ibid.

804 LETELIER, 1895, pág. 302.

fundaron las ciencias físicas; si Lavoisier, Berthollet y Priestley fundaron la química y Bichat la biología ¿Qué fue lo hecho por el llamado fundador de aquella doctrina?

Augusto Comte, señores, acometió y llevó a cabo un trabajo doble: fundó la sociología y coordinó las ciencias especiales a efecto de incorporarlas en una sola gran ciencia general, cual es, la filosofía[805].

Así, el aporte de Comte había descubierto la ley que rige los "fenómenos superorgánicos", es decir, los hechos sociales, y esta era la "ley del desarrollo humano, impropiamente llamada ley del progreso". Por ello la filosofía positiva rompía con el precepto tradicional que explicaba los fenómenos del mundo atribuyéndoselos a la acción de seres sobrenaturales y, sin oponerse a esta creencia teológica, los explicaba científicamente, atribuyéndoselos a "leyes naturales, fijas y demostrables".

Para Letelier la filosofía positiva era una herramienta que el pedagogo podía usar como un verdadero plan de estudios pues podía enseñar una serie de conocimientos ordenados bajo una "subordinación lógica, que concuerda con su desenvolvimiento histórico". De acuerdo a esto, a la mecánica le seguían los estudios astronómicos y a estos la física; de la misma manera "sólo estaremos preparados para estudiar la ciencia de las sociedades cuando en la psicología hayamos aprendido lo que son las funciones del espíritu, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, causas eficientes de los fenómenos históricos". Desde esta posición criticaba la enseñanza de la historia que planteaba la comisión universitaria como una sucesión de hechos sin causas que la ocasionen, batallas sin consecuencias, y revoluciones sin antecedentes, es decir, una historia reducida a cuadros cronológicos:

Al contrario, la historia no es ciencia, ni sirve para nada su estudio si no se pone de manifiesto el desarrollo de las ideas, de las artes y de la industria; si no se hace ver cómo las formas de gobierno se modifican con los cambios del estado social; si no descubre las relaciones ocultas que encadenan los fenómenos sociales y hacen de cada acontecimiento un simple eslabón de una cadena interminable; si no averigua, en fin, las causas invisibles que producen los grandes sucesos, las trastornos trascendentales, la decadencia y la prosperidad de las naciones[806].

---

805 LETELIER, 1895, pág. 303.

806 LETELIER, 1895, pág. 305.

Era primera vez que se hacía una crítica tan demoledora al proyecto ilustrado de educación y, en nombre de la ciencia, se contraponía otro proyecto, con una base nueva en el orden de los conocimientos que permitía dominar las fuerzas de la naturaleza y ponerlas al servicio de la sociedad para lograr su bienestar:

[...] con el hecho de exponer las leyes fundamentales que rigen la existencia, el movimiento y la vida de todos los seres, el positivismo sugiere los medios que el hombre puede emplear con eficacia para poner a la naturaleza al servicio de la humanidad y los procedimientos que debe seguir, para aplicar las nociones de la astronomía a la navegación, las de la física y de la mecánica a la maquinaria fabril, las de la química y de la biología a la agricultura, las de la sociología al gobierno de los pueblos, en una palabra, las de la ciencia entera al ejercicio racional de las artes[807].

De esta manera, la reflexión de Letelier estaba fuertemente empapada de un afán modernizador y transformador de la sociedad a través de los medios de la ciencia aplicados a la tecnología y la industria. La suya era una utopía de cambio social gradual, controlado racionalmente desde la ciencia y el conocimiento a través de la aplicación sistemática de estos en todas las esferas de la sociedad.

Con ello se dejaba atrás el proyecto científico y educacional de Bello que el venezolano expresara en su "Discurso de instalación" que hemos comentado latamente. Además, esto se hacía no desde el seno mismo de la Universidad, que como academia científica debió haber sido el espacio donde se hubiera discutido esto, sino desde una de las organizaciones independientes que reunía a varios académicos que se abrían a los avances de la ciencia en un espacio del que, paradojalmente, no contaban en esa institución. De todos modos, pasarían aun varios años para que el positivismo entrara oficialmente en la "casa de Bello".

CAUDRO N° 1: MEMBRESÍA POSITIVISTA DE COPIAPÓ

Nombre	**Fecha nac/m**	**Educación**	**Membresía**	**Cargo público**	**Desarr Profesión**	**Revistas y periódicos**
Abilio Arancibia			Positivista		Profesor Liceo Copiapó/rector Liceo	Revista Literaria

807 LETELIER, 1895, págs. 306-307.

					Concepción	
Ricardo Fritis			Soc. Escuela Augusto Comte			El Positivista
Gabriel González,			Positivista y militante radical			Revista Literaria
Valentín Letelier	Santiago -1919		Positivista y militante radical	Diputado por Copiapó	Profesor Liceo Copiapó/ Rector U. Ch.	El Atacama, El Deber, Revista Literaria
José Marmaduque Grove	Copiapó				Alumno y Profesor del Liceo	
Juan Serapio Lois	Santiago 1844.	I. N.- U. CH.	Soc. Escuela Augusto Comte		Profesor del Liceo/ Facultad de Medicina UCH.	El Positivista
Guillermo Matta Goyeneche	Copiapó 1829-1999	IN-Universidades alemanas	Partido Radical	Intendente de Copiapó/ Embajador Alemania		
Ricardo Passi			Positivista y militante radical			Revista Literaria
Santiago Toro Lorca			Soc. Escuela Augusto Comte			El Positivista

CAPÍTULO QUINTO
LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD EN CHILE

5.- POSTULADOS PRINCIPALES DE LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Comte diseñó los postulados básicos de su propuesta de reforma religiosa en el *Calendario positivista*, de 1849, (cuya era se iniciaba con la Revolución Francesa) pero fundamentalmente en su *Sistema de política positiva o tratado de sociología instituyendo la religión de la humanidad*, que escribió entre 1851 y 1854 y en el *Catecismo Positivista*, de 1852[808]. Mientras el *Curso* es una enorme y elaborada actualización del conocimiento y una clasificación general de las ciencias, el *Sistema de política positiva* y el *Catecismo* contienen la propuesta de Comte de reforma social a través de la religión bajo preceptos científicos. En estos preceptos, establecidos anteriormente aplica, en especial, la ciencia de la sociedad, la sociología.

El *Sistema de política positiva* contiene una propuesta que elabora a raíz de los últimos sucesos de la historia de Francia y en general de Europa, que lo llevaron a proponer un sistema político que liberara al mundo occidental de los dos "males" que lo afligían: "la democracia anárquica y la aristocracia retrógrada, para constituir, en lo posible, una verdadera sociocracia". Ésta era "la sociedad gobernada por medio del sacerdocio"; en torno a la cual especificaba que: "Si la teocracia y la teolatría se apoyan en la teología, la sociología constituye la base de la sociocracia y la sociolatría", es decir, el gobierno de la sociedad a través del amor a esa sociedad[809].

---

808 En esta última fecha el *Sistema de política positiva* estaba compuesto por dos volúmenes que contenían la parte "estática" de la sociología y que terminó en enero de 1851; entonces se decidió a escribir el *Catecismo* antes de terminar el tercero que comprendería la "sociología dinámica". COMTE, s/a, págs. 19 y 20.

809 COMTE, s/a [1852], pág. 11, nota 2.

Para lograr y mantener el orden social Comte partía de dos premisas básicas. Primero, toda sociedad tiene una estructura básica, jerarquizada, donde cada clase tenía una determinada función (o misión) que cumplir y no podía separase de ella o evadirla a riesgo de transgredir el orden y volver a las etapas anteriores (teológica o metafísica) o prolongarlas. Segundo, en el desarrollo de las sociedades, en su evolución histórica hacia la formación de una sola humanidad, a través de la conformación de grandes formaciones políticas (naciones, imperios), la sociedad "buscaba" la religión que le correspondía. Así por ejemplo, el cristianismo era el resultado de esa búsqueda una vez que se había establecido una unidad en torno al imperio romano; sólo que ésta había sido inútil pues la experiencia demostró que "que esta aspiración final no puede satisfacerse con ninguna creencia sobrenatural"[810]. No sólo por la importancia que Comte le otorga a la religión, sino también por la rígida jerarquización social, hay en todo este planteamiento una fuerte base política conservadora, puesto que sus filósofos predilectos son fundamentalmente Hume (ya hemos visto su influencia en el pensamiento político de Bello) y Aristóteles, que había justificado la existencia de la esclavitud derivándola como resultado natural de la estructura social que, a su vez, provenía de su concepción de un universo estático y rígido.

Aunque conservador, el planteamiento anterior podía no tener necesarias e inmediatas consecuencias políticas y en este dilema se debatieron y separaron los positivistas chilenos. Pero Comte fue claro al respecto, en su pensamiento político hay una aversión especial había el voto universal (lo que también era propio de las corrientes del liberalismo antijacobino de Burke y Constant) y hacia el parlamentarismo, pero sobre todo y ya desde 1847 había planteado la necesidad de una dictadura que en el *Catecismo* le agregó el adjetivo de "republicana", pues abogaba por no volver a una "tiranía retrógrada" y por mantener la libertad de opinión y de prensa[811].

El *Catecismo* es un ordenamiento de la evolución religiosa de la humanidad desde su aparición hasta la etapa positiva, comenzando por una teoría general de la religión, sigue analizando el dogma en el que analiza el "orden exterior material y vital", es decir, el mundo, y el "orden humano, social y moral", es decir la esfera de la individualidad. Una segunda parte analiza el culto tanto en su conjunto como en sus aspectos privados y públicos. El siguiente capítulo es una

---

[810] COMTE, s/a, [1852], págs. 14 y 15.

[811] Por más que sus discípulos fueran fieles seguidores, la adhesión de Comte al golpe de Estado de Napoleón III los descolocó fuertemente, en especial N. Estévanez, el prologuista de la edición castellana del *Catecismo* que hemos tenido a la mano para este trabajo. Véase sus opiniones en: COMTE, s/a, [1852], pág. 20, nota I.

"explicación del régimen" en la que, al igual que la anterior, lo explica en forma general y en sus aspectos públicos y privados. Concluye con una explicación general de la religión, desde el pasado fetichista común a todos los pueblos, hasta la transición hacia el monoteísmo y finalmente la religión científica que él considera propia y particular de occidente. Contiene además varios cuadros que son ordenaciones del conocimiento, una "Jerarquía teórica de las concepciones humanas" y un "Cuadro cerebral" o de la evolución de las concepciones religiosas, el "Culto abstracto de la humanidad" y el "Calendario positivista".

La nueva religión que proponía se basaba en una lectura crítica de los resultados históricos del cristianismo como religión occidental y del Islam como religión oriental: "Estas vanas aspiraciones espirituales no han podido siquiera comprender la totalidad del territorio de la dominación temporal, repartido casi en partes iguales entre dos monoteísmos inconciliables". Por ello, ambas civilizaciones, la oriental y la occidental, debían superar la teología y la metafísica y buscar más allá las bases de una nueva "comunión intelectual y moral". Esa era la función del positivismo en tanto era una doctrina que combinaba "la realidad con la utilidad", pero que tenía una esfera de influencia "universal"; para cumplir esto debía superar su actual estado de desarrollo:

Pero este privilegio natural de los métodos y de las doctrinas positivas, no ha de quedar circunscrito para siempre a lo matemático y lo físico. Desarrollado primero en el orden material, debe alcanzar después el orden vital, de donde se extenderá por fin el orden humano, individual y colectivo[812].

Esto caracterizaba la "plenitud" decisiva del "espíritu positivo"; el mismo serviría para disipar definitivamente toda conservación ficticia del "espíritu teológico" y el "metafísico". En occidente, el principal error o corrupción del catolicismo, que estaba reñido con los tiempos modernos, era haber establecido una moral que desconocía la dignidad del trabajo hasta suponerlo derivado de una maldición divina y que erigía a la mujer como fuente de todo mal. Frente a esta "síntesis egoísta y absoluta", había que oponer una nueva síntesis "altruista y relativa", base de la nueva religión. El positivismo no se haría popular pese a los fundamentos lógicos y científicos de la filosofía positiva, si no contaba con el "irresistible apoyo de las mujeres y de los proletarios". Esto porque en la estructura social comteana habían cuatro clases: la clase especulativa, compuesta por sacerdotes y sabios identificados con el positivismo; los patricios o industriales, cuya función era la conducción de la producción industrial; los proletarios y las mujeres.

812 COMTE, s/a, [1852], pág. 17.

Esta estructura era producto de una evolución histórica que tenía mucho que ver con una lectura de la revolución francesa. Comte planteaba que desde el siglo XVIII la burguesía había luchado por sustituir a la nobleza en la conducción de la sociedad; ante la resistencia de ésta, había convocado al proletariado que asumió la lucha aceptando la conducción de sus "nuevos jefes temporales". Una vez restablecida la paz, los trabajadores manifestaron sus legítimas aspiraciones a integrarse al "orden moderno". Pero la lectura de este proceso revolucionario tenía un encadenamiento causal: la revolución femenina completaría la revolución proletaria, que había seguido a la revolución burguesa, hija a su vez de la revolución filosófica (la ilustración). Con ello se integraría a la cuarta clase social al desarrollo moderno[813].

Podemos ver que la estructura de clases comteana estaba basada en la función que cumplían las clases en la sociedad y no de acuerdo al lugar que ocupaban en la producción, como, por ejemplo, lo planteaba Marx. Las dos primeras clases estaban destinados a conducir a la sociedad: los sacerdotes y sabios y los industriales, tenían como función dirigir la producción del conocimiento, la dirección moral y la producción material o económica de la sociedad. Las dos restantes, esa "masa social" compuesta por las mujeres y los proletarios, por sus características o una naturaleza "ajenas a toda pretensión doctoral", tenían por función respectivamente, el trabajo y la protección de la familia a través del amor; por ello, podían "imponer a sus jefes sistemáticos las condiciones enciclopédicas que exige su oficio social"[814]. En el fondo Comte atribuye a ambos una cualidad instintiva para acompañar al "nuevo sacerdocio" en su labor reformadora, "la más completa de las revoluciones humanas".

En el *Curso* Comte había terminado su clasificación evolutiva de las ciencias con la sociología, y esto lo había sostenido hasta 1848. Pero a partir de entonces, comenzó a desarrollar su "síntesis subjetiva, es decir, la religión de la humanidad, y agregó la moral como última etapa de la evolución del conocimiento humano:

[...] la moral, como ciencia y como arte, constituye necesariamente el estudio más importante y más difícil, pues resume los otros y domina a todos los demás. El culto positivo, desarrollando el sentimiento caballerezco, antes comprimido por los conflictos teológicos, ha hecho en fin, a la mujer providencia moral de nuestra especie. Cada mujer digna es, en general, buena representación del Ser Supremo[815].

---

813 COMTE, s/a, [1852], pág. 38.

814 COMTE, s/a, [1852], pág. 21.

815 COMTE, s/a, [1852], pág. 36 y 37.

La mujer ejercía su influencia a través de la familia de la que era árbitro de la "educación universal", por lo que pronto todas llegarían a apreciar la religión universal. Su integración la emancipaba y ayudaba a la formación de la familia proletaria, sacándola del dilema en que se debatía entre la miseria y la prostitución. Este era el fin del *Catecismo*: ordenar la sociedad, el hombre debía alimentar a la mujer, para que ésta pudiera cumplir su "destino social". Por su carácter afectivo, la mujer podía purgar la revolución proletaria de sus excesos y preparar el advenimiento político del patriciado industrial y del sacerdocio positivista produciendo, que éstos se desprendieran definitivamente de las clases "heterogéneas y efímeras" que conducían la transición negativa actual:

Así la revolución universal, completamente purificada, tenderá con firmeza a su pacífica terminación, dirigida sistemáticamente por verdaderos servidores de la Humanidad. El impulso orgánico y progresivo eliminará doquiera a los retrógrados y a los anarquistas, y se considerará toda prolongación del estado teológico o del estado metafísico cual una enfermedad cerebral[816].

Estas son las ideas fundamentales del *Catecismo* que el "fundador de la Religión de la Humanidad" –como solía autonombrarse- escribió para preparar la llegada de la religión positiva. Leídas por sus discípulos chilenos, y traídas para ser aplicadas a la realidad social, política, cultural y religiosa ¿Cómo fue su difusión en Chile? ¿Tuvo la influencia revolucionaria que su creador francés deseó? Vamos a analizar que difusión en Chile hicieran los hermanos Lagarrigue.

5.1.- LOS POSITIVISTAS ORTODOXOS CHILENOS Y LA "RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD"

No podemos comprender el desarrollo en Chile de la corriente positivista más ortodoxa en el cultivo del pensamiento de Comte, sin detenernos en los hermanos Lagarrigue. Los principales introductores del positivismo religioso eran integrantes de una familia de intelectuales formada a partir de la unión de Aurora Alessandri y Juan Lagarrigue.

Jorge Lagarrigue, el mayor de los hermanos, fue el líder más reconocido. Nació en Santiago el 21 de septiembre de 1854, primero estudió Leyes pero después se interesó por la Medicina. Conoció el positivismo muy joven, cuando leyó a Stuart Mill y formó parte del Círculo Positivista de Santiago. Pero desde 1875 se venció a sus afanes místicos y religiosos y se volcó decididamente a cultivar la religión de la humanidad, para lo cual tradujo los *Principios de filosofía positiva*. Ese mismo año dio una conferencia sobre el positivismo en la Academia de

816 COMTE, s/a, [1852], pág. 39.

las Bellas Letras que se publicó en la *Revista Chilena*[817]. No se conformó con eso, para completar su vocación profesional viajó a Francia donde se tituló en la Academia de Ciencias de París. Allí, durante 1876, asistió a las sesiones de la Sociedad Positivista gala y conoció a los líderes de las dos escuelas seguidoras de Comte: a Emile Littré, que seguía sólo la primera etapa comteana y aceptaba únicamente su sistema filosófico, y a Pierre Lafitte, seguidor de la "religión de la humanidad". Cuando leyó el *Curso de filosofía positiva* completó su conversión a la parte religiosa del positivismo asumiendo todos sus ritos: "debo confesarlo –decía admitiendo su conversión-: una gran lucha se ha establecido en [818]mi espíritu; así que es desde todo punto indispensable que estudie el *Sistema de política positiva*. Siempre he estado muy inclinado a la Religión de la Humanidad". Por ello, mantuvo una distancia crítica de Littré, sobre todo respecto a las diferencias que planteaba entre el *Sistema de Política Positiva* y el *Sistema de Filosofía Positiva* comteanos. También, se alejó de John Stuart Mill y Herbert Spencer, en particular de este último porque era un hombre "sin sentimientos, sin instinto social y que había sido muy injusto para con Comte". En esta época conoció a otros positivistas latinoamericanos, al mexicano Gabino Barreda muy superficialmente, de sostendría después que "su positivismo es sólo intelectual", y al brasileño Miguel Lemos, con quien trabó una gran amistad y coincidió además doctrinariamente[819].

En París, donde vivió la mayor parte de su vida, comenzó a publicar una serie de artículos que lo dieron a conocer tanto en el viejo continente como en América; entre ellas figuran la *Revista Positivista* en Portugal (1879); *El Positivismo en México* (1879), *El Positivismo en Brasil* (1879); *Discurso conmemorativo sobre la tumba de Augusto Comte* (1882); *Función de Francia en la historia de la humanidad* (1883); *Positivismo y catolicismo* (1884); *La Política Positiva y Julio Ferry* (1889); entre muchas otras. En la ciudad luz Jorge encabezó una rebelión contra Lafitte a quien, junto con sus compañeros latinoamericanos, consideró un "sofista" y un "oportunista" que había traicionado el legado del maestro a raíz de que las sociedades positivistas de Inglaterra y Francia habían protestado a raíz de una expedición militar de éste país a Túnez para afianzar su dominio, basados en la oposición de Comte a toda política colonial. También tuvieron desacuerdos producto de que Lemos había expulsado a un miembro de la iglesia brasileña que mantenía esclavos y detentaba cargos

---

817 FIGUEROA, 1931, tomo III, pág. 615.

818 LAGARRIGUE, 1944, pág. 70.

819 La evolución de Jorge Lagarrigue en: ZEA, 1949, págs, 194-196; sus relaciones con los positivistas latinoamericanos en: LAGARRIGUE, 1944, pág. 75-80.

políticos, ambos aspecto reprobados por los religiosos de la humanidad. A raíz de esto Lagarrigue concluyó que el positivismo carecía de jefe universal de la Iglesia Positivista y que el segundo "gran sacerdote de la Humanidad" aún no había nacido. El cisma se efectuó el 9 de septiembre de 1883, cuando Lemos rompió con Lafitte, cinco meses después fue secundado por el chileno. Pero los centros positivistas europeos continuaron fieles al jefe y los americanos, a quienes apodaban los "occidentales", continuaron con la ortodoxia comteana[820]. Tal como había acontecido con el positivismo heterodoxo, el pensamiento de Comte perdía vigencia en Europa y sus doctrinas encontraban tierra más fecunda en América. Desde entonces hasta su muerte, acaecida el 4 de mayo de 1894, Jorge Lagarrigue permaneció en París haciendo propaganda por lo que consideraba las ideas de Comte; cuando falleció fue homenajeado en la mayoría de los países americanos y europeos donde habían seguidores del positivismo[821].

Juan Enrique, el segundo de los Lagarrigue en importancia, nació en Valparaíso el 28 de enero de 1852. Estudió Leyes y Filosofía. Desde 1875 empezó su campaña de divulgador colaborando en la *Revista Chilena*, y en 1878 reunió sus opúsculos titulado *Bocetos filosóficos*. Después publicó en la misma revista y como un folleto aparte *Las leyes de la historia*. En 1885 viajó a Europa siguiendo a su hermano, donde también se convirtió a la religión de la humanidad.

A su regreso a Chile escribió su obra fundamental *La religión de la Humanidad* en la que están condensados los planteamientos de Comte. En 1884 publicó *Centenario de Diderot*, *La separación de la Iglesia y el Estado* y *El tránsito a la religión de la humanidad*. Siguió a esto una frenética publicación de folletos en 1886, 1888, 1890, 1895 y 1896. Su método más caro fue la polémica, para lo cual enviaba cartas a los principales pensadores contemporáneos y en ellas defendía o explicaba sus apreciaciones respecto de los acontecimientos sociales, políticos o filosóficos. Como muchas de estas cartas las publicaba en la prensa, gran parte de su obra se perdió. En 1890, cuando se avizoraba la Guerra Civil, publicó un *Manifiesto positivista sobre la crisis política* y un *Dictamen positivista sobre el conflicto entre el gobierno y el Congreso*. Uno de sus biógrafos, Virgilio Figueroa, describió así su personalidad misionera y su estilo literario:

Con una constancia de apóstol siguió preconizando sus creencias y abordando todos los temas que surgían a la vera de la opinión, de la política o de la ciencia. Su lenguaje era siempre

---

820 ZEA, 1949, pág. 199.

821 FIGUEROA, 1931, tomo III, pág. 615.

elegante y de irreprochable factura helénica y sus ideas coincidían, por lo general, con las corrientes generales del pensamiento y estaban moldeadas en los troqueles de la ética, fuera de una metafísica destinada a complacer a los espíritus superiores, pero que nunca, desgraciadamente, conseguirá horadar el cerebro de las masas[822].

La figura de Juan Enrique se elevó sobre el común de los propagandistas políticos de la época que defendían el progreso pues abogó por la paz en un país que en ese momento tenía una fuerte cultura bélica. "Bondadoso, paciente, lleno de fe en la perfectibilidad humana", predicó la moderación y la reforma incluso en los momentos más aciagos. En los últimos años lo atacó la sordera lo que contribuyó a aislarlo aún más, pero siguió escribiendo sus cartas, artículos para la prensa y comentarios breves. Murió en Santiago el 24 de julio de 1927. En su funeral pronunció un emotivo discurso Alberto Herrera[823].

El más joven de los Lagarrigue, Luis, nació en Santiago el 16 de mayo de 1864. Estudió matemáticas, se tituló de ingeniero y se especializó en hidráulica. Se casó con Javiera Rengifo; tuvo varios hijos, pero el que alcanzó más notoriedad fue Alfredo, que se dedicó a la enseñanza y el cultivo de las ciencias como profesor. Desde 1890 Luis fue profesor de mecánica en la Escuela Militar. Ese mismo año inició la propaganda filosófica. En 1894 fundó la Sociedad Positivista e inició una serie de conferencias dominicales y, al igual que sus hermanos, se transformó en un prolífico polemista. Los positivistas religiosos fueron reacios a debatir por la prensa diaria, por lo que periódicos liberales que podían haber albergado sus ideas, como *El Ferrocarril* y otros, pues coincidían en aspectos como la separación de la Iglesia y el Estado, no contaron con sus colaboraciones. Donde si participaron fue en revistas de discusión política y teórica como *La revista de Santiago* o la *Revista Chilena*, donde convivieron con intelectuales liberales, masones, social darwinistas, etc. Pero el mayor esfuerzo propagandístico los realizaron a través de la publicación de folletos y fue Luis Lagarrigue quien más produjo como *La poesía positivista y La comuna autónoma* (1890), también publicó *El 37 aniversario de la muerte de Augusto Comte*; *La celebración de la patria* (1894), *La celebración de la humanidad* (1895), *La cuestión social* (1896), *Cartas a Mr. J. Bertrand, La cuestión económica*.

Su producción continuó en el siglo XX, se preocupó de los trabajadores y escribió en 1919 para *La Nación* una serie de artículos titulados "Los conflictos obreros" que le valieron ser designado árbitro en el conflicto de los tranviarios mantenían con el gobierno en esa época. Su

---

822 FIGUEROA, 1931, tomo III, pág. 616.

823 Ibid.

preocupación por el proletariado continuó; en 1921 publicó un folleto *Incorporación de proletariado a la sociedad moderna*, en el que deploraba la explotación del hombre por el hombre que conducía a la sociedad al desconcierto a la ignorancia y a la ruina. Figueroa destacó también sus cualidades humanitarias:

Tanto en este como en todos sus escritos, impregnados de amor, refleja su amplio criterio de observador inteligente y preventivo. Enuncia la necesidad imprescindible de que los hombres se preocupen de organizar y orientar en forma altruista los altos destinos de la sociedad humana[824].

En diciembre de 1924, cuando se abrió el debate respecto de la reforma a la constitución pelucona, publicó una serie de artículos en *El Mercurio*, titulados *La constitución de 1833*. Al año siguiente *La propiedad positivismo y comunismo*, donde delimitó las diferencias entre ambas doctrinas. A diferencia de sus hermanos sus investigaciones y preocupaciones intelectuales no se enfocaron sólo hacia la teoría positivista, escribió también tratados de matemáticas y ejecutó importantes obras de ingeniería hidráulica y fue contratista de concesiones gubernamentales que ganó compitiendo contra empresas extranjeras más grandes. Siguió produciendo folletos propagandísticos hasta su muerte, en 1942.

5.1.2.- EL APOSTOLADO POSITIVISTA EN CHILE

En 1883 Jorge Lagarrigue regresó de Francia con el firme propósito de reclutar adeptos para establecer un culto positivista en Chile. Comte había muerto un cuarto de siglo atrás y sus seguidores en Francia eran sólo un puñado. La conversión a la Religión de la Humanidad de un discípulo chileno (que se unía a otros en el Brasil) podía significar una verdadera explosión en la captación de adeptos y la expansión que su creador soñara. En el siguiente apartado vamos a estudiar la producción y los planteamientos teóricos y teológicos, de la Religión de la Humanidad, y las prácticas que ésta generó en el grupo que el médico logró captar en Chile.

Con la llegada del joven converso ese mismo año el programa socio-religioso de la Religión de la Humanidad logró expandir su influencia hacia el Partido Radical, en especial a un ala más avanzada personalizada por Juan Serapio Lois y los médicos Francisco y Guillermo Puelma Tupper[825]. Además, el extremo doctrinarismo de los hermanos Lagarrigue no fue óbice

---

824 FIGUEROA, 1931, tomo III, pág. 616 y 617.

825 Los hermanos Puelma Tupper provenían de una familia "de antiguas vinculaciones sociales". Francisco nació en Santiago en 1850 y se recibió de médico cirujano en 1872; ese mismo año participó en las campañas contra la viruela, contribuyó

para que entre ambas tendencias que desarrollaron los positivistas chilenos hubiera mucha comunicación. De hecho, Jorge mantuvo un estrecho contacto y debate con personajes pertenecientes al liberalismo militante como Eduardo de la Barra, Izquierdo y Salas y Valentín Letelier a quien trató de convertir a la religión de la humanidad.

Hemos visto que el Círculo Positivista había reunido a un grupo de jóvenes preocupados por el estudio de Comte que después tomaron distintos caminos. Al principio el voluntarioso Jorge encontró resistencias incluso en su hermano Juan Enrique, al que había tratado infructuosamente de convencer con sucesivas cartas remitidas desde París hasta que éste terminó ayudándolo en su apostolado. Los hermanos fundaron un templo en Santiago donde comenzó a adoctrinar a los seguidores que logró captar.

Aunque Jorge fue el líder del grupo, la mayor producción intelectual perteneció a Luis, quien además siguió escribiendo obras teóricas, de difusión y de propaganda hasta muy entrado el siglo XX. Las primera intervenciones públicas estaban dirigidas tanto a difundir el nuevo credo como a intervenir muy acertadamente en los temas más candentes de la discusión política local. En 1884 Juan Enrique publicó su obra *La religión de la humanidad*, mientras Jorge

---

a la fundación de la Sociedad y de la *Revista Médica*, al año siguiente viajó a perfeccionarse en Europa y volvió en 1879 a combatir en la Guerra del Pacífico. Condecorado, en 1881 fue nombrado profesor de anatomía patológica de la Escuela de Medicina y al año siguiente fue electo diputado por Coquimbo y luego por Talca. Ateo, apoyó las Leyes de Registro y Matrimonio Civil y de Cementerios Laicos. Director del periódico *La Ley* ocupó el grado 33 de las Logias Masónicas; hablaba siete idiomas y fue un reformador ferviente y reconocido como ultraliberal. Guillermo, por su parte también nació en Santiago, en 1851 y se tituló de médico en 1872 participando en la campaña contra la viruela. Entre 1876 y 1878 se perfeccionó en Europa. Participó en la Sociedad de Fomento Fabril, organizó la Refinería de Azúcar en Viña del Mar, formó la Sociedad Médica y perteneció al cuerpo de bomberos de Santiago. A partir de 1881 fue redactor de *La Época* donde destacó por sus ideas positivistas. En 1885 fue electo diputado radical por San Carlos, sus adversarios lo tildaron de “enemigo personal de Dios”. En 1888 se fue a Buenos Aires y patrocinó la construcción de un ferrocarril entre esa ciudad y Copiapó, fundó *El economista argentino* y colaboró en *El Nacional*. Se retiró de la política después de la Guerra Civil y murió en Viña del Mar en abril de 1895. FIGUEROA, 1931, tomo IV, págs. 570-571.

intervenía en el debate acerca de la separación entre iglesia y Estado con los artículos "Positivismo y catolicismo", "La asamblea católica ante la verdadera religión" y Juan Enrique sumaba "Sobre la separación entre iglesia y Estado".

Si bien la elección de temas para enfrentar el debate e iniciar la propaganda religiosa, era acertada con el momento político, las contradicciones con la cultura política local se notaron desde el principio. Esto porque el principal fin que perseguía la anhelada "comunidad de ideas" era la estabilidad social, estaba destinada a enfrentar a quienes planteaban que el debate social y la confrontación de opiniones eran sanas para la sociedad; esta idea provenía de los valores de los liberales más doctrinarios, a los que oponían los positivistas ortodoxos la "unidad intelectual y moral"[826]. Otro tema en que desde el principio encontró resistencias en la cultura local fue la concepción de uno los elementos centrales del positivismo. La escala de valores que Comte había diseñado para el positivismo religioso planteaba la subordinación del individuo a la Familia, de ésta a la Patria y de la Patria a la Humanidad, "cuyo interés supremo ha de prevalecer siempre" (todos éstos, valores que en el discurso positivista se escribían con mayúscula). Esta escala se contradecía frontalmente, por un lado, con el individualismo liberal y, por el otro, con la valoración de la familia que hacían los conservadores. Ambas corrientes políticas no aceptaban la subordinación de los componentes principales de su entramado cultural y filosófico a una genérica humanidad que no vislumbraban.

El 2 de Gutemberg de 96, en el calendario positivista, es decir, el 13 de agosto de 1884, Jorge Lagarrigue ofreció una serie de conferencias sobre "La Religión de la Humanidad según el *Catecismo Positivista* de Augusto Comte". La disertación que cerraba estas alocusiones versó sobre "Positivismo y Catolicismo"; en ésta definía la doctrina positivista como una *religión* porque "abrazaba y coordinaba en toda su plenitud" las tres partes que constituían la existencia individual y social: "... el sentimiento, la inteligencia y la actividad". La religión, un elemento que calificaba como "indispensable" para el orden y el progreso de las sociedades, para el mayor de los Lagarrigue:

[...] no tiene, en efecto, otro fin que realizar en nuestra vida personal y social un estado de completa unidad, en plena armonía, haciendo converger todas sus partes hacia un destino común. Siempre ha empleado para llenar su objeto estos dos modos de acción: *Reglar* por una parte, cada naturaleza individual por medio de un Ser, cuya bondad y superioridad reconocidas reclamen al mismo tiempo nuestro amor y nuestra sumisión; y *ligar*, por otra, todas las

826 LAGARRIGUE. 1896, pág. 13.

individualidades entre sí, reuniéndolas en torno al mismo Ser Supremo, a quien todas deben igualmente amar, conocer y servir[827].

Jorge Lagarrigue sostenía que todas las religiones del pasado habían tenido idénticos fines altruistas, pero hacía una diferencia entre las "religiones teológicas" y la "religión demostrable", que reemplazaba a aquellas en sus esfuerzos provisorios, con una "acción sistemática y definitiva" hacia el progreso humano y al triunfo del amor universal. Pero esta era una religión sin dioses, su papel en la historia del progreso de la Humanidad ya había pasado, ahora la humanidad tomaba finalmente "la dirección de sus propios destinos" que habían sido señalados por Comte.

El mayor de los hermanos definía la religión de la humanidad como: "... la gran doctrina que viene a establecer una armonía completa y definitiva en el individuo, la familia, la patria y en la Humanidad", estaba destinada a "reglar y coordinar todos los aspectos de la existencia" humana y se componía de tres partes fundamentales: Culto, Dogma y Régimen que reglaban, respectivamente, los sentimientos, los pensamientos y los actos. Esta religión giraba en torno a un "Gran Ser" real, que era la Humanidad. En la concepción evolucionista del positivismo, la sociedad moderna, el mundo actual, era producto de la sucesión del desarrollo intelectual y moral acumulativo de siglos de existencia:

Todo lo que somos, todo lo que poseemos, bienestar, riqueza, lenguaje, ciencias artes, moralidad, lo debemos enteramente a la Humanidad, a este conjunto de seres convergentes, que, con sus trabajos, su abnegación, sus sufrimientos aún, han contribuido al perfeccionamiento físico, intelectual y moral de nuestra especie. Una larga serie de siglos de continuada labor, ha sido menester para elevarnos de la miseria y del egoísmo de las edades primitivas hasta los esplendores de la civilización moderna, cuyos beneficios, sin embargo, no podemos todavía gozar plenamente, colocados como estamos en medio de la necesaria pero dolorosa transición, que ha de conducirnos al régimen de la paz y de la armonía universales[828].

Por lo tanto las generaciones actuales tenpian una deuda con la Humanidad, pues gozaban de sus frutos que les permitían recorrer el camino del bien hacia la verdadera felicidad: la virtud. Esto obligaba a los individuos que tenían un "deber sagrado" que se resumía en la máxima: "amar, conocer y servir a la Humanidad". Este amor a la Humanidad ocupaba un papel central: unía a la especie humana tanto en ese desarrollo histórico, como en la vida cívica o en la

827 J. LAGARRIGUE, 1884.

828 J. LAGARRIGUE, 1884.

vida familiar. De esta manera, la religión positivista trataba de armonizar las contradicciones sociales surgidas del desarrollo de la sociedad industrial y la ciencia moderna.

En el análisis histórico, del que arrancaban estos planteamientos, el catolicismo sólo había logrado cumplir su misión durante la Edad Media ("misión" que no explica mayormente pero que podemos suponer de la necesaria estabilidad u orden para el funcionamiento social). Pero el desarrollo de la ciencia había minado la base teológica del catolicismo e iniciado su decadencia. En este aspecto solidarizaba con los planteamientos del intelectual católico galo *De Maistre*, que inmediatamente después de la Revolución Francesa, planteaba que la religión cristiana tenía sólo dos opciones "o que va a formar una nueva religión o que el cristianismo será rejuvenecido de una manera extraordinaria"[829].

Para la Religión de la Humanidad, la "filosofía positiva" elaborada por Comte, era el comienzo del proceso que desembocó en "una doctrina tan llena de verdad como de grandeza moral", es decir, la religión positiva:

Esa religión es la obra de Augusto Comte. Nadie ha tenido más inteligencia, más energía, y, sobre todo, más amor que él. Su vida entera la consagró desde la infancia, en el seno de la desgracia, al servicio continuo de nuestra especie, anticipando así con su conducta el precepto fundamental de su doctrina: *vivir para los demás*[830].

¿Cómo había ocurrido este milagro en medio de la convulsionada, y hasta en cierto sentido catastrófica, época moderna? ¿De qué manera surgió la "buena nueva" en medio de las cenizas de la disolución del Antiguo Régimen?, son preguntas que nos llevan al origen del positivismo y que el chileno respondía explicando que en el transcurso de la Revolución Francesa se había operado una crisis que había llevado a que el "espíritu metafísico" de Voltaire y de Rousseau, prevaleciera sobre el "espíritu positivo" de Hume, Diderot y Condorcet haciendo imposible toda reorganización[831].

---

829 De Maistre:

830 LAGARRIGUE, 1896, pág. 16.

831 En el prefacio al *Catecismo positivista*, Comte especificó su valoración de la obra de Diderot y Hume que "enlazaba" la anterior de Fontenelle y la posterior de Condorcet. Los trabajos de estos intelectuales, atingentes a la etapa "reconstructora" por la cual pasaba la sociedad europea, estaban "igualmente emancipadas en religión y política" por sobre las "sectas inconsecuentes" de los "demoledores incompletos como

En este contexto crítico, De Maistre comprobaba la “impotencia de las doctrinas negativas para dirigir la sociedad” –y demostraba, por otra parte-, “la grandeza del régimen que había imperado en la edad media”. Su proyecto era la restauración del catolicismo, después de la caída sufrida por los avances de la ciencia que formaba cotidianamente nociones cada vez más incompatibles con los dogmas de esa religión. Con ello se había ahondado la crisis moral haciendo imposible la reconstrucción del orden social.

Lagarrigue acudió a la explicación biográfica para mostrar cómo había surgido la nueva religión. Comte había iniciado sus meditaciones en esa grave coyuntura crítica del catolicismo. Había sido discípulo de la "escuela orgánica" formada por los tres pensadores de “espíritu positivo” citados anteriormente: basado en la ciencia y compartiendo con De Maistre el aprecio por la edad media, se consagró a la tarea de reorganización intelectual y moral ubicando una serie de estudios que, según el chileno, fueron la base de la nueva religión.

Para edificar el nuevo orden moral sobre “bases inconmovibles” –explicaba Lagarrigue- Comte elaboró su *Sistema de Filosofía Positiva* que desarrolló a lo largo de doce años. Una vez finalizado éste y cuando se disponía a dedicarse a la cuestión moral, tropezó con el amor de una mujer:

Y como Dante encontró a Beatriz que le inspiró su gran poema, Comte tuvo entonces la suerte de conocer a Clotilde de Vaux, que, despertando las fibras más delicadas de su corazón, le hizo concebir la sublime doctrina de la religión de la Humanidad[832].

Así y según sus divulgadores, en el *Sistema de política positiva* estaba contenida la síntesis de todas las doctrinas que habían dirigido la existencia de la humanidad.

Como hemos adelantado la Religión de la Humanidad tenía planteamientos cuyos efectos políticos eran inmediatos en una sociedad como la chilena. En específico en torno al liberalismo se planteaba con una distancia crítica, sobre todo respecto del individualismo en tanto era un “signo inequívoco de imperfección moral”. Este análisis arrancaba de un balance histórico similar al efectuado por Gabino Barreda en México, que planteaba que la lucha de las

---

Voltaire y Rousseau, que creían posible derribar el altar conservando el trono o viceversa”. Puede verse que esta es una diferencia más que separó a los positivistas heterodoxos locales como Lastarria y Letelier de los hermanos Lagarrigue. COMTE, s/a, págs. 14 y 15.

832 LAGARRIGUE, 1896, pág. 19.

ideas modernas contra la tradición colonial había tenido como consecuencia en las personas (o más bien en los ciudadanos que perseguía formar el positivismo), la carencia de sentimiento social ya que consagraba el egoísmo. De esta manera, el positivismo o Religión de la Humanidad (Jorge Lagarrigue ocupaba ambos términos como sinónimos), cumplía la función de mejorar este problema uniendo y armonizando la ciencia y la moral: "el positivismo puede hermanar a todos los hombres y a todos los pueblos con la misma fe demostrable". Este último elemento –continuaba- los acercaba estratégicamente al catolicismo ya que sus seguidores perdían esfuerzos que, conjuntados, podían lograr la anhelada "regeneración humana".

¿Pero estaba dispuesto el catolicismo local a hacerse eco del llamado de la nueva religión? Hemos visto que el cuadro político y cultural chileno estaba muy dividido entre el ultramontanismo de la iglesia de la segunda mitad del siglo XIX y el anticlericalismo liberal y radical. Esta división giraba en torno al enfrentamiento entre una idea de sociedad tradicional, estructurada en base a las jerarquías divinas, y una sociedad moderna estructurada en torno al individualismo liberal.

Lagarrigue editó *La religión de la humanidad* en 1884; 12 años después publicó una segunda impresión completando un total de cinco hasta 1947[833]. En este trabajo, el positivista chileno se plantea superar la evidente separación entre ciencia y religión, que se había planteado el desarrollo del positivismo políticamente más liberal y disciplinariamente más cientificista, tanto en su natal Francia, como en el país sudamericano.

Por lo anterior, el chileno se pronunciaba contra la separación de pensamiento que planteaba Herbert Spencer, quien concebía la ciencia como los elementos posibles de ser conocidos por el entendimiento humano, y a la religión como lo incognoscible, bajo el entendido que ambos son "dos campos distintos que se tocan por todas partes sin confundirse jamás". El planteamiento de Lagarrigue parte de supuestos distintos, sostiene que ambos elementos –ciencia y religión- tienen "un solo terreno: el mundo y el hombre". Aunque reconoce que en el desarrollo intelectual de la actualidad:

La incompatibilidad del catolicismo, como de las demás doctrinas teológicas, con el estado actual de la ciencia, se halla fuera de duda. Todas las tentativas de conciliación han fracasado. El cisma entre la teología y la ciencia es definitivo[834].

---

833 En nuestro trabajo hemos consultado la edición de 1896.

834 LAGARRIGUE. 1896, págs. 8 y 9.

Este fenómeno había causado una crisis de la moral privada como pública. En la Religión de la Humanidad ambas esferas están tan unidos que se confunden; tanto así, que en la educación moral, que supone la comunidad de ideas dentro y fuera de la familia: "La verdadera cooperación ávida no es posible cuando existe una multitud de sectores que se odian"[835].

En este mismo tipo de debate y de adoctrinamiento de las ideas religiosas del positivismo, Jorge Lagarrigue polemizó con el Vicario Capitular de Santiago, Joaquín Larraín Gandarillas, el 25 de Gutemberg de 96, 5 de septiembre de 1884, en el calendario cristiano. El folleto, titulado *La Asamblea Católica ante la verdadera religión*, fue reunido con otros y publicado ese mismo año bajo el título de *La separación de la Iglesia y el Estado*. En *La asamblea* Jorge llamaba al obispo a establecer una "santa alianza" entre ambas iglesias, para combatir la irreligiosidad de esos tiempos y facilitar la transición del positivismo al catolicismo; esta alianza debía hacerse en torno al culto de la Virgen María, imitando así el llamamiento a los conservadores del maestro Augusto Comte. Si la propuesta había fracasado en Francia, no afectó el entusiasmo del chileno para proponerla a la Iglesia Católica local, suponiendo la evidente superioridad intelectual del positivismo:

[...] corresponde la positivismo iniciar estas relaciones de simpatía y apoyo mutuos, guiar con sus luces al clero católico en medio de una difícil situación que su doctrina absoluta no le permite comprender, y censurar aún sus actos, cuando ellos vengan a contrariar los grandes fines religiosos de la Humanidad[836].

Para el mayor de los Lagarrigue el clero chileno había asumido una actitud antirreligiosa en La Asamblea Católica. Estas asambleas eran una instancia en que religiosos y laicos católicos se unían en defensa de la religión y los valores cristianos; aparte de celebrar misas se pronunciaban discursos en que los laicos disertaban sobre distintos temas sagrados y en más de una oportunidad la Iglesia aprovechaba para dar a conocer su línea política ultramontana y contraria al liberalismo y el Código Civil. Al parecer la primera de estas reuniones se hizo el 23 de agosto de 1867, en que se conmemoró un siglo de la expulsión de los jesuitas; en la ocasión se pronunció un discurso titulado "La congregación del buen pastor". Además de la capital, hubo asambleas católicas en Valparaíso y Concepción y se llegó a publicar un *Boletín* que no hemos podido consultar. En la sesión del 2 de noviembre de 1885, Enrique Torcornal pronunció un discurso sobre "El patronato"; ese mismo mes Enrique Putrón disertó sobre "El

---

835 Ibid.

836 J. LAGARRIGUE. 1884, pág. 82.

reposo dominical", una mirada al candente tema del descanso dominical cuando éste no estaba garantizado para el mundo obrero y no había leyes laborales que los protegieran[837]. Sabemos que este tipo de asambleas se prolongó por lo menos hasta 1888, en que se celebró la cuarta de estas reuniones; en la ocasión Carlos Risopatrón pronunció un discurso sobre "El papa y la santidad del matrimonio", una alocución a favor de la indisolubilidad del matrimonio[838].

---

837 PUTRÓN, 1885, págs. 1-30.

838 Un somero examen de la biografía este personaje nos permite acercarnos a la importancia de quienes actuaban en estas reuniones y a la forma en que los aristócratas católicos vivían su fe en la época. Carlos era hijo de una familia de "abolengo", descendiente de un acaudalado genovés que se radicó en Argentina a principios del siglo XVIII. Nacido en Santiago el 3 de junio de 1824, estudió en el Instituto Nacional y leyes en la Universidad de Chile, y recibió la influencia directa de Bello. Hizo su práctica con Antonio Varas y fue llevado por éste como profesor del Instituto. Allí redactó textos de historia y geografía y unas *Nociones elementales de cosmografía*; el rector de la Universidad lo nombró profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades en 1852 cargo que asumió pronunciando un discurso sobre los "Orígenes de la lengua castellana". Profesionalmente ejerció en distintas audiencias, fue un eficiente funcionario en la reforma procesal y ministro de la Corte de Apelaciones de Concepción en 1854. Cuando estalló la revolución de 1859 Manuel Montt le encargó la defensa de todo el territorio del sur, que Risopatrón logró reprimir exitosamente. En esa ciudad se hizo amigo íntimo del Obispo José Hipólito Salas (el fundador de *La revista católica*), entre ambos se estableció una colaboración mutua en torno al derecho civil y eclesiástico que vio sus frutos en la obra del laico *El juramento civil de los obispos*. Cuando Salas fue a Roma para asistir al Concilio Ecuménico del Vaticano en 1870, Risopatrón le encargó un cuadro al óleo del Sagrado Corazón, "para entronizarlo en su hogar, colocándolo en el salón principal de su casa". Esta actitud, en la que fue pionero, la Iglesia la vio con buenos ojos, puesto que muchos católicos lo imitaron posteriormente; además participó en obras caritativas de la Iglesia través de las Conferencias San Vicente de Paul. En 1890 fue nombrado ministro de la Corte Suprema; su carrera judicial culminó con honores tras 54 años de servicio. Fue fundador de la Universidad Católica junto a Larraín Gadarillas y Fernández Concha, además de decano de la Facultad de Derecho. Retirado, siguió su activa y prolífica vida intelectual

La crítica de Lagarrigue a la Asamblea se dirigió hacia el dogmatismo que esta propugnaba:

Las tendencias, los proyectos y las conclusiones emitidas y a probadas en esta reunión, lejos de fortificar la Religión, vienen a aminorar el sentimiento religioso, a dar nuevo incentivo a los instintos revolucionarios y a alejarnos así de la grande unidad religiosa, cuyos elementos surgen ya por todas partes[839].

Jorge le reconocía al catolicismo el haber separado la "fuerza moral" de la "fuerza material", es decir, el poder temporal del poder espiritual, situación nque se podía testimoniar con los mártires desde el tiempo del imperio romano:

Así surgió esa maravilla social, esa obra maestra del arte humano, la separación de los dos poderes, germen fecundo de los incomparables progresos del Occidente europeo, fuente de toda verdadera libertad, base indestructible de la dignidad y grandeza humanas[840].

Al lado del poder político, se había erigido un "poder moral" que se ejercía sobre los pensamientos y las voluntades, que obraba no por la coerción como el poder temporal, sino por la convicción y la persuasión y era: "depositario augusto de las doctrinas intelectuales y morales, elaboradas por la Humanidad. El poder espiritual no tiene otra autoridad que la que le otorgan su ciencia, sus virtudes y la "libre adhesión de los fieles" y que por sus características enseñaba, juzgaba y aconsejaba pero nunca mandaba y así mitigaba la fuerza del poder material.

Esta separación era para los positivistas la "piedra angular" del "futuro edificio religioso de la Humanidad" y la posibilidad de superar el "lastimoso estado revolucionario por el que atravesamos". Esto era algo que la Asamblea Católica estaba atrasando cuando un obispo de la Iglesia chilena había llamado a su grey a "empuñar el mazo y dar con fuerza hasta quebrantar la cabeza del liberalismo y de la francmasonería: este mazo es el sufragio electoral", citaba textualmente Lagarrigue. Esa no era la actitud espiritual que digna del cargo que ostentaba:

---

publicando una recensión titulada *Observaciones sobre el libro* La evolución de la historia *de Letelier* y muchas otras obras sobre legislación, religión e historia. Murió el 4 de agosto de 1907. FIGUEROA, 1928, V, págs. 652-655.

839 J. LAGARRIGUE, 1884, págs. 82 y 83.

840 J. LAGARRIGUE, 1884, págs. 83 y 84.

[...] vosotros los católicos, sacerdotes y fieles, por vuestra actitud en la Asamblea Católica, mostráis desconocer enteramente esta esa noción capital, base de la Religión, y entráis de lleno en el revolucionarismo moderno, intentado apoyar con el poder político, con la fuerza, lo que no podéis hacer triunfar por la convicción, por la persuasión, por vuestras solas fuerzas intelectuales y morales[841].

En la concepción del positivista chileno, la Iglesia Católica, el principal poder espiritual organizado, manifestaba una actitud amenazadora hacia la verdadera libertad y hacía antipática a la sociedad moderna toda idea espiritual necesaria para que cualquier organismo social se desarrollase. Por ello, también criticaba el rechazo insistente de la Iglesia Católica al Código Civil que fijaba los nacimientos, defunciones y matrimonios, la base de la libertad humana. Como podemos ver, todos estos argumentos coincidían en muchos puntos con los planteamientos liberales; puestos ante la secularización de la sociedad, los positivistas religiosos se identificaban claramente con esa agenda política y no con la conservadora. La institución civil del nacimiento, el matrimonio y la muerte, garantizaba la separación entre los dos poderes, la libertad religiosa garantizaba la superioridad de lo espiritual por sobre el poder temporal.

Lo anterior no quería decir que los positivistas consideraran suficiente por ejemplo el matrimonio civil pues éste no consideraba la parte moral de la "santa unión". Siguiendo el *Catecismo positivista*, Jorge planteaba que la religión confería al matrimonio un carácter "sagrado"; así, los dos sexos lograban el "perfeccionamiento mutuo", que se consolidaba con la promesa de la "viudez eterna", un rito positivista que se llevaba a cabo después de un "casto preámbulo de tres meses de vida puramente fraternal"[842]. A todas luces la pretensión del fundador del positivismo con esta medida era preservar el orden social, puesto que si los novios no aceptaban la "ley de la viudez" al menos debían casarse civilmente para garantizar "el estado legal de los hijos". Lo mismo sucedía que el nacimiento y la muerte, el poder cívico dictaba reglas necesarias para garantizar la unión del individuo, la familia, la patria y la humanidad. Por ello tenían un rito similar al bautismo católico:

[...] después de la inscripción obligatoria en el registro civil, por la que la Patria se impone de la existencia de un nuevo ser en su seno, tiene lugar en el régimen positivista el sacramento de la *Presentación*. La Familia en esta augusta ceremonia, presenta su hijo al sacerdocio, que, en el nombre del Gran Ser, recuerda a los padres y padrinos sus deberes

841 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 85.

842 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 85.

sagrados para con el futuro servidor de la sociedad. Les señala, sobre todo, que el gran fin de la educación del niño, confiada a ellos por la Humanidad, consiste en subordinar su egoísmo a su altruismo, su personalidad a su sociabilidad, para hacerlo cada vez más apto a vivir para los demás, es decir, para la Familia, la Patria y la Humanidad[843].

Estamos frente a los elementos conservadores del positivismo religioso. A una concepción de la sociedad gobernada hasta en sus más cotidianos detalles por una "fuerza espiritual" que la regulaba y controlaba para evitar los conflictos. La Humanidad del positivismo religioso, con toda seguridad, era hereditaria de la concepción Herderiana; en esa "humanidad" aparecen claramente los elementos utópicos y místicos hereditarios de esa corriente ilustrada, que la veía como un "gran ser" que dotada de amor y altruismo "gobierna" las conciencias y que apuesta por "fijar" las dinámicas sociales.

Lagarrigue continuaba criticando a la Iglesia Católica, pues desconocía el principio de la separación de los dos poderes, desprestigiaba el poder espiritual al aparecer ante la población como un simple partido político "dominado por la ambición de llegar a manejar las riendas del Estado". En este sentido manifestaba su apoyo al "partido progresista" que se empeñaba en la legítima demanda de separar la Iglesia y el Estado. Su logro haría que las organizaciones políticas perdieran su razón de ser:

Comprenderán entonces que, si han alcanzado las condiciones de la verdadera libertad, ésta no resuelve nada por sí misma y deja intacto el importante problema de la regeneración social y moral, que sólo la Religión puede resolver. Con vuestra resistencia –decía a la Iglesia Católica- retardáis vosotros ese momento feliz, en que la cuestión religiosa llegará a ser la principal preocupación de todos los espíritus buenos de nuestra época[844].

Esto porque, en la concepción religiosa del positivismo, la verdadera transformación social no vendría de la política, sino de la "transformación de las creencias, los sentimientos y hábitos morales de los individuos". Superada la "vana y estéril agitación política", llegaría una "serena y fecunda emulación por estudiar, propagar y hacer triunfar la doctrina que mejor realice el bien social". Mientras, la situación actual prolongaba peligrosamente la etapa metafísica que se manifestaba en la "anarquía revolucionaria" y alejaba a los católicos de verdaderos fines. Si bien Lagarrigue explicaba que el celo católico se debía a sus deseos de detener al movimiento irreligioso e inmoral, que ganaba espacios en Chile, ello no quería decir

843 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 90.

844 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 93.

que apoyaran la politización del catolicismo que, lejos de parar esas tendencias, las acrecentaba. Algo similar sucedía con el "diarismo" a que la Iglesia se había hecho tan afecta; la publicación de periódicos y diarios o la intervención directa de miembros de la Iglesia desarrollaba sus vanidades, trivializaba sus capacidades intelectuales y empequeñecía la mente de los sacerdotes y alejaba a éstos de la reflexión profunda: "El diarismo, como los espectáculos teatrales y tantos otros frutos de la anarquía moderna, está destinado a desaparecer en el régimen normal de la Humanidad". En función de la misma separación que debía existir entre ambos poderes, católicos y positivistas, podían unirse en un futuro próximo:

La separación de la Iglesia y bel Estado, que ennoblecerá vuestra autoridad sacerdotal, es la condición previa indispensable para esa santa liga entre los católicos y los positivistas, que los amenazantes progresos la de irreligiosidad reclaman hoy imperiosamente. Reducidas ambas doctrinas a una acción puramente espiritual, ninguna divergencia de fines existirá ya entre nosotros y nuestros esfuerzos podrán converger plenamente en defensa del sentimiento y de los hábitos religiosos[845].

El planteamiento de unidad no dejaba de ser candoroso. En la alianza entre ambas religiones los católicos resguardarían su campo para que no siguiese avanzando la incredulidad y lo prepararían para la conversión al positivismo "por la adoración creciente de la Virgen madre, real y eterna imagen de nuestra madre común, la humanidad". Los positivistas religiosos, por su parte, defenderían el culto católico contra los ataques de la impiedad, "mostrándolo como una transición socialmente necesaria para llegar al culto de la Humanidad". Lograda la implantación de la Religión de la Humanidad, católicos y positivistas lucharían, hombro con hombro, en la eterna lucha entre el bien y el mal, "nadie podría impugnar el sentimiento religioso en nombre de la razón y todo el mundo verá justamente en la irreligiosidad el signo infalible de los malos instintos del corazón".

Jorge Lagarrigue terminaba su carta a monseñor Joaquín Larraín citando las palabras de un religioso católico recientemente fallecido al que no nombraba: "Para salvar la sociedad de la anarquía del presente, y asegurarle un porvenir glorioso, es menester hacer triunfar la única religión que concilia plenamente el orden y el progreso, y que une con indisolubles lazos el sentimiento y la razón, la ciencia y el amor" [846].

---

845 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 101.

846 J. LAGARRIGUE, 1884, pág. 101.

Pero la separación de la Iglesia y el Estado que planteaban los positivistas tenía más coincidencias con el liberalismo, sobre todo en el intento sacar al catolicismo de la preponderancia que había tenido en cuestiones de la vida cívica y política de la República. Pero su fundamento ideológico y filosófico era muy diferente al liberal, puesto que era religioso: ambas esferas de la sociedad no se podían tocar, debían permanecer separadas para que cesaran las luchas que prolongaban la anarquía política, característica de la etapa metafísica, y sobreviniera la etapa positiva. Sólo así el cambio espiritual iría de la mano del cambio de época en la historia.

No podemos finalizar este comentario sin hacer alusión a la notoria la relación entre la concepción de transformación social del positivismo religioso y la propuesta hecha por Juan Egaña en la segunda década del siglo, de transformación de la sociedad por medio de la moralización de las costumbres ciudadanas a través de la Constitución de 1833. Ambas, son concepciones moralistas originadas en el iluminismo que, teniendo su objetivo en la vida cívica, están basadas ideológicamente en una idea conservadora de la sociedad y el mundo y en la utopía de una religión civil.

5.1.3.- PRÁCTICAS RELIGIOSAS DEL POSITIVISMO ORTODOXO

Como religión el positivismo tuvo una serie de prácticas que la convirtieron en una secta más. Una idea de las prácticas que unían a positivistas del viejo y el nuevo continente nos la da una descripción del aniversario de la muerte de Comte que se realizó en París el 5 de septiembre de 1886 (24 Gutemberg, 98) y que el periódico chileno *El Positivista* de Copiapó, reprodujo en sus páginas en diciembre de ese año. El artículo describía una romería que los seguidores habían hecho a la tumba del fundador de la doctrina; en la ceremonia, había una inscripción menor en que se leía: “Augusto Comte y sus tres ángeles”, en alusión a las tres mujeres fundamentales en la vida del filósofo: su madre, Rosalia Boyer; su criada, Sofía Bliaux y su amada Clotilde de Vaux y donde los discípulos depositaban cada año tres coronas de flores con sus nombres. A la reunión habían asistido 150 positivistas (un número bastante pequeño para una religión que pretendía cambiar por completo la sociedad moderna), donde escucharon un discurso del doctor Brioljer, del servicio higiénico público de Londres, sobre la vida y la obra del fundador. Luego, ente la tumba de Sofía –colindante con la de dos obreros que figuraban entre los primeros adeptos de Comte-, M. Jeaunolles, vicepresidente de la Sociedad Positivista, dirigió otro discurso a los asistentes. El artículo –probablemente escrito por un corresponsal asistente a los actos- destacaba:

Se observa por el discurso de M. Jeaunolles, que los positivistas no temen recordar los momentos difíciles de la vida de su maestro, ensalzando el desprendimiento de la que él llamó su hija adoptiva, Sofía Bliaux, que en un día de escasez pasó a disposición de Comte el pequeño capital que poseía[847].

En la última tumba los ramos y coronas de flores tenían dibujado el lema "A Santa Clotilde" y "A nuestra madre". La asistencia, después de escuchar el discurso, en que se recordaba la influencia que esta había tenido sobre el filósofo, se retiró a esperar la conferencia que esa noche M. Pierre Laffitte daría en la *Rue du Prince* (la casa donde había vivido Comte). La sesión se abrió con la lectura de la invocación de Augusto Comte que había compuesto M. Congréve para "la fiesta de la humanidad y que es uno de los elementos de la liturgia positivista", el que en su parte sustancial decía:

Del Presente y del Pasado, hagamos extensivas nuestras simpatías hasta el Porvenir, a las generaciones que aun un han nacido y que nos sucederán en esta Tierra para disfrutar de una época más venturosa que la nuestra; que su memoria, constantemente presente a nuestro espíritu, completa la concepción de la humanidad, tal como nos ha revelado el fundador de nuestra religión, que en esta continuidad ha demostrado el noble carácter de nuestra existencia. Invoquemos este día el recuerdo del más grande de los servidores de la humanidad[848].

En la ocasión Laffitte separó aguas entre el positivismo y las demás religiones como catolicismo, budismo, islamismo, protestantismo o fetichismo:

[...] el positivismo no es esa síntesis tan extraña, es una obra original, una concepción nueva del progreso que la humanidad debe realizar: es, al propio tiempo, el positivismo. Desde sus primeros días afirmó su existencia constituyéndose sobre una base sólida, que no tardó en establecer. En tanto que el catolicismo no puede separarse de los dogmas que estableció el Concilio de Trento, algunos siglos después de su fundación, nosotros hemos dicho desde el

847 "Aniversario de Augusto Comte", *El Positivista* N° 2, Copiapó, 1-XII-1886, pág. 28.

848 "Aniversario de Augusto Comte", *El Positivista* N° 2, Copiapó, 1-XII-1886, pág. 29.

primer momento que el destino y el fin de la vida humana eran los de trabajar y vivir para la familia, la patria y la humanidad[849].

No sabemos si estos ritos y homenajes a la figura del fundador de la religión científica fueron seguidos en Copiapó. Al parecer *El Positivista* sólo informaba de estas ceremonias. Sin embargo, en Santiago, donde los hermanos Lagarrigue fundaron un templo, las ceremonias eran frecuentes. Pero carecemos de datos exactos; no hemos podido saber de la ordenación de sacerdotes, una práctica que Comte había iniciado ordenando a sus más cercanos seguidores. Aunque no es del todo improbable que el ceremonial establecido en Francia se haya practicado profusamente en Chile; muchos núcleos sociales, especialmente los masones, estaban acostumbrados a practicar distintos ritos secretos y de camaradería que cumplían la función de consolidar a sus miembros y solidificar las convicciones recién adquiridas. Tampoco era infrecuente en estos grupos alejados explícitamente del catolicismo, la adopción de símbolos, emblemas o imágenes que representaban convicciones al margen de la religión mayoritaria en ese momento histórico; recuérdese la adopción de la simbología teosófica por la Academia de las Bellas Letras idea, al parecer, del propio Lastarria.

Una de las ocasiones para manifestar sus ritos podría haber sido en 1895 cuando, a los 44 años, murió Guillermo Puelma Tupper. En sus funerales en el Cementerio General de Santiago el 28 de abril, Juan Enrique Lagarrigue a nombre de la Sociedad Positivista pronunció un breve discurso en el que pese a entristecerse por la repentina desaparición de su amigo, daba fe de su conversión a la religión de la humanidad.

Lo que con seguridad fue adoptado fue el calendario positivista. Tanto los hermanos Lagarrigue, como los Puelma Tupper y sus seguidores más cercanos, adoptaron la costumbre de firmar con fechas positivistas, no sólo sus documentos y proclamas con fines proselitistas, sino también muchas cartas que no tenían un fin propagandístico inmediato.

5.2.- EL POSITIVISMO RELIGIOSO EN COPIAPÓ: LA SOCIEDAD ESCUELA AUGUSTO COMTE

A Inicios de 1886 se formó en Copiapó la Sociedad Escuela Augusto Comte. Liderada intelectualmente por Juan Serapio Lois, quien detentaba el cargo de presidente honorario, la presidencia formal la ejercía el joven Ricardo Fritis y Santiago Toro Lorca oficiaba de

849 "Aniversario de Augusto Comte", El *Positivista* N° 2, Copiapó, 1-XII-1886, pág. 30.

secretario[850]. La Sociedad era una organización encargada de difundir el positivismo filosófico y la religión de la humanidad entre la población de la provincia. Las condiciones para la membresía eran "ser presentado por un socio actual, ser positivista, tener buenas costumbres y erogar 20 centavos al mes". Las reuniones se efectuaban los viernes y domingos en el local de la Escuela Bruno Zavala. Tanto por la vocación pedagógica de su presidente formal, como por el liderazgo intelectual de Lois, era una organización orientada a la educación: "Hay sesiones conferencias, lecturas y discusiones filosóficas y literarias o se tratan asuntos concernientes a los intereses y tendencias de la Sociedad"[851].

En su memoria semestral, leída en la sesión del 16 de enero de 1887 (Moisés 16 de 99 en el calendario positivista), el presidente daba una cuenta optimista que se habían celebrado 31 sesiones: 22 ordinarias, 7 extraordinaria y 2 secretas; mientras que en el período pasado se habían reunido sólo 17 veces. La diferencia se debía "al mayor entusiasmo por nuestra

---

850 Ricardo Fritis era hijo de una familia copiapina que desde muy temprano estuvo ligada al desarrollo regional y a la oposición a los gobiernos pelucones; su tío Román había fundado el primer periódico de Vallenar y fue desterrado a Argentina por su apoyo a la revolución de 1859. Ricardo nació el 1 de julio de 1866; en 1881 ingresó al Liceo de Copiapó y después siguió el curso universitario de ingeniero de minas. Era de origen humilde pues trabajaba para comprarse sus libros; por esto y sus buenos antecedentes académicos, el rector José Antonio Carvajal lo nombró bibliotecario y profesor suplente de gramática castellana y luego profesor de aritmética, álgebra y geometría, geometría analítica y trigonometría rectilínea. Al momento de dirigir la Sociedad Augusto Comte tenía 20 años. Terminó sus estudios en 1890 pero sólo se tituló en 1896. Dejó de lado su carrera profesional para dedicarse a la pedagogía; fue inspector del Liceo y luego promovido como profesor de matemáticas al de Concepción donde llegó a ser rector interino, en Taltal ejerció la rectoría. Fue miembro del Instituto de Ingenieros y de Sociedad Nacional de Profesores. Tuvo siete hijos casi todos médicos o farmacéuticos, un ingeniero y un pintor. FIGUEROA, 1931, tomo III, págs. 216-218. (no hemos encontrado antecedentes de Santiago Toro).

851 "Escuela Augusto Comte", *El Positivista*, Copiapó, año I, N° 4, 1-II-1887, pág. 62.

corporación y por otra parte al mayor números de socios" y a la asistencia de personas extrañas "sin duda atraídas por las instructivas conferencias de nuestro presidente honorario"[852].

Además, entre julio y octubre se habían incorporado nuevos socios: los señores Eusebio Ocaranza N., Octavio Vallejo B., Alberto Toro L. y José D. Palacios y se habían leído trabajos en verso: de J.V. Echegaray "A Napoleón", de P. Galleguillos "A la Escuela Augusto Comte" y de Juan E. Moreno, "Al monumento Atacama"; y en prosa: de Santiago Toro: "Importancia de la Historia"; de Alejandro Fuenzalida; "La Nochebuena en Santiago", de Juan Ravenna: "Los jesuitas"; de Alberto Toro "La Escuela Práctica de Minería"; y de Ricardo Fritis C.: "Causas de la Independencia de América". También en esos días Lois dictó varias conferencias sobre la evolución del universo:

[...] logrando consolidar en la mente de los consocios el desprecio a las arraigadas preocupaciones y a las ridículas fábulas de la Biblia sobre el origen de los mundos. Poniendo de manifiesto los sofismas de los teólogos al pretender ellos explicar la formación del universo... exponer las teorías científicas de La Place, Möhl, Thompsom y Herbert Spencer y explica así las faces de por que tiene que pasar todo astro[853].

Enseguida Lois había pasado a comentar la *Política Positiva* de Comte "de utilidad incontestable para nosotros como complemento de las conferencias pasadas".

Pero no todo era tan auspicioso para la novel sociedad. En esos días, "tomando en consideración la falta de respeto de algunos de sus miembros", habían acordado la expulsión de tres socios; además ,a iniciativa del secretario, se habían tomado acuerdo respecto de los morosos. El informe del presidente se congratulaba de la publicación de *El Positivista* que reflejaba "los esfuerzos combinados de los socios para desarrollar las ideas científicas, no sólo en Copiapó, sino en toda la República", cuyas primeras entregas casi estaban agotadas y no habían significado pérdidas sino ganancias.

La Sociedad promovía consecuentemente las leyes laicas como cuando avisaba del matrimonio civil entre el ingeniero en minas Francisco S. Vega, socio de la organización con la "ilustrada señorita" Santina Castro, donde remataban: "Tenemos conocimiento de muchos

852 "Memoria", *El Positivista*, año I, N° 4, 1-II-1887, pág. 60.

853 "Memoria", *El Positivista*, año I, N° 4, 1-II-1887, pág. 61.

matrimonios celebrados así en el tiempo que lleva de vigencia la ley, principalmente en Copiapó"[854].

Políticamente la Sociedad se puso a la izquierda del liberalismo en el poder, por el nivel de acuerdos y negociaciones entre el gobierno de José Manuel Balmaceda y el arzobispado de Santiago. En la crónica del número 14 de *El Positivista* criticaban la cesión al obispo Lucero de parte del gobierno que había otorgado $5.000 pesos oro ($10.000 en billetes) para gastos de viaje del sacerdote: "¡Esto es curioso! Vamos en progreso como ciertos crustáceos. ¡Así no dejaremos de ver pronto la separación de la Iglesia del Estado!"[855]. Las críticas continuaron, tiempo después, cuando se supo de la renuncia del obispo de La Serena a la Iglesia después de hacer percibido la herencia de Emeterio Goyenechea, con la cual había comprado una hacienda por el valor de $80.000 de la época. La situación se agravaba pues, además, el gobierno liberal le había asignado una renta de seis mil pesos anuales:

En vista de este y otros despilfarros del erario nacional para templos, capillas, capellán del Presidente y otros gajes para el clero ¡cuan ardientemente debemos trabajar por la separación de la Iglesia y el Estado! La unión entre las dos entidades sirve de pretexto a los medio-liberales y medio-patriotas para suministrar al catolicismo, fomentándolo, lo que arrebata al pauperismo y a la industria[856].

Pero lo que les disgustaba a los positivistas respecto de Balmaceda era que, antes de llegar a la presidencia, había prometido suprimir el artículo N° 5 de la Constitución que atacaba directamente los intereses del clero, por lo que acusaban al presidente de haber recibido las felicitaciones del mismísimo pontífice romano, concluyendo "se ve que ni el gobierno ni el congreso se afanan por la prosperidad moral del país"[857].

---

854 "Un matrimonio", *El Positivista*, Copiapó, 1-I-1887, pág. 61.

855 "El Obispo Lucero", *El Positivista*, Copiapó, 1-XII-1887, pág. 149.

856 "El obispo de La Serena", *El Positivista*, Copiapó, 1-I-1888, pág. 149.

857 "Reforma constitucional de Chile", *El Positivista* N° 18, Copiapó, 1-VII-1888. El artículo N° 5 de la Constitución de 1833 decía textualmente: "La religión de la República de Chile es la Católica Apostólica Romana; con exclusión del ejercicio público de cualquier otra". Una interpretación por la ley del 27 de julio de 1865 permitía

5.2.1.- *EL PERIÓDICO* EL POSITIVISTA

En noviembre de ese 1886 la Sociedad Escuela Augusto Comte inició la publicación de *El Positivista*; subtitulado "periódico filosófico, literario, científico y moral", se editaba en las prensas de *El Atacameño*. Numerado correlativamente a partir del 1 de noviembre (Descartes 25 del 97 en el calendario comteano), constaba de 16 páginas en tamaño medio tabloide y tenía periodicidad mensual; su editor responsable era el mismo Lois. La editorial del primer número aclaraba su orientación en la que trataba de ligar el positivismo con la tendencia política dominante en la región:

El ideal del Positivismo es uno de los ideales del radicalismo, es el principio del gobierno de los hombres libres por medio de la dirección de sus ideas, sentimientos y actos. Por esto hemos creído que en una provincia donde domina el radicalismo debía levantarse un periódico que haga conocer la filosofía y la política positiva, la ciencia y la religión de la humanidad[858].

Aunque seguían la consigna de "orden y progreso", tradujeron las máximas comteanas como: "vivir para los demás, vivir a la luz pública". Los temas que abordaba el periódico en su sección filosófica eran fuertemente anticlericales, por ejemplo, la crítica de las "doctrinas teológico-metafísicas" y la exposición de las doctrinas del positivismo; también había una sección literaria que publicaría "composiciones instructivas y tendientes a dar una forma más amena a las doctrinas que sustenta; otro apartado tendría artículos de divulgación científica "en sus relaciones con la Filosofía positiva"; finalmente, una "sección moral" desarrollaría el "resultado de las doctrinas científicas modernas y de la Religión de la Humanidad". Además publicaba artículos doctrinarios, poemas y traducía textos desde el francés y el inglés como el folletín *El hijo del jesuita* una "novela histórica anti-clerical", prologada por el general G. Garibaldi, y traducida especialmente para el periódico copiapino, o *El Catecismo republicano del libre pensador*, de Pablo M. Foucher. Tenía una "sección filosófica" y otra "moral" donde, por ejemplo, Juan Serapio Lois escribió "El suicidio bajo en punto de vista positivista" en el N° 2 de diciembre de 1886.

Una "sección científica" con artículos como "Causas y profilaxis del cólera" tenía por función evitar que el temor que la expansión de esa enfermedad tenía en ese momento en

---

a los que profesaban otro culto dentro de un recinto privado y facultaba a los disidentes para fundar y sostener escuelas privadas. REPÚBLICA DE CHILE. s/a. pág. 7.

858 Los redactores. "Prospecto", *El Positivista*, Copiapó, 1-IX-1886, pág. 1.

Argentina, se propagara también en Chile; el periódico: "no podía dejar de tratar un asunto de tanto valor para la Patria y la familia, pues el interés de estas es el de la Humanidad"[859]. También reproducían artículos de otras revistas como "La hijas de Luis XV", un estudio de etología de la *Revue des deux mondes*, que definía a esta ciencia como "la segunda parte de la psicología positiva o científica, y por esto, la más atrasada. Es la ciencia que se ocupa de las leyes que determinan el carácter de las personas", de manera tal, que era una disciplina que sólo servía a la pedagogía pues "determina las condiciones bajo las cuales se debe encontrar un individuo para adquirir por la educación el mejor carácter posible"[860]. "¿Qué es el hombre para un naturalista?", era un discurso pronunciado por el profesor Testus en la Facultad de Medicina de Lyon y publicado en la *Revue Scientifique* de París, que se preguntaba acerca de cómo clasificar al hombre en el mundo, entre los animales o como una especie distinta[861].

A partir del número 6, la Sociedad Escuela Augusto Comte, publicó en las páginas de *El Positivista* un anexo en que entregaron por separado los *Elementos de filosofía positiva* del "socio honorario", Juan Serapio Lois, que llenaba la necesidad que manifestaban muchos de sus suscriptores que deseaban conocer "a fondo" la doctrina positivista[862]. En noviembre de 1887 iniciaron su segundo año de vida "luchando contra la teología [y] la metafísica, gracias a los amantes de la Humanidad, gracias a los amantes del *progreso* y del *orden*, gracias a los que aspiran a *vivir para los demás*". En la ocasión acusaban los ataques de la iglesia y agradecían a *El Atacameño* "periódico que jamás ha desmentido sus ideas de libertad y progreso". Según *El positivista*, la "causa" de ambos medios era la misma: "el progreso de la democracia y, el fin que persigue el último es el ideal del primero". Además, aclaraban que "El positivismo era el enemigo de la autocracia no menos que de la teocracia, que los clubes y círculos o consejos clericales tratan de hacer surgir". También revelaban su estrecha alianza con la organización que "empuja hacia delante el carro del progreso", esto es, el partido más fuerte de la región:

---

859 "Causas y profilaxis del cólera", *El Positivista* N° 3 y 4, Copiapó, 1 de enero y 1-II-1887.

860 "Estudios de Etología" *El positivista* N° 3, Copiapó, 1-I-1887, págs. 44 y 45.

861 "¿Qué es el hombre para un naturalista?", N° 15 al 18, *El Positivista*, Copiapó, 1-I- al 1-VII-1888.

862 (Editorial) *El Positivista*, N° 6, Copiapó, 1-IV-1887.

El radicalismo de nuestra época no es ya un partido revolucionario y perturbador. Está conforme con el positivismo. Su lema es también el orden y el progreso. Augusto Comte, como todos los grandes genios y reformadores políticos ha sido un radical, por más que él jamás le haya dado ese título[863].

Esta editorial nos permite ver, aparte de las alianzas y del imaginario político de los positivistas religiosos, la conceptualización que estos usaban para caracterizar a su enemigo político y doctrinario. El cambio de actitud política se debía al inicio de la campaña electoral de ese período en que el "partido clerical" (conservador) pretendía:

Triunfar plagiando los mismos medios que en otros países le han dado el triunfo en contra de la Humanidad, es cuando también los amantes de este Ser Supremo efectivo, aquellos a quienes según las leyes concierne el derecho electoral, deben marchar unidos contra el enemigo de la Humanidad, que es el clero y sus secuaces, el egoísmo y su cohorte[864].

En los números siguientes el grueso de la publicación seguió destinado a la propaganda anti-católica y a la difusión doctrinaria del positivismo. Para ello denunciaban las contradicciones en las que caía la práctica católica, como una información del *Estandarte Católico* que personalizaba en el amor al papa, el culto hacia Dios: "Es sabido –decía el periódico clerical, que en el amor al Papa se juntan todos los dulces y santos amores que inspira la fe ... El que no acepta sus enseñanzas, el que no obedece sus preceptos se extraña de la sociedad de los hijos de Dios". Esto era retrucado por *El positivista*: "...el catolicismo ha dejado de existir sólo hay puro papismo. Quienes se apoderan de un dios visible ¿necesitan preocuparse de uno invisible y quimérico?". La vanidad le permitía estar por sobre la patria y la humanidad se consumaba cuando el Vaticano pretendía recuperar el poder temporal que la reunificación italiana le había arrebatado[865]. También denunciaban los excesos de los sacerdotes locales, como el caso del cura de Lampa que predicó contra la escuela pública y obligó, so pena de excomunión, a los padres a retirar a sus hijos y matricularlos en los seminarios católicos[866].

---

863 (Editorial) *El Positivista*, N° 13, Copiapó, 1-XI-1887.

864 Ibid.

865 "Crónica", *El Positivista* N° 16, Copiapó, 1-II-1888, pág. 166.

866 "Crónica", *El Positivista* N° 19, Copiapó, 1-IX-1888.

La decimonovena entrega de la publicación abría con noticia de la muerte de Lastarria, "después de una carrera literaria y pública igualmente brillantes". Reseñaba el texto de geografía elemental y sus comentarios sobre la constitución del "entusiasta partidario del progreso y de la instrucción" como obras "no menos notables" y de sus *Lecciones* como muy inferior a la del maestro, sin embargo, no carente de importancia de manera que los positivistas debían "recordarlo con efusión"[867].

Paradójicamente la muerte de Lastarria marcó el cierre de una etapa del periódico. *El positisvita* había disminuido sus páginas a la mitad desde hacía un año y ahora sobrevivió sólo dos entregas más, que no salían mensualmente y a veces se saltaban más de dos meses entre uno y otro. El tabloide paró sus prensas a dos años de iniciada su labor proselitista, con el número 21 del 1 de enero de 1889. En esta entrega, que correspondía al primer centenario de la nueva era positivista, Lois hizo un balance de los avances de la ciencia a un siglo de iniciada la Revolución Francesa:

¡Han sido derribadas las antiguas explicaciones teológicas del universo, que ponían la causa de todos los bienes y males en un ser infinitamente grande, supremo y todopoderoso! ¡En lugar de tal ser y como por antítesis las causas del Universo han sido colocadas por la ciencia y el positivismo en lo extremadamente pequeño! ¡Por el análisis e investigaciones científicas se ha reducido *a la nada* lo que se decía que de la nada había creado todo y, en cambio, se ha encontrado que todo está compuesto de o es determinado por causas extremadamente pequeñas, como el mar se compone de gotitas de agua, como los desiertos y fondos marinos de granitos de arena, como todos los seres organizados de células [...][868].

Los cambios experimentados en la concepción del mundo y de la naturaleza, basados en los avances de la ciencia había llegado a alterar los cambios en la sociedad:

En sociología, la ciencia del conocimiento de las sociedades, ya el positivista no se ocupa de los reyes, emperadores, héroes y capitanes, a quienes antes todo se atribuía; la ciencia va a investigar las creencias y costumbres de las muchedumbres, del pueblo, tan despreciado antes, sus tendencias o aspiraciones, sus miseria ocultas, sus pasiones; se va a investigar cómo

---

867 "Don José V. Lastarria", El Positivista N° 19, Copiapó, 1-IX-1888.

868 Lois. "Evolución científica en el siglo XIX", *El Positivista* N° 21, Copiapó, 1-I-1889, pág. 203. (cursivas en el original).

vivía esa muchedumbre por los restos o rastros de sus habitaciones, trabajos, actos, comidas, tumbas, utensilios, vestidos, etc. ¡Lo grande tiene sus causas en lo pequeño![869].

El desplazamiento de las concepciones teológicas del mundo había cambiado la importancia de el alma por los estudios psicológicos de la misma manera que lo que antes se concebía como grande, hoy se sabía que estaba compuesto por partes infinitamente pequeñas: "La vida es la resultante de funciones microscópicas", de tal manera que Dios había sido desplazado:

Este siglo, preparado por los anteriores, ha venido a derribar tanta ilusión que fue elaborada durante siglos por el hueco orgullo de la razón humana. ¿Para qué un dios allá arriba cuando aquí abajo sin él todo se explica mejor? ¡El menor inconveniente de dios es ser inútil! ¿Para qué relaciones entre el hombre y Dios, cuando lo que necesitamos son relaciones entre los hombres? ¡La Humanidad se sustituye a Dios![870].

Así trasladando las concepciones de la naturaleza como un mundo físico, compuesto de partículas pequeñas, o de un universo biológico, compuesto de células, la reflexión de Lois concebía a la sociedad compuesta por individuos y sentenciaba: "es la reforma de los individuos lo que constituye una verdadera reforma social". Esta reforma se lograba con la educación en la escuela y la familia, mientras más "escrupulosa" fuera la educación mejor se preparaba al individuo para la Humanidad: "la moral en su lentísima evolución a través de los siglos es la obra de esas pequeñas acciones acumuladas en el cerebro de las generaciones". Ese mismo esquema podía ser aplicado con éxito analítico al "orden político" y a la legislación donde ya no eran válidos los monarcas o presidentes, sino los individuos de los cuales ellos sacaban su fuerza: "En este siglo –concluía- extínguense o tienden a desaparecer los privilegios para el mayor derecho individual"[871].

En la entrega número 20, que marcaba el comienzo de su tercer año, aclaraban que, pese a los contratiempos que les habían impedido salir mes a mes, habían tenido especial cuidado en no interrumpir la publicación de los artículos filosóficos "que es para todos la parte más

---

869 Lois. "Evolución científica en el siglo XIX", *El Positivista* N° 21, Copiapó, 1-I-1889, pág. 204.

870 Ibid.

871 Lois. "Evolución científica en el siglo XIX", *El Positivista* N° 21, Copiapó, 1-I-1889, pág. 205.

interesante" y que habían tratado de mejorar la calidad de los artículos de crónica y "de fondo"[872]. Probablemente el fin de este periódico, que no pasó del número 21, se debió a una crisis interna al interior de la Sociedad Escuela Augusto Comte por la falta de recursos; ya habían advertido indirectamente a sus "abonados" que gracias a ellos podrían finalizar la entrega de los artículos que les interesaban. Pero el positivismo religioso siguió teniendo una fuerte influencia en la región hasta entrado el siglo XX.

5.2.2.- LA SOCIEDAD POSITIVISTA DE SANTIAGO

La Sociedad Positivista de Santiago fue fundada por Luis Lagarrigue el 24 de junio de 1892 (el 8 de Carlomagno de 104), en un contexto muy difícil para los positivistas religiosos pues hacía muy poco tiempo que había finalizado la Guerra Civil. La organización tenía por objetivo principal "cooperar al triunfo de la religión de la humanidad para lo cual diseñó un programa basado en tres puntos:

- 1.- Emancipar a la MUJER del trabajo material para elevarla al verdadero destino de obreras del principal de los artes: la Educación.
- 2.- Incorporar al PROLETARIADO a la sociedad moderna, haciéndolo solidario con el PATRICIADO y dignificando el mando y la obediencia industriales mediante la gratuidad del *salario* y del *trabajo* que deben destinarse al servicio de la *Familia*, de la *Patria* y de la *Humanidad*.
- 3.- Organizar la *Opinión Pública* según los principios demostrables de la *Religión Universal* bajo la autoridad espiritual del SACERDOCIO[873].

En torno a la política chilena, la organización se propuso trabajar por el "principal programa político de la época actual" que era la separación entre la Iglesia y el Estado. Esta separación exigía, en torno al tema en específico: Que se suprimieran los presupuestos teóricos, teológicos, metafísicos o científicos que se tenían hasta el momento para enfrentar ese debate; que se anexara la preparación técnica a los servicios públicos. En torno a la educación, la organización de la enseñanza primaria debía hacerse sin compañías pedagógicas, eso equivalía a designar a los maestros "por medio de dignos concursos". En cuanto a la cultura se debía instituir el "pensionado personal" hacia los artistas, sabios, eruditos, eclesiásticos y servidores de la nación que lo soliciten y lo merezcan; además de la supresión de la propiedad literaria; la

872 (Editorial), *El Positivista* N° 20, Copiapó, 1-XI-1888.

873 SOCIEDAD POSITIVISTA. 1894, págs. 3 y 4. (versales y cursivas en el original).

publicación, por parte del Estado, de las obras "estéticas o teóricas" importantes a las que sus autores debían renunciar a sacar de ellas "beneficio material". En torno a los deberes del Ejecutivo, el "Gobierno político" debía dedicarse sólo a su "oficio temporal", abandonando "al libre concurso de las doctrinas" todas las cuestiones "espirituales"; además debía quedar libre de las influencias del parlamentarismo y de las formas "pueriles y viciosas". En cuanto a la economía, debía formarse una "Asamblea puramente financiera", elegida por votación unipersonal por las clases que conformaban la sociedad: agrícola, fabril y comercial, de los departamentos en que estaba dividida la República. Respecto a las elecciones planteaban la modificación del Sufragio Universal instituyendo el voto "público, delegable" y sólo accesible a los mayores de 28 años; y, finalmente, pedían la adopción de la leyenda "Orden y Progreso" en la bandera nacional[874].

La membresía de la Sociedad debía aceptar la Religión de la Humanidad fundada por Comte y "subordinada moralmente al Apostolado Positivista de Chile"; someter sus actos "públicos y privados" a sus preceptos; aspirar a desarrollar "cada vez más" en su vida íntima el "*culto privado* que prepara el *culto público* de la Humanidad". Además, debían concurrir al "subsidio positivista" por medio de cuotas voluntarias en que ellos mismos fijarían el monto y la periodicidad; este dinero se destinaría exclusivamente a los gastos de la Sociedad. Los que sin profesar la religión simpatizaran con la doctrina que predicaba que "el amor, el orden y el progreso", para liberar a la sociedad de la "actual anarquía social", podían aportar al subsidio positivista que simbolizaban "las nobles aspiraciones de nuestros contemporáneos por la felicidad del Porvenir". El director de la Sociedad publicaría una cuenta anual de los gastos de la organización.

La flamante Sociedad adoptó una actitud mesiánica, muy marcada en la propagación de su apostolado religioso, que no encontró el eco que sus creadores esperaban de la sociedad chilena, debido a las condiciones ideológicas que les resultaron especialmente adversas en un nación dividida por la guerra. Diez meses después de fundada, Juan Enrique Lagarrigue publicó un *Llamamiento a los chilenos*, en el que partía sosteniendo que aunque los consejos que ellos habían propagado, no habían sido escuchados "con grave perjuicio para la patria"; pero era su deber seguir dándolos a fin de reparar "las deplorables consecuencias de la Guerra civil de 1891, pacificar realmente a Chile y preparar su elevado porvenir". Para ello llamaron a formar un

874 SOCIEDAD POSITIVISTA. 1894, págs. 4 Y 5.

"partido constructor" cuyo lema sería "Orden y Progreso" que se propondría la formación de un "gobierno verdaderamente social"[875].

El programa del nuevo partido político constaba de siete puntos; tres eran de orden social. El primero pedía la tan ansiada separación de la Iglesia del Estado, para independizar "el orden civil del orden religioso" para facilitar la tranquilidad material del país y facilitar su "regeneración espiritual"; condición ésta que comprendería la "libertad de enseñanza y de profesiones", aboliendo los monopolios actuales y donde el gobierno estaba obligado sólo a sostener la instrucción primaria. El segundo: propugnaba la protección directa de la industria nacional favoreciendo la implantación de "fábricas útiles" y el tercero, el "amparo equitativo" al proletariado, para que este pudiera organizar la vida doméstica "sin el peligro de la miseria".

Los puntos cuarto y quinto tenían que ver con el régimen político. El cuarto se expresaba tajantemente contra la parlamentarización del sistema político pues pedía la supresión de las "perturbadoras" atribuciones políticas del Congreso "dejándolo reducido a su labor propia de vigilar las finanzas del Estado y autorizar las modificaciones de la propiedad particular requeridas por el desarrollo general de la industria". El siguiente proponía la formación de únicamente tres ministerios: interior, exterior y hacienda.

Los dos últimos tenían que ver con el establecimiento de un régimen presidencial fuerte. El sexto propugnaba el fortalecimiento del poder presidencial "pero con el deber de consultar expresamente a la opinión pública en la formación de las leyes". Finalmente, abogaban por que el jefe de Estado "a fin de mantener la continuidad política", propusiera a su sucesor con el "asentimiento" de sus conciudadanos[876].

El *Llamamiento* se dirigía a esos chilenos "de recto criterio y verdaderamente patriotas" que en ese momento no hallaban donde ejercer "una benéfica acción publica". Desde el positivismo religioso la situación por la que había atravesado el país tenía un significado claro:

La sangrienta crisis de 1891 ha sido, en parte considerable, el resultado fatal del agotamiento de la teología y la metafísica, que ha dejado a la sociedad desprovista de nociones directivas. Bien mirado, el caso de Chile no es más que un accidente violentísimo de la enfermedad anárquica de que adolece todo el Occidente. Si se desea restablecerle la salud a

875 JE. LAGARRIGUE, 1893, pág. 1.

876 J.E. LAGARRIGUE, 1893, pág. 2.

nuestra patria y devolverle acrecentada su energía, hay que acudir al positivismo en busca de principios edificantes e inconmovibles de conducta pública y privada[877].

Para ello, Juan Enrique Lagarrigue proponía que se estableciera una "amnistía plena", para que cesaran la recriminaciones entre los chilenos y se diera paso a una era de "reconstitución nacional" y los "inexorables de ambos bando" cedieran el paso a los que anhelaban la "concordia nacional". En este sentido, la adscripción de los ciudadanos al "partido constructor" aseguraba la estabilidad de la patria y fomentaba su verdadero progreso.

El 5 de septiembre de 1894 (24 de Gutemberg de 106) la Sociedad Positivista conmemoró el aniversario número 37 de la muerte de Augusto Comte. En la ocasión Luis Lagarrigue dirigió un discurso a la concurrencia del local donde glorificaba la figura del francés como un ser santo y genial en el que la humanidad había depositado "todos los resultados del Pasado y exigió que legislase el Porvenir", de manera tal que se había operado "la más grande de las transformaciones religiosas que nos presenta la historia" que había permitido que el "orden universal" se nos revelara:

El Estandarte de la Humanidad marchará desde ahora triunfante y bajo su amparo se agruparán los seres religiosos capaces de ponerse en comunión con los santos de todos los tiempos. Los diversos cultos, dogmas y regímenes que produjeron la unidad de los sentimientos, de los pensamientos y de los actos en el pasado, se nos presentan como el desarrollo progresivo del culto, del dogma y del régimen de la Humanidad[878].

El lenguaje mesiánico con que Luis Lagarrigue elaboraba su discurso se separaba del discurso objetivista del positivismo heterodoxo y del cientificismo de la época. Para él, el desarrollo de la inteligencia humana, que aspiraba a encontrar el "orden universal" en el mundo exterior y objetivo, había fracasado. De esta manera se había caído en la confusión de las ideas y en la completa "anarquía espiritual" del momento presente, era el resultado del alejamiento de la espiritualidad de la naturaleza humana: "El empirismo de las voluntades teleológicas en lucha contra el fatalismo de las leyes científicas y la metafísica estableciendo el conflicto entre el espiritualismo y el materialismo: tal era el cuadro del espíritu humano". Esto era resultado una "anarquía intelectual" que había dividido al "Sacerdocio" en agrupaciones de "hombres teóricos" irreconciliables, desembocando en una "anarquía social", que terminó rompiendo "la unión que debe existir entre el Patriciado y el Proletariado", y en la lucha entre el capital y el

877 J.E. LAGARRIGUE, 1893, pág. 4.

878 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág. 6.

trabajo. La salida de esto era que todos se ligaran "bajo una misma fe", para encausar las fuerzas humanas y establecer la paz social, que les permitieran marchar juntos al "rico y al pobre, igualmente dignos e igualmente felices", inspirados en el amor la fe y el servicio a la Patria"[879].

Frente al peligro que implicaba la crisis social, había surgido lo que la humanidad necesitaba: una nueva revelación en al persona de Comte. Pero esta tenía que tener una característica fundamental de la que las anteriores religiones habían carecido: debía unir razón y fe: "Era pues indispensable construir la fe definitiva basada en el conjunto de la sabiduría humana". Pero ¿Cómo podían unirse razón y fe, empresa en la que la religión católica y donde la misma inteligencia humana habían fracasado? En ese momento había surgido un "ser celestial, dulce y suave", ajeno a los "combates de la razón", frente al cual el "elegido" sucumbió:

Esos ángeles humanos han conservado incólume el tesoro de los sentimientos, resistiendo sin cesar al sofisma de los pensamientos y al desorden de los actos. La sociedad, ya al borde del abismo, les dirigió por fin sus brazos suplicantes; y el genio entre los genios dominando el orgullo de la razón inclinó su frente ante una mujer[880].

En ese momento surgió la "síntesis subjetiva" de las concepciones humanas que a partir de entonces se transformaron en "positivas y simpáticas". La influencia de la mujer, en la mente de Comte, había provocado un cambio no sólo en la concepción del hombre, sino también en la del alma humana, de manera el filósofo descubrió que el fondo de su naturaleza está constituido por el sentimiento y que "la inteligencia y el carácter" son apéndices, que como los sentidos y los músculos, le permiten al hombre "apreciar y modificar el orden exterior". Esta era para los positivistas la culminación de cuarenta siglos de evolución científica:

[...] que desde la civilización griega ha venido desarrollando las concepciones matemáticas y las nociones reales sobre el mundo material bajos sus aspectos astronómicos, físicos y químicos. Esta evolución que abarca en la edad moderna los fenómenos de la vida, penetra en la existencia social cuando el gran pensador convierte la ciencia en filosofía. Fue, señores, ese genio portentoso de Augusto Comte el que al fundar la sociología nos reveló las leyes del orden colectivo y las leyes de la historia[881].

---

879 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág. 6.

880 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág. 9.

881 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág.11.

La culminación de esta evolución lograda por Comte había desembocado en la constitución de la moral positiva; ésta unía la ciencia y la filosofía a través de la poesía, donde la "generalidad de los pensamientos se combina con la generalidad de los sentimientos", de manera que se instituía el "dogma definitivo" de la "Religión Universal". Así, la mujer se podía integrar a la sociedad moderna a través de su influencia (amorosa y sentimental) sobre el hombre; sólo faltaba integrar al proletariado "que permanece abandonado desde que la edad media abolió la esclavitud propia de la antigüedad". Así, se garantizaba la armonía social y se constituía una sociedad orgánica en la que:

[...] el proletariado subordinará sus actos al Patriciado y sus pensamientos al Sacerdocio, a fin de constituir la liga del hombre en servicio de la mujer que es el corazón de la sociedad. Así como la inteligencia y el carácter deben subordinarse al sentimiento, así también los dos poderes sociales, el espiritual y el temporal, deben ser los intérpretes de las inspiraciones femeninas[882].

El papel que la religión de la humanidad daba a la mujer: lo afectivo, era entonces fundamental. Pero estaba subordinado en una sociedad en la que el desarrollo industrial, científico y la actividad que le era central, el pensar, estaban destinados al hombre: "al lado de esos ángeles –sostenía Lagarrigue- nos encontramos siempre poderosos en los pensamientos y en los actos, pero siempre débiles en los afectos". La mujer también tenía un papel fundamental en el espacio público en el que se desarrollaba el culto, la parte de la religión destinada a armonizar los sentimientos vigorizando a los "buenos o altruistas" y apaciguando a los "malos o egoístas". Del espacio familiar se pasaba al espacio público, de manera que de los "ángeles de la familia", se pasaba a los "beneméritos de la Patria" y a los "santos de la Humanidad". La influencia de Clotilde de Vaux sobre Comte –que era similar al papel que la "Virgen Madre" ocupaba en la religión católica- había logrado la culminación de la evolución humana: "La Humanidad coordinando el universo; el mundo ligándose al hombre; el sentimiento dominando el alma; la moral legislando la ciencia; la mujer inspirando a los pueblos; el amor dirigiendo la vida y el culto presidiendo la religión".

El discurso de Lagarrigue finalizaba invocando al fundador de la religión:

Ven a nosotros, imagen venerable, a fortalecernos en la fe para que continuemos sin desmayo el servicio de la Humanidad. Sólo gracias a tí podremos cooperar con nuestras escasas fuerzas a la

882 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág. 13.

regeneración humana. Ven a nosotros, y que podamos decir como el apóstol: no soy yo el que vive; es Augusto Comte el que vive en mí[883].

Aunque, en su aspecto histórico, este es el discurso típico del positivismo que Comte había elaborado teniendo como laboratorio la sociedad europea y, más aún, la Francia pos revoluciones de 1830 y 1848; para Luis Lagarrigue era totalmente aplicable a la realidad chilena contemporánea después de la Guerra Civil de 1891. Era un discurso aplicable a toda la historia de la humanidad occidental desde la Revolución Francesa hasta fines del siglo XIX: el mundo estaba en peligro y la humanidad necesitaba una nueva revelación. Era una paráfrasis histórico-política perfecta de una realidad a otra.

5.3.1.- PROSELITISMO Y PROPAGANDA RELIGIOSA

Si bien los postulados del positivismo religioso marchaban contra la cultura política chilena, tanto la liberal como la conservadora, sus principales ideólogos no se desanimaron y desarrollaron una fuerte propaganda. Esta estaba enfocada hacia dos iniciativas: una era selectiva y trataba de captar las simpatías de unos pocos hombres y mujeres ilustres; la otra consistía en la edición de las obras del maestro galo.

Mientras Luis dirigía la Sociedad Positivista, Juan Enrique intervenía en la prensa enviando cartas a distintas personalidades y polemizando con algunas de ellas, como con el obispo Mariano Casanova; o manteniendo contacto epistolar, ocasión que era aprovechada para hacer propaganda religiosa, con personas de aspiraciones intelectuales y altruistas y las incitaba a abrazar su doctrina. Por lo demás, estas mismas misivas eran publicadas posteriormente como folletos que no tenían precio y distribuidas entre la población; salían bajo el sello de la Editorial Ercilla que al parecer actuaba sólo como impresora, ya que pese a que mantenía un amplio catálogo de obras nacionales y extranjeras (entre estas últimas varias en francés), en que destacaban los historiadores liberales como Amunátegui y entre las segundas obras de Mill, no anunciaba ninguno de los folletos positivistas.

En 1894 Perú y Ecuador tuvieron un conflicto diplomático que estuvo a punto de desembocar en una nueva guerra en la región. Juan Enrique tomó contacto con la señora Mercedes Cabello de Carbonera, ciudadana peruana, a la que le escribió el 6 de febrero de 1894 (9 de Homero de 106) una carta apoyándola por su aflicción de ver a su país a punto al borde del conflicto; además se lamentaba de que la Religión de la Humanidad no estuviese lo suficientemente desarrollada entre la opinión pública internacional como para influir en el

883 LUIS LAGARRIGUE. 1894, pág. 17.

rechazo a la guerra. De todos modos –sostenía el positivista chileno- en un momento de la historia, las guerras habían sido necesarias "porque le inculcaban al hombre el civismo, enseñándole a sacrificarse por la patria". Pero ahora era necesario llegar al estado armónico de la especie que era presentido desde que Virgilio dijera que Roma deseaba imponer al mundo con sus armas la costumbre de la paz. En el presente –continuaba argumentando- todos los ciudadanos debían "ser amantes de su patria en el seno de la Humanidad que las abraza a todas". En ese momento histórico el gran problema era la "moralización universal de la industria" para la justa incorporación del proletariado a la sociedad, a fin de evitar "la explosión criminal de legítimas aspiraciones comprimidas, con que amenaza el anarquismo enloquecido"[884]. Así, la obtención del "orden social" que propugnaba Comte, hacía que sus seguidores se alejaran de las tendencias socialistas y anarquistas, con quienes habrían compartido algunas visiones o agitado reformas políticas, y contribuía a aislarlos aún más.

En general, Juan Enrique estaba consciente de que ni su doctrina, ni él como persona, tenían la suficiente influencia como para detener el curso de los acontecimientos; no la habían tenido en 1879, ni en 1891, ni tampoco como para influir en la devolución de Tacna y Arica. Pero esto no lo desalentaba a seguir predicando su doctrina entre las personas que consideraba influyentes, como su propia corresponsal peruana, otra señora Marietta de Veintemilla y un señor Madueño, con quienes mantenía intercambio epistolar a raíz del conflicto. No sabemos si producto de este intercambio la señora Cabello de Carbonera se decidió seguir en su apostolado al positivista chileno, el hecho es que la segunda carta de Juan Enrique la felicitaba por la defensa que había hecho de la figura de Comte ante la opinión pública peruana.

Otra de las labores de la Sociedad Positivista fue la traducción y publicación de las obras del maestro. El 15 de julio de 1875 en las páginas de *El Atacama* apareció una breve reseña sobre la traducción de Jorge Lagarrigue de las *Lecciones de Filosofía Positiva* con prólogo de E. Littré. La crónica destacaba "es en general correcta y merece leerse y estudiarse porque el método que enseña es nuevo y va siendo adoptado por todos los sabios y por todas las personas que deseen ir rectamente al conocimiento de la verdad". Además, recomendaba a los suscriptores "aficionados al estudio de la filosofía" que ni por el precio "ni por el provecho científico que sacarán, tendrán motivos para arrepentirse", el texto costaba un peso de la época y se vendía en la imprenta del periódico copiapino[885].

---

884 J.E. LAGARRIGUE. 1894, págs. 3-6.

885 "Filosofía positiva", *El Atacama*, Copiapó, 15 –VII y 3-XI-1875.

Pese al celo propagandista de los hermanos y a la ardua labor de la Sociedad, las obras del maestro galo parecen no haber tenido una gran acogida, al menos en lo que se refiere a masividad, entre el público lector. Así lo demuestran por lo menos una rápida auscultación de los catálogos del las grandes librerías y casas editoriales (que han dejado huellas posibles de seguir) en las principales ciudades. Ni los catálogos de la Imprenta y Librería Ercilla de 1892; de la Librería de Artes y Letras, en 1894; de la Librería del Mercurio de Valparaíso, de 1896; de la Librería del Mercurio de Santiago, del editor C. Tornero y Cía, en 1896 y 1897 tienen entre sus títulos obras positivistas. Tampoco parecen haber abundado en las bibliotecas particulares: ni los catálogos de las sucesiones de bibliotecas como las de Enrique del Solar o del sucesor del célebre editor Carlos Tornero, Urbano Undurraga, ambos grandes lectores y hombres de una amplia cultura ilustrada, o de la casa de Alberto Arduino –todas en Santiago- tenían una sola de las obras de Comte o de sus seguidores europeos antes de 1892[886].

Donde sí existían libros positivistas era en el Instituto Nacional. Un estudio comprobó que entre 1864 y 1865 la biblioteca de esta institución ya poseía dos ejemplares del *Curso de filosofía positiva*; aunque la fecha es dudosa. También había "varios escritos" de Stuart Mill y en particular *Auguste comte et le positivisme*, "que fuera comprada por la biblioteca en 1869"; así como *La Science au point de vue philosophique* de Littré, en una edición de París de 1876. Todas estas obras en ediciones francesas. Además de libros de Taine, Renan, y de los filósofos alemanes Haeckel y Buchner y de los ingleses Spencer y Darwin[887]. No es casual, entonces, que desde las aulas del Instituto egresara la generación de jóvenes compuestas por los hermanos Lagarrigue y Valentín Letelier, que leyeran a los positivistas galos y formaran en el primer lustro de la década de 1870 el Círculo Positivista junto a Lastarria.

---

886 IMPRENTA Y LIBRERÍA ERCILLA, 1892; CATÁLOGO DEL SOLAR, 1893; CATÁLOGO COMPLETO, 1894; CATÁLOGO DE EL MERCURIO DE VALPARAÍSO, 1896; CATÁLOGO DE LA LIBRERÍA DEL MERCURIO, 1896; CATÁLOGO DE LA CASA DE ALBERTO ARDUINO, 1896; CATÁLOGO DE LA LIBRERÍA DE EL MERCURIO, 1897.

887 PINTO Y ARANCIBIA, en: KREBS, 1980, pág. 213. El estudio titulado *La obra de pensadores en la biblioteca del Instituto Nacional, 1861-1890: un estudio cuantitativo*, es una trabajo de María Eugenia Pinto y Patricia Arancibia.

5.3.2.- POSITIVISMO Y PACIFISMO: LA GUERRA DEL PACÍFICO

En 1879 estalló nuevamente una guerra contra Perú y Bolivia. Las causas, distintas de la Guerra contra la Confederación, tenían por inicio la expansión de empresarios chilenos apoyados por capitales europeos (fundamentalmente británicos) hacia el norte salitrero. Los límites con Perú y Bolivia no había sido fijados por ninguna de las tres naciones; en la Constitución de 1833 decía muy vagamente que Chile militaba al norte con el desierto de Atacama; como hemos dicho, el límite histórico del país era la región de Copiapó, pero esta zona tampoco tenía una demarcación fruto de ningún tratado. Históricamente Bolivia había reclamado el paralelo 25° como el límite sur de Antofagasta, su provincia litoral; mientras que Chile reclamaba el paralelo 23°; el tratado de límites de 1874 lo fijó en el 24°[888].

Antes de iniciarse el conflicto, la explotación del salitre la hacían distintas empresas a las que tanto Bolivia como Chile entregaban permisos de extracción minera. En virtud un "Protocolo complementario" del tratado de 1874, la zona entre los paralelos 23° y 25° era un "condominio" en la explotación del "guanos descubiertos y por descubrirse". La firma del documento, lejos de significar el fin de las disputas limítrofes, fue el comienzo; Bolivia y Perú habían firmado paralelamente a las negociaciones de 1874 un tratado secreto "ofensivo y defensivo" contra Chile[889]. En misma década de 1870, los gobiernos de estos países comenzaron a implementar políticas proteccionistas y nacionalistas hacía la extracción minera, mientras que Chile, desde inicios de la Independencia, seguía teniendo políticas abiertas a la inversión extranjera. Esta fue la razón fundamental para que Inglaterra apoyara a Chile en la guerra.

---

888 El 6 de agosto de 1874 se firmó un tratado de límites entre Chile y Bolivia entre Mariano Baptista, ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia y Carlos Walker Martínez, ministro plenipotenciario de Chile. en él se estableció como límite el paralelo 24°, desde el mar hasta la Cordillera de los Andes. Entre los paralelos 23 y 24 se establecía un "condominio" de explotación de los minerales sobre los cuales Bolivia no podía excederse en el cobro de impuestos y ni imponer nuevas contribuciones, sino dentro de 25 años. Además, este país debía habilitar permanentemente los puertos de Mejillones y Antofagasta. CARRASCO, 1991, págs. 68 y 69.

889 El tratado ofensivo y defensivo, fue una de las principales armas diplomática chilenas para justificar el inicio de las hostilidades.

Al revés de 1836, esta vez el conflicto fue desde el principio apoyado por amplios sectores de la sociedad chilena: los estudiantes del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile prácticamente vaciaron las aulas y corrieron a inscribirse en los regimientos. Además, sociedades de artesanos, trabajaron gratuitamente y laboraron horas extras para confeccionar ropa, monturas, mochilas, herraduras y aperos para la caballería y la infantería. Esta patriótica participación ha sido estudiada minuciosamente por varios historiadores que se dedican a los sectores populares lo que, sin embargo, no niega las levas forzosas que se hicieron ocasionalmente en el campo y la manipulación de los empresarios interesados en apoderarse de la riqueza salitrera. De todos modos, lo que queda en claro es que tanto el artesanado –la "elite" del movimiento popular- como el peonaje, tuvieron una importante participación en la guerra producto de un "nacionalismo popular" que habría contribuido a "crear importantes vínculos entre ambos polos de la sociedad chilena" [890].

Pero este apoyo significó un duro costo para las mutuales de trabajadores que vieron reducido el nuevo ingreso de socios, al punto que muchas organizaciones de provincia debieron cerrar sus sedes. Además, el Instituto y la Universidad vieron mermada su matrícula y la continuidad de sus estudiantes que se enrolaban en el ejército para ir a combatir[891].

Nuevamente la guerra robaba espacio a la cultura. La ocupación de la capital del Perú por las tropas chilenas promovió el saqueo de los bien provistos "laboratorios, bibliotecas y gabinetes de física" limeños que, al parecer, eran mejores que los de Santiago. Allí al sabio polaco le tocó la desagradable tarea de recibir por orden del Ministro de Instrucción el curioso "botín de guerra":

[...] lo que fue todavía peor, que el gobierno de Chile ordenara transportar de Lima a Santiago, la Biblioteca Nacional muy deteriorada por el saqueo, los gabinetes, laboratorios químicos, observatorios e instrumentos quirúrgicos; más de cien cajones cargados con ese mal escogido botín fueron enviados a la Universidad y el Ministro de Instrucción me encargó a mí y al profesor de física de su recepción[892].

---

890 La participación de los estudiantes en la guerra figura en la memorias de Ignacio Domeyko, véase: DOMEYKO, 1900, págs. 5 y 6 y GODOY y LASTRA, 1994, pág. 245; el apoyo de los artesanos en: GREZ, 1997, págs. 553-574.

891 GREZ, 1997, págs. 558-560. DOMEYKO, 1900, pág. 5.

892 Ibid.

El incidente le recordaba a Domeyko el saqueo de la Universidad de Vilma, efectuado por las tropas rusas durante la guerra de la cual había huido a Chile, precisamente para escapar del espectáculo que ahora presenciaba.

El conflicto terminó con una victoria para las armas chilenas. El Tratado de Ancón, firmado el 20 de octubre de 1883, puso fin a la guerra con el Perú. El acuerdo cedió "perpetua e incondicionalmente" Tarapacá a Chile, pero dejó pendiente la soberanía sobre las provincias del norte de esta región: Tacna y Arica, que quedaban retenidas por diez años hasta que un plebiscito decidiera a qué país iban a pertenecer. La nación favorecida pagaría a la otra diez millones de pesos chilenos en monedas de plata o soles peruanos del mismo peso y ley. Al año siguiente Chile firmó con Bolivia un "Pacto de Tregua" –no un tratado definitivo de límites- por las cuales Bolivia perdió su provincia litoral de Antofagasta[893]. Desde ese momento y hasta 1904, Chile se mostró intransigente ante las exigencias de Bolivia de obtener un puerto y una salida al mar soberana en el Pacífico, en el antiguo territorio peruano.

El presidente Santa María insistió ante el Perú en la cesión incondicional de Tacna y Arica para dejarlas posteriormente a Bolivia, en reemplazo del litoral de Antofagasta. Pero el negociador del Perú, José Antonio Lavalle, encontraba estas exigencias "excesivas e inhumanas". A Lavalle no le importaba tanto el resto de la región, llena de riquezas mineras pero deshabitada, en cambio las provincias señaladas tenían mucha población peruana: "un hombre podía vender su casa o su hacienda –decía- pero no podía vender ni ceder a sus hermanos"; así se llegó a la retención por diez años de ambas provincias. El negociador limeño apostaba a ganar el plebiscito con los votos de la población peruana; Santa María opinaba que la "chilenización" del territorio sería rápida y que el referéndum sería ganado por Chile. Así se generó para los dos países, y para las poblaciones en disputa, una larga y dificultosa controversia que se prolongaría por más de 40 años. En 1909 ambas naciones rompieron relaciones diplomáticas producto de la falta de sensibilidad del embajador chileno. Los ciudadanos de uno y otro país sufrieron vejámenes, malos tratos y expulsiones injustificadas cuando estaban de paso en el territorio del vecino y en ambas naciones cultivaron el odio mutuo[894].

---

893 El "Pacto de tregua" fue firmado por

894 El tratado final entre ambos países sólo se resolvió durante el gobierno de Ibáñez (1927-1931), cuando el 3 de junio de 1929 se firmó en el Tratado de Lima en esa ciudad peruana. Sucintamente el acuerdo dejaba Tacna para el Perú y Arica para Chile y establecía como frontera la "Línea de la Concordia". El texto fijaba la construcción del

Tanto la guerra como los posteriores conflictos diplomáticos con el Perú y Bolivia dividieron a positivistas ortodoxos de heterodoxos. Los primeros, siguiendo fielmente los postulados del maestro galo, abogaron por la paz y el fin de la cultura de guerra que había resurgido en Chile. El adalid de esta causa fue el joven Juan Enrique Lagarrigue (tenía 27 años) quien, desde el mismo momento que estalló el conflicto, se manifestó en contra. Terminado la guerra abogó por la firma de un tratado sin anexiones territoriales y una vez ratificado el pacto, se dedicó incansablemente a hacer campaña por la devolución de las provincias secuestradas al Perú, como único medio de hallar la armonía y la paz perdida. Por esto sufrió el aislamiento y descrédito de sus ideas: los periódicos no publicaban sus folletos "salvo por alguna rara casualidad"; entonces, haciendo gala de su espíritu misionero, comenzó a imprimir los folletos que la prensa se negaba a difundir y los enviaba a cuanta persona influyente conociera; además, escribía cartas privadas aconsejando a hombres de Estado y negocios. Logró algunos adeptos, pero no muchos, la mayoría por temor a ver desacreditadas sus opiniones no las manifestaban en público[895].

Sin embargo, hubo un valiente: el político Paulino Alfonso "elegante orador parlamentario, espíritu apolíneo y generoso y jurisconsulto de talento". Alfonso en 1911 concibió una solución salomónica: partir el territorio y dejar Tacna para el Perú y Arica para Chile. Con un límite nuevo que dejase para Chile la sección del ferrocarril de Arica a La Paz. Predicó en todas partes y consiguió interesar a la cancillería brasileña y –probablemente- al gobierno peruano de Augusto Leguía, pero en Chile, su propio país, no fue bien recibido[896].

Mientras, los positivistas heterodoxos apoyaron, en general, la guerra y muchos tuvieron papeles protagónicos, tanto en el conflicto como en las negociaciones que le pusieron fin. Uno

---

ferrocarril entre ambas ciudades, así como compensaciones aduaneras y comerciales para el Perú y el pago de 6 millones de dólares como indemnización. Además, ninguno de ambos países podía ceder a Bolivia parte del territorio que había estado en disputa para una eventual salida al mar. El tratado fue ratificado el 28 de junio en el Congreso peruano, el 1 de julio en el Senado chileno y el 4 en la Cámara baja. VIAL. 1991, IV, pp. 357 y 358.

895 VICUÑA FUENTES, 1938, II, pág. 179.

896 Un análisis más detallado de este proceso que, como se ve, sobrepasa nuestro período, y de sus implicancias políticas y culturales posteriores, especialmente entre los estudiantes, en: MORAGA, 2006, passim.

de ellos el diputado radical Abraham König, actuó como ministro plenipotenciario ante el gobierno de Bolivia, en las negociaciones para convertir el Pacto de Tregua en tratado de paz. Estas fueron largas y difíciles puesto que Bolivia no deseaba perder su salida al mar y Chile nunca quiso ceder en este aspecto.

König no era diplomático de carrera, pertenecía a una generación políticos llegados a la diplomacia pero "de pelea", "gente –nos informa un historiador de las relaciones internacionales- sin dobleces, rudos hasta la intransigencia, y claros hasta la grosería", pero que iba a lograr lo que hasta ese momento había sido el fracaso de los negociadores anteriores: que Bolivia se convenciera de que Chile no iba a conceder la petición de otorgar una salida soberana al mar. El 13 de agosto de 1900 König dirigió "una nota reservada" al canciller de ese país, Eliodoro Villazón expresando la visión del gobierno chileno respecto a los reclamos del vecino:

Es un error muy esparcido, y que se repite diariamente en la prensa y en la calle, el opinar que Bolivia tiene el derecho a exigir un puerto en compensación de su litoral. No hay tal cosa. Chile ha ocupado el litoral y se ha apoderado de él con el mismo título que Alemania anexó al Imperio la Alsacia y la Lorena, con el mismo título que los Estados Unidos de América del Norte han tomado Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones[897].

La misiva del plenipotenciario seguía argumentando el derecho de los vencedores a imponer sus condiciones y el derecho a la indemnización, como el vecino no tenía con qué pagar por lo tanto debía entregar territorio con carácter de "indefinido". Según el Pacto de Tregua la cesión de Antofagasta:

[...] fue una entrega absoluta, incondicional, perpetua. En consecuencia, Chile no debe nada, no está obligado a nada, mucho menos a la sesión de una zona de terreno y de un puerto... las bases de paz propuestas y aceptadas por mi país y que importan grandes concesiones a Bolivia, deben ser consideradas no sólo como equitativas sino como generosas[898].

De todos modos los términos de este *ultimátum* eran los que el gobierno chileno estimó para apresurar la firma de un tratado de paz definitivo. Finalmente, en 1904 el Tratado Paz, Amistad y Límites, dejó la provincia de Antofagasta en manos de Chile, inaugurando lo que e conoce como el conflicto de la "mediterraneidad" boliviana.

---

897 KÖNIG, 1900, en: CARRASCO, 1991, págs, 121-123.

898 ibid

En los años de expansión del positivismo en Chile, entre 1870 y 1890 el positivismo religioso, lejos de tener una difusión amplia en la sociedad chilena, fue más bien una doctrina para los iniciados de una pequeña secta. Sus planteamientos ideológicos en algunos casos fueron aplicados inflexiblemente a la sociedad chilena, en particular entre los círculos positivistas santiaguinos y más cercanos a los hermanos Lagarrigue; ello los llevó a enfrentarse con las poderosas fuerzas firmemente arraigadas en la opinión pública nacional, como la Iglesia Católica y los conservadores y los distintos grupos liberales. Su ambivalencia política, expresada en el apoyo al presidencialismo fuerte e incluso a la dictadura, y a la vez su liberalismo en cuanto la separación entre Iglesia y Estado, le impidieron establecer alianzas con las fuerzas políticas fundamentales. En Copiapó, por el contrario, el positivismo ortodoxo de Juan Serapio Lois tendió a hibridarse con la cultura política local y hacerse más cercano a los planteamientos democráticos del Partido Radical. El seguimiento inflexible de los dictados comteanos en cuanto a la propaganda, influyó para que los positivistas ortodoxos santiaguinos desarrollaran una difusión muy selectiva de sus postulados. En un medio cultural donde la prensa estaba sólidamente consolidada, e incluso la Iglesia Católica no dudaba en usarla, la negativa de exponer sus ideas en los periódicos contribuyó a aislarlos aún más. Lo contrario ocurrió en la ciudad del norte donde el positivismo religioso-radical incluso fundó un periódico, aunque de corta vida. ¿Qué sería de estos positivistas en los años siguientes en que las doctrinas de Comte y sus sucesores se consolidarían en un sector la cultura científica chilena?, ¿Romperían el aislamiento a que la ortodoxia comteana parecía condenarlos o lograrían, por medio de la hibridación de sus propuestas y métodos, una mayor aceptación en círculos sociales más amplios?

CAPÍTULO SEXTO
LA CONSOLIDACIÓN DEL POSITIVISMO
1880-1900

6.- LOS CAMBIOS ECONÓMICOS Y SOCIALES A FINES DEL SIGLO XIX

Iniciamos este trabajo haciendo una larga explicación de la situación chilena a fines de la Colonia. Esta se caracterizaba por el aislamiento geográfico, la pobreza material y el atraso cultural. En ese transcurso, establecimos que esa situación, fundamentalmente en el plano político e ideológico, había cambiado radicalmente, al menos en la percepción de los testigos de la época. Esto ocurrió paulatinamente a partir de la década de 1840, cuando se consolidó una estructura educacional e institucional estable que fomentó, indirectamente, el desarrollo intelectual y científico chileno que fue, comparativamente, más avanzado que el resto de los países latinoamericanos. Pero, ¿Cuál era esa situación a medida que se acercaba el fin del siglo XIX?

Producto de la migración selectiva y de su capacidad inclusiva que explicáramos al comienzo (Capítulo I), el estrecho grupo social aristocrático, liberal y conservador, que componía la capa dirigente, había experimentado una notoria transformación de sus componentes raciales a fines del "régimen portaliano", es decir, la década de 1881-1891, durante las presidencias "quinquenales" de Santa María y Balmaceda. Esto, aparte de las transformaciones culturales de las décadas anteriores (1860 y 1870). Sin embargo, se habían mantenido incólumes la base económica de este grupo y, junto con ello sus valores sociales provenientes de la Colonia, fundados en la hacienda y el sometimiento del campesinado al inquilinaje[899]. Quienes por sus méritos habían accedido al estrecho círculo aristocrático, debían aceptar esos valores y, en general, los aceptaron y siguieron reproduciéndolos.

Así, al grupo terrateniente inicial, compuesto por la "aristocracia castellano-vasca" (los Alcalde, Irarrázaval, Larraín, Errázuriz, Eyzaguirre, etc.) se sumaron dos grupos nuevos. El primero, compuesto por los ricos mineros del cobre y la plata del norte, algunos de origen

899 GÓNGORA, 1986, págs. 48 y 49. MORAGA, 1999, passim.

francés (Matta, Goyenechea, Gallo, Subercaseaux, Urmeneta) y los carboneros del sur (Goyenechea, Cousiño), algunos pioneros del salitre como José Santos Ossa y agricultores "modernos" del valle del Aconcagua como José Waddington. El segundo estaba conformado por los provenientes de los comerciantes ingleses llegados a Valparaíso y unidos a este grupo más "rancio" a través de los negocios mercantiles (Ross, Lyon, Mac-Clure, Budge, Eatsman), o banqueros de Valparaíso y Santiago como Agustín Edwards, Juan Arnoldo Smithmans, J. Besa y Ricardo Price Evans. Mientras, otro grupo también de origen extranjero, ascendió por medio de la política; en él estaban Enrique Mac-Iver, Carlos y Joaquín Walker Martínez, y el médico Guillermo Blest (padre de Alberto Blest Gana). Estos nuevos aristócratas eran: "todo un grupo humano –nos indica Mario Góngora- que se incorpora a la aristocracia, no ciertamente numeroso, pero importante, porque proyecta en ella el espíritu especulativo y financiero". Y, quizá más importante, las familias Edwards, Matte, Besa totalmente unidas a las tradicionales Irarrázaval, Larraín y Errázuriz, y otras, fueron "decisivas en la acción política y el financiamiento de la Guerra Civil de 1891"[900].

Pero veamos el escenario en que se desarrolla este capítulo. Al principio de este trabajo dibujábamos una imagen de Chile como país aislado geográfica y culturalmente, con serios atrasos económicos y un pobre desarrollo material. En 1891, cuando estalló la guerra y con ello el conflicto político más serio del siglo, esta situación había cambiado considerablemente.

Santiago era una ciudad de 240.000 habitantes y arquitectónicamente su fisonomía había cambiado mucho con la que dibujáramos para 1850. Gracias al desarrollo económico, la oligarquía había hecho de la capital una enorme muestra pública de su poderío social y material: enormes palacios de estilo neoclásico o morisco se levantaban en ciertos sectores de la ciudad, especialmente los aledaños al centro; tenía dos estaciones de ferrocarril de acero, diseñadas y fundidas en los talleres de Eiffel. La "ciudad culta" que mostrara Vicuña Mackenna, tenía –nos informa Bernardo Subercaseaux- "veinte plazas y siete parques... siete teatros que se ubican en el Cerro Santa Lucía, la Alameda de las Delicias, el Mapocho y calle Brasil"[901]. Todo conformaba una especie de *belle epoque* local, una imitación que aunque se esforzaba por la emulación no resultaba prolija. Esto porque la "ciudad bárbara" había invadido nuevamente a la

---

900 Este argumento Góngora lo basa en estudios de Fernando Silva y Julio Heise *Historia de Chile, el régimen parlamentario, 1861-1925*, I, pág. 164.

901 B. SUBERCASEAUX, en: VILLALOBOS, 1991, pág. 41.

ciudad culta, pese a los esfuerzos del intendente liberal, a pocas cuadras de los palacios marmóleos había conventillos, vecindades, fondas, chinganas y casas del "bajo pueblo"[902].

Pero también había cambios en la cultura material de la sociedad chilena. El telégrafo era un modo de comunicación que unía al país desde el norte salitrero hasta Concepción y más al sur; éste seguía, naturalmente, las líneas del ferrocarril que se extendían capilarmente sobre dos tercios del territorio nacional. A Valparaíso, que continuaría siendo hasta la apertura del canal de Panamá en 1914, uno de los principales puertos del Pacífico, se unían los cuatro o cinco del norte salitrero y otros tantos del sur agrícola y carbonífero, comunicados cotidianamente por una rápida red de barcos a vapor. La iluminación a gas animaba la vida nocturna de las principales ciudades. Además, la producción industrial había echado fuertes raíces y a fines de la década siguiente pasaría en importancia a la agricultura en el producto interno bruto.

Con todo, la oligarquía plutocrática, e imitándola, la arribista clase media, se esforzaban sinceramente por parecer europeos o más bien modernos. En un año cualquiera de la década de 1890 la temporada lírica comprendía ochenta funciones en la que se presentaban 38 óperas distintas como Otello, El Barbero de Sevilla, El Trovador, Aída, Carmen, Fausto, etc. El derecho a llaves de los palcos, que se remataba públicamente, alcanzaba a veces mayor precio que una casa. Asistían a estos eventos, claro está, el 2% de la población de la ciudad, unas 800 familias que concentraban la mayor parte del poder político y la totalidad del económico. El Teatro Municipal, lugar de este gran evento era, según una publicación magazinesca, un "teatro de gran *monde*, de *high life* y de *jeunessse doreé*". Este "modo de ser" aristocrático se traspasaba en alguna medida a las principales ciudades de provincia, donde hubo funciones de ópera en los teatros municipales de Concepción, Valparaíso e Iquique.

Pero más allá de la parafernalia aristocratizante, había cambios palpables en el desarrollo del Estado nación. El territorio chileno en 1890 había triplicado su superficie inicial. En la década de 1840 el gobierno de Bulnes tomó posesión del Estrecho de Magallanes lo que lo llevó a ganar para sí el estratégico paso oceánico; producto de la Guerra del Pacífico había anexado las ricas provincias salitreras del norte, Taparacá y Antofagasta; también había incorporado el territorio Mapuche, después de una prolongada guerra no declarada, y la zona de Aisén. Su población era de 2.600.000 personas de las cuales el 40% vivía en centros urbanos de más de 2000 habitantes. La tasa de alfabetización era comparable a la de los países europeos, al final de la presidencia de Balmaceda un 10% de la población recibía enseñanza en los 1.653

902 VICUÑA MACKENNA,

establecimientos fiscales y particulares. Durante su gobierno el número de alumnos se duplicó[903]. Producto del concordato, no pactado explícitamente, que unía a la Iglesia y al Estado, a la Universidad laica se le había unido una católica que, aunque tardaría en despegar, sería el referente para los chilenos que querían ser profesionales, pero con una educación confesional.

En el plano internacional, el país se había integrado a la economía mundial a través del comercio; ello posibilitó aprovechar el intercambio que ofrecía el crecimiento y la industrialización de las principales potencias, aunque este auge si vio frenado por la crisis mundial de la década de 1870[904].

En resumen, Chile a fines de la década de 1880 era una nación en pleno proceso de crecimiento económico y modernización industrial. Sin embargo, hay que matizar esta visión, en "pleno proceso" no quiere decir que era un país absolutamente moderno, ni totalmente industrializado. Tal vez el ejemplo más patente de esto era que el campo continuaba sometido al régimen de inquilinaje y a las relaciones sociales feudales. Y seguiría así hasta 1970.

6.1.- POLÍTICA Y CULTURA EN EL FIN DE SIGLO

Hemos visto cómo el desarrollo cultural, intelectual y científico del siglo XIX chileno no se puede explicar sin tener muy presente el desarrollo político. Esto porque todos los protagonistas del conocimiento tuvieron una activa participación en ese plano, tanto desde dentro como desde fuera del Estado, o contra él, pero nunca ignorándolo. Más aun, ninguno de sus planteamientos puede ser analizado profundamente sin tener en cuenta sus implicancias políticas.

Durante la década de 1880, si bien tanto en la economía como en la sociedad, habían rasgos modernizantes que se apoderaban paulatinamente de la vida de los chilenos, en el plano político, y más precisamente en el estatal, la lógica del Estado portaliano aún tenía vigencia entre los liberales que había accedido al poder del Estado. Esto, pese a las reformas que habían disminuido el poder del "primer elector" eliminando la reelección. Ahora los gobiernos eran quinquenales, pero el poder de intervención electoral del presidente seguía siendo el mismo y, más aún, la lógica presidencialista permanecía incólume incluso en hombres como Domingo

---

903 MARTÍNEZ R. en: Villalobos, 1991, págs. 56 y 57.

904 MARTÍNEZ R. en: Villalobos, 1991, págs. 55.

Santa María (cuya línea la continuaría Balmaceda) de tradición pelucona, quien le escribía a su amigo Pedro Pablo Figueroa:

Se me ha llamado interventor. Lo soy. Pertenezco a la vieja escuela –decía Santa María- y si participo en la intervención es porque quiero un parlamento eficiente, disciplinado, que colabore en los afanes de bien público del gobierno. Tengo experiencia y sé a dónde voy. No puedo dejar a los teorizantes deshacer los que hicieron Portales, Bulnes, Montt y Errázuriz. No quiero ser Pinto a quién faltó carácter para imponerse a las barbaridades de un parlamento que yo sufrí en carne propia en las dos veces que fui ministro. En los días trágicos a veces, gloriosos otros de la guerra con Perú y Bolivia. Esa fue una etapa de experiencia para mí en la que aprendí a mandar sin dilaciones, a ser obedecido sin réplica, a imponerme sin contradicciones y a hacer sentir la autoridad porque ella era de derecho, de ley, y por lo tanto, superior a cualquier sentimiento humano[905].

Pero ¿Qué tanto había cambiado Chile desde que Portales diseñara su proyecto de gobierno fuerte, con una promesa quimérica de democratización futura de la sociedad chilena, basado en la enseñanza de la virtud republicana que dejara establecido en su carta de 1822? El mismo presidente liberal sostenía, sesenta años después, defendiéndose de las acusaciones de autoritarismo que pesaban en su contra, que entendía el ejercicio del poder como "una voluntad fuerte, directora, creadora del orden y de los deberes de la ciudadanía". Llama la atención que la lógica portaliana llegara incluso a reconocer que pese a lo avanzado del camino, la democracia se debía posponer aún para un futuro indefinido:

Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos. Y esto que reconozco que en este asunto hemos avanzado más que cualquier país de América. Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y yo no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia[906].

Llama la atención el desenfado con que Santa María justificaba su lógica del poder; máxime, cuando esta carta autobiográfica estaba dirigida a su amigo para que la publicara "en la misma forma en que la he escrito".

---

905 Carta de Santa María a Pedro Pablo Figueroa en: GÓNGORA, 1986, págs. 59-61.

906 Ibid.

De todos modos, si en el plano de la lógica de gobierno el "portalianismo" seguía igual, en el de la cultura el Chile de la década de 1880 era muy distinto del de sesenta años atrás. Si bien el proyecto del Estado era el mismo: construir "desde arriba" una ciudadanía por la vía de "moralizar" a la población, Santa María era un hombre diametralmente distinto a los conciliadores como Bello y Egaña; éstos consideraban a la Iglesia la fuerza principal para esta tarea, mientras aquél intentaba explícitamente desplazarla de la escena. El primero era un proyecto pragmático, el segundo ideológico; aquél conciliaba el pasado con el presente, éste pretendía romper con la tradición. Las "luchas doctrinarias" habían abierto heridas que el pragmatismo pelucón había procurado no remover. El mismo presidente justificaba su actuación autoritaria pero moderada para impulsar las leyes de laicización:

El haber laicizado las instituciones de mi país, algún día lo agradecerá mi patria. En esto no he procedido ni con el odio fanático ni con el estrecho criterio de un anticlerical; he visto más alto y con mayor amplitud de miras. El grado de ilustración y de cultura a que ha llegado Chile, merecía que las conciencias de mis ciudadanos fueran liberadas de prejuicios medievales. He combatido a la iglesia, y más que a la iglesia a la secta conservadora, porque ella representa en Chile a los mismos que el partido de los beatos y pechoños, la rémora más considerable para el progreso del país. Ellos tienen la riqueza, la jerarquía social y son enemigos de la cultura[907].

En esta carta de Santa María está el centro de la contradicción cultural de la época: la noción de dos culturas coexistentes pero irreconciliables que enfrentaban por la hegemonía. Las acusaciones que el presidente hacía sobre sus enemigos políticos y, hasta en cierta medida religiosos, eran las mismas que podían hacer éstos de él:

Sin escrúpulos de ninguna clase, han lanzado a la iglesia a la batalla para convertir una cuestión moral, en una cuestión de orden administrativo, una cuestión de orden político, en una cuestión de orden religioso, en un combate religioso, de lesión de creencias, de vulneración de la dignidad de la iglesia[908].

Aunque Santa María se defendía de las acusaciones de sectarismo, su ideario político mostraba claramente aquél surgido de las luchas de liberales contra los pelucones a lo largo de treinta años de dominio de éstos. Se había profundizado una brecha, ya existente en la cultura política chilena, donde se reprodujo una capa de hombres liberales (muy distintos de los pipiolos que consagraban en las constituciones la exclusión de otras religiones que no fueran la

907 Ibid.

908 Ibid.

católica) que simplemente no tenían fe, o que si la tenían entendían la religión como algo privado y no como una doctrina del Estado que éste debía difundir, y defendían fieramente su derecho al disenso:

Soy bastante inteligente para saber distinguir entre los ritos ridículos que la iglesia ha creado para dominar las conciencias de los hombres por esa terrible palabra que llaman fe, y lo que es un pensamiento razonado y lógico de un hombre capaz de comprender que rige al mundo algo superior, y que la iglesia se embarulla para ejercer un dominio universal en nombre de Cristo, que si se levantara de su tumba los arrojaría nuevamente a azotes del templo. Éstos han hecho de la doctrina de Cristo el más grande peculado y negociado que haya visto jamás la cristiandad[909].

Edwards llamó a esta actitud política de Santa María la restauración del "absolutismo del poder". Pero frente a este retorno al presidencialismo, se levantó una oligarquía que marcó distancias cada vez más fuertemente del Estado y en específico del gobierno y del halo de prestigio que había rodeado al presidente como árbitro de sus conflictos. Ahora el campo de lo político adquiría autonomía de otras esferas sociales; la política se constituyó en una gimnasia de oligarcas profesionales, expertos en cabildeos, especialistas en pequeñas conspiraciones, especialistas en oratoria, asistentes a los clubes políticos, tertulias y asambleas de partidos.

Esta autonomización de lo político reflejaba además una separación entre los "hombres de ciencia" y "los hombres de Estado". El autoritarismo restaurado de Santa María alejó a los intelectuales radicales como Lastarria, que en 1881 apoyó su gobierno y fue nombrado consejero de Estado; pero al poco tiempo se manifestaron las discrepancias políticas con su antiguo discípulo, además, éste no lo nombró embajador cargo al que se creía con derecho[910]. Estas desavenencias no eran profundas porque, programáticamente, ambos sustentaban las misas ideas; por ejemplo, frente a la necesidad de separar la Iglesia del Estado, opinión que Lastarria expresó teóricamente en un largo opúsculo en el año 1884, es decir, durante el gobierno del mismo Santa María[911]. El positivista chileno tampoco alcanzó a participar mucho en el nuevo gobierno de José Manuel Balmaceda, en 1888 su célebre carrera intelectual como filósofo, profesor universitario, literato y jurista, y política como ideólogo y parlamentario liberal, se interrumpió pues enfermó del pulmonía. Falleció el 14 de junio a la edad de 71 años.

---

909 Ibid.

910 DÉLANO, 1947, pág. XXXVII.

911 LASTARRIA. 1884.

Con Lastarria no moría sólo un intelectual que había personalizado en su biografía todos los conflictos del período 1830-1880; también moría con el una etapa muy importante de la vida cultural y política chilena y una forma de entender el conocimiento, las ciencias y la artes. Junto a él moría una época en que política y conocimiento iban de la mano.

Cuatro años después que el autor de *Recuerdos literarios* muriera le siguió otro prohombre del liberalismo: Miguel Luis Amunátegui. En su funeral pronunció un emotivo discurso Juan Enrique Lagarrigue; no era para menos, la figura del prominente latinista e historiador liberal era lo más cercano a los santones que el positivismo religioso buscaba formar o atraer hacia sus filas. El 23 de enero de 1888 el ortodoxo seguidor de Comte destacó con estas palabras al historiador liberal:

En virtud de la noble índole de su corazón, la lucidez de su espíritu y la perseverancia de su carácter, no cave duda en que se constituiría en maestro invencible de la doctrina altruista, levantando hasta ella a nuestra querida patria. Vuelto el insigne Miguel Luis Amunátegui al trabajo, no lo concebimos sino de venerable sacerdote de la Humanidad[912].

Estas dos desapariciones marcaron el fin de una época. La labor de ambos había desbrozado el camino para que la generación que los sucedió pudiera consolidar lo avanzado. Ya hemos visto que desde mediados de la década de 1870 Valentín Letelier había comenzado a ocupar el liderazgo en la política y la cultura que antes abriera y ensanchara Lastarria. Vimos también como en la creación de algunas asociaciones culturales o medios de difusión, como la Sociedad Unión Americana y la tercera etapa de la *Revista Chilena*, se habían levantado sin la participación directa del autor de *Recuerdos literarios*. Si la muerte de Bello marcaba la desaparición de quienes habían luchado por instaurar la "República conservadora", con Lastarria y Amunátegui moría una generación que había luchado por la formación de la "República Liberal". Pero aún quedaba una tarea titánica: desterrar el sólido edificio teórico, político y cultural de la ilustración.

6.1.1.- LOS CAMBIOS EN EL SISTEMA EDUCACIONAL: EL ÚLTIMO RECTORADO DE DOMEYKO Y EL FIN DE UNA ÉPOCA

En 1877 Ignacio Domeyko fue reelecto en la rectoría de la Universidad de Chile para el período que finalizaba en 1882. Hacía once años había reemplazado a Bello en la dirección de la

912 JE. LAGARRIGUE, 1888, pág. 7.

Universidad. El contexto político y cultural en que ejerció este tercer período de rectorado fue muy tenso para el ambiente universitario. Un año antes había asumido la presidencia de la República Federico Errázuriz; antiguo militante conservador que, ahora en las filas liberales, había devenido profundo anticlerical.

En la elección de rector existía una fuerte polémica entre los nacionales, que postulaban a Varas, y los radicales y liberales que apoyaban a Barros Arana y deseaban que éste volviera al sitial del cual había sido tan ignominiosamente desplazado en 1873. Pero los mismos partidarios de uno y otro dieron su apoyo a Domeyko, reproduciendo en el plano universitario, varios años después de muerta, la alianza entre liberales y conservadores que conocimos como "fusión" (capítulo III). Esta vez las luchas políticas no influyeron directamente en los rumbos que la comunidad académica deseaba para la Universidad. Con ello, se atrasaba la llegada del positivismo a la Universidad en que todavía reinaba el pensamiento católico ilustrado que representaba el sabio polaco.

En el plano universitario son imaginables los problemas que Domeyko tuvo con la actitud, ya no regalista, sino decididamente anticlerical del presidente. Pese a esto, mantuvo su papel de mediador de los conflictos entre las distintas fracciones políticas que coexistían en la Universidad del Estado; para las elecciones del período siguiente, 1882-1887, se repitió la situación anterior y Domeyko se vio obligado a permanecer al frente de la Universidad pese a que ya se había jubilado. Los candidatos eran nuevamente Varas y Barros Arana, pero al no tener aquel la mayoría absoluta y frente a la posibilidad de que ante una nueva votación ganara, los votos radicales apoyaron al polaco para dejar estratégicamente al nacional en segundo lugar. Ocurrió lo esperado: Varas, ofendido, renunció a la posibilidad de ir de segundón y Domeyko negoció con el gobierno la permanencia en el cargo por dos años. Después de esto renunció definitivamente en mayo de 1883 y se alejó del país un año después[913]. Su salida marcó también el fin de toda una generación de intelectuales y científicos europeos que habían llegado a Chile a sentar las bases de la ciencia y la literatura; además salía el último representante del pensamiento de una corriente científica católico-ilustrada pero políticamente ultramontana sostenida por los laicos, de los que había sido sólidos representantes intelectuales aunque no en el plano de la política, Juan y Mariano Egaña y Andrés Bello.

---

913 El Senado, compuesto en su mayoría por ex alumnos suyos, supo recompensar bien sus cuarenta años de servicio intelectual concediéndole una pensión anual de 6000 pesos (la jubilación de cuarenta años de servicio era de sólo dos mil), la más alta entregada a un funcionario público hasta entonces. DOMEYKO, 1900, págs. 5 y 6.

La salida de Domeyko de la Universidad no sólo marcó el fin de un sólido liderazgo ultramontano en la institución, sino también la larga cohabitación ideológica. Ante la creciente presencia liberal y radical en la Universidad, el sector tradicionalista de la intelectualidad chilena, paradójicamente formado en la misma institución estatal, salió para formar una universidad confesional. El Estado chileno transó con el proyecto conservador y en 1889 se fundó la Universidad Católica con cuya creación –según el historiador Ricardo Krebs- "el catolicismo chileno quiso responder al tremendo desafío que presentaba el avance de las tendencias antirreligiosas en la segunda mitad del siglo XIX". Pese a tener ciertos rasgos modernizantes, por ejemplo, la existencia temprana de facultades y carreras técnicas como Ingeniería, Hidráulica, Arquitectura y Agronomía: "distantes de la concepción convencional de universidad que prevalecía en el país", en ella se siguieron reproduciendo los cuadros sociales y políticos de la elite tradicionalista. La Iglesia retomaba la ofensiva intelectual intentando unir razón y fe en la fundación del neo tomismo[914]. Además del Vicario Capitular de Santiago, Joaquín Larraín Gandarillas (el defensor del latín) y del presidente del Partido Conservador, Domingo Fernández Concha, la nueva institución contó entre sus fundadores, con la presencia de ilustres prohombres de la intelectualidad católica como Abdón Cifuentes, que fue profesor de derecho constitucional hasta 1920 y Carlos Risopatrón (de quien también ya hemos hablado), quien ejerció como decano de la Facultad de Derecho. Con la fundación de la Universidad confesional se consolidaba en el ámbito intelectual y de la formación científica la división ideológica, política y cultural característica de la sociedad chilena.

A la par que la Universidad estatal se liberaba de la tutela ilustrada y ultramontana, se abrió paso a la profesionalización de la carrera pedagógica. Hasta 1888 la formación de profesores primarios y secundarios dependía de la Escuela Normal de Preceptores, fundada por el argentino Domingo Faustino Sarmiento. Los académicos y profesores universitarios se reclutaban entre los más aptos del sistema; como hemos visto, muchos iniciaban como inspectores del Instituto, o en su defecto del Seminario, y de allí saltaban a dictar algún curso que después les servía para obtener un nombramiento definitivo; otros, especialmente los santiaguinos que iban a provincia, eran contratados casi inmediatamente de salir para remediar la falta crónica de maestros en los distintos liceos.

El 2 de noviembre de 1888 asumió un nuevo gabinete presidido por Ramón Barros Luco; en él ejerció como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública Julio Bañados Espinosa, político liberal que se abocó a la tarea de llevar a cabo uno de los preceptos de la Ley de 1879 para completar el papel docente del Estado; al año siguiente fundó el Instituto

914 Krebs. *Historia de la Pontificia*..., I, pp. 3 y 5

Pedagógico adscrito a la Universidad[915]. La evolución impulsada por liberales y radicales en el sistema educativo continuó con la desaparición de los últimos representantes del pensamiento ilustrado, pero los conservadores mantuvieron su influencia social entrabando los cambios.

Este proceso estuvo acompañado de la consolidación del liderazgo intelectual de Letelier en el medio educacional. Durante los años siguientes sus actividades se enfocaron hacia el logro de una reforma modernizadora en la educación y a cimentar el papel de la Universidad como centro de producción científica. La reforma laica se siguió expandiendo más fuertemente entre 1889 y 1902; junto con ello en los años señalados se realizaron dos congresos educacionales que consolidaron una nueva generación de educadores que ampliaron y dieron forma concreta a la ideología del Estado Docente. En estos eventos las ideas expuestas en *Filosofía de la educación* adquirieron una influencia fundamental y marcaron el fin definitivo de la enseñanza clasicista e ilustrada, que había caracterizado al sistema chileno y la modernización de la educación estatal y pública[916]. Ya hemos visto que a partir de su regreso a Santiago, pero fundamentalmente en la

---

915 Julio Bañados Espinosa se tituló de abogado en 1888; profesor gramática, historia y geografía del Instituto Nacional desde 1882, fue autor de una *Historia de América y de Chile* (1884) y un *Derecho constitucional comparado* (1887); pero su mayor obra fue *Gobierno parlamentario y sistema representativo* (1888) en que atacó fuertemente las tendencias parlamentaristas que se apoderaron del Congreso y la elite oligárquica en la década. Militante del Partido Liberal Democrático, fue diputado y líder de su partido y redactor en distintos periódicos como *El Mercurio* y *La Patria*, de Valparaíso y *El Ferrocarril* y *La Época*, de Santiago. A medida que las fuerzas del gobierno de Balmaceda comenzaron a ser aisladas por la "fronda" opositora, asumió más fuertemente la defensa del régimen hasta que, una vez perdida la guerra, debió exiliarse en Lima y luego en París. De allí volvió en 1894 y ganó nuevamente su sillón parlamentario; como todos los "balmacedistas" logró reinsertarse exitosamente en la política y tres años después fue nombrado Ministro de Industria y Obras Públicas. Murió en Santiago en 1900. FIGUEROA, 1928, II, págs. 98-101.

916 Al igual que Jocelyn-Holt, Cecilia Sánchez sostiene erróneamente que el modelo de institución de Letelier para la Universidad de Chile estaba fundado bajo el "modelo educacional unitario, de inspiración napoleónica... le confirió... el rol superintendencia de Educación"; hemos visto claramente que el modelo universitario viene del despotismo ilustrado. Otra cosa es que la universidad napoleónica lo haya heredado. Lo

década de 1880, después de su estada en Alemania, se dedicó a escribir varios textos en torno a la modernización educativa: *Las escuelas de Berlín*, en 1883 y, dos años después, *La instrucción secundaria y universitaria en Berlín*, en colaboración con Claudio Matte. Estos trabajos y su obra cumbre *Filosofía de la educación*, escrito en 1892, fueron sostén para el segundo impulso al desarrollo universitario, de fines del siglo XIX, que se consolidó con la formación del Instituto Pedagógico en la Universidad de Chile y la entrada de la educación de inspiración germana en este país[917].

6.1.2.- LA AUTONOMIZACIÓN DE LA LITERATURA

También en la literatura había cambios. Hasta 1870 los grupos literarios estaban compuestos por intelectuales que ejercían otras diversas funciones en la política partidista, el Estado, la docencia universitaria, la abogacía, el cultivo o la divulgación de la ciencia y la historia. A partir de 1880 se conforma un incipiente campo artístico y literario independiente, que si bien podía estar vinculado a esas otras áreas, lo era tangencialmente. El más claro ejemplo de esto fue la tertulia que dirigía Pedro Balmaceda, hijo del presidente, pero que no estaba en la política partidista. Las reuniones se hacían en un salón del palacio presidencial de La Moneda, (en esa época el presidente establecía su residencia en ese sitio), en medio de una ambiente estéticamente moderno, adornado con finos muebles importados y con cuadros de los principales pintores locales de la época y con música de autores como Chopin, Gounod y Schubert. Se recitaban versos de Verlaine y Armand Silvestre, Alberto Blest interpretaba a Schumman y Manuel Rodríguez Mendoza disertaba sobre arte expresando la necesidad de dar paso al pensamiento moderno. El salón de Pedro Balmaceda, que firmaba como A. de Gilbert, fue cuna del modernismo criollo; allí recibió su primera formación cosmopolita quien luego sería reconocido universalmente, el nicaragüense Rubén Darío; "adoptado" artísticamente por Pedro e impulsado en su carrera literaria, tuvo aquí su primer triunfo cuando en 1887 ganó el Certamen Varela [918]. Como todo grupo, político o intelectual, éstos se expresaban

---

importante es que la Universidad, contra esa persistencia, no se quedó estática y evolucionó durante el siglo XIX. Véase. Cecilia SÁNCHEZ. "Formas de circulación institucionales de la filosofía en Latinoamérica", en: *Universum* N° 11, Talca, 1994, pág. 195.

917 VICUÑA. 1997, pág. 21.

918 Esta fue la última actividad cultural que organizara Lastarria, quien murió al año siguiente. El mismo se encargó de escribirle a Bartolomé Mitre (ex exiliado en Chile y ahora presidente de la República Argentina 1862-1868), pidiéndole una plaza de

periodísticamente a través de un diario *La Época*[919]. En su redacción se discutían las escuelas poéticas de París como los decadentes, los simbolistas, los parnasianos, según Bernardo Subercaseaux:

En este contexto se produce una autonomización del campo literario que se independiza y distancia del campo político. Varios escritores, Darío en primer lugar, intentan y logran vivir de sus escritos o del periodismo, convirtiendo así la literatura en un oficio, y autonomizando con ello el discurso literario de otros discursos, particularmente del discurso político y doctrinario[920].

Acá también hubo un cambio, hemos visto que en 1850 Lastarria reclamaba que la profesión de literato no daba para vivir. Con esta separación de campos y con la valoración económica de la profesión de escritor, surgió también la conocida polémica del "arte por el arte", otra clara diferencia de la etapa anterior que la literatura estaba llamada a ser "La Ciencia" que no sólo englobaba a la historia, sino también a la política y estaba inextricablemente unida al progreso social.

Todos estos cambios, en especial la autonomización de los diversos áreas que antes estaban unidos en un solo grupo o personificados en un individuo, son rasgos de la modernización finisecular. A esta serie de transformaciones culturales, responden una nueva producción intelectual que pretendía autonomizar la política, el derecho, la historia, por medio de la constitución de estas disciplinas en "ciencias" y llegar así a la ciencia de la sociedad: la sociología.

---

corresponsal en *La Nación* de Buenos Aires para el joven poeta. Lastarria además prometió el prólogo a *Azul*, el libro que Darío escribiera mayormente en Chile y que lo catapultara a la fama; pero el intelectual chileno no alcanzó a escribirlo. SILVA CASTRO, en: LASTARRIA, 1968, pág. 15.

919 De la generación modernista participaron, además de Balmaceda y Darío, Alberto Blest Gana, Narciso Tondreau, Emilio Rodríguez Mendoza, que firmaba como "A. de Gery"; y por primera vez, muchos que venían de provincia como Francisco Contreras o "León Garcia" (1877-1933), Pedro Antonio González (1863-1903) y Antonio Bórquez Solar (1872-1938).

920 SUBERCASEAUX, en: VILLALOBOS, 1991, pág. 47.

6.1.3.- LA POLÍTICA COMO CIENCIA Y LA CIENCIA COMO POLÍTICA

En mayo de 1886 la Universidad de Chile convocó al "certamen Varela", un concurso de ensayos financiado por el empresario y senador Federico Varela y organizado por la Universidad de Chile. El concurso de carácter literario, nos muestra la persistencia de clasificar las ciencias morales y su escritura como parte de la literatura y no separarla como ciencia social o sociología, proyecto, como sabemos, ya esbozado por Lastarria[921]. En ese momentos era secretario de la Universidad el historiador Miguel Luis Amunátegui y el organismo que se preocupó de organizar el evento fue el Consejo de Instrucción Pública. En los estudios se presentaron 10 ensayos, la mayoría de ellos –decía el informe del jurado- o se limitan:

[...] a exponer con breves comentarios las disposiciones legales que nos rigen, o emprenden la crítica, no siempre moderada, de las personas que han intervenido en la administración pública sin que se llegue a la apreciación más o menos exactamente concebida del estado de la Ciencia Política en Chile tal como debe aparecer de las obras de los escritores, de las opiniones de los partidos, de los actos de los gobiernos y de las manifestaciones de toda especie, que un atento examen puede descubrir en la marcha de un país organizado[922].

Sin embargo, hubo un ensayo que se salió de esos parámetros y, pese a que el jurado informó que "se echa de menos cierta claridad y precisión al exponer las ideas del autor, pues éste se concreta más bien a agrupar argumentos en pro y en contra de opuestas teorías, que a expresar sus propias convicciones", no era menos cierto que estaba escrito con buen estilo y expresaba preparación y estudio, pero era "más bien... un estudio de la Ciencia Política en Chile [que] puede estimarse como una apreciación general de esa ciencia, lo que en cierto modo lo aparta del tema que debía desarrollar"[923]. Tanto el certamen, financiado por un empresario y senador de la

---

921 El certamen, que estaba convocado en honor al "gran sacrificio de Prat y sus compañeros en aras de la patria", premiaba distintos géneros como odas, cantos épicos, biografías y estudios. Este último convocaba a escribir "sobre el estado en que se encuentra la Ciencia Política en Chile, y sobre los medios de impulsar su progreso en adelante", cuyo resultado merecería el mejor remunerado de los premios: 600 pesos.

922 "Covarrubias, Rodríguez y Rengifo al rector de la Universidad" en: LETELIER, 1886, pág. 7.

923 Ibid,

República, de militancia radical y un claro conocedor del positivismo, como la idea de la convocatoria, nos dan una idea de la intención de que un sector de la vida política chilena, insertado en la Universidad, demandaba la organización científica de "La Política", porque tenía la idea de que esta disciplina necesitaba un cierto orden que hasta entonces no poseía y para ello había que recurrir a la academia. Además, el fallo del jurado, demuestra que existía cierta idea de la ciencia de la política, que estaba organizada como tal en otros países y que en Chile se necesitaba enfrentar su constitución, situación que la obra ganadora expresaba parcialmente:

Creemos aun –sostenía el informe- que habría sido posible encontrar, fuera del examen de los libros con que se alimentan las ideas políticas entre nosotros, antecedentes reveladores del estado de nuestros conocimientos en este ramo, y que habría convenido dar mayor ensanche al análisis de las necesidades sociales, que la memoria solamente menciona sin buscar la solución oportuna[924].

Pese a los reparos, el jurado premió la obra de Valentín Letelier *De la ciencia política en Chile*. Ésta es un ensayo dividido formalmente en tres partes; la primera trataba de responder la interrogante de por qué no existía ésta como ciencia y de las ventajas y desventajas de su constitución; la segunda entra de lleno en los factores de su constitución y la última sobre los métodos de enseñanza que debería tener. Pero además hay otras divisiones posibles de establecer en esta obra: una que trata los aspectos teóricos y los fundamentos de la necesidad de establecer la ciencia política; otra que expone las razones para establecerla como disciplina universitaria y una última que analiza aspectos específicos de la política como fundamento de las anteriores. En el siguiente apartado vamos a centrarnos de manera particular en las dos primeras y a usar la tercera en tanto entrega antecedentes ideológicos de la política del Partido Radical al cual pertenecía Letelier.

De la ciencia política inicia exponiendo una explicación causal de los fenómenos –"la ley o las leyes de causalidad que lo ocasionan"- con una "clasificación general de los conocimientos" desde la teoría comteana de los tres estados, en la que, para explicar los sucesos, Letelier recurrió a numerosas obras científicas, históricas y teóricas[925]. Para ejemplificar sus asertos, echaba mano de

---

924 Ibid.

925 Entre las primeras figuraban: Jean Baptista Vico, *Principios de una ciencia nueva*; Comte, *Philosophie positive*; Bain, *Logique*; Spencer, *De l'Education*; Stuart Mill, *Systéme de logique*. Entre las obras históricas citaba a Buckle, *Histoire de la civilisation en Angleterre*; Lubbock, *Orígenes de la civilización*; Prescott, *Histoire de Philippe II*; Gibbon, *Histoire de la Decadence de l'Empire Roamain*; Bossuet, *Discours sur l'Histoire*

ejemplos históricos de Grecia y Roma clásicas, en especial de la transición de la República al Imperio, de la Europa medieval, en especial de la Iglesia Católica, y modernos de Inglaterra, con énfasis en la Alemania de Bismarck y por supuesto, de Chile.

La pregunta fundamental de esta obra es si era posible entender científicamente la política o si los fenómenos políticos se podían someter a leyes naturales. Para ello recurría a la clasificación comteana de la naturaleza de los fenómenos que se podían estudiar: matemáticos, astronómicos, físicos, químicos, biológicos y sociológicos, que correspondían a otras tantas disciplinas científicas. En seguida, desarrollaba la jerarquización positivista de las ciencias, en virtud de la necesidad causal que cada una tenía respecto de la que le seguía en su desarrollo interno, hasta llegar a la sociología[926]. Su concepción de la ciencia es que era fundamentalmente una convención, ya que "donde hay discrepancia no hay ciencia", esto porque sus "errores" ocurrían en aquellas ramas del saber donde aun predominaban las explicaciones teológicas o metafísicas:

Aun en los casos excepcionales de error, ella encuentra en las mismas ciencias procedimientos comprobatorios mediante los cuales se rectifica, se corrige, enmienda el rumbo y va derechamente a la verdad. En la ciencia, por tanto, el error es lo transitorio, las discrepancias son accidentales y la verdad es una e imperecedera[927].

La política, en cambio, hasta ese momento no había suministrado ningún medio para conocer la verdad y rectificar el error, y por tanto los pueblos solían caer en "estériles agitaciones y revoluciones desquiciadoras". Para Letelier, a lo largo de la historia de la humanidad, los gobiernos tiránicos habían intentado infructuosamente, por medio de la fuerza, imponer la concordia, empero, sólo consiguieron ahondar las diferencias; así, mientras las discusiones científicas llegaban en algún momento al consenso, las políticas sólo perpetuaban "divisiones que parecían próximas a borrarse".

---

universelle Santo Tomás, *Summa Theologique*; Guizot, *Historia de la civilización en Francia y en Europa*; Montesquieu, *De la grandeur des romains et leur décadence*; Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*. Otros autores de teoría política como Aristóteles, *La política*; los jesuitas Suárez y Mariana; Janet, *Histoire de la sciencie politique*; de antropología: Laveleye, *De la propiedad y sus formas primitivas*; de estadística Quetelet, *Sur l'Homme*, y *Lettres sur la théorie des probabilités appliquée aux sciences morales et politiques* y el *Anuario estadístico de Chile*.

926 LETELIER, 1886, págs. 12-13.

927 LETELIER, 1886, pág. 15.

Lo anterior sucedía también en Chile donde Letelier, aplicando esta concepción a las fuerzas políticas, distinguía tres escuelas. La primera de ellas, la "escuela liberal" (hablando en general por todo el liberalismo chileno) "cree que la sociedad es una masa esencialmente maleable y plástica y que para satisfacer las necesidades políticas, se la puede amoldar a utopías de pura imaginación, o siquiera a ideales prematuros aun cuando realizables"[928]. La segunda era la "reaccionaria", que guardaba una actitud hostil hacia la modernidad, es decir, al curso natural de la historia: "partiendo de la misma base, prescinde por completo del cambio de condiciones sociales operado por la revolución moderna y sueña con la íntegra restauración del extinto régimen teocrático"; esto era inconcebible con el desarrollo y progreso pues "la historia nos enseña que todas las reacciones, aun las mejores organizadas y más formidables, fueron siempre parciales, y en todo caso sustancialmente transitorias"[929]. Respecto a la tercera, la "conservadora", hacía una analogía con el partido nacional o monttvarista, menos hostil hacia la modernidad, pero que políticamente se había conformado con fundar el Estado autoritario pues pese a que "aprueba y aun aplaude el desarrollo histórico de la sociedad, del pensamiento y de las instituciones", se imaginaba que éstas "se van a detener para siempre en el punto donde a la sazón se encuentran y se opone a todo nuevo cambio y entorpece el ulterior desenvolvimiento de la política y de las facultades humanas[930]. Así, Letelier criticaba el sistema político chileno desde una perspectiva reformista radical que se planteaba cambios y grandes empresas políticas. Estas fuerzas constituían un sistema en el cual se hacía imposible la "concordia" y el consenso políticos, y en vez de servir a los mismos fines sociales, sólo servían a fines diversos y que debilitaban y fraccionaban a la sociedad paralizando su desarrollo.

Este estado del desarrollo político nacional sólo se superaría si la política estuviera organizada como ciencia, lo que ayudaría a lograr el consenso en las discusiones, aunque las diferencias persistieran en las elecciones. Pero el panorama nacional distaba mucho de llegar a esa situación; lo que se imponía no era una gran teoría que ayudara al funcionamiento racional de la sociedad sino que todos defendían sus causas con "razones puramente casuísticas o empíricas a menudo aún con argumentos esencialmente personales".

Lo que Letelier reclama, no es por la existencia de diferencias políticas o de "escuelas", como las llamaba, sino la constitución de un saber racional, unas reglas del juego que guiaran los

---

928 LETELIER, 1886, pág. 16.

929 LETELIER, 1886, págs. 16 y 17.

930 LETELIER, 1886, pág. 17.

debates políticos y los enfrentamientos de ideas, con el objeto de llegar a consensos o acuerdos que lleven a establecer reformas sociales "radicales" o grandes transformaciones políticas. En su reflexión, sostenía que en los tiempos modernos, impuestos por la revolución, los reaccionarios y conservadores no tenían justificación histórica para existir, pero lejos de negarles existencia pretendía hacerlos entrar en la etapa positiva para que de esta manera pueda imponerse una "armonía científica", en el juego político.

Letelier concebía que debía existir una causalidad fundamental entre el desarrollo histórico de una sociedad y la producción de un conocimiento específico, una ciencia. Ello por que lo que posibilitaba ese desquiciamiento de la política, era la existencia de una "inconexión de los fenómenos sociales" que impedían la constitución científica de la política, porque "Se sabe [...] que toda ciencia abstracta es una exposición de aquellas relaciones generales que ligan entre sí a los fenómenos de un orden determinado" [931]. Sin embargo, la comprensión de esta máxima se dificultaba porque, en el presente, se veía que la política sólo era obra de estadistas, gobernantes y tribunos y no el desarrollo de "leyes generales en virtud de las cuales nacieran los Estados, se desarrollaran las instituciones y cambiaran las formas de gobierno". Pero el descubrimiento de leyes o principios generales por los cuales se regía hacía evidente:

[...] que siendo la política un fenómeno social, ella no podría constituirse científicamente mientras que la historia, que es la rama del saber humano que estudia en conjunto todos los fenómenos sociales, no logre descubrir esta ley general de filiación que se supone debe existir entre ellos[932].

Esto impedía que razón histórica y razón política, se unieran coherentemente. Ello porque, la historia no se encontraba desarrollada satisfactoriamente, porque no se seguían las reglas establecidas por Bacon que imponían "estudiar detenidamente todos los respectos de los fenómenos sujetos a la observación, regla que no ha sido seguida hasta ahora que sepamos por los historiadores". Esto hacía imposible que de ellas se dedujera algún principio general, incluso de la historia política que estaba más desarrollada, porque en ellas "la historia aparece como una sucesión sin relaciones, como una serie de efectos sin causas, como una exposición de fenómenos sin leyes, que se producen por virtud espontánea". Así, reaccionaba contra la escuela narrativa y cronológica que había dejado Bello (aunque no lo decía explícitamente), que se acercaba más a la crónica y al relato de sucesos particulares que al análisis de las regularidades en el desarrollo

---

931 LETELIER, 1886, págs. 19 y 20.

932 LETELIER, 1886, pág. 23.

histórico, constituyendo un estudio de pura memoria cuando toda la ciencia es, ante todo, estudio de entendimiento. Para esto, se basaba en Buckle, Spencer y Comte para sostener que la historia era ciencia cuando los hechos narrados por los historiadores estaban "ligados entre sí por principios de causalidad o coexistencia". Mientras que la historia meramente narrativa no ejerciera ninguna influencia sobre las acciones del hombre, la ciencia política sólo se establecería sobre la base "de la filosofía de la historia"[933].

En esta filosofía, que tampoco estaba constituida pese a los esfuerzos que "se han hecho de tiempo atrás en los pueblos de más elevada cultura", aun no se podía "descubrir entre los acontecimientos algún principio general de causalidad, que por ser propio para explicar todos los posibles, torne innecesario narrar todos los conocidos", como la física que para descubrir la ley de la caída de los cuerpos, sin que se tenga que tener noticia de todas las caídas ocurridas desde el principio de los tiempos: "De la mima manera –dice Letelier-, se podría descubrir y en seguida estudiar las leyes sociales, en caso de que existan, sin necesidad de conocer todos los sucesos de la historia"[934].

Letelier se preguntaba si esto era posible, es decir, la existencia de un principio general "que sea propio para explicar todos los acontecimientos políticos" y contestaba que, de las obras antiguas, la única que seguía un principio de este tipo, era la *Biblia*, la que suponía que todos los sucesos del pueblo de Israel se efectuaban por obra y voluntad de Dios, pero excluía al resto de la humanidad. Otros ejemplos podían ser el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet o la *Ciencia nueva* de Vico, pero équel explicaba la historia por la causalidad bíblica y ésta por la circularidad matemática que condenaba a los pueblos a la fatalidad de un ciclo de nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y muerte[935]. Nuestro autor desechaba todas estas interpretaciones desde la óptica del progreso pues "no manifiestan cómo es que, a pesar de los trastornos a que las naciones están sujetas, los elementos sociales se conservan y desarrollan en forma que, según

---

933 Hemos mencionado que la influencia de Buckle llegó a Letelier a través de la lectura de *La science au point de vue philosophique*, de Littré, que en el capítulo XVI comenta *L'histoire de la civilization en Anglaterre*, que el intelectual galo leyó en la traducción al francés que A. Baillot hiciera en 1865. LITTRÉ, 1876, págs. 478-521.

934 LETELIER, 1886, págs. 28 y 29.

935 Acá Letelier se introducía en el debate acerca de la historia que desarrollaría plenamente años después cuando publicara *La evolución de la historia*, su obra más profunda que comentaremos en las últimas páginas de este trabajo.

veremos, nunca decaen ni se extinguen". Más cercano estaba a las interpretaciones de Montesquieu y Buckle que habían sentado que la historia y la política estaban determinadas por la influencia de agentes físicos y que, por lo tanto, "la sociedad carece de leyes propias y no es gobernada por otras que las de la naturaleza externa". Todo esto redundaba en el fracaso de la historia para encontrar regularidad en los fenómenos sociales[936].

Letelier no pudo dejar de reconocer las consecuencias políticas inmediatas de su propuesta. Al preguntarse sobre cuál sistema político proponía, él mismo aclaraba que era contrario a las tendencias más radicales del liberalismo jacobino, en especial de las ideas heredadas de los jesuitas Suárez y Mariana y de Rousseau. Y rendía culto al las *Lecciones de política positiva* de Lastarria, reconociéndolas como "la única obra realmente seria que entre nosotros se ha compuesto de política"; esto, pese a que sostenía que la propuesta de constitución con que cerraba era irrealizable. Tampoco la ciencia política enseñada a las nuevas generaciones podía politizarse hacia algunos de los actuales bandos en pugna:

Ni ha menester tampoco el arte política alimentarse de teorías para obrar con vigor y acierto. Con Ciencia o sin Ciencia, la política consistirá siempre en satisfacer necesidades sociales, en estimular el constante desenvolvimiento del orden; y esas necesidades se sienten, así por el más ignorante como por el más sabio[937].

Frente al contra argumento de que el desarrollo de la historia no había necesitado de una ciencia de la política y que Chile en particular, puesto que los males y problemas generados en Europa tardaban varios años en llegar a estas latitudes, podía ocuparla como campo de experimentación para luego aplicar las soluciones ya probadas fuera. Como respuesta argumentaba que era necesario "completar... el verdadero estado de la Ciencia del gobierno en Chile, necesitamos averiguar cuál es la suma de las nociones político-positivas que poseen aquellas personas que han consagrado algunas meditaciones a estos estudios. Pero el único estudio que existía era el de Lastarria; los otros eran simples opúsculos, discursos parlamentarios y obras del

---

936 En la edición que hiciera de su texto, Letelier se encargó en una nota al pie, de aclarar que la ejemplificación de los "sistemas históricos" en especial de esta parte, era mucho más extensa que la aparecida y que se vio obligado a reducir y casi suprimir su exposición reservándose para explayarla en un futuro *Ensayo de ciencia política* que, al parecer, nunca publicó. LETELIER, 1886, pág. 32, nota "n".

937 LETELIER, 1886, pág. 39.

ingenio chileno, pero ninguno de ciencia positiva[938]. Tampoco la prensa periódica tenía el mínimo deseado de cientificidad en sus páginas; pese a que muchos periodistas poseían el grado de educación suficiente, siempre trataban de "amoldar las soluciones a ideales preconcebidos", mientras que "los criterios e ideales positivos se forman, por el contrario, *a posteriori* y son esencialmente experimentales".

Uno de los sujetos fundamentales del análisis de Letelier son los intelectuales, a los que define como las "clases dedicadas al estudio", éstos, y no el vulgo, son los que pueden articular la ciencia política, éstos, que se rodean de libros "cuyas doctrinas cuadran con sus pensamientos". Por ello se podía estudiar en Spencer, Stuart Mill, Comte, Littré y los demás cuyo pensamiento en ese momento se recepcionaba en Chile, cuál era el estado de la ciencia política en el país, que en todo caso era una ciencia prestada de Europa, que se "alimenta de la cultura ajena" y aquí sucedía una paradoja, no podíamos saber cuál es el estado de cualquier ciencia. Esto porque en Chile no se sabía cuál era en el país de origen:

Por tanto, aquellos a quienes pudiera a primera vista parecer ocioso e inconducente un estudio semejante, aquellos que no perciben en realidad qué relación haya entre lo que han discurrido tales o cuales filósofos del Antiguo Mundo y el actual estado de la Ciencia Política en Chile, piensan en cuánta es la estrecha mancomunidad de ideas que existe entre todas las sociedades cultas, piensen en cuál es la filiación social de todos nuestros conocimientos, piensen por último en que ninguna civilización histórica es autóchtna (sic), que todas son esencialmente derivadas de y que según dijo el príncipe de los filósofos [Aristóteles], para comprender bien una cosa es menester estudiar sus orígenes y desarrollo[939].

Para poder hacer efectiva una ciencia política se requería de "una radical renovación del criterio histórico más corriente" que sólo percibía la "inconexión de los acontecimientos y el imperio arbitrario de la humana voluntad"; esto sólo podía impugnarse válidamente si se demostraba el principio de causalidad general. Así la escuela positiva:

---

938 Nuestro autor señalaba que los únicos oradores "tan escasos y tan incomprendidos" que "muestran tener nociones científicas de política" eran Lastarria, Manuel Antonio Matta, Zorobabel Rodríguez y Enrique Mac-Iver. LETELIER, 1886, pág. 41.

939 Letelier citaba acá *La política*, lib. I, cap. I, parágrafo 3. LETELIER, 1886, pág. 44.

[...] sostiene y cree poder demostrarlo, que todos los sucesos, la formación y el desarrollo de los Estados, los cambios de instituciones, las revoluciones, etc., se efectúan por obra de causas generales más bien que por voluntad de los gobernantes, de los legisladores y los repúblicos. No niega ella que el libre albedrío es el que en cada caso fija el rumbo de la acción de cada hombre. Pero a la vez sostiene que la eficacia y la oportunidad de esta acción, el grado de influencia que la voluntad ejerce en la política y la sucesión de los acontecimientos dependen exclusivamente de los antecedentes y las circunstancias sociales[940].

La tradición a la que se adscribe Letelier es anti romántica. Esto porque desdeña aquellos símbolos sobre los cuales se construyó esa corriente, fundamentalmente rechaza la Edad media o el feudalismo y más bien se adscribe al racionalismo iluminista, aunque toma distancia de la corriente historiográfica que llama "arbitrismo liberal", la que se constituyó reaccionando contra esos mismos símbolos. También critica el clasicismo de los "empíricos", especialmente su valoración de la legislación de Esparta, otra clara distancia de Bello y su herencia[941].

En su lenguaje "los que creen en la Ciencia de gobierno", es decir, los positivistas, suscriben que los cambios políticos están apoyados por circunstancias sociales y que frente a ambas la voluntad humana, "que a priori parece ser árbitra de los acontecimientos" es, sin embargo, impotente. Lo explica mediante el proceso de la ruina de la República romana y del establecimiento del Imperio, cuando se fortalecieron las fuerzas militares y se debilitaron las instituciones republicanas, producto de las guerras de conquista. Establecido el Imperio, en lugar de importar las instituciones republicanas, Roma mantuvo las autocracias locales para así sacar el máximo provecho a las provincias, disolviendo las autonomías locales y violando las instituciones para extender a ellos los efectos de la administración, la legislación y la cultura romanas, con tal efectividad, que asimilaron a la mayoría de las sociedades conquistadas. De esta manera, el Imperio era un resultado de la República, una evolución natural y no una negación[942].

---

940 LETELIER, 1886, pág. 46.

941 LETELIER, 1886, pág. 46-47. Aunque no es exacto que Bello se basara en las leyes de Esparta en ninguna de sus obras jurídicas, especialmente en el *Código Civil*, cuyas fuentes son, fundamentalmente, el Derecho Romano, las Siete partidas y el Código francés. JAKSIC, 2001, págs. 200-207.

942 La explicación de la parte histórica y sobre todo su método estaban hechos siguiendo los escritos de Littré que el mismo había traducido y editado en el folleto que citáramos los *Opúsculos de filosofía positiva* de 1878. LETELIER, 1886, pág. 54.

Pero entonces, ¿Cómo resolver el problema del libre albedrío?; si todas las acciones humanas son fruto de las circunstancias sociales, ¿cómo se puede explicar la libertad?. Letelier respondía que ninguna de las "filosofías orgánicas" anteriores (es decir, "aquellos sistemas generales que no son de carácter puramente metafísico o negativo") lo resolvía: ni la griega, que con la "deificación del hado envolvía implícitamente la anulación de las libertad humana"; ni la mahometana que "al proclamar dogma fundamental la predestinación del hombre, creó el sistema fatalista más célebre que se haya conocido"; ni el cristianismo "con los dogmas de la gracia, de la inmutabilidad divina y la predestinación humana ha estado varias veces a punto de afianzarse en la negación absoluta del libre albedrío". En el presente, bajo el imperio de las ciencias, se corría el mismo peligro, sin embargo:

Con todo, las leyes sociales, si existen, han de ser por naturaleza tan modificables que, sin dejar ellas de cumplirse, ha de poder la voluntad de cada cual concurrir o no activamente a su cumplimiento, retardarlo con los conservadores, apresurarlo con los liberales, perturbarlo con los reaccionarios y los revolucionarios. La libertad humana, en efecto, que carece de libre albedrío en cuanto a los órdenes de fenómenos inmodificables cuales son las matemáticas y la astronomía, empieza a tenerlo en cuanto se adelanta por aquellos órdenes cuyos fenómenos son susceptibles de modificaciones[943].

Esto quería decir que para nuestro autor la libertad humana no se desarrollaba en el plano de las ciencias exactas, sino en el plano de las ciencias naturales y las morales. Si bien no podía modificar las matemáticas o el movimiento de las estrellas, en el orden de la física, la biología o la química podía modificar, por ejemplo, la naturaleza de la materia o su movimiento. Pero acá Letelier revela además todo el potencial político y social de su pensamiento haciendo una clara alusión a las fuerzas políticas en pugna en ese momento en Chile. Había leyes sociales, pero el carácter de éstas era "modificable", de manera que la libertad humana podía operar cumpliéndolas o cambiándolas: "De análoga manera –concluía-, puede en el orden social, que es el más completo y el más elevado de todos, modificar la forma, el modo y el tiempo de los sucesos". Esta era la teoría positiva del libre albedrío:

El principio primero de toda ley natural, a saber, que ella surte unos mismos efectos siempre que se reúnan unas mismas circunstancias, permanece incólume a pesar de la voluntad, y

943 LETELIER, 1886, pág. 60.

se cumple en el orden superior de las sociedades tan exactamente como en los órdenes inferiores de la cosmología[944].

Pero en el esfuerzo teórico de llegar a conclusiones positivas, Letelier aclaraba que no se debían confundir los fenómenos de orden psicológico con los de orden social, pues aunque la sociedad se componía de hombres, la ciencia psicológica y la social no eran lo mismo ya que no eran idénticos los móviles de la voluntad humana, que las causas de los acontecimientos sociales: "Ninguna ley realmente social puede cumplirse, por tanto en el hombre, así como ninguna ley biológica se cumple en el carbono, en el oxígeno, en el azoe (sic.), etc.".

¿Pero qué se dedicaba a estudiar, o cuál era el objeto, de la ciencia política? Letelier respondía:

Nos sería, verbigracia, muy fácil demostrar que el estado permanente de guerra favorece el desarrollo de los poderes autocráticos i discrecionales; que las artes no florecen sino en sociedades pacíficas donde la acumulación de riquezas hace nacer clases meramente especulativas y contemplativas; que no todas las industrias pueden desarrollarse en un país cualquiera; que aun las doctrinas dominantes modifican el rumbo de la política, porque la creencia en el origen divino de los gobernantes, por ejemplo, coexiste con poderes absolutos, en tanto que el dogma revolucionario de la soberanía popular desarrolla las instituciones democráticas[945].

Así, la ciencia política era el estudio de las relaciones entre estos procesos y su conocimiento se hacía indispensable para el arte de gobierno, su conocimiento proporcionaba una "clave verdaderamente científica para explicarse todos los cambios y sucesos políticos".

En definitiva *De la ciencia política* era una ensayo cuya reflexión colindaba fundamentalmente con la historia, pero también con la sociología, la antropología, el derecho y la psicología. Todo su desarrollo se basaba en una lectura del fracaso de la historia para convertirse en ciencia, puesto que no podía encontrar regularidad en los fenómenos sociales; más aún, se debía al derrotero que había seguido a lo largo del siglo XIX, tanto en Europa como en Chile, que había llevado a los historiadores a ser excesivamente narrativos y a fijarse más en la particularidad de los hechos históricos, que en sus regularidades y leyes. Lo anterior hizo de este ensayo uno de los primeros textos sociológicos escritos en el país, semejante, no en el volumen ni en la ambición,

---

944 LETELIER, 1886, pág. 61.

945 LETELIER, 1886, pág. 70.

pero sí en ese balance y en la utilización metodológica de la historia comparada de las sociedades, a *Economía y Sociedad* de Max Weber, escrito en Alemania un cuarto de siglo después.

6.1.4-. EL GOBIERNO DE BALMACEDA, LA GUERRA CIVIL DE 1891 Y LOS POSITIVISTAS

En 1891 estalló uno de los conflictos más graves que hayan afectado al sistema político desde se consolidara el Estado. Más allá de ser un típico enfrentamiento entre la oposición liberal y el gobierno conservador, el problema comenzó como una disputa de atribuciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, es decir, un conflicto institucional que desembocó en una guerra civil. Los historiadores conservadores como Vial, lo han catalogado como una crisis entre el "espíritu portaliano", el autoritarismo presidencial, que habría asumido Balmaceda y que su ideólogo Julio Bañados Espinoza rebautizó como "régimen popular representativo" [946]. Edwards, por su parte, lo interpretó como un conflicto entre el "espíritu de fronda" que yacía en la "naturaleza" de la oligarquía chilena (casi en sus genes) y el poder autoritario, que ese mismo grupo había avalado cuando aceptó que Portales al mando del Estado restaurara la tradición absolutista monárquica. Este espíritu se habría visto fortalecido por la "prosperidad pública", la creciente riqueza que este grupo habría adquirido y el resultado de la Guerra del Pacífico, de manera tal que ahora "la aristocracia y el poder se encontraban frente a frente"[947].

El conflicto se inició en diciembre de 1890 cuando el Congreso se negó a aprobar la Ley de presupuestos para el año siguiente. Recordemos que ésta era una "Ley periódica", una de las pocas prerrogativas que tenía el poder legislativo frente al presidencialismo, sancionada en la Constitución de 1833.

Previendo la dirección que podían tomar los acontecimientos, los positivistas ortodoxos, siguiendo al pie de la letra los dictados de Comte, estuvieron en contra del Congreso y se alinearon al lado de Balmaceda. Juan Enrique Lagarrigue publicó tres manifiestos con la visión y las propuestas de su grupo acerca del conflicto entre las Cámaras y el Ejecutivo. El primero de ellos era un *Dictamen positivista* sobre el Gobierno y el Congreso –que no hemos podido revisar- pero sabemos que en él auguraba que, si el conflicto de intereses entre los poderes continuaba, la Cámara iba a terminar negando el presupuesto al Ejecutivo. El 9 de julio (22 de carlomagno de 102) dio a conocer un *Manifiesto positivista sobre la actual crisis política*; en él reclamaba su derecho a intervenir debido a que la Religión de la Humanidad, por su carácter

946 VIAL, 2001, II, pág. 12.

947 EDWARDS, 1945, págs. 173-195, y en específico, 178.

altruista y demostrable, lo facultaba moralmente para opinar de política. Además, anunciaba el suicidio político del Congreso "por su conducta anticívica", aunque apreciaba que significaría el fin del régimen parlamentario, "...un país puede marchar sin Congreso –sentenciaba- pero no puede marchar sin Gobierno". El tono general del *Manifiesto* abomina contra el Legislativo como órgano que se prestaba al debate anárquico y desordenado de los parlamentarios y la nula capacidad de tomar resoluciones a favor de la nación. Por ello, Juan Enrique propuso que Balmaceda ignorara esa actitud y "en razón del supremo interés nacional", dictara un decreto aprobando el presupuesto. Es probable que Balmaceda nunca haya leído el panfleto, ni aun cuando lo haya hecho, lo hubiera considerado como digno de tomar en cuenta; dentro del juego político chileno la Iglesia Positivista no representaba ningún papel. Sin embargo, por el desenlace de los acontecimientos, Juan Enrique dio en la piedra angular del régimen político chileno y, a la vez en su talón de Aquiles.

El tercer panfleto, *Propuesta de solución para la actual crisis política*, fue publicado el 21 de julio (6 de Dante de 102). En él precisaba sus afirmaciones anteriores a la luz del *Sistema de política positiva de Comte*; siguiendo la máxima comtiana de "orden y progreso", donde el primero era condición *sine qua non* para el segundo, calificaba al Gobierno como "encarnación del orden" y al Congreso como "viva encarnación del desorden". Esta caracterización provenía del *Sistema de política positiva*; en él, Comte hacía una distinción entre la "dictadura republicana" y la "tiranía", la primera era la unión del poder legislativo y ejecutivo en un Jefe de Estado, lo que era adecuado "para que haya consistencia en el gobierno". hemos visto que, en el esquema positivista, el Congreso no debía legislar y sólo se dedicaría a "fiscalizar y perfeccionar las finanzas del Estado". La Dictadura, a quien correspondía en propiedad dictar las leyes, tenía que ser temporal y no espiritual, para que no se convirtiera en "tiranía". Por ello, una de las primeras obligaciones era la separación de le Iglesia y el Estado[948].

En la interpretación de Juan Enrique, el desarrollo político chileno, que había traído prosperidad, era más dictatorial que parlamentario, y el propio gobierno había sido el principal ente legislador. Por ello, abominaba del movimiento parlamentarista que se venía formando desde hacía varios años que, en lugar de ser progresivo era "enteramente subversivo", la misma suspención de las contribuciones resuelta por la Cámara era una facultad "desquiciadora del orden social"; por ello prestaba todo su apoyo a Balmaceda. Nuestro autor hacía una analogía de este presidente y O´Higgins, rescataba la figura histórica del libertador y la de Portales y condenaba del período de la "anarquía" pues, de no abdicar el primero, se estaría más cerca de

---

948 JE LAGARRIGUE, 1890, pág. 4.

la “sociocracia”. Por ello, apoyaba un golpe de Estado resuelto por el Presidente que implicara la disolución del Congreso:

El golpe de Estado sólo sería censurable cuando viniera a contrariar el progreso social, pero de ningún modo cuando viniera, como ahora, a servirlo, sin reprimir otra cosa que las tendencias radicalmente desorganizadoras del Congreso. Este cuerpo que es multitud irresponsable, no se ha contentado con negar las contribuciones, desentendiéndose del civismo y del sentido común, sino que tiene aun la insensata ocurrencia de decir y repetir que el Gobierno está privando de ellas al país[949].

El tiempo de las luchas liberales y conservadoras había pasado. De este balance histórico se derivaban tres características que debía tener el nuevo régimen político, la “sociocracia”. Primero, éste debía construirse con la colaboración entre las clases (el patriciado y el proletariado), los curas debían transformarse en sacerdotes de la Humanidad y la Iglesia separarse del Estado. Segundo, la reforma a la Constitución, que muchos planteaban necesaria para descentralizar al país, debía hacerse sin otorgarle mayores prerrogativas al Congreso, cuya función no era elaborar leyes, sino vigilar el presupuesto. Tercero, el “Dictador Republicano” debía nombrar su sucesor para que fuese sancionado por el “sufragio general y público”, su duración no tenía plazo fijo “como es evidencia sociológica, que todo servidor nacional es inamovible mientras se conduzca con la dignidad requerida”. Todo ello se dirigía a la reforma constitucional para llegar al régimen positivo, que debía ser sometida a las observaciones de la “opinión pública”, para luego recoger las mejoras sugeridas y ser votada por la “generalidad de los ciudadanos”[950]. Estas medidas tenían como fin especial evitar los trastornos políticos derivados de las elecciones, y en especial de la sucesión presidencial que había llevado a la presente “situación anárquica”, y conducía al país a un régimen normal[951].

Pero lejos de culminar la evolución de los acontecimientos hacia la dirección en que los positivistas religiosos auguraban, los conflictos entre los poderes del Estado se agudizaron. El 1 de enero de 1890 Balmaceda dio a conocer un manifiesto en el que criticaba a las Cámaras y sentenciaba que al no aprobarse la respectiva ley, regiría el presupuesto aprobado para el año anterior; el día 5 emitió un decreto que sancionaba esto último. La mayoría del Congreso estimó que, con esta medida, Balmaceda se había colocado fuera de la ley y dio a conocer una

949 JE LAGARRIGUE, 1890, pág. 6.

950 JE LAGARRIGUE, 1890, págs. 9-11.

951 JE LAGARRIGUE, 1890, pág. 12.

declaración (preparada con antelación) en que anunciaba que el presidente cesaba en su cargo y declaró su gobierno como una dictadura. El día 7 la Marina, la rama más aristocrática de las fuerzas armadas, se levantó a favor del Congreso. Los opositores justificaron sus acciones en defensa de la Constitución. En el buque insignia de la Escuadra se embarcaron el presidente de la Cámara de Diputados, Ramón Barros Luco, y –ante la negativa del presidente del Senado, Vicente Reyes- el vicepresidente, Waldo Silva. La acción perfectamente coordinada de la Marina y el Congreso, así como las declaraciones previamente preparadas, evidencian la puesta en marcha de un golpe de Estado organizado con antelación. El ejecutivo, por su parte, contó con la lealtad del Ejército, institución armada claramente más mesocrática.

Entre febrero y abril la escuadra logró ocupar las provincias del norte salitrero, Tarapacá y Antofagasta. Ese último mes organizaron una junta de gobierno presidida por el capitán de navío Jorge Montt, e integrada por Barros Luco y Silva y donde Isidoro Errázuriz se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores. El equilibrio de las fuerzas sólo se rompió en julio, cuando las tropas del Congreso consiguieron armas y el 20 de agosto desembarcaron en Quintero, algunos kilómetros al norte de Santiago. Al día siguiente se produjo la batalla de Concón y el 28 el de Placilla (en las afueras de Valparaíso); ambas significaron la derrota de las fuerzas balmacedistas[952]. Balmaceda se refugió en la Embajada Argentina y esperó allí hasta el último día de su mandato; el 17 de septiembre de 1891 se descerrajó un tiro en la sien, no sin antes dejar su *Testamento político*.

Si la Guerra del Pacífico había unido a los chilenos tras una "empresa nacional", el resultado bélico ahora era diametralmente opuesto; pues, más allá de los enfrentamientos intraelitarios, el conflicto atravesó la sociedad chilena de arriba abajo. Al igual que lo acontecido después de la guerra de Independencia, significó una profunda división en la elite política, cultural, económica y militar chilena ahora mucho más extensa y compleja que 80 años atrás.

No sólo los poderes del Estado se dividieron en un enfrentamiento entre el liberalismo autoritario del presidente contra la impronta parlamentarista del Congreso. Las fuerzas armadas también tomaron partido; la Marina, de una tradición más aristocrática y de formación británica tomó partido por el Congreso, el Ejército más presidencialista y representante de una burguesía nueva y de los sectores medios, tomó partido por el presidente. Los partidos políticos también se dividieron, incluso en su interior; en especial los diversos grupos liberales. Pese a esto,

---

952 Hemos hecho esta síntesis siguiendo el trabajo de YRARRÁZABAL, 1940, II, 203-313.

Balmaceda fue apoyado por su círculo más estrecho, un grupo burocrático y moderno, compuesto por jóvenes, en su mayoría integrantes del Partido Liberal Democrático que se fundara en torno a la "campaña de los pueblos" que llevó a Vicuña Mackenna como candidato presidencial en 1875. Otros como el Partido Democrático, la organización más joven y débil, se dividieron irremediablemente[953].

Entre los vencedores tenemos a conocidos nuestros. El liberal Isidoro Errázuriz, desde el principio un claro "congresista", al final del conflicto fue designado ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública del nuevo gobierno. Otros, positivistas o cercanos a esa doctrina, fueron el "patriarca" radical Manuel Antonio Matta y su hermano Guillermo; este último, embajador de Balmaceda en Buenos Aires, en el transcurso del conflicto se cambió de bando, por lo que el presidente lo reemplazó por Gabriel Vidal. Valentín Letelier fue un entusiasta anti balmacedista, publicó una serie de artículos en contra del presidente en *La libertad electoral* y tuvo una actitud crucial: cuando nadie quería llevar en sus hombros la responsabilidad, firmó como diputado el *Acta de deposición* de Balmaceda junto a ¡Abdón Cifuentes!. Después del triunfo de los insurrectos fue designado profesor de derecho administrativo en la Universidad; allí inauguró su cátedra con un discurso sobre la *Tiranía y la Revolución*[954]. Barros Arana, quien no tomó parte activa en el conflicto, fue perseguido por la "dictadura" y, obligado a refugiarse ¡en el Convento de los Dominicos de Apoquindo!; allí sorprendió a los estudiantes al contarles detalles sobre el santo correspondiente al día, que de niño había memorizado de *El Año Cristiano*. En general toda la intelectualidad que rondaba en torno al positivismo heterodoxo o lo era claramente, estuvo en contra de Balmaceda. Lo contrario aconteció con los positivistas ortodoxos; de todos modos y pese a que su decidido apoyo a la "dictadura republicana" pudo haberles significado persecución y exilio no fueron tomados en cuenta, prueba de su real peso político en el

---

953 A partir de 1884 un grupo de militantes de la Juventud Radical, provenientes de la clase media intelectual, asumieron posturas liberales más avanzadas y democráticas y levantaron una plataforma de lucha con un serie de puntos que tenían muchas coincidencias con los agitados por organizaciones de obreros y artesanos. En 1887, junto a varias de estas organizaciones de Santiago dieron vida al Partido Democrático. Pese a provenir del radicalismo y del movimiento obrero y artesanal y de que su plataforma coincidía en algunos puntos con las tendencias positivistas, en el Programa del Partido Democrático no hay ninguna referencia a la filosofía de Comte o a sus seguidores chilenos. Véase: GREZ, 1997, págs. 655-703.

954 FIGUEROA. 1931, IV, pág. 40.

conflicto. Al año siguiente se encontraban nuevamente tratando de intervenir infructuosamente con su propaganda el curso de los acontecimientos políticos.

6.2.-EL ESARROLLO INTELECTUAL Y EDUCACIONAL: EL POSITIVISMO EN LA UNIVERSIDAD DEL ESTADO

Hemos visto que, desde mediados de la década de 1880, el positivismo había penetrado lentamente en la institucionalidad universitaria, con los trabajos de Letelier *Filosofía de la educación*, *De la ciencia política en Chile* y *¿Por qué se rehace la historia?*. Iniciada la última década del siglo XIX la filosofía de Comte, Littré y Mill hizo su llegada triunfal a la Universidad.

El 17 de septiembre de 1893 la institución fundada por Bello celebró medio siglo de existencia. En la ocasión pronunciaron discursos el historiador Diego Barros Arana, rector de la Universidad, Abraham König, profesor de derecho constitucional, positivo y comparado y Guillermo Matta, que leyó un poema titulado "Ciencia y progreso" [955]. Tanto por las

---

[955] Abraham König Velásquez. Nació en la austral provincia de Chiloé en 1846, hijo de una chilena y un marino francés. Estudió leyes y se recibió de abogado en 1869. Pronto se hizo militante radical, se distinguió como profesional, fundó el Instituto de Abogados y destacó como orador parlamentario junto a los líderes radicales M.A Matta y E. Mac-Iver. En 1870 accedió a la Cámara de Diputados y defendió las leyes laicas. Fue redactor de *El Deber* de Valparaíso, *El Heraldo*, *La Época*, *El Ferrocarril* y *La Ley* de Santiago. Escribió *Voltaire*, *La Araucana* de Ercilla, un *Código de Justicia Militar*, y otro de *Procedimientos judiciales para la Armada* y sus *Memorias* compiladas por Fanor Velazco en 1927. En 1887 fue nombrado Auditor de Guerra pero pronto se le destituyó; dos años después fue nombrado Ministro de Guerra, cargo que ejerció entre julio y octubre de 1889. En 1891 formó entre los opositores a Balmaceda y se trasladó a Buenos Aires a hacer propaganda a favor de los "revolucionarios" escribiendo en *La Nación* y *La Prensa*. En 1895 fue nombrado profesor de derecho constitucional de la Universidad y al año siguiente triunfó como diputado por Ovalle. Esta fue su última representación parlamentaria y en la vida pública; en 1919 actuó como informante de un proyecto de reorganización de la Conservaduría de Bienes Raíces que no se llevó a cabo. Se retiró a la vida privada donde murió el 1º de agosto de 1925. FIGUEROA, 1931, tomo III, págs. 600-601.

personalidades que actuaron en la ocasión, como por el contenido de sus intervenciones, este fue el momento en que el positivismo se consolidó en la Universidad de Chile. Ya sabemos las inclinaciones de Matta, un positivista formado en los círculos radicales copiapinos afines a esta filosofía y el hecho de que era amigo personal y suegro de Letelier. También hemos visto que Barros Arana, de una formación absolutamente clásica, acorde con el modelo educativo diseñado por Bello y su escuela, había variado sus inclinaciones educativas y certidumbres científicas, situación que demostró claramente cuando cambio su voto al interior del Consejo Universitario y dio paso a la supresión del latín de la enseñanza de las humanidades. Desde mediados de la década de 1880, y por su decidido apoyo al trabajo científico y filosófico de Letelier se había abierto, sin serlo a cabalidad, al positivismo[956]. König, en cambio, es un sujeto formado, si bien no totalmente, en las nuevas tendencias educativas que se abrían a la ciencia de fines de siglo XIX. Había estudiado leyes en la Universidad, era un gran conocedor de Littré, pero no sabemos que obras específicamente leyó, ni a que otros maestros del positivismo conoció, pues en sus memorias no es muy exacto al respecto[957]. Lo que si podemos suponer, por la justificación de las acciones de Chile en la Guerra del Pacífico, es que era un darwinista social y que de ello que se había imbuido en las lectura de Spencer.

Éste fue, además, el momento en que la generación de hombres formados íntegramente por la casa de estudios, los que más propiamente se podían llamar "hijos de la Universidad", habían consolidado su poder intelectual después de enfrentar difíciles luchas, tanto al interior de la institución, como en el Estado y el sistema político. Además, esto ocurría después de que la generación de sus fundadores y su primer cuerpo de profesores, había desaparecido íntegramente y que los ultramontanos habían abandonado la Universidad para fundar una institución confesional.

El discurso de Barros Arana parte recordando la fundación de la Universidad y el significado histórico de este acontecimiento. Cincuenta años después de haber asistido a su nacimiento, realizaba un recuento de los avances en la formación de la historia nacional, la difusión del conocimientos a través de los *Anales* y en la enseñanza, que implicó esa larga etapa

---

956 Probablemente de aquí surgió el injustificado mito del "Barros Arana historiador positivista", que tanto se ha difundido en la actual historiografía chilena pretendidamente revisionista (pues no se basa en una recensión real de la obra de este autor).

957 KÖNIG. 1927, pág. 80.

de su vida institucional. Finalizaba haciendo un balance de los avances de la ciencia y su significado en el presente:

La ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación, puede decirse así, radical y completa. Al paso de todas las ciencias de observación y de experimentación han ensanchado su campo y reforzado sus leyes fundamentales con numerosos descubrimientos y con horizontes nuevos, han nacido otras, o se han formulado nuevos principios generales, aplicables a todas[958].

¿Cuáles eran esas nuevas disciplinas que partían de nuevos principios generales? Barros Arana nos entrega un breve balance acerca de los avances de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX: psicología, fisiológica, filosofía positiva, bacteriología, química atómica, "ciencias o métodos científicos [que] han venido a comunicar un impulso vigoroso al espíritu humano". A ellas se unía una serie de teorías nuevas: análisis espectral, doctrina de la unidad de las fuerzas físicas, estas últimas –como podemos ver- teorías físicas o hereditarias de las "ciencias duras" que tenían, necesariamente, influencia en las teorías sociales:

[...] la teoría de la evolución que, deducida primero del estudio de los organismos naturales, ha pasado a explicar los fenómenos sociales y a producir una revolución en las ciencias políticas y jurídicas, en la inteligencia de los acontecimientos pasados y en la concepción verdadera de la historia de la humanidad[959].

Esta innovación y ampliación del campo de las disciplinas científicas había logrado sentar "verdades evidentes e indiscutibles"; pero en este acerto hay un matiz importante pues hacía suya una frase de Macaulay: "La ciencia, no descansa nunca, porque nunca llega a su destino definitivo. Un punto que ayer era invisible, es hoy un término momentáneo y mañana será un punto de partida"[960]. Aunque la intervención de Barros Arana se inscribe dentro del

---

958 "Discurso de don Diego Barros Arana", en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 21.

959 Ibid.

960 No es casual esta identificación de Barros Arana con este político inglés, en el contexto de articulación del positivismo con el liberalismo y en un ámbito en que se cruzaba lo político y lo científico. Thomas Batington Macaulay (1800-1859) fue un historiador, crítico y político inglés. Desde niño escribió influido por el romanticismo, especialmente por Walter Scott. A los 18 años ingresó al Trinity College, en

discurso general del positivismo, se distancia de los positivistas religiosos que sostenían que el "estado positivo" de desarrollo del entendimiento humano era un estado definitivo del cual no se podía avanzar más allá.

La labor de la ciencia en Chile, un "pueblo relativamente nuevo, más nuevo todavía en la labor científica", que había nacido, según la expresión de Andrés Bello, de un régimen que estaba "en guerra permanente contra la civilización", no era exigir que este pueblo tomara rápidamente participación en el conocimiento, pero sí se podía aprovechar para levantar el nivel intelectual y moral de Chile, para llegar cuanto antes a tomar un lugar destacado entre las naciones cultas. Esto tenía que ver directamente con la etapa que estaba viviendo el país y los desafíos de la humanidad:

La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todos orden, habituándonos al trabajo de observación y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón. Da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana,

---

Cambridge, donde se destacó como joven prodigio por su aguda comprensión de todas las ramas de la ciencia, salvo las matemáticas. En 1825 publicó en *Edimburg Review* un ensayo sobre Milton, que lo catapultó a la fama. Cuatro años después ingresó a la Cámara de los Comunes en representación de los Wigs, donde se destacó por su acción liberal y reformista. En 1843 reunió sus ensayos que ya habían sido editados en América sin su permiso. A partir de 1846 abandonó paulatinamente la política y se dedicó a la historia, en particular a su obra magna *Historia de Inglaterra* cuyos primeros cuatro volúmenes vieron la luz en 1848 y 1852. Fue rector de la Universidad de Glascow (1849) y profesor de historia de la Royal Academy (1850). Razón tenía Lastarria en la crítica que le hiciera en *La América* como un político que pese a su liberalismo era un monarquista, pues en 1857 el inglés fue nombrado Barón Macaulay of Rotheley. Murió sin poder terminar su máxima obra histórica. Un esbozo biográfico en: THOMSOM, 1972.

engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad[961].

Este es el credo científico de Barros Arana, un credo que no se contradecía con su ideario liberal inicial pero que ahora, cuando abría de para en par las puertas de la universidad para que el positivismo entrara, adquiría el sentido de ser el gran árbitro de la vida individual y colectiva, de las relaciones de las naciones y de su proyección a escala histórica y universal.

El discurso de König, por su parte, se adentró en las características fundacionales y los cambios que había experimentado la Universidad a lo largo de cinco décadas, para luego hablar del papel actual de la enseñanza estatal y gratuita como formadora de ciudadanos, como reguladora de las desigualdades sociales y de clase de los jóvenes talentosos, cualquiera fuera su "jerarquía social" de origen. Esto era muy claro en aquellos que habían sido grandes servidores de la República en la política, la administración, justicia y la educación. Sin esa protección amplia y universal –se preguntaba König - ¿serían muchos los escritores y hombres de ciencia que tendría el país?[962].

Este avance en la formación de una capa intelectual que posibilitara el progreso del país, se debía a que la Universidad había seguido el desarrollo general de las ciencias del "mundo civilizado", que hoy giraban hacia las ciencias de la observación y la experimentación, que daban a la enseñanza un rumbo "más práctico y positivo para hacerla más útil". Esta era una tendencia del "espíritu moderno":

En conformidad a ese sistema, las matemáticas, las ciencias físicas y naturales y la lógica, son los ramos esenciales que la juventud tiene que estudiar profundamente, los ramos que la Universidad debe enseñar con ardor, procurando extender su enseñanza en toda la República.

Estos estudios son la base de los conocimientos. Las ciencias se entrelazan de tal manera que aún las más elevadas, y al parecer las más independientes, tienen sus raíces en las

---

961 "Discurso de don Diego Barros Arana", en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 30.

962 "Discurso de don Abraham König", en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 32.

ciencias naturales. Así las leyes sociales no tienen explicación si se ignoran las leyes que producen los fenómenos naturales[963].

Para corroborar sus acertos citaba a Littré y su concepción del saber humano en virtud de la cual éste es el:

[...] estudio de las fuerzas pertenecientes a la materia y de las condiciones o leyes que rigen esas fuerzas. Nosotros no conocemos más que la materia y sus fuerzas o propiedades; no conocemos materias sin propiedades o fuerzas, ni fuerzas o propiedades sin materia. Cuando hemos descubierto un hecho general, en alguna de sus fuerzas o propiedades, decimos que estamos en posesión de una ley, y esta ley llega a convertirse en el acto en poder mental y en poder material; poder mental, porque se transforma en el espíritu en instrumento de lógica; poder material, porque se transforma en nuestras manos en medios de dirigir las fuerzas naturales[964].

De esta idea se derivaban las prioridades de la enseñanza: matemáticas y ciencias físicas y naturales que otorgaban el conocimiento de las leyes del universo; lógica, para dar una dirección correcta a esos conocimientos. Las humanidades no eran inútiles sino "secundarias"; del primer o único lugar que ocupaban en el antiguo esquema (el pensamiento ilustrado), ahora había que relegarlas al sitio que les correspondía. Así, la literatura era "complementaria de una educación esmerada" y las lenguas extrajeras vivas (no el latín) eran de indisputable utilidad en la vida práctica y en el cultivo de las ciencias; sólo la historia "ha merecido con justicia que la llamemos con el nombre que le dieron los antiguos, de maestra de la humanidad". Esta disciplina mediante la influencia y el contacto con la ciencia se había enriquecido:

El espíritu de científico de los tiempos modernos ha ensanchado el campo de la historia, haciendo más fructíferas sus enseñanzas, y le ha dado tal carácter de rigorosa exactitud, que hoy día es la base de todo punto de partida de las ciencias sociales y jurídicas. Su estudio debe formar parte de toda enseñanza racional y positiva[965].

---

963 Ibid.

964 Emil Littré citado por König. "Discurso de don Abraham König", en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 36.

965 "Discurso de don Abraham König", en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 36.

Sin duda König, lejos de la preocupación que ya se avizoraba en Letelier, de superar la historia para fundar la sociología, fijaba la centralidad de esta disciplina en el debate intelectual de los últimos 50 años; un debate que había surgido con el nacimiento mismo de la Universidad.

Los homenajes tributados por estos solemnes discursos tuvieron su sello de fuego con la intervención de Guillermo Matta que leyó el poema titulado Ciencia y Progreso, he aquí algunos de sus versos:

Héroe, apóstol, maestro

Es el progreso: enseña, lucha, vence

Y cada siglo escribe

Ley más humana en tablas de justicia

La ciencia, es el baluarte

De una nación! En la tierra de prodigios

Es hogar inviolable y piedra de ára.

Es paz, es culto, es honra.

Toda verdad su augusto seno ampara!

Galileo, tu mides

Mundos, planetas, soles! Densas sombras

Y nieblas astrológicas disipas;

Unes la tierra al cielo:

Y al morir por la ciencia, la emancipas!

Y pueda siempre Chile

Como hoy, celebrar antiguas glorias,

Con altiva soberbia erguir su frente:

Libre por esas glorias

Ilustre por los lauros de la mente![966]

Al término de la ceremonia el rector Barros Arana agradeció a los invitados, entre los que se encontraban Jorge Montt, el Presidente de la República, y los representantes de gobiernos e instituciones científicas extranjeras. Además recalcó el camino recorrido por la nación desde su nacimiento, cuando había "todavía muy escasa cultura intelectual", hasta ahora en que el continente comenzaba a "tener algún nombre en el concierto de las naciones civilizadas", de manera que europeos y norteamericanos podían ahora saber que estos países no estaban poblados de "indios salvajes" y que había en ellos instituciones científicas y educacionales como escuelas, colegios, universidades, bibliotecas museos y observatorios astronómicos y hombres consagrados al cultivo de las letras y de las ciencias. Finalizaba dirigiéndose a sus congéneres latinoamericanos llamándolos a marchar unidos para esforzarse "por todos los medios de ser dignos de figurar sin desdoro entre los pueblos cuya civilización nos sirve de maestro y de guía"[967].

6.2.1.- LA CIENCIA DEL DERECHO ADMINISTRATIVO

El esfuerzo teórico de Letelier por llevar a la política a su etapa positiva no se detuvo con su intento de delinear los principales aspectos de la ciencia política, pues se abocó a sistematizar científicamente el derecho. En 1894 su lección inaugural del curso en la Universidad se tituló *La ciencia del derecho administrativo*. La idea central de esta conferencia es que si bien las otras ramas del derecho habían sido desarrolladas científicamente, el derecho administrativo aún no llegaba a su etapa positiva, lo cual dejaba al arbitrio de los gobiernos la esfera de la administración pública. Esto pese a que ciencias como el derecho internacional provenían de la "doctrina metafísica" del derecho natural y otras categorías como el origen divino, el pacto social y la soberanía popular ayudaron a sistematizar el derecho político[968].

Para nuestro intelectual el derecho administrativo, tanto el que se cultivaba en Chile como en todos los países de lenguas romances, debía dejar de enseñarse como un conjunto de preceptos empíricos y ser sometido a la inducción científica. En su alocución Letelier llamó la

---

966 Matta en: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 38-42.

967 Barros Arana: UNIVERSIDAD DE CHILE, 1893, pág. 46.

968 LETELIER, 1894, pág. 2.

atención que ni siquiera Francia, la cuna de la sociología y de su creador, pese a tener intelectuales como Fustel de Coulanges, Galsson y Boutmy, que habían "desentrañado los orígenes de las instituciones nacionales", no habían avanzado a la elaboración de la ciencia que explicara esta evolución y se dedicaban a exponer obras empíricas sobre la legislación francesa: "¿Acaso la ciencia verdadera –preguntaba- no es una en todos los tiempos e igual en todos los regímenes?". Esto era más problemático para los países americanos que se dedicaba a seguir los dictados culturales y científicos que emanaban de ese país[969].

Nuevamente la experiencia de Letelier adquirida en su breve estada en Alemania, influyó de alguna manera en la valoración del papel que en este país ocupaba la ciencia administrativa. Al respecto, nombraba algunos intelectuales que habían dado los primeros pasos como Mohl, Stein (de Viena), Bluntschli, Meyer, y Holzendorff, donde la enseñanza de la nueva disciplina llevaba ya casi cuarenta años. Para Letelier estaba claro que este desarrollo disciplinario se debía a los desafíos que implicaba el proceso de unificación alemana que se había acelerado con victoria de Prusia sobre Francia, en la guerra de 1870. A partir de entonces la ciencia germana se había expandido rápidamente por el resto del mundo latino a jurisconsultos como Santa María de Paredes en España, a Gianquinto, Meucci y Mantellini en Italia o en Posada y Pena en Uruguay, que planteaban desafíos para una Facultad de Ciencias Políticas en Chile. Pero al revés de la justificada animadversión que los galos tenían hacia los germanos, lo que se debía hacer en Chile es obviarla y avanzar en el desarrollo de la ciencia combinando la sociología de cuna francesa con los aportes en administración provenientes de Alemania[970].

En este último aspecto Letelier cita los dos volúmenes del italiano Domenico di Bernardo de su *Pubblica amministrazione e la sociologia*, (1888-1893), además de sus obras científicas como *El darwinismo* y otras de jurisprudencia como *El divorcio* y *La administración local de Inglaterra*, recibidas con displicencia en el resto del orbe latino europeo, al revés de otros como Lombrosso, Siciliani, Mantegazza y Fiore. Letelier explicaba esto refiriéndose a una actitud intelectual que está en el centro de nuestra metodología para entender la difusión y recepción de las ideas en América Latina y Chile:

Pronto advertimos, sin embargo, que en los pueblos de mayor cultura, las doctrinas nuevas sólo se abren paso después de vencer obstáculos que no encuentran en América. En los

969 LETELIER, 1894, pág. 5.

970 LETELIER, 1894, pág. 8.

pueblos americanos, con menos cultura, con mayor ansia de progreso, sin escuelas ni sectas, el intelecto se distingue por una más amplia capacidad receptiva[971].

La actitud intelectual de Letelier, que mantenía en todos sus trabajos, era de una aceptación crítica a una adhesión general, puesto que sólo los "sistemas teológicos" reclamaban una aceptación absoluta y acrítica donde el rechazo a uno de sus postulados implicaba rechazar la doctrina completa. Lo mismo ocurría a los detractores del positivismo como Di Bernardo:

Cuando le achaca, por ejemplo, una supuesta tendencia materialista, Di Bernardo olvida que es cabalmente esta filosofía la que ha patentizado el absurdo del materialismo. Según la observación de Littré, el materialismo consiste esencialmente en explicar fenómenos de un orden superior por las leyes peculiares de un orden inferior, y por otra parte se sabe que la filosofía positiva ha clasificado todos los fenómenos observables en seis órdenes diferentes, ha establecido que cada orden se rige por leyes especiales y ha concluido, en consecuencia, que las leyes físicas o mecánicas no pueden explicar los fenómenos morales o sociales[972].

En su opinión, la escuela italiana confundía esta precisión comteana y criticaba a esos positivistas que trataban de aplicar las leyes que regían para el orden fisiológico a los fenómenos de orden social. Más que un problema teórico o epistemológico, era un problema de anfibología, se criticaba como positivistas a quienes se habían desviado de los preceptos fundamentales de esa filosofía. Con ello se alejaba explícitamente de Spencer que había gastado "erudición y talento" en convertir a la sociología en una rama de la biología. De ello se derivaban situaciones más concretas: si bien el administrador no debía desconocer los preceptos de la economía política, no podía aplicar sus principios al funcionamiento de la administración pública, pues esto incidía directa y negativamente en los gobernantes y los gobiernos. Con ello Letelier atacaba dos puntos nodales: el primero en la constitución de las distintas disciplinas, como áreas diferenciadas y especializadas del conocimiento, y el segundo respecto del funcionamiento del Estado chileno. Y precisaba así los aspectos centrales de la nueva ciencia:

Mas, para el filósofo y para el gobernante, el Estado entero es un organismo uno e indivisible, que se rige por una sola ciencia, la ciencia de gobierno, y que no funciona con regularidad sino cuando atiende conjuntamente a los respectos económicos, jurídicos, políticos, morales, estos es, sociales, de la reforma que debe realizar, de la medida que desea implantar, de la empresa que desea acometer. Si atiene sólo al aspecto económico, puede ser que atente contra

971 LETELIER, 1894, pág. 8 Y 9.

972 LETELIER, 1894, pág. 10.

la cultura nacional, y no podría atender sólo al respecto moral sin poner en peligro el desarrolla de las facultades industriales. El estadista debe abarcar con su mirada el horizonte entero a fin de prevenir todos los peligros y de proveer todas las necesidades[973].

No conocemos un estudio específico del ejemplo histórico de Prusia, la cual había visitado en su momento de auge, que pudo haber tenido en la concepción del Estado de Letelier, pero es razonable pensar que estaba muy presente en la explicación precedente. Esta concepción organicista y totalizadora del Estado tenía una relación directa con la concepción oficial que manejaba el Partido Radical, de la cual era militante e ideólogo, y que se popularizó en la historia política y educacional chilena como el "Estado docente", cuyas raíces ya hemos discutido y que Letelier renueva y enriquece.

Letelier continuaba planteando que tanto la organización administrativa, como su funcionamiento, explicaban histórica y evolutivamente una sociedad. La ciencia de la administración debía articular sus preceptos generales con aquellas tendencias o procesos propios de la sociedad en la que implantaba: "...en los pueblos nuevos que viven sedientos de progreso –sostenía Di Bernardo citado por Letelier- es muy frecuente que el idealismo de los gobernantes decrete la erección de instituciones exóticas y, en tales casos, sólo viéndolas funcionar se puede saber si rinde o no buenos frutos". Además iba en contra del desarrollo social que era "espontáneo". Con esta reflexión Letelier atacaba aspectos centrales del desarrollo político e institucional chileno (y latinoamericano); primero, el proceso que ya hemos visto caracterizó a todos los constitucionalistas de principios de siglo, tanto liberales como conservadores, que promulgaban leyes y en especial constituciones políticas, pretendiendo con ello reformar automáticamente la sociedad sobre la cual se las aplicaba. Además negaba la creencia ilustrada del dirigismo de la razón sobre los procesos sociales. Pero no se detenían ahí las precisiones ideológicas.

¿Por qué la concepción del funcionamiento social de Letelier es evolucionista y no revolucionaria? Ello tenía explicación en el desarrollo histórico de los procesos intelectuales o culturales desde que en el siglo XVI se rompieran las relaciones entre la Iglesia y el Estado y que se iniciara la renuncia a los fundamentos teológicos del poder público, "el desarrollo del espíritu –sentenciaba Letelier- no se opera a saltos, sino por la vía de la evolución paulatina", por ello los filósofos del siglo XVIII recurrieron a una hipótesis que no necesitaron explicar experimentalmente y crearon la teoría del derecho natural:

---

973 LETELIER, 1894, pág. 11.

En la historia del espíritu humano, es esta una de las hipótesis jurídicas que mayores servicios han prestado y que han caído en el más rápido descrédito. Formulada en la Edad Moderna, ha derribado la supremacía política de la teocracia, pero no puede resistir a la invasión de la ciencia contemporánea[974].

Con esto último, a los liberales rojos o revolucionarios (presentes incluso en su propio partido) que fundamentaban sus posiciones políticas en la metafísica, y a los marxistas (que avanzaban lenta pero paulatinamente en Chile), que se basaban en explicaciones revolucionarias y no evolutivas; ambos, liberales y marxistas sostenían como teóricamente que las sociedades en su desarrollo históricos experimentaran "saltos" o aceleraciones bruscas que les permitían avanzar hacia el progreso rápidamente y que eran los momentos revolucionarios. Para Letelier esto no debía tener un fundamento ideológico (lo que hubiera contradicho su propia argumentación), sino teórico o "científico". Así su concepción del Estado era "progresiva", es decir,

El Estado se desarrolla conjuntamente con la sociedad como órgano superior del derecho; y el derecho no es una fuerza ajena dirigida a la conservación del orden; es una simple manera de ser de la misma sociedad. Si por cualquiera causa cambian las condiciones sociales, no hay poder humano que pueda impedir que respectivamente cambien las relaciones jurídicas y las formas del Estado[975].

De este modo –y en esta interpretación se alejaba de Di Bernardo y también de Spencer- no sólo el Estado sino el propio derecho, como todas las instituciones humanas, eran producto de una evolución histórica inevitable. Esta afirmación negaba, por ejemplo, la existencia de derechos naturales e inalienables en el ser humano, es decir, el principal legado de la revolución francesa. En definitiva, para Letelier la doctrina científica venía a desplazar cualquier intento anterior de fundar el desarrollo del derecho en principios absolutos e inmanentes, y remataba: "sólo es política científica aquella que atiende (sic) a satisfacer las necesidades sociales de los pueblos, ni hay más ideal positivo que aquel que secunda las tendencias espontáneas del desarrollo social"[976].

---

974 LETELIER, 1894, pág. 15.

975 Ibid.

976 LETELIER, 1894, pág. 18.

Si bien este texto de Letelier es breve y general, no por ello es menos importante; esto porque fue leído frente a un público joven, los estudiantes de la Universidad, que por primera vez accedían a nociones positivistas aplicadas a las disciplinas que llegaban a estudiar a la institución estatal.

6.3.- DEBATES DE FIN DE SIGLO: CONSERVADORES, CATÓLICOS, LIBERALES, POSITIVISTA Y SOCIALISTAS

A medida que finalizaba el siglo el positivismo se consolidó en ciertos círculos intelectuales de la sociedad chilena, especialmente en aquellos que recurrían al pensamiento científico para fundamentar sus análisis acerca de realidad social, especialmente en determinados grupos políticos que asumían el eclécticamente el positivismo y lo hibridaban con otras ideas científicas o ideológicas. Mientras que en el plano religioso la Iglesia Católica trataba de mantener su hegemonía cultural, la Iglesia Positivista trataba de enfrentar intelectualmente a los católicos para convencerlos de unirse a la religión universal. En el plano de la política surgieron los primeros grupos socialistas que, igualmente buscaron fundamentar científicamente sus planteamientos e hibridaron los aportes de la socialdemocracia y el socialismo marxista, que les eran propios, con una lectura ecléctica del positivismo y en general del pensamiento científico.

Hemos visto que Letelier distaba de profesar un positivismo *avant la lettre*, aún como positivista heterodoxo. Su concepción de la ciencia y de la sociedad se formó sobre un substrato liberal aunque contrario al individualismo; por ejemplo, fue muy crítico de Spencer y su obra *El individuo contra el Estado*, sosteniendo que "científicamente es tan indispensable la libertad para el desarrollo de las facultades humanas, como lo es la libertad para satisfacer las necesidades sociales"[977].

6.3.1.- SOCIALISMO Y POSITIVISMO

Las corrientes socialistas como la de la Segunda Internacional y el anarquismo se organizaron en Chile sólo s fines del siglo XIX. Algunos de estos primeros socialistas coincidieron con ciertos planteamientos centrales del positivismo pero fundamentalmente con la noción de la importancia de la ciencia para la organización de la sociedad. Al principio las ideas

977 LETELIER. 1895, pág. 4.

socialistas fueron patrimonio de individuos aislados y sólo después de un largo proceso comenzaron a expresarse en la articulación de grupos intelectuales, obreros o políticos.

No tenemos mayores antecedentes de una articulación entre positivistas y socialistas de fines del siglo XIX, pero sabemos que algunos marxistas habían leído obras de John Stuart Mill. Los positivistas, en cambio, por su anti jacobinismo, fueron refractarios a las ideas socialistas. Por ejemplo, el militante radical Abraham König definía así el socialismo en unas "notas sociológicas, filosóficas y políticas que no he perdido de vista en mi vida parlamentaria", en sus memorias publicadas en 1927, aunque escritas con anterioridad: "Socialismo, es la noción de advenimiento de una sociedad sin concurrencia, gracias a una organización de la producción sin empresa capitalista y a un sistema de distribución en el cual la duración del trabajo sería la única medida del valor"[978].

Sólo en 1897 surgieron simultáneamente, en Santiago y la austral Punta Arenas, organizaciones de trabajadores que mezclaban eclécticamente ideas del socialismo ácrata con otras de la segunda Internacional[979]. En la capital durante el invierno de ese año, algunos ex militantes demócratas como Alejandro Escobar Carvallo, Hipólito Olivares y su hijo Gregorio, más artesanos como Luis Olea Castillo, comenzaron a reunirse hasta que llegaron a convocar unos 250 militantes. En los meses siguientes tomaron contacto con socialistas argentinos como José Ingenieros y Leopoldo Lugones que editaban la revista *La Montaña* y cultivaban un socialismo mezclado con ideas positivistas. Siguiendo el ejemplo, los chilenos fundaron el periódico *El Proletario*; en las páginas del tabloide, en la que aparecían juntas ideas del mismo Ingenieros, y de los italianos Aquiles Loira, Enrique Ferri, Arturo Labriola y Felipe Turratty, Escobar Carvallo definió al socialismo como una "ciencia social positiva" y manifestaba así su proyecto de revolución:

La conquista del poder no se hará por la guerra de cada explotado contra su explotador (atentado), ni por la de todos los explotados contra todos los explotadores (rebelión), sino por la científica aplicación combinada de las leyes naturales de Carlos Darwin, con las leyes

978 KÖNIG, 1927, pág. 50.

979 MORAGA, 1998, págs. 151-164.

económicas de Carlos Marx, o sea, la proximidad de la última fase de la evolución natural, la revolución económica, político-social[980].

La organización no continuó más allá pues el gobierno infiltró agentes de la policía política en la organización y reprimió fuertemente a los asistentes a la reunión fundacional de la Unión Socialista, que terminó disolviéndose en el transcurso de 1898.

El socialismo y, más exactamente, las ideas de Marx tuvieron un "precursor" en el más conocido Víctor José Arellano Machuca, periodista y militante del balmacedista Partido Liberal Democrático. No sabemos cómo exactamente este personaje llegó a adscribir al socialismo, pero asumió esa ideología de manera informada haciendo gala de ideas anticlericales y una clara mentalidad científica[981].

El capital y el trabajo es la segunda obra socialista de Arellano y nos permite ver en qué lecturas basaba sus planteamientos. El texto, que apareció publicado como folleto, es un ensayo formalmente dividido en dos partes; en la primera expone la teoría económica clásica fundamentada en la sociedad libre y el derecho de propiedad basado en Malthus, Sismon de Sismondi y especialmente Adam Smith; de éste último cita *La riqueza de las naciones* así como el *Tratado* de Juan Baustista Say, el *Curso de economía política* de Droz, la obra homónima de Rossi, los *Principios* de John Stuart Mill y el *Manual* de Enrique Braudillart. Este apartado finaliza exponiendo la teoría del Estado moderno capitalista del socialismo utópico y el socialismo científico.

---

980 ESCOBAR CAVALLO. "Nuestra respuesta", *El Proletario* N° 2, Santiago, 10-X-1897.

981 Víctor José Arellano Nacido en la tradicionalista ciudad de Talca, vivió sin embargo, en el puerto de Valparaíso casi toda su vida; ahí se inició en el "diarismo" colaborando para *La Democracia* y *La voz del pueblo*, del puerto y *Los tiempos* de Talca. Militó siempre en las fracciones más radicales del liberalismo. Cuando estalló la Guerra Civil de 1891 se integró al ejército balmacedista como subteniente del Tercero de Línea. Derrotado, volvió al periodismo con más fuerza, escribiendo dos folletos donde relataba las atrocidades cometidas por los vencedores, *El tribunal de Sangre*, en el que denunciaba el ajusticiamiento del profesor Rodolfo León Lavín y *Concón y Placilla*, una crónica de la batalla final. Véase. FIGUEROA, 1932, vol. I, pág. 202.

En la segunda parte fundamenta el antagonismo entre capital y trabajo, algo de lo que, como hemos visto, los positivistas abominaban, definiendo estos conceptos y exponiendo la idea que Braudillart tenía de la economía política como:

La ciencia que tiene por objeto el estudio de la manera como se produce la riqueza, se cambia, se distribuye y se consume. Pues como nada de esto se verifica sin trabajo y sin cambio, y como por otra parte estas operaciones y estos cambios no se realizan al acaso, de aquí se sigue que las leyes que presiden el trabajo y el cambio, forman el verdadero campo de la ciencia económica[982].

Arellano también citaba textualmente *El capital* para ejemplificar la validez de sus leyes en la sociedad chilena aplicando, por ejemplo, el concepto de salario.

Hemos expuesto las ideas de Arellano por dos razones. Una primera, para demostrar como una idea similar acerca de la ciencia estaba en la base de dos corrientes filosóficas e intelectuales que aparentemente son opuestos, o al menos distintas, como el positivismo y el socialismo. A fines del siglo XIX estas dos tradiciones intelectuales que tenían coincidencias no sólo compartían una misma idea "positiva" de la ciencia como ordenadora de los conflictos sociales, sino también el mismo ideal social, la misma utopía: el progreso como dinámica social y más aún, como filosofía de la historia. Esto es importante no sólo porque el mismo elemento estaba en la base del pensamiento de Comte y Marx, compartiendo el mismo pensamiento cientificista, sino porque en América Latina encontró eco e inspiró la creación de sus intelectuales. La segunda razón es porque, en el contexto del "reinado" del positivismo en la región, que como vemos incluso influía también a socialistas y "marxistas" de la época. Todo esto nos lleva a concluir que intelectuales o militantes como Arellano y Escobar Carvallo manifestaban una actitud heterodoxa hacia las corrientes intelectuales que se basaban en la ciencia como la noción que regulaba sus certidumbres.

Sin embargo, en los procedimientos o métodos, positivistas y marxistas o socialistas difirieron. Mientras los primeros planteaban que la dinámica de la historia estaba sometida a cambios graduales y evolutivos, los segundos apostaban a los saltos en la historia. De ahí que unos hablaran de cambios evolutivos y por lo tanto no revolucionarios, mientras los otros apostaran por la revolución. Si los primeros apostaban a la reconciliación entre el capital y el trabajo y a la colaboración entre clases, los segundos planteaban el antagonismo fundamental de ambos y la lucha de clases.

---

982 ARELLANO, 1896.

6.3.2.- EL DEBATE SOBRE LA IRRELIGIOSIDAD Y LA CUESTIÓN OBRERA: CATÓLICOS, POSITIVISTAS Y SOCIALISTAS

El 23 de abril de 1893, día del Patrocinio de San José, el obispo Mariano Casanova publicó una *Pastoral sobre las doctrinas irreligiosas y antisociales*. En su parte sustancial la misiva sostenía que las "doctrinas irreligiosas", que se propagaban en Chile en nombre de una libertad "que no puede ser ilimitada", amenazaban los fundamentos que constituían el "edificio social"[983]. Esto había derivado en un avance de la "impiedad" en la sociedad chilena y una serie de ataques contra la iglesia, los eclesiásticos y todo lo que significara religión católica. Estamos frente al típico discurso de la iglesia ultramontana de la segunda mitad del siglo XIX que medía su aceptación o rechazo en la sociedad, por el avance de lo que llamaban la "impiedad" y que no hacían más que comprobar algo que para ellos ya estaba claro: la propaganda que ejercían distintos sectores a favor de la descatolización. Entre los enemigos, que provenían de distintos flancos, se distinguía la "plaga socialista" que ocupaba el lugar dejado por la Iglesia[984].

---

983 Mariano Casanova Casanova había nacido en Santiago el 25 de julio de 1833. Estudió en el Instituto y el Seminario Conciliar. En este último comenzó como inspector y después fue profesor de derecho y ciencias eclesiásticas y en el Instituto de Filosofía y Ciencias de la Fe. En 1859 fue elegido miembro de la Facultad de Teología de la Universidad, su discurso de incorporación versó sobre la instrucción religiosa. Diez años después publicó dos trabajos: *Filosofía de la historia* y una biografía de *D. Manuel Frutos Rodríguez*. Se graduó de abogado en 1865 y viajo a Europa por tres años. De regreso a Chile fue nombrado gobernador eclesiástico de Valparaíso y en 1872 fundó el Seminario y varias instituciones de educación popular. Publicó obras religiosas como *Historia del templo de la Compañía* y *Nuestra señora de Lourdes*. Preconizado arzobispo de Santiago en 1886, cuatro años más tarde intentó mediar entre el Ejecutivo y el Congreso en la víspera de la Guerra Civil, cuando estalló el conflicto mantuvo a la Iglesia como neutral. En 1894 visitó el Vaticano y conoció personalmente a León XIII. Organizó un Sínodo diocesano en Chile (1895) y un Concilio plenario americano en Roma (1899). Fundó la Universidad Católica en 1888 y el Instituto de Humanidades Luis Campino. Murió en Santiago en 1906. FIGUEROA, 1928, II, págs. 377 y 378.

984 CASANOVA, 1893, págs. 4 y 5.

La *Pastoral* estaba inspirada en la *Encíclica Rerum Novarun sobre la cuestión obrera* que el Papa León XIII promulgó el 15 de mayo de 1891. En ella, aparte de hacer una condena al socialismo y al extremo enriquecimiento que había producido el capitalismo, consagraba, sin embargo, la propiedad privada y la libre competencia y la desigualdad humana como principios de origen divino[985].

En la *Pastoral* de Casanova la religión cumplía un papel supletorio de la autoridad, necesaria para la "subsistencia de la sociedad"; pero para cumplir esta función social tenía que ser respetada y obedecida. Como la autoridad era imperfecta, puesto que muchas veces era impuesta por la fuerza o rechazada por sus mismos métodos:

Es la religión la mayor garantía del respeto y la obediencia debidos a los depositarios del poder público. Dando a la autoridad un origen divino, la reviste a los ojos de los pueblos de un carácter augusto y sagrado, que le procura mayor ascendiente sobre los súbditos. Este altísimo origen ennoblece la obediencia, porque no es simplemente al hombre que se rinde sino al hombre en cuanto es representante de Dios e instrumento visible de su justicia y de su bondad. La obediencia a la autoridad [...], convertida en virtud cristiana, es la sumisión voluntaria y grata del hombre que reconoce a Dios como razón primera de todos los derechos y de todos los deberes[986].

Estas palabras nos recuerdan necesariamente el horror que Fray Melchor Martínez sentía ante la *Aurora de Chile* y la propagación del pensamiento ilustrado en 1813. Estamos frente a una ideología que reniega del meollo del pensamiento ilustrado, que niega el origen natural de los derechos del hombre y el contractualismo como base de la autoridad política y reafirma insistentemente el origen divino del poder. Es un discurso claramente antimoderrno.

Para Casanova la Iglesia tenía un papel que no se agotaba en específica la función social, ya que debía cumplir también una función histórica: donde reinaba el cristianismo surgía la civilización, mientras que cuando éste se retiraba, los pueblos volvían a la barbarie. Ella era la única institución de carácter universal que agrupaba a millones de hombres y les daba cultura y educación; además proveía la caridad que daba consuelo al necesitado y equilibraba las

985 LEÓN XIII, 1953, págs. 5-8 y 13.

986 CASANOVA, 1893, pág. 7.

relaciones entre los hombres. Todo, obra de su principal preocupación: la defensa del sacerdocio, ya que "sin religión no hay caridad y sin sacerdocio no hay religión"[987].

En seguida atacaba la propaganda del socialismo entre la clase obrera y señalaba que esta doctrina establecía "la igual repartición de los bienes de fortuna entre todos los ciudadanos y como consecuencia la abolición de la propiedad". Para Casanova la sociedad se basaba en la desigualdad de las condiciones sociales, lo que llevaba a establecer "relaciones necesarias entre los asociados, de modo que cada uno de los asociados necesite para la satisfacción de sus necesidades del concurso y servicio de los demás". De aquí se derivaba, "impuestas por la naturaleza", una necesaria jerarquización social entre el débil y el poderoso, entre el rico y el pobre, el industrial y el obrero. Dios, o la "naturaleza", que en el lenguaje católico es lo mismo, repartía desigualmente sus dones, de manera que de esta desigualdad resultaba una armonía social, que era "esa variedad en la unidad que es como el sello en las obras divinas", así defendía la naturaleza sagrada de la propiedad y su función como estímulo del trabajo y del: "progreso en todos los órdenes de la actividad humana"[988].

Por lo anterior la doctrina socialista era antisocial pues contradecía a Dios, autor de la sociedad, y ofrecía una explicación acerca del origen de la pobreza con estas palabras:

Dios, como dueño y soberano de todo lo que existe ha repartido la fortuna según su beneplácito y prohibe atentar contra ella en el séptimo de sus mandamientos. Pero no por eso ha dejado sin compensación la suerte de los pobres, si no les ha dado bienes de fortuna, les ha dado los medios de adquirir la subsistencia con un trabajo que, si abruma el cuerpo, regocija el alma. Si los pobres tienen menos fortuna, en cambio tienen menos necesidades: son felices en su misma pobreza[989].

A tan magnánimas "compensaciones temporales" se le unían "compensaciones eternas", nada menos que el reino de los cielos. La *Pastoral* debía ser leída en todos los púlpitos del Arzobispado el domingo siguiente a su publicación. Una vez publicada se generó un debate con los que se sintieron directamente aludidos por su contenido: el positivista religioso Juan Enrique Lagarrigue y el socialista Víctor José Arellano.

---

987 CASANOVA, 1893, págs. 10.

988 CASANOVA, 1893, pág. 14.

989 CASANOVA, 1893, págs. 41 y 15.

Aunque la *Pastoral* no atacaba a la Iglesia Positivista y, ni siquiera de pasada nombraba a la Religión de la Humanidad, Juan Enrique se sintió aludido e inició el debate coincidiendo con el obispo en el papel de la religión como "necesaria para vencer" la anarquía y producir el "bienestar social"[990]. El tono sustancial de la polémica era la postura de ambas iglesias, la católica y la positivista, frente a la modernidad. Para nuestro positivista religioso la crisis por la que atravesaba la cultura occidental, databa desde el siglo XIV y ahora se hallaba en su fase más aguda; ello coincidía con el declive del catolicismo a la cabeza de la civilización, de la misma forma que había muerto el politeísmo. Estas reflexiones derivaban directamente de los planteamientos de Comte; éste, más que ser un pensamiento antimoderno, alberga la sospecha de la eficacia de los avances de la ciencia y del desarrollo histórico en las sociedades contemporáneas, cuando se abandonaba la religión; algo que, hemos visto, era todo lo contrario para los positivistas científicos que valoraban el progreso como la condición última de la modernidad.

En seguida corregía a Casanova sosteniendo que Comte ya había demostrado que el verdadero fundador del cristianismo era el apóstol San Pablo y no Jesús, y apostaba que éste dejaría el catolicismo de la misma manera que dejó el judaísmo, esto es, por una religión más perfecta y así colaboraría a la "armonía universal con la Religión de la Humanidad"; y recordaba el llamado del francés a los católicos:

Hace ya cuarenta años que Augusto Comte llamó, desde de París, a los directores del Catolicismo a que se unieran bajo la jefatura del positivismo con el objeto de vencer lo más pronto a la irreligión. La voz del maestro fue desoída, incrementándose por eso el movimiento impío y anárquico. En vano los fieles discípulos a Augusto Comte, obedeciendo sus altruistas consejos os hemos llamado a nuestro turno a que os volváis a la verdadera religión universal[991].

Y llamaba a reemplazar el "teologismo" por la enseñanza de las ciencias: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral, y a dejar sus intentos de conciliar la

---

990 En esta actitud Luis Lagarriague seguía en parte a Comte, aunque éste, durante su etapa más mística, se comparaba con Aristóteles y San Pablo, desarrolló iniciativas similares para propagar su culto: le escribió, por ejemplo, al Sultán Rachid-Pachá para que propagase el positivismo dentro del Islam e intentó negociar en 1857 con el Superior de la Compañía de Jesús la conversión de los religiosos católicos a la nueva doctrina. ESTÉVANEZ, en: COMTE, s/a, pág. 3.

991 LAGARRIGUE, 1893, pág. 8.

Biblia con la Ciencia. Aunque Lagarrigue, como todos los positivistas (religiosos y científicos), no despreciaba el papel histórico que había prestado el monoteísmo y en particular el catolicismo, lo consideraba ya agotado pese a que aquél había servido para elevar a los hombres de la Patria a la Humanidad, de la misma manera que el politeísmo los había elevado de la familia a la patria, y así en definitiva conducirlos hacia la "verdadera religión universal". La intervención de Juan Enrique era toda una reinterpretación de la religión en el lenguaje positivista:

El deber de vivir para la Humanidad y de morir si fuese preciso por ella, ha sido reconocido intrínsecamente por el catolicismo como el más alto ideal religioso. Según esta creencia, Dios hubo de hacerse hombre y perecer crucificado para redimir a nuestra especie. De esta manera Cristo aparece como personificación de la Humanidad, bajo forma teológica[992].

San Pablo había sintetizado la tradición religiosa judía y la tradición cívica romana para transformar las doctrinas de Cristo en el Catolicismo y trasladar la capital religiosa y cultural del mundo de Jerusalén a Roma. Durante la Edad media había ocurrido un importante cambio cuando la Virgen se sobrepuso a Cristo "debido al culto de los caballeros por la mujer" y el centro de la civilización se trasladó de Roma París. Lo último posibilitó que en el siglo XIX Augusto Comte fundara el positivismo que reemplazaría al catolicismo. Lo que le correspondía hacer a la religión católica era abrazar a la Humanidad y ayudar a esa transición al "régimen sociocrático", ahorrando luchas y facilitando la conversión del "sexo amante a la fe altruista"; convertida la mujer al positivismo, su papel en la educación de los hijos se volvería activo y se convertiría en la "providencia moral del mundo" y se terminaría con la irreligión[993].

En seguida criticaba a Casanova su postura ante el socialismo, que seguía la del Papa León XIII y la *Encíclica Rerum Novarum*, sosteniendo que lo único que se desprendía de ahí era que la cuestión social se había impuesto al catolicismo, de la misma manera que se había impuesto en el debate en todo el mundo, que no se sacaba nada con seguir negándola y sosteniendo que sólo existía la "cuestión política". También criticaba el patriotismo y el nacionalismo que habían surgido fruto de la Guerra del Pacífico, frente a la cual los positivistas religiosos habían pedido la no anexión de territorio peruano y boliviano; la Iglesia Católica, lejos de escucharlo se había mofado de su antipatriotismo e incluso había organizado un *Te Deum* en plena Catedral limeña. Criticaba a León XIII quien advertía un peligro irreligioso el

992 LAGARRIGUE, 1893, pág. 11.

993 LAGARRIGUE, 1893, pág. 13.

tratar de resolver la cuestión social fuera del catolicismo y llamaba a reinstalar las costumbres cristianas de la Edad Media: "Queriendo consolar a los pobres de su miseria –decía Lagarrigue-, llega hasta recordarles la compensación de que gozarán en el cielo", sosteniendo que eso perjudica a la religión en vez de beneficiarla. Para él, catolicismo estaba constituido por "concepciones teológicas mentalmente muertas y por tanto social y moralmente infecundas"[994]. La modernidad había surgido precisamente del catolicismo pero las costumbres cristianas habían desaparecido y tratar de revivirlas equivalía a perturbar la evolución religiosa hacia el positivismo:

El deber solemne e impostergable de la hora presente es concurrir al predominio de las opiniones positivistas, en pos de las cuales vienen las costumbres respectivas que harán virtuosa y feliz toda la tierra. Tal es también, en medio de la inmensa anarquía contemporánea, el camino seguro de salvación, no habiendo fuera de ahí más que abismos. Si el sacerdocio católico está poseído de veneración por los San Pablo, los San Agustín, los San Bernardo, y desea continuar hoy su obra religiosa, tiene que convertirse al Positivismo y fomentar su triunfo abiertamente[995].

Como a la religión no se le podía servir retrocediendo hacia el pasado en nombre de Dios, sino hacia el porvenir, en nombre de la Humanidad, la solución a la cuestión social debía ser, además de justa, racional. El positivismo que profesaba Luis Lagarrigue era profundamente conservador ya que concebía una sociedad dividida en funciones que cada uno cumplía, la mujer era la "providencia moral", el sacerdocio era la "intelectual", el patriciado la "material" y el obrero la "general"; sobre esta última descansaban todas las anteriores; ellas constituían el orden social que se aseguraba fomentando la función de cada uno y no permitiendo que cumplieran otra. Así, planteaban que la mujer no debía estudiar en la Universidad pues era contrario a "la emancipación normal del sexo amante" y se la debía eximir de la vida pública y abocarla a la vida privada, pues su función era servir de sostén moral a las otros componentes del orden social. El sacerdocio tenía por deber la "enseñanza universal de toda la especie" y por lo tanto estar libre de las tareas prácticas de patricios y proletarios y debía recibir un "subsidio moderado que se acerque más a la pobreza que a la riqueza". El patriciado debía dirigir la industria "en beneficio universal y permanente", eran los capitalistas que debían comprender que la riqueza "es social en su origen y debe serlo en su destinación", pues el derecho de propiedad individual es un principio metafísico; por ello los poseedores actuales de la riqueza debían donarla a los que pueden administrarla socialmente. El proletariado tenía como destino

994 LAGARRIGUE, 1893, pág. 20.

995 LAGARRIGUE, 1893, págs. 20 y 21.

en el organismo social su "trabajo continuo y abnegado... que provee directamente a la existencia universal de toda la tierra", por ello el salario debía ser equitativo para que los eximiera de la miseria y pudieran organizar su vida doméstica "con el más alto esplendor moral"; además se le debía proteger pese a que el perfeccionamiento de las máquinas disminuiría cada vez más la labor manual: "La solución del problema proletario depende, en verdad, del triunfo de la fe altruista que todo lo arregla en el organismo social para servir cada vez más a la Humanidad y glorificarla siempre".

El positivismo hacía que se identificaran por completo la armonía social y la armonía individual, fomentando el "más sublime de los sentimientos, el amor a la Humanidad". Juan Enrique finalizaba su contra-pastoral llamando a todos a unirse a la "verdadera Religión Universal que hará prevalecer la santidad en la tierra por todos los siglos"[996].

La intervención del arzobispo recibió además otra respuesta. Puesto que el socialismo era la ideología realmente atacada, tanto en la *Pastoral* como en la *Encíclica*, el socialista Víctor José Arellano publicó en 1893 un folleto titulado *Catolicismo y socialismo, replica a la pastoral del arzobispo de Santiago Mariano Casanova*. El texto polémico comenzaba rebatiendo el dogma católico respecto a la creación que, basado en Moisés, fechaba la edad de la tierra en seis mil años; sustentado en la geología y la historia de civilizaciones como la china, rebatía los postulados cristianos:

¡Vuestro Dios autor de la creación! ¿Queréis decirnos qué hacía esa deidad antes de dichos seis mil años? ¿Yacía en el caos? ¡La luz la creó según vuestra liturgia! ¡Y decís que formó al hombre a su imagen y semejanza! ¡Los fósiles que de las entrañas del globo terráqueo son extraídos y que demuestran muchos miles de años de antigüedad a vuestra creación, manifiestan que debe ser bastante hermoso vuestro Dios!…[997].

Los planteamientos de Arellano eran hereditarios del debate que Letelier introdujera en *El hombre antes de la historia*, mientras que, curiosamente el obispo en la *Pastoral* no se hizo parte de los planteamientos de Domeyko que trataban de compatibilizar ciencia y religión. Al igual que Letelier, Arellano rebatía las tesis bíblicas respecto del origen de la humanidad desde las nociones de ciencia y el progreso: "Es el progreso quien se ha manifestado a través del tiempo, en los sentidos y en el cerebro de la serie animal; el progreso que sigue transformando nuestra especie en el orden material e intelectual". Además, refutaba la existencia del infierno y

---

996 LAGARRIGUE, 1893, págs. 28 y 29.

997 ARELLANO. 1893. Cfr. CASANOVA, 1893.

enrostraba a la Iglesia el haberse opuesto y condenado la independencia americana, criticaba la tesis de la infalibilidad papal y rescataba a Cristo como el "primer apóstol socialista". El socialismo al que adscribía nuestro periodista estaba fundado en algunos pensadores franceses como Bazant y Enfantin de quienes citaba un opúsculo dirigido a la Cámara de Diputados de Francia aclarando sus posturas acerca de la propiedad:

Piden que todos los instrumentos de trabajo, las tierras y capitales que forman en el día del fondo desmenuzado de las propiedades particulares, sean explotados por asociación y con jerarquía, de modo que la tarea de cada uno sea la expresión de su capacidad, y su riqueza la medida de sus obras[998].

Basado en estos, atacaba la existencia del sacerdocio católico y manifestaba ideas similares a la religión de la humanidad y a las religiones científicas que hemos visto antes. Hablaba de "sacerdotes y sacerdotisas socialistas", casados y proveedores de consejos, amistad y consuelo y de un "Creador universal" bajo el cual se regirían por la consigna "Amar a Dios en nosotros y en los otros"; los seguidores de este culto se guiarían "Por la aplicación cada vez más completa de la libertad, de la fraternidad y sobre todo de la igualdad, palabras que corresponden a la fórmula del hombre que es a la vez sensación, sentimiento y conocimiento". Esta religión unida a una noción de la ciencia, era el fundamento de una nueva utopía de sociedad: "La inteligencia responde que porque todos los hombres son iguales. Así la igualdad corresponde al conocimiento y, bajo el punto de vista científico, es la razón de ser de las dos partes del símbolo republicano, el fundamento lógico de la libertad y fraternidad". Con la aplicación de estos preceptos se destruirían las rivalidades, la codicia, la violencia social y los delitos, y los jueces y abogados serían inútiles.

Las referencias a la religión que citaba Arellano en su respuesta eran, aparte de la *Biblia* y las encíclicas contra la emancipación americana de Pío VII y León XII, *La república* y *Las leyes* de Platón, los historiadores judíos Flavio Josefo y Filón y el romano Plinio, los artistas renacentistas, los filósofos ilustrados, en especial Voltaire y Locke, a quienes cita textualmente; otros eran Camille Flamarión, Cabet y Bazard.

Así, en los planteamientos de Arellano, el socialismo era una tendencia histórica de la humanidad (cita como socialistas a muchos intelectuales perseguidos y muertos por la inquisición) unido al desarrollo de la ciencia (la difusión de las luces) y una religión no católica. La acción de este intelectual socialista no tuvo mayor desarrollo en esta época. Sólo en los

998 ARELLANO. 1893.

primeros años del siguiente siglo el socialismo anarquista y marxista tendría mayor influencia en la sociedad chilena. Pese a que Arellano compartía un marcado interés por la ciencia, nunca se relacionó fuertemente con los positivistas de ambas tendencias.

La "religión" que propugnaba Arellano era hereditaria de esa corriente de religiones científicas propias del siglo XIX y que en Chile vio interrumpido su desarrollo con la persecución y el exilio de Bilbao y Arcos, después del motín de abril de 1851. Esta religión socialista, que tampoco alcanzó a desarrollarse en esta etapa, era paralela a la "religión de la humanidad", pero su ideólogo no siguió elaborando sus postulados. Así, el socialismo heterodoxo de Arellano era producto de una lectura ecléctica de distintas corrientes de izquierda: utópicas, socialdemócratas y científicas, de tradiciones filosóficas clásicas e ilustradas y de la *Biblia*.

6.3.3.- EL DEBATE SOBRE LA COMUNA AUTÓNOMA

A parte del debate filosófico sobre los problemas de la sociedad chilena, el positivismo abordó cuestiones de funcionamiento del sistema político. Ya hemos visto que una parte importante había sido desarrollada por Letelier desde su tesis de grado acerca de la importancia del regionalismo en los equilibrios del sistema político que luego continuó con la formulación positiva del derecho administrativo. Ahora los debates políticos se centraron en una reforma específica del sistema político: la generación del poder representativo a nivel comunal o local.

Así, finalizada la Guerra Civil, sin oposición del centralismo presidencial, el Congreso aprobó la Ley de Comuna autónoma, el 22 de diciembre de 1891. Su principal promotor fue el senador por Talca, Manuel José Irarrázaval[999]. Esta ley consagraba la autonomía de las comunas

---

[999] Manuel José Irarrázabal Larraín era rancio origen aristocrático, heredero del Marquesado de la Pica (el titulo nobiliario más importante e influyente en Chile) y cabeza del mayorazgo de la familia. Nació en Santiago en 1835; estudió en los Padres Franceses y en el Instituto Nacional; luego se fue a Estados Unidos y Europa donde hizo sus estudios de Leyes en Georgetown, Lovaina y Altana. Regresó a Chile en 1861 y se incorporó a la carrera política como regidor y luego Diputado por Santiago, se destacó como el más joven dirigente del Partido Conservador. Además fue el primer presidente del aristocrático Club de la Unión fundado en 1864. En 1873, apenas completó la edad requerida fue electo senador por Santiago. De gran capacidad oratoria y elocuencia en la Cámara y el Senado, fue uno de los grandes promotores de la Ley de Comuna autónoma, aprobada el 22 de diciembre de 1891; ésta fue una causa indirecta de la

en materias electorales, lo que buscaba impedir la intromisión del ejecutivo en las elecciones consagrada en la Constitución de 1833. Este senador había plateado en 1889 los principales lineamientos de la comuna autónoma pronunciando varios discursos ante la Cámara baja. Esta era básicamente una ley electoral que planteaba la independencia de los municipios –en palabras del propio Irarrázaval- para evitar los "abusos que de ordinario han falseado los actos electorales"[1000].

Este era un momento político especial ya que los ministros ahora habían sido nombrados de acuerdo al peso de los partidos políticos en el Parlamento y no por la única voluntad presidencial. El local de esta lógica política se encontraba en el ministerio de 1857, durante el gobierno de Manuel Montt, en que se había nombrado un ministerio de acuerdo con los partidos, para evitar el creciente inconformismo de éstos con el autoritarismo presidencial. En las palabras de nuestro aristócrata político, aparte de un intento de imponer al presidente un equipo de ministros de la confianza del Congreso y de la salvaguarda de sus equilibrios internos, nos enfrentamos a los fundamentos políticos del sistema parlamentarista chileno: la preponderancia de los partidos sobre la voluntad presidencial, basado en la "división y recíproca fiscalización de los poderes públicos", y la elección de los funcionarios que han de ejercer el poder público como base del sistema representativo. Pero sobretodo lo que primaba en este acuerdo político era la desconfianza ante el "presidencialismo", es decir, la posibilidad de que el mandatario se desvinculase de la voluntad del Congreso y actuase autónomamente. El otro sostén de este sistema político oligárquico que era el parlamentarismo chileno, era que los electores se elegían a través de las juntas de mayores contribuyentes, es decir, aquellos ciudadanos que pagaban mayores impuestos, siguiendo la lógica del liberalismo conservador que sólo aquellos que podían perder algo eran los que verdaderamente se interesaban en los destinos de la nación, por lo tanto los sostenedores del sistema político. Llamamos a este

---

Guerra Civil, donde formó parte de los antibalmacedistas. En el palacio donde vivía se redactó el acta de la deposición de Balmaceda que suscribió como Senador por Talca; la redacción había sido encargada a Enrique Mac-Iver y Demetrio Lastarria, luego a Belisario Prats y a Manuel José Irarrázaval y Ventura Blanco Viel; finalmente sólo tuvieron el valor Abdón Cifuentes y Valentín Letelier. Fue Ministro del Interior durante la guerra y al finalizar ésta, fue reemplazado por Ramón Barros Luco. Enfermo, se fue a Nueva York donde murió el 14 de febrero de 1896. FIGUEROA, 1931, Vol. III, págs. 538-539.

[1000] IRARRÁZAVAL, 1890, pág. 1-2.

sistema parlamentarista y no parlamentario por los elementos *sui generis* que los caracterizaban, puesto que en Chile no existía la figura del rey al que debía oponerse el contrapeso político del Parlamento, según el modelo de la monarquía inglesa; por ello tampoco existía la figura de un primer ministro. La clase política chilena, de la misma manera que los federalistas de 1926, habían generado leyes federales, recurría al mero acuerdo político entre los que detentaban el poder para generar un sistema político híbrido, que sólo respondía a un acuerdo "por arriba" y no a una profunda reforma al régimen político acorde con una tradición de generación del poder. Así, el parlamentarismo chileno coincidía con la definición clásica sólo en la importancia radical de los partidos en la generación del poder político del Estado[1001].

El 8 de diciembre de 1892 (7 de Bichat de 104), Luis Lagarrigue intervino en el debate sobre la comuna autónoma pues el gobierno había mandado un proyecto de supresión del sueldo de los intendentes y gobernadores. El objetivo de la medida era economizar en los servicios públicos y "dar mejores garantías de la libertad electoral". También criticaba el carácter rentista y ocioso que tenía la elite social y económica chilena, que miraba al Estado como parte de su patrimonio:

La verdadera economía consiste en emplear cada elemento en lo que pueda prestar mayor utilidad y la riqueza nacional no aumentará a impulso de las leyes fantasmagóricas de nuestros economistas, sino por el aprovechamiento cada vez mayor de nuestras fuerzas industriales[1002].

Pero lo que sí había que hacer, en el marco de la libertad electoral que implicaba la comuna autónoma, no era suprimir los sueldos de intendentes y gobernadores para economizar en los servicios públicos, lo que resultaba "inmoral e insultante para la dignidad humana", pues equivalía a pensar que los funcionarios asalariados subordinarían sus conductas a los intereses materiales. Por el contrario, había que establecer la verdadera responsabilidad de los funcionarios para conciliar la libertad de su acción con la moralidad política y administrativa y

---

1001 Georges H. Sabine sostiene que fue Burke el que definió la centralidad de los partidos en el sistema político parlamentario definiendo al partido como: "un grupo de hombres unido para fomentar, mediante sus esfuerzos conjuntos, el interés nacional, basándose en algún principio determinado en el que todos sus miembros estén de acuerdo", según la concepción *Whig* en que el ministerio era el "comité director" de la cámara de los comunes. SABINE, 1984, pág. 448.

1002 L LAGARRIGUE, 1892, págs. 5 y 6.

el salario que se les pagaba. Para Luis Lagarrigue la libertad comunal era "un progreso decisivo en el desarrollo de la civilización medieval" contra la autoridad local de los señores feudales. Para afirmar su aserto citaba al historiador Hallam y su libro *La Europa en la Edad Media* (1868).

Así las dos principales características de la política comunal chilena eran "la especialidad de sus relaciones con el gobierno central y la libertad exigida a las autoridades locales"; de esta manera se conciliaban "la sumisión política con la independencia administrativa". Lagarrigue centraba el debate en la contradicción entre libertad política y desarrollo industrial; para ello ejemplificaba con los casos de Suiza, con un modelo de independencia política que obstaculizaba el este desarrollo, y las ciudades Hanseáticas que, pese a no haber tenido libertad política, lograron implementar la industria. Pero, en sus planteamientos, el proyecto de comuna autónoma que se quería implementar en Chile era absurdo pues los gobiernos modernos se organizaban para dirigir el desarrollo industrial subordinando la guerra a éste; por el contrario, la independencia comunal chilena fomentaba las tendencias militares propias del feudalismo. Aprobar ese proyecto exponía al país a la anarquía. Además, resultaba contrario al espíritu de la libertad comunal pues, al fundar la institución de las juntas de mayores contribuyentes, que propugnaba hacer "posible que tuvieran participación en los actos electorales los hombres más importantes por su fortuna, respetabilidad y posición social", tal como lo había fundamentado textualmente Manuel José Irarrázaval[1003]. Para contrarrestarla esta aristocratización del padrón electoral, los gobiernos liberales habían impulsado la subdivisión de los departamentos hasta que "entraran a funcionar como verdaderos contribuyentes, jefes de casas de prenda y comerciantes de mínima cuantía". Así, las característica central de la política comunal chilena era "la generalidad de sus relaciones con el poder central y la opresión ejercida sobre los poderes locales"[1004]. Ya hemos visto que muchos de los argumentos de los positivistas ortodoxos eran traslados mecánicos de los postulados de Comte a la realidad chilena. Pese a que en general los positivistas heterodoxos –como la lectura que hizo Lastarria en su etapa liberal- también emularon el período de la colonia con la feudalidad europea, resulta más mecanicista el planteamiento de Lagarrigue de que las

---

1003 Las Juntas de Mayores Contribuyentes era la forma en que se construía el padrón electoral en la época. Las listas de estos contribuyentes eran publicadas en los periódicos donde los ciudadanos que pagaban mayores impuestos eran los que formaban los colegios electorales y controlaban las elecciones en las localidades.

1004 L LAGARRIGUE, 1892, pág. 10.

tendencias militares propias de la edad media se reproducían a la misma escala en las colonias españolas en América.

La noción administrativa de Lagarrigue es centralista. Si (en Europa) el desarrollo inicial de la industria se debió al fortalecimiento de las comunas, éstas, sin embargo, perturbaban la organización del trabajo, pues la industria necesitaba del desarrollo pacífico de las actividades:

En efecto, uno de los caracteres propios de la vida industrial es el concurso de las actividades pacíficas, y tal concurso no habría sido posible si las comunas no hubiesen sido dominadas por la centralización política de los pueblos modernos. Esta gran centralización sustituyó la unión política a la unión religiosa, ya disuelta, y, no sólo evitó los trastornos provenientes de las descomposición de la antigua espiritualidad teológica, sino que favoreció también la organización de la nueva temporalidad industrial[1005].

Pero esta centralización no pararía hasta que la religión positiva reemplazase, con la conciliación, los "derechos de hostilidad y litigio, propios de las civilizaciones teológicas y metafísicas". Así criticaba el proyecto del Partido Conservador citando a Comte:

Con sus soberbias pretensiones de orden y unidad, la doctrina retrógrada predica altamente la dispersión de los focos políticos, con la secreta esperanza de impedir más fácilmente la decadencia del antiguo sistema social en las poblaciones más atrasadas, preservándolas de la influencia preponderante de los centros generales de civilización[1006].

Pero la crítica del positivista religioso se dirigía también a las bases del régimen político: el sistema representativo y las elecciones libres. Para ello denunciaba la trampa ideológica en que los conservadores habían hecho caer a los "representantes de las doctrinas progresistas", disfrazando la comuna autónoma de un ropaje de anárquica libertad que inhabilitaba a éstos para oponérseles. Además, el sistema parlamentario que Chile había adoptado llevaba a los partidos a vivir de concesiones mutuas que los llevaban a la corrupción y al olvido de sus propios programas.

Lo que recomendaba Lagarrigue era mantener la unidad política que permitía el Estado, que garantizaba los "intereses generales del Pueblo", salvaguardando la libertad espiritual e

---

1005 L LAGARRIGUE, 1892, pág. 10.

1006 Comte, 1869, IV, en: L LAGARRIGUE, 1892, pág. 11.

industrial, combinándola con una "justa descentralización administrativa indispensable para el progreso local". Con ello, los progresistas podrían plantear los cambios sin perturbar el orden público, con reformas inmediatas y radicales, y los adeptos a las doctrinas retrógradas, convenciéndose de su incapacidad política, se dedicarían a mantener, dentro de los "principios religiosos de la Edad Media, la indispensable moralidad de todos los elementos sociales". Así conducirían políticamente al pueblo para que éste, acicateado por la urgente cuestión social, no se autonomizara y formara un partido aparte y hostil:

El proletariado debe incorporarse a nuestra Sociedad, material y espiritualmente, adquiriendo la propiedad del domicilio y de la tumba para formar su hogar, y haciéndose capaz de apreciar la Poesía, la Filosofía y la Ciencia para que pueda cooperar dignamente a la Educación, la Política y la Industria, y experimentar las moralizadoras emociones del culto de nuestras verdaderas diosas: la Familia, la Patria y la Humanidad[1007].

Pese a la oposición de Lagarrigue, la ley se aprobó. Con ello se garantizaba que, aunque los sectores liberales volvieran al poder y surgieran presidentes intervencionistas, como Santa María o el propio Balmaceda, el conservadurismo más rancio, compuesto fundamentalmente por terratenientes, mantuviera su control sobre el voto campesino; a su vez consagraba legalmente una antigua supremacía, desde el surgimiento del inquilinaje a inicios del siglo XVIII, supremacía que se mantendría hasta la década de 1970.

En este capítulo hemos visto que hacia la última década del siglo el abanico de las fuerzas intelectuales y culturales se abrió y los debates políticos, intelectuales y religiosos se efectuaron recurriendo a argumentos cientificistas para dotar de mayor validez los planteamientos que antes eran meramente ideológicos, políticos o religiosos. Por ello no es casual que ahora estos enfrentamientos culturales e intelectuales se efectuaran con un cierto discurso cientifizante que marcó incluso a la Iglesia Católica. Frente al avance del pensamiento científico y del positivismo en particular, ya no sólo en partidos del sistema como el radical y el liberal, sino también en los núcleos socialistas, la Iglesia romana buscó "sociologizar" su discurso y fundar más científicamente sus dogmas uniendo razón y fe. Esta avance de la ciencia en la sociedad no sólo se efectuó en el plano de los valores, los fundamentos éticos o políticos que debían alentar a la sociedad chilena sino también en torno al funcionamiento de distintas esferas sociales. A ello responde, de la misma manera, el intento de Letelier por teorizar el derecho administrativo y el debate de la comuna autónoma, donde junto con los intentos de consolidar un régimen político de control social, había quienes trataban de otorgar a la sociedad

---

[1007] L LAGARRIGUE, 1892, pág. 16.

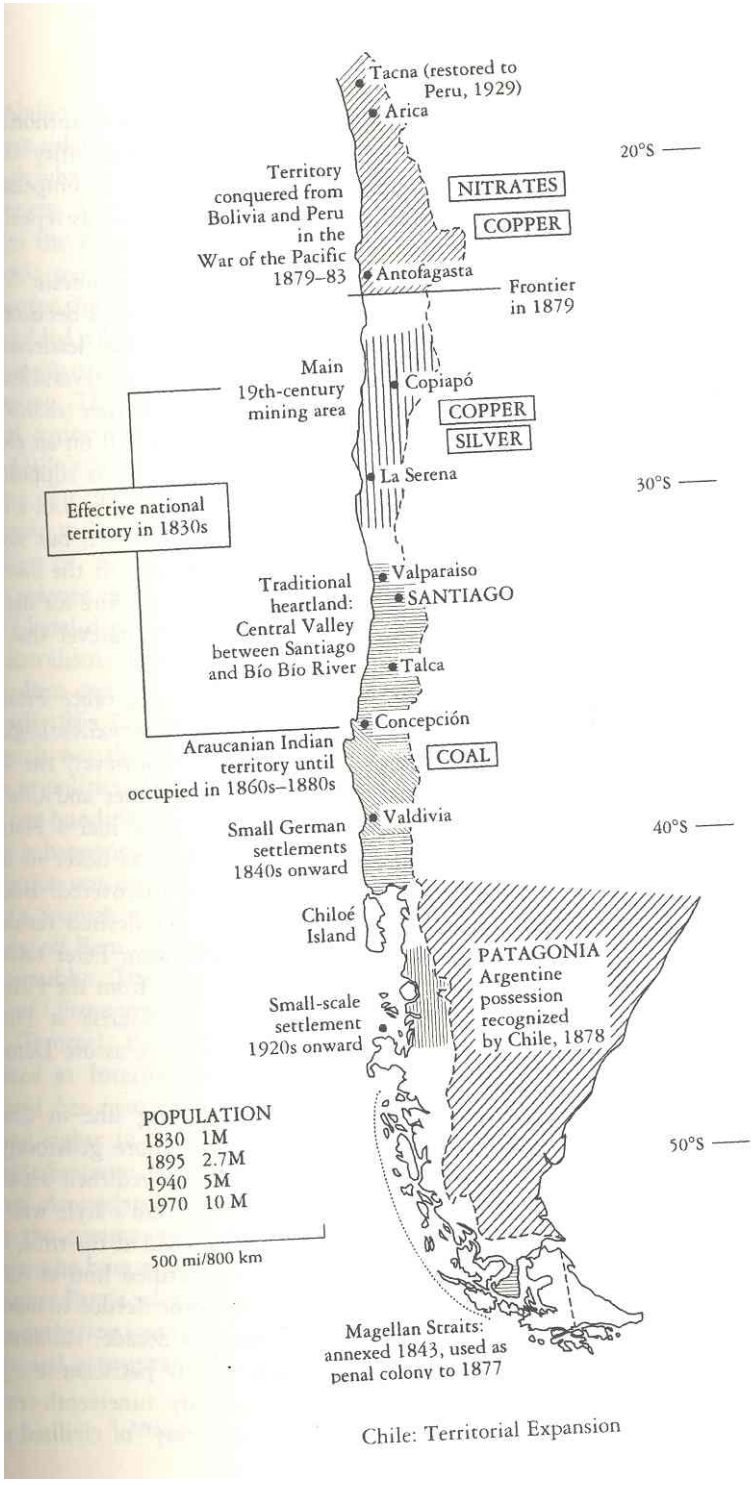
un cierto funcionamiento orgánico, intento que tenía su origen en la nueva ciencia de la sociedad: la sociología, ya sea de raíz comteana o spencereana. Pero aún faltaba consolidar teóricamente esta disciplina en Chile.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LETELIER Y EL CIERRE POSITIVISTADEL DEBATE HISTORIOGRÁFICO

MAPA N° 2: EXPANSIÓN DEL TERRITORIO HACIA FINES DEL SIGLO XIX[1008]

[1008] Fuente: Simond Collier y William Sater, *A History of Chile,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996.



Chile: Territorial Expansion

7.- LA CULMINACIÓN DEL PROYECTO POSITIVISTA

El proyecto intelectual de Comte culminaba con el establecimiento de la sociología, es decir, la construcción de una ciencia de la sociedad que cerrara definitivamente la evolución de las ciencias modernas, desde la más abstracta, las matemáticas, hasta una disciplina concreta que permitiera conocer la sociedad y guiarla hacia el progreso.

Hemos visto las dificultades que los positivistas ortodoxos tuvieron en su afán de expandir en la sociedad chilena su Religión de la Humanidad y el fracaso en culminar la idea de Comte de lograr una reforma moral de la sociedad para que se consolidara el estado positivo. Pero, para aquellos positivistas que no consideraban válidas la ideas religiosas del fundador galo, lo que había que hacer era fundar precisamente la ciencia que permitiera la transformación social de manera evolutiva y esa era la constitución de la sociología. Para realizar este objetivo antes el positivismo debía cerrar otro proceso en la estructura jerárquica de las disciplinas que se ocupaban de estudiar la sociedad y ésta era separar aguas de la filosofía; pero, en un país como Chile, debido a su fuerte tradición historiográfica y al extenso debate que se había iniciado en 1843 era, sobre todo, la historia. En la culminación de este proceso intentó jugar un papel fundamental la obra máxima de Valentín Letelier.

7.1.- *LETELIER Y EL POSITIVISMO CIENTÍFICO*: LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA

El año 1885, Letelier regresó de una misión diplomática en Alemania donde aprovechó para investigar sobre el sistema educacional. En ese momento el Consejo de Instrucción Pública había abierto un concurso de ensayos que planteaba la pregunta "¿Por qué se rehace continuamente la historia?; condiciones que el espíritu moderno exige para la historia". Pese a estar recién llegado se decidió a participar redactando un escrito de 80 cuartillas concluyendo que aquella se rehace continuamente pues aún no era una ciencia, es decir, no había llegado a su estado positivo.

Al año siguiente, el organismo premió su ensayo con el primer lugar, entre otros diez trabajos. Letelier no pudo publicarlo en los *Anales de la Universidad de Chile*, y sólo dos años después apareció en la *Revista del Progreso*; posteriormente, él mismo costeó una modesta edición que se agotó pronto, y que tuvo la suerte de ser conocida en el extranjero[1009]. Empero, la brevedad del escrito no gustó al autor quien se dedicó a ampliar y profundizar sus contenidos, por lo que la segunda edición, transformada en libro, vio la luz sólo en 1900. Para esta nueva versión recurrió a una amplia red de colaboradores que le facilitaron las más modernas y recientes obras de historia y entre los que contó con Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional, René Moreno, director del acerbo del Instituto Nacional y Adolfo Labatut, de la Biblioteca del Congreso. Además, recibió los consejos de Barros Arana a quien dedicó esta segunda versión de su obra.

La Evolución de la Historia en un libro formalmente dividido en dos tomos, con once capítulos y que abarca 540 páginas. En ellas revisa todos los temas relacionados con la historia

---

1009 LETELIER, 1888, pág. 56.

como tradiciones, mitología, leyendas, fuentes de información y disciplinas como la propia historia, sociología, geografía, ciencias y filosofía de la historia. La primera parte estudia las modificaciones metodológicas más importantes de la historia. La segunda intenta una clasificación y un examen de las fuentes de información "a fin de determinar cuáles condiciones de la renovación definitiva de la historia". Dos capítulos finales exponen las "partes fundamentales" de la historia y la sociología.

El trabajo de Letelier se desenvuelve en varios planos. Primero y en tanto su pretensión científica, es un ensayo de historiografía moderna que intenta dar cuenta del estado de los estudios de la historia a fines del siglo XIX y que tiene la particularidad de cerrar el período que estamos estudiando. Segundo, es una obra teórica que intenta una sistematización historiográfica positivista en un marco dominado por la narrativa histórica bellista que se expresaba en la *Historia General de Chile*, escrita por Diego Barros Arana, que lideraba el ambiente intelectual chileno de la época. En tercer lugar, intentaba separar los campos de conocimientos entre la historia "el conocimiento del pasado" y el del análisis contemporáneo de la sociedad o la sociología. Finalmente, es un trabajo para el cual su autor investigó, reflexionó y escribió a lo largo de 15 años y que se nutrió de casi seis décadas del debate historiográfico chileno.

El capítulo V del primer tomo de *La evolución* está dedicado a la "Filosofía de la historia". En él Letelier revisó las distintas concepciones acerca de la historia que, para él, ha pasado por cambios sucesivos y espontáneos que no afectaron más que a la "simple y descarnada relación de los sucesos", es decir, ninguno constituyó una revolución científica. Estos cambios sucedieron antes de que la disciplina alcanzara su constitución definitiva y son la tradición, la mitología, la leyenda y la crónica. Pero, en su planteamiento, la historia ha estado sometida a la influencias de distintas escuelas filosóficas y creencias religiosas, a las que llama "sistemas", y que han afectado el conocimiento del pasado.

El primer sistema, la crónica, por su naturaleza que la insta a describir los cambios día a día, no buscaba hacia atrás las causas de los acontecimientos, ni miraba para adelante para determinar los efectos; daba a la voluntad humana un papel preponderante y no buscaba la explicación general de los acontecimientos por lo que no se pudo descubrir el "desarrollo regular del orden histórico". Donde fallaban los cronistas es en no poder explicar muchos hechos históricos que "son obras de causas extrañas porque se realizan a pesar de los esfuerzos contrarios del hombre, o de improviso, sin que él tome parta en su realización". Recurría a Vico para criticar el que "el vulgo atribuye a la divinidad aquellos efectos cuyas causas naturales ignora, se pudo decir con la misma exactitud que los cronistas atribuyen a la voluntad de los dioses todos aquellos hechos

históricos que no pueden atribuir a la voluntad de los hombres"[1010]. Puesto que la explicación científica de los acontecimientos requería de elaboraciones e investigaciones complejas, para Letelier había una relación entre el nivel de desarrollo de las sociedades y sus posibilidades de investigarlas; por ello en las obras históricas antiguas los dioses aparecen con un papel protagónico en los acontecimientos humanos:

De esta manera, unos mismos acontecimientos son explicados y aun relatados diversamente, porque antes de que se descubran sus explicaciones positivas, las cuales son unas para todos, cada cual los interpreta según el criterio filosófico con el que los estudia, cada cual trata de ajustarlos en el estrecho molde de sus doctrinas y de un país a otro cambian las divinidades que intervienen en la historia[1011].

El segundo sistema, "de las coincidencias", trata de los sucesos históricos, en particular los inesperados. Letelier planteaba que, durante mucho tiempo, se comprendió a las coincidencias a través de observaciones esencialmente empíricas que los historiadores ordenaron en un "sistema de explicaciones que pasaba del casuismo a la filosofía". Para explicar los sucesos se conectaban de dos en dos "estableciendo entre ellos relaciones imaginarias de causa y efecto". Así, se recurría a la numerología (las coincidencias de ciertos números, fechas, años, en los sucesos históricos), la astrología (la posición de las estrellas o cometas que avisaban ciertos acontecimientos o presagiaban desgracias), o simples "arbitrios mnemónicos". La característica principal de este sistema es que, en especial durante la Edad Media, las crónicas conectaban directamente los hechos históricos con fenómenos de la naturaleza, y citaba ejemplos de historiadores clásicos como Tácito, Flavio Josefo, y medievales como Gregorio de Tours:

Tan absurdo –sentenciaba Letelier- como es dar a una coincidencia artificial a cuenta de una explicación positiva, esta práctica es indicio de manifiesto del aparecimiento del espíritu filosófico en la historia. Si los analistas de aquellos siglos anotaban tan escrupulosamente semejantes coincidencias, no procedían así porque fuesen más ignorantes y más supersticiosos que el común de los hombres, sino al contrario, porque siendo relativamente más cultos, trataban de encontrar la razón de los acontecimientos[1012].

1010 La cita textual de VICO, *Principios de una ciencia nueva*, citado en: LETELIER, 1900, I, 279.

1011 LETELIER, 1900, I, págs. 279-280.

1012 LETELIER, 1900, I, págs. 292-294.

El tercero, o "sistema de historia universal", era fruto de la capacidad humana de tomar conciencia de los tiempos anteriores a su existencia y de los hechos que ocurren sin que sea testigo. Esta capacidad lo lleva a superponerse a las particularidades y su comprensión puede abarcar todas las naciones y todas las edades, y sólo fracciona el estudio cuando quiere comprender las formas concretas del desarrollo de las sociedades:

La humanidad, entonces, aparece ante la mirada atónita del observador como una entidad colectiva, única e indivisible que sin debilitarse, ni detenerse ni perturbarse, deja que pasen los hombres y las generaciones, los pueblos y las razas, los sistemas y las instituciones. En la historia general de la humanidad, la ruina de los grandes imperios, de las más antiguas religiones, de las más sólidas instituciones, ruina que a los contemporáneos parece ser precursora de universal e irreparable cataclismo, es signo de nueva vida, transición a un estado superior[1013].

Había dos caminos para construir esta historia universal. El primero planteaba disponer, en un solo cuerpo, todos los relatos que los cronistas del pasado habían escrito, de manera que la historia era un relato cronológico de todos los hechos del pasado de cada uno de los pueblos que componen la humanidad. De esta manera, objetaba Letelier, "la historia universal no tendría diferente naturaleza ni sería más compleja que la crónica: en sustancia no sería más que una crónica universal". El otro camino era escribir un compendio de los principales acontecimientos, que sin embargo, tenía el inconveniente de ser demasiado sucinto, de manera que cada historiador está "autorizado para elegir los hechos con que ha de componer la trama de su narración y la historia cambia en gran parte de una obra a otra"[1014].

En este sistema entraba de lleno a analizar la introducción del método científico en la historia. Ante estas dos dificultades surgió la idea de buscar algún principio general de causalidad, es decir, una ley universal por la cual se puedan explicar todos los demás acontecimientos: "no otro es el propósito que se persigue en los estudios científicos –dice nuestro autor- cuando se los dirige a buscar las leyes naturales de cada orden de los fenómenos"; para lograr esto bastaba con estudiar un caso de cada especie de hecho[1015]. Este era el camino que había seguido la física con la teoría de

---

1013 LETELIER, 1900, I, pág. 295.

1014 LETELIER, 1900, I, pág. 295-297.

1015 Para tratar este tema se apoyaba en la *Introducción aux études historiques* de Langlois y Seignobos, *L'Histoire et les historiens* de Bourdeau y *La logique*, de Bain. LETELIER, 1900, I, pág. 297.

la gravitación universal y que Comte había acariciado largamente. Así, entraba en el debate acerca de la validez de la filosofía de la historia señalando que era un camino similar el que perseguían pues: "se investiga en las antiguas crónicas cuál es el principio de causalidad que genera los acontecimientos a fin de poder restringir legítimamente las narraciones sin que la restricción perjudique el estudio científico del pasado". Para ello ejemplificaba con el feudalismo donde a través del estudio de la constitución de propiedad indivisible y de las leyes de sucesión se puede comprender cómo la tierra se concentró en pocas manos y se constituyó la propiedad feudal y traía a colación a Guizot y sus dos obras *Historia de la civilización en Europa* y *Historia de la civilización en Francia*. Letelier inconfundiblemente se inclinaba por este sistema sentenciando que lo que el vulgo entendía por historia (las crónicas, biografías, memorias) no eran sino "una obra preparatoria destinada a servir de base a la constitución de la verdadera ciencia del pasado"[1016].

Luego, basado en lecturas de Huxley, Renán y Maury, analizaba el sistema histórico de la *Biblia*, a la que caracterizaba como la única obra que tenía como propósito fundar la filosofía de la historia:

Por su doctrina moral e igualitaria del monogenismo [el origen único del hombre], doctrina inventada cuando los filósofos de otras naciones fundaban la desigualdad de las clases sociales en la diversa procedencia de los hombres, la Biblia es, antes que la historia de Israel, el verdadero libro de la humanidad.[1017].

Además tenía la virtud de ser la primera obra que se puso del lado del pobre y el oprimido y en contra del rico y poderoso, de manera que, decía nuestro autor siguiendo a Huxley, el *Deuteronomio* y el *Levítico* eran las constituciones que resguardaban los intereses del pueblo y establecían los deberes de los gobernantes. Sin embargo, "En este sistema –sentenciaba Letelier- nada ocurre a impulso de causas sociales; nada tampoco por casualidad". De esta manera el hacer histórico del hombre estaba mucho más determinado por la divinidad de los que el hombre sospechaba: "Los personajes bíblicos no fallecen por causas de accidentes o enfermedades, si no que Jehová les llama para premiarles o les envía la muerte para castigarles [...] En una palabra –finalizaba-, para la *Biblia*, nada es natural; todo es sobrenatural, o, hablando más propiamente, lo sobrenatural es en la leyenda mosaica lo natural".

1016 LETELIER, 1900, I, pág. 298.

1017 Letelier citaba a Huxley. *Science et religion*, Renan. *Histoire de peuple d'Israel* y Maury. *Leyendes pieuses du Moyen Age*. LETELIER, 1900, I, pág. 299.

Puede verse que Letelier valoraba la *Biblia* en relación al desarrollo histórico del pueblo de Israel; cuando éste era atrasado y primitivo el libro de Moisés, que mostraba la mano de Jehová en cada suceso, daba un fin racional a la historia e inspiraba al hombre la desconfianza en sí mismo y el sentimiento de sumisión a la ley divina. A la vez inculcaba un espíritu nacional por sobre los intereses personales y ocasionales, en definitiva le había dado una "finalidad" a la historia. Sin embargo, cuando se la analizaba desde el desarrollo histórico actual esta valoración cambiaba:

Mas, cuando se la examina bajo otros respectos, se descubre que la Biblia envuelve una filosofía reaccionaria, casuística, enemiga de la libertad y más bien judaica que humana. Su odio a los ricos lleva involucrado el odio al comercio, a la industria y al progreso. Sus relatos del fratricidio de Caín, de los gigantes, del diluvio (observa Renán) se dirigen sólo a probar que el pensamiento del hombre se inclina fatalmente al mal. Inspirada en el odio a la civilización, considera cada paso que se da hacia delante como un crimen, el cual es seguido indefectiblemente de implacable castigo[1018].

Letelier termina desvirtuando el sistema histórico de la *Biblia* por que la hipótesis del monogenismo no sirve para fundar la filosofía de la historia, porque el historiador (que la escribe) abandona desde las primeras páginas al resto de la humanidad y sólo la menciona para maldecirla, donde la sociedad israelita está regida por un orden distinto al resto de la humanidad y no explica el desarrollo de esas otras naciones que no son el pueblo elegido.

En seguida revisa el "providencialismo de Bossuet" que este autor elaboró durante el siglo XVII, en el momento en que las distintas sectas cristianas, no sólo dominaban Europa, sino que habían avanzado sobre otros continentes y trataban de cumplir su destino extendiéndose al resto del mundo. Así la historia del cristianismo se podía confundir con la historia universal, pues "encontró en las obras de su propia profesión eclesiástica la continuidad del desarrollo social entre la antigua y la nueva Era, demostración igualmente indispensable para constituir la unidad de la historia a través de los tiempos". Pese a que no había una tradición católica que buscara los orígenes del cristianismo en la historia, el obispo de Meaux había utilizado la tradición eclesiástica que había unido la filosofía evangélica con la filosofía neoplatónica desarrollada por los pensadores paganos. Esto había redundado en un atraso de la ciencia de la historia que se remediaba sólo en parte. En esta época el monogenismo, sostenía Letelier, era uno de los dogmas más propicios para sugerir la

---

[1018] LETELIER, 1900, I, págs. 301-302.

idea de la historia universal, pues "llamaba a todos los hombres a participar de una misma comunión considerándose como hijos de un mismo padre[1019].

Esta poderosa interpretación sirvió a Bossuet para presentar el pasado de la humanidad como un solo panorama. Pero cuando se elaboró la hipótesis del providencialismo, ya las ciencias naturales habían descubierto las leyes de algunos fenómenos que hasta entonces se juzgaban irregulares como la trayectoria de los planetas y la caída de los cuerpos, lo que había llevado a la pregunta si los sucesos históricos, aparentemente inconexos, también no estarían regidos por alguna ley hasta entonces desconocida. El religioso había heredado estas tradiciones culturales y científicas pero no podía contradecir las Santas Escrituras por lo que, ante el desafío de ampliar la filosofía de la historia, para explicar los 17 siglos transcurridos e integrar a los pueblos olvidados, llegó a concebir la hipótesis del providencialismo.

Así el *Discurso sobre la historia universal*, formalmente dividido en tres partes, exponía –en opinión de Letelier-, sin examen crítico, primero los acontecimientos de la historia de la antigüedad desde el *Génesis*, pasando por el diluvio, hasta la "influencia moral" de Moisés que supuestamente habría escrito el *Pentateuco*. Después entremezclaba la historia pagana con la hebrea y explicaba cómo, una tras otra, las naciones antiguas habían desaparecido para dar origen a Roma que estaba destinada a recoger de la infiel Jerusalén el legado cristiano para transmitirlo al resto de los hombres. Así, en la explicación de Bossuet, Dios se había servido de las naciones antiguas, desde los asirios, ora para castigar a su pueblo ora para protegerle, hasta que bajo el dominio de los romanos, cuando no quisieron reconocer a Jesucristo, los mismos sirvieron inconscientemente de instrumentos de la venganza divina. De esta manera, la historia era interpretada de manera que la prosperidad o la decadencia de las naciones no eran fenómenos sociales ni hechos accidentales sino dependían de las "órdenes secretas de la providencia", así:

Desde los alto de los cielos, el Omnipotente tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos así como también maneja todos los corazones, y según sus designios inescrutables, tan pronto refrena las pasiones como las da larga y agita y conmueve al género humano entero. Él es quien prepara los efectos en las causas más lejanas y quien descarga esos terribles golpes cuyos resultados se hacen sentir a tan larga distancia[1020].

Así, Bossuet planteaba que toda la antigüedad fue encaminada, desde la caída original del hombre, hasta preparar el advenimiento del salvador del mundo y toda la nueva era hasta el fin de

---

1019 LETELIER, 1900, I, pág. 306.

1020 LETELIER, 1900, I, pág. 309.

los siglos, estaba destinada a difundir el Evangelio divino de la verdad cristiana. Letelier citaba al historiador religioso para ilustrar su crítica: "La verdadera ciencia de la historia consiste en estudiar aquellas secretas disposiciones que en cada época han preparado los grandes trastornos y las circunstancias más notables que les han dado ocasión para que se realicen".

De todos modos el chileno valoraba esta hipótesis por constituir "una de las primeras concepciones generales de la historia que la historiografía menciona, una de las más esforzadas tentativas hechas para poner orden a los sucesos humanos"; pero en seguida recalcaba, "Examinar esta hipótesis bajo el respecto científico sería una tarea completamente ociosa", pues, si se seguían sus preceptos, es decir, "observar que el fin de la ciencia es buscar la explicación de los fenómenos en los fenómenos mismos", el sistema histórico "providencialista" quedaba absolutamente desautorizado por ser "anti científico": el sistema sugerido por la "creencias subjetivas" no lograba la eficacia explicativa del que es sugerido por la "observación de los hechos". El otro gran problema es que la interpretación de Bossuet no abarcaba sino una parte muy reducida de la especie humana y por ende, de la historia universal, por lo tanto no servía para fundar la filosofía de la historia de la humanidad. Letelier se afirmaba en Voltaire para agregar reparos a la cronología de la Vulgata, de no explicar los aportes culturales y filosóficos de Grecia, de la India, y de Mahoma y se apoyaba en Littré para hacer notar la deficiencia de no poder explicar el cisma religioso del siglo XVI e "imagina divisar en lo porvenir signos que anuncian la vuelta de las poblaciones descarriadas al seno de la Iglesia católica"[1021]. Pero de todos modos –basado en Comte- valoró el esfuerzo que el *Discurso* conllevaba:

A pesar de todo, la concepción del Providencialismo es un grande esfuerzo hecho por el altísimo ingenio para ordenar el caos de la historia; y si el espíritu humano jamás descubre la verdad entera en el primer momento; si para llegar a ella tiene que pasar a través de múltiples hipótesis, de las cuales las anteriores sirven de base a las posteriores; por cierto no es menor la gloria del que forma la primera, necesariamente errónea, de la que del que forma la última, aun cuando esta sea la verdadera[1022].

Letelier continuaba comentando la "hipótesis de las revoluciones palingenésicas" o circulares, que Giambattista Vico formuló en sus *Principios de una ciencia nueva relativa a la*

1021 Letelier citaba a Voltaire y su *Pyrrohonisme de l'Historie* y a Littré en sus *Opúsculos de filosofía positiva*. LETELIER, 1900, I, pág. 316.

1022 Letelier citaba el volumen IV del *Curso de filosofía positiva*. LETELIER, 1900, I, pág. 317.

naturaleza común de las naciones (17). Sostenía que el filósofo napolitano intentó: "... escribir la historia eterna y universal de la humanidad que a cada época se reproduce bajo las formas de las historia particulares, y trazar el círculo ideal en que da vueltas el mundo real"[1023]. La crítica se dirigía a esa concepción de una "historia abstracta" según la cual las sociedades experimentaban cambios de una manera "regular y acompasada" que, después de haber pasado por tres etapas de desarrollo, otros tantos sistemas de derecho natural y de gobierno, experimentaban revoluciones movidas por el *corso* y el *ricorso*, en que el desarrollo y la decadencia eran regulares e inevitables y constituían la historia universal. La única nación que se salvaba de semejante movimiento era el pueblo hebreo que movido por la mano de la Providencia escapaba a este fatal "círculo de hierro"[1024].

Letelier recurrió a la comparación inevitable con Bossuet argumentando que fue notablemente aventajado por Vico pues, si bien ambos aceptaban la intervención de la providencia y crearon el orden histórico "despojando a la divinidad de sus poderes arbitrarios" y se impusieron obrar de un modo razonable según un designio fijo, el obispo de Meaux la dejó "en libertad de elegir a su arbitrio los medios de realizar sus propósitos y Vico la sometió a la ley fatal de las revoluciones circulares". Pero además, siguió rescatando del filósofo napolitano sus planteamientos pues se acercaban al descubrimiento de "las leyes sociales que rigen el orden histórico". No era liviana esta afirmación, la *Ciencia nueva* es una de las bases de la sociología; por ello citaba a Consentini y su obra *La sociología de C.B. Vico*, para destacar aspectos que tienen relación con la sociología política, de la religión, y del lenguaje y de Gumplowics su *Précis de sociologie*, criticando los ejemplos históricos que éste ponía con la desaparición de los estados en la antigüedad, que para el chileno no significaban necesariamente la inexorable extinción de su vida social. Pero resaltaba las críticas hacia una hipótesis que sólo era aplicable a todos los pueblos salvo al de Israel, no podía ser incorporada por la ciencia entre las verdades positivas y un "sistema histórico que no explica la vida de todos los pueblos no puede constituir la ciencia de la historia"; pero el defecto más grave que destacó fue el "fatalismo" que negaba la influencia social de la acción humana[1025].

En seguida revisaba la "hipótesis del progreso" que se desarrolló en forma paralela a los planteamientos de Vico, y en la que destacaba el "genio tan deslumbrante como sofístico" de

---

1023 LETELIER, 1900, I, pág. 317.

1024 LETELIER, 1900, I, págs. 318-320.

1025 LETELIER, 1900, I, pág. 322.

Rousseau. Analizaba la hipótesis del filósofo ginebrino del comienzo de la humanidad como un "estado primitivo" en que no había frenos, ni autoridades, ni distinciones; y cómo más tarde, contra el "interés general", unos pocos modificaron profundamente ese estado con el propósito de dominar y explotar a sus semejantes. Así, la historia de la civilización transcurre por medio de la pérdida sucesiva de las mejores aptitudes de los hombres, de sus virtudes y de los derechos y libertades de los pueblos. Por ello, para ser libres los hombres debían retornar a ese estado primigenio.

Frente a esta hipótesis, que Letelier caracteriza como hecha con el sólo propósito de "azuzar a la opinión popular contra el orden vigente", rescataba la figura de Condorcet que, pese a estar perseguido por Robespierre, escribió su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, que el chileno valora un "ensayo", citando al autor, en que se puede encontrar las máximas: "de los primeros sabios acerca del desarrollo del espíritu humano y acerca de la moral y de las leyes a las profundas lucubraciones de los Locke, de los Smith y de los Turgot". Lejos de ser sistemática, la obra del galo era un tratado de ciertas actitudes del ser humano que lo lleva a mejorar constantemente:

Guiado por este plan –destaca Letelier-, deja a la metafísica el estudio de las leyes que rigen el desarrollo de las facultades humanas, se concreta a exponer en rápido resumen los resultados históricos de ese desarrollo, a determinar la influencia que cada época ha ejercido en la siguiente, e infiere en conclusión que naturaleza no ha fijado término al perfeccionamiento del hombre[1026].

Enseguida revisaba las diez épocas en que Condorcet divide la historia, desde el descubrimiento del fuego hasta la Revolución Francesa; la idea que la "edad de oro" del género humano no está en el pasado sino en el futuro; el desarrollo intelectual del ser humano que del fetichismo pasa al politeísmo y de éste al monoteísmo, aunque critica su sistemática aversión a todas la religiones y "desconoce la misión que ellas han cumplido sirviendo de freno en el orden moral y de luz provisoria en el orden intelectual". De ahí provenía –explicaba el chileno- su indignación por la Edad Media y el dominio del papado sobre las naciones y las personas. El sistema de Condorcet le pareció: "el más deficiente y el más empírico", pues no se diferenciaba del de Bossuet, ya que "prescinde de la cuasi totalidad de los pueblos asiáticos y confunde la historia de la civilización europea con la historia de la humanidad" y hacía suyas las palabras de Littré que citara en sus *Opúsculos* que seguía la idea de Comte en su *Curso*:

1026 LETELIER, 1900, I, pág. 328.

El autor del *Discurso sobre la historia universal* sigue sin dificultad la sucesión de los acontecimientos históricos hasta la Reforma, pero no acierta a explicarse el triunfo de las herejías del siglo XVI. [...] Condorcet se da razón de los sucesos subsiguientes a la revolución religiosa; pero se confunde ante los que preceden y considera las edades teológicas como tiempos de tinieblas y demencia[1027].

Aunque el galo fue un auténtico hombre de ciencia –sentenciaba Letelier-, su sistema histórico no tenía nada de científico pues en él el progreso no aparecía como el resultado de una verdadera ley de la humanidad sino como el resultado de adelantos accidentales.

En seguida revisaba la "hipótesis materialista" de Montesquieu, que después había asumido Tomas Buckle, cuyo análisis partía del supuesto que ya había enunciado "que toda ciencia realmente positiva llega tarde o temprano a descubrir que cada orden de la naturaleza lleva envuelta en sí misma la explicación de sus fenómenos". Así cada disciplina está sujeta a sus propias leyes, por consiguiente correspondía a la historia explicar los fenómenos de orden histórico. Pero antes de que esto fuera posible –sostenía el chileno- el ilustrado recurrió a explicar los acontecimientos humanos "por la acción de los agentes físicos de la naturaleza"; para esta escuela, que hunde sus raíces en Heródoto, "la historia carece de leyes propias, el orden histórico es un producto de los agentes físicos y cada estado social una obra de la naturaleza externa"[1028].

Letelier aceptaba que las leyes naturales ejercían influencia sobre las sociedades porque el hombre "se desarrolla en el seno de la naturaleza", pero advertía que "los agentes físicos obran en la sociedad más bien indirecta y mediatamente", que desarrollaban actitudes que dirigían los procesos, y estimulaban la voluntad de los hombres más que fijaban el rumbo de los acontecimientos. Sin embargo, siguiendo a Masdeu y su *Historia crítica de España* (18), reconocía que Montesquieu había incorporado su estudio en las ciencias sociales, aunque criticaba *El espíritu de las leyes* (17)en que el autor galo relacionaba la diversidad de sistemas políticos a las diferencias climáticas. Además, siguiendo a Gumplowicz y su obra *La lutte des races*, criticaba a su seguidor inglés por su concepción dualista proveniente de la metafísica, que concebía la acción histórica del hombre como proveniente de la influencia de los fenómenos externos sobre el espíritu humano y de la acción de éste sobre la naturaleza física:

[...] ningún acontecimiento de carácter social se puede explicar por la simple acción de los agentes externos. Para fundar la ciencia y la filosofía de la historia –enfatizaba Letelier- hay que

---

1027 LETELIER, 1878, en: LETELIER, 1900, I, pág. 332.

1028 LETELIER, 1900, I, pág. 334.

cambiar de rumbo. Es en el orden social donde se debe buscar la explicación de los acontecimientos sociales[1029].

Finalmente revisaba el "sistema histórico de Herder". Ya hemos introducido algunas ideas centrales del pensamiento de este autor plasmadas en su obra de madurez; que en esta ocasión Letelier, al parecer erróneamente traducido, cita como *Nociones sobre la filosofía de la historia de la humanidad*[1030].

El chileno valora la obra del prusiano a quien alaba la idea de iniciar su obra con el análisis de la tierra en el universo como método para comprender el "laboratorio" donde viven los seres organizados: "el que toma por guía la observación, el que quiere estudiar los destinos humanos en el libro mismo de la creación, no puede eximirse de analizar previamente las condiciones externas en que la humanidad ha nacido y vivido"[1031]. Continuaba sorprendiéndose por "el encadenamiento de nociones perfectamente lógico" con que Herder estudiaba al hombre y descubría sus aptitudes para el uso de la razón y del lenguaje, la libertad y las artes, sus tendencias a la religión y su afán de inmortalidad, sin olvidar el análisis de las influencias del clima sobre el cuerpo humano y los sentimientos, a los que, sin embargo, no les daba una preponderancia absoluta. Esto porque concebía a la especie humana como una sola bajo la idea que junto a la influencia del clima, estaban las fuerzas sociales como la tradición, la costumbre y la opinión. También empatizaba con la idea herderiana que rompía con la concepción del ser humano levantada por el liberalismo, según la cual el hombre se podía entender como un ser individual; por el contrario, valoraba en las *Ideas* la noción del hombre como un ser social, que vive de la cooperación con sus semejantes, que no puede emanciparse de la tradición, de la opinión y de las costumbres y donde el lenguaje jugaba un papel central en el mantenimiento de esta comunicación.

Letelier valoraba al alemán por las obvias conexiones que existían entre su reflexión y la que hiciera Comte en su *Sistema de política positiva*, no en el plano religioso, sino en el rescate de la naturaleza altruista del ser humano. Veamos que comentaba textualmente el chileno de Herder:

1029 LETELIER, 1900, I, pág. 340.

1030 Al parecer Letelier traduce mal la palabra "*Ideen*" por "nociones" del texto de Herder que ya hemos citado *Ideen zur Philosophie der Ceschichte der Menschheit*, (*Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*). Véase capítulo II.

1031 LETELIER, 1900, I, pág. 341.

Merced de esta solidaridad social, las tradiciones constituyen un sistema de educación de la especie humana mediante el cual se forma el ser moral de las nuevas generaciones.

A impulso de estas fuerzas y de estas influencias, la especie humana va ascendiendo por los diferentes grados de cultura, va ensanchando más y más el imperio de la razón y de la justicia y va acercándose a su fin peculiar, cual es la humanidad[1032].

La profunda simpatía que manifestaba Letelier con este último planteamiento no es otra que una simpatía con el proyecto ilustrado: es decir, la expansión del uso de la razón y la justicia hacia todo el género humano. Además, alababa el desarrollo de su sistema que Herder comprobaba revisando las historia de los pueblos "en cuyo modo de ser y en cuya vida parecen cumplirse sus doctrinas". Más adelante notaba el cuidado que ponía con las desviaciones de la humanidad del "camino recto" que se expresaba en la aparición de líderes que destruían el camino de la razón, la justicia y la humanidad pero que, en el fondo, no alteraban el curso natural de ésta, que seguía su camino construyendo sobre las ruinas de los viejos sistemas:

Tal es descarnadamente expuesto el sistema histórico de Herder. Fruto madurado en largos años de meditación y de estudio, este sistema fue el que primero vislumbró la subordinación de las ciencias históricas a las ciencias físicas y cosmológicas, el que primero demostró la decisiva participación que a las fuerzas corresponde en el desarrollo de los acontecimientos; y el que primero abarcó en un solo cuadro a todos los pueblos de la tierra[1033].

En definitiva consideraba a Herder, y para esto hacía suyas las palabras de Gumplowics, como el verdadero fundador de la filosofía de la historia.

Letelier finalizaba este denso capítulo examinando las razones filosóficas de las modificaciones de los sistemas históricos. En ella sostenía que los cambios, ya sean de creencias o de sistemas, eran la razón fundamental de las modificaciones de las formas de entender la historia. Esta era una peculiaridad no sólo de esta disciplina sino de "todas aquellas doctrinas que no han llegado al estado positivo". La comparación de los distintos sistemas llevaba a la generación de escuelas diversas: "En una palabra, cada sistema histórico propende a formar una escuela de historiadores, y cada escuela, a explicar de una manera especial la historia". Lo curioso, anotaba Letelier, es que todos los sistemas históricos habían sido inventados los últimos dos siglos y sus cambios eran poco profundos. Consideraba que habían sido más relevantes las modificaciones

---

1032 LETELIER, 1900, I, pág. 343.

1033 LETELIER, 1900, I, pág. 344.

operadas por los cambios religiosos; ello porque la historia entera de los pueblos antiguos, hecha primero por historiadores paganos, había sido rehecha completamente por los historiadores cristianos, entre estos destacaba San Agustín y su obra magna *La ciudad de Dios*; también comparaba las diferentes versiones sobre los mismos sucesos históricos que habían historiado Heródoto y *La Biblia* y valoraba a Voltaire, como un propulsor más que promotor de la incredulidad, el haber escrito la primera historia en que no se recurre a la máquina del sobrenaturalismo para entender los sucesos: "el genial pensador hizo en la historia una expurgación de fábulas e inverosimilitudes que los nuevos procedimientos investigatorios han ratificado casi punto a punto[1034].

En la misma línea argumentativa colocaba al cronista Tucídides que explicaba de manera natural todos los procesos en contraposición a Plutarco, seguidor de la "filosofía histórica de los ignorantes" que los explica por la intervención divina. Frente a ello el filósofo galo sólo había fijado "definitivamente el rumbo de esta nueva tendencia convirtiendo en sistema general la explicación natural de todos los hechos históricos". Este esfuerzo había desarrollado la tolerancia y conllevado al aumento del escepticismo, la cultura y los investigadores contemporáneos habían podido acometer la empresa de estudiar "con criterio positivo" épocas y acontecimientos que hasta el presente habían sido cubiertos por la leyenda, como *La Nueva vida de Jesús* de Strauss, que de ser una mera crítica a los relatos bíblicos, la transformó en una biografía del fundador del cristianismo. Así, en menos de un siglo y medio, se había efectuado una enorme labor de expurgación histórica donde la incredulidad había sido secundada por el influjo de las ciencias físicas:

Desde que los historiadores fueron acostumbrados por ellas a buscar en la naturaleza las causas de cuanto en la naturaleza sucede, quedaron armados de criterio científico para estudiar los sucesos del pasado. El conocimiento de las leyes generales de las cosmología les permitió fijar la línea de separación entre lo posible y lo imposible y les autorizó para eliminar una copia enorme de fábulas y patrañas que la credulidad y la ignorancia de los antiguos cronistas había incorporado en la historia a guisa de sucesos posibles y reales[1035].

Letelier cerraba su explicación del por qué las hipótesis históricas tendían a transformar la historia misma; ello se debía a que en toda rama del saber humano la explicación de cada suceso

---

1034 En esta cita Letelier se apoya en Buckle y su *Histoire de la civilization en Angleterre*, LETELIER, 1900, I, pág. 349.

1035 LETELIER, 1900, I, pág. 351.

formaba parte integrante de su descripción, de manera que este cambiaba cada vez que cambiaba su explicación.

Ahora podemos hacer algunas conclusiones parciales de este capítulo de la filosofía de la historia analizada por Letelier, importante para la historiografía chilena. En primer lugar, llama la atención la valoración que Letelier hace de la religión en la concepción de la historia, que ya hemos visto bosquejaba en sus comentarios anteriores, toda vez que nuestro intelectual era el modelo del anticlericalismo de fines del siglo XIX; tanto así, que la Iglesia Católica y el Partido Conservador lo consideraban el principal enemigo de sus creencias. Asimismo, es notoria la menor valoración de la figura de Voltaire y de otros ilustrados claramente irreligiosos e incluso ateos, para el ámbito histórico, en contraste con la importancia que le da a Herder. En tercer lugar, es notable que Letelier no sólo revisa la tradición intelectual de la Ilustración sino que la revitaliza desde una concepción positivista. Pero ¿Podemos pensar que Letelier consideraba que la historia había pasado a su estado positivo, es decir, era ya una ciencia? El capítulo X del segundo tomo de *La evolución de la historia* está dedicado a la ciencia de la historia; en él nuestro autor se pregunta si, dados los vicios inherentes a la disciplina, expuestos en los capítulos anteriores, ¿es posible llegar a construir una *ciencia de la historia*?

El planteamiento central que guía el trabajo de Letelier gira en torno a que los adelantos que se habían logrado durante los siglos XVIII y XIX, tanto en la acumulación de información, como en la certeza de su veracidad, le permitían al investigador llegar a la "certidumbre perfecta", por lo que estaban sentadas las bases para fundar científicamente la historia. Para ello había que fijar sus leyes fundamentales con lo cual los detalles nimios (que tanto emocionaban a Bello) dejaban de tener importancia, "la ciencia –sentenciaba Letelier- no necesita saber si son falsos o verdaderos"[1036].

Los primeros acápites están dedicados a la eurística; en ellos analiza los métodos antiguos para escribir la historia, todos, poco fiables, ya que a falta de fuentes escritas y confiables se elegía por la versión más creíble o se presentaban todas para que el lector eligiera la que más le agradara;

Es a la vez un manual de ética del "deber ser" del historiador.

[1036] LETELIER, 1900, II, pág. 334.

La moderna ciencia de la historia –plantea nuestro autor- había dejado atrás el "acontecimiento" gracias a que las fuentes de información, aumentadas y mejoradas sobremanera en los últimos tiempos, permiten hoy alcanzar aquel grado de certidumbre relativa que las ciencias necesitan para fundar sin mayor peligro sus inducciones[1037]. En este aspecto los gobiernos de los Estados "cultos" (modernos), habían fundado una serie de instituciones como museos, archivos y bibliotecas destinados a "monopolizar el depósito de la fuentes de información". Pero este desarrollo institucional estaba retroalimentado por avances de la ciencia que ahora podía estudiarlo para la utilización histórica.

Nuestro autor ordena el campo de los estudios históricos en Chile definiéndolo dentro del positivismo, así, define la labor "científica" del historiador como una *intuición positiva*:

La intuición positiva del pasado sólo se forma mediante el estudio concienzudo de las respectivas fuentes de información. Esencialmente como obra de ciencia, la historia no es historia sino es la mera resultante de todas aquella investigaciones que la erudición, la crítica y las ciencias auxiliares hacen sin concierto deliberado[1038].

De esto derivaba su concepción de la historia como: "la ciencia del pasado debe ser la exposición sintética de aquellos hechos históricos que los investigadores especiales han determinado analíticamente y comprobado científicamente". En seguida definía el nudo central de la historia: el concepto de "hecho histórico". Empezaba distinguiendo que ésta era una pregunta exclusiva de la historia: ni la química ni la física se preguntaban cuáles eran los fenómenos químicos o de la vida pues desde que una ciencia se definía. Con ello establecía su campo de acción, porque para escribir la historia, parafraseaba a Daunou, "hay que atender no sólo a la *verdad* sino también a su *importancia*". Había hechos que por su naturaleza no eran históricos ¿Cómo entonces establecerlos? Letelier opinaba que estaban determinados por la circunstancia que el hombre los haya presenciado como actor, víctima o testigo y haya dejado constancia fehaciente de ellos; los sucesos –remarcaba- no eran históricos de acuerdo a su mayor o menor importancia sino a si ha quedado constancia histórica de su existencia.

Una vez explicado el significado de los hechos históricos Letelier define la "ley de la filiación histórica" que conecta a estos hechos:

1037 LETELIER, 1900, II, pág. 336.

1038 LETELIER, 1900, pág. 346.

Lo que genuinamente constituye la ciencia es la determinación de aquellas relaciones de causalidad o coexistencia que pueden explicarlos. Acumular hechos es tarea de investigadores y eruditos, tarea preparatoria de la labor propiamente científica. Determinar las causas y los orígenes, descubrir leyes, generaliza: ha ahí la labor propia de la ciencia[1039].

Esta era precisamente la labor del historiador es decir, inferir las relaciones de "causalidad y coexistencia" que liguen a los hechos. Las causas podía ser de tres tipos. Primero, las causas que ligaban los hechos históricos son "causas naturales"; esto no quería decir que son causas físicas (como las que acontecen en la naturaleza y que estudian las ciencias naturales), sin dejar de ser naturales las causas podían ser físicas, orgánicas o superorgánicas. Segundo, y esto planteaba un problema: los hechos históricos por ser tener carácter social, su causalidad provocaba dudas; si bien un hecho de origen natural (como una catástrofe) podía tener efectos históricos, sólo cuando se llegaba a los sucesos de carácter social se puede negar que estos hechos históricos sean efectos de causas naturales. Tercero, la historia no incorpora en la narración sino aquellas causas "que constan históricamente", porque sólo las causas que constan históricamente son propiamente hechos históricos. Para zanjar este punto Letelier concluía enfático: "Es ésta una peculiaridad de la historia positiva que la distingue de la historia doctrinaria, la cual atribuye a la Providencia todos aquellos sucesos cuyas causas no constan históricamente, convirtiendo así los hechos históricos en simples creencias"[1040]. En resumen, aquello que no se podía comprobar, es decir, establecer su relación de causalidad, no era propiamente un hecho histórico porque no se había podido comprobar y establecer positivamente.

Pero ante la exageración de esta ley de la causalidad, había ciertos historiadores deterministas que establecían la preponderancia del medio geográfico para explicar los fenómenos sociales. Este determinismo geográfico tenía partidarios desde Heródoto hasta Ihering (este último llegó a decir que "el suelo es el pueblo"). Letelier sostenía que las influencias físicas no bastaban para explicar la historia; ésta era, más bien, una combinación de lo que llamaba el "estado social" que iba unida al medio físico que operaban simultáneamente y constituían una "tendencia social", que "sin excepción alguna explica todos los acontecimientos". Este último concepto lo definía haciendo una analogía con las leyes naturales:

La tendencia social es una fuerza tan efectiva como la atracción universal y no hay razón alguna para negar a la primera el carácter de causa natural que se le reconoce a la segunda. Verdad

---

1039 LETELIER, 1900, II, pág. 415.

1040 LETELIER, 1900, II, pág. 418.

es que la una actúa mecánicamente porque obra sobre masas inertes y la otra moralmente porque obra sobre seres racionales; pero los efectos de la causa social en el orden histórico son tan ciertos como los de la causa física en el orden cósmico. En uno y otro caso, sin excepción alguna, siempre que se reúnen unas mismas circunstancias se producen unos mismos efectos[1041].

Así se podía explicar la simultaneidad de las evoluciones históricas de muchas naciones que formaban un continente. Pero Letelier advertía que esta visión podía ser entendida como materialista (o más bien determinista) y en seguida, explicaba su concepción de la historia:

A primera vista esta doctrina aparece manchada de materialismo porque no se acierta a conciliar la necesidad de los acontecimientos históricos con la libertad de las acciones humanas. De aquí proviene que mientras los arbitristas la impugnan por salvar la existencia del libre albedrío, los deterministas la defienden para afirmar la existencia de la ley social. Por mi parte, creo que con sólo distinguir al hombre de la sociedad, se pone de manifiesto que las acciones humanas pueden ser libres aun cuando los acontecimientos históricos estén sujetos a la ley inflexible de la causalidad[1042].

Para sostener esto Letelier recurría a dos autores. Primero el local Miguel Luis Amunátegui que en la introducción a *Los precursores de la Independencia de Chile*, del que ya hemos hablado, expone las dos doctrinas citadas la del "determinismo" y la del "libre albedrío" que concluía coincidentemente con las certezas de Letelier respecto de que en la historia las "causas generales modifican el rumbo de los acontecimientos" pero la voluntad humana los dirige. El otro es Labriola y su obra *Le materialisme historique* de 1897; esta es la única mención a una doctrina marxista en el extenso aparato crítico que maneja nuestro autor y por la cual no manifiesta mucho acuerdo. También citaba a Kant y su célebre ensayo *Idea de una historia universal desde el punto de vista de la humanidad* (1795) y a Lenglet du Fresnoy y su *Supplèment de la methode pour étudier l'Histoire*, de 1740. Con ello infería que la voluntad individual, cuando no se sometía a las tendencias sociales, podía retardar los acontecimientos y modificar su rumbo o alterarlo de alguna forma pero no podía impedir que las tendencias operaran de acuerdo al "estado social" que finalmente dominaba:

En suma, -concluía Letelier apoyándose en Mill y Comte- siendo cada cual dueño de rebelarse o someterse, de ponerse al servicio de la reacción o de la revolución, es evidente que la

---

1041 LETELIER, 1900, II, pág. 424.

1042 Ibid.

necesidad puede coexistir con la libertad porque si los acontecimientos se efectúan necesariamente, los actos se ejecutan libremente[1043].

Por ello, la acción social que efectuaban los "grandes hombres" (militares, estadistas) fácilmente se podía entender que, por su posición social o política, hacían libremente su voluntad en la historia. Así criticaba a varios autores, entre ellos al mismo Amunátegui y sus *Precursores*, y citaba también a Bourdeau y Spencer, para criticar estos planteamientos que creían que la ley de la causalidad social había quedado suspendida a principios de siglo, cuando apareció la figura de Napoleón I quien "jamás obedeció más que a su capricho soberano"[1044]. Para nuestro intelectual ello era falso puesto que si bien el emperador francés había escalado al más alto sitial lo había hecho aprovechando las oportunidades que se le fueron dando: durante la primera etapa de la revolución fue un patriota, pero este cariz lo cambio cuando las potencias reaccionarias amenazaron la soberanía francesa, aprovechó para asumir todo el poder y transformarse en un autócrata: "A la luz de esta doctrina, se ve con claridad cuáles son los estadistas, los legisladores, los moralistas, etc.". Su estrepitosa caída probaba que su acción personal tenía los límites que el momento histórico le impuso, el "impulso espontáneo de la sociedad" que no era otra que la mencionada ley:

Esta ley en virtud de la cual los acontecimientos históricos propenden a modificar el estado social en que se efectúan y cada estado social propende a desarrollar tendencias que realizan nuevos acontecimientos fue apellidada por Augusto Comte *ley de la filiación histórica*, sirve de luz para estudiar científicamente el pasado y ha sido adoptada en nuestros días como base para ejecutar la definitiva renovación de la historia[1045].

Letelier finalizaba su capítulo sobre la historia señalando que en Alemania, donde sabemos estuvo temporalmente antes de escribir el ensayo inicial que dio partida al trabajo que comentamos, se llamaba "pragmática" a la historia que exponía los acontecimientos como sucesos enlazados por relaciones de causa y efecto.

Resumiendo, podemos señalar un aspecto de este capítulo que salta a la vista. Pese a que Letelier estuvo en Berlín en el momento en que "historicismo" alemán elaboraba sus principales planteamientos, no hay ningún rastro de éste en su pensamiento histórico. Aunque en 1885 Wilhelm Dilthey, de una basta trayectoria, ya estaba en esa ciudad desde hacía tres años, resulta

---

1043 LETELIER, 1900, II, pág. 426.

1044 LETELIER, 1900, II, pág. 430.

1045 LETELIER, 1900, II, pág. 441. (cursivas en el original).

extraño que nuestro intelectual, preocupado desde hacía mucho por los temas de filosofía de la historia, no haya reparado en su obra y la de Wilhelm Windelband y de Heinrich Richter[1046]. En particular porque los trabajos del primero coinciden con el positivismo, y con el neokantismo, en su negación de la posibilidad del conocimiento metafísico, pese a que se separa de ellos por su oposición al naturalismo vigente en ese momento y por su postura contraria al mecanicismo de Comte. Consecuente con ello, tampoco la obra de Letelier menciona, como hemos visto, la hermenéutica (metodología central para el historicismo alemán) y sólo se dedica a la heurística.

Creemos que esta omisión puede deberse a varios razones. Primero, es necesario profundizar en algo que anotamos de pasada al principio, sobre la llegada de la Ilustración a Chile, de raíz fundamentalmente francesa, por la obvia conexión entre los reyes borbones galos e hispanos. Además, la preponderancia del idioma francés en el lenguaje de la ciencia fue avasalladora en el continente americano durante todo el siglo XIX, lo que además se manifestó en las modas de la elite chilena hasta entrado el siglo XX[1047]. Es más, los pocos pensadores alemanes

---

1046 Wilhelm Dilthey (1833-1911) fue profesor en Basilea, Kiel y Breslau antes de ocupar en 1882 la cátedra de historia de la filosofía en Berlín. Su obra, de carácter fragmentario, nunca constituyó un "sistema". Sus trabajos fundamentales son: *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883) y *Crítica de la razón histórica*. Wilhelm Windelband (1848-1915) elaborador de una historia de la filosofía realizada bajo un método "histórico-problemático"; en el contexto de la discusión que estableció la diferencia entre historia y sociología, dividió las ciencias en "nomotéticas" e "ideográficas". Windelband junto a Dilthey pertenecen a la corriente neokantiana que plantea el valor de "unificación del saber filosófico" que busca valores "universalmente reconocidos" (la verdad, la bondad, la belleza); fue él quien dividió las ciencias en nomotéticas e ideográficas; las primeras buscan "leyes generales", las segundas son "ciencias de sucesos" pues tratan de caracterizar hechos particulares. Heinrich Richter (18-189) estableció las nociones, muy influyentes en las discusiones posteriores, de "ciencias de la naturaleza" y "ciencias del espíritu".

1047 BRAVO LIRA. 1994. En la investigación histórica esto partió con la presencia de Claudio Gay en la primera elaboración de la historia "oficial" de Chile en su monumental obra en la década de 1830. Lastarria mismo, tanto en su etapa "pre-positiva" como después de haber leído a Comte, sólo recurrió a fuentes galas y opcionalmente a españolas, primero Quinet, y depués Comte y Mill (y sus obras escritas en francés, ni siquiera en inglés);

que leyeron los chilenos, lo hicieron en traducciones francesas y para aspectos muy acotados, en particular para el concepto de "historia universal" y fueron Herder y sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* y, más tardíamente, el ensayo de Kant *Idea de una historia universal* incorporado a la edición de *Augusto Comte y la filosofía positiva*, de Littré.

Por último, lo fundamental de esta omisión es que Letelier, interesado en fundar en Chile la sociología como ciencia de la sociedad, obviara el renovado aporte que implicaba el historicismo alemán al pensamiento histórico moderno. Esto le habría significado enfrentar dos enormes empresas: primero, un esfuerzo de interpretación y elaboración que en 1885 podía no estar en sus planes, pero que pudo haber efectuado posteriormente, cuando se propuso ampliar el plan de la obra inicial y elaborar la *Evolución de la historia* en la forma que hemos comentado. El asumir el historicismo alemán le habría implicado iniciar la crítica al positivismo y en especial a Comte, algo que no estaba dispuesto a afrontar y que consistía nada menos en superar el estrecho marco para las ciencias humanas que otorgaba el positivismo que traspasaba mecánicamente las leyes de la naturaleza a la sociedad.

7.2.- LA CONSTITUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

Desde que Comte sugiriera en 1838 el concepto *sociología* para referirse a las posibilidades de conocer científicamente la sociedad, apenas bosquejado dentro del ámbito de la filosofía positiva, hasta su formulación más sistemática por su discípulo Mill, menos de diez años después de la muerte del maestro, para "elevar el estudio de los fenómenos sociales al estadio positivo", transcurrió poco tiempo. Pero, de todos modos, en el ámbito europeo la sociología no se desarrolló como disciplina científica verdaderamente sino hasta fines del siglo XIX. En 1900 Durkheim escribía:

Nuestra ciencia nació sólo ayer. No debe olvidarse, especialmente considerando la favorable acogida que se otorga a la a la sociología actualmente ya que, propiamente hablando, Europa no tenía más que diez sociólogos quince años atrás[1048].

Un cuarto de siglo antes, en 1873, Herbert Spencer había publicado *The Study of Sociology*; pero la divulgación y recepción de este trabajo fueron posteriores, y de ello se encargó especialmente Charles Cooley, uno de los "padres" de la sociología norteamericana.

---

asimismo, en sus *Elementos de literatura* la mayor parte de las fuentes que Barros Arana utilizó eran de origen galo.

1048 DURKHEIM, en: BRÜNNER. 1988, pág. 24.

Alrededor de la última década del siglo XIX, el desarrollo institucional y disciplinario que la sociología experimentó en Europa fue en rápido crecimiento. En esta época René Worms creó el Instituto Internacional de Sociología, la *Revue International de Sociologíe* y la Bibliothéque International de Sociologie. El mismo Durkheim fundó en 1896 la revista *Anné Sociologique*, en torno a la cual se constituyó después la primera escuela de pensamiento sociológico. Los temas en torno a los cuales publicaría la revista comprenderían estudios acerca de "ciencias especiales –historia del derecho, cultura y religión, estadísticas morales, economía y otras pues son estas ciencias especiales las que ofrecen lo materiales con los que la sociología debe construirse"[1049]. Resumiendo , el desarrollo de la disciplina y su articulación institucional marcharon a la par con los medios especializados en su comunicación, en Alemania, Francia, Italia, Bélgica y otros países de Europa occidental lo mismo que en Estados Unidos.

Un análisis histórico de este desarrollo nos lo entrega Goran Therborn quien expresó que el discurso y el desarrollo disciplinario de "La sociología no pertenece al mundo de ideas de 1789. No es parte de la ilustración ni de la Época de la Razón. No se desarrolló como parte de la lucha de la burguesía contra la aristocracia del feudalismo y del absolutismo"[1050]. Esto coloca a la sociología como un fenómeno típico de las sociedades industrializadas y quizá en ello habría que buscar la razón de su tardía sistematización académica en países como los latinoamericanos. Pero también nos coloca sobre una paradoja: ¿Cómo fue posible que hubiese un intento de sistematización anterior, o al manos contemporáneo al europeo, en un país que ha sido caracterizado como de industrialización tardía, en manos de un intelectual chileno?. Esto porque –como lo ha establecido Brünner-, basado en los aportes de Kuhn, Habermas y Gouldner hay un traslape entre las ciencias naturales y la sociología en el nivel de su historia interna y su historia externa:

El contexto social, donde las teorías surgen y se desarrollan, se encuentra internamente anudado con las teorías, y éstas reflejan, por lo mismo, las concepciones del mundo y las autocomprensiones de los grupos sociales. Por eso, el discurso sociológico se encuentra en permanente tensión con otras clases de discursos que se refieren a la sociedad, especialmente con los discursos ideológicos[1051].

1049 Citado en: BRÜNNER, pág. 25.

1050 THERBORN, 1967, 117.

1051 BRÜNNER, 1988, pág. 27.

Pero ¿Cómo se formuló la sociología como disciplina científica en Chile? ¿Cuáles fueron sus cauces? y finalmente ¿Cómo explicar su tardío desarrollo como disciplina científica?

Por lo que hemos reseñado, el trabajo de Valentín Letelier tiene un doble mérito. Es "precursor" por su temprana aparición en el medio intelectual chileno y latinoamericano y por otro lado, ordena el papel que la sociología estaba llamada a ocupar en el análisis de la sociedad. Primero, respecto al plan de la obra, nuestro autor aclara que al principio en ésta iba a reseñar las "doctrinas de los más afamados sociólogos contemporáneos", pero este camino no justificaba su inclusión dentro de la *Evolución de la historia*, como conclusión lógica para una obra inspirada en el positivismo, es decir, a la "formulación científica" o, lo que es lo mismo, llevar la ciencia social a su etapa positiva. Por ello decidió exponer más bien sus propias ideas acerca de la sociología, "para esclarecer y complementar la teoría de la evolución de la historia, sin perjuicio de discutir a sus autores fundamentales".

Para Letelier la teoría histórica que suscribe, por su carácter "esencialmente anti inductivo", necesitaba los "esclarecimientos complementarios" que otorgaba la sociología:

Porqué hay que recurrir a la ciencia social para explicar el pasado es punto que se comprende con sólo advertir que siempre que nos proponemos estudiar las leyes naturales de un orden cualquiera de fenómenos, tenemos necesariamente que salir de la historia y que buscarlos en otras ciencias. [...] para estudiar las causas que sin perjuicio de la intervención del hombre, dan origen a los acontecimientos, a los acontecimientos que son hechos sociales, tenemos que hacer nuestras investigaciones en alguna ciencia que se consagre especialmente a estudiar sus leyes[1052].

El nacimiento de la sociología como disciplina, es decir, como ciencia que se especializara en estudiar la sociedad, no se conocía antes de los planteamientos de Comte, así como antes de Voltaire se creía conocer la historia por medio de las crónicas. Los planteamientos del segundo, especialmente en sus obras *Ensayo sobre las costumbres* y *El espíritu de las naciones*, habían permitido darse cuenta de la importancia de las sociedades. Con esto el campo de la historia había crecido, sumándose a ella "todos aquellos hechos que sirven para determinar el estado de las artes, de las industrias, de las ciencias, de las religiones y de las costumbres de los siglos pasados"[1053].

1052 LETELIER, 1900, II, pág. 444.

1053 LETELIER, 1900, II, pág. 445.

Pero esto no basta para convertir a la historia en ciencia social, dice nuestro autor, pues "una cosa es estudiar los hechos concretos del pasado, que además son irrepetibles, y otra muy diferente [es] determinar aquellos hechos generales y permanentes que se observan donde quiera que existe una sociedad más o menos desarrollada". Así, Letelier sostiene que hay dos tipos de hecho sociales, los particulares y aquellos que comparados con otros, ocurridos en otras sociedades, permiten establecer aquellos que "son generales y permanentes" o son parte de una "evolución" de las sociedades o la "historia".

De esta manera Letelier esboza un procedimiento metodológico para el estudio de las sociedades: primero –dice- hay que estudiar los hechos particulares (históricos), como producto de las circunstancias singulares que las producen; en seguida, estudiarlos desde el punto de vista "científico", es decir, "como fenómenos generales" que se producen y reproducen en determinados grados (o estadios) de la evolución social. Pero además advierte que bajo el término de "sociología" existen dos tipos diferentes de obras. Unas conformadas por "tratados filosóficos" que estudian los "fenómenos, las causas, la leyes, los métodos y las clasificaciones sociológicas en abstracto", a este tipo pertenecían el *Curso* de Comte, los *Principios de sociología* de Giddings (1899), los *Elementos de sociología* de Gumplowics u *Organismo y sociedad* de Worms, entre otras[1054]. Otras, que estudiaban la sociedad, las instituciones y los "fenómenos sociales" en concreto; si en las primeras se estudiaba la "filosofía de las sociología", acá se estudiaba la sociología misma; entre éstas citaba los *Estudios de sociología* de Sales y Ferre, las *Teorías modernas sobre los orígenes de la familia, la sociedad y el estado* de Posada y los tratados especiales de Laveleye, Starcke, Letourneau, Gresserie sobre la propiedad, la familia, la religión. La única que trataba ambos

---

[1054] Franklin Giddings es considerado uno de los padres de la sociología norteamericana junto con Ward, Sumner, Ross y Cooley. Aunque influenciado por Spencer, es un sociólogo anti evolucionista que estudia "el aspecto psíquico del fenómeno social" y considera la sociología como una "ciencia psicológica". Hemos consultado la edición argentina de 1944, en ella se incluyen los prólogos a la primera y tercera edición inglesa en que el autor expone su hipótesis fundamental acerca de la "conciencia de la especie" que origina la asociación, la organización y la conducta social. GIDDINGS, 1944, págs. 7-18. Ludwig Gumplowics, sociólogo austro-polaco, es considerado junto a Michels, Mosca y Pareto un teórico de las elites. René Worms, sociólogo francés, organizador del Institut International de Sociologie y de sus *Annales* (revista a la que Letelier recurrió frecuentemente), constituyó una escuela alternativa a la de Durkheim. BRÜNNER, 1988, págs. 75-76.

aspectos eran los *Principios de sociología* de Spencer que abarcaban la parte "abstracta y la parte "concreta" que "se debe tener por el tratado más completo que se ha escrito"[1055].

Desde su nacimiento –sostiene Letelier- la presencia de la sociología presentó un "conflicto de jurisdicción" con la historia, para ello la nueva disciplina debía especificar claramente cuáles eran los "fenómenos" que se dedicaría a estudiar. Pero la concepción sociológica de Letelier manifiesta un problema de inicio: aunque lo pretende explícitamente, tal vez por una lectura del positivismo que no deja de ser mecánica, no logra separar del todo el carácter de los fenómenos de la naturaleza del carácter de los fenómenos sociales. Citaba *El método sociológico* de Durkheim, el sociólogo de "más espíritu filosófico", que definía los fenómenos sociales –en palabras del chileno- como: "esas maneras de obrar, de pensar y de sentir que se forman fuera del individuo y que se imponen a él en fuerza de un poder coercitivo que traen aparejado"[1056]. Pero esta definición, se preguntaba, ¿caracteriza ella los fenómenos sociales en forma de poder siempre distinguirlos con sólo su auxilio? Para ello recurría a la certeza que ya había sumido que la voluntad y la acción individuales no se podían sobreponer a los fenómenos sociales, en resumen, el chileno pensaba que "la coerción es propia de todos los fenómenos naturales porque las causas externas que los ocasionan propenden a actuar sin tener en cuenta la voluntad humana"[1057].

Letelier no discute el concepto de "coerción" de Durkheim al que alude pero, que podemos ver, es algo cercano al actual concepto antropológico de "cultura" y que son:

Fenómenos sociales, son esas maneras de obrar que se llaman usos, hábitos, prácticas y costumbres; esas maneras de pensar que se llaman creencias, sistemas filosóficos, conocimientos

---

1055 Señalemos que José Joaquín Brünner hizo un recuento de la cantidad de veces que Letelier citó cada uno de los autores en que se apoyó (un "método" caro para la sociología de la ciencia) notando que tratándose de Comte mencionó "habitualmente" el tomo IV del *Curso*, lo cual es normal puesto que hemos visto, está dedicado a la "física social", lo que este autor llamaba la "renovación de las teorías sociales". A parte de esto, entrega información muy somera sobre los autores citados que hemos usado en las notas inmediatamente anteriores. Véase: BRÜNNER, 1988, págs. 75-78.

1056 Letelier se refiere a la conocida obra de Durkheim *Las reglas del método sociológico*, publicada en 1895. No sabemos que edición leyó el chileno, pues no la incluyó en la bibliografía y la citó incompleta en la página 449 de *La evolución*.

1057 LETELIER, 1900, II, pág. 450.

científicos; y esas manera de sentir que se imponen el amor a nuestros semejantes, la compasión de los desvalidos, la tolerancia de las creencia contrarias[1058].

Y no lo discute, porque para Letelier el concepto tenía una acepción más estrecha, enfocada hacía la educación formal, que hemos visto en *La lucha por la cultura*, y porque en ese momento ni la sociología en general tenía del todo especificado su campo, ni la antropología había avanzado en el mismo sentido. La coerción era entonces, esa "presión" que la sociedad ejercía sobre los individuos de manera de encausarlos dentro de los parámetros que definía como normales o eran la costumbre, que el chileno aceptaba en parte porque sostenía que habían fenómenos sociales que no entraban dentro de esta definición como la mortalidad por epidemias, la "formación evolutiva de las tradiciones, del lenguaje, del Estado", y otras. Para determinarlas había que establecer el objeto de la historia y la sociología, pues los mismos hechos sociales podían ser objetos de la investigación de ambas disciplinas:

Lo único que varía –sostenía Letelier- es el punto de vista: la historia los narra como sucesos únicos y a lo más determina el medio social en que una vez se produjeron ellos; la sociología los estudia como fenómenos generales e indefectiblemente determina el medio social en que ellos se repiten.

Vemos acá, aparte de una concepción reduccionista de la historia, la razón por la cual Letelier no la desarrolló más allá y la relegó a la mera narración de hechos "únicos e irrepetibles". En cambio, la sociología, "estudia estos hechos, los acopia con otros análogos, los compara entre sí, determina sus causas e infiere conclusiones". De esta manera los hechos sociales:

Son esos hechos que ponen de manifiesto el modo de ser de la sociedad en las diferentes fases de su desarrollo y a cuya realización concurre un número indefinido de hombres obedeciendo al impulso del medio ambiente o a la inspiración de las influencias que le educaron. El acto ejecutado por una sola persona es acto individual; pero el mismo acto ejecutado espontáneamente por muchos, esto es, convertido en costumbre, moda o práctica es hecho social porque pone de manifiesto el modo de ser de la sociedad[1059].

De esta manera diferenciaba cuando los hechos era de carácter específico se llaman "sucesos sociales" o "acontecimientos", cuando son de carácter genérico se llaman propiamente "fenómenos sociales". Así, apoyado en Gumplowics, podía delimitar los campos de acción de

---

1058 LETELIER, 1900, II, pág. 451.

1059 LETELIER, 1900, II, pág. 455.

ambas disciplinas, a la historia le correspondía estudiar los hechos específicos, pero los hechos genéricos, que sólo se descubrían por medio de "operaciones inductivas" eran objeto de la sociología[1060]. Los acontecimientos históricos son hechos sociales, pero como las circunstancias históricas cambian diariamente y no repiten jamás, los hechos históricos son de carácter "singular y específico" y no dejan lugar para "observaciones comparativas", no se podía llegar a conclusiones generales "ni interesan a la sociología sino en cuanto obedecen a la ley de causalidad social"[1061].

La sociología abarcaba en forma "real y genuina" el conjunto de los fenómenos sociales, cuando se los estudiaba por separado, en su carácter "especial y abstracto", se constituían las ciencias de la economía, la judicatura, la política, la filosofía, la estética, etc. Letelier reconocía a Comte como el fundador de las ciencias sociales pues antes de su obra los fenómenos sociales sólo se estudiaban de forma abstracta. Después, los fenómenos sociales, económicos, jurídicos etc., se los estudiaba en su especificidad social, económica, jurídica. Aunque sostenía que sólo existían fenómenos sociales de modo que aquellos que estudiaban los hechos particulares debían subordinar sus investigaciones y conclusiones a la sociología. De esta manera –sostiene Letelier- la única clasificación positiva era la que distinguía entre los fenómenos que constituyen el orden estático y los que constituyen el orden dinámico. Los primeros eran aquellos que "proceden de la organización actual de los elementos sociales", como la mortalidad de una población que reconoce sus causas en la salubridad del suelo y el clima, la higiene, las costumbres de los habitantes; los segundos "proceden de la vida de los elementos sociales", como la evolución de las creencias que pasan de fetichistas a politeístas y luego a monoteístas:

La estática –concluían Letelier- es como la anatomía del cuerpo social, a ella le corresponde estudiar la estructura de las sociedades y la trabazón orgánica de sus elementos. En ella debe encontrar sus fundamentos la política del orden. La dinámica es como la fisiología del cuerpo social: a ella le corresponde estudiar la vida de las sociedades y el desarrollo armónico de sus elementos. En ella debe encontrar sus fundamentos la política del progreso[1062].

1060 Gumplowics, que distinguía entre fenómenos sociales e intelectuales, establecía que los primeros no se podían percibir con los sentidos puesto que no se podían producir sino con la acción de muchos hombres, mientras que los fenómenos intelectuales se producen por la racionalización individual. GUMPLOWICS, 1896, pág. 106.

1061 LETELIER, 1900, II, pág. 456.

1062 LETELIER, 1900, II, pág. 460-461.

Después Letelier revisaba la "causalidad de los fenómenos sociales", su planteamiento era que, al igual que las ciencias naturales, se constituyeron para determinar las causas naturales de los fenómenos que estudiaban la sociología debía probar que los fenómenos sociales "están sometidos a la ley universal de la causalidad, para poner de manifiesto que son fenómenos naturales al igual que los fenómenos físicos". Esto no era tarea fácil pues en los "órdenes inferiores" (de la naturaleza), las causas naturales se imponen fácilmente cuando se eliminan las explicaciones teológicas y se descubren la regularidad de esos fenómenos. Mientras que, en el orden social, que Comte concebía más complejo que el orden de la naturaleza, para detectar las regularidades había que valerse de la inducción, antes que de observación directa; además, la intervención del hombre en la realización de los fenómenos sociales parecía eliminar la acción de las causas naturales.

Esta dificultad se mantenía –explicaba Letelier- porque los "historiadores vulgares" explicaban los acontecimientos como fruto directo de la voluntad de los gobernantes dando a la acción política una eficacia absoluta. Además las explicaciones metafísicas, que no buscaban explicaciones naturales, intervenían buscando una finalidad distinta en los fenómenos sociales. Finalmente (y acá contrastaba los aportes de Durkheim Comte y Abramowski), había una "escuela psicológica" que intentaba convertir a la sociología en un capítulo de la psicología "buscando en el ser moral del individuo la causa de y la raíz originaria de todos los fenómenos sociales". Si bien Letelier admitía que la sociología no podía prescindir de la psicología, el error era subordinar la ciencia superior a la inferior; el chileno era partidario –y en esto seguía claramente a Durkheim-, de una concepción del orden social ligado al orden biológico a través de esta última disciplina que servía para "conservar la unidad de la naturaleza y de la ciencia", sin embargo, sostenía que no se podían subordinar los fenómenos sociales al "ser moral del individuo". La determinación individual de los hechos, decía, sólo era válida en el orden moral y en el orden histórico, es decir, cuando se trata de explicar la intervención de un solo individuo en un fenómeno social. Pero la misma determinación no era válida en el orden científico pues es muy difícil determinar científicamente móviles tan subjetivos: "Dado el diferente grado de eficacia que la acción individual y la acción social tienen, se puede explicar lo que es el hombre por lo que es la sociedad, pero no se puede explicar lo que es la sociedad por lo que es el hombre". El hombre, por sí solo, independiente de la sociedad, era incapaz de efectuar cambios sociales porque, en definitiva, "no hay fenómenos sociales sin causas sociales"[1063].

En la historia, sostenía Letelier, las causas sociales no surten efectos importantes sino en el largo plazo. Todas las causas sociales actúan en conjunto formando una sola que es la sociedad, ésta es la que va poniendo en movimiento sus tendencias: "Es, en efecto, la sociedad la que va

---

1063 LETELIER, 1900, II, pág. 465-468.

poniendo en actividad sus tendencias, ocasiona en cada época los hechos de carácter social, sean ellos específicos, los acontecimientos, o genéricos, los fenómenos". Por ello criticaba el "monocausalismo histórico", diciendo que se equivocaban los que pretendían todo el desarrollo histórico a un tipo específico de causas, aunque admitía que era normal confundirse porque actuando un número grande de causas en el desarrollo de los elementos sociales, la tendencia de uno solo puede explicar el los sucesos que en realidad producía la sociedad entera. Su crítica fundamental se dirigía al materialismo histórico de Labriola y Abramowski pues sostenía que esta escuela atribuía a "causas puramente económicas todo el desarrollo histórico". Pero tampoco guardaba sus reparos hacia los historiadores que confundían las causas ocasionales con las realmente determinantes confundiendo la "acción individual" con la "acción social"[1064].

Esta postura teórica y epistemológica de Letelier coincidía con sus certidumbres políticas. El radicalismo, ya lo hemos señalado, si bien había nacido como una tendencia dentro del liberalismo (como un liberalismo "rojo" o de izquierda), era contrario al individualismo del liberalismo clásico, por lo tanto contrario a explicar los sucesos históricos o sociales por la acción de un solo hombre. De ahí su discurso "social", su preocupación por la sociedad y ya no tanto por el individuo y también su propuesta del Estado docente y por lo tanto su reticencia a la libertad de educación: "En suma –decía Letelier- se pueden explicar todos los fenómenos sociales sin nombrar a ninguno, absolutamente a ningún personaje histórico" y aquí si se coincidía con Labriola al sentenciar "Basta el medio social para explicar los hombres, los acontecimientos y los fenómenos"[1065].

Pero esta última certidumbre no bastaba. Las causas sociales actuaban espontáneamente en la sociedad, ellas explicaban la evolución de la propiedad, la familia, las creencias, el Estado, etc. Pero esto se podía aplicar sólo a las sociedades europeas y no a las "sociedades indígenas" como la China, la polinésica o la africana. Para explicar esto se apoyaba en Gumplowics que negaba la concepción de la unidad genealógica de la humanidad (monogenismo) y la explicación del origen de las razas como bifurcaciones de un solo tronco y que sostenía la espontaneidad del desarrollo social. El sociólogo ruso la explicaba en *La lucha de las razas* como los distintos grupos humanos

---

1064 Letelier citaba entre los primeros a Labriola *Le matêrialisme historique* y los *Ensais de la conception matérialiste de l'Histoire* (1897) y de Abramwoski *Le materialisme historique* (1898); y entre los segundos a Zurita los *Anales de la corona de Aragón* (1610), de Bordeau *L'Histoire y les historiens* (1888) y de Gumplowics *Sociologie et politique* (1898). LETELIER, 1900, II, pág. 469-470.

1065 LETELIER, 1900, II, pág. 471.

cuando habían tenido contacto entre sí habían permanecido en la inercia, en cambio los que habían tenido contacto se habían desarrollado pues cada grupo social impulsa al otro a avanzar, por consiguiente, había que suponer "la multiplicidad de orígenes y la pluralidad de desarrollos". Aunque Letelier no aceptaba del todo esta hipótesis, que podía ser aplicada sólo a las sociedades más atrasadas, porque en aquellas era un hecho "perfectamente positivo"; mientras que, en las más adelantadas, era la competencia industrial la que estimulaba el desarrollo. Pero tampoco esto último se podía aplicar del todo puesto que "... cuando un pueblo ha sido ganado por el espíritu del progreso, el simple deseo de mejoramiento incita a operar cambios continuos en su estado social". Con esto último Letelier aceptaba la hipótesis comteana de que en la sociedades industriales, una vez alcanzado el estado positivo, las luchas, los conflictos, en especial las guerras, dejarían de ser funcionales y el progreso se volvería constante e infinito. A su vez negaba por omisión la hipótesis del materialismo histórico que es la lucha de clases, y no de razas, la que mueve a la historia.

El siguiente punto que Letelier desarrolló fue el de la "regularidad de los fenómenos sociales" que era comprobada mediante la demostración estadística. Apoyado en Buckle y Bain sostenía que esta regularidad había sido descubierta no por "investigadores sistemáticos empeñados en sujetar los hechos a leyes generales", sino por funcionarios de gobierno encargados de las estadísticas que observaron que ciertos fenómenos, como los matrimonios, los nacimientos, la muerte e incluso los suicidios, se repetían en la población con una regularidad casi exacta mientras no cambiasen las circunstancias sociales. De esta manera, "se llegó a demostrar experimentalmente que la libertad del humano albedrío no alcanzaba a perturbar de una manera sensible la regularidad de los fenómenos sociales". Para nuestro intelectual incluso la voluntad humana estaba determinada por "motivos racionales que dejan prever su determinaciones" y no por "impremeditados caprichos" y ella obraba de manera regular[1066]. Esta aseveración planteaba serios problemas para la constitución de la disciplina sociológica:

Probar que el libre albedrío procede en virtud de móviles racionales es demostrar que no se necesita recurrir a la hipótesis de las causas naturales para explicar la regularidad de los fenómenos sociales. Hasta ayer no se había podido constituir la sociología porque la aparente irregularidad de estos fenómenos parecía ser rebelde a toda generalización. Hoy tampoco se la puede constituir porque la intervención regular de la voluntad explica el orden social. pero es lo contrario, porque la

---

[1066] Letelier citaba la obra que ya hemos conocido de Buckle *Historia de la civilización en Inglaterra* y de Bain *Lógique inductive et deductive*. LETELIER, 1900, II, págs. 475-477.

misma estadística que pone de manifiesto la regularidad de algunos hechos sociales, demuestra también la vigencia de la ley universal de la causalidad[1067].

Fenómenos como la regularidad en los matrimonios, que se veía alterado sólo, por ejemplo, frente a crisis económicas, probaban que la "absoluta prescindencia del libre albedrío; lo mismo ocurría con la criminalidad y los suicidios. El análisis que hacia Letelier de este aspecto finalizaba con cuatro conclusiones; primero, Bucle y Stuart Mill habían demostrado que se podía predecir bajo ciertas condiciones, el número de matrimonios, de suicidios, crímenes, etc.; segundo, que los hechos demostraban la regularidad de los fenómenos sociales y su sujeción al imperio de las causas generales, independientes del albedrío humano; tercero, que del análisis de estos hechos se delimitaban las diferencias entre la sociedad y el hombre, porque las leyes de las proporciones estadísticas, "que se cumplen rigurosamente en todas las poblaciones de alguna importancia", no obligaban al sujeto considerado individualmente; y cuarto, los mismos hechos sirven para establecer los límites de la predicción en el orden social. Pero acá se manifestaba contrario a las lecturas mecánicas de Comte que sostenían que, en cuanto se determinara la regularidad del orden social, se podía prever, al igual que en la astronomía, todos los fenómenos futuros. Letelier se apoyaba en Spencer y su obra *Introducción a las ciencias sociales* para sostener que la previsión era restringida, que sólo era aplicable al orden cósmico, pues en el orden social no era circular, como lo había sostenido Vico, sino "indefinido y rectilíneo". Esto porque:

[...] los efectos de las causas normales son de continuo modificadas por las causas perturbadoras, las cuales suelen actuar en tal número, con tanto vigor y de manera tan imprevista que burlan completamente las previsiones más razonables. Siempre que renunciemos a la pretensión de fijar fechas, podemos prever el desarrollo que las sociedades más atrasadas adquirirán en el futuro indeterminado hasta igualar a las más cultas, pues este desarrollo ya nos es conocido. Pero no podemos prever el de las sociedades más adelantadas por cuanto él sigue un camino que nos es absolutamente desconocido[1068].

Después de demostrar la regularidad de los fenómenos sociales seguía comentando su leyes, ¿Se podían ellas inferir de ésos algunas leyes que explicaran satisfactoriamente las estructura y el desarrollo de las sociedades?. Letelier definía la existencia de una ley científica cuando "hay una causa que actúa permanentemente de manera que siempre que se reúnen unas mismas circunstancias, surte unos mismos efectos", aunque citaba a varias obras, esta definición le

---

1067 LETELIER, 1900, II, pág. 478.

1068 LETELIER, 1900, II, pág. 483.

pertenece y establecía que cada definición tenía por común la idea de que el "hecho se repite indefectiblemente siempre que se reúnen las circunstancias respectivas"[1069].

Para nuestro autor esta era una verdad innegable, si variaban los efectos es porque alguna de las causas se había modificado y producido alguna irregularidad y no porque la ley dejara de operar y ponía como ejemplo la gravitación universal. De ello se derivaba que el problema se reducía a determinar si los fenómenos sociales era efectos que se producían regularmente, en virtud de alguna causa constante, o irregularmente, originada por alguna causa perturbadora:

Pues bien, esta determinación está ya hecha: según lo hemos demostrado más arriba, hay una causa constante, cual es la sociedad, que actúa permanentemente en el orden superorgánico y que surte unos mismos efectos siempre que se reúnen iguales circunstancias. Esta causa actúa en conformidad con dos leyes fundamentales: la del *consensus*, que rige el orden estático y la de la *evolución*, que rige el orden dinámico[1070].

En el primero de estos órdenes Stuart Mill había establecido que todo aquello que afectara un elemento cualquiera del "estado social" afectaba a los demás elementos. Además, Letelier planteaba que no se podía estudiar teórica o prácticamente una sociedad bajo un aspecto, sino lo hacemos bajo todos los posibles ya que "no hay fenómeno social que en mayor o menor grado no sufra la influencia de todas las causas que influyen sobre los demás fenómenos sociales contemporáneos", y para ello, agregaba, estaba la comprobación estadística[1071]. Esta propiedad que relacionaba íntimamente los elementos y los fenómenos sociales era la que conformaba la estática social y a ella la sociedad debía su naturaleza orgánica y agregaba: "Ella es la que nos enseña que sólo por abstracción se puede hablar de fenómenos morales, políticos y económicos, puesto que todos son en realidad fenómenos sociales". En el orden dinámico, la segunda ley que regía el orden social era la ley de la evolución que explicaba las uniformidades de la sucesión y que no era otra que la "ley de filiación histórica", establecida por Comte, que tomaba este nombre en la historia

---

1069 Letelier citaba *Les Lois sociologiques* de Green, *Patologie sociale* de Lilienfeld y *Problémes d'Economie politique et de Statique* de Rümelin y el *Systeme de logique* de Stuart Mill, pero por el tema y la familiaridad con el autor, parece ser esta última en la que se apoyó fundamentalmente. Véase: LETELIER, 1900, II, pág. 484 y, en especial, nota "af".

1070 LETELIER, 1900, II, págs. 485-486. (cursivas en el original).

1071 STUART MILL, 1880, II, VI, cap. IX, citado en: LETELIER, 1900, II, pág. 486.

cuando se trataba de explicar los acontecimientos y de "evolución" para explicar sociológicamente la "generación de los fenómenos sociales"[1072].

Pero Letelier se negaba a fijar en abstracto qué aspectos sociales estaban sujetos a la ley de la evolución, dado el estado actual de desarrollo de la sociología; pero adelantaba que mientras la constitución de Estado se regía por esta ley, la de los gobiernos no, porque cambiaba en cada pueblo y a medida que las circunstancias lo necesitaran. Evidentemente de acá se deriva una teoría política; para nuestro autor, los tiempos que se vivían posibilitaban que, desde el punto de vista de la estática social, el Estado debía ser "liberal" y republicano, más allá de que esta situación haya sido interrumpida por la dinámica social del gobierno dictatorial de Balmaceda o por las continuas presiones que el conservadurismo ejercía sobre el Estado; éstas no alteraban la "evolución social". Lo mismo sucedía con las bellas artes que estaban sometidas a la evolución mientras que el desarrollo industrial permanecía "más o menos regularmente".

Pero acá hay una segunda diferencia importante con el liberalismo de principios de siglo. El concepto de evolución que manejaba Letelier no era el de "progreso" derivado de la ilustración: "En las obras políticas de los ideólogos, inspiradas más o menos indirectamente en las doctrinas sociales de Condorcet, la noción de esta ley aparece muy desnaturalizada por causa de su entrecruzamiento con la noción empírica del progreso". Dos situaciones saltan a la vista acá: primero, la acepción particular del concepto de "ideología" derivado del iluminismo que acuñó concretamente Destutt de Tracy (que hemos visto en el capítulo primero en la nota dedicada a este autor); lo otro es el concepto de lo "empírico" que maneja, que más bien está relacionado con la "casuística", es decir la nula fijación de leyes para estudiar la sociedad (y con ello la derivación automática de pseudo leyes científicas), que con el empirismo de raíz escocesa manejado por Bello.

[1072] LETELIER, 1900, II, pág. 487. Lo que separaba epistemológicamente a Comte de Mill era el individualismo radical de éste, influencia de Jeremy Bentham y de la tradición filosófica escocesa, contra el colectivismo comteano que percibía al individuo como una abstracción donde lo primario era la sociedad. Así, mientras que el discípulo era un "individualista metodológico", el maestro era un "colectivista metodológico" extremo, sobre todo en su última etapa del *Sistema de política positiva*. Como consecuencia de esta impronta intelectual, Mill le reprochó a Comte la inexistencia de una teoría del conocimiento, aspecto sustantivo del individualismo, mientras el maestro se conformaba con fijar su interés en la lógica del descubrimiento, o de la invención, que, por sus características, se centra en los procedimientos de la investigación y menosprecia la lógica de la ciencia. NEGRO PAVÓN, en: MILL, 1977, págs. 16 y 17.

Algo similar sucede cada vez que cataloga una obra o una cierta operación intelectual de "materialista", el concepto lo usa más bien en una acepción vulgar y peyorativa, que ligado a la escuela filosófica que lo acuñó. Lo importante es que de ello se deriva que la idea fundamental de Letelier, o más bien su noción científica central, es el "evolucionismo" y no la teoría del "progreso indefinido" ¿Cómo es esto?: "En la idea de evolución –nos explica- no va absolutamente envuelta la de mejoramiento. A menudo sucede lo contrario, que el *desarrollo* no se puede operar sino a costa del *progreso*" y junto con su evolucionismo se mostraba como un organicista típico puesto que ejemplificaba haciendo una analogía con el organismo animal donde "se desarrollan los miembros sanos hasta completar el desenvolvimiento de su estructura y de su vitalidad y los tumores del cuerpo hasta completar el proceso de la enfermedad". En la sociedad, concluía, se podía desarrollar los buenos y malos elementos. A esta certeza llegaba después de analizar las obras citadas de Comte y Stuart Mill y *L'Histoire considerée comme science* de Lacombe, *Le materialisme historique* de Labriola y los *Opúsculos de filosofía positiva* que tradujera de Littré[1073].

Aunque este no es un rechazo absoluto a la noción de progreso, sino más bien al progreso indefinido, pues reconoce que a la larga hay mejoramiento de las "condiciones económicas, intelectuales y morales", esto no ocurría en forma definitiva sin que hubiese un "transitorio empeoramiento". Para ello ilustraba, entre otros ejemplos históricos, con las sociedades europeas, más cercanas al estado positivo, que desde el siglo XV habían experimentado una "agravación de los males sociales" de los que se valían los reaccionarios para combatir las instituciones nuevas. Por ello, concluía nuestro intelectual, el historiador debe narrar los acontecimientos, sin dejarse llevar por un optimismo ciego: "Cuando la ciencia proclama la ley de filiación histórica, lo único que señala es que ellos se realizan bajo el impulso incontrastable del estado social; pero no afirma, ni puede afirmar que todo lo que acontece en fuerza de la misma causa, signifique un progreso". Así, frente al riesgo de convertir a la historia en una eterna apología, había que advertir que las tendencias sociales pueden llevar al bien o al mal, que no todo desarrollo es progresivo, que la evolución podía ser progresiva o regresiva: "... y que al demostrar que los acontecimientos son fenómenos naturales, o sea, hechos que obedecen a la ley natural de la causalidad, la ciencia no se declara acerca de su bondad moral"[1074].

1073 LETELIER, 1900, II, pág. 488. (cursivas en el original).

1074 LETELIER, 1900, II, pág. 488. Letelier citaba a Greef, un sociólogo organicista Belga, cuya obra fundamental es *Les lois sociologiques* (1893), para señalar que la regresión social analizada por este sociólogo se efectuaba siempre "uniformemente"; según Greef los fenómenos son de siete clases y se debían enumerar en el orden

Pero ¿cuál era el método particular de la sociología que la hacía distinta de la historia? Letelier explicaba que en su *Sistema de Lógica*, Stuart Mill planteaba que éste no se podía establecer *a priori*, si antes realizar algunas investigaciones exitosas. En ello se diferenciaba la sociología del derecho y la moral a los cuales se imponían "métodos ideológicos", de la misma manera que éstos imponían reglas de conducta a los hombres. Esto por que el mismo Mill había fracasado cuando había querido imponer el método deductivo a la sociología tratando de hacer que la ciencia social derivara del estudio de la naturaleza humana[1075].

Por lo anterior, Letelier pretendía averiguar los métodos de investigación propios de la sociología no en los filósofos sino en las investigaciones de los sociólogos. Así establecía una verdaera guía para el estudio científico de la sociedad. Para ello fijaba como primera regla "...estudiar directamente los hechos sociales renunciando a explicarlos por medio de especulaciones abstractas", éste era el único camino para superar las explicaciones teológicas y metafísicas. Puesto que la ciencia no es más que un conjunto de generalizaciones y que estas se formaban reduciendo muchos hechos específicos a un solo hecho general, la sociología no se podría formar como ciencia positiva, sin observar la manera como los hechos sociales se generan y desarrollan. Establecido esto, pasaba a la segunda regla: puesto que los hechos de la naturaleza eran complejos, podían ser estudiados por cada ciencia de una manera particular; por su naturaleza, los hechos superorgánicos se estudiaban comparativamente. La comparación era un método que se usaba desde hacía un siglo con grandes ventajas, no sólo porque había abierto un amplio campo a las investigaciones de mitología, filología y derecho comparados, sino también porque permitía "graduar la civilización de los pueblos sin peligro a errar... el estudio comparativo –agregaba- nos permite medir el desarrollo alcanzado por aquellas instituciones sociales que viven sometidas a la ley de la evolución". Ahora bien, si como lo había establecido, habían fenómenos sociales que por su

---

siguiente: 1° económicos, 2° domésticos, 3° artísticos, 4° científicos, 5° morales, 6° jurídicos y 7° políticos, ordenados así por su "complejidad y especialidad crecientes"; cuando sobrevenía la "decadencia social" ocurría en orden inverso, primero en el orden político, luego en el orden jurídico y así hasta volver a los "modos incoherentes y simplemente automáticos de las formas primitivas". Mientras que para Lilienfeld la evolución, regresiva o progresiva, podía comprender todos los fenómenos sociales y mientras algunos progresaban, podía haber regresión en otros. LETELIER, 1900, II, págs. 490-491, nota "añ".

1075 LETELIER, 1900, II, pág. 492.

naturaleza se dividían en estáticos y dinámicos, sus diferencia no permitían someterlos a los mismos métodos de investigación:

A semejanza del biólogo –sostenía Letelier siguiendo su orientación organicista- que estudia la estructura del organismo para explicarse sus funciones, el sociólogo debe estudiar primeramente el modo de ser de la sociedad para ponerse en grado de comprender los sucesos y los fenómenos de orden dinámico[1076].

No ocurría lo mismo con los fenómenos de orden estático, que por su naturaleza, podía ser sometidos a la observación directa, porque en el estado actual del desarrollo humano, el investigador encontraba sociedades que correspondían a todos los grados de desarrollo social. Por el contrario, los fenómenos de orden dinámico no se pueden observar directamente porque se desarrollan a lo largo del tiempo, por lo que el investigador debía recurrir a investigaciones anteriores. De todos modos, tratándose de estudiar unos u otros, la observación personal es insuficiente por lo que indefectiblemente se debía recurrir a una multiplicidad de otros investigadores; ello daba un alto grado de imparcialidad y de generalidad que garantizaba el encuentro de la "verdad de las conclusiones del sociólogo". Para ello la sociología recurría a las disciplinas auxiliares como las históricas, sociales y antropológicas; todas ellas, "aparecen en último grado dedicadas al servicio exclusivo de la sociología" y sus generalizaciones. Algunas, como la estadística, la economía política o la etnografía, servían para estudiar los fenómenos relativos a la "estructura y estado social"; otras como la lingüística, la jurídica o la etnología servían mejor para estudiar el "desarrollo y la vida de la sociedad". Pero entre todas las disciplinas –como el mismísimo Comte lo reconocía-, era la historia "más que todas la otras ciencias auxiliares juntas", la que prestaba mejores servicios a tal punto que sin ella no se hubiese podido constituir la ciencia social porque no se hubiese podido descubrir la "ley fundamental del desarrollo histórico".

Lo que marcaba la diferencia entre las ciencias sociales y las naturales era que éstas se podían someter a la experimentación, como lo sostenían Greef y Worms, pese a que sociólogos como Donnat, que en su *Politique expérimentale*, planteaba someter a ciertas poblaciones a determinadas leyes para experimentar su eficacia social. Letelier rechazaba esta última posibilidad en virtud de la lentitud de los fenómenos sociales y de la multiplicidad de factores que jugaban en su producción y se hacía solidario del método de Durkheim de estudiarlos tal como espontáneamente se producen supliendo el método experimental por el comparativo. Pero el mismo error se cometía al tomar a la historia como una experimentación constante, del cual advertía Greef.

1076 Letelier citaba el volumen IV del *Curso* de Comte, los *Principios de sociología* de Giddings. LETELIER, 1900, II, pág. 495.

Si la experimentación es la capacidad de producir sistemáticamente fenómenos naturales para estudiar las condiciones de su realización, Letelier no acertaba a descubrir carácter experimental en los hechos: "que se efectúan bajo el impulso espontáneo de la sociedad". De allí se sostenía el chileno para afirmar que la doctrina anticientífica que le atribuía los fenómenos sociales a la voluntad humana inspiraba la falsa noción de que sin experimentación no hay ciencia. Se rebelaba contra esto por el hecho que la experimentación sólo servía a la física, la química y la biología pero no tenía aplicación en la astronomía, donde lo fundamental era la observación ni, por supuesto, en el orden social, donde la complejidad de los fenómenos necesitaba para su estudio acumular observaciones hechas en todas las sociedades de mundo y a través de toda su historia.

Resuelto esto, Letelier examinaba la "teoría orgánica de la sociedad". Nuestro autor sostenía que desde Platón y Aristóteles se había desarrollado la "filosofía social", había reconocido la existencia de los fenómenos sociales y, por lo tanto, la "necesidad de fundar la sociología". Desde entonces había dos grandes doctrinas que se habían esgrimido para explicar la naturaleza de la sociedad: la "orgánica" y la "inorgánica".

Para los sostenedores de esta última, la sociedad no era un "hecho natural", sino artificial; una obra que había hecho en algún momento y que podía deshacer voluntariamente. Era un reacción contra Aristóteles, quien atribuía al hombre naturaleza social, los inorganicistas concebían al hombre formado para vivir en el aislamiento y que sólo vive en sociedad porque ha sido sometido por la fuerza o por conveniencia. En estos casos, la sociedad era sólo una simple asociación o una "acumulación física y política de individuos que por tener existencia propia no se necesitan recíprocamente". Entre sus formuladores más célebres estaban Hobbes y Rousseau; este último admitía como única asociación natural a la familia, la que después de crecidos los hijos permanecía unida sólo por convención[1077]. Letelier criticaba estas posturas porque no consideraban los fenómenos sociales, no explicaban la regularidad de su ocurrencia y su modificación ocurrida sólo cuando cambian las condiciones externas; "semejantes doctrinas –sentenciaba- no sirven para informar la ciencia social".

En cambio la escuela organicista planteaba que el hombre "nace y se desarrolla indisolublemente ligado a sus semejantes". Al respecto el planteamiento de nuestro intelectual es el siguiente:

[1077] LETELIER, 1900, II, pág. 495. La idea proviene del segundo capítulo de *El Contrato Social*. véase. ROUSSEAU, 1983, pág. 28.

Hijo de la sociedad, él la necesita para conservar su vida, para subsistir, para asegurar su alimentación y su vestido, para construirse un techo contra la intemperie, para tener asistencia en la enfermedades, para hacer respetar su derecho y aun para procurarse los goces más puros y más dulces. Estas relaciones que unen al hombre con sus semejantes son anteriores a todo razonamiento; desde mucho antes que nos convenzamos de su necesidad, ya está formada la sociedad[1078].

Para Letelier la sociedad no era "una acumulación que esté condenada a disolverse cuando ellos se dispersen y esperanzada en reconstruirse al punto que vuelvan a reunirse", lo que en el fondo era una reacción ante el contractualismo hereditario del mismo filósofo ginebrino que tan profundamente había asumido el liberalismo del siglo XIX. Por el contrario, la sociedad era un hecho natural que no puede ser destruido ni por la fuerza, ni por convenio, "es una entidad psíquica que tiene existencia propia, que subsiste en el estado de dispersión rural y que no se puede confundir con los individuos que la componen"[1079].

La concepción sociológica de Letelier reconocía sus fuentes en dos tradiciones científicas: el evolucionismo y el organicismo, que en el somero análisis de uno de sus comentaristas contemporáneos era un "organicismo evolucionista moderado" [1080] . Ya hemos hablado introductoriamente de la primera de estas tradiciones a raíz de la publicación del *Origen de las especies*. Por la discusión que retomó Darwin que, hemos visto, rescataba las ideas de Lamarck expuestas a principios de siglo, e incluso las más actuales de Herbert Spencer, el evolucionismo llegó a ser un sinónimo de "darwinismo" y "lamarckismo". La mención de Spencer unió de alguna manera la filosofía positiva de este seguidor heterodoxo de Comte con el evolucionismo moderno. El filósofo británico definía evolucionismo como "la integración de la materia y la disipación concomitante del movimiento por el cual la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad determinada y coherente" para hablar de una "evolución cósmica" o "universal".

Así, en palabras de Letelier, el organicismo planteaba que la sociedad era un organismo biológico: "un organismo que se forma, se desarrolla, está constituido y tiene funciones y

---

1078 LETELIER, 1900, II, pág. .

1079 Letelier citaba acá al sociólogo alemán Schaeffle y la traducción italiana de *Struttura et vita del corpo sociale* (1881). LETELIER, 1900, II, pág. 502.

1080 BÜNNER, 1988, pág. 80.

enfermedades a la manera de cualquier especie animal". la complejidad actual que adquiría la sociedad no era óbice para esta concepción, pues se podían separar una parte sin que el organismo corriera peligro de morir o, al igual que los organismos protozoarios, se podía reproducir por segmentación:

[...] y así como en el individuo se distinguen unos órganos que sirven para procurar la nutrición del cuerpo, otros para distribuir los alimentos y otros para dirigir la actividad. Así en la sociedad se distinguen las funciones de nutrición o industriales, las de distribución o comerciales y las de dirección o gubernamentales[1081].

Apoyaba estas aseveraciones en Spencer y sus *Principios de sociología* y en la obra homónima de Giddings, así como en Worms y su *Organisme et société* y Duprat y su *Science sociale et démocratie*; pero entre éstos, destacaba a Schaeffle que planteaba que así como un sistema de células no puede existir independientemente y se mantienen unidas entre sí por una sustancia intercelular, la sociedad es "un sistema de familias que sólo viven y se perpetúan incorporadas en ella y unidas entre sí por la posesión común de los bienes exteriores". De la misma manera de que en un organismo las células nacen, se desarrollan y mueren sin afectar la continuidad del organismo, en la sociedad las familias transitaban por la misma vía sin que peligre la vida social:

Las células y la materia celular se unen para formar tejidos, los tejidos para formar órganos, los órganos para formar el organismo; y análogamente las personas y los bienes se unen para formar parentelas, tribus, clases, partidos, sectas, naciones, razas y con estos tejidos sociales se forman instituciones, esto es, los órganos sociales, los cuales unidos constituyen el cuerpo social[1082].

Hemos citado textualmente el comentario de Letelier a Schaffle no por el afán de abundar en un ejemplo ya expuesto, sino para denotar el estado del debate proveniente de, como hemos visto, una larga tradición científica que nuestro autor trae al Chile de fines del siglo XIX. Además, porque el mismo seguía ejemplificando como, siguiendo el argumento del alemán, podía extenderse las analogías a otras esferas del funcionamiento de la sociedad, hasta el punto de negar la posibilidad de estudiar a la sociedad sin la sociología y sin recurrir al análisis de la estática ni la dinámica social y fundar así una morfología, una fisiología, una histología social o una patología social, es decir, una "biología social". De esta manera, después de Spencer, una serie de sociólogos

---

1081 LETELIER, 1900, II, pág. 503.

1082 LETELIER, 1900, II, pág. 504.

entre los que se contaban el mismo Schaffle, Worms, Lilienfeld, Novicow y Bordier habían asumido el organicismo hasta desarrollar una biología social, antes que una sociología, estableciendo que ésta no podría constituirse como una "ciencia positiva" si no mira a la sociedad como un organismo. Esta situación había ratificado el Congreso Internacional de Sociología de 1894 que había declarado que "el estudio de las sociedades no puede tener carácter científico sino se las mira como organismos reales compuestos de células"[1083].

Pero esto, recalcaba Letelier, no pasaba de ser una moda intelectual, puesto que mientras Schaffle y Lilienfeld trataban de demostrar que entre la sociedad y el individuo hay semejanzas reales, Spencer y Worms sólo veían analogías posibles. Pero Spencer mismo daba la pista para resolver este problema pues no confundía el "orden orgánico" de los organismos biológicos, con el "orden superorgánico" de los organismo sociales:

Según la filosofía de Spencer –comentaba Letelier en una nota- la evolución se opera en el mundo inorgánico, en el mundo orgánico y en el mundo superorgánico. Evidentemente, al dar a los fenómenos sociales el nombre de superorgánicos, quiso manifestar que a pesar de las analogías que hay entre ellos y los fenómenos biológicos, subsisten las diferencias que autorizan para clasificarlos en órdenes diferentes y que imponen la necesidad de estudiarlos en diferentes ciencias[1084].

En el siguiente Congreso Internacional, celebrado en 1897, había ocurrido una reacción antiorganicista. Frente a ello Letelier exponía su opinión que partía reconociendo la posibilidad de establecer analogías entre la sociedad y los organismos animales pero estas analogías no podían concebirse como semejanzas reales, sobre todo anatómicas; ello porque éstas eran "simplemente aparentes y esencialmente subjetivas", puesto que en el momento de establecer la analogía no había acuerdo si era la sociedad la que hacía las veces de célula o era el individuo. Unas analogías establecían que el "cerebro" de la sociedad era el gobierno, mientras que para otras estaba en la "clase de los sabios, de los pensadores y de los filósofos" y algunas casi caían en el absurdo. Enseguida, exponía siete principales diferencias entre la sociedad y el individuo:

1° las relaciones sociales son de carácter psíquico; las relaciones celulares son de carácter fisiológico; 2° En el cuerpo las células siempre ocupan un mismo lugar y desempeñan una misma función; en la sociedad los hombres cambian continuamente de lugar y de función; 3° Los tejidos de individuo forman una masa continua; los elementos sociales se mantienen en un estado de

---

1083 LETELIER, 1900, II, pág. 506.

1084 Letelier citaba los *Primeros principios* y los *Principios de sociología* de Spencer. LETELIER, 1900, II, pág. 507.

desagregación, sin constituir masa; 4° El cuerpo del individuo tiene una forma específica; la sociedad tiene una forma incoherente e indeterminada; 5° El individuo se compone de partes inseparables, mientras que los elementos sociales tienen existencia propia y pueden existir segregados de la sociedad; 6° El proceso orgánico del individuo termina con la muerte, mientras que el proceso superorgánico de las sociedades parece ser indefinido, puesto que si algunas han sido destruidas por obra de causas externas como la guerra, no hay noticia de alguna que se haya extinguido por acabamiento natural; 7° La sociedad no desempeña funciones semejantes a la respiración, a la locomoción, a la digestión, a la fecundación, etc., etc.[1085].

De ello se derivaba que la estructura, naturaleza y actividad de la sociedad eran muy distinta de la estructura, naturaleza y actividad del individuo; a tal punto que las analogías elaboradas por los organicistas no sirven para explicar los fenómenos sociales, ni para saber el orden en que se deben hacer las investigaciones sociales, si lo estático antes que lo dinámico. Pero ello tampoco quiere decir que se debía rechazar totalmente al organicismo como lo hacía Labriola. Letelier planteaba que por cuanto la sociedad estaba sometida a las leyes del *consensus* y de la evolución era absurdo ver en ella un simple agregado de partes inconexas "negándole la naturaleza orgánica", esto porque: "Una entidad viviente cuyos elementos están recíprocamente ligados y se afectan unos a otros y se desarrollan siguiendo un proceso evolutivo es un verdadero organismo en el sentido más amplio de la palabra". ¿Dónde estaba entonces el error del organicismo? Para nuestro intelectual estaba en creer que "organismo" significaba lo mismo aplicado a la sociedad que aplicado al individuo:

El organismo ontológico es un compuesto cuyas partes están unidas fisiológicamente porque carecen de voluntad y de conciencia; y el organismo social es un compuesto cuyas partes no están unidas más que psíquicamente porque otra unión no es posible entre seres dotados de los atributos peculiares de una persona. Verdad es que las leyes del *consensus* y de la evolución rigen tanto en el orden social como en el orden biológico; pero también rigen en el orden cósmico porque son simples manifestaciones de la ley universal de la causalidad; y esta circunstancia no nos autoriza para confundir los tres órdenes en uno solo, por cuanto ellas actúan en cada uno de manera especial y producen en los tres, efectos diferentes[1086].

Así Letelier daba cuenta del intenso debate que se había desarrollado recientemente en Europa en torno a la extensa batería conceptual que se manejaba para llevar a cabo la investigación

---

1085 LETELIER, 1900, II, págs. 508-509.

1086 LETELIER, 1900, II, págs. 510.

sociológica. Esta discusión había girado en torno a los conceptos surgidos de lo que algunos llamaban la "metáfora biólógica" (Giddings, Posada), "organismos materiales" y "organismos sociales" (Dupray), "leyes biológicas" y "leyes sociales" (Garafolo), etc. A juicio suyo la "babelización" del lenguaje sociológico se debía fundamentalmente a la "pobreza de las lenguas" que llevaba a emplear estos conceptos y otros más básicos como organismo, consensus, desarrollo, vida, etc. "con un sentido en la biología y con otro análogo pero no igual en la sociología". Por ello el empeño presente por dotar a esta última de una terminología propia. Para solucionar esto Giddings había propuesto distinguir a las sociedades de los organismos llamándolas "organizaciones" mientras que otros como Novicow y Greef preferían llamarlas "superorganismos"[1087].

Finalmente Letelier retomaba el debate respeto de las diferencias entre historia y sociología puesto que este era el propósito de su extenso texto: analizar la evolución de la historia. Por ello tenía un propósito: "determinar ahora si esta ciencia ha llegado al grado superior de su desarrollo o si está condenada a sufrir una nueva transformación y a convertirse tarde o temprano en pura sociología". La anterior transformación la había convertido en una disciplina expositiva que adquirió carácter científico desde que había sujetado los acontecimientos a la ley de causalidad. Por ello, muchos la confundían con la ciencia social, como Fustel de Coulanges que sostenía que: "la historia es la ciencia de los hechos sociales, o sea, la sociología misma"; o como Worms que opinaba que: "la sociología es la historia de las sociedades humanas científicamente organizada"; mientras que Lacombe decía que historia y sociología se podían usar indistintamente. Frente a esta confusión Letelier planteaba que lo que existía era el desconocimiento de las naturalezas de una y otra disciplina: "elevando a la historia a la categoría de ciencia inductiva o rebajando a la sociología a la categoría de ciencia narrativa" [1088].

Pero la diferencia entre las disciplinas permanecía pese a que la historia recurría a las "inducciones sociológicas" para explicar los acontecimientos y que la sociología fundaba sus generalizaciones en los hechos históricos; cada una tenía campos y métodos propios de investigación. En esto seguía ortodoxamente a Comte y los planteamientos que había hecho en la lección N° 50 de su *Curso* dedicado a la estática social, es decir al análisis sincrónico de los hechos

---

1087 LETELIER, 1900, II, págs. 511-512.

1088 Letelier citaba de Fustel de Coulanges, la *L'Alleu et le domaine rural* (18); de Worms, su *L'Organization scientifique de l'Histoire*, (1894) y de Lacombe, *L'Histoire considerée comme sciencie* (1894). LETELIER, 1900, II, págs. 512-513.

sociales[1089]. Para demostrar esto Letelier ejemplificaba con demostraciones de cómo se debía hacer el estudio histórico y cómo el científico aunque ponía temas muy discutibles como la "dualidad de la naturaleza humana", es decir, la existencia del alma, para lo cual recurría a ejemplos cuya autoría le pertenecían desde la metempsicosis de los egipcios, luego de Israel y Grecia, pasando por Sócrates y Platón, hasta los padres de la Iglesia Católica, todo esto en el impresionante espacio de un párrafo. Y continuaba, "concluido el estudio histórico, procedamos al estudio científico", es decir, "determinemos de cuál estado mental es el fruto necesario esta creencia, a fin de explicarnos como llegaron a profesarla los egipcios, los hebreos y otros pueblos". Para ello recurría a los trabajos de Lubbock, Tylor y Bourdeau, es decir, a trabajos de antropología y filosofía, llegando a una conclusión científica: "En una palabra, el alma es una entidad metafísica inventada por la fantasía de los salvajes para explicar los fenómenos físicos del eco, de la sombra, de la reproducción especular y del movimiento mecánico más bien que de los fenómenos fisiológicos de la vida humana". También recurría a comparar como estudiaban el derecho de propiedad un historiador y un sociólogo, a través de la obra de Gumercindo Azcárate, *Ensayo sobre la historia del derecho de propiedad* (1879), que en tres volúmenes estudiaba esa institución en Oriente, Grecia, Roma, Germania, durante la Edad Media y después en cada una de las naciones europeas concluyendo que "bajo el punto de vista histórico, el *Ensayo* de Azcárate es un estudio erudito y complejo". Enseguida, analizaba la misma institución "bajo el punto de vista científico" recurriendo a la obra de Laveleye, "un afamado publicista belga" (no un sociólogo), *De la propiedad y de sus formas primitivas* (1886), quien probaba, "con gran copia de datos etnográficos", que en las sociedades "atrasadas" la tierra es inapropiable, intestable e inalienable; que en las de "civilización media" predomina la propiedad doméstica fundada en el derecho de primogenitura y que en que la propiedad individual era la culminación de la evolución de la institución. "Resumen: Azcárate estudia lo que fue la propiedad en los pueblos más civilizados de las Edades Antigua, Media y moderna; y Laveleye determina lo que es la propiedad en cada estado social". Concluía anotando la principal diferencia entre una y otra disciplina:

La historia es la constancia de los actos de intervención del hombre en la realización de los sucesos, en los adelantos de la industria, en los descubrimientos de la ciencia, en los cambios de las instituciones. La sociología estudia la industria, la ciencia, las instituciones, las creencias y todos

---

[1089] La lección N° 50 del *Curso* se titula: "Consideraciones preliminares sobre la estática social, o teoría general sobre el orden espontáneo de las sociedades humanas". COMTE, 1869, págs. 383-441.

los elementos sociales prescindiendo en absoluto de la intervención del hombre, mirándolos como cosas sujetas a la ley orgánica del desarrollo[1090].

Nuestro autor seguía tratando de delimitar el campo de la sociología a costa de la historia, sosteniendo que "no se la puede llamar ciencia de las sociedades cuando narra sucesos sociales como no se la puede confundir con la biología cuando narra sucesos de orden biológico... La ciencia que estudia las sociedades y los fenómenos sociales es la sociología". Mientras la primera narraba los sucesos de países determinados, la sociología era una "ciencia abstracta" porque podía abarcar la totalidad de las sociedades y porque su método inductivo permitía que sus generalizaciones adquirieran carácter positivo cuando no había ejemplo que la contradijera. Finalmente, la historia narraba hechos exponiéndolos cronológicamente y cuando llegaba a determinar sus causas era porque estas constaban en los documentos pero los miraba como hechos singulares e irrepetibles que no servían para inferir generalizaciones, sin exponerse a errores: "esto significa –concluía- que la historia es una ciencia concreta, una ciencia de hechos particulares". La sociología, por el contrario, era una ciencia general, que mediante la inducción convertía los hechos específicos en genéricos descubriendo entre ellos "relaciones de coexistencia o de sucesión" con los cuales formulaba generalizaciones[1091].

Letelier concluía este notable y monumental esfuerzo por fundar la sociología en Chile sosteniendo que "la historia es una exposición de hechos específicos, y la sociología es una exposición de hechos genéricos, o sea de leyes". Lamentablemente este último capítulo es el más débil de todo el texto y tal vez de toda su obra, no sólo porque en sus esfuerzos de separar aguas entre la historia y la sociología recurre a ejemplos pedestres y de difícil aceptación, sino también porque los funda sobre datos insuficientes. Reconocía primero el carácter científico que la historia había adquirido en el transcurso del siglo XIX, para después negárselo cuando se enfrentaba a la necesidad de justificar la cientificidad de la sociología. En definitiva, Letelier cae presa de la misma disputa de jurisdicción que denunciaba al comienzo. Creemos que esto se debe a varias razones, por un lado a una lectura ortodoxa de Comte que hacía aplicar la división entre ambas disciplinas sin examinarla más profundamente; además, se debe al mismo debate por el que pasaba la disciplina sociológica en ese momento: una fuerte querella entre las diferentes versiones del organicismo que, como hemos visto, se confundía con el evolucionismo; y finalmente, a que Letelier no era un sociólogo propiamente tal, que aplicara sus certidumbres teóricas al estudio concreto de la sociedad

---

1090 LETELIER, 1900, II, págs. 517.

1091 LETELIER, 1900, II, págs. 519.

chilena, sino más bien un teórico de la sociología, la historia, el derecho, la ciencia política y la ciencia en general.

Hemos visto que a lo largo de este capítulo, pero también a lo largo de toda su impresionante obra, para ejemplificar sus hipótesis recurrió a una gran cantidad de ejemplos sacados del la historia. Probablemente esto se deba al estado embrionario en el que estaban las investigaciones sociológicas en ese momento; de todos modos, si Letelier se hubiese dedicado a la investigación empírica, hubiese sido un sociólogo muy cercano a la historia o un historiador que hubiese tenido muy presentes los métodos sociológicos.

Cuatro observaciones finales. Primero, el extenso aparato crítico que ocupó Letelier en la elaboración de la *Evolución de la historia*, pero en particular en los capítulos dedicados a la ciencia de la historia y a la sociología (capítulos IX y X del segundo volumen), nos revela no sólo la meticulosidad con que abordó su elaboración, sino también su preocupación constante por estar actualizado en el tema; hay una gran cantidad de referencias de textos publicados los último diez años y dentro de éstos un número considerable dentro de los años 1898 y 1899. Lo único que empaña esta actualidad es, como lo señaláramos, su omisión a la escuela hermenéutica, del historicismo alemán, falencia que también se extendió al marxismo, que sólo examinó en su tradición italiana. Segundo, a lo largo de este texto Letelier intenta fundamentar la sociología como ciencia más adecuada que la historia para el estudio y la comprensión de la sociedad; para ello efectuó un doble movimiento, por un lado desacreditaba a la historia como disciplina científica capaz de estudiar eficazmente la sociedad; por otro lado, para fundamentar el carácter científico de la sociología frecuentemente recurría a analogías con las ciencias naturales, pese a que recurrentemente recalcaba que en los hechos sociales se deben buscar la explicación de los hechos sociales. Finalmente, hay que denotar que Letelier nunca llegó a hacer investigación histórica ni sociológica, en este sentido su actuación se asemeja a la de Bello, es decir, alguien que se dedica a sentar las bases epistemológicas de las disciplinas, pero no su demostración empírica; pero cuando recurre a ejemplos para ilustrar sus premisas demuestra un instinto muy agudo para determinar ciertos temas que la historia y en general las ciencias sociales han recogido posteriormente como el bandidaje social, el cohecho electoral, los medios por los cuales se propagan las religiones, etc.

.CONCLUSIONES

- EL POSITIVISMO CHILENO Y LA HISTORIA INTELECTUAL

Iniciamos este trabajo caracterizando a Chile de fines de la Colonia y comienzos de la República, como un país sometido a una situación geográfica que aislaba a su sociedad y que nos permitían explicar, al menos en parte, un desarrollo histórico y aun una identidad nacional particulares, si las comparamos con las de las naciones latinoamericanas. En este espacio surgió una nación conformada desde el Estado y desde el centro del territorio, dominada por la

aristocracia terrateniente, que logró constituir tempranamente un sistema político e institucional fuerte y centralizado. Este éxito estuvo acompañado de la ausencia de "vicios" que se experimentaron en otros países una vez lograda la independencia de España: caudillismo militar, caciquismo político, regionalismos fuertes o inestabilidad política, que redundaban en una incapacidad para consolidar la instauración de gobiernos republicanos.

Este proceso político de rápida constitución de una nación por medio del Estado, "desde arriba y desde el centro y hacia abajo y la periferia", se había iniciado a mediados del siglo XVIII, cuando las ideas ilustradas comenzaron a llegar paulatinamente a Chile. El iluminismo, que en Europa era un movimiento intelectual racionalista y crítico, que había surgido desde los bordes del sistema, en España fue cooptado por la Iglesia y la Corona, llegó a América desde el comienzo, dividido en tres tendencias. La llamada "ilustración católica", asumida por los sectores reformistas y modernizadores de la curia, fue apropiada por la jerarquía la Iglesia fundamentalmente para la lucha contra las congregaciones y el clero regular. Otra, "domesticada" por el poder político español, asumió la fórmula del despotismo ilustrado borbón y utilizada por la Corona para retomar el dominio sobre las colonias. Finalmente, una ilustración "laica y civil", que tenía más similitudes con el movimiento original, fue introducida en Chile por algunos criollos que viajaron a Europa o leyeron las ideas de los filósofos en libros traídos de contrabando. Todas estas tendencias que asumió la ilustración en Chile implicaron que la radicalidad de sus propuestas iniciales, tanto filosófica, como política y moral, fuera tamizada y diluida en esa adaptación. De todos modos lo que quedó de la propuesta genuina fue una clara tendencia hacia la modernización de la sociedad y el Estado, hacia la valoración del conocimiento científico y hacia una relavitización de las creencias que afectaron directamente al poder de la Iglesia sobre las conciencias. Este proceso de llegada de las ideas ilustradas a Chile implicó que la ciencia y el conocimiento modernos se fueran adentrando en una sociedad atrasada y aislada e introduciendo, paulatina y dificultosamente, cambios en las costumbres, la ideología, las mentalidades y la forma de entender al mundo de los chilenos decimonónicos.

El proceso de influencia del despotismo ilustrado en las instituciones educacionales y la Iglesia, se inició en las últimas décadas de la Colonia y se mantuvo pese a que la Independencia marcó un quiebre y constituyó una revolución anticolonial. Así, pese a la separación política y administrativa con la metrópoli, hubo una continuidad no sólo en la formación de las nuevas elites intelectuales, sino también en la política que aplicaba el Estado y que tendió a transformar a esta sociedad "desde arriba", tanto en el plano político e ideológico, como en el cultural y del conocimiento. La fuerza que adquirieron el Estado y las instituciones educacionales, fue transformando lentamente la cultura chilena. El proceso político de la Independencia y el intelectual y cultural de introducción de la ilustración, contribuyeron al

quiebre de la antigua elite social: por un lado quedaron los grupos tradicionalistas, que se identificaban con los valores de la sociedad colonial; por otro, aquellos que deseaban transformar las instituciones para introducir cambios en la sociedad.

Al comienzo de este trabajo planteamos como hipótesis central que a Chile se lo puede entender, pese a su homogeneidad lingüística, racial y familiar, como una sociedad dividida profundamente en dos bloques. La historia intelectual de esta sociedad está constituida por los enfrentamientos ideológicos, políticos y culturales entre dos fracciones de su elite: una liberal, democratizante, laica, modernizante, cientificista y otra conservadora, autoritaria, confesional, tradicionalista. El enfrentamiento entre esas dos culturas se produjo (y se sigue produciendo) incluso al interior de cada familia. Esto estructuró un tipo de conflicto particular puesto que si los enfrentamientos no fueron especialmente regionales, ni particularmente étnicos, sí fueron mayoritariamente políticos, culturales e ideológicos. Decíamos también que esta elite doble, había controlado la nación durante toda su vida republicana, y había logrado tempranamente traspasar sus esquemas culturales y proyectos ideológicos de nación, al resto de la sociedad lo que les permitió imponer y mantener una férrea división de clases. De esta manera, la historia cultural e intelectual de Chile podía "ser comprendida mediante los vaivenes, las oscilaciones o las dinámicas de esta dialéctica social y cultural que permanentemente pendula entre un extremo y el otro, sin lograr nunca imponerse ésta sobre aquella, en un 'empate catastrófico' que dividió y divide a la nación en dos bandos con igual fuerza". Por ello, este enfrentamiento se juega no en el campo social o económico, sino en el ideológico, en aquel espacio donde se cruzan la historia de las ideas y la historia de la cultura.

Desde recién iniciadas las luchas por la independencia la elite ilustrada, inspirada en las reformas borbónicas, fundó instituciones educacionales y culturales con un sello modernizador, como el Instituto y la Biblioteca Nacional, que fueron la base del desarrollo intelectual posterior. Este proceso fue continuado tanto por la dictadura de O'Higgins (1817-1823), como por los gobiernos "pipiolos", durante el proceso de consolidación de la Independencia (1823-1830). Pese a que a partir de este último año, los liberales perdieron el poder del Estado, los pelucones, el nuevo grupo que asumió la dirección de la nación, mantuvo en su interior junto a los sectores más tradicionalistas de la aristocracia, a importantes núcleos reformistas y modernizadores, que se beneficiaron de los esfuerzos anteriores y continuaron la difusión de las luces. Este proceso modernizador fue coronado con la fundación de la Universidad de Chile, institución de clara influencia ilustrada y borbónica, lo que se manifestó en especial en el papel de la Universidad como academia científica y literaria además como superintendencia de educación y en la relación directa que existía entre el Estado y el desarrollo educacional dirigido a establecer en la ciudadanía el imperio de la "razón ilustrada".

Desde esta perspectiva se puede entender que el Estado docente fue la política histórica del Estado chileno desde los primeros años de la Independencia y que ésta hunde sus raíces en la ilustración borbónica. También podemos visualizar el proceso de resistencia de un sector de la elite aristocrática chilena, refractaria y reaccionaria a los cambios y reformas, que trató de lograr garantías y excepciones para salvaguardar sus privilegios y su modo de ser social. De esta manera, podemos entender el peso que ese grupo tuvo a lo largo del siglo XIX, que se expresó en el sector más tradicionalista del peluconismo y luego en el conservadurismo ultramontano y que a partir de 1870 fue minoritario en el Congreso, pero logró desquiciar por algún tiempo el sistema educacional y bajo el lema de "libertad de enseñanza" trató de obtener franquicias para los colegios congregacionistas. La formación de la Universidad Católica en 1889 puede ser entendida como la derrota del tradicionalismo al interior de la Universidad de Chile, y la consolidación instituciones de los sectores modernizantes y liberales, pero no como una derrota total del tradicionalismo en la sociedad chilena, pues estos grupos se fortalecieron y consolidaron al interior de la universidad confesional y lograron proyectarse hacia toda la sociedad.

En forma paralela, y pese a la represión y retroceso cultural del primer gobierno pelucón (1831-1841), pequeños grupos de intelectuales iniciaron una ferviente y militante actividad que los llevó a ganar, palmo a palmo, cada vez mayor influencia y ésta se hizo adoptando y adaptando el liberalismo político a una sociedad cuya estructura social y cultural presentaba serios obstáculos para esta empresa. Junto con la difusión del liberalismo, estos grupos propagaron la razón ilustrada, el pensamiento científico y la modernización política y cultural. Ello los llevó a formar sociedades y academias científicas y literarias, es decir, que reproducían los moldes ilustrados tanto en la organización como en la clasificación del conocimiento. En estos espacios iniciaron y propiciaron una serie de debates políticos e intelectuales donde se confrontaron las ideas de los modernizadores y reformistas contra la tradición. En especial aquellas discusiones políticas que provenía de los sectores más radicalizados, como el socialismo utópico de Bilbao, que cuestionaba las bases valóricas y culturales de la sociedad tradicional, fueron fruto de la represión de los gobiernos autoritarios, otras, de carácter más disciplinario e histórico, como la desarrollada entre Andrés Bello y su discípulo José Victorino Lastarria, se desarrollaron a lo largo de mucho tiempo y en ellas se enfrentó el establishment académico, tradicionalista e ilustrado, contra los nuevos grupos intelectuales que deseaban introducir concepciones ideológicas y científicas modernas en el estrecho ambiente cultural local.

La división de la elite a la que hacíamos alusión, y su proyección en el tiempo, también puede ser aplicada a la Iglesia católica chilena. Vimos cómo recién iniciado el proceso

emancipador, cuando un sector de su elite comandado por el clan de los Carrera, asumió el control del Estado con claro propósito independentista, una fracción de la curia, encabezada por el obispo Cienfuegos, influido por la ilustración católica y por lo tanto más modernizador, pactó con este clan una reforma eclesiástica que fracasó con la primera etapa de la Independencia. Pero ello no significó la derrota total de los católicos ilustrados; esta corriente siguió perviviendo con más éxito fuera de la Iglesia que dentro de los templos y dio, después de consolidada la Independencia, los primeros frutos coadyudando a la formación del sistema educacional de los gobiernos pelucones. A su vez, tampoco los sectores más tradicionalistas de la Iglesia quedaron totalmente derrotados, a Fray Melchor Martínez le siguieron con el tiempo otros ideólogos que, una vez que el catolicismo tradicionalista retomó aires en Europa, organizaron en Chile una sólida resistencia a todo lo que implicara modernización de la vida republicana y civil, y en particular, a los efectos institucionales que implicaba el ascenso, cada vez más irrefrenable, del liberalismo político.

Una vez consolidado el proceso de formación del Estado por lo pelucones, los liberales lograron acceder al poder después de una lucha de más de tres décadas. Este proceso político estuvo acompañado, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, de una transformación cultural "desde abajo" que la misma sociedad chilena experimentó y contribuyó a la pérdida de influencia de la Iglesia en la sociedad; a su vez, en los cenáculos surgidos por el impulso de la ilustración europea organizados y vueltos a organizar, fueron las primeras donde el positivismo comenzó a ser difundido y donde se preparó su entrada en los organismos estatales como la Universidad. El trabajo constante de estas sociedades independientes fue que no sólo se enfrentaron al *establishment* académico, sino que permanentemente dialogaron con éste y terminaron imponiendo sus temas, disciplinas y orientaciones científicas.

Tanto las sociedades independientes como la Universidad, fueron cruzadas por el debate acerca de la historia: una discusión que partió en 1843 y que se prolongó hasta finales del siglo. Este debate inició confrontando la pregunta acerca de cómo se escribe la historia, una interrogamte típicamente ilustrada, y terminó definiendo el carácter científico que ésta tenía y la separación que existía con la sociología, una preocupación claramente positivista, pero que atravesaba a todas las escuelas decimonónicas.

Durante mucho tiempo, y en particular en los últimos años, el discurso postmoderno chileno tanto historiográfico, como en general de todas las ciencias sociales, ha calificado de "positivista" toda historiografía fundada en la investigación empírica de los sucesos históricos, aunque ésta no se quede en estos hechos y elabore complejas explicaciones a partir de esos datos, o sirva para que otras disciplinas aprovechen esas investigaciones con otros propósitos teóricos. De esta manera, uno de los primeros y más visibles historiadores del siglo XIX, Diego

Barros Arana, ha caído en los autos de fe de nominalistas, culturalistas, y de una gran gama de nuevos nombres con los que se identifican nuevas corrientes intelectuales, que aun no plasman un programa claro, por el cual se los pueda identificar o siquiera distinguir. Hemos visto que el autor de *Elementos de retórica y poética*, lejos de ser el positivista que pretenden, al escribir su obra de más vuelo teórico con respecto a la historia, tiene muchos más elementos de conexión con aquellos que hoy fundan sus certidumbres teóricas en Wittgeintein y *El giro lingüístico* y que reniegan de su legado. Lejos de fundar una tradición historiográfica positivista, Barros Arana fue parte de una tradición narrativa que después los mismos positivistas como Letelier usaron para negar estatura científica a la historia e intentar erigir la sociología como una ciencia "superior", porque el dogma comteano así lo dictaba. Es más, el tan manido positivismo en la historiografía chilena no es más que un mero fantasma que las nuevas escuelas levantan hoy para fundar con mayor validez sus postulados. Es decir, hacen el mismo camino que Letelier hizo un siglo atrás. Por mucho que se busque, es difícil encontrar alguna obra histórica escrita bajo alguno de los preceptos comteanos. La excepción son los *Recuerdos literarios*; Lastarria, quien desarrolló toda su obra histórica antes de 1868 y antes de leer el *Curso de filosofía positiva* de Comte y *Augusto Comte y la filosofía positiva* de Mill, no fue historiográficamente positivista. Tampoco lo fueron ninguno de los historiadores que hemos mencionado a lo largo de este estudio como Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, ni el propio Letelier, el más alto representante del positivismo en Chile, quien no desarrolló obra histórica.

La historiografía chilena del siglo XIX fue mayoritariamente liberal (salvo aquella, claro está, escrita por los historiadores conservadores), en especial la historiografía de Barros Arana y los hermanos Amunátegui, los más altos representantes del pensamiento liberal en el siglo XIX. Para estos historiadores el individuo era el protagonista y el generador de la historia, como lo hemos visto en el comentario que Barros Arana hiciera de la obra de Miguel Luis Amunátegui *Descubrimiento y Conquista de Chile*. Por esta segunda razón, la historiografia del siglo XIX tampoco puede ser positivista. La filosofía de la historia del positivismo era social, no considera al individuo como el centro de sus preocupaciones sino a la sociedad. Este último aspecto es el cambio que va del positivismo de Lastarria al de Letelier. El primero no se pudo despegar de su perspectiva individualista; por ello hibridó fácilmente positivismo con liberalismo y con democracia; el segundo, en cambio, desarrolló una reflexión que desconfiaba del individualismo liberal.

En Chile se reprodujeron dos corrientes del positivismo, una heterodoxa o científica, y otra ortodoxa o religiosa. El positivismo heterodoxo, basado en la primera parte de la obra de Comte, en particular el *Curso de filosofía positiva* fue desarrollado por intelectuales como el mismo José Victorino Lastarria y Valentín Letelier. El primero interpretó sus lecturas de Comte,

Mill y Littré desde una óptica liberal y democrática adquirida con anterioridad; por ello, y por ser la primera exégesis hecha en Chile de la obra comteana, este "positivismo lastarriano" está hibridado con el pensamiento liberal y democrático y se desarrolló fundamentalmente en los planos político y cultural. Las dos obras fundamentales de este autor asumen una interpretación heterodoxa del positivismo aplicado al desarrollo político chileno en *Lecciones de política positiva* de 1874, y al proceso cultural chileno en *Recuerdos literarios*, de 1878. Ambas obras pueden ser entendidas como esbozos de interpretaciones. El positivismo de Letelier es más propiamente científico. Perteneciente a una corriente particular del liberalismo político, más tardía y que no aceptaba el individualismo, su autor se abocó a llevar a varias disciplinas de las ciencias sociales a su desarrollo científico o positivo. Así, sus obras *De la ciencia política en Chile*, de 1886, *La ciencia del derecho administrativo*, de 1894 y la *Evolución de la historia*, de 1900, intentan completar el proyecto comteano de fundar disciplinas que aborden el estudio de la sociedad que permitan entenderla de manera científica.

Los hermanos Lagarrigue personificaron el positivismo ortodoxo. La acción de estos tres intelectuales se desarrolló fundamentalmente en torno a la propaganda de las doctrinas comteanas y a la formación de la Iglesia Positivista y no al desarrollo de las ciencias, pese a que los tres poseían credenciales intelectuales y profesionales que los hubieran habilitado para ser muy buenos científicos. Jorge Lagarrigue, el mayor de los hermanos, se dedicó de lleno a desarrollar los aspectos místicos de la religión científica y se aisló de la sociedad chilena, tanto que casi toda su actividad se desarrolló en Francia, país en el cual murió tempranamente. El resto de los hermanos, pese a que permaneció en Chile, no pudo incidir de manera importante en el desarrollo político e intelectual chileno.

Pero ambas corrientes del positivismo compartieron espacios comunes. A partir de 1870, confluyeron en publicaciones como la *Revista Chilena*, liberales, radicales, masones, positivistas y en general todo el mundo cultural y político contrario a conservadores y tradicionalistas. Allí, positivistas científicos y religiosos confraternizaron en algunas iniciativas y coincidieron en reivindicaciones políticas como la separación de la Iglesia y el Estado, la reforma educativa y, en general, en propagar el discurso progresista.

Durante el siglo XIX las dos fuerzas que constituían y la dinamizaban a la sociedad chilena conformaban lo que hemos denominado "la dialéctica de la guerra y de la cultura". En nuestro desarrollo observamos que cuando una avanzaba la otra contrariamente retrocedía. De todos los conflictos bélicos post independentistas, los de fines del siglo XIX, la Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891, fueron a su vez los más "populares" y los más violentos. Populares en el sentido de la aceptación que tuvieron en la mayoría de la población; si bien la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana permitió a la elite pelucona "integrar

subordinadamente" al bajo pueblo a la nación, esta integración no fue sino venciendo muchas dificultades. La sociedad popular (artesanos, trabajadores y bajo pueblo urbano) no tenían en la década de 1830 el complejo grado de sociabilidad que habían alcanzado a fines de siglo. La Guerra del Pacífico fue popular y terminó dividiendo más profundamente a los positivistas heterodoxos de los seguidores ortodoxos de la Religión de la Humanidad. Pero no sólo en el plano doctrinario o "científico" se ahondó la separación, la "paz perpetua" que traería la llegada de la sociedad industrial y de la religión científica proclamada por Comte, fracasó claramente cuando las sociedades de artesanos y trabajadores urbanos se adhirieron entusiastamente al conflicto, pues los religiosos de la humanidad perdieron la base de sustentación que se habían propuesto conquistar siguiendo la receta del *Catecismo Positivista*.

A partir de entonces, y con mayor razón, los hermanos Lagarrigue fueron mirados como una secta que en el mejor de los casos resultaba "simpática", pero bajo ninguna circunstancia digna de ser tomada con seriedad. El grupo, sin embargo, seguiría perviviendo y sus integrantes, sobre todo sus líderes, seguirían haciendo propaganda y experimentarían un renacer en la década de 1920 que se mantendría por otros veinte años. Pero para entonces la dialéctica que hemos planteado ya había desaparecido y la sociedad industrial era ya una realidad en la economía chilena. La prueba más fehaciente de la poca importancia y peso real de los positivistas religiosos en la sociedad chilena es la inexistencia de una condena del catolicismo hacia la Iglesia Positivista. La gran cantidad de literatura producida por la Iglesia Católica contra las herejías del siglo XIX se dirigió fundamentalmente contra liberales, masones, radicales y socialistas. No encontramos mención alguna a Comte y la religión de la humanidad.

El lenguaje de la ilustración proveyó de conceptos genéricos y universales al pensamiento científico de la primera parte del siglo XIX. Estos conceptos como "humanidad" u "hombre", fueron reemplazados por otros más específicos como "sociedad" e "individuo"; lo hemos visto en el análisis del debate entre Lastarria y Bello, una discusión de la década de 1840 (en pleno apogeo del pensamiento ilustrado) en que el chileno introduce el concepto de "sociedad" cuando escribe sus *Recuerdos Literarios* influido por el positivismo.

Finalmente el proceso intelectual chileno del siglo XIX que hemos analizado en estas páginas tuvo como marco la realidad política, social y cultural latinoamericana. Ello obliga a la historia intelectual a pensar esa especificidad no sólo en el plano teórico sino también metodológico, en la elección de los temas de investigación e incluso en las periodificaciones que debemos usar. La América Latina, tomó consciencia de tal en el transcurso de la década de 1860 y sus problemas fueron discutidos en los círculos intelectuales chilenos, previo a la recepción del positivismo. Entonces esta realidad continental era, hasta el momento, una prolongación de la cultura y el pensamiento europeos. Éste, se llamara ilustración, romanticismo

o –posteriormente- positivismo, se había asentado sobre una realidad física, geográfica, social distinta, por lo tanto su conocimiento, su manera de enfrentarse al mundo, su forma de relacionarse con la realidad, con el mundo de la naturaleza y con el mundo social requería dar cuenta de esa ambivalencia, de esta "Europa en otro lugar", de estas ideas (aparentemente) "fuera de lugar" (si bien ello puede no ser válido en la actualidad si lo era en esta etapa del desarrollo intelectual y científico latinoamericano. Por ello la actitud de estos intelectuales culturalmente europeos, pero socialmente americanos, exigía el eclecticismo y la heterodoxia como actitudes intelectuales para la construcción de otro conocimiento. Esa es la preocupación de Bello desde su *Discurso de instalación* hasta la polémica con Lastarria y Chacón, pasando por la *Gramática de la lengua castellana*; era la misma preocupación que asumió el primero de ellos cuando inauguró la Sociedad Literaria un año antes y que seguiría preocupando a los más altos representantes del pensamiento continenetal.

Las nuevas fuerzas intelectuales que se estructuraron paulatinamente a partir de 1900, debieron luchar para imponerse sobre un conjunto de otras ofertas intelectuales, sobre las rémoras del pensamiento católico-escolástico, muy fuerte pese a la impronta cientificista sembrada primero por la ilustración y luego el positivismo; sobre los restos culturales de pensamiento ilustrado y sobre la influencia que el propio positivismo había logrado en el ambiente cultural chileno. El nuevo siglo vería como estas tendencias minoritarias y exóticas dentro de la sociedad chilena cobrarían, a partir de 1910, una fuerza inusitada y se convertirían en motor de importantes cambios intelectuales, políticos y sociales.

BIBLIOGRAFÍA

I.- ***Archivos***

.- Archivo Nacional, Santiago. Fondos: Ministerio del Interior (ANMI) y Varios (FV).

.- Archivo Nacional de la Administración (Siglo XX), Santiago.

.- Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile

II.- Folletos

.- ACADEMIA DE LAS BELLAS LETRAS. "Suscripción de la Academia de las Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello", Santiago, 1874.

.- ARDUINO, Alberto. *Catálogo de las obras de fondo de la Casa de Alberto Arduino,*

1896 Santiago, Imprenta Albion.

.- **ARELLANO,** Víctor José. *Catolicismo y socialismo, réplica a la pastoral del arzobispo de Santiago de Chile, don Mariano Casanova*,

1893 Valparaíso, Imprenta del Arrayán.

.- ARELLANO, Víctor José. *El Capital y el trabajo*,

Valparaíso, Tipografía Nacional de P.N. Pino.

.- BAÑADOS ESPINOZA, *Ensayos y Bosquejos*,

1884 Santiago, Imprenta de El Ferrocarril.

.- BARROS ARANA, Diego. *Mi destitución, apuntes para la historia del Instituto Nacional*,

1873 Santiago, Imprenta el Ferrocarril.

.- BLANCO CUARTÍN, Manuel. *Consideraciones sobre el espíritu de la poesía francesa y española*.

1887 Santiago, Imprenta Nacional.

.- **CARMONA,** Manuel Antonio. *Carmen Marín o la endemoniada de Santiago*,

1857 Valparaíso, Imprenta y Librería de El Mercurio.

.- CASANOVA, Mariano. *Pastoral del señor arzobispo, del 23 de abril de 1893*,

Santiago, Imprenta Católica.

.- **EL MERCURIO DE VALPARAÍSO**, *Catálogo de las obras de fondo de la librería del Mercurio de Valparaíso*,

1896; Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio.

.- CATÁLOGO DE LA LIBRERÍA DEL MERCURIO,

1896 Santiago.

.- EL MERCURIO, *Catálogo de la Librería del Mercurio de Santiago*

1897 Santiago, C. Tornero y Cía.

.- **IMPRENTA Y LIBRERÍA ERCILLA**, *Catálogo de los libros que se encuentran a la venta*

Santiago, Imprenta y Librería Ercilla.

.- JUNTA GUBERNATIVA, *Acta de la instalación de la Junta Gubernativa*,

1810 Santiago, 18 de septiembre.

.- LIBRERÍA DEL MERCURIO. *Catálogo Completo de la librería del Mercurio de Urbano Undurraga*,

Santiago, Librería del Mercurio

.- LIBRERÍA DEL MERCURIO. *Catálogo de la Librería del Mercurio de C. Tornero y Cía*.

1896 Santiago, Imp. Y Lit. Luis F. Rojas y Cía.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique, *Propuesta de solución para la actual crisis política*.

1890 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique, *Manifiesto positivista sobre la actual crisis política*.

1890 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique. *Llamamiento a los chilenos*

1893 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique. *A la memoria de Guillermo Puelma Tupper*,

1895 Santiago, Imprenta y Librería Ercilla.

.- LAGARRIGUE, Luis. *La Comuna autónoma y la supresión del sueldo de los intendentes y gobernadores*

1892 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- LAGARRIGUE, Luis. *37° aniversario de la muerte de Augusto Comte*,

1894 Santiago, Imprenta y librería Ercilla.

.- LAGARRIGUE, Luis. *Cuestiones sociales*,

1925 Santiago, Imprenta El Globo.

.- LETELIER, Valentín. *El Hombre antes de la historia*

1877 Santiago, Imprenta de "El Atacama".

.- SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA. "Concierto vocal e instrumental a favor de los hospitales de **sangre de México", Santiago, sábado 4 de julio de 1863.**

.- SOCIEDAD UNIÓN AMERICANA. *Bases de Unión Americana discutidas y aprobadas por la Sociedad Unión Americana de Santiago*, Santiago, Imprenta de la libertad, 1867,

.- SOCIEDAD POSITIVISTA. *Programa de la Sociedad Positivista*,

1894 Santiago, Imprenta y Librería Ercilla.

.- SUCESIÓN DE DON ENRIQUE DEL SOLAR. *Catálogo de los libros de la Sucesión de don Enrique del Solar*,

1893; Santiago, Imprenta Valparaíso.

.- UNIVERSIDAD DE CHILE, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile, 17 de septiembre de 1893. Discursos.*

1893 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- VARIOS ALUMNOS. *El Instituto y el Ministro Cifuentes*,

1873 Santiago, Imprenta Sudamericana, Santiago.

III.- Tesis doctorales inéditas

.- WOLL, Allen L. *Positivism and History in Ninetheenth-century Chile: José Victorino Lastarria and Valentín Letelier*,

.- Stefen L. Fogg. *Positivism in Chile and its impacton education development and economic thougth*,

1978 New York, University of New York.

IV.- Bibliografía general

.- ACOSTA GÓMEZ, Luis. *El lector y la obra, teoría de la recepción literaria*,

1989 Madrid, Gredos.

.- AGUIRRE, Mirta. *El romanticismo de Rousseau a Víctor Hugo,*

1973 La Habana, Instituto Cubano del Libro

.- ANDERSON, Perry. *El Estado Absolutista,*

México, Siglo XXI (3ª ed.).

.- BENICHOU, Paul. *El tiempo de los profetas, doctrinas de la época romántica,*

1984 México, Fondo de Cultura Económica.

.- BENTHAM, Jeremy and MILL, John Stuart. *The utilitarians, An introduction to the principles of morals and legislation*, and *On Liberty*.

1961 New York, Dolphin Books.

.- BETHELL, Leslie. *Historia de América Latina*, VIII,

1991 Barcelona, Crítica.

.- **BRAVO LIRA**. Bernardino. *El absolutismo ilustrado en hispanoamérica, Chile 1760-1860. De Carlos III a Portales y Montt*,

1994 Santiago, Universitaria.

.- CARRASCO, Sergio D. *Historia de las relaciones chileno-bolivianas*,

1991 Editorial Universitaria, Santiago.

.- CRUZ, Ernesto de la y Guillermo FELIÚ CRUZ, *Epistolario de don Diego Portales*,

1937 Santiago, 3 vols.

.- CRUZAT, Ximena y Ana TIRONI. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa,*

Santiago, DIBAM.

.- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación*,

1995 Barcelona, Gedisa.

.- D'ALEMBERT, Jean. *Discurso preliminar a la enciclopedia*,

1985 Madrid, Sarpe.

.- DEVÉS, Eduardo. *Del Ariel a la Cepal, 1900-1950,*

2001 Buenos Aires, Biblos.

.- DIDEROT y D'ALEMBERT, Jean. *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciencies, des arts et des métiers par une société de gens de lettres*.

1751 París, Readex Compact Edition.

.- *Enciclopedia Universal Ilustrada*.

1994 Madrid, Espasa-Clape.

.- FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*, tomos, Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., 1931.

.- **GAZMURI,** Cristián. *Testimonios de una crisis, Chile 1900-1925*, Santiago, Editorial Universitaria, 1979.

.- GIDDINGS, Franklin E. *Principios de sociología, análisis de los fenómenos de asociación y organización social,*

1944 Buenos Aires, Editorial Albatros.

.- GOIC, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana,* (3 vols.),

1980 Barcelona, Crítica.

.- GÓNGORA, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*,

1986 Santiago, Universitaria.

.- GREZ, Sergio. *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general génesis y desarrollo del movimiento popular en chile, 1810-1890,*

Santiago, Dibam.

.- GUMPLOWICS, *Précis de sociologia,*

1896 Paris,

.- HALE, Charles. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*,

1991 México, Vuelta.

.- HALE, Charles. *El liberalismo mexicano en la época de Mora 1821-1853,*

1972 México, Siglo XXI.

.- HERDER, Johann Gottfried. *Idées pour la philosophie de l'Histoire de l'Humanité.*

1962 Aubier, París.

.- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS. *Estadísticas de Chile en el siglo XX,*

1999 Santiago, INE.

.- ILLANES, María Angélica. *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910),*

2003 Santiago, LOM.

.- JAY, Martin. *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural,*

2003 Buenos Aires, PAIDÓS.

.- KORN, Alejandro. *Influencias filosóficas en la evolución nacional,*

1936 Buenos Aires, Claridad.

.- LE GOFF, Jacques. *El Orden de la memoria,*

1991 Barcelona, Paidós.

.- LEMOINE, Ernesto. *La Escuela Nacional Preparatoria en el período de Gabino Barreda, 1867-1878*, México, UNAM, 1970.

.- LEÓN XIII, Papa. *Encíclica Rerum Novarum sobre la cuestión obrera,*

1953 Santiago, Editorial del Pacífico.

.- LINS, Ivan. *História do positivismo no Brasil,*

Sao Paulo, Companhia Editora Nacional.

.- LYNCH, John (ed.). Andrés Bello: The London years,

1982 Richmnod, Surrey: The Richmond Publishing Co.

.- MARQUEZ BRETON, Bernardo. *Origen del darwinismo en Chile*,

1982 Editorial Andrés Bello.

.- **MILL**, John Stuart. *Augusto Comte y el positivismo*. (1844)

1977 Madrid, Aguilar.

.- MURPHY, Martin. *Blanco Withe: Self-Banished Spaniard*,

1989 New Haven and London, Yale University Press.

.- NUÑO, Alicia de. *Ideas sociales del positivismo en Venezuela*,

1969 Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

.- **OLIVEIRA TORRES**, Joao Camilo. *O positivismo no Brasil*,

1943 Río de Janeiro-Sao Paulo, Editora Vozes.

.- PALADINES, Carlos y GUERRA, Samuel. *Pensamiento positivista ecuatoriano*,

1981? Quito, Banco central del Ecuador.

.- PALTI, Elías. *"Giro lingüístico e historia intelectual"*,

1997 Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes,

.- PETIT, José María. *Filosofía, política y religión en Augusto Comte*,

1980 Barcelona, Acervo.

.- PINO ITURRIETA, Elías. *Positivismo y Gomecismo*,

1978 Caracas, Eds. de la Facultad de Humanidades y Educación.

.- PLAZA, Elena. *José Gil Fortou, los nuevos caminos de la razón: la historia como ciencia, 1861-1943*,

1985 Caracas, Eds. del Congreso de la República.

.- QUESNAY, Francois, *El tableau economique y otros escritos fisiocrátas*,

1974 Barcelona, Fontamara.

.- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española,*

1970 Madrid.

.- REPÚBLICA DE CHILE. *Constitución de la República Chilena jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833,*

s/a Santiago, Imprenta de la República.

31.- ROMERO BARÓ, José María. *El positivismo y su valoración en América,*

1989 Barcelona, Biblioteca Popular de Filosofía.

.- ROIG. Arturo Andrés. *Esquema para una historia de la filosofía ecuatoriana,*

1977 Quito, Ediciones de la Universidad Católica.

.- ROUSSEAU, Jean Jacques. *El contrato social,*

1983 Madrid, SARPE.

.- SABINE, George H. *Historia de la teoría política,*

1984, México, FCE.

.- SÁNCHEZ AGESTA, Luis. *Introducción al pensamiento político del despotismo ilustrado español,*

1953 Madrid,

.- SANTOS TORNERO, *Chile Ilustrado,*

1872 Santiago,

.- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Memorias,*

1961 Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

.- SOLER, Ricaurte. *El positivismo argentino,*

1959 Panamá, Imprenta Nacional.

.- SPENCER, Herbert. *El Individuo contra el Estado*,

1999 Barcelona, Folio.

.- THOMSOM, Mark Almeras. *Macaulay*,

1972 London. Historical Association.

.- VOLTAIRE, *Filosofía de la historia*,

1990 Madrid, TECNOS.

.- CAMPOS HARRIET, Fernando et. al. *Estudios sobre la época de Carlos III en el reino de Chile*,

1989 Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.

.- YUDILEVICH, David (ed.). *Darwin en Chile (1832-1835), Viaje de un naturalista alrededor del mundo*,

2005 Santiago, Editorial Universitaria.

.- WHITE, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la europa del siglo XIX*,

1992 México, FCE.

.- ZEA, Leopoldo. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*,

1949 México, El Colegio de México.

.- ZEA, Leopoldo. *El positivismo en México, nacimiento apogeo y decadencia*,

México, FCE.

.- ZEA, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*,

c1976 Barcelona, Ariel.

.- ZEA, Leopoldo. *Pensamiento positivista latinoamericano*,

1980 Caracas, Ayacucho.

IV.- Bibliografía específica

.- **AEDO**, Óscar René. *José Vicente Bustillos, padre de la farmacia chilena,*

1987 Santiago, Academia de Ciencias Farmacéuticas de Chile,

.- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *Precursores de la independencia de Chile,*

1909-1910 Santiago, tomo III.

.- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *Descubrimiento y Conquista de Chile,*

19 Santiago.

.- **AMUNÁTEGUI SOLAR**, Domingo. *Los primeros años del Instituto Nacional, 1813-1835,*

1889 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo. *Mayorazgos i títulos de Castilla,* (3 vols.)

1901 Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.

.- AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo. *El progreso intelectual y político de Chile,*

Santiago, Nascimento.

.- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *José Joaquín de Mora,*

1888 Santiago, Imp. Nacional.

.- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *La crónica de 1810,* (2 vols.),

18 Santiago.

.- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis. *Vida de don Andrés Bello,*

1882 Santiago, Imprenta Pedro G. Ramírez.

.- ÁVILA MARTEL, Alamiro de. *Reseña histórica de la Universidad de Chile (1622-1979),*

1979 Santiago, Ed. de la Universidad de Chile.

.- BELLO, Andrés. *Obras Completas,* XXVI vols.

1957 Caracas, Ministerio de Educación.

.- BARROS ARANA, Diego. *Un decenio en la historia de Chile, (1841-1851)*

1913 Santiago, Imprenta, litografía y encuadernación Barcelona.

.- BARROS ARANA, *Obras Completas*, vols. XII y XIII

1914 Santiago, .

.- BARROS ORREGO, Martina, *Recuerdos de mi vida*,

19 Santiago,

.- BECA, Cristina. *Le mode d'appropriation des idées republicaines européenes au Chili: le cas de Lastarria (1817-1888)*, (Thèse doctorat, Science politique),

2001 Lille. Sain Denis Univ. Paris 8.

.- BRÜNNER, José Joaquín. *El caso de la sociología en Chile*,

1988 Santiago, Flacso.

.- CHACÓN, Jacinto, *La Quinta Normal y sus establecimientos agronómicos*,

1886 Santiago, Imprenta La Unión.

.- **CIFUENTES**, Abdón, *Memorias*, (2 vols.)

192 Santiago.

.- **COMTE,** Augusto. *Principios de filosofía positiva*,

1875 Santiago, Imprenta y librería de El Mercurio.

.- COMTE, Augusto. *Curso de filosofía positiva*.

1889 Santiago, Imprenta Nacional.

.- COMTE, *Cours de Philosophie positive*, (six tomes)

[1838] 1869 Paris, J.B. Bailliére et fils.

.- COMTE, Augusto. *Catecismo positivista*,

S/A[1852] París, Garnier Hermanos.

.- CRUZ, Nicolás y WHIPPLE, Pablo, *Nueva historia de Chile, desde los orígenes hasta nuestros días*,

1997 Santiago, Zig-Zag.

.- **DÉLANO**, Luis Enrique. *Lastarria*,

1947 México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública.

.- DONOSO, Armando. *Sarmiento en el destierro*,

1927 Buenos Aires, Gleizer, 1927.

.- DONOSO, Ricardo. *Estudios de historia política y literaria*,

1945 Santiago, Universidad de Chile.

.- DONOSO, Ricardo *Las ideas políticas en Chile*,

1947 México, FCE.

.- DONOSO, Ricardo. *Don Benjamín Vicuña Mackenna,. Su vida, sus escritos y su tiempo, 1831-1886*.

1925 Santiago, Imprenta Universitaria.

48.- ECHAÍZ, René León. *Evolución histórica de los partidos políticos chilenos*,

1971 Santiago, Ed. Francisco de Aguirre.

.- EDWARDS, Alberto. *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*,

[1903] 1976 Santiago, Editorial del Pacífico.

.- EDWARDS, Alberto. *La Fronda aristocrática en Chile,*

1927 Santiago,

.- ENCINA, Francisco Antonio, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*,

1911 Santiago, (20 vols.).

.- ESPEJO, Juan Nepomuceno. *Centenario del Instituto Nacional, 1813-1913. Breve reseña histórica*,

1913 Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.

.- EYZAGUIRRE, Jaime. *Fisonomía histórica de Chile*,

1958 Santiago, (2ª ed.).

.- FELIÚ CRUZ, Guillermo, *La Universidad de Chile, Universidad de América*,

1953 Santiago, Universidad de Chile.

.- FIGUEROA, Pedro Pablo. *Diccionario biográfico general de Chile, 1550-1887*,

1888 Santiago, Imprenta Victoria de H. Izquierdo y Cía.

.- FUENTEALBA, Luis. *La filosofía de la historia en Valentín Letelier*,

1961 Santiago,

.- **FUENZALIDA GRANDÓN**, Alejandro. *Lastarria y su tiempo su vida, obras e influencia en el desarrollo político e intelectual*

1893 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- GALDAMEZ, Luis. *Valentín Letelier y su obra*,

Santiago,

.- **GAY**, Claudio. *Historia física y política de Chile*.

1842-1860 París.

.- GAZMURI, Cristián. *Testimonios de una crisis, Chile 1900-1925*,

1979 Santiago, Editorial Universitaria.

.- **GODOY,** Hernán y Alfredo LASTRA. *Ignacio Domeyko, un testimonio de su tiempo, memorias y correspondencia*,

1994 Santiago, Universitaria.

.- GÓMEZ UGARTE, Jorge. *Ese cuarto de siglo... veinticinco años de vida universitaria de la ANEC (1915-1941)*,

1985 Santiago, Editorial Andrés Bello.

.- GÓNGORA, Mario. *El origen de los "inquilinos" en el Chile central*,

1960 Santiago, Universitaria.

.- GÓNGORA, Mario. *Civilización de masas y esperanza*,

1987 Santiago, Fundación Mario Góngora.

.- HEISSE, Julio. 1953.

.- IRARRÁZABAL, José Manuel. *La comuna autónoma. Discursos*,

1890 Valparaíso, Imprenta Americana

.- **JAKSIC, Iván**. *Andrés Bello: la pasión por el orden*,

2001 Santiago, Ed. Universitaria.

.- KÖNIG, Abraham. *Memorias íntimas, políticas y diplomáticas de don Abraham König, Ministro de Chile en La Paz*,

1927 Santiago, Imprenta Cervantes.

.- KREBS, Ricardo y GAZMURI, Cristián (eds.). *La revolución francesa y Chile*,

1990 Universitaria, Santiago.

.- KREBS, Ricardo et. al. *Catolicismo y laicismo, seis estudios*,

1980 Santiago, Ediciones Nueva Universidad, Pontificia Universidad Católica.

.- KREBS, Ricardo. *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*,

19 Santiago, Ediciones de la Universidad Católica.

.- LAGARRIGUE, Jorge. *La separación de la Iglesia y el Estado, Positisimo y catolicismo y La asamblea católica ante la verdadera religión*, (1884)

s/a Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique. *La religión de la humanidad*,

1896 Santiago, Imprenta y librería Ercilla.

.- LAGARRIGUE, Jorge. *Trozos de mi diario íntimo*,

1944 Santiago, Fundación Juan Enrique Lagarrigue.

.- LASTARRIA, José Victorino. *Miscelánea histórica y literaria*,

1868 Santiago,

.- LASTARRIA, José Victorino. *Lecciones de política positiva*,

1874 Santiago,

.- LASTARRIA, José Victorino. *Recuerdos literarios*,

(1874) 1968 Santiago, Editorial Zig-Zag,

.- LASTARRIA, José Victorino. *Diario político, 1849-1852*,

Universidad de Chile, Santiago.

.- LEÓN, Leonardo. *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco, 1769-1776*,

2000 Santiago, LOM-DIBAM.

.- LETELIER. Valentín, *¿Por qué se rehace la historia?*,

1888 Santiago, Imprenta de "La Libertad Electoral",

.- LETELIER. Valentín, *Filosofía de la educación*,

Santiago, imprenta de El Mercurio.

.- LETELIER, Valentín. *La ciencia del derecho administrativo, lección de apertura del curso de 1894*,

1894 Santiago, Imprenta Cervantes .

.- LETELIER, Valentín. *La lucha por la cultura*,

1895 Santiago,

.- LETELIER, Valentín. *La evolución de la historia*,

Santiago, Universitaria.

.- LITTRE, Emile. *Auguste Comte et la philosophie positive,*

1870 París, Libraire de L. Hachette et Cie.

.- LITTRE, Emill. *La sciencie au point de vue philosophoique,*

1870 Paris, Libraire Academique, Didier et Cie, Libraires-Éditeurs,

.- LOIS, Juan Serapio, *Elementos de filosofía positiva,* (2ª ed.)

1906 Copiapó, Imprenta de La Tribuna.

.- LOIS FRAGA, Arturo y VERGARA GALLARDO, Mario. *Biografía del filósofo positivista, político, médico y profesor Juan Serapio Lois Cañas,*

1956 Santiago, Imprenta Wilson.

.- LÓPEZ, Ricardo, *La salvación de América, Francisco Bilbao y la intervención francesa en México,*

1995 México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo A.C.

.- MARTÍNEZ, Fray Melchor. *Memoria histórica sobre la revolución en Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814,*

[1815]1964 Santiago, Eds. De la Biblioteca Nacional

.- MEDINA, José Toribio. *Historia de la Real Universidad de San Felipe,* (2 vols.),

1928 Santiago.

.- MORAGA, Fabio. *"Muchachos casi silvestres, La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936,*

2006 Santiago, Universitaria.

.- OVALLE, Alonso de. *Histórica relación del reino de Chile,*

[1644] 1969 Santiago, Instituto de Literatura Chilena.

.- OVIEDO, Benjamín. *La masonería en Chile,*

1929 Santiago,

.- ORREGO LUCO, Augusto. *Recuerdos de la escuela*,

1953 Ed. del Pacífico, Santiago.

.- PÉREZ ROSALES, Vicente. *Ensayo sobre Chile*,

Santiago.

.- **PINILLA**, Norberto, *La polémica del romanticismo en 1842*,

1943 Buenos Aires, Editorial Américalee.

.- **RETAMAL FAVEREAU**, Julio et. al. *Familias fundadoras chilenas, 1540-1600*,

1992 Santiago, Zig-Zag.

.- REYES, Judas Tadeo. *Elementos de moral y política en forma de catecismo filosófico cristiano para la enseñanza del pueblo y de los niños de las escuelas de Santiago por el coronel... secretario por S.M. de la presidencia y capitanía General del Reino de Chile*.

1816 Lima.

.- ROSALES, Diego de. *Historia General del Reino de Chile, Flandes indiano* (c.1670), Santiago, Ed. Andrés Bello, 1989.

.- ROJAS CARRASCO, Guillermo. *El Liceo de Hombres de Copiapó*,

1929 Santiago, Nascimento

.- SANZ AGÜERO, Marcos. *Larra*.

1992 Editorial Labor, Madrid.

.- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Obras*, vol. I,

1887 Santiago, Imprenta Gutemberg.

.- SERRANO, Sol. *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*.

1994 Santiago, Universitaria.

.- SUBERCASEAUX, Benjamín. *Chile o una loca geografía*,

1941 Santiago, Editorial Ercilla, (2ª edic.)

.- SUBERCASEAUX, Bernardo (a). *Historia de las ideas y de la Cultura en Chile, la época de Lastarria*,

1997 Santiago, Universitaria.

.- SUBERCASEAUX, Bernardo (b), *Historia de las ideas y de la Cultura en Chile, fin de siglo, la época de Balmaceda*,

1997 Santiago, Universitaria.

.- SUBERCASEAUX, Bernardo. *Genealogía de la Vanguardia en Chile, la década del Centenario*,

1999 Santiago, Universidad de Chile.

.- VALENCIA AVARIA, Luis. *Anales de la República*,

1986 Santiago, Editorial Andrés Bello.

.- VIAL, Gonzalo. *Historia de Chile 1891-1973*, (cinco vols.)

1983-1986 Santiago, Editorial del Pacífico.

.- **VICUÑA MACKENNA**, Benjamín. *Médicos de Antaño*, [1863]

1974 Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre.

5.- **VICUÑA MACKENNA**, Benjamín. *Don Diego Portales*,

[1863] 1974 Santiago, Editorial del Pacífico,

6.- **VILLALOBOS, Sergio**, *Tradición y reforma en 1810*,

1961 Santiago, Universitaria.

.- **VILLALOBOS, Sergio**, *Portales, una falsificación histórica*,

1989 Santiago, Universitaria.

.- **VILLALOBOS,** Sergio, et. al. *La época de Balmaceda*,

1991, Santiago, DIBAM.

.- YRARRÁZABAL, José Miguel. *El presidente Balmaceda*, (2 vols.)

1940 Santiago, Editorial Nacimento.

V.- Artículos

.- ALLENDE SALAZAR Arrau. “Ejército y milicias del reino de Chile”,

1962-1963. *Boletín de Academia Chilena de la Historia* N° 66, 77 y 68,

.- **AMUNÁTEGUI**, Miguel Luis. “Don Antonio García Reyes y algunos de sus antepasados a la luz de documentos inéditos”,

1929 Santiago, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, págs. 59-63.

.- Bader, Thomas. “Positivistic thought and ideological conflict in Chile”,

1970 ***The Americas***, 4, XXVI, april, 1970.

.- **BILBAO, Francisco**. “Sociabilidad Chilena”,

1844 **Santiago**, *El Crepúsculo* N° 2, Año II.

.- *Reseña histórica de la Universidad de Chile (1622-1979),*

1979 **Santiago, Ed**. de la Universidad de Chile.

.- **CASANOVA,** Mariano. *Pastoral que el Illlmo. y Rmo. Dr. D. Mariano Casanova Arzobispo de Santiago de Chile dirige al clero y pueblo sobre la propaganda de doctrinas religiosas y antisociales,*

1893 **Santiago**, Imprenta de Emilio Pérez.

.- CHARTIER, Roger. “La historia entre la representación y la construcción”,

1998 ***Prismas* N° 2**, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

.- **COLLIER, Simon**. “Evolución política, institucional, social y cultural de Chile entre 1829 y 1865”, En: *Andrés Bello*, OC, vol. , págs.

.- **CRUZ COKE**, “Los profesores de la Escuela de Medicina y la historia política nacional, 1833-1983”.

1983 ***Revista Médica de** Chile*, N° 11, Santiago,

.- **DARNTON, Robert.** "Intellectual and cultural history", in: KAMEMMEN, Michael, *The past before US. Comtemporary historical writing in the United States,*

1980 **Cornell University** Press, Ithaca and London.

.- **DARNTON, Robert**. "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Severín",

19 **En: Darnton**, , México, FCE.

.- **DOMEYKO, Ignacio**. "Memorias autobiográficas",

1900 ***La Revista de Chile,*** Santiago, vol. IV, N° 1, 1 de enero.

.- **GÓNGORA, Mario.** "Notas para la historia de la educación universitaria colonial en Chile",

1949 ***Anuario de Estudios*** *Americanos,* Sevilla, vol. VI , págs. 161-230.

.- **GÓNGORA, Mario**. "El pensamiento de Juan Egaña sobre la reforma eclesiástica: avance y repliegue de una ideología de la época de la Independencia".

1963 *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 68, Santiago, 1° semestre.

.- **GÓNGORA, Mario**. "Aspectos de la ilustración católica en el pensamiento y la vida eclesiástica chilena (1770-1814)".

1969 ***Historia*** **N°** 8, Santiago, Universidad Católica.

.- GREZ, Sergio, "Francisco Bilbao responde a sus jueces a los cargos de 'sedicioso, blasfemo e inmoral'",

1997 ***Mapocho*** **N°** 38, Santiago, DIBAM.

.- HANISH, Walter. "Positivismo en Chile

19 *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago.

.- **JOCELYN-HOLT**, Alfredo. "Institucionalidad liberal y universidad en el Chile decimonónico",

1991 ***Universum*** año VI, Talca.

.- **JOFRÉ BERRÍOS, Manuel**. "Ciencia, literatura, arte y religión en Domeyko", *AUCH*, VI, N° 14, julio de 2002, pág. 64.

.- LA CAPRA, Dominick and KAPLAN, Steven L., *Modern europan intellectual History. Reappraisals and new prespectives,*

1982 **Cornell University** Press, Ithaca and London

.- LAGARRIGUE, Jorge, "Una conversión a la religión de la Humanidad",

Revista Chilena, Santiago.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique. *Discurso hecho para los funerales de don Miguel Luis Amunátegui,*

1888 **Santiago, Imprenta** Cervantes.

.- LAGARRIGUE, Juan Enrique. *Carta al señor arzobispo D. Mariano Casanova,*

1893 **Santiago, Imprenta** y Librería Ercilla.

.- LASTARRIA, José Victorino. "Recuerdos del maestro", en: *Estudios sobre Andrés Bello,*

1966 **Santiago, Guillermo** Feliú Cruz ed.

.- LASTARRIA, José Victorino. "Discurso de incorporación a la Sociedad Literaria",

1842 Santiago, 3 de mayo.

.- LASTARRIA, José Victorino. "El problema de la Iglesia y el Estado",

1884 ***La Época,* Santiago**, 20-23 de junio.

.- LETELIER, Valentín. "La filosofía positiva y sus precursores",

1878 ***El Deber,* Valparaíso**, 7 de junio.

.- MC DONALD SPLINDER, Frank. "Francisco Bilbao, chilean disciple of Lamennais",

1980 ***Journal of History** of Ideas,* XVI, 3, July-September.

.- MORAGA, Fabio. "La evolución política de Domingo Faustino Sarmiento, los dilemas de un intelectual decimonónico",

1996 ***Mapocho*** N° 40, Santiago, Dibam.

.- MORAGA, Fabio. "Sobre Bernardo Subercaseaux y su genealogía de la Vanguardia",

1999 **Santiago, Universidad** de Chile. *Revista Chilena de Humanidades*,

.- **MORAGA, Fabio**. "Capellanías, mentalidad e inquilinaje temprano en el Chile colonial", en: *Monografías de Cuadernos de Historia*,

2000 **Santiago, Universidad** de Chile.

.- **MURILLO DE CARVALHO**, José. "Historia intelectual: la retórica como clave de lectura"

1998 ***Prismas*** **N°** 2, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.

.- **NEGRO Pavón**, Dalmacio. *Prólogo a Augusto Comte y el positivismo*,

1977 Madrid, Aguilar.

.- **ORREGO LUCO**, Augusto. "Hombres, ideas y hechos. El movimiento literario de 1842",

1890 **Santiago,** ***Revista del*** *Progreso*, tomo IV, págs. 101-150.

.- **PEREIRA SALAS, Eugenio**. "Los comienzos de la enseñanza de la geografía en Chile"

1946 ***Revista Chilena de*** *Historia y Geografía*, N° 108, Santiago.

.- **PRATS CHACÓN**, Arturo. *A la ley electoral vigente*, (memoria de prueba para optar al grado de licenciado leída ante la comisión universitaria, Santiago, 26 de julio de 1879),

1879 **Santiago,** ***Revista*** *Chilena*, XIV y XV.

.- **RASMUSSEN, Wayne D.** "The United States Astronomical Expedition to Chile, 1849-1852",

1854 *HAHR*, XXXIV.

.- **REYES, Judas Tadeo.** "Instruccion para los Diputados de la Junta de vacunacion virolenta de la Capital de Santiago, con superior aprobacion".

1812 ***La Aurora de Chile***, Santiago, 23 de abril de 1812.

.- **RODRÍGUEZ CASADO**, Vicente. "Notas sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado en Indias en el reinado de Carlos III",

1951 ***Revista de Indias*** **vol.** VI, Sevilla, enero-junio.

.- **ROJO, Grínor** "La modernidad del proyecto universitario de Bello", *Anales de la Universidad de Chile*, VI, N° 15, XII-2003.

.- **RORTY, Richard**. *The Linguistic turn*, Chicago, The University of Chicago Press, 1992.

.- **SÁNCHEZ, Cecilia**. "Formas de circulación institucionales de la filosofía en Latinoamérica",

1994 ***Universum*** **N° 11**, Talca, Universidad de Talca.

.- **SOCIEDAD LITERARIA**, "Actas de la Sociedad Literaria", *Revista chilena de historia y geografía* N° 37, Santiago, 1920,

.- **TORRES QUINTERO, Rafael**. "Modernidad en la 'Gramática' de don Andrés Bello",

1975 ***Actas del simposio*** *de Montevideo, enero de 1966*. México, PILEI.

.- **VALENZUELA MÁRQUEZ**, Jaime. "Los franciscanos de Chillán y la independencia: avatares de una comunidad monarquista",

2205 ***Historia*** **N° 38**, I, Pontificia Universidad Católica, Santiago, enero-junio.

.- **VICUÑA, Miguel**. *La emergencia del positivismo en Chile*,

1997 **Santiago Universidad** ARCIS.

.- **WOLL, Allen L**. "Positivism and History in nineteenth-century Chile: José V. Lastarria and V. Letelier",

Journal of History of Ideas, **Philadelphia**.

Vl.- Hemerografía

1.- **Anales de la Universidad** de Chile, 1860-1925

5.- **Journal of History** of ideas, Philadelphia.

6.- **Revista Ercilla**, Santiago, 1965-1966.

8.- **La Revista Católica**, Santiago, 1880-1930.

9.- ***Revista Chilena,*** Santiago, Jacinto Núñez Editor-Imprenta de la República, 1875.

10.- ***Revista del Pacífico***, Valparaíso,

11.- **Revista del Progreso**, Santiago, 1880-1890.

12.- **Revista de Santiago**, Santiago, 1870-1880.

13.- **El valdiviano federal**, Santiago, 1827-1844.

14.- La semana Santiago,.1859.